

Universidad Autónoma de Madrid  
Facultad de Geografía e Historia  
Departamento de Prehistoria y Arqueología



## LOS ASTURES Y EL POBLAMIENTO CASTREÑO EN ASTURIAS



TESIS DOCTORAL

Autor: Alfonso Fanjul Peraza

Dirigida por: Alfredo Mederos Martín

2014





## **Presentación**

En el año 1995, coincidiendo con la exposición Astures, tuvimos la oportunidad de participar en la excavación arqueológica del castro de la Campa Torres. Aquella primera campaña de prácticas en la carrera universitaria no sólo nos dio la oportunidad de conocer el castro mejor documentado hasta la fecha, sino también a su director, José Luis Maya, quien en esos momentos, estaba dando a conocer en Asturias una “edad oscura” llamada Edad del Hierro.

A partir de esa primera experiencia con la arqueología castreña comenzamos un progresivo contacto con un paisaje repleto de poblados fortificados, materiales de colecciones diversas, y noticias de nuevos yacimientos, en paralelo al desarrollo de grandes debates teóricos en la arqueología asturiana, que propician la multiplicación de obras dedicadas a los castros de la región. Fuera de esos debates, la falta de revisiones locales del poblamiento catalogado hasta el momento, nos hacían difícil disponer de una perspectiva segura, en cuanto al por qué del fenómeno fortificado en el paisaje. Ese vacío nos llevó durante el desarrollo de los cursos de doctorado en la Universidad de Salamanca a intentar un estudio intensivo de un valle, la comarca del Trubia, donde desde una escala local, pudiésemos intentar obtener algunos detalles del poblamiento que eran más difíciles de obtener desde el análisis global, de un mapa de Asturias con más de 500 castros catalogados.

El resultado de ese análisis local, aparte de diversas claves del paisaje castreño del valle del Trubia, nos permitió descubrir una realidad desalentadora, y es que la mayor parte de los lugares catalogados como castros no eran yacimientos arqueológicos castreños. Se hacía necesaria una primera revisión global de los castros asturianos, que llevamos a cabo en el año 2005, mientras que en paralelo, las percepciones del paisaje obtenidas en el Trubia debían de ser acompañadas de datos cronológicos para confirmar o desmentir nuestras hipótesis sobre las pautas de poblamiento. Comenzamos entonces diversas campañas de excavaciones en los castros de Teverga, que nos aportaron, pese a lo escaso de la superficie excavada, una enorme cantidad de datos.

Al análisis arqueológico micro-territorial de Teverga, le fuimos sumando una nueva revisión de asentamientos, como fue el caso de las cuevas, unos espacios periféricos mitificados desde la óptica cultural, y donde la revisión yacimiento por yacimiento, nos lleva a conclusiones cronológicas y económicas de gran interés en lo que respecta a la evolución del paisaje. Este trabajo que presentamos como tesis, recoge todas nuestras conclusiones sobre el poblamiento Astur. Sus resultados pretenden modificar de nuevo el mapa arqueológico regional, discutir el concepto tradicional de castro, y resaltar la complejidad socio-cultural de sus habitantes, los Astures.

No ha sido un trabajo fácil, y a la tradicional parquedad de datos de superficie procedentes de nuestro paisaje cantábrico, le hemos tenido que sumar la obstaculización a nuestros proyectos de actuación en diversos castros por parte de la Consejería de Cultura del Principado de Asturias. Pese a ello, estos años de visitas a yacimientos, excavaciones y estudios arqueológicos varios ha sido posible gracias a la ayuda de mis padres, el apoyo y los consejos de Luis R. Menéndez Bueyes, así como la ayuda puntual, pero indispensable, de otros especialistas como Berto Peña, Astur Paredes, Gausón Fernández, Carlos Fernández Rodríguez, Ángel Villa Valdés, Jorge Camino Mayor y Elena González, a la que se suman, la de los estudiantes voluntarios y amigos que colaboraron en la realización de excavaciones y visitas a yacimientos. La posibilidad de materializar estos años de trabajo en una tesis doctoral, ha sido gracias al apoyo, la paciencia, y el buen trabajo de mi director, Alfredo Mederos Martín. A todos ellos les dedico estas páginas.

**Alfonso Fanjul Peraza**





*“El paisaje se ha vuelto una moderna línea para conocer y describir lo que nos rodea, y lo que rodea a otros alrededor nuestro, pero debemos mantenernos atentos sobre otras vías de pensamiento, las cuales nunca hicieron del paisaje un marco de referencia...”*

Robert Johnson (1998, 321)



# Índice general

<b>1</b>	<b>El marco geográfico.</b>	<b>1</b>
1.1	Geología . . . . .	1
1.2	Clima . . . . .	7
1.3	Ríos . . . . .	8
1.4	Vegetación . . . . .	9
1.5	La fauna . . . . .	12
<b>2</b>	<b>Historia de la Investigación.</b>	<b>1</b>
2.1	La percepción Ilustrada y erudita (siglos XVIII-XIX). . . . .	1
2.2	De Aurelio de Llano a los años 40 del siglo XX. . . . .	2
2.3	El debate. La arqueología Astur de la segunda mitad del siglo XX. . . . .	4
2.4	Los Astures y la arqueología en la primera década del siglo XXI. . . . .	9
<b>3</b>	<b>El Bronce Final y los orígenes del poblamiento fortificado astur.</b>	<b>10</b>
<b>4</b>	<b>La conquista y el inicio de la romanización de Asturias.</b>	<b>18</b>
<b>5</b>	<b>La organización social de los Astures.</b>	<b>25</b>
5.1	Límites del territorio Astur. . . . .	25
5.2	Organización social. . . . .	27
5.3	Epigrafía . . . . .	30
5.4	Orfebrería y prestigio social. . . . .	35
<b>6</b>	<b>Religión e ideología.</b>	<b>37</b>
<b>7</b>	<b>Los recursos económicos de la Asturias castreña.</b>	<b>48</b>
7.1	La agricultura. . . . .	48
7.2	La ganadería. . . . .	51
7.3	La minería del hierro, cobre y estaño. . . . .	52
7.4	La minería aurífera y del cinabrio. . . . .	56
7.5	La caza. . . . .	61
7.6	Pesca y marisqueo. . . . .	64
7.7	Recolección vegetal. . . . .	64
7.8	Artesanía y comercio. . . . .	66
<b>8</b>	<b>Fuentes para el estudio de los castros de Asturias.</b>	<b>73</b>
8.1	Hacia una revisión del mapa castreño de Asturias. . . . .	73
8.2	El castro en el paisaje actual. La toponimia. . . . .	76
	. . . . .	76
	. . . . .	76



8.3	La mitología. . . . .	77
8.4	Usos tradicionales. . . . .	78
8.5	El estado de conservación de los castros asturianos. . . . .	79
	. . . . .	79
<b>9</b>	<b>La ubicación geográfica de los castros asturianos.</b>	<b>81</b>
9.1	La base geológica. . . . .	81
9.2	La importancia de la defensa natural. . . . .	82
9.3	Dispersión, concentración y aislamiento. . . . .	84
9.4	Dimensiones y jerarquización del paisaje fortificado. . . . .	86
9.5	Tipologías de castros según su forma y estructura. . . . .	86
	. . . . .	86
	. . . . .	86
9.6	La altitud y la relación con las pendientes inmediatas. . . . .	91
9.7	Relación entre castros y cursos de agua. . . . .	91
9.8	La Visibilidad. . . . .	92
9.9	La Orientación. . . . .	93
9.10	Las vías naturales. . . . .	93
<b>10</b>	<b>El castro: aspectos estructurales.</b>	<b>95</b>
10.1	Las defensas artificiales. . . . .	95
10.2	La distribución del espacio doméstico. . . . .	100
10.3	Aspectos constructivos. . . . .	102
<b>11</b>	<b>El poblamiento castreño. Aldeas autosuficientes o centros jerárquicos.</b>	<b>104</b>
11.1	Los modelos interpretativos. . . . .	104
11.2	Fases del poblamiento. . . . .	112
11.3	El hábitat en granjas no fortificadas. Las Vachinas (Teverga). . . . .	116
<b>12</b>	<b>Las evidencias del paisaje. Correlación espacial entre castros y recursos agropecuarios en el valle de montaña del Trubia.</b>	<b>119</b>
12.1	Introducción geográfica. El valle del Trubia. . . . .	119
12.2	Evolución histórica. . . . .	121
12.3	Investigaciones arqueológicas previas. . . . .	123
12.4	La problemática de la investigación castreña en el valle del Trubia. . . . .	124
12.5	Los yacimientos castreños. . . . .	125
12.6	La ubicación de los castros y aspectos generales del poblamiento. . . . .	126
12.7	Las condiciones naturales de los emplazamientos. . . . .	127
12.8	Tipología y estructuras. . . . .	127
12.9	Las defensas naturales. . . . .	128
12.10	Las defensas artificiales. . . . .	129
12.11	El espacio de hábitat. . . . .	129
12.12	Los hallazgos materiales. . . . .	129
12.13	Recursos alimenticios. Agricultura y ganadería. . . . .	130
12.14	Las explotaciones mineras. . . . .	131
12.15	Las vías naturales de comunicación. . . . .	131
12.16	En busca de las áreas de rentabilidad agrícola a través de la tradición oral. . .	132
12.17	Conclusiones sobre el poblamiento castreño en el valle del Trubia. . . . .	135

<b>13 Las evidencias arqueológicas. Excavaciones en los castros del valle del Trubia.</b>	<b>140</b>
13.1 El proyecto de excavaciones del año 2004 en los castros de Teverga. . . . .	140
13.2 Excavación del castro de la Cogollina. . . . .	141
13.2.1 Cronología de la muralla de módulos. . . . .	144
13.2.2 Conclusiones de nuestra intervención. . . . .	145
13.2.3 Aportaciones al debate de las estructuras defensivas castreñas. . . . .	146
13.3 Excavación del castro de la Garba . . . . .	148
13.4 Análisis . . . . .	151
13.4.1 La Fauna. . . . .	151
13.4.2 Análisis de antracología. . . . .	153
13.4.3 Análisis de carpología. . . . .	153
13.4.4 La composición cerámica. . . . .	153
13.4.5 La cerámica romana. . . . .	154
13.4.6 Estudio de las fuentes de abastecimiento mineral. . . . .	154
13.4.7 Análisis de c14. . . . .	154
13.5 Evolución del poblamiento castreño en el valle de Teverga. . . . .	154
<b>14 Los paisajes secundarios. Las cuevas astures.</b>	<b>158</b>
14.1 Historia de un debate. . . . .	160
14.2 Las cuevas astur-leonesas como contexto del estudio. . . . .	166
14.3 Los yacimientos conocidos y su problemática interpretativa. La cronología de las cerámicas a mano. . . . .	170
14.4 ¿Tradición o innovación cultural? La base protohistórica y su relación con las ocupaciones históricas de las cuevas astur-leonesas. . . . .	175
14.5 Las cuevas astur-romanas de hábitat rural. . . . .	179
14.6 Las cuevas astur-romanas como espacios sagrados. Enterramientos y tesoros. . . . .	180
14.7 Los santuarios astur-romanos en cueva. El ejemplo del Ferrán. . . . .	183
14.8 Las cuevas-braña. . . . .	186
14.9 Santuarios y enterramientos al final de la antigüedad astur. . . . .	193
14.10 La cueva peri-urbana. Un modelo de poblamiento rural en torno al Nalón. . . . .	196
14.11 Las Cuevas refugio y otras ocupaciones puntuales. . . . .	197
14.12 Mitos y posibles pervivencias culturales en la tradición popular. . . . .	198
14.12.1 Problemática de la documentación científica. . . . .	198
14.12.2 Arqueología y mitología en las cuevas asturianas. . . . .	199
14.12.3 Una posible evolución del mito subterráneo y su funcionalidad. . . . .	200
14.12.4 La caverna en la mentalidad tradicional. . . . .	201
14.12.5 Una tipología general de los mitos subterráneos en Asturias y León. . . . .	203
14.12.6 Algunas apreciaciones sobre la denominación del mito. . . . .	208
14.12.7 Un intento de delimitación geográfica para los mitos subterráneos. . . . .	208
14.12.8 Cristianización y procesos rituales contemporáneos en las cuevas astur-leonesas. . . . .	209
14.13 Reflexiones finales. Nuevas propuestas para una revisión del poblamiento periférico Astur en cuevas. . . . .	211
<b>15 Conclusiones. ¿Aldeas o centros de poder? Hacia una discusión del concepto de castro en Asturias.</b>	<b>218</b>
<b>16 Catálogo de los castros asturianos.</b>	<b>241</b>
16.1 El Cercu la Barquerona - Agüeru - Villaviciosa. . . . .	243

16.2	Picu Catalín - La Atalaya - Villaviciosa. . . . .	245
16.3	El Campón - Olivar - Villaviciosa. . . . .	247
16.4	La Corolla - Ambás - Villaviciosa. . . . .	249
16.5	El castillo - Camoca - Villaviciosa. . . . .	250
16.6	El Picu Castiello - Morillón - Villaviciosa. . . . .	251
16.7	El Castiello - Acebo - Sariego. . . . .	252
16.8	La Pica el Castro - Aramanti - Sariego. . . . .	253
16.9	El castro - La Isla - Colunga. . . . .	254
16.10	El Castiello - La Riera - Colunga. . . . .	255
16.11	Castro Villeda - San Juan - Colunga. . . . .	257
16.12	El Castiello - Castiello de Arriba - Colunga. . . . .	258
16.13	Picu el Castro - Caravia - Caravia. . . . .	259
16.14	El Cuetu - Llanu - Cangas de Onís. . . . .	260
16.15	El Picu Mancobio - Arriondas - Parres. . . . .	261
16.16	Monte Viyao - Borines - Piloña. . . . .	262
16.17	El Castru - Argandenes - Piloña. . . . .	263
16.18	La Punta la Torre - Llanes - Llanes. . . . .	265
16.19	La Corona del Castro - Hería - Nava. . . . .	266
16.20	Castillo de Sales - Polanava - Nava. . . . .	268
16.21	El Castiello - Taranes - Ponga. . . . .	269
16.22	La Corona del Castro - San Andrés - Sobrescobio. . . . .	270
16.23	La Corona - Campiellos - Sobrescobio. . . . .	271
16.24	El Pico los Castiellos - Campo de Caso - Caso. . . . .	272
16.25	El Castrillón - Pola de Laviana - Laviana. . . . .	274
16.26	El Cerco - La Pumará - Laviana. . . . .	275
16.27	El Picu Castiello - La Rionda - Langreo. . . . .	276
16.28	El Picu Castillu - Pumarín - Langreo. . . . .	277
16.29	El Picu Castiello - Melendreras - Bimenes. . . . .	278
16.30	El Picu Castiechu - Cabezón - Lena. . . . .	280
16.31	El Curucho - Reconcos - Lena. . . . .	282
16.32	El Castiechu Las Coronas, Tiós - Lena. . . . .	283
16.33	El Castiello - Sorribas - Lena. . . . .	284
16.34	El Curucho - Tiós - Lena. . . . .	285
16.35	El Questru y la Pena El Casticho - Xomezana De Arriba - Lena. . . . .	286
16.36	El Picu Casticho - Malvedo - Lena. . . . .	287
16.37	El Questru - Otero - Lena. . . . .	288
16.38	Les Mueles - Llanos - Aller. . . . .	289
16.39	El Questru - Moreda - Aller. . . . .	291
16.40	Los Castiechos - Pola Del Pino - Aller. . . . .	292
16.41	El Castiechu - Felechosa - Aller. . . . .	293
16.42	La Llana El Rebuyu - El Collado - Mieres. . . . .	294
16.43	El Cantu Riba - Rozadiella - Mieres. . . . .	295
16.44	El Castiello - Sarabia - Mieres. . . . .	296
16.45	Recastiello - Gallegos - Mieres. . . . .	297
16.46	Castiello De Lladreo - La Villa - Mieres. . . . .	298
16.47	El Picu Castiello - El Collao - Riosa. . . . .	299
16.48	El Picu Llera - Peñanes - Morcín. . . . .	300
16.49	Castiello - Fozana - Siero. . . . .	301
16.50	El Pico Castiello - La Collada - Siero. . . . .	302



16.51	El Cuetu - San José - Siero. . . . .	303
16.52	El Cuitu - El Castiello - Siero. . . . .	304
16.53	El Castiello - Marcenado - Siero. . . . .	305
16.54	Cutu La Pila - Alperi - Oviedo. . . . .	306
16.55	Grandota - La Grandota - Oviedo. . . . .	307
16.56	El Picu El Cogollu - Las Cuestas - Oviedo. . . . .	308
16.57	El Picu Castiello - Perlín - Oviedo. . . . .	310
16.58	Monte Alto - El Monte - Oviedo. . . . .	312
16.59	El Picu - Cuyences - Oviedo. . . . .	313
16.60	El Castiello - Villapérez - Oviedo. . . . .	314
16.61	El Picu Castiello - Quintana - Oviedo. . . . .	315
16.62	El Castro - Priañes - Oviedo. . . . .	316
16.63	La Planadera - San Claudio - Oviedo. . . . .	317
16.64	El Castiello - Llagú - Oviedo. . . . .	318
16.65	Peña Constacio - Las Carangas - Santo Adriano . . . . .	319
16.66	El Cantu el Arbeyal - Serandi - Proaza. . . . .	321
16.67	La Cogolla y Cogollina - Castro - Teverga. . . . .	323
16.68	La Garba - Berrueño - Teverga. . . . .	325
16.69	La Piconá - Ricabo - Quirós. . . . .	327
16.70	Cochao Castro - Villamarcel - Quirós. . . . .	329
16.71	San Juan - Llanuces - Quirós. . . . .	330
16.72	El Picu La Corona - Picu Llanza - Ribera De Arriba. . . . .	331
16.73	El Cueto - Caravies - Llanera. . . . .	333
16.74	La Cogolla - Severies - Llanera. . . . .	334
16.75	El Canto San Pedro - Lugo - Llanera. . . . .	335
16.76	La Corona - Les Areñes - Llanera. . . . .	336
16.77	Campa Torres - Jove - Gijón. . . . .	337
16.78	El Castiellu - Serín - Gijón. . . . .	339
16.79	El Cuetu - San Andrés - Gijón. . . . .	340
16.80	El Castiello - Castiello - Gijón. . . . .	341
16.81	El Cantu La Figal - Nieva - Gozón. . . . .	342
16.82	El Castiellu - Molín Del Puertu - Gozón. . . . .	343
16.83	Los Garabetales - Granda - Gozón. . . . .	345
16.84	La Barrera - Logrezana - Carreño. . . . .	346
16.85	El Castro - Huerno - Carreño. . . . .	347
16.86	El Pico Castiello - Molleda - Corvera. . . . .	348
16.87	La Peñona - San Amaro - Castrillón. . . . .	349
16.88	El Castiello - La Mortera - Candamo. . . . .	350
16.89	La Pica El Castro - Villar - Candamo. . . . .	351
16.90	El Campón - La Carcabina - Muros Del Nalón. . . . .	352
16.91	El Castillo De San Martín - Soto - Soto Del Barco. . . . .	353
16.92	El Pico Ruedes - Valsera - Las Regueras. . . . .	354
16.93	El Castiello Los Vallaos - Paladín - Las Regueras. . . . .	355
16.94	El Castiello - Ambás - Grado. . . . .	356
16.95	El Cascayal - Berciú - Grado. . . . .	357
16.96	Castrofabeiro - Vigaña - Grado. . . . .	358
16.97	El Picu la Forca - San Juan de Villapañada - Grado. . . . .	359
16.98	El Castiechu - Llamardal - Somiedo. . . . .	360
16.99	La Cavona - Lamuño - Cudillero. . . . .	361

16.100	El Curi3n - La Fenosa - Cudillero . . . . .	362
16.101	El Castro - Cudillero - Cudillero . . . . .	363
16.102	El Castiello De La Garita - Oviñana - Cudillero. . . . .	364
16.103	El Cogollo - El Caliero - Pravia. . . . .	365
16.104	Las Cogollas - Linares - Salas. . . . .	366
16.105	El Castiello - Doriga - Salas. . . . .	368
16.106	El Castro - Alava - Salas. . . . .	369
16.107	Penaguda - Boinás - Belmonte. . . . .	370
16.108	El Castru - Vigaña - Belmonte. . . . .	371
16.109	El Castru - Ondes - Belmonte. . . . .	372
16.110	El Castiechu - Calella - Valdés. . . . .	373
16.111	El Cerco De Los Moros - La Lamiella - Valdés. . . . .	374
16.112	El Castiechu - Cerezal - Valdés. . . . .	375
16.113	Peña Castiel - Chano De Luarca - Valdés. . . . .	376
16.114	La Cogocha - Canero - Valdés. . . . .	377
16.115	La Porida - Trevías - Valdés. . . . .	378
16.116	El Castro - Zardaín - Tineo. . . . .	379
16.117	El Castro - Villatresmil - Tineo. . . . .	380
16.118	El Castro (El Pico Del Castro) - Tineo - Tineo. . . . .	382
16.119	La Mouta - Villameana- Tineo. . . . .	383
16.120	El Cuerno El Chobo (La Pena El Molín) - Villameana - Tineo. . . . .	384
16.121	El Pico Los Moros - Valentín - Tineo. . . . .	385
16.122	El Castillo De Manxel3n - Naraval - Tineo. . . . .	386
16.123	Las Torres (Los Castros) - Riocastiello - Tineo. . . . .	388
16.124	El Castr3n - Barredo - Tineo. . . . .	389
16.125	El Castillo - Veneiro - Tineo. . . . .	390
16.126	El Castillo de los Moros - Agüera de Carriles - Tineo. . . . .	391
16.127	El Castiechu (El Castro) - Luciernas - Tineo. . . . .	392
16.128	El Castro (Pico Rendión) - Truébano - Tineo. . . . .	394
16.129	El Castro - Fresno - Tineo. . . . .	395
16.130	El Pico San Roque - Perluces - Tineo. . . . .	396
16.131	El Castro - Perluces - Tineo. . . . .	397
16.132	El Castro (El Palacio) - Figueras - Allande. . . . .	399
16.133	El Castiechu - Pradiella - Allande. . . . .	401
16.134	Castro Piqueiros - Tremado - Allande. . . . .	402
16.135	El Castro - San Martín De Valledor - Allande. . . . .	403
16.136	El Pico San Chuis - San Martín - Allande. . . . .	405
16.137	El Pico El Castro - Arbeyales - Allande. . . . .	406
16.138	El Castiecho - Carcedo - Allande. . . . .	407
16.139	El Pico Castiello - Berducedo - Allande. . . . .	409
16.140	El Castro - Adrales - Cangas del Narcea. . . . .	410
16.141	Los Castros - Ridera - Cangas del Narcea. . . . .	411
16.142	La Pena El Castiechu - Otardexu - Cangas del Narcea. . . . .	413
16.143	El Tesu La Cochada - Bimeda - Cangas del Narcea. . . . .	414
16.144	Las Torres - Vega de Castro - Cangas del Narcea. . . . .	416
16.145	Los Castillos - Vallado - Cangas del Narcea. . . . .	417
16.146	Los Castros - Villar de los Indianos - Cangas del Narcea. . . . .	418
16.147	La Plaza Los Moros - Llanos - Cangas del Narcea. . . . .	419
16.148	El Castiello - Corias - Cangas del Narcea. . . . .	420

16.149	El Castro - Larón - Cangas del Narcea. . . . .	421
16.150	El Castiechu - Pexán - Cangas del Narcea. . . . .	422
16.151	El Castiechu - Naviego - Cangas del Narcea. . . . .	423
16.152	El Tesu Los Castros - Villar de Rengos - Cangas del Narcea. . . . .	424
16.153	El Castro - Posada de Rengos - Cangas del Narcea. . . . .	425
16.154	El Castro - Acio - Cangas del Narcea. . . . .	426
16.155	El Chanu las Coronas - Castiello - Cangas del Narcea. . . . .	427
16.156	El Castiechu - Valcabo - Cangas del Narcea. . . . .	428
16.157	El Castiello - Tebongo - Cangas del Narcea. . . . .	429
16.158	El Castro - Trones - Cangas del Narcea. . . . .	430
16.159	Castro de Sierra - Rengos - Cangas del Narcea. . . . .	431
16.160	El Castro de Trichamuela - Porley - Cangas del Narcea. . . . .	432
16.161	Las Torres - Tremado de Carballo - Cangas del Narcea. . . . .	433
16.162	O Castelo - Sena - Ibias. . . . .	435
16.163	El Castelo - Cecos - Ibias. . . . .	436
16.164	El Castelo - San Clemente - Ibias. . . . .	437
16.165	O Coredo - A Lagúa - Ibias. . . . .	438
16.166	Los Castros - Degaña - Degaña. . . . .	439
16.167	El Castelo (Esteiro) - Campos - Tapia de Casariego. . . . .	440
16.168	Castro Coronas - El Pico - Tapia de Casariego. . . . .	442
16.169	Castillos de Pereira - Acevedo - Tapia de Casariego. . . . .	443
16.170	El Picón - Campos - Tapia de Casariego. . . . .	444
16.171	El Corcovón - Acevedo - Tapia de Casariego. . . . .	446
16.172	Las Cercas - Castrovaselle - Tapia de Casariego. . . . .	447
16.173	Peña Caldeira - La Vaguina - Tapia de Casariego. . . . .	448
16.174	Campo de San Lorenzo -Santa Águeda - Tapia de Casariego. . . . .	449
16.175	El Castelón - Serantes - Tapia de Casariego. . . . .	451
16.176	El Toxal - Tapia - Tapia de Casariego. . . . .	452
16.177	Castreda - Balmorto - Tapia de Casariego. . . . .	454
16.178	El Castello - Rondello - Tapia de Casariego. . . . .	455
16.179	La Punta - Figueira - Coaña. . . . .	456
16.180	El Castelón - Coaña - Coaña. . . . .	457
16.181	El Monte Del Castro - Mohías - Coaña. . . . .	459
16.182	As Croas - Castro - San Tirso de Abres. . . . .	461
16.183	Os Castros - Salcido - San Tirso de Abres. . . . .	462
16.184	As Croas - Eilale - San Tirso De Abres. . . . .	463
16.185	Os Castros de Molexón - Vegadeo. . . . .	465
16.186	Os Castros de Pruída - Meredo - Vegadeo. . . . .	466
16.187	El Castro de Castro - Ouria - Taramundi. . . . .	467
16.188	Os Castros - Taramundi - Taramundi. . . . .	468
16.189	El Pico El Castro - Pelou - Grandas De Salime. . . . .	469
16.190	El Chao San Martín - Grandas de Salime. . . . .	470
16.191	El Castro - Valabilleiro - Grandas De Salime. . . . .	471
16.192	Pena Del Castro - Folgosa - Grandas De Salime. . . . .	472
16.193	Pico Da Mina - Bousoño - San Martín De Oscos. . . . .	473
16.194	San Isidro - Bousoño - San Martín De Oscos. . . . .	475
16.195	El Castro - Lineras - Santa Eulalia de Oscos. . . . .	477
16.196	Los Castros - Ferreira - Santa Eulalia de Oscos. . . . .	478
16.197	El Castelón - Illano - Illano. . . . .	479



16.198	El Castelo - Villar De San Pedro - Boal. . . . .	480
16.199	El Castellón - Vega De Ouria - Boal. . . . .	481
16.200	El Castro - Pencia - Boal. . . . .	482
16.201	El Castro - Los Mazos - Boal. . . . .	483
16.202	El Castro - La Escrita - Boal. . . . .	484
16.203	El Castrillón - Andés - Navia. . . . .	485
16.204	Los Castiellos - Piñera - Navia. . . . .	487
16.205	El Castro - Puerto De Vega - Navia. . . . .	488
16.206	El Castiel - Soirana - Navia. . . . .	489
16.207	La Santa Olalla - Villanueva - Navia. . . . .	490
16.208	El Castro - Villanueva - Navia. . . . .	491
16.209	El Castro - Pesoz (Santa Cruz) - Pesoz. . . . .	492
16.210	Los Castros - Vilavedelle - Castropol. . . . .	493
16.211	Los Castros - Castro - Castropol. . . . .	494
16.212	El Corno - Villadún - Castropol. . . . .	495
16.213	La Corona - Iramola - Castropol. . . . .	497
16.214	Os Castros - Bouza - Castropol. . . . .	498
16.215	O Corolo - Lantoria - Castropol. . . . .	499
16.216	O Castelo (Os Castros) - Lagar - Castropol. . . . .	500
16.217	Los Castros - Brul - Castropol. . . . .	501
16.218	Os Castros - Seares - Castropol. . . . .	502
16.219	Os Castros - Santalla - Castropol. . . . .	503
16.220	Cabo Blanco - Valdepareas - El Franco. . . . .	504
16.221	El Castellón - Miudes - El Franco. . . . .	506
16.222	El Castellón - La Caridad - El Franco. . . . .	507
16.223	El Castrón - Andina - El Franco. . . . .	508
16.224	La Corona - Arancedo - El Franco. . . . .	509
16.225	La Corona - San Juan de Prendones - El Franco. . . . .	510
16.226	Lugares catalogados oficialmente como castros y que no aceptamos como tales en nuestra revisión arqueológica: . . . . .	511

## Bibliografía

519

# Índice de figuras

1.1	Localización geográfica de Asturias. . . . .	1
1.2	Mapa de comunicaciones y principales núcleos de hábitat de Asturias. . . . .	1
1.3	Mapa geológico de Asturias. . . . .	2
1.4	Costa central asturiana. . . . .	3
1.5	Mapa hidrográfico de Asturias. . . . .	4
1.6	Paisaje típico de un valle oriental asturiano. Cabrales. . . . .	6
1.7	Montaña central asturiana. Parque de las Ubiñas. . . . .	7
1.8	Paisaje de la montaña occidental asturiana. . . . .	7

1.9	Paisaje de las montañas del suroccidente asturiano. Cangas del Narcea. . . . .	8
1.10	Valle del Navia en la vertiente occidental de Asturias. . . . .	9
1.11	Bosque y praderías en el alto Cibeá. Cangas del Narcea. . . . .	10
2.1	Lápida de la Campa Torres (Maya y Cuesta 2001,25). . . . .	1
2.2	Planta y perfil del castro de Caravia (De Llano 1919). . . . .	3
2.3	García y Bellido con I. Chacón en Coaña (García-Bellido 2002, 43). . . . .	3
2.4	Mapa de castros asturianos según J.M. González (1976). . . . .	5
2.5	Excavaciones en la Campa Torres en 1995 (Foto del autor). . . . .	5
2.6	Vista del castro del Campón del Olivar (Villaviciosa). . . . .	6
2.7	Vista del castro de Taramundi en el valle del Navia. . . . .	7
2.8	Vista aérea del castro de Llagú (Berrocal <i>et alii</i> 2002). . . . .	7
2.9	Muralla de módulos de la Campa Torres, eje de uno de los debates más intensos de la arqueología Astur a finales del siglo XX. . . . .	8
3.1	Molde de hoz de Castropol. . . . .	10
3.2	Molde de hacha de apéndices laterales de Gusendos (León) (Blas Cortina 1984-85, 280). . . . .	10
3.3	Depósito de lingotes de Gamonéu (Onís) (Blas Cortina 1983). . . . .	11
3.4	Zona donde se ubicaba la desaparecida cueva de la Ferrería con restos materiales de la Edad del Bronce. . . . .	12
3.5	Una de las hachas de los Mazos (Allande) (Blas Cortina 1983). . . . .	12
3.6	Hacha del castro de Valabilleiro (Grandas de Salime) (Blas Cortina 2007, 648). . . . .	13
3.7	Punta de lanza de la Llaguna de la Fana (Tineo) (Blas Cortina 2007, 654). . . . .	13
3.8	Cueva de la Mora (Aller). . . . .	13
3.9	Hacha de Bronce de la cueva de la Mora (Aller) (Blas Cortina 1983). . . . .	14
3.10	Puñal de antenas de Penácaros (Boal) (Blas Cortina 1983). . . . .	14
3.11	Diadema de Moñes (Piloña) (Schattner 2012, 746). . . . .	16
3.12	Ubicación de la cueva del Demo (Boal) con pinturas rupestres de la Edad del Bronce. . . . .	17
4.1	Campamento de la Carisa (Camino <i>et alii</i> 2007, 86). . . . .	18
4.2	Herramientas de construcción halladas en el campamento de la Carisa (Camino <i>et alii</i> 2007, 89). . . . .	19
4.3	Gatillo de catapulta hallada en la Carisa (Camino <i>et alii</i> 2007, 89). . . . .	19
4.4	Puñal astur-romano hallado en el castro de Pelou (Villa 2007b, 42). . . . .	20
4.5	Villa astur-romana junto al Chao Samartín (Villa 2007b, 44). . . . .	21
4.6	Material de excavación astur-romano de las minas de Carlés (Villa 2007b, 41). . . . .	22
4.7	Recintos campamentales romanos en el Noroeste (Menéndez Blanco <i>et alii</i> 2011, 146). . . . .	22
5.1	Mapa con la distribución geográfica de los Astures (Fuente: Rosa Cid). . . . .	26
5.2	Estela de Bovecio perteneciente a los orgenomescos.(Fuente: Astur Paredes). . . . .	28
5.3	Lápida donde se cita a Astures y lugones de procedencia desconocida. . . . .	29
5.4	Lápida hallada en la muralla romana de Gijón donde se cita a los Cilúrnigos. . . . .	30
5.5	Lápida Vadiniense del oriente asturiano. . . . .	34
5.6	Pendiente de oro procedente de Berducedo (Allande). . . . .	34
5.7	Orfebrería astur procedente de Cangas de Onís. . . . .	35
5.8	Vistas de Lugones y Lugo de Llanera desde el Picu Castiello de Fozana. Los topónimos están claramente vinculados a los Luggones de las fuentes clásicas. . . . .	36

6.1	Epigrafía y toponimia religiosa de los Astures transmontanos (Marco 1997, 27).	37
6.2	Ara dedicada a la divinidad astur Evedutonium Barciaecus encontrada en Naraval (Foto Astur Paredes).	38
6.3	Ara votiva a <i>Nimmedus Aseddiagus</i> (Mieres) (Foto Astur Paredes).	40
6.4	Epigrafía y toponimia vinculada a Lug en Asturias (Marco 1997, 31).	41
6.5	Diadema de Moñes (Piloña) (Perea 1995, 77).	43
6.6	Inscripción dedicada a Mars Tilenus encontrada en la Bañeza (León) (Morillo 1995, 48).	44
6.7	Estela dedicada a la diosa astur Degantia (Mangas 1995, 160).	46
6.8	Estela discoidea de Coaña.	46
6.9	Roca sacralizada en Pesoz, Valle del Navia.	47
7.1	Molino de Vaivén prehistórico hallado en unas huertas del Campo da Estela (Ibias).	49
7.2	Campos fósiles de cereal de montaña en Boal.	49
7.3	Molino decorado de Coaña (Maya 1988-89, 265).	50
7.4	Molino de la Picon de Ricabo (Maya 1988-89, 266).	50
7.5	Corderos Xaldos. Raza atlántica de origen autóctono presente en la cabaña astur antes de la romanización.	51
7.6	Mastín astur-leonés.	52
7.7	Trabajos mineros para la construcción del foso de Trichamuela (Cangas del Narcea). En base a la presencia de trabajos mineros en algunos castros hacía pensar hasta hace poco, en una cronología exclusivamente romana de los mismos.	52
7.8	Lingotillos de bronce procedentes de la Campa Torres (Maya y Cuesta 2001, 137).	53
7.9	Crisoles de fundición de la Campa Torres (Maya y Cuesta 2001, 247).	54
7.10	Objetos diversos de bronce de la Campa Torres (pendientes, adorno en espiral y peinetas) (Maya y Cuesta 2001, 101).	56
7.11	Minas de la sierra del Palo (Allande).	57
7.12	Castro de San Martín de Valledor (Allande) donde se observa la presencia de labores mineras para la construcción de las defensas.	58
7.13	Castro de Ceruñales (León), de cronología exclusivamente prerromana y donde se observa con claridad los fosos contruïdos mediante técnicas de <i>Ruina Montium</i> (Fanjul 2013).	59
7.14	Torques de Valentín (Tineo) (Maya 1988-89, 143).	60
7.15	Minas de oro astur-romanas de Belmonte.	61
7.16	Puntas de lanza y regatones de diversos castros asturianos (Maya 1988-89, 84).	62
7.17	Enmangues en hueso de la Campa Torres para navajas o punzones (Maya y Cuesta 2001, 221).	62
7.18	Puñales de antenas de Sobrefoz y Penácaros (Maya 1988-89, 76).	63
7.19	Puñal tipo Monte Bernorio de Caravia (Maya 1988-89, 77).	63
7.20	Anzuelos de la Campa Torres (Maya y Cuesta 2001, 131).	64
7.21	Mortero de piedra entre los derrumbes del castro de Tremao de Carballo (Cangas del Narcea).	65
7.22	Clavos de madera entre los restos de una vivienda circular en Ibias.	65
7.23	Hacha de la Campa Torres (Maya y Cuesta 2001, 151).	66
7.24	Ollas lisas de la Campa Torres (Maya y Cuesta 2001, 168).	66
7.25	Cerámicas con retícula bruñida de la Campa Torres (Maya y Cuesta 2001, 207).	67
7.26	Cerámicas con decoración en SSS de la Campa Torres (Maya y Cuesta 2001, 207)..	68

7.27	Cerámicas importadas mediterráneas en los niveles prerromanos de la Campa Torres (Maya y Cuesta 2001, 155). . . . .	70
7.28	Fíbulas astures en omega de la Campa Torres (Maya y Cuesta 2001, 122). . . .	72
7.29	Fíbulas zoomorfas de la Campa Torres (Maya y Cuesta 2001, 112). . . . .	72
8.1	Mapa del castro dudoso de Os Castros de San Juan en Castropol (Camino y Viniegra 1990). Muchos lugares como éste, que nosotros no consideramos castros pero son tomados como tales en las cartas arqueológicas locales, carecen de elementos fiables para ser considerados castros. Su catalogación oficial se realiza entonces de forma preventiva esperando aclarar su naturaleza en el futuro. . . .	73
8.2	Mapa de los castros asturianos según Fanjul (2005). . . . .	75
8.3	Castiechu del Chamardal. Su topónimo, al igual que en tantos castros, permitió la identificación arqueológica del lugar. . . . .	76
8.4	Yacimiento fortificado medieval de la Forca sobre Villaviciosa. Su topónimo histórico ha creado cierta confusión respecto a su naturaleza prehistórica o medieval. . . . .	77
8.5	Peña Armada en Castrillón. . . . .	77
8.6	Pozo de saqueo en la cabecera fortificada del Castiello de Podes en Gozón. La mitología arqueológica ha sido la base de la centenaria búsqueda de tesoros en los castros asturianos. . . . .	78
8.7	Restos de trabajos tradicionales de cantería en el interior del castro de la Cogollina (Teverga). . . . .	78
8.8	Muralla de módulos del castro de Tremao de Carballo en Cangas del Narcea. La reutilización de este yacimiento como posterior fortaleza medieval supuso la conservación de la primitiva muralla. . . . .	79
8.9	Pozo de saqueo en el Castiechu del Chamardal (Somiedo). . . . .	79
8.10	Castro del Picu la Forca (Grado), en pleno proceso de destrucción. Pese a las diferentes denuncias, así como los restos de muralla hallados en su interior, el yacimiento seguía sin ser catalogado oficialmente como castro hasta hace pocos años. . . . .	80
9.1	Castro-torre de Naviego, donde todos los bloques para la construcción de la torre se extraen del mismo espolón rocoso donde se ubica el castro. . . . .	81
9.2	Posible castro-torre de Cibeia (Cangas del Narcea) aprovechando un resalte en altura en pleno fondo de valle. . . . .	82
9.3	Campamento de los Moros en Arganza (Tineo) protegido en tres de sus vertientes por el río Arganza. . . . .	84
9.4	Castro de O Coredo de A Lagúa en Ibias. Su supuesto aislamiento demuestra la existencia de una oppidización de muchos de los valles de montaña, siguiendo un modelo de poblado fortificado central, al que se subordinan estaciones de hábitat no fortificados en otras zonas del valle. . . . .	85
9.5	Pico Castiello del Collao en Riosa. . . . .	86
9.6	Castro en ladera en Castro de Sierra (Cangas del Narcea). . . . .	87
9.7	Castro-torre del Castiello el Pedreu, en el puerto de montaña de la Cabruñana. La abundancia de bloques de piedra, que se observan en la imagen, demuestran la enorme potencia defensiva de la antigua torre. . . . .	87
9.8	Castro-torre del Pico Sieiro (Cangas del Narcea), una posible atalaya de vigilancia medieval con varios fosos excavados en roca. . . . .	90

9.9	Antiguas tierras de cultivo en el entorno del Castiechu de Chamardal (Somiedo), el castro situado a mayor altitud de Asturias. . . . .	91
9.10	Antiguas tierras de cultivo de cereal en el entorno del castro-torre de Acio (Cangas del Narcea). . . . .	92
9.11	Fondeadero natural de Cala Rubia, junto al castro de O Corno (Castropol). . .	92
9.12	Ubicación del Castiello de Sorribas (Lena). . . . .	93
9.13	Antigua vía de Somiedo a los pies del Castiechu de Chamardal. . . . .	94
9.14	Transporte tradicional en una vía menor del concejo de Somiedo. . . . .	94
10.1	Foso del castro costero del Castiello de San Juan de Podes (Gozón). . . . .	95
10.2	Foso perimetral del castro de San Chuis, en Allande. . . . .	96
10.3	Muralla de módulos del castro de San Chuis. . . . .	97
10.4	Defensas multivalladas del castro del Castiello en Cangas del Narcea. . . . .	97
10.5	Foso y talud exterior de O Corno de Castropol. . . . .	98
10.6	Foso del castro de Trichamuella de Porley en Cangas del Narcea. . . . .	98
10.7	Foso y contrafoso exterior del castro de Esteiro (Tapia de Casariego). . . . .	98
10.8	Defensa en altura consecutiva mediante aterrazamientos de las zonas de viviendas en el castro de la Riera (Colunga). . . . .	99
10.9	Tramo de muralla en el castro del Castiello de Sorribas en Lena. . . . .	100
10.10	Revestimiento de muralla sobre pared de roca en el castro de Tremao de Carballo (Cangas del Narcea). . . . .	100
10.11	Canal minero que conduce a los fosos del castro-torre de Acio en Cangas del Narcea. . . . .	103
11.1	El Oriente asturiano ha centrado buena parte de los debates sobre la falta de castros en su extremo suroriental (Camino 2002, 140). . . . .	105
11.2	Mapa del poblamiento castreño en el occidente asturiano (Fanjul 2005). . . . .	106
11.3	Planta del castro de Contrebia Carvica (Lorrio 1997, 70). . . . .	107
11.4	Reconstrucción virtual del sector con castros en dirección al Aramo desde Llagú (Berrocal <i>et alii</i> 2002, 39). . . . .	108
11.5	Estructura temporal de habitación en Teverga durante su estudio (Fanjul Peraza y Fernández Riestra 2008). . . . .	109
11.6	Los estudios edafológicos en los entornos castreños son de gran utilidad en la interpretación de la micro-economía de los centros de poder (Parcero 2002, 75), pero no nos permiten una visión económica global del territorio castreño, al no poder incluir las estructuras agrarias menores. . . . .	110
11.7	Las últimas revisiones del poblamiento castreño en Cantabria (Serna, Martínez y Fernández 2010) han tenido en cuenta no solo el discurso evolutivo, sino también la presencia de otras realidades no fortificadas en la construcción del paisaje castreño. . . . .	111
11.8	Galicia ha concentrado la mayor parte de los esfuerzos y líneas de investigación sobre la interpretación del paisaje castreño. La variedad de modelos de poblamiento queda demostrada a través de los numerosos estudios comarcales y locales (Carballo Arceo 2002, 115). . . . .	112
11.9	La presencia del poblamiento en abierto en Galicia desde la Edad del Bronce, y su continuidad posterior, es uno de los temas que más están enriqueciendo el debate sobre el poblamiento en la Edad del Hierro gallega (Parcero 2003, 277). . . . .	112

11.10	Mapa de los castros de mayores dimensiones respecto a los poblados de su entorno, donde se puede observar una cierta equidistancia entre ellos, lo que parece resaltar su papel como centros políticos locales. Las agrupaciones por cercanía de grandes poblados se circunscriben a la costa occidental asturiana. Si bien planteamos una posible jerarquización entre poblados de mayores y menores dimensiones, es fundamental la cautela interpretativa al desconocer la cronología de ocupación de la mayor parte de los mismos. . . . .	113
11.11	Mapa etnológico de la Asturias prerromana según J.M. González (1978, 54). . .	113
11.12	Planta del castro de Coaña (Maya 1984, 200). . . . .	114
11.13	Mapa de castros asturianos multivallados, lo que supone más de tres fosos y dos contrafosos en una sola vertiente. Salvo el castro de la Barquerona de Villaviciosa, la totalidad de los elementos multivallados se corresponden con el occidente asturiano. Buena parte de estos emplazamientos parecen haber tenido un uso puntual o permanente como castros-torre, y en otros casos se concentran en los grandes poblados. Planteamos por tanto la arquitectura defensiva multivallada en los castros asturianos, como un elemento propio de la funcionalidad militar de algunos castros, y en menor medida, con la ostentación simbólica de los habitantes del poblado. . . . .	114
11.14	Mapa de castros-torre. En nuestra opinión, el fenómeno de los castros-torre es una muestra de la militarización del poblamiento castreño en época romana. Puede existir alguna excepción donde el escaso espacio habitable contenga elementos de la Edad del Hierro, caso del castro de Pelou (Villa 2007), aunque en la mayor parte de los casos estamos hablando de yacimientos de control vial de diferentes épocas dentro de la época romana. Las principales áreas donde se concentra este control vial es el interior de Tineo, su conexión con el Alto Narcea, y la costa occidental asturiana. En menor medida tenemos casos aislados controlando el valle Lena-Caudal, el puerto de montaña de la Cabruñana-Oviedo, así como el Medio-Alto Navia. . . . .	115
11.15	Evolución de los fosos del Chao Samartín según Villa (2005, 77). . . . .	116
11.16	Mapa de recursos mineros de la Asturias romana según Sánchez-Palencia (1995, 145). . . . .	116
11.17	Ubicación de la granja astur de las Vachinas (Teverga). . . . .	117
11.18	Vista general de las huertas desde el lugar donde se hallaba la granja prerromana. . . . .	117
11.19	Vista del corte donde se hallaron los materiales. . . . .	117
11.20	Borde de olla con leve incisión horizontal. . . . .	118
11.21	Fragmento de uno de los molinos de piedra hallados en el corte del talud. . . .	118
12.1	Imagen de la zona alta del valle del Trubia. . . . .	120
12.2	Cueva de la Chinariega. . . . .	122
12.3	Pinturas de la Edad del Bronce de Fresnedo. . . . .	124
12.4	Mapa con los castros del valle del Trubia según sus dimensiones. 1-El Picu el Cogollu de las Cuestas. 2-El Picu Castiellu de Perlín. 3-Peña Constancio. 4-El Cantu el Arbeyal de Serandi. 5-La Cogollina. 6-La Garba de Berrueño. 7-Cochao castro. 8-La Picona de Ricabo. 9-San Juan de Llanuces. . . . .	125
12.5	Áreas de control visual pleno, desde los castros del valle del Trubia. En negro, las áreas a mayor altura. . . . .	128
12.6	Camín Real en el entorno de Ricabo. . . . .	132
12.7	Lugares de estudio de áreas agrícolas a través de la tradición oral. 1-Perlín, 2-Peña Constancio, 3-Cantu el Arbeyal de Serandi y 4-Berrueño. . . . .	133

12.8	Área de aprovechamiento agrícola (entre líneas rectangulares) en torno al castro de Perlín (círculo). . . . .	134
12.9	Área de aprovechamiento agrícola (entre líneas rectangulares) y ganadero (estrella) en torno al castro de Peña Constancio (círculo). . . . .	135
12.10	Área de aprovechamiento agrícola (entre líneas rectangulares) y ganadero (estrella) en torno al castro de la Garba (círculo). . . . .	135
12.11	Vivienda cuadrangular del despoblado de Santiago (Proaza) en alta montaña. Incluso en zonas superiores a 1500 m. es posible encontrar huellas de antiguas actividades agrícolas en el valle del Trubia. . . . .	136
12.12	Capilla medieval en el interior del castro de San Juan de Llanuces en Quirós. . .	138
13.1	Ubicación de los dos castros de Teverga en el valle del Trubia. . . . .	140
13.2	Topografía del castro de la Cogollina, con la ubicación de los sondeos realizados en nuestra intervención. En este castro, tan sólo la zona del sector 3, parece destinarse a usos urbanos, en paralelo a la línea de muralla. Entre el sector urbano, y la cabecera fortificada del sector 1, se encuentran terrazas rocosas en pendiente, que quizás albergaron espacios de uso agropecuario. . . . .	142
13.3	Vista de la cabecera defensiva del castro de la Cogollina. La presencia de un bastión defensivo en este sector, demuestra que las típicas cabeceras fortificadas con bastiones en nuestros castros, datan ya, de la primera Edad del Hierro. . .	143
13.4	Vista del proceso de descubrimiento de la muralla de módulos del castro tevergano de la Cogollina. . . . .	144
13.5	Reconstrucción idealizada del perfil urbano de la Cogollina en el sector 3. . . .	145
13.6	Vista del bosque de la Garba, donde se asienta el castro, a los pies de la sierra de la Sobia. El traslado poblacional a este poblado, supone la pujanza, dentro de la fauna consumida, del ganado ovicáprido sobre el vacúno, posiblemente atendiendo a las inmejorables condiciones rocosas del entorno de la sierra de la Sobia. . . . .	148
13.7	Fosa del antiguo pequeño horno en cubeta, hallado en la base exterior de la muralla del poblado de la Garba, fechado en el siglo IV a.C. . . . .	149
13.8	Conjunto de escorias del horno en cubeta de la Garba. Algunas de las escorias, como el fragmento más grande, disponen de improntas de arcilla, de la bóveda del antiguo horno metalúrgico, manteniendo incluso la curva original de la antigua estructura. . . . .	150
13.9	Topografía del castro de la Garba, con la ubicación de los sondeos realizados en nuestra intervención. . . . .	150
13.10	Fosos monumentales del castro de la Cogollina. . . . .	155
13.11	Vista del castro de la Garba desde el interior del castro de la Cogollina. El abandono de éste, parece coincidir con el inicio del hábitat en la Garba. Un cambio de ubicación caracterizado por la cercanía a tierras de mayor calidad agrícola. . . . .	156
13.12	Planta de la muralla de módulos de la Cogollina. . . . .	156
13.13	Reconstrucción del esquema de vivienda castreña del siglo IV d.C. hallada en la Garba. . . . .	157

13.14	Estructura ganadera temporal en las estribaciones de la sierra de la Mesa (Teverga) (Fanjul y Fernández Riestra 2008). Los datos faunísticos de la Cogollina nos llevan a afirmar que existen estructuras ganaderas de la Edad del Hierro ajenas a los castros, cuya estructura, como demuestran algunos ejemplos etnográficos como el de la imagen, pueden ser de difícil localización por ser en su totalidad de elementos orgánicos. . . . .	157
14.1	Entrada de la cueva de la Chinariega A. . . . .	158
14.2	Cuevas con ocupación histórica estudiadas. . . . .	159
14.3	Materiales medievales de la cueva de Barbaroña. Ponga (Menéndez y Sánchez 2000). . . . .	161
14.4	Mapa del poblamiento romano de Navarra (García García 1997), donde se observan las ubicaciones periféricas del poblamiento en cueva. . . . .	163
14.5	Planta y perfil de la cueva del Eremitán (Berrocal <i>et alii</i> 2002). . . . .	165
14.6	Materiales de la cueva de Chapipi (Escortell 1973, 45). Durante décadas, los hallazgos de materiales descontextualizados de época astur-romana se han clasificado como restos de ocupaciones mineras o como escondites en tiempos de crisis, sin tener en cuenta el marco histórico de la ubicación de la cueva, ni otras posibles funciones de ese espacio en relación con un poblamiento al aire libre en las cercanías de carácter rural. . . . .	167
14.7	Entrada a Cueva Huerta en Teverga. . . . .	168
14.8	Localización de varias cuevas en el concejo de Ponga (Menéndez y Sánchez 2000). Una planimetría poco detallada implica errores de ubicación de más de cien metros. . . . .	171
14.9	Vista general, del espacio que ocupaba buena parte de la cueva de Serrapio en Aller, hoy destruida por este camino y de la que apenas quedan varios metros taponados por vegetación y basura (entrada junto al jalón). . . . .	171
14.10	Localización de la cueva de Sofoxó en las Regueras. . . . .	172
14.11	Localización de la cueva de Entrellusa. . . . .	172
14.12	Lo exiguo de los restos hallados, así como sus dudas cronológicas, caso de estos restos óseos en la superficie de la cueva medieval del Colláu en Belmonte de Miranda, muestran una de las principales dificultades a la hora de abordar la interpretación de estos yacimientos. . . . .	173
14.13	Materiales a mano tardoantigüos de Peña Forua (Martínez y Unzueta 1988). . .	174
14.14	Una de las cerámicas de la cueva de la Zurra. Su origen local, fuera de un contexto claramente protohistórico, hace dudar sobre su filiación prerromana, proponiendo un contexto tardoantiguo o altomedieval. . . . .	175
14.15	Materiales cerámicos a mano del Greyu (Estrada <i>et alii</i> 1995), cuyas formas y contexto geográfico del yacimiento, apuntan a cronologías altomedievales y no protohistóricas, como tradicionalmente se les ha asignado. . . . .	175
14.16	Hacha pulimentada de la cueva de Serrapio (Aller) (Estrada 2000). La calidad técnica de algunos materiales hallados en cuevas como ésta y la Ferrería (las Regueras), nos inducen a pensar en la existencia de un modelo de cueva, en forma de túnel o sumidero, cuyas escasas condiciones de habitabilidad, refuerzan la idea de un espacio de culto o enterramientos, donde se depositan elementos de tipo votivo, en forma de hachas pulimentadas primero y de bronce posteriormente (cueva-sumidero de la Mora, Aller). . . . .	177
14.17	Cueva de la Mora (Aller). . . . .	177



14.18	Entrada de la cueva del hueso de Pillarno (Castrillón), el único espacio con restos claramente pertenecientes a la Edad del Hierro en el Cantábrico centro-oriental, que parecen provenir de un uso periurbano por parte de los pobladores del castro que se halla sobre la propia cueva. . . . .	178
14.19	La Caronda de Piloña. . . . .	178
14.20	Material cerámico de la cueva de Chapipi (Estrada 1991). . . . .	180
14.21	Localización de Chapipi (Estrada 1998). . . . .	181
14.22	Cavidades con usos religiosos de época astur-romana (círculos) y visigoda (cuadrados). 1-Pueblo Bajo de Lledías. 2-Las Brujas, Alles. 3-Cueva Negra, Llonín. 4-Peña Ferrán, Ferrán. 5-Rebollal, Santo Adriano. 6-Entrellusa, Perlora. 7-Cueva del Castro, Fozana. 8-Trichacueva, Campiello. 9-Cueva Huerta, Fresnedo. 10-El Milagro, Santa María. 11-Cueva Pequeña, Carreña. 12-Peñalacasa, Morla. 13-La Feliciano, Gerás. 14-Los Ladrones, Paradilla. 15-Las Cuevas, Corporales. 16-San Martín, Villamoros. . . . .	183
14.23	Galería interior del Ferrán. La inexistencia de labores mineras dentro de un complejo puramente kárstico nos lleva a excluir las antiguas hipótesis tradicionales respecto a la función de la cueva astur-romana. . . . .	184
14.24	Eros apolinio, sin alas, de la cueva del Ferrán. Si bien es de una cronología temprana, siglos I y II d.C., su llegada y uso como exvotos, u ofrendas, en Asturias posiblemente tenga un contexto un poco más tardío entre los siglos II y III d.C. . . . .	184
14.25	Entrada a la mina del Milagro (Onís). . . . .	186
14.26	Restos de una braña ganadera con cabaña circular en Puerto Ventana (Teverga). . . . .	187
14.27	Entrada a la cueva de la Chinariega A (Estrada 2000). . . . .	187
14.28	Vista del valle de la Vecilla desde la entrada de la cueva de la Prida. . . . .	188
14.29	Cueva del El Fontanón II. Ubicada junto a un camino real, ha sido un espacio privilegiado para las ocupaciones puntuales ganaderas. . . . .	188
14.30	Cuevas-Braña de época medieval. Dentro de este tipo de hábitat observamos dos grupos, por un lado, aquellos yacimientos cuyo entorno inmediato es puramente ganadero (círculo), y aquellos de entornos con usos mixtos, tanto ganaderos como agrícolas (cuadrados). En líneas generales, se observa una mayor capacidad de usos mixtos en las cuevas leonesas, salvo un par de excepciones de la alta montaña asturiana, donde hemos atestiguado cultivos de cereal en el entorno de dichas cuevas, hasta épocas recientes. 1-El Collau, Dolia. 2-Laspru, Aballe. 3-Barabroña, Priesca. 4-Cueva Cabrera, Figares. 5-El Fontanón II, Nocado. 6-Cuacuartel, Hedrada. 7-Chinariega B, Páramo. 8-Chinariega A, Páramo. 9-La Salona, Conforcos. 10-Castro Blanco, Santo Adriano. 11-Les Beleñes, Priesca. 12-Les Xanes, Tornos. 13-El Arroyo, Barrios de Luna. 14-Covachos de Canseco. 15-Sanchuzano de Gerás. 16-San Mateo, Pola de Gordón y 17-Abrigos de Corona, Cordinames de Valdeón. . . . .	189
14.31	Cabaña vaqueira del Chano (Cangas del Narcea). 1-Pajar actual en antigua cuadra, 4-Dormitorio, 3-Llar o cocina, 4-Entrada y pasillo central, 5-Pequeño establo anexo. . . . .	189
14.32	Cabaña ganadera circular del Viñal (Ibias). 1-Cuadra, 2-Pasillo central, 3-Dormitorio, 4-Cocina. . . . .	190
14.33	Long-house asturiana denominada tipo Narcea cuyo origen está en la colonización de espacios ganaderos periféricos y en ladera. La Casona en Sorrodiles (Foto Francisco Fernández-Riestra). . . . .	190
14.34	Cueva de los Huesos en Quirós. . . . .	192

14.35	Cueva del Celón en Belmonte junto a un entorno mayoritariamente de usos ganaderos. . . . .	193
14.36	Material cerámico medieval de les Beleñes (Ponga) (Menéndez y Sánchez 2000). . . . .	194
14.37	Aspecto actual de la entrada al complejo rupestre artificial de la cueva de los Moros (Mansilla de las Mulas) . . . . .	196
14.38	Entrada a una de las estancias de la cueva artificial de los Moros. . . . .	196
14.39	Entrada a la Cueva del Fistru de Palomar, ocupada en época medieval y anexa a un camino que comunica con Oviedo, dentro de una zona de poblamiento al aire libre bastante intenso. . . . .	197
14.40	Entrada a las cuevas de Viñayo (León). . . . .	197
14.41	Cuevas con usos vinculados a actividades de refugio estacional o escondites (época medieval). Se caracterizan por sus accesos extremos, siempre escondidas a la vista y normalmente culminan valles de montaña, de los que surge algún arroyo que da comienzo al valle. Igualmente, y siguiendo las pautas que hemos establecido en nuestra clasificación, coincide que todas ellas han sido utilizadas por la guerrilla antifranquista después de la guerra civil, lo que parece reforzar aún más, su uso como escondites en época medieval. 1-La Foz, Venero. 2-Cueva del río, Venero. 3-Tinganón, Llovio y 4-Las Cuevas, Cuevas de Viñayo. . . . .	198
14.42	Cova Losa de Priorio (Quintanal 1991). Pese a su complejo desarrollo, pequeña entrada y escasas condiciones de habitabilidad, el hallazgo de cerámicas medievales en su interior, parece apuntar a un auténtico escondite. . . . .	198
14.43	La exigua presencia de elementos de cristianización en cuevas de culto marginal, representan la huella visible de un proceso cultural mucho más extenso en el tiempo y que parece haberse centrado en aquellas de mayor tradición local. Belén en el interior de la cueva de San Pedro en Nava. . . . .	201
14.44	Ermita a la entrada de una cueva en Piloña. . . . .	202
14.45	San Jorge matando a un dragón representado por un cuélebre en la parte posterior de la iglesia de Celón en Allande. De forma genérica, esta escena viene a representar un símbolo de cristianización dentro de la tradición oral de Asturias y León. . . . .	207
14.46	Inscripciones cristianizadas en el exterior de la cueva de las Xinxanganas en Llanes. . . . .	209
14.47	Jarro litúrgico Altomedieval de Fresnedo (Teverga). . . . .	212
14.48	Cuevas de ocupación medieval junto a la fortificación de Ronderos (Aller). . . . .	213
14.49	Ubicación de la cueva de Les Beleñes en Ponga (Asturias). La ocupación medieval de espacios de montaña a través de las cuevas, nos lleva a plantear la hipótesis de que algunos de estos emplazamientos subterráneos, pudieran ser el origen de un poblamiento al aire libre posterior, sobre todo en aquellos lugares donde se permite una explotación mixta del entorno. La constatación futura de esta hipótesis, nos haría plantear la red de cuevas, no como un poblamiento periférico, sino como la base histórica de algunas aldeas de montaña. . . . .	215
14.50	Planta interior y grafitos de la cueva de los Moros en Mansilla de las Mulas, cuya funcionalidad apunta a un eremitorio medieval de origen discutible. . . . .	216
14.51	Crismón o rueda grabado en el interior de la cueva artificial del Cubo en León y que parece apuntar a la existencia de otro eremitorios rupestre del valle del Esla. . . . .	217
15.1	Castiechu de Sorribas en Lena. . . . .	219

15.2	Ganado autóctono de la braña Vaqueira del Chano (Cangas del Narcea). La potencia ganadera de las poblaciones Astures de la Edad del Hierro les permite la selección de edades de sacrificio tempranas por criterios de calidad, demostrando una abundancia de recursos cárnicos. . . . .	220
15.3	Castro de la Garba (Teverga), con un control visual casi absoluto de todo el valle de Teverga. . . . .	221
15.4	Defensas multivalladas del castro de Trichamuela de Porley (Cangas del Narcea). La monumentalidad de las defensas supone un elemento añadido de prestigio y ostentación del grupo que reside en el centro de poder local. . . . .	221
15.5	Intento de representación didáctica de dos modelos de vivienda astur prerromana y astur-romana en la Campa Torres. . . . .	222
15.6	Paisaje característico de la zona interior del oriente asturiano. . . . .	228
15.7	Los castros Astures siguen un modelo disperso con orientación de valle. En la imagen, ubicación de “Los Castros” de Ridera en Cangas del Narcea y su entorno inmediato. . . . .	229
15.8	Distribución de hachas pulimentadas en torno al castro prehistórico del Picu Llanza (Ribera de Arriba). . . . .	231
15.9	Muralla del castro de la Edad del Bronce del Picu la Forca (Grado). . . . .	232
15.10	Muralla de la Garba. Siglo IV a.C. (Fanjul 2011). . . . .	233
15.11	Escoria metalúrgica del castro de Illaso (Villayón) Valle del Navia. . . . .	233
15.12	Materiales mediterráneos en los niveles prerromanos de la Campa Torres (Maya y Cuesta 2001, 156) . . . . .	234
15.13	Fíbula de torrecilla del castro de la Campa Torres (Maya y Cuesta 2001, 105). . . . .	234
15.14	Perfil estratigráfico del Castiello de Podes (Gozón). El final del castro coincide con la llegada de la romanización. . . . .	234
15.15	Pendientes amorcillados en bronce y moneda romana partida del castiello de Alesga, una turris de control vial altoimperial en el valle de Teverga (Fanjul, Menéndez-Bueyes y Álvarez Peña 2005). . . . .	235
15.16	Vivienda circular castreña del siglo IV d.C. del castro de la Garba (Teverga) (Fanjul 2011). . . . .	236
15.17	Castro-torre de Acio en Cangas del Narcea. . . . .	236
15.18	Foso principal de la fortificación altomedieval del Castiello de Fozana (Siero) (Fanjul 1997). . . . .	237
15.19	Campos fósiles de cultivos cereales en el entorno inmediato del castro de Trichamuela de Porley (Cangas del Narcea). . . . .	239
16.1	Mapa de los castros de Asturias . . . . .	242
16.2	Estructuras circulares en el sector sur del castro. . . . .	473
16.3	Detalle de las piedras hincadas del sector sur del castro. . . . .	475

## Índice de tablas

5.1	Subdivisiones poblaciones con sus respectivas capitales según la información que nos aporta Ptolomeo. . . . .	25
13.1	Relación de especies identificadas, indicándose el número de restos (NR), número mínimo de individuos (NMI) y el peso (W) de los mismos. . . . .	151
13.2	Relación de especies identificadas, indicándose el número de restos (NR), número mínimo de individuos (NMI) y el peso (W) de los mismos. . . . .	152
13.3	Relación de especies identificadas, indicándose el número de restos (NR), número mínimo de individuos (NMI) y el peso (W) de los mismos. . . . .	152
13.4	Resultados del análisis antracológico y carpológico. . . . .	153



# Capítulo 1

## El marco geográfico.

### 1.1 GEOLOGÍA

Asturias es una región de montaña atlántica y mar, situada al norte de la Península Ibérica. Es una estrecha banda con una extensión de apenas 300 km de longitud y 50 km. de anchura, delimitada al sur por la frontera natural que conforma la Cordillera Cantábrica, que la separa del resto de España, y que llega hasta el mar Cantábrico al norte. Es un territorio básicamente agreste, por el que transcurren ríos cortos y caudalosos que nacen en las altas montañas, desembocan al mar y que han excavado durante milenios, con un proceso de erosión constante, los profundos valles en los que se han asentado los grupos humanos (Menéndez Peláez 2005).



Figura 1.1: Localización geográfica de Asturias.



Figura 1.2: Mapa de comunicaciones y principales núcleos de hábitat de Asturias.

Hace 300 millones de años el territorio asturiano era básicamente una cuenca sedimentaria, formada por importantes capas de materiales que, al sufrir fuertes convulsiones efecto de la orogénesis herciniana, tuvieron como resultado la construcción de una cordillera que atraviesa gran parte de la Península Ibérica con un eje dirección NO-SE. Esa cordillera primitiva fue arrasada durante el periodo que abarca el final de la Era Primaria, Secundaria y parte de la Terciaria por un proceso de erosión continuo, que facilitó la acumulación de una gran cantidad de material, procedente del desmantelamiento de los bloques en resalte, en las zonas centro-norte y oriente de la región (Morales Matos 1992). Durante la segunda mitad de la Era Terciaria, hasta hace unos 25 millones de años, se produce otro gran movimiento terrestre que da como resultado la creación de las principales cadenas montañosas del mundo (Alpes, Pirineos, Himalaya) y que recibe el nombre de Orogenia Alpina. Es en ese momento pre-

ciso cuando se define el actual sistema montañoso de Asturias, pero dicha orogenia no afecta por igual a la estructura sobre la que actúa. Así, mientras que en el occidente se produce un levantamiento general del relieve, en oriente se registraron empujes y deformaciones más intensas al localizarse más cerca del núcleo deformador de la zona pirenaica y al contar con una mayor variedad del roquedo entre el que se disponían, por ejemplo y entre otras, capas de sedimentación marina. La historia geológica termina al final de las fases tectónicas del Terciario y comienza la etapa de la geomorfología, o lo que es lo mismo, los procesos de modelado de lo que hoy es el relieve que conocemos. Dichos procesos de modelado y erosión dependen en gran medida de los contrastes que existen en el suelo. Pizarras, arenisca, margas y arenas sufren más los procesos de modelado, mientras que cuarcitas, calizas y conglomerados son materiales más duros y resisten más eficazmente los ataques de los diferentes agentes erosivos.

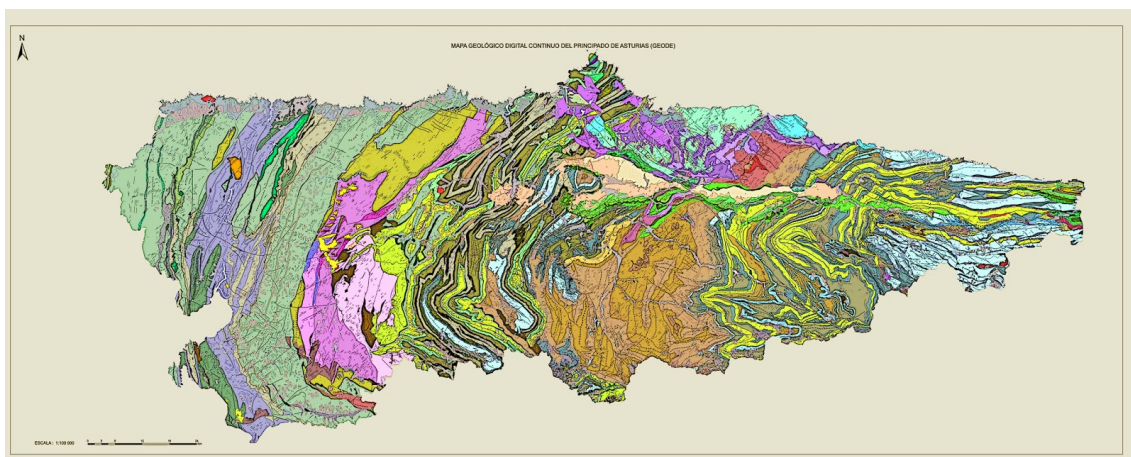


Figura 1.3: Mapa geológico de Asturias.

En esta segunda mitad del Terciario se produce, a lo largo del territorio central asturiano, la configuración de surcos debido al vaciado de los materiales frágiles y alineaciones cavadas en el roquedo que dan como resultado bandas más o menos paralelas. Por el occidente, sin embargo, el relieve está surcado por alineaciones de sierras y valles paralelos desarrollados sobre materiales duros y frágiles

respectivamente. Y en oriente la erosión diferencial apenas tiene un papel relevante por dos razones: la monotonía del roquedo en el que predomina la caliza (en la zona de Picos de Europa y la costa oriental) y la pizarra (en las cuencas centrales) y porque las estructuras están intensamente compartimentadas. Para un estudio más detallado podemos dividir el territorio Asturiano en tres sectores diferen-



## 1. El marco geográfico.

---

ciados que de norte a sur son: el litoral, los valles y la alta montaña. Geológicamente el litoral asturiano está dividido en tres grandes áreas.

1. La occidental hasta Cabo Peñas con predominio de rocas del Paleozoico Superior, como cuarcitas y pizarras, junto con una gran abundancia de depósitos periglaciares.
2. La central entre Peñas y Ribadesella caracterizada por la presencia de rocas jurásicas (dolomías, calizas, margas, conglomerados) y margas rojas triásicas.
3. La oriental hasta Ribadedeva, en el límite con Cantabria, donde se encuentran materiales carboníferos, especialmente calizas, alternados con bandas de cuarcitas, pizarras y calizas del Cámbrico Medio y Ordovícico Inferior.



Figura 1.4: Costa central asturiana.

Estratigráficamente se distinguen varios dominios geológicos.

- Uno más al occidente, con escasa penetración al interior, compuesto por materiales paleozoicos, cuarcitas, pizarras, calizas y areniscas con alguna veta de arcillas o conglomerados.
- El espacio que se encuentra entre Avilés y Cabo Torres, que es una formación

de sedimentos del Mesozoico compuesto por conglomerados, areniscas, margas rojas, entre otros. Aquí nos encontramos valles amplios y profundos en los que el modelado del Terciario facilitó la labor de la erosión de los ríos.

- Hacia el oriente, y siguiendo la línea costera, se produce un afloramiento masivo de materiales secundarios, en la forma de un estrato de poco grosor de apenas 1 km. y pluriestratificado.
- Un último sector comprende zonas del interior, hacia los Picos de Europa, donde predominan materiales de las Eras Secundaria y Terciaria con areniscas, arcillas, margas y calizas, zonas donde las aguas tuvieron que abrirse paso por una importante red de fracturas para sortear las alineaciones montañosas. Los ríos que por ella transcurren se encajan entre las grandes cumbres llegando a crear unos saltos de hasta 1.500 m. Su acción erosiva se mantiene viva hoy en día.

Toda la cornisa Cantábrica tiene el mismo origen en los plegamientos hercinianos de la Era Primaria. Las rocas de esta formación montañosa tienen una antigüedad de entre 200 y 500 millones de años, abarcando toda la Era Primaria y una pequeña parte de la Secundaria (Triásico Inferior). La composición por estratos de la Cordillera Cantábrica se diferencia en gran medida del resto de territorio asturiano.

- En la zona occidental hay un predominio de las rocas blandas, fácilmente erosionables, como pizarras con afloramientos más duros de cuarcitas que se disponen en cuatro pisos de sedimentación sucesiva.
- La zona oriental se asienta sobre grandes acumulaciones de calizas, que están estratificadas en varias capas, donde apenas hay otros materiales. La acción de los plegamientos hercinianos otorgó a



esta zona de una peculiar estructura geomorfológica en la que la cara norte es más suave y uniforme y la cara sur tiene bruscos desniveles. También ha sido

una zona que sufrió los efectos de una larga glaciación, y que es el origen de las formaciones lacustres más importantes.

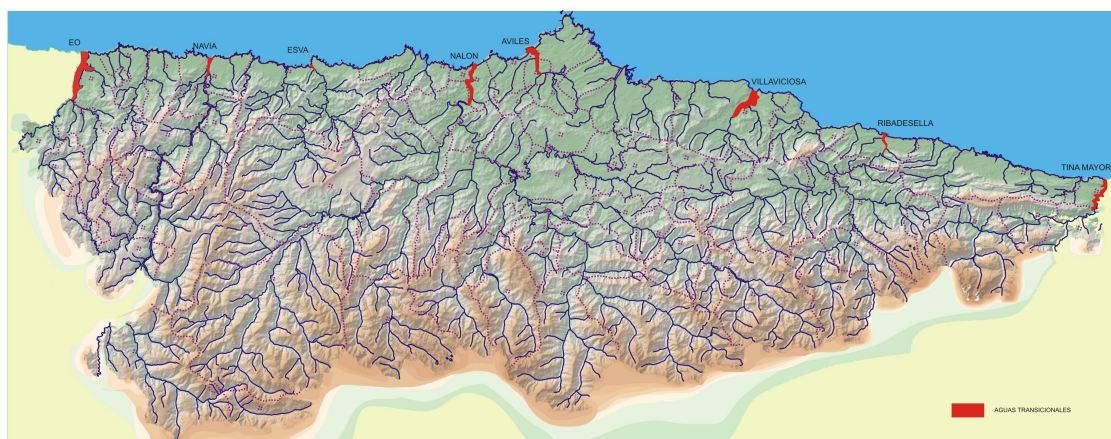


Figura 1.5: Mapa hidrográfico de Asturias.

La orografía asturiana se caracteriza por ser muy accidentada. Una de las características más destacables del relieve es la presencia de diferentes cadenas montañosas que dividen a la región en dos unidades claramente diferenciadas, una el oriente y otra el occidente. Esta división ha dotado a Asturias de una singularidad excepcional y ha condicionado desde siempre la vida de sus habitantes. Otra singularidad del relieve es que en poco menos de 20 km. de sur a norte las escarpadas cumbres son sustituidas por acantilados que van a dar al embravecido mar Cantábrico que baña los 300 km. de costa asturiana. Así en el oriente es posible ver la pared natural que conforman los Picos de Europa a la vez que se disfruta de las playas de la zona. Junto a esas montañas destaca la presencia de caudalosos ríos que también juegan su parte en el modelado. Los ríos asturianos han avanzado inexorablemente con el transcurso de los años, desde el Plioceno, encajándose, instalándose y adaptándose sobre el terreno en las zonas deprimidas, arrastrando materiales y dibujando su marca sobre la región formando a su paso los pronunciados valles que salpican el oriente o los más abiertos que se encuentran al occidente de Asturias. También en este caso es posible hacer un estudio más detallado

por zonas, de norte a sur desde el litoral, los valles que ocupan una superficie mayor que comprende unidades bastante diferenciadas: valles y sierras occidentales, la depresión prelitoral y la cuenca central y la alta montaña que se alarga al sur del Principado. Siguiendo una línea de Norte a Sur, la primera unidad de relieve que encontramos es la franja costera que se desarrolla entre el mar y las primeras sierras. La anchura media de esta zona se halla entre 3 y 5 km, y en niveles comprendidos entre los 0 y 300 m. sobre el nivel del mar. En el litoral destacan sobre todo importantes porciones planas, que se inclinan ligeramente hacia el mar y se sitúan a diferentes alturas terminando casi siempre en acantilado. Estas porciones son llamadas rasas y tienen un origen marino. Al igual que con las montañas existen diferencias a lo largo del territorio asturiano:

- En la costa oriental se perciben varias de estas rasas, a consecuencia de distintas fases invasoras del mar.
- Al centro la anchura de la plataforma es superior y se distinguen diferentes alturas.
- Y en occidente hay una mayor aparien-

## 1. El marco geográfico.

---

cia de continuidad que permite hablar de una “gran rasa occidental”.

La costa actual presenta un perfil bastante recto, pero que es interrumpido por el Cabo Peñas y algunos otros cabos más pequeños o menores, los cuales han surgido como consecuencia de la erosión diferencial. El mar y los cursos de agua acaban por formar depresiones sobre materiales blandos dejando los más resistentes en resalte. En cuanto a la presencia de islas en la costa asturiana solamente contamos con Deva y la Erbosa, aunque debido a la acción constante del mar en algunos lugares abundan islotes y se suceden las ensenadas con playas al fondo y plataformas de abrasión, lugares donde se desarrolla la interesante actividad del marisqueo. La continuidad del perfil costero asturiano también se rompe con la presencia de rías, fruto del avance del mar. Las rías son cauces de agua salada, más o menos anchos y extensos, cuyo cauce procede al mismo tiempo de la marea alta y de los aportes de los ríos que desembocan en el mar. Son formaciones que suelen estar rodeadas de vegetación típica de zonas estancadas y dado su grado de salinidad intermedio son zonas habitables por especies marinas y de agua dulce tolerantes a variaciones del medio. El nombre de “ría” se limita a zonas abiertas al mar, en forma de embudo, que alcanzan su máxima profundidad en el tramo más externo del cauce que se ve sometido a la dinámica de las mareas y en el que es normal que se genere un estuario en el que afloran, en momentos de marea baja, bancos de arena e isletas. La cuenca de las rías está formada por los depósitos de limos y arenas producidos por las mareas y el arrastre de los ríos. Destacan entre otras la de Avilés o la de Villaviciosa que penetran en la tierra varios kilómetros. Como elemento excepcional en la costa asturiana en oriente, donde la caliza es el material predominante, es que el mar inunda algunas depresiones que son el resultado de la disolución de esa roca, produciendo en el terreno unos huecos o chimeneas muy singulares por los que sale el agua marina a presión, consiguiendo así un atractivo turístico adicional en

Asturias: los llamados “bufones”. Sin duda el elemento físico más característico de la franja costera asturiana son sus playas, de las que se pueden contar alrededor de 200 y suelen agruparse según su sustrato sea de cantos o de arena. Las de cantos están representadas por pequeñas calas como Moniello o Gozón. Son zonas donde el mar ha realizado una acción erosiva muy fuerte, desgajando grandes bloques de minerales de los acantilados que han sido disgregados y pulidos después por el efecto de las mareas. Las playas de arena son el resultado de un proceso más lento de desintegración de las rocas y de la sedimentación y se distinguen dos tipos: arenales bañados por el oleaje (San Lorenzo, Llanes . . . ) y playas estratificadas con sistemas de dunas en las que se distinguen, a su vez, tres tipos:

- Dunas primarias o móviles moldeadas por el viento nordeste sobre una arena fina con restos de conchas.
- Secundarias o fijas, alejadas de las mareas y formadas por arenas de cuarcitas que llegan a alcanzar cierta altura.
- Y las terciarias o muertas, más raras, que se caracterizan por una fina capa de humus en la superficie con un claro ejemplo en la playa de Rodiles.

En cuanto al color de la arena es tostado en su mayoría, blanquecina en zonas de caliza, y oscuras, casi negras y más excepcionales, en los concejos de Navia y Valdés. La franja costera termina al sur sobre las culminaciones de las sierras inmediatas al litoral. Un límite muy visible en el centro de la región, y sobre todo al oriente, con las “sierras litorales” o alineaciones paralelas a la costa (Sueve o Cordal de la Cuera, por ejemplo) de origen tectónico, con bloques levantados entre fallas que se contraponen con la fosa tectónica que se extiende al sur de las mismas. La proximidad de la Cordillera al mar tiene como consecuencia que unos ríos cortos, pero muy caudalosos, tengan que salvar profundos desniveles en un recorrido muy corto. Los ríos asturianos tienen una gran potencia erosiva y

han marcado la configuración orográfica asturiana siendo parte fundamental en el trazado de los profundos valles que salpican Asturias.



Figura 1.6: Paisaje típico de un valle oriental asturiano. Cabrales.

Al igual que con el resto de las unidades morfológicas es posible diferenciar entre valles del occidente y del oriente.

- Al occidente aproximadamente hasta Cabo Peñas, los valles y sierras están determinados por estructuras hercinianas, que se caracterizan por una sucesión de cuarcitas y pizarras dispuestas formando un arco que se denomina “rodilla asturiana”. Los ríos de esta zona han ido excavado en las pizarras, dejando entre ellas resaltes de cuarcita o caliza que conforman sierras alargadas de norte a sur y que ganan altura de forma paulatina. Así, el paisaje del occidente es una sucesión de valles que separados por alineaciones que superan los 1.200 m (Rañadoiro, Aramo, . . .)
- Al este del Aramo la disposición es más paralela a la costa, con valles que se ajustan a una fosa tectónica que recibe el nombre de las localidades que se asientan en sus extremos “Depresión Oviedo-Panes”. Se trata de un espacio de roquedo más variado que el anterior, en el que abundan las calizas más resistentes a procesos erosivos y que explican la presencia de numerosas formas kársticas como los cañones de Las Xanas.

- Al sur, entre el Sella y el Aramo, se emplaça la Cuenca Central, de gran extensión. Su nombre designa la zona en la que se asienta y es aquí donde se encuentran las cuencas mineras más importantes de Asturias. Aquí tenemos valles profundos, alternando con cordales que suben hasta la Cordillera Cantábrica, desarrollados por una intensa y prolongada labor erosiva.

La Cordillera Cantábrica, al sur de Asturias, es resultado de los empujes alpinos. El efecto de dichos empujes fue una barrera natural de impresionantes dimensiones que ha separado los territorios circundantes de Asturias condicionando las actividades económicas y sociales dentro de la región. La vertiente septentrional se caracteriza, frente a la meridional o leonesa, por la mayor heterogeneidad de su orografía. Dentro de esta diversidad en la alineación y disposición de los cordales y sierras, y los contrastes entre altas cumbres y profundas gargantas, se acepta la existencia de un eje divisorio que parte la Cordillera en dos mitades, una occidental y una oriental. Como característica predominante podemos mencionar la disimetría que hay entre las vertientes norte y sur. Las pendientes son más fuertes hacia el mar, favoreciendo la erosión de los ríos y presentan una alternancia de valles, macizos que culminan hacia los 2000 m. y puertos que han sido y son las puertas de la región.

Mención aparte merecen los Picos de Europa, situados al extremo Suroriental de Asturias, a escasa distancia del mar. Destacan por la verticalidad de sus paredes de caliza y por su altitud superior a 2500 m., como por ejemplo Torrecerredo o el Naranjo de Bulnes de 2.519 m. Forman un conjunto de picos y grandes depresiones al haber sufrido erosiones glaciales profundas y un intensivo modelado kárstico. También dignos de mención son los desfiladeros fluviales que están tallados en la caliza, como la que forma la garganta del Cares que supera los 1.000 m. de desnivel entre el río y las culminaciones del cañón.

## 1. El marco geográfico.

---



Figura 1.7: Montaña central asturiana. Parque de las Ubiñas.

### 1.2 CLIMA

Asturias dispone de un clima oceánico que la distingue, junto con las otras provincias del norte de la Península, de las zonas que se encuentran al otro lado de la Cordillera Cantábrica. Desde un punto de vista estrictamente climático en Asturias hablaríamos de un clima templado-frío oceánico, frente al clima templado-cálido o mediterráneo del resto. El límite entre estos dos dominios lo marcan las barreras orográficas que componen la Cordillera Cantábrica y los Pirineos. Una característica de este clima son las precipitaciones abundantes durante todo el año, una radiación solar moderada y la alta nubosidad con un periodo estival muy suave, en el que llueve y hay un déficit hídrico moderado o inexistente y nieblas que se originan en las aguas más cercanas a la costa y que son empujadas al interior por los vientos de componente norte. La humedad relativa llega así a rozar valores medios anuales del 80 %. La lluvia puede ser el elemento que más se asocia con el clima asturiano y es en verdad lo que diferencia al clima oceánico del mediterráneo. Tanto interés tiene la cantidad de agua como su reparto por estaciones ya que la existencia de una determinada vegetación, lo que condiciona el paisaje, está estrechamente relacionada con las condiciones climáticas y en concreto a las precipitaciones. La zona cantábrica se caracteriza por precipitaciones abundantes, nu-

bosidad persistente que hace que en ocasiones el sol no se deje ver en semanas, y por tanto escasa aridez. El origen de estas características climáticas se encuentra en tres factores: la situación latitudinal, la influencia del cercano mar y la topografía.



Figura 1.8: Paisaje de la montaña occidental asturiana.

Asturias está situada en un área sometida a la interacción de dos masas de aire diferentes: una de origen polar y otra subtropical que al entrar en contacto forman grandes remolinos, una zona activa que se llama Frente Polar en la que se suelen terminar formando a su vez borrascas que se desplazan de O-E. Dichas borrascas afectan a la costa Cantábrica de forma especialmente importante en los meses de invierno, en los que el frente polar desciende a latitudes más bajas. Es época de vientos del O-NO., cargados de humedad y que dejan abundante precipitación. En verano, sin embargo, el frente polar se retira y la influencia subtropical se deja notar. Son meses de anticiclones y vientos de NE continentales y con poca humedad que nos dejan escasa precipitación. En lo que se refiere a la Cordillera tiene la suficiente entidad, como ya habíamos mencionado, para que sea frontera entre los dos climas. Actúa como barrera de los movimientos de las capas atmosféricas superficiales: las que proceden del N o NO la encuentran frontalmente, lo que genera un estancamiento de las masas nubosas contra ella y hacen que sea la región con menos insolación de la



Península. La zona de la montaña posee unas características climáticas propias, determinadas por su altitud y la distancia al mar. Presenta una pluviosidad media elevada, nubosidad abundante y temperaturas bajas y homogéneas a lo largo del año. La tendencia a la nubosidad y las lluvias abundantes tiene su explicación en el propio relieve que actúa como barrera reteniendo las nubes y favoreciendo su compacidad y estabilidad, efecto que se aprecia más al Este de Asturias. Otro rasgo característico del clima en Asturias es la variabilidad de la duración de los días y la importancia del mar en la fluctuación térmica, al actuar como un depósito de calor cediéndolo en épocas frías y absorbiéndolo en épocas cálidas, amortiguando la temperatura y dando lugar a uno de los regímenes térmicos más templados de Europa. Hacia el interior, en los valles y en la montaña, los contrastes aumentan aunque sin llegar a las variaciones más drásticas de zonas cercanas como Castilla y León que se encuentran al otro lado de la Cordillera Cantábrica. Los principales contrastes se deben al vigor del relieve. El incremento de altitud supone un descenso de temperatura de  $0.6^{\circ}$  por cada 100 m. Así, en una región donde la cuarta parte de su territorio está por encima de 1000 m., con sólo el 20 % de su superficie por debajo de los 200 m., se explica la existencia de contrastes climáticos en sentido N-S: en la rasa, las temperaturas medias se elevan y las oscilaciones térmicas anual y diurna son moderadas,  $13.8^{\circ}\text{C}$  en Gijón. En áreas de montaña las temperaturas medias anuales no suelen superar los  $10^{\circ}\text{C}$ . En los valles de interior tiene lugar cierta continentalización, reflejada en unas temperaturas medias anuales más bajas, a consecuencia del descenso de los mínimos invernales, pero igualmente suaves con una transición en las estaciones intermedias.

### 1.3 RÍOS

El origen de los ríos asturianos se remonta a la Era Terciaria, coincidiendo en el tiempo con el levantamiento producido por la orogénesis alpina. Su sistema se organizó en

el Plioceno y se calcula que antes de la última gran glaciación en el cuaternario su estructura era más o menos similar a la actual. Aunque no existían cauces principales en un principio a lo largo de los últimos diez millones de años se han ido consolidando cursos dominantes de gran capacidad erosiva que atraen el agua de los demás.



Figura 1.9: Paisaje de las montañas del suroccidente asturiano. Cangas del Narcea.

Los ríos de la vertiente cantábrica, a la que pertenece Asturias, son cortos debido a la proximidad de la montaña al mar que también condiciona su trazado, perfil y régimen, pero llevan una gran cantidad de agua producto de las abundantes precipitaciones. La dirección dominante es S-N. y la red presenta una forma arborescente, más tupida hacia el occidente gracias a las condiciones de un suelo más pizarroso que facilita el discurrir de los cauces mientras que al oriente, más calcáreo y por tanto más permeable, el espacio entre ríos es mayor. Un sinfín de ríos atraviesa el territorio asturiano y son causantes en su mayor parte de las formas actuales del relieve. La red hidrográfica asturiana, que aporta fertilidad a los valles interiores y a los campos, está integrada por un amplio conjunto de ríos que se desarrollan en torno a seis cursos de gran envergadura, aunque cortos en longitud y gran capacidad erosiva, mayor cuanto más grande es el desnivel por el que transcurren y que han dado lugar a gargantas profundas y estrechas, como la del Cares o Sella. Las montañas del interior actuaron como diviso-

## 1. El marco geográfico.

---

rias de aguas, separándolas distintas cuencas hidrográficas de Asturias: Eo y Navia en el occidente, Nalón-Narcea en el centro, Sella, Deva-Cares en la zona oriental.

Gran parte de la red fluvial asturiana se centra en torno al río Nalón y su gran afluente, el Narcea, que han originado valles profundos y extensos debido a la naturaleza blanda del sustrato, de tipo pizarroso y a la disposición perpendicular a la costa. En la zona occidental la cordillera está más alejada del mar y es menos elevada, lo que hace que los ríos que surcan este espacio tengan un mayor recorrido y un perfil menos pronunciado. Al oriente se aprecian grandes desniveles por la fuerte acción erosiva que se ha desarrollado al tener que salvar el enorme obstáculo de los Picos de Europa, en ocasiones hasta 2.000 m., llegando a modelar impresionantes valles y dando así lugar a uno de los paisajes más bellos de España con gargantas como las de las Xanas, los Beyos del Sella o el Cares. Son por lo general ríos caudalosos gracias a las abundantes precipitaciones, con los máximos situados en los meses de invierno y principios de primavera, y mínimos en agosto, pero con escasas diferencias entre periodos estivales e invernales y bastante regulares en su régimen salvo la bajada en los meses de verano: julio y agosto. El contraste sí aumenta de oriente a occidente y también se acusa más al incrementarse la altura. Las mayores crecidas se dan en el Sella en épocas de deshielo y de mayor precipitación, aunque también es el Sella el más regular en cuanto al volumen de aguas que lleva.

Además de los ríos merecen mención especial los lagos, muy presentes en el territorio asturiano. Parte de estos lagos ocupan sectores de valle de antiguos circos limitados por contrapendientes, umbrales o presas morrénicas. Otros tienen su origen en depresiones kársticas cuyos desagües subterráneos se encuentran colmatados por arcillas y limos y dejan de ser absorbentes. Por último, los hay también que dependen de la alimentación de ríos subterráneos o de las aguas de deshielo. Suelen ser acumulaciones de agua que presentan problemas de fuerte desecación,



Figura 1.10: Valle del Navia en la vertiente occidental de Asturias.

debido a que su sustrato litológico es de roca caliza con escaso material impermeable en su fondo. La Cordillera Cantábrica alberga medio centenar de formaciones lacustres estables. La zona oriental de la región, de suelos predominantemente calizos, es la que contiene mayor número de lagos, más escasos en la zona occidental y casi ausentes en el centro del Principado. Situados en lugares de enorme belleza, ya que están en zonas de montaña media-alta. La zona de mayor abundancia lacustre se encuentra en los concejos de Cangas del Narcea, el área de montaña de Covadonga donde se localizan las mayores concentraciones de lagos, siendo uno de los más conocidos el lago Enol, y Somiedo en la zona de los valles de Saliencia, otro de los parajes más bellos e importantes por su tamaño, con lagos y lagunas modelados por glaciares suspendidos u ocupando cubetas por abandono fluvial.

### 1.4 VEGETACIÓN

La vegetación cubre en Asturias casi el 90 % de su superficie. Aunque la constante actividad humana ha ido transformando este espacio vegetal y en los últimos años ha sido necesaria la creación de figuras de protección para asegurar que el patrimonio vegetal perdure. Por la situación de Asturias en el dominio bio-geográfico de la Iberia Húmeda o Atlántica su vegetación está en clara relación con la abundancia de precipitación y

su persistencia anual, así como la moderada oscilación de las temperaturas. El efecto de la continua humedad anual, atenuada sólo ligeramente en la época estival, se refleja en la existencia de una importante cobertura vegetal formada casi a partes iguales por bosques caducifolios (robles, castaños, hayas) y perennes (pino, eucalipto), áreas de matorral (brezo, tojo y helecho) y la pradería. Aunque también se han sucedido fases climáticas distintas que nos han legado especies de tipo mediterráneo como la encina o el alcornoque y especies más propias hoy en día de latitudes norteanas como el pino silvestre. Las condiciones ecológicas de Asturias favorecen la presencia de un bosque con árboles de hojas anchas y planas, las cuales facilitan la intensa transpiración y que mueren con los fríos del otoño, generando una alternancia del paisaje vegetal. En primavera y verano el bos-

que ofrece un intenso verde monocromático, el otoño es la época más hermosa por la variedad de colores, mientras que el invierno el paisaje pierde el colorido. El bosque caducifolio ha sido arrinconado, casi en su totalidad a las vertientes de sombra, abruptas y más difíciles de aprovechar para usos agropecuarios. Por el contrario sí han ganado en extensión bosques madereros de pinos y eucaliptos en terrenos donde es más fácil su extracción. La masa boscosa se caracteriza también porque está fragmentada, alterada y en retroceso, con grandes claros en el interior. Espacios que antes eran boscosos son ahora áreas de pasto o matorral. La pradería sigue ocupando una parte importante en el paisaje agrario asturiano. El matorral es de origen antrópico, brezo, helecho o tojo tienen mucho que ver con estructuras vegetales empobrecidas por la acción de la vida pastoril o con el abandono de tierras de cultivo o quemas incontroladas.



Figura 1.11: Bosque y praderías en el alto Cíbea. Cangas del Narcea.

En cuanto a los suelos son el resultado de la combinación de factores climáticos y relieve. Mientras que en el occidente predomi-

nan los suelos ácidos sobre roca madre silíceas, en el oriente abundan los suelos ricos en bases, derivados del predominio de la caliza.



## 1. El marco geográfico.

---

La vegetación depende de los suelos, pero a la vez los potencia al aportar el componente orgánico que necesitan para alimentar a nuevas plantas y a su vez también los protege de la erosión. Otro de los paisajes característicos de Asturias son los pastizales que se establecen sobre suelos poco evolucionados y cuya composición depende de que el tipo de suelo sea ácido o básico. Son básicamente gramíneas que se adaptan a las insolaciones, a la humedad, al frío en las altas cumbres, a las variaciones de temperatura, a la exposición al viento. En la alta montaña se desarrolla un tipo especial de pasto alpino caracterizado por un verdor perenne y afinidad por suelos profundos y húmedos. La distribución de la cobertura vegetal en Asturias vista por zonas sería la siguiente:

### 1. Litoral

La vegetación en las zonas bañadas por el mar se reduce a las algas que habitan en la plataforma litoral y permanecen cubiertas una vez al día al subir la marea. La franja costera está poblada por plantas que se organizan en bandas paralelas al mar según su tolerancia a la sal. En las zonas de dunas muertas crecen, por ejemplo, especies como brezo, madroño o tojo. Las paredes rocosas de los acantilados sólo admiten vegetación resistente a los vientos, con raíces penetrantes y robustas y tolerancia a la salinidad. La vegetación característica de las zonas costeras, valles bajos y la depresión prelitoral es el bosque mixto de roble y castaño, bosque dominante de las tierras bajas del occidente y centro. Sobre los suelos calizos del centro y oriente domina el bosque de avellano y fresno.

### 2. Valles

En la zona de valles, la presencia de vegetación se halla condicionada por la acción humana en el medio. Así aparecen estructuras generadas por los hombres como muros de piedra que separan campos y que ahora están colonizados por musgos y líquenes, las “sebes” o setos

conformados por agrupaciones de zarzas y también es común el uso de pequeños árboles que constituyen densas masas y que se utilizan como elementos de deslinde en los prados. Es común en la zona la existencia de pinares y bosques de eucaliptos, de origen artificial, pensados como cultivos de alta productividad y rendimiento económico. Aunque los árboles son el elemento vegetal más escaso en esta zona, existen ejemplos por debajo de los 500 m. de bosque de alisos y sauces, siguiendo el curso de los ríos y formando, si éstos son de cauce estrecho, un bosque-galería, testimonio vivo de la exuberante cobertura vegetal que un día cubrió Asturias. No es extraño que aparezcan en ellos otras especies arbóreas y arbustos como el avellano o los sauces.

### 3. Montaña

La distribución de la vegetación en la montaña está condicionada por una serie de factores como la altitud y la naturaleza de los suelos, el grado de humedad, temperatura, orientación o exposición al sol. En función de estos factores se observa una sucesión perfectamente escalonada por bandas altitudinales de bosques, matorral y comunidades herbáceas. El piso inferior está dominado por agrupaciones mixtas de robles, castaños y abedules. A partir de 600-1100 m. los robledales son reemplazados por el haya, por ejemplo en el occidente. En las laderas deforestadas crecen los piornales, con una composición muy variable según el piso en el que crecen. Entre 800 y 1500 m. de altitud se desarrollan bosques donde se mezclan roble albar y rebollo con abedules. Para su buen desarrollo se requieren suelos ricos y frescos, alta humedad ambiental y ninguna competencia con otras especies arbóreas. Bajo ellas suelen desarrollarse hierbas y musgos, dado que su espeso follaje impide que entren los rayos solares. Por encima de los 1.500 m. crecen



bosques pequeños de abedul y acebo. El tejo, árbol totémico y especialmente protegido, acompaña en ocasiones a estos árboles. A ese límite del piso forestal le sucede el nivel subalpino, donde las plantas sustituyen a los árboles. Más arriba la dureza de las condiciones climáticas restringe el desarrollo de la flora que se manifiesta en plantas de pequeño porte y corto periodo vegetativo. En ese piso supraforestal domina la landa atlántica y la pradera alpinizada. Especies de brezos, y tojos como matorral.

Como conclusión podemos afirmar que el bosque autóctono asturiano se halla en retroceso y muy fragmentado, siendo difícil encontrar agrupaciones no alteradas por el hombre. Esto responde a la progresiva ocupación agropecuaria de la montaña, de la que sólo han quedado a salvo áreas más abruptas y umbrías, transformación en la que también ha influido los incendios y las cortas indiscriminadas, ya que no existe selección de árboles talados. Otro factor que causa disminución en el crecimiento del bosque son las pistas forestales, trazadas en laderas pendientes y que actúan como zanjas de drenaje para el terreno situado por encima y que pueden provocar una disminución en el crecimiento de los árboles, incluso secar los plántones. La acción combinada de todos estos factores impide la regeneración del tapiz vegetal y hace disminuir la capa de humus, cuya reposición requiere de un largo proceso de descomposición de materia orgánica. No faltan, eso sí, algunas zonas donde se puede disfrutar de los ejemplos más espectaculares de lo que debió ser el bosque en la antigüedad como, por ejemplo, en la Reserva Natural Integral de Muniellos, entre los concejos de Cangas de Narcea e Ibias, con unas 3000 hectáreas de bosque, apenas modificado por la acción humana.

## 1.5 LA FAUNA

La fauna que habita el espacio asturiano es principalmente una fauna de montaña, como no podía ser de otra forma. Aunque la gran variedad de ambientes que van desde el mar hasta la alta montaña influyen en la diversidad faunística con especies propias en cada ámbito geográfico. Es destacable el grado de naturalidad de la fauna en Asturias, de modo que sólo un 2 % de la fauna vertebrada tiene su origen en introducciones artificiales, lo que para la fauna española asciende hasta un 5 %. Pese a que Asturias representa un 2 % del territorio español, aquí viven un 67 % de especies de vertebrados continentales, que son escasas en el resto del territorio español. En la zona litoral los animales están organizados según la distancia a la costa y la profundidad de las aguas que habitan. Hay una enorme diversidad y constituye su pesca parte importante de la actividad económica de la región, así como uno de los ingredientes más importantes de la mesa asturiana. Entre las especies que nos encontramos hay, por poner un ejemplo, calamares, anchoas, cabraños, rape o "pixin", y mariscos como bogavantes, centollos o percebes. También existe una fauna costera de aves marinas como el albatros, alcatraces y gaviotas. En el caso específico de las rías aparece una fauna común a la del litoral, similar a la fluvial pero limitada por la condición salina y por la naturaleza de los suelos, fangosos o arenosos. De nuevo los animales que pueblan esta zona son moluscos, crustáceos como berberechos y ostra japonesa. En el caso de fauna superior, aves en dependencia con la vegetación ribereña de la que encuentran sustento y refugio: ánades, cisnes y patos. La fauna que puebla los valles y serranías está estrechamente relacionada, al igual que la vegetación, con la antropización que ha sufrido la zona. Así las zonas urbanas son las más pobres en fauna ya que las construcciones de viviendas, contaminación, tráfico, industria e infraestructuras que se han desarrollado en los últimos tiempos por toda Asturias han desplazado a la mayor parte de las especies de sus antiguos asentamientos y únicamente es posible encontrarlos en

## 1. El marco geográfico.

---

parques y jardines. Es en poblaciones rurales donde esta transformación es menos acusada y es más fácil observar especies como el gorrión, vencejo, golondrinas o estorninos que acompañan las tareas diarias con sus cantos. También en el campo es común la presencia de pequeños depredadores como las culebras o víboras, el cernícalo vulgar o la comadreja. En lo que respecta a los ríos, los peces en Asturias sólo presentan el 26 % de las especies estatales. Predominan sobre todo el salmón, la trucha, la tenca, el piscardo y la anguila. Esto se debe en parte a las pequeñas cuencas de los ríos, que además poseen grandes desniveles, aunque no es obstáculo para que uno de los deportes de naturaleza más practicado en Asturias sea la pesca. Los anfibios y reptiles que aparecen en Asturias alcanzan el 35 % de las especies del Estado, pues tampoco encuentran hábitats adecuados a causa de la poca insolación y la temperatura estival baja del Principado. Es en la zona de montaña donde la intrincada orografía, la vegetación exuberante y la abundancia de recursos han facilitado la supervivencia de especies emblemáticas como el oso, el urogallo y el lobo. Además de esas tres grandes especies, pueblan nuestros montes unos rebecos propios que han evolucionado de la especie pirenaica como consecuencia del aislamiento de sus poblaciones de alta montaña. No es difícil que montañeros que disfrutan de las variadas rutas en Asturias vean ejemplares de estos rebecos, que son más pequeños y más rojizos. Existen también poblaciones de corzos pequeños que colonizan todo tipo de masas arbóreas, desde valles del interior hasta las zonas de alta montaña, en un número bastante elevado. Igualmente numeroso es el jabalí que favorecido por la escasez de sus enemigos naturales, águila real y lobo, campa a sus anchas por toda la región asturiana y no es extraño encontrarlos en zonas cercanas a núcleos urbanos donde hacen visitas nocturnas en busca de alimento. Otro de los animales que podemos encontrar en la montaña de Asturias es el ciervo. Forestal y generalmente nocturno, sale a menudo de los piornales y no es rara su observación en horas diurnas. En Asturias fue extinguido pe-

ro afortunadamente repoblado con éxito en la década de los 60. El gran depredador de los bosques cantábricos, el oso pardo, vive en una situación crítica de peligro de extinción pero ha encontrado una zona de hábitat tranquila y protegida en las cercanías del parque de Somiedo donde su población suma entre el 41 y el 51 % del total de la Península. Son por lo general animales pacíficos y esquivos del hombre y si ocasionalmente atacan al ganado se alimentan de bayas, setas, pequeños animales y sobre todo de miel y carroña. A lo largo de las últimas décadas han sido aprobados planes de conservación que permiten albergar cierta esperanza en la recuperación de la especie. Pero sólo será efectiva si va acompañada de una dura persecución de la caza ilegal y un programa de vigilancia de las poblaciones oseras. La dificultad estriba en la trashumancia de los osos que campean por territorios muy amplios que abarcan varios valles y las montañas circundantes dentro y fuera de Asturias y se mantienen por lo general aislados y solitarios. Otro animal en peligro de extinción que podemos encontrar en la montaña en Asturias son los urogallos, siendo el Parque Natural de Redes su santuario en el Principado. Un 18 % de los cantaderos están localizados en este parque. El urogallo es un ave que habita bosques de coníferas y encuentra en Redes las condiciones óptimas para su supervivencia, siempre amenazada por las tallas, la construcción y los furtivos. El lobo ibérico, cazador organizado en grupos familiares jerárquicamente estructurados, pervive en la montaña Cantábrica envuelto en la eterna disputa entre defensores y ganaderos que promueven batidas de caza. Su problemática situación arranca de la humanización del paisaje con la consiguiente reducción de presas salvajes o su aislamiento en reservas cinegéticas. La cabaña ganadera, ovina, caprina y caballar, se ha convertido en una fuente de recursos para el lobo pero repercute en su continua persecución. Al igual que los osos son animales trashumantes que se mueven por los montes que comparten Asturias, León y Galicia (Mario Arce 1994 y Feito 2013).

## Capítulo 2

# Historia de la Investigación.

### 2.1 LA PERCEPCIÓN ILUSTRADA Y ERUDITA (SIGLOS XVIII-XIX).

La arqueología castreña se inició en Asturias a finales del siglo XVIII, con la excavación en la Campa Torres (Gijón) por parte de los ilustrados Jovellanos, Abad de Villoria, y el arquitecto Manuel Reguera, de una estructura que se relacionó con las Aras Sextianas (Jovellanos 1804). En la misma época, y con la colaboración de Jovellanos, se realizaron durante 20 años un extenso primer estudio de catalogación de restos arqueológicos, para elaborar el Diccionario Geográfico-Histórico de Martínez Marina (Pérez Campoamor 2000 y Rasilla y Ruibal 2000). En total se descubrieron varias decenas de yacimientos arqueológicos, entre los que encontramos, fortificaciones castreñas, estructuras romanas y restos medievales.



Figura 2.1: Lápida de la Campa Torres (Maya y Cuesta 2001,25).

La repetición de las referencias arqueológicas de Martínez Marina, así como la inclusión de algunos escasos yacimientos inéditos, casi siempre obtenidos dentro de un marco local (Fernández y Fernández 1898),

van a caracterizar una segunda época de la investigación castreña durante todo el siglo XIX. La desamortización de Mendizábal supuso un espectacular aumento de los bienes histórico-artísticos que pasaron a formar parte del estado. Se hizo necesario un control de los mismos para evitar su deterioro, con lo que se crearon diversas instituciones en manos de la erudición regional, destinadas por primera vez a la catalogación y estudio del patrimonio histórico artístico de las diferentes regiones (Rasilla 2003). En Asturias, siguiendo esta pauta, se creó el 2 de abril de 1844 la Comisión Provincial de Monumentos de Oviedo, con tres secciones destinadas al control de bibliotecas y archivos, escultura y pintura, y arqueología y arquitectura (Pérez-Campoamor 1997, 250). La comisión provincial estaba formada por eruditos, mayoritariamente procedentes de la burguesía, y que aportaron investigaciones con sus propios fondos y colecciones privadas, que pasan a formar parte del museo provincial (Frasinelli, Soto Cortes, Aurelio de Llano...), y publicaciones monográficas con abundantes datos de investigación arqueológica, caso del catálogo razonado de los objetos arqueológicos de Fermín Canella y Ciriaco Vigil en 1871. Estas comisiones provinciales, dependientes de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, siguieron sus directrices en el esfuerzo de crear catálogos monumentales provinciales, con la intención de realizar una estadística monumental de España (1873-1874), con lo que asistimos a una revitalización de las ideas ilustradas de construir un catálogo nacional del pa-

trimonio histórico. En el caso asturiano, estamos ante el liderazgo de unos eruditos, que antes del siglo XIX estaban constituidos por aristocracia y clero. No sabemos hasta que punto, y pese a los cambios sociales y de mentalidad política del siglo XIX, en una región como Asturias se aportó algún cambio en lo arqueológico. Asturias es una región rural, donde el papel dirigente de esa aristocracia ilustrada había recaído en manos de un grupo social que, pese a residir en la ciudad, sigue teniendo un ámbito de poder y control social eminentemente rural. La labor investigadora de la comisión provincial comenzó con fuerza a finales del siglo XIX, impulsando excavaciones de diferentes épocas y yacimientos, repartidos por toda la región. En 1878, dicha comisión financió las excavaciones del castro de Coaña, que será el segundo castro excavado en Asturias después de la Campa Torres en el siglo XVIII. Flórez, el director de la intervención, no siguió una identificación del castro con un posible poblado castreño, sino que continúa la tradición ilustrada establecida por Martínez Marina, de vincular las fortificaciones protohistóricas con castillos romanos y medievales. El investigador buscaba los restos de un castillo, siguiendo la tradición local de denominar Castelón al recinto fortificado de Coaña. Sirve, sin embargo, esta primera excavación arqueológica, para abrir, de forma indirecta, el comienzo de la arqueología castreña, pues si bien la Campa Torres había constituido la primera intervención, esta se había centrado en unos restos romanos de la planicie interior, y en una discusión también vinculada a la romanización, sobre la existencia, o no, de las Aras Sextianas. Flórez se enfrentó a un castro sin saberlo, y las cabañas circulares, los materiales domésticos, los molinos y la sauna castreña rompieron sus suposiciones sobre la existencia en el Castelón de un campamento romano o de un castillo medieval. El castro de Coaña se ubica sobre un colina aterrazada que desde hace varios siglos dejaba ver restos de construcciones circulares. En 1818 se autorizan unos primeros trabajos arqueológicos cuyos resultados son desconocidos. En 1877

Flórez realiza sus excavaciones, de las que apenas se conserva una memoria y escaso material selecto en el museo regional, y finalmente en 1940 Uría Rúa y García y Bellido amplían las excavaciones (García-Bellido 2002, 43), las cuales acompañan de numerosos croquis y anotaciones. Flórez constató la presencia de murallas con un camino de ronda que conduce al bastión defensivo junto a la entrada. La mayoría de las cabañas excavadas tienen planta circular y pese al aparente desorden urbanístico, mantienen una orientación por grupos a partir de las entradas al espacio doméstico, en cuyas áreas centrales se hallaron hogares acompañados a veces por piezas de molinos circulares. El material cerámico es mayoritariamente propio de la segunda Edad del Hierro, junto a importaciones romanas que van desde el siglo I al IV d.C. Se acumulan datos, materiales, algunos dibujos, reflexiones personales, pero curiosamente la percepción histórica de esos yacimientos antes y después de la intervención sigue siendo la misma. El 27 de septiembre de 1912, se crea la Junta Superior de Excavaciones y Antigüedades, para el control de la gestión arqueológica, sustituyendo en funciones a la Real Academia de la Historia.

### 2.2 DE AURELIO DE LLANO A LOS AÑOS 40 DEL SIGLO XX.

El verano de 1917 supuso el comienzo de una auténtica arqueología castreña en Asturias. Aurelio de Llano (1919), uno de los eruditos que formaba parte de esa incipiente generación de arqueólogos asturianos, realizó una intervención arqueológica que acababa con el método de excavación decimonónico, mediante una documentación mucho más intensiva de los restos estudiados, estableciendo unas interpretaciones históricas rigurosas y de gran calidad, si tenemos en cuenta el contexto de esta investigación.

La novedad de las excavaciones de Caravia van, por lo tanto, más allá de que su director se centre en un yacimiento castreño prerromano y de interpretarlo como tal. En primer lugar, hemos de destacar que, un siglo des-

## 2. Historia de la Investigación.

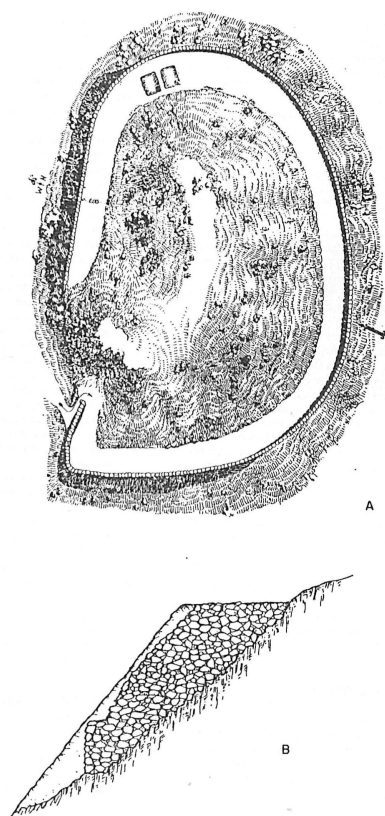


Figura 2.2: Planta y perfil del castro de Caravia (De Llano 1919).

pués, la calidad documental de su intervención es alabada por los arqueólogos actuales. De la misma forma, y mediante la comparación material con las publicaciones existentes en Europa sobre la Edad del Hierro, de Llano es capaz de aproximarse muy acertadamente a la cronología del emplazamiento y establecer una relación crono-cultural que confirma por primera vez la existencia de una población astur, anterior a la invasión romana, e incluso diferente a las “invasiones indoeuropeas”. El castro de Caravia tiene una estructura urbana muy simple, con una muralla que cubre casi todo el recinto del poblado y en paralelo, se ubicaban las cabañas. Entre los hallazgos destacan diversos útiles agrícolas, una hoz, varias navajas, de las que presumimos un uso también agrícola, así como cerámicas estampilladas y un conjunto de fibulas propias de la segunda Edad del Hierro. La presencia de materiales relacionados

con la economía agrícola llevaron a de Llano (1928, 115-116) a plantear: *“Las herramientas agrícolas que encontré en mis excavaciones, demuestran el florecimiento de la agricultura en Asturias antes de la influencia romana (...) Asturias, en los tiempos remotos se hallaba dentro del área de la civilización de los pueblos adelantados; había llegado hasta aquí, es de suponer que con bastante retraso, la cultura de Hallstat y de la Tène; 300 años antes de Jesucristo estaba en pleno dominio del hierro y conocía la aleación de los metales”*. Las excavaciones posteriores confirmaron los principales hallazgos de de Llano, añadiendo nuevos materiales al registro de Caravia, así como una primera descripción estratigráfica donde se detallan varios niveles de ocupación diferenciados, pero todos ellos dentro de la Segunda Edad del Hierro (Adán 1998). Nada más terminar la Guerra Civil, en 1940, A. García-Bellido de la mano de Uría Riu, excava en el castro de Coaña, confirmando lo que las excavaciones del P. Flórez habían dejado al descubierto sin una definición teórica reconocida. El objetivo científico es demostrar la posible vinculación del castro de Coaña con esas poblaciones célticas peninsulares que estaban siendo estudiadas en la Meseta.



Figura 2.3: García y Bellido con I. Chacón en Coaña (García-Bellido 2002, 43).

La excavación, sin apenas metodología, si tenemos en cuenta el mayoritario carácter erudito de nuestra arqueología en esos años, es capaz de exhumar ochenta cabañas, además de aportar una primera cronología

al yacimiento. Estábamos ante un poblado mayoritariamente del siglo I d.C., pero con un posible origen en el III a.C., vinculado a las poblaciones célticas. Un año más tarde se excava Pendia (García y Bellido 1942), siguiendo la misma metodología de exhumar numerosas estructuras. Pese a esta básica metodología arqueológica, de Llano y García y Bellido rompen los tópicos que marcan a las poblaciones astures antes de la invasión romana. Existen los astures en la arqueología, son capaces de fortificarse, tienen agricultura, comercio y están vinculados, de una u otra forma, a una Edad del Hierro Atlántica que también llega a Asturias. La calidad investigadora que comienza de Llano, y la defensa de una sociedad compleja atlántica antes de Roma, promulgada por García Bellido, supone una dignificación del tratamiento de los Astures desde la investigación.

#### 2.3 EL DEBATE. LA ARQUEOLOGÍA ASTUR DE LA SEGUNDA MITAD DEL SIGLO XX.

La aparición en escena del profesor F. Jordá en Asturias en los años 50, supone el comienzo de un debate atlántico, versus romanista, que ha marcado la arqueología castreña asturiana durante el resto del siglo XX. No es cierto, por lo tanto, que la arqueología astur franquista esté caracterizada por una exaltación teórica del paradigma celta, tal como asegura Marín (2005, 73): *“Pero sin duda lo que caracteriza a este periodo historiográfico de la investigación de la Edad del Hierro en Asturias, aparte del mejor conocimiento de la arqueología castreña, es la definición de esta manifestación cultural como celta”*.

La presencia de Jordá supone el comienzo de una línea historiográfica donde se discute lo celta, que es llevado a extremos en lo que se refiere a la vinculación del concepto de civilización con el proceso de romanización que habría sucedido en Asturias. La reexcavación de Coaña, el comienzo de las investigaciones en San Chuis, así como en otros yacimientos emblemáticos del valle del Navia, cuya interpretación se mueve siempre acorde a las hipótesis romanistas del profesor F.

Jordá, es la prueba evidente de que la arqueología de esta época supone el comienzo del debate étnico-cultural, pero no un monopolio del mismo. Jordá es el exponente en nuestra arqueología donde se vincula la civilización a las culturas mediterráneas, como exponentes de una gradación moral que sería superior al barbarismo autóctono de las sociedades atlánticas prerromanas. Esa línea teórica choca de lleno con la existencia de una cultura autóctona, que no mira al Mediterráneo como punto de referencia en su evolución, y que se enfrenta a él, bajo una concepción diferente de cultura, civilización e implantación territorial. El éxito socio-económico actual de esa Europa no romanizada, es la máxima demostración del fracaso de la vinculación entre civilización y Mediterráneo, que ha caracterizado a buena parte de nuestra ideología historiográfica de la segunda mitad del siglo XX.

Surge, por lo tanto, en el periodo franquista, un choque de percepciones culturales, que si bien no tienen un enfrentamiento directo en estos años, marcaran la intensidad de unos debates mucho más agrios y radicales, en el panorama científico asturiano a partir de los años ochenta. En nuestra opinión no podemos hablar de enfrentamiento de escuelas, sino de una escuela, la creada por Jordá, y una línea de investigación, donde sus miembros han tenido una desconexión temporal y personal evidente, que no parte de un grupo de estudiantes afines a una figura central, dirigente de las percepciones historiográficas. De esta forma, si F. Jordá tiene una continuidad directa a través de las hipótesis del profesor Carrocera y el proyecto del valle del Navia hasta fechas recientes, en el caso de la línea de investigación atlantista, el relevo de García y Bellido es tomado, sin conexión directa, por J.M. González y posteriormente por el profesor J.L. Maya. Si bien Maya es alumno del profesor González, no surge de esa vinculación, a diferencia del Navia, un grupo de trabajo que continúe sin excepción las hipótesis de su creador, sino que nos encontramos con investigadores que apoyan una ideología más atlantista desde una percepción personal, apoyada por una abundante relación bi-

## 2. Historia de la Investigación.

bliográfica de Hispania y la Europa céltica.

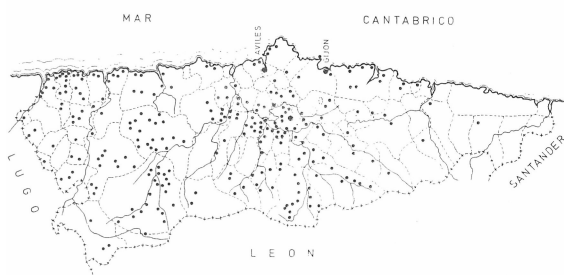


Figura 2.4: Mapa de castros asturianos según J.M. González (1976).

José Manuel González es el gran propulsor junto a Jordá de la arqueología castreña entre los años 50 y 70, aunque a diferencia de Jordá sigue una perspectiva claramente filológica, basada en la documentación clásica (Blas Cortina 2002) y aportando en la parte arqueológica un potente catálogo de castros asturianos (González 1976). No habrá un contacto directo, como decíamos, de las dos perspectivas a modo de debate, hasta la regeneración de la escuela de Jordá por un lado y de la línea de investigación atlantista en los años ochenta.

El último cuarto del siglo XX supone una "Edad de Oro" de la investigación arqueológica castreña, con una multiplicación de excavaciones y la publicación de nuevos datos, todo ello impulsado en parte por agrios debates culturales (Camino 2000, Maya y Cuesta 2001). La gran aportación teórica por parte de cuatro grandes proyectos, que se desarrollaron al mismo tiempo en diferentes zonas de la región (Campa Torres, Villaviciosa, Llagú y Valle del Navia), significa también la aparición de fuertes debates entre sus investigadores en lo que respecta al contexto cronológico (Cuesta *et alii* 1996), cultural y material de los yacimientos en estudio. Desde 1982, y durante veinte años, se suceden las excavaciones en la Campa Torres de Gijón, dentro del proyecto arqueológico Gijón. El contexto teórico del momento estaba constituido por la base teórica de F. Jordá respecto a los castros asturianos, donde éstos son el resultado de la

romanización.



Figura 2.5: Excavaciones en la Campa Torres en 1995 (Foto del autor).

Las excavaciones dirigidas por J. L. Maya rompen ese marco teórico y suponen el comienzo de un extenso debate regional que culminará con el cierre de sus excavaciones arqueológicas veinte años después: "*Pasar de un poblado de época romana y de una supuesta muralla posterior al cambio de Era, al descubrimiento de una Edad del Hierro con un mínimo de cinco siglos de evolución previa y responsable de sistemas defensivos tan complejos como los encontrados, rompió completamente los esquemas establecidos*" (Maya y Cuesta 2001, 11). La Campa Torres es un cabo marítimo que domina visualmente la bahía de Gijón, y que dispone de un amplio fondeadero natural, aprovechado posteriormente como puerto comercial de la ciudad. Sobre una colina que domina toda la entrada a la península del cabo, se establece entre los siglos VII-VI a.C. un castro prerromano, mientras que la llanura interior de la península se establece un poblamiento en llano de época romana. Durante la etapa prerromana, el poblado consta de dos líneas de muralla de módulos y un foso exterior, que protegen un poblado de cabañas de barro y madera anexo a las defensas. Los habitantes de la Campa mantienen una potente industria metalúrgica, en paralelo a una economía agropecuaria, y con el tiempo, comienzan actividades comerciales aprovechando su ubicación marítima. En época romana se observa una desamor-



tización del valor defensivo del castro y se multiplica el poblamiento en llanura, con una arquitectura circular combinada con viviendas cuadrangulares de clara influencia mediterránea.

En el año 1987 comienzan las excavaciones en los castros de Villaviciosa. Su director, Jorge Camino Mayor (1997), pretendía analizar la evolución cronológica y la interrelación de los diversos poblados fortificados dentro de un ámbito micro-espacial privilegiado por sus recursos, como es la ría de Villaviciosa. Las excavaciones se suceden durante diez años, entre 1987 y 1997, comenzando por el Pico Castiello de Moriyón, donde se documenta una doble secuencia de hábitat, y la Corona de Ambás, con un registro de comienzos de la Edad del Hierro muy pobre en cultura material.

No será hasta 1989 cuando las excavaciones se centren en el castillo de Camoca, un emplazamiento más atractivo que el resto de poblados, por sus defensas multivalladas, así como por los diversos hallazgos epigráficos ocurridos en el entorno del castro. En este yacimiento, tres niveles de ocupación desde la Edad del Hierro certifican un origen entre los siglos VI y VII a.C. Entre 1990 y 1993, las excavaciones se dedican a ampliar el Pico Castiello de Moriyón, delimitando el perímetro defensivo del castro, así como documentando abundante material cerámico de gran calidad, dentro de un contexto claro de la segunda Edad del Hierro. Entre 1994 y 1995, las excavaciones vuelven al Castillo de Camoca, y un año más tarde, se abre mediante diversos sondeos el Campón del Olivar, cuyo registro parece corresponder en exclusiva a la Primera Edad del Hierro.

En líneas generales, los castros estudiados por Camino Mayor tienen su origen a comienzos de la Primera Edad del Hierro, con emplazamientos habitados en la ladera de las sierras que rodean el valle, caso de la Corolla de Ambás, como en las cercanías de la orilla de la Ría de Villaviciosa. El registro material de esta época es bastante tosco, tanto en cerámicas como en estructuras de habitación, construidas mediante barro, madera y cubiertas vegetales. A partir de la segunda Edad del Hierro,

se amplían las estancias domésticas, así como su complejidad, con zócalos de piedra de los que surgen las paredes. La cerámica es más consistente, y muestra una decoración muy diversa, predominando las impresiones, pero incluyendo piezas pintadas de posible influencia meseteña.



Figura 2.6: Vista del castro del Campón del Olivar (Villaviciosa).

Tanto en una época como en la otra, se documenta una importante actividad metalúrgica en todos los poblados, con hornos, escorias, y abundantes piezas destinadas a la producción metálica. En paralelo, se ha desarrollado también una agricultura muy diversificada, donde a la mayoría de semillas de cereales, se le suman, en menor medida, leguminosas. A finales de la Edad del Hierro, y coincidiendo con la romanización, se observa una desvalorización de las defensas y el abandono de todos los poblados salvo el de Moriyón, que parece mantener su importancia durante un tiempo.

Poco antes del inicio de las excavaciones en la ría de Villaviciosa, ya se estaba desarrollando un ambicioso proyecto en el valle del Navia desde comienzos de los años ochenta (Carrocera 1989), consistente en un programa de sondeos sobre castros ampliamente conocidos o en otros nuevos. El director del programa de investigación, E. Carrocera Fernández, niega la existencia de un poblamiento fortificado antes de la romanización. Los castros del valle del Navia habrían sido una novedad en el paisaje, producto de la economía aurífera romana.



## 2. Historia de la Investigación.

En 1990, las excavaciones se trasladan al Chao Samartín (Villa 1999), donde hallazgos varios indican la existencia de un gran poblado fortificado con abundante material Astur-romano. Entre ese año y 1995, el equipo del Chao excava un importante sector del castro, manteniendo que están ante elementos exclusivamente romanos. A partir de 1995, la apertura hacia el este y el sureste de un sector con un cambio estratigráfico importante, les obliga a aceptar la existencia de unos niveles prerromanos, cuyas cronologías van poco a poco alejándose de la etapa histórica, llegando a niveles de la Edad del Bronce (Villa 1999).

Entre los siglos VIII y VII a. C., se asienta en el Chao un primer poblado, consistente en diversas cabañas, alguna de ellas de grandes dimensiones, protegidas por una empalizada, y donde los restos materiales parecen advertir una potente dedicación metalúrgica. En la Edad del Hierro se crea un entramado urbano, ceñido al interior de una muralla de módulos y sucesivas líneas de fosos. La abundante colección material, formada por cerámica, joyas, armas y múltiples elementos domésticos, confirman la existencia de un gran poblado fortificado, que los investigadores identifican con la ciudad galaica de Ocela, a partir de un grafiti en una olla importada desde una ciudad vecina (Villa 2005).



Figura 2.7: Vista del castro de Taramundi en el valle del Navia.

La romanización del Chao supone la incorporación de diversos elementos materiales propios del ejército romano, y el progresivo

desmantelamiento de la muralla, salvo unas puntuales labores de nueva fortificación, adscritas a la inestabilidad política de Hispania entre los siglos I y II d. C. A finales de este siglo, el poblado es abandonado de forma súbita, lo que es interpretado por Ángel Villa Valdés, como el producto de un terremoto (Villa 2005).

En el centro de la región, durante casi diez años, se está desarrollando el último gran proyecto arqueológico castreño. El castro de Llagú, en el medio Nalón, y a pocos kilómetros de Oviedo, se estudia en campañas consecutivas desde 1994 (Berrocal *et alii* 2002), produciéndose antes de la finalización de los trabajos arqueológicos, la destrucción total del yacimiento para facilitar la construcción de una cantera. Pese a la destrucción intencionada de parte del castro, se documentan varios niveles de ocupación que parten de los siglos VI y V a.C. En este momento se construye una muralla de módulos que rodea el poblado, en cuyo interior se agrupan numerosas viviendas circulares. Los restos materiales hallados en este nivel de ocupación nos hablan de una potente economía metalúrgica, así como una cabaña ganadera diversificada.



Figura 2.8: Vista aérea del castro de Llagú (Berrocal *et alii* 2002).

Entre el siglo I a.C. y el I d.C., se produce un incendio y total reorganización del poblado, lo que puede estar demostrando un asalto del poblado astur durante la invasión romana (Berrocal *et alii* 2002). A partir de ese momento, las construcciones domésticas pasan a

tener más tamaño, incorporan elementos romanos, y mientras parte de las defensas dejan de tener sentido, se refuerzan otras con más sentido dentro de una política de conversión del castro en un puesto de control y vigilancia. En el siglo II d.C. el castro se abandona y sólo se observan algunas ocupaciones puntuales, que reutilizan parte de las antiguas estructuras domésticas y defensivas.

El último cuarto del siglo XX supone una multiplicación de los datos procedentes de excavaciones de castros, a la vez que una radicalización del enfrentamiento científico en-

tre los diferentes investigadores, por matizaciones cronológicas o estratigráficas (Camino 2000a; Maya y Cuesta 2001, 49-50). Al espectacular registro arqueológico prerromano de la Campa Torres (Maya y Cuesta 2001), se le unen posteriormente los datos de los sondeos de los castros de Villaviciosa (Camino 1997), o la continuidad de las investigaciones en los castros del valle del Navia, donde se comienza a confirmar la existencia del origen del poblamiento fortificado desde la Edad del Bronce (Villa 1999 y 2002), al igual que ya se había descubierto desde hacía décadas en las regiones vecinas (Maya 1989).



Figura 2.9: Muralla de módulos de la Campa Torres, eje de uno de los debates más intensos de la arqueología Astur a finales del siglo XX.

El final de estas décadas de enfrentamiento científico se debe a dos elementos. Por un lado, se produce un reconocimiento de las cronologías prerromanas de muchos de los castros del valle del Navia, lo que

deja fuera de lugar el choque de las grandes percepciones teóricas. Por otra parte, se produce de forma prematura el fallecimiento del profesor Maya (2001), con lo que se abre un vacío científico en la escena regional, que



## 2. Historia de la Investigación.

---

supone el final de la etapa de los grandes debates que han definido la arqueología castreña en el último cuarto del siglo XX.

### 2.4 LOS ASTURES Y LA ARQUEOLOGÍA EN LA PRIMERA DÉCADA DEL SIGLO XXI.

La finalización de los trabajos en la Campa Torres y Llagú (Berrocal *et alii* 2002), y la falta de continuidad de las excavaciones en el oriente asturiano, hizo que el único referente a nivel de información científica a partir de ese momento, se diese en las novedades interpretativas realizadas en el valle del Navia, desde una perspectiva diferente a la escuela que había originado buena parte de esas intervenciones. La relectura de las cronologías del Chao Samartín por parte de su nuevo director, Angel Villa (2002), supone una reorientación de los trabajos en el castro que culmina en una avalancha de novedades arqueológicas, tanto cronológicas como materiales. El Chao Samartín, junto a alguno de los castros que también se están explorando en la cuenca del Navia, Taramundi, Brul, o Argul de Pesoz, son las principales novedades de la investigación castreña en Asturias entre el 2002 hasta el año 2010 (Villa 2007b), cuando la administración del Principado pone fin a los trabajos en la zona.

El yacimiento, como focalizador del interés en la arqueología castreña durante estos años, se muestra como un gran poblado, donde la historiografía regional ha podido experimentar toda su evolución teórica, desde la escuela creada por el profesor Jordá, hasta las últimas tendencias propuestas por Villa. Constituye el primer gran poblado asturiano donde de forma evidente se descubre en extensión un poblado fortificado de la Edad del Bronce (Villa 2002). Si bien las teorías de J.L. Maya apostaban por este origen, su base exclusivamente a partir de materiales, sin estratigrafías conocidas, impedía apoyar sus hipótesis con contundencia.

Los hallazgos del Chao Samartín confirman las tesis de Maya (1989), ofreciendo un espectacular poblado del Bronce y primera Edad del Hierro, formado por una empaliza-

da y al menos una gran cabaña de madera. La segunda gran aportación arqueológica de este yacimiento pertenece al aspecto material, y por consiguiente social, para la época en estudio. Las potentes evidencias de metalurgia temprana, orfebrería, la amplia colección cerámica, entre las que destaca una pieza que identifica el poblado del Chao con Ocela, y la colección numismática, en la que destacan piezas de posible vinculación militar, han impulsado el conocimiento sobre los pueblos de esta zona de la región entre la época prehistórica y la histórica. Finalmente, las aportaciones urbanísticas y estructurales, coincidentes con las grandes fases evolutivas de los castros del noroeste, constituyen un espacio privilegiado para el análisis del urbanismo fortificado en la región.

En paralelo a los trabajos del occidente de Asturias (Villa y Menéndez 2009), en el resto de la región se dan a conocer nuevos datos materiales de los castros de Villaviciosa, se abre la posibilidad a la existencia en Asturias de castros de la primera Edad del Hierro sin uso doméstico a través de las excavaciones del Picu la Fórca (Estrada *et alii* 2007), se discute el mapa castreño de Asturias (Fanjul 2005) y se aportan nuevos datos en el sector de Teverga (Fanjul *et alii* 2007), que pretenden demostrar la complejidad cultural de las sociedades castreñas en las zonas de montaña, hasta ahora consideradas como espacios de población marginal.

La paralización de las investigaciones del plan del Navia en el año 2010, supone que los únicos trabajos de investigación arqueológica castreña basados en excavaciones queden relegados al castro de Taramundi, actualmente en estudio (Villa 2007c).

## Capítulo 3

# El Bronce Final y los orígenes del poblamiento fortificado astur.

Los datos de la protohistoria asturiana respecto a cuestiones tan básicas como el poblamiento, la economía y la cultura material son todavía escasos. Aun así, podemos ver una serie de pautas sociales sobre el paisaje, que reflejan la existencia de hábitats en terraza, tanto junto a los principales valles fluviales del centro de la región, como en las sierras más altas (Marín 2011, 74). En contra de lo que se ha mantenido hasta ahora (Blas Cortina 1983), la presencia de estos hábitats en las zonas más elevadas de la cordillera no responden a una economía exclusivamente ganadera. Los hallazgos de molinos en el Mayéu de Busián (Camino y Estrada 2012) reflejan una actividad mixta, donde la ganadería seguramente tendría una importancia predominante, pero no sería una actividad exclusiva. En paralelo, la incipiente actividad metalúrgica se desarrolla incluso en los hábitats en cueva, mediante pequeños hornos en cubeta como ocurre en Arangas (Arias y Ontañón 1999, 77-78), sistema que perdurará durante toda la Edad del Hierro (Fanjul 2011). Los cambios tecnológicos y la intensificación de las actividades ganaderas y agrícolas suponen un paisaje más explotado, con cada vez más espacios abiertos (Martins 1998, 77).

En el Bronce Final, con una cronología para la zona en estudio comprendida entre los siglos XIII-VIII a.C., es cuando los testimonios del comercio atlántico se vuelven más frecuentes y variados, y muy especialmente a partir del siglo IX a.C. (Blas Cortina y Fernández Tresguerres 1989, 181; Fernández Manzano



Figura 3.1: Molde de hoz de Castropol.

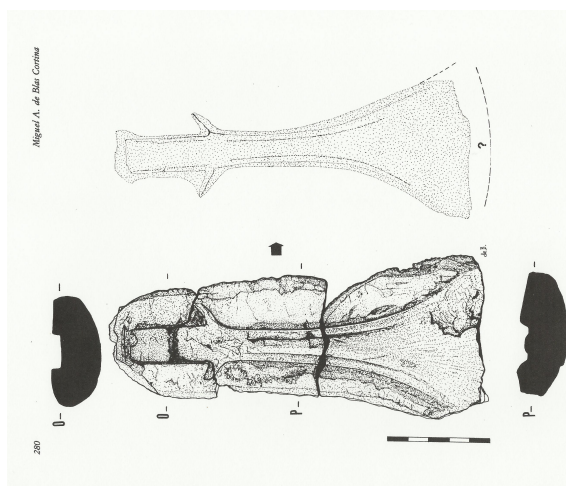


Figura 3.2: Molde de hacha de apéndices laterales de Gusendos (León) (Blas Cortina 1984-85, 280).

1986), encontrando una serie de materiales metálicos –espadas pistiliformes, puntas de lanza “tipo Vènat” y calderos de bronce– que nos permiten incluir al Norte y al Noroeste

### 3. El Bronce Final y los orígenes del poblamiento fortificado astur.

peninsular dentro de las corrientes atlánticas, a lo que hay que añadir una serie de objetos de factura ibérica (hachas de talón y dos anillas, hachas unifaciales, fibulas de doble resorte),

distribuidas a lo largo de la fachada atlántica europea, claro testimonio de la reciprocidad de esas relaciones (Ruiz-Gálvez 1986; Rovira 1993, Maya *et alii* 1993 y Argente 1994).



Figura 3.3: Depósito de lingotes de Gamonéu (Onís) (Blas Cortina 1983).

Con los datos que poseemos hoy en día, no cabe duda de que desde los últimos estadios del Bronce Medio, al menos en la zona central de Asturias (Menéndez Bueyes 1997), se documentan labores agrícolas, que los múltiples hallazgos de hoces asturianas vienen a ratificar para el Bronce Final (Blasco 1993, 156). Por lo tanto, los diversos testimonios parecen avalar una economía relativamente compleja para el territorio, por lo menos, en torno al siglo IX a.C.: actividades metalúrgicas artesanales junto con prácticas agrícolas y pastoriles de carácter estacional (Mañanes 1981 y Bohigas 1986-87), complementadas con las labores mineras. Desde un punto de vista social, y al igual que ocurrió en otras sociedades

metalúrgicas complejas, creemos que es lógico pensar que en el Noroeste y Norte peninsular apareciera una jerarquización, encabezada por determinados individuos, por una parte los personajes destacados (señores) y por otra los artesanos fundidores. A esos líderes será a quien corresponda el uso de las armas y de los símbolos de prestigio, en función de su red de relaciones (Ruiz-Gálvez 1995, 14; Costas Gubern *et alii* 1995, 125; Delibes *et alii* 1995, 56; Romero y Jimeno 1993, 183).

El comercio indígena será sustituido progresivamente desde el siglo VIII a.C., trayendo como consecuencia la crisis de las artesanías bronceas indígenas del occidente de Europa y, en consecuencia, la disolución de las





Figura 3.4: Zona donde se ubicaba la desaparecida cueva de la Ferrería con restos materiales de la Edad del Bronce.

complejas alianzas políticas y de intercambio que se habían desarrollado durante la Edad del Bronce, por la acción colonial fenicia y la introducción del hierro (Cunliffe 1974, 254-255; Rauret 1976, 75 y Fernández Manzano 1986, 71).

La transición Bronce Final/Edad del Hierro presenta aún grandes lagunas en toda la mitad Norte de la Península Ibérica y muy especialmente en la Cornisa Cantábrica debido a la falta de excavaciones sistemáticas, lo que unido a nuestro desconocimiento casi total de los poblados de la Edad del Bronce (Almagro-Gorbea 1986; Delibes *et alii* 1992; Carballo 1996 y Villa 2002), hace aún más difícil el estudio de este período.

Pese a ello contamos con una serie de materiales, probables depósitos, de factura y tipología del período atlántico que se localizan en contextos castreños, si bien en la mayor parte de los casos se trata de materiales descontextualizados. Nos referimos principalmente a una serie de hachas de talón y anillas y de fragmentos de calderos con remaches (Escortell 1982 41-46). Existen ejemplares de hachas de talón y anillas en Logrezaña (Carreño), Alaba (Salas), Riocastello (Tineo), Larón (Cangas del Narcea), Cibeá (Cangas del Narcea), Valabilleiro (Grandas de Salime), Brañes (Oviedo) y Pendia (Boal); posiblemente también de un castro procedan el lote de hachas de Pruneda (Maya 1989), des-

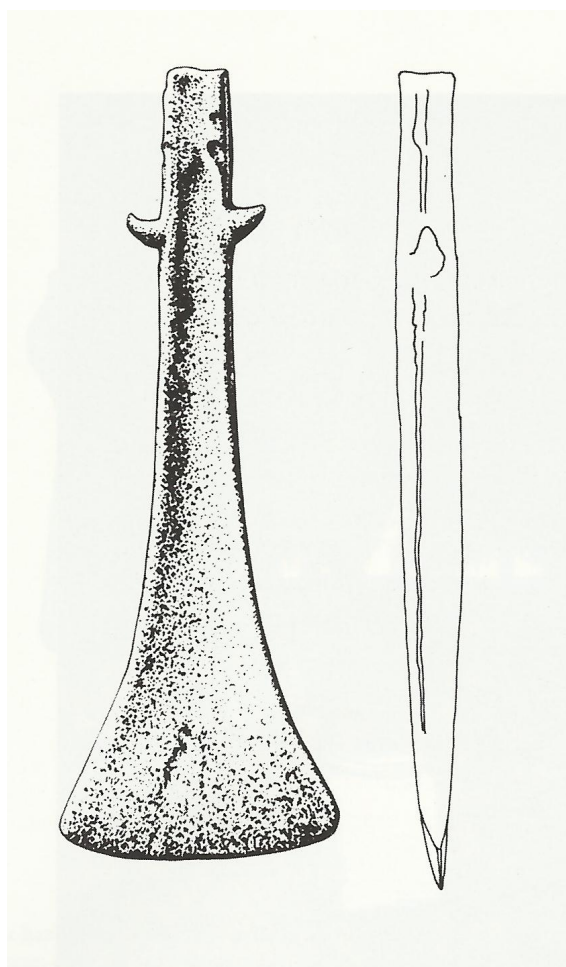


Figura 3.5: Una de las hachas de los Mazos (Allande) (Blas Cortina 1983).

tacando la encontrada en el castro del Chao Samartín (Grandas de Salime), así como la mazarota de fundición de El Picón (Tapia de Casariego) (Villa 2001). En cuanto a los calderos con remaches tenemos fragmentos en El Pico Castiello de la Collada (Siero), en Pendia (Boal) y en Tineo (Maya 1989). Esta nómina ha de ser completada con el hallazgo en el castro de la Campa Torres (Maya y Cuesta 2001, 98) de fragmentos de caldero metálico con remaches, de una fíbula de doble resorte con puente laminar de sección triangular, y un brazalete del tipo conocido como La Majúa, en los niveles más antiguos del yacimiento, fechados en los siglos VI-V a.C. por el Carbono 14. Además, en el castro de El Chao Samartín (Grandas de Salime), se recuperó un fragmento de soporte metálico con anilla para sítula

### 3. El Bronce Final y los orígenes del poblamiento fortificado astur.

(Villa 2002).



Figura 3.6: Hacha del castro de Valabilleiro (Grandas de Salime) (Blas Cortina 2007, 648).

Los datos conocidos, junto con las dataciones radiocarbónicas, actualmente nos permiten asegurar la existencia de castros como tales para el territorio asturiano entre los siglos IX-VI a.C. (Maya González 1994, 308; Peña Santos 1992 y (Calo Lourido 1993), siendo un claro nexo de unión en la utilización de esos lugares en ambas épocas (Maluquer 1975, 138; Maya y Cuesta 2001, 32-33; Calo y Sierra 1983, 19-86). Con una cronología similar, asistimos también a la generalización de los poblados fortificados tanto en la Meseta Norte (Martín Valls y Esparza 1992; Celis

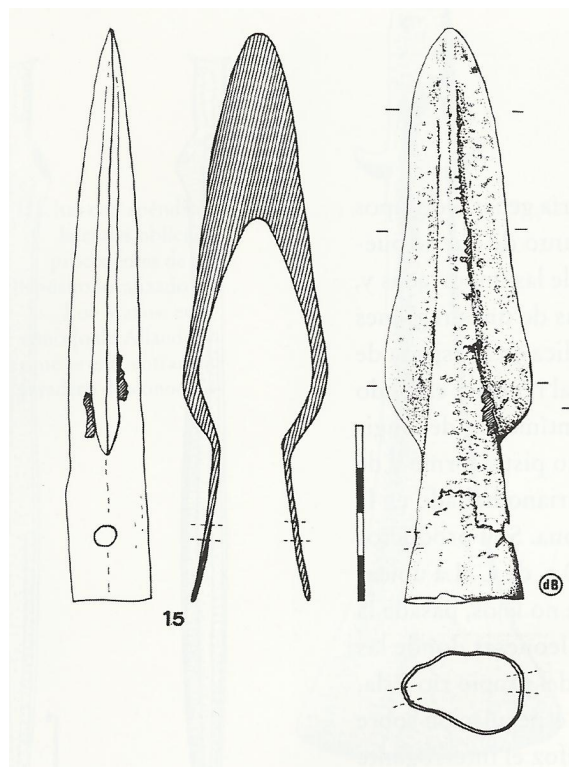


Figura 3.7: Punta de lanza de la Llaguna de la Fana (Tineo) (Blas Cortina 2007, 654).

1996; Almagro-Gorbea 1996, 271-277 y Sanz Mínguez 1998) como por toda Europa Occidental.



Figura 3.8: Cueva de la Mora (Aller).

En el caso del poblamiento en cuevas, en el corpus de yacimientos se puede observar como las líneas de interpretación de cada lugar están basadas en datos materiales puntuales, cuyo tratamiento resulta problemático y pue-

de ser objeto de debate. La casi total falta de intervenciones arqueológicas hasta fechas recientes, la destrucción natural o artificial de la mayor parte de los registros que tratamos, así como las dudas existentes en torno al propio registro material, sobre todo cerámico, propician ese debate. La base de las ocupaciones en cueva a las que nos referimos, la encontramos en la dualidad del modelo hábitat-ritual, que se genera desde la prehistoria. En esa génesis del proceso, nos encontramos en las áreas periféricas de montaña con grupos familiares, de contactos comerciales limitados, con una extensa variedad de producción material, siguiendo diversidades regionales y locales (Epstein 1998, 333). En toda Europa, aparte de los usos habitacionales de gran cantidad de espacios subterráneos durante el neolítico y la Edad del Bronce, tenemos también una reutilización de grutas mineras, tanto con fines habitacionales como funerarios y culturales (Barber, Field y Topping 1999, 61).

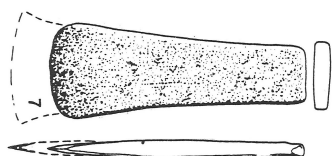


Figura 3.9: Hacha de Bronce de la cueva de la Mora (Aller) (Blas Cortina 1983).

Desde el Neolítico Antiguo son corrientes los osarios colectivos y la inhumación simple en cuevas, con una evolución en los cambios del ajuar, más que en el rito de enterramiento. La Edad del Bronce, suponen un cambio brusco de los comportamientos rituales (Colomer 1979, 13). En este sentido, destaca la importancia de los grupos culturales y sus influencias regionales lo que posiblemente explique, a través de la tradición del grupo o incluso de su marginalidad geográfica, las per-

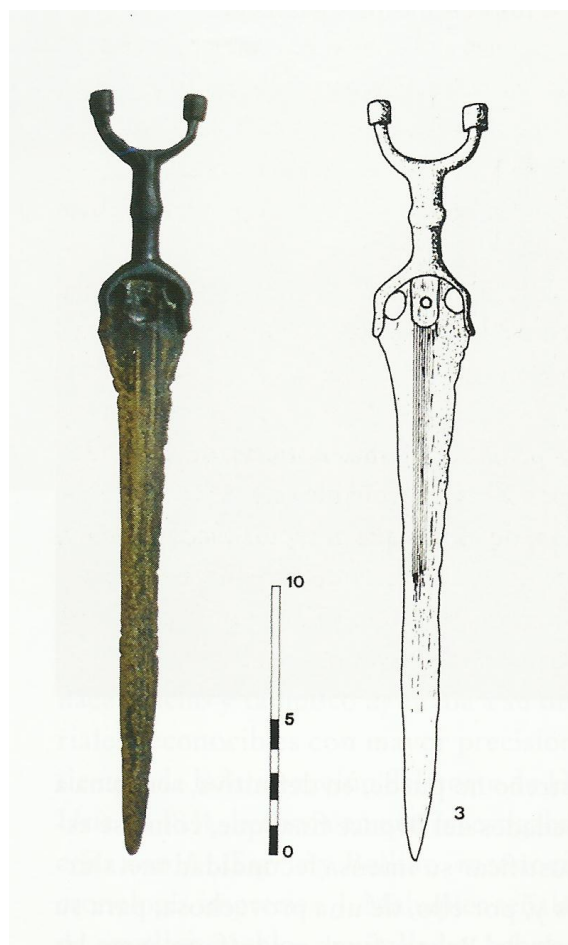


Figura 3.10: Puñal de antenas de Penácaros (Boal) (Blas Cortina 1983).

vivencias de uso funerarios en cuevas, una vez desarrollados otros fenómenos como el megalitismo o la cremación. En toda Europa ésta época es un momento de contactos interregionales, que van de lo material a lo cultural, conformando unas poblaciones cada vez más especializadas en la explotación de los medios de montaña, seleccionando las especies cuya explotación en cada zona es más rentable, en plena dependencia a la calidad de los pastos, caso de los rebaños de cabras en zonas muy rocosas, lo que por supuesto influye en el poblamiento periférico y por lo tanto en el uso de muchas cuevas como hábitats temporales. Durante el Bronce Final nos encontramos por un lado con una tradición cultural persistente en algunas regiones, donde las costumbres culturales y funerarias de la Edad del Bronce



### 3. El Bronce Final y los orígenes del poblamiento fortificado astur.

---

perviven durante la siguiente Edad del Hierro, sobre todo en algunas zonas de alta montaña como los Alpes (Bocquet 1991, 92). Por otra parte, asistimos a una época de colonización y jerarquización del paisaje, a través de un esquema de poblados, desde donde se organiza la explotación del territorio (Gardes 2002, 48). Las ocupaciones en cueva a partir de la Edad del Hierro son realmente escasas, y es que muchos autores (Maya 1990, 170; Balde-llou 1990, 36) detectan una pérdida de la importancia estratégica de las áreas periféricas de montaña desde la Edad del Bronce, donde las actividades trashumantes tienen una mayor presencia poblacional, a la Edad del Hierro, donde la ampliación de los centros de poder deja a esos espacios anteriores de montaña como áreas de cierta marginación económica. El contexto geográfico de los yacimientos protohistóricos en cueva del territorio astur-leonés parece seguir unas pautas que, de forma general, se cumplen para este periodo en todas las regiones cantábricas. Por un lado, nos encontramos con yacimientos en cueva con funcionalidad habitacional, cercanos a la línea de costa, a baja altura, dentro de unas cotas similares a los de uso funerario, y que se diferencian en la distancia espacial, con las áreas ocupadas al aire libre. En parte, la explicación de éste fenómeno viene de la propia base geológica de los yacimientos, coincidiendo los yacimientos en cueva con fondos de valle, y dándose muy raramente en zonas altas como en Trichacueva o Arangas (Arias y Ontañón 1999), por supuesto, mucho menos altas que la de los contextos funerarios o habitacionales al aire libre. Esta situación ha llevado a plantear un modelo de poblamiento más o menos continuo en la prehistoria reciente, donde las zonas bajas disponen de un poblamiento más estable, y unas zonas altas de posible estacionalidad. A este respecto, observamos diversos inconvenientes a la hora de trasladar este modelo a la zona astur-leonesa. Por un lado, desconocemos la posible función mixta de muchas de las necrópolis megalíticas, pudiendo ser áreas de habitación previas o coetáneas a su uso funerario, o bien darse particularidades locales, donde se restrin-

ge el espacio tumular, a usos puramente culturales. Para ambas situaciones, los paralelos antropológicos son innumerables y la investigación arqueológica en nuestro área, centrada en los monumentos funerarios, no ha podido desvelar usos habitacionales en el entorno inmediato de las necrópolis. Por otro lado, aun encajando en esta propuesta, en lo relativo a las cuevas de habitación, nos encontramos con usos funerarios en cuevas tanto en zonas muy bajas de la costa, como en el fondo de valle de áreas de montaña (cuevas de Aller), en zonas intermedias (cuevas del área de Piloña), y también en los valles altos, lejos de la zona de fondo de valle. En este sentido, estas localizaciones nos permiten hablar de un modelo exclusivo de tipo cultural-funerario que se da en los tres ambientes, y que más allá de su ubicación geográfica, la principal base del mismo es su sentido simbólico. Las cuevas de uso habitacional se caracterizan por disponer de unas características ambientales, que han propiciado usos domésticos de sus espacios internos, empezando por la boca de la cavidad al ser el lugar con mayor iluminación. En este grupo de emplazamientos podemos señalar tres tipos de espacios. Por un lado cuevas costeras donde, aparte del uso habitacional, nos encontramos con un entorno de obtención de medios de subsistencia, mucho más favorable que en las cuevas de interior. Por otro lado, tendríamos las cuevas que hemos denominado de fondo de valle, situadas tanto en el sector central de Asturias, caso del valle del Nalón, como la Paloma o Sofoxó (Blas 1983), como en los valles de montaña interiores del sector oriental de la región, como Les Pedroses, Llonín o Arangas (Arias y Ontañón 1999).

Finalmente, tendríamos un modelo de cuevas de montaña, donde los usos de hábitat se mezclan con usos artesanales durante la Edad del Bronce, y que debido a su mayor dificultad de ubicación, posiblemente son abandonadas por la construcción de hábitats al aire libre en las cercanías, quedando relegado el uso de la cueva con fines funerarios. En todos los casos, la ocupación podría circunscribirse a un uso temporal o estacional, ajeno a una sedentarización que seguramen-

te se está produciendo en un ámbito al aire libre desde épocas muy tempranas e incluso en el entorno inmediato de las cavidades. Las cuevas habitacionales ofrecen, por lo tanto, una comodidad en la construcción del espacio doméstico, que el grupo asume como temporal, aprovechando su interior posiblemente para funciones secundarias, como el almacenamiento de excedentes agrícolas, o de otros productos alimenticios, donde las estructuras al aire libre para tal efecto no son tan propicias. En otro conjunto estarían las cuevas de tipo cultural o funerario, de las que hemos apartado aquellos santuarios rupestres protohistóricos. En este conjunto tendríamos varios tipos de ocupación funeraria, donde habría que diferenciar los espacios de enterramientos colectivos, de aquellos con enterramientos individuales. Los enterramientos individuales en cueva son escasos, siendo además lo suficientemente confusos en su registro, como para no tener la certeza de estar ante un solo enterramiento.

En nuestro corpus de estudio contamos con seis yacimientos, distribuidos en el sector central y oriental de la región. Parece que su localización, se halla tanto en las zonas mejor comunicadas de la región, a escasa altitud, caso de Valdediós, Palagón en el valle del Cubia, la Carenda y la Fontana en el surco prelitoral Oviedo-Infiesto, y Pueblo Bajo de Lledías en la costa de Llanes (Blas 1983), como también en zonas muy periféricas, caso del enterramiento de Fuentenegroso, en la sierra del Cuera (Barroso *et alii* 2007). A nivel de subtipos, parece que estamos ante varios contextos cronoculturales diferentes. Por un lado estarían lo que a todas luces parecen inhumaciones individuales tempranas, de posible contexto neolítico o calcolítico, caso de la Fontana y Palagón (Blas 1983), en cuevas-abrigo de pequeñas dimensiones, aledaños a cursos de agua en el fondo de valle. Por otro lado, tendríamos inhumaciones tardías, seguramente cargadas de un fuerte contenido simbólico, en base al tipo de emplazamientos, y que tal como demuestra el caso de Fuentenegroso (Barroso *et alii* 2007), perviven hasta el Bronce Final. El carácter simbólico queda refleja-

do tanto en los emplazamientos tipo sumidero (Valdediós), cista excavada en roca (La Carenda) o en sima (Fuentenegroso), así como representado en el ajuar de uno de los yacimientos (La Carenda), de donde proviene la famosa diadema de Moñes.

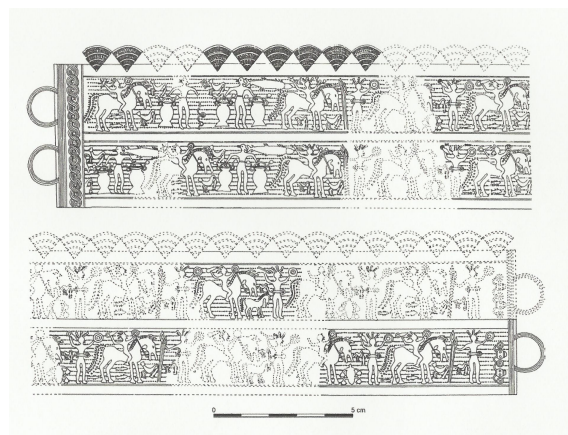


Figura 3.11: Diadema de Moñes (Piloña) (Schattner 2012, 746).

Mención aparte merece el caso de Pueblo Bajo de Lledías (Maya 1989), al ser un posible enterramiento de incineración único en Asturias, y ajeno de momento a lo que podríamos denominar prácticas comunes entre los grupos de la región, lo que nos lleva a plantear en este estudio su tardoantigüedad. Respecto a los enterramientos colectivos en cueva, son también de interpretación problemática, sobre todo porque en alguno de los yacimientos (Mancobio y Fenoyal) estamos ante referencias orales, pero que merecen credibilidad, mientras que en la mayoría de los casos, el hallazgo de restos humanos se realizó sin seguir unas pautas de documentación científicas básicas, lo que no impide aclarar la época de los enterramientos. De nuevo, en la mayoría de los casos, nos encontramos con unos yacimientos en fondo de valle, pese a que la ubicación de algunos de ellos sea en altura. En estos casos, suelen disponer de una extensa visibilidad, y utilizan pequeñas cavidades, de corte estrecho, poco aptas a usos habitacionales donde aparece material doméstico, producto de posibles reutilizaciones de la cavidad (La Uña, León) (Gutiérrez 1985). En casi todos

### 3. El Bronce Final y los orígenes del poblamiento fortificado astur.

---

los casos estudiados, pese a situarse en fondo de valle, estamos ante cuevas en roquedos sobresalientes, siempre en entornos de valle de montaña o de alta montaña, salvo los casos costeros de Bufón y el Espinoso. Parece, por lo tanto, que este tipo de yacimientos se concentra de forma especial en estos valles altos o en entornos de montaña, y como ejemplo, valga mencionar el caso de los yacimientos del valle del Trubia, donde nos encontraríamos con la cueva del Conde, Fenoyal y finalmente Trichacueva en las zonas altas de Teverga. A nivel crono-cultural, parece que estamos ante enterramientos situados entre el Neolítico Final y el Calcolítico, y que demuestran la potencia socio-cultural de los grupos protohistóricos de las zonas altas, desde momentos muy tempranos.

Finalmente estarían las cuevas “sumideros” o “de corredor”. Se trata de auténticos sumideros kársticos de pequeño tamaño, muy estrechos, sin capacidad de habitación, donde se han hallado restos que a todas luces parecen votivos, salvo un caso, el de la Peruyal, en Parres (Estrada *et alii* 1995), donde la totalidad del material hallado es de carácter doméstico. En cuanto al registro arqueológico, esta compuesto de hachas pulimentadas, calificadas en dos casos como votivas, por la calidad del material de confección de las piezas, así como por sus dimensiones, caso de La Ferrería y Serrapio (Quintanal Palicio 1991, 57-58). Aparte del caso de materiales cerámicos de la Peruyal (Estrada *et alii* 1995), donde se puede establecer la hipótesis, bien de ofrendas en recipientes, que no se han conservado en el resto de los yacimientos, o bien de que estamos ante el hallazgo de un depósito proveniente de la superficie y arrastrado hacia el sumidero por erosión natural, tenemos un caso discordante en el modelo de ofrenda. Se trata de Paniciegas (Blas 1983), en Tineo, donde se halló un pequeño ídolo en forma de canto tallado, en el interior de una oquedad natural de pequeñas dimensiones a modo de sumidero. Este caso, no concuerda ni en ubicación, ni en tipo de hallazgos materiales, con los casos comunes de hachas pulimentadas, lo que nos lleva a pensar en la posibilidad de un modelo

ritual, representado bajo diferentes ópticas o situaciones. En definitiva, este tipo de cuevas constituyen una representación ritual menor de religiosidad, pudiendo acuñar el concepto de santuarios menores para dichos yacimientos. El contexto cronológico de los mismos es muy confuso, debido a que los principales elementos descubiertos, las hachas pulimentadas, tienen un uso muy extenso, mientras que la cerámica y el ídolo de Paniciegas, se han contextualizado en un período correspondiente al calcolítico o Bronce inicial. En los tres casos de hallazgos de hachas pulimentadas, estamos ante cuevas de fondo de valle, junto a cursos fluviales, mientras que la Peruyal es de un entorno de media montaña, en ladera y Paniciegas se halla en lo alto de las sierras planas del suroccidente asturiano, dentro de un entorno de cierta riqueza en manifestaciones megalíticas.



Figura 3.12: Ubicación de la cueva del Demo (Boal) con pinturas rupestres de la Edad del Bronce.

## Capítulo 4

# La conquista y el inicio de la romanización de Asturias.

Desde el momento de su finalización, las guerras astur-cántabras fueron objeto de abundantes referencias entre los historiadores. Entre ellos destacaron Tito Livio, Floro, Dión Casio y Orosio, tanto por la extensión de los datos proporcionados, como por la posible cercanía a otras fuentes documentales que no han llegado hasta nosotros (González Echegaray 1999). Entre el 36 y el 31 a.C. se desarrollaron una serie de enfrentamientos en el norte Peninsular, como posible antesala a las guerras astur-cántabras. Cayo Norbano, Marcio Filipo, Claudio Pulcro y Calvisio Sabino se declararon vencedores ex Hispania, sin que tengamos detalles de los pueblos contra los que lucharon (Vicente 2008-09). En el 29 a.C., una rebelión de

los Vacceos, posiblemente ayudados por Cántabros y Astures, supone el inicio de las guerras astur-cántabras. Un año más tarde, Augusto abre las puertas del templo de Jano en Roma y marcha hacia la Península (Schulten 1943). Tenemos pocas noticias de los sucesos de los años 28 y 27 a.C., más allá de los nombres de los generales romanos. Esta parquedad de datos posiblemente sea debido a que sus expediciones bélicas fueron una exploración o tanteo del territorio enemigo para una campaña de mayor categoría, como la desarrollada al año siguiente. Esta campaña se desarrolla principalmente en Cantabria, con la toma de enclaves del norte de Palencia y una campaña de montaña que parece culminar con una primera derrota de los cántabros (Peralta 2000).



Figura 4.1: Campamento de la Carisa (Camino *et alii* 2007, 86).



#### 4. La conquista y el inicio de la romanización de Asturias.

En los últimos días del invierno del año 25 a.C., los astures intentaron sorprender al ejército romano en el sector más occidental del conflicto, junto a su capital de Lancia en la localidad de Arrabalde (Santos Yanguas 2004; Vicente 2008-09). La toma de la ciudad y otras localidades vecinas por parte de Carisio, parece que acabó con el conflicto en el sector sur del territorio astur. Antes de regresar a Roma en el año 24 a.C., y cerrar las puertas del templo de Jano, Augusto ordenó a cántabros y astures el fin del hábitat en los castros y el traslado de la población a espacios no fortificados. En el año 22 a.C., se produjo una rebelión generalizada en el territorio astur-cántabro contra la opresión del gobernador Carisio. Una guerra de montaña dirigida por el general Cayo Furnio, consiguió la victoria con la toma del mítico Monte Medulio y varios enfrentamientos cruciales contra los astures (Vicente 2008-09). Entre los años 21 y 20 a.C. asistimos a una cierta paz, seguramente mantenida por el exterminio y la esclavitud de la población local en edad militar. Un año más tarde, la llegada de varios esclavos cántabros fugados del dominio romano supuso el inicio de una nueva rebelión general y una posterior represión general sobre la población en la que no se hacen prisioneros. A partir de este momento se consideran acabadas las campañas militares de conquista.



Figura 4.2: Herramientas de construcción halladas en el campamento de la Carisa (Camino *et alii* 2007, 89).

Respecto al impacto de la conquista romana en los castros asturianos, hasta hace poco se mantenía una visión de cierta continuidad habitacional. En nuestra opinión, pese a la continuidad del poblamiento en muchos lugares, los hiatos estratigráficos vinculados a las guerras astures parecen visibles en Moriyón (Camino 1997), la Garba (Fanjul 2011) donde el poblado romano posterior es una aldea que nada tiene que ver con el castro, o Llagú (Berrocal *et alii* 2002), con un claro nivel de incendio. El cambio total del poblamiento en la Campa Torres (Maya y Cuesta 2001), y el nivel de arrasamiento que hemos observado en el *oppida* costero del Castiello de Podes, coincidiendo con el mismo momento de cambio a la romanidad, son otros ejemplos a los que de momento no se suman los castros del valle del Navia, para los que se ha defendido históricamente el papel de ejemplos de romanidad, y cuyos niveles estratigráficos publicados muy parcialmente, o inéditos en la mayoría de los cortes, no nos permiten adentrarnos a fondo en los sucesos de la parte occidental asturiana. Pese a ello, se citan elementos militares en esos castros que parecen demostrar unos asentamientos temporales de las tropas encargadas de la invasión de Asturias (Villa 2005). En nuestra opinión, salvo para el sector más occidental queda claro la segura existencia de unos hiatos habitacionales, bien por abandono o destrucción de los poblados, que coinciden con la conquista romana en el sector central y oriental de Asturias.



Figura 4.3: Gatillo de catapulta hallada en la Carisa (Camino *et alii* 2007, 89).

Respecto a la romanización posterior a la conquista, en el último decenio los estudiosos del mundo castreño del Norte de Portugal y del Noroeste de España han venido definiendo el fenómeno de la auténtica revitalización de las ocupaciones castreñas durante el periodo romano (Peña Santos 1992), fenómeno que llega como tal poblamiento, como mucho, hasta el siglo III d.C. Este proceso se produce de forma simultánea a la creación de las primeras ciudades, que constituirán las piezas claves de la progresiva integración social y política de las gentes del noroeste en el mundo romano, todo ello ligado a la redefinición del papel del ejército al ponerse en marcha las explotaciones auríferas del Noroeste, culminando todo este proceso sobre el 69-70 d.C. (Fernández Ochoa y Morillo 1999). La tran-

sición a esta fase, dominada ya por el proceso de romanización del territorio transmontano, es variable según los yacimientos. Mientras la mayor parte de los castros asturianos continúan ocupados, incluso con gran revitalización de su morfología (Orejas y Sánchez Palencia 1999), otros entran en franca decadencia sin llegar claramente a definirse su continuidad como castros. Este es el caso de Moriyón, que muestra síntomas de su clara decadencia, a través del progresivo desmantelamiento de la muralla y de una serie de remodelaciones en lo que se considera su fase final, datada radiocarbónicamente entre 60 a.C.-10 d.C. (Camino 1997). Por su parte, el castro de Caravia no llega a la romanización, pues no conserva ningún elemento que pueda ligar su ocupación con este proceso (Llano Roza 1919).

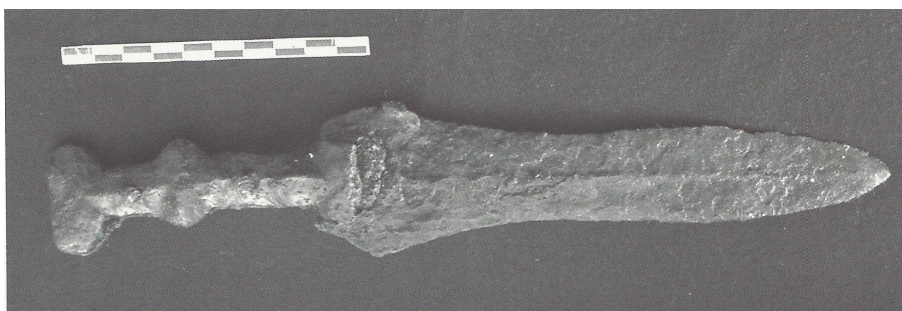


Figura 4.4: Puñal astur-romano hallado en el castro de Pelou (Villa 2007b, 42).

En la Campa Torres vemos como en la fase romana se valora poco el área defensiva, se abandona la habitación de la zona, que pasa a concentrarse en la llanada interior, y el material es menos abundante y de cronología muy amplia. No hay un estrato romano abundante tras la muralla (Maya y Cuesta 2001). En Moriyón se encuentra una ocupación muy marginal en la segunda mitad del siglo II d.C, que no se ha podido ligar a ningún tipo de construcción (Camino 1997). Las estructuras habitacionales en piedra se encuentran muy generalizadas en todos los yacimientos, con una amplia variedad en lo referido a plantas. En la Campa encontramos en la llanada interior una serie de casas de planta circular marcada por un zócalo de piedra de doble paramento, en cuyo interior debían de colocarse las esta-

cas de ramaje para las paredes. En algún caso cuentan con piedra de calzo para poste central. Este tipo de estructura mixta debe de ser una pervivencia de los modelos prerromanos del yacimiento, no conservados en la llanada por la potente obra de reestructuración romana, pero sí en los niveles tras la muralla, pervivencia que convive ya con las típicas estructuras de planta rectangular del período romano. En San Chuis (Allande) encontramos a partir de ahora un cambio muy significativo en las construcciones; mientras que en las fases netamente prerromanas nos encontramos estructuras circulares u oblongas en mampostería de pizarra, ahora asistimos a la aparición de estructuras cuadrangulares, en algunos casos con muros de sillares de arenisca, al mismo tiempo que algunas estructuras circulares se



#### 4. La conquista y el inicio de la romanización de Asturias.

---

remodelan mediante añadidos de muros longitudinales y estructuras cuadrangulares complejas (Jordá Pardo y García Martínez 1999, 138). Pero quizás sea el castro del Chao Samartín el más espectacular en este aspecto, pues aquí encontramos un desarrollado urbanismo, la existencia de unas termas rústicas (cámaras castreñas), pervivencia de tiempos prerromanos, la variedad y complejidad de sus estructuras, o la existencia de pintura mural, que nos están hablando de un lugar que, indiscutiblemente, está funcionando como centro en la demarcación territorial romana. De hecho, la presencia de Roma significa

en este yacimiento la revitalización de un poblado sumido en un estado de semi-abandono, aunque, como buena prueba de ese proceso de integración, las defensas, ya decadentes, son abandonadas hasta su total amortización a finales del siglo I d.C. También ahora aparecen las estructuras de habitación con espacios compartimentados mediante tabiques de piedra, teniendo las diferentes estancias, fruto de esta compartimentación, su propio acceso a los callejones del poblado; al mismo tiempo se inicia la yuxtaposición de edificios. La expansión del poblado alcanzará su mayor desarrollo en el siglo II d.C., en cuya primera mitad es abandonado (Villa 2006).



Figura 4.5: Villa astur-romana junto al Chao Samartín (Villa 2007b, 44).

Sin embargo, en otros yacimientos, como es el caso de Llagú, vemos como pervive más nítidamente la tradición constructiva, atestiguada desde antiguo en el territorio, de la fabricación de cabañas con zócalo de piedra y

levantamiento en materiales perecederos, pese a que se relacionan con remodelaciones en la muralla (Adán Álvarez 2001, 27). En realidad, este yacimiento presenta tres ocupaciones correspondientes a la época romana que eviden-



cian su revitalización y monumentalización, incluyendo una posible sauna castreña, así como el cambio de funcionalidad de este establecimiento hacia un centro de control de las comunicaciones hasta su definitivo despoblamiento hacia mediados del siglo II d.C. (Berrocal *et alii* 2002) Por lo tanto, en esta fase se incluyen la mayor parte de los castros del Occidente asturiano, al menos en lo conocido hoy en día, y castros del centro-orientes que ya habían sido ocupados en el período prerromano: la Campa Torres, Llagú, y de forma marginal Pico Castiello de Moriyón.



Figura 4.6: Material de excavación astur-romano de las minas de Carlés (Villa 2007b, 41).

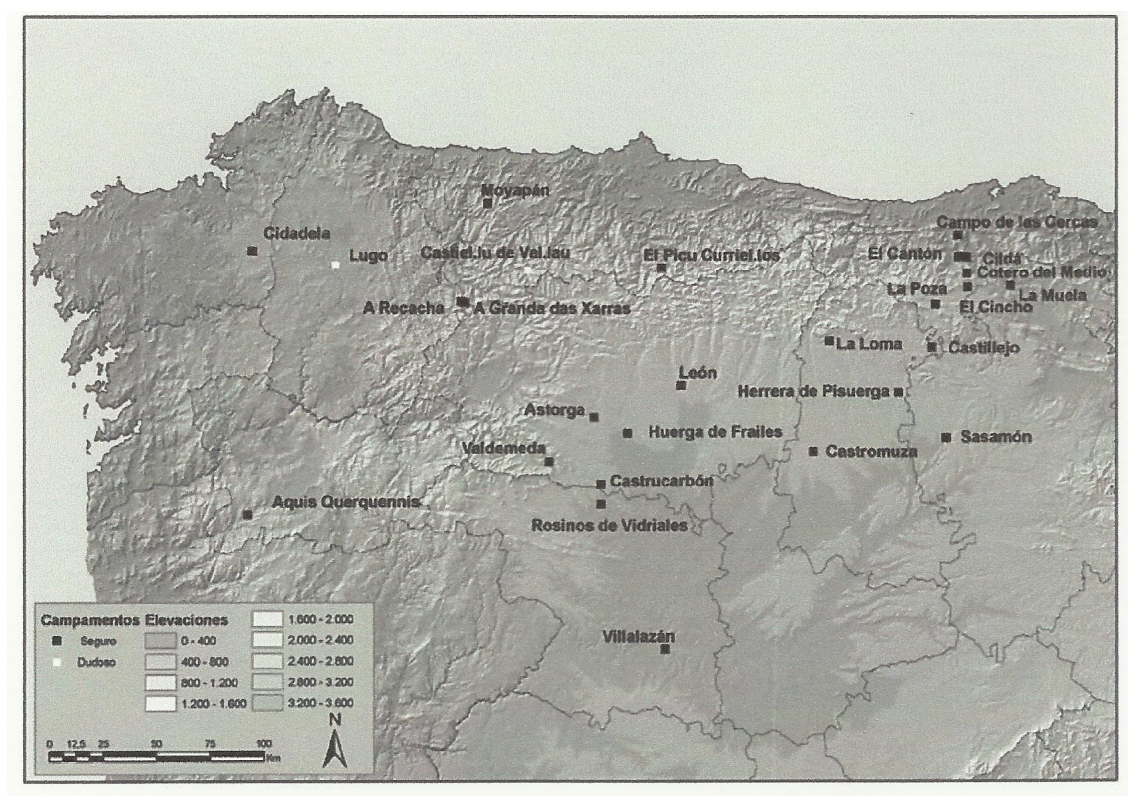


Figura 4.7: Recintos campamentales romanos en el Noroeste (Menéndez Blanco *et alii* 2011, 146).

A partir de finales del siglo II d.C., por lo tanto, ya no podemos hablar de hábitat castreño, por lo que entendemos que debemos de considerar los restos encontrados más como reocupaciones temporales. La pervivencia de estos modelos de hábitat –como tales– no parece perdurar más allá del siglo III d.C., salvo

casos excepcionales, sin que su ocupación se mantenga a lo largo de la tardoantigüedad, como quieren ver algunos autores (Fernández Mier 1999), y sin que podamos establecer si su declive se relaciona o no con la generalización de las villas u otro tipo de poblamiento de época romana. Por otra parte, el fenómeno



de la reutilización de yacimientos castreños no es exclusivo del Norte y Noroeste, puesto que también se aprecia en diversas áreas peninsulares, con una cierta entidad en Murcia, y en general en diversas zonas de la Meseta Norte, siendo bien conocidos los casos de Soria, Salamanca o Zamora (Menéndez Bueyes 2001, 194-198). Ahora bien, para estas reocupaciones, Esparza (1986), cuestiona –en el caso zamorano– el que se trate tanto de la recuperación de los antiguos asentamientos cuanto de establecimientos surgidos en función de necesidades militares en época bajoimperial. Este carácter estratégico vendría dado por encontrarse sobre vías de comunicación, como ocurre –también en algunos casos asturianos– en el zamorano de Muelas del Pan, por donde transcurría una vieja cañada, en el leonés de Castro Ventosa –en la vía de Bracara a Asturica–, y en los sorianos de Calatañazor –en la vía de Asturica a Caesaraugusta– y los Castellares de Suellacabras, sobre el río Alhama, comunicación natural entre los valles del Duero y el Ebro y de una serie de vías. La existencia de *turris* defensivas se documenta en otras áreas meseteñas, como en el caso de Tedeja (Burgos), que pasaría de un puesto de vigilancia de vías de comunicación articulado por medio de patrullas en *turris* (durante el siglo III), a un modelo de fuerte o fortín de destacamento durante la tardoantigüedad (siglo V), en este caso con una evidente funcionalidad relacionada con los momentos de inseguridad (Lecanda 2000). Así, en el caso concreto de los castros tardoantiguos zamoranos, se ha propuesto recientemente la posibilidad de que pertenezcan, al menos la mayor parte de ellos, a un sistema fronterizo entre los confines del territorio suevo y la zona de dominio visigodo que se extendería a lo largo del eje marcado por el curso bajo del Esla y hasta su confluencia con el Duero, mientras que el yacimiento de Nuez, un tanto apartado de esta línea, podría vincularse a esta frontera con la defensa puntual de la vía Bracara-Asturica (Domínguez y Nuño 1997, 444). En cualquier caso, las reocupaciones castreñas nunca tendrían un carácter asimilable a la del siglo I d.C., ni mucho me-

nos a las de la etapa prerromana, pues se trata de ocupaciones más o menos marginales o puntuales, de origen muy diverso, como ya ha quedado dicho. Además, en la mayor parte de las ocasiones, la ocupación de los castros es discontinua, siendo muy común la reocupación de centros protohistóricos durante el proceso que se denomina tradicionalmente como Reconquista (Gutiérrez González 1995). Por lo tanto, no podemos hablar con propiedad de una ocupación castreña, puesto que conocemos una serie de materiales (sigillatas tardías y paleocristianas, monedas, cuchillo tipo Simancas de Coaña, etc.) (Carrocera y Requejo 1989), que parecen hablar de una cierta reutilización de algunos yacimientos con carácter económico, de protección, etc., pero en donde no se ha individualizado un nivel de ocupación correspondiente a este momento. Así, en el castro de San Chuis existen materiales cerámicos que nos hablan de una cierta reocupación del asentamiento, posterior a la destrucción parcial del poblado (Jordá Pardo y García Martínez 1999, 139-140). Mientras que en la Campa Torres se han encontrado fragmentos de sigillata paleocristiana sobre los derrumbes de la muralla, así como una posible cabaña circular en la llanada interior, que quizás pueda pertenecer a este período en función de algunos hallazgos numismáticos y cerámicos. Por el contrario la datación que indicaría la ocupación en este momento del castro de Mohías (Coaña), ha de tratarse con mucha prudencia, pues, a la falta de estudio del yacimiento, se le suma el hecho de que no se conocen materiales arqueológicos que avalen la fecha (Villa 2002, 167). Recientemente se ha propuesto una sugerente hipótesis que establece el origen de las villas medievales en el traslado poblacional de los castros a través de su pervivencia en la etapa anterior (Fernández Mier 1999), sin embargo, la zona sobre la que se realiza el estudio es un sector en el que existieron minas auríferas, por lo que esta pervivencia, no demostrada arqueológicamente, no puede ser generalizable, puesto que pudiera tratarse de una reactivación minera muy puntual, como es posible que ocurriese en la zona de Lugo, tal y

---

como muestran algunos yacimientos castreños de esta zona, y como pudiera indicar el tesoro monetario de Balboa del Bierzo (Rodríguez Fernández 1994). De la misma forma, planteamos que el mapa de castros de la zona no puede tomarse como demostrado en su totalidad. Dudamos que los apenas cuatro castros del Pigüña puedan tomarse como referencia de continuidad de un poblamiento abierto desde la protohistoria hasta nuestros días, debido a la especialización ganadera de la economía local. Para la etapa medieval, estas ocupaciones parecen muy abundantes a la vista de los hallazgos de superficie en un buen número de yacimientos (Coaña, Pendar, Canto San Pedro, etc.), aunque su carácter está por definir. Para otros supuestos castros, discutidos por nosotros, como el Peñón de Raíces y Doña Palla, a los que se suman las incógnitas del Pico Castiello de la Collada, tal reocupación militar nada tiene que ver con los viejos centros de poder fortificados. Los castros asturianos en su sector central y oriental parecen mostrar un lapsus coincidente con las guerras de conquista, mientras que dejan de existir como centros de poder a partir del siglo II-III d.C. Las reocupaciones puntuales posteriores como aldeas abiertas o atalayas militares nada tienen que ver con la función que define al castro en Asturias.

## Capítulo 5

# La organización social de los Astures.

### 5.1 LÍMITES DEL TERRITORIO ASTUR.

Siguiendo las fuentes clásicas sabemos que los Astures habitaron en la Antigüedad en la zona norte de la Península Ibérica, a ambos lados de la Cordillera Cantábrica. Las tierras Astures comprendían buena parte de Asturias, la mayor parte de León y un sector de Zamora y Orense. Estrabón (III, 13-14) es el primer historiador en enmarcar el territorio astur entre el Duero y el Cantábrico, a continuación de galaicos y antes de los cántabros. El límite oriental de los Astures estaría en el río Sella, si tenemos en cuenta los datos aportados por Estrabón (III, 4, 10) quien hace referencia al río Melsos (Nalón), que recorre el territorio astur. Mela (III, 13-15) coincide en este punto al señalar que *“Desde el río que llaman Salia las costas comienzan a retroceder gradualmente (...) los cántabros y los várdulos ocupan esta región”*. Descendiendo en el mapa, la frontera astur enmarcaría buena parte del territorio leonés empezando por el valle de Sajambre hasta Cistierna. La ribera izquierda del Esla hasta su confluencia con el Duero constituiría el límite sur-oriental de las tierras Astures. Respecto al límite occidental, la opción del río Navia propuesta por Plinio (N. H. IV, 111), parece la más acertada, coincidiendo hoy en día con los límites culturales del gallego-asturiano. En su descenso, el límite continuaría por el Bierzo, sierra de los Ancares y el Caurel, con parte de Orense hasta alcanzar de nuevo el valle del Duero en la provincia de Zamora. A la hora de conocer los límites y las diferentes tribus que quedaban comprendidas bajo la de-

nominación de Astures, son Plinio y Ptolomeo los que nos aportan más datos, principalmente de carácter geográfico. Así, el primero de ellos, en el siglo I d.C., menciona que los Astures están conformados por un total de 22 pueblos divididos en dos grupos: los augustanos y los transmontanos, y nombra algunos de ellos como Gigurros o Zoelas. En el siglo II d.C., Ptolomeo cita en su obra *Geographia*, en el capítulo IV dedicado a la provincia de la Tarraconense, las siguientes subdivisiones dentro de los Astures y sus respectivas capitales:

Subdivisión poblacional	Capital
Brigaecinos	Brigaecium
Bedunienses	Bedunia
Orniacos	Intercatia
Lungones	Pelontio
Saelinos	Nardinion
Superatios	Petavonium
Amacos	Asturica
Teiburos	Nemetobriga
Gigurros	Gigurrorum

Tabla 5.1: Subdivisiones poblaciones con sus respectivas capitales según la información que nos aporta Ptolomeo.

Ambos autores, por tanto, nos informan de la denominación y la ubicación geográfica de algunos de los pueblos en época romana, cuando están elaborando sus obras. Aunque

algunos autores dudan de que puedan extrapolarse estos datos a momentos anteriores, como el periodo prerromano (Fernández Ochoa y Morillo 1999, 26), con lo que podemos suponer un origen indoeuropeo con predominio de elemento célticos de estos pueblos, pues los sufijos *-acum* o *-briga* (ciudad fortificada) y prefijos como *nemeton-* (“bosque sagrado”) indican este carácter indoeuropeo (Salinas de Frías 2006, 166), lo que lleva a pensar que la denominación de las tribus se habría mantenido hasta época romana, aunque es posible que hubiese más pueblos de los que no nos

han llegado noticias a través de las fuentes romanas.

Por otra parte, para conocer los límites de este pueblo, contamos con la división político-administrativa realizada por Roma, cuando divide las provincias de Hispania en diferentes *conventus*. Así, los límites del *conventus Asturum* se corresponderían con una realidad social en la que las gentes que integran el convento tienen una cierta unidad, respondiendo sus límites aproximadamente a la delimitación territorial con otros pueblos como vacceos, cántabros o lucenses (Tobalina 2013).

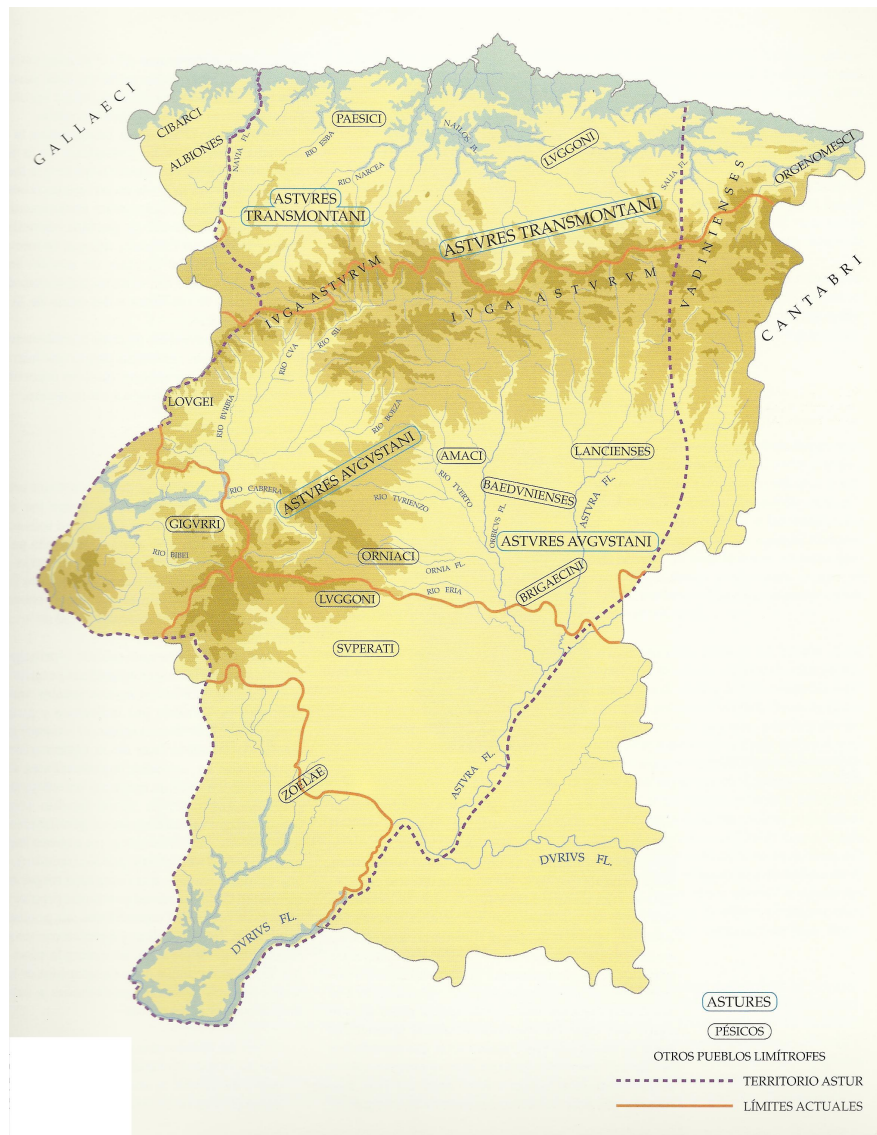


Figura 5.1: Mapa con la distribución geográfica de los Astures (Fuente: Rosa Cid).

## 5. La organización social de los Astures.

---

Las primeras referencias a los Astures las encontramos en la obra *Geographica* de Estrabón (29-7 a.C.). Este autor nos aporta algunos datos de interés sobre los pueblos del Norte en el momento en el que los romanos llegan a Hispania, y delimita, aunque de forma muy somera, a través de elementos geográficos, el territorio ocupado por los Astures: “A través de los Astures fluye el río Melsos, y un poco más lejos está la ciudad de Noega y, después, muy cerca de ella, un abra del océano marca la frontera entre Astures y Cántabros” (Estrabón III, 4, (20))

Pomponio Mela en su obra *De Chorographia* cita a los Astures de forma muy escueta al describir las costas del norte de Hispania: “Hasta el solar de los cántabros la costa es casi recta, a excepción de algunos cabos pequeños y breves escotaduras. En ella se hallan primero los ártabros, que pertenecen todavía a la nación céltica, y luego, al punto, los Astures (...) . Entre el litoral de los Astures se halla la ciudad de Noega y tres altares llamados Sestianos, en una península cuya región, antes nada noble, recibe de ellos fama hoy día” (Mela III, 12-14)

Hacia el 77 d.C., Plinio nos da alguna información más. En este sentido, aunque las referencias siguen siendo principalmente geográficas, incluye una breve noticia sobre los caballos autóctonos de la zona, los asturcones, describiendo la singularidad de los mismos. Así, señala: “Con estos últimos [los cántabros] lindan los 22 pueblos de los Astures, que se hallan divididos en augustanus y transmontanos, con Asturica, que es una gran «urbs». Entre estos pueblos están los gigurros, los paesicos, los lancienses y los zoelas (...) más adelante, la región de los Astures, el oppidum de Noega” (Plinio III, 28 y IV, 110).

“En la misma Hispania hay un pueblo galaico y astur entre los que se engendra los caballos llamados tieldones y asturcones, cuando son de talla menor; no tienen una marcha como es corriente, sino que su paso es elástico y procede del movimiento simultáneo de las dos patas de un mismo lado. Por ello se ha educado a los caballos a trote” (Plinio V, 3, 16).

Floro (I – II d.C.) en su *Compendio de la Historia Romana*, haciendo alusión a la conquista romana de los últimos reductos de Hispania, pone de manifiesto la resistencia de cántabros y Astures:

“En el año 726 de la fundación de Roma, (...) entendiendo que a poca cosa se reducía lo hecho en Hispania durante doscientos años si permitía que los cántabros y los Astures, los dos pueblos más fuertes de Hispania, se portasen a su albedrío, (...) Augusto salió en persona con un ejército hacia Hispania”.

Finalmente, recogemos una cita de la obra de Ptolomeo (siglo II d.C.) en la que se mencionan una serie de ciudades Astures: “Al oriente de éstos [los cántabros] se encuentra Asturia y en ella las siguientes ciudades: Lucus Asturum, Labernis, Interamnium, Argenteola, Lanciari, Maliaca, Gigia, Bergidum Flavium” (Ptolomeo II, 6, 4-6).

### 5.2 ORGANIZACIÓN SOCIAL.

Por tanto, las referencias a los Astures no son muchas (Schulten 1943). Quizás el único autor que nos aporta noticias sobre la organización social de los pueblos del Norte sea Estrabón (Albertos 1975). Sin embargo, los datos que nos proporciona no son muy fiables pues nunca estuvo en la Península y las informaciones que nos da son fruto de las noticias que recibe de esas tierras. Pese a todo, es la fuente que más datos nos aporta.

Son muchos los autores que han tratado de acercarse a la organización social de los pueblos del Norte de la Península Ibérica desde principios del siglo XX. En los primeros trabajos se quiso ver una organización diferente al resto de pueblos, posiblemente influidos por cuestiones de carácter político, al margen de lo meramente histórico. Actualmente ningún autor considera que hubiese un sistema gentilicio puro, aunque hay variaciones entre unas y otras teorías, pues los datos son muy escasos y en ocasiones confusos, dando lugar a diferentes interpretaciones. Lo cierto es que para poder reconstruir la organización social de los pueblos del Norte, y de los Astures en este caso, podemos acudir a tres tipos de fuentes: literarias, epigráficas y



Figura 5.2: Estela de Bovecio perteneciente a los orgenomescos.(Fuente: Astur Paredes).

arqueológicas, aunque todas ellas son parcas en datos. Las fuentes literarias nos proporcionan informaciones generales referidas a los pueblos del Norte, que tenemos que extrapolar a los Astures. A esto se une que la mayoría de las que han llegado hasta nosotros, además de ser de mala calidad y no muy fiables, son de cronología tardía, como Orosio, del siglo V d.C., lo que hace que muchos de los datos que nos aportan sean imprecisos y confusos. A ello hay que añadir que las fuentes escritas emanaban del segmento gobernante de la sociedad romana, lo que hace que la información que nos transmiten estuviera destinada a justificar una política concreta y por tanto no sabemos hasta qué punto los datos que nos aportan son del todo fiables. La epigrafía nos proporciona datos principalmente a partir de inscripciones romanas de los siglos III al I a.C. Los restos arqueológicos son escasos y no permiten extraer mayores conclusiones, aunque pueden aproximarnos a la forma de asentamiento que parece generalizada a todo el territorio, el poblamiento en castros. Por tanto, y teniendo en cuenta los tres tipos de fuentes señalados, podemos apuntar que la organización social de los Astures sería similar a la del resto del área indoeuropea de la Península, con una división entre aristocracia y población libre (Salinas de Frías 2006,

177). Si nos centramos en primer lugar en las fuentes clásicas, éstas nos aportan algunos datos acerca de la organización social de los pueblos del Norte que podemos aplicar a los Astures. Así, la documentación escrita antigua hace alusión al periodo en el que estos pueblos se incorporan a la administración romana, cuando los autores antiguos son conscientes de la existencia de estas poblaciones. Sin embargo, las referencias que aparecen en las fuentes son muy genéricas, como ya hemos podido comprobar en las páginas anteriores, sin mencionarse apenas nada acerca de su organización interna. Las primeras referencias al modelo social de los Astures nos llegan de la mano del geógrafo griego Estrabón, en su obra *Geographica* (finales del siglo I a.C.).

Este autor, pese a que fue un gran viajero, nunca estuvo en Hispania, y la información que nos transmite en su obra procede de otros autores como Posidonio, Artemidoro o Polibio y diversas noticias que recibió de los soldados que participaron en las guerras cántabras entre el 29 y el 19 a.C., lo que la convierte en una fuente a ser tomada en cuenta con precaución. En la obra de este autor se aprecia una jerarquización social de los pueblos del Norte que parece estar determinada por la edad y la dignidad de cada individuo, como recoge al explicar cómo se llevan a cabo los banquetes: “*Comen sentados en bancos contruidos contra el muro y se sientan en orden a la edad y la dignidad*” (Estrabón III, 3, 7)

Parece que estamos ante una sociedad en la que la ancianidad está en relación con la importancia social dentro del grupo, pero desconocemos cuál era la vía para conseguir un mayor rango al margen de esa diferencia de edad. Lomas Salmonte (1989, 98) señala dos posibilidades, que fuese adquirida por el valor, la fuerza o la inteligencia manifestada en una u otra hazaña, en el caso de que estuviésemos ante una sociedad matrilineal, o bien, en el caso de ser patrilineal, que el mayor rango y la dignidad recayese sobre el padre de familia. Además, pese a que Estrabón sólo menciona esta jerarquización a colación de los convites, es posible que ésta se aplicase a todos los ámbitos de la vida cotidiana. Se conoce



## 5. La organización social de los Astures.

---

además la existencia de un consejo que parece que se encargaría de elegir a los jefes o príncipes de los pueblos, siendo también la edad y la dignidad/rango uno de los principales aspectos a tener en cuenta. No tenemos más datos acerca de esta figura, ni de su elección, ni mucho menos de las funciones que llevaba a cabo.

En cuanto a los distintos papeles sociales, en función del sexo, parece que las mujeres se encargaban de las labores agrícolas, mientras que los hombres ejercerían el poder político y las acciones bélicas. En este sentido, las fuentes parecen evidenciar un matrilinealismo y

una exogamia masculina que perduraría en época imperial y en la que la mujer tendría un papel fundamental. Estrabón apunta a una ginecocracia al referirse a los cántabros, idea que podemos extrapolar a los Astures, cuando señala:

*“pero otras, quizá poco civilizadas, no son sin embargo salvajes, como el hecho de que entre los cántabros los maridos entreguen dotes a sus mujeres, que sean las hijas las que queden como herederas y que los hermanos sean entregados por ellas a sus esposas; porque poseen una especie de ginecocracia, y esto no es del todo civilizado”* (Estrabón III, 4, 18)

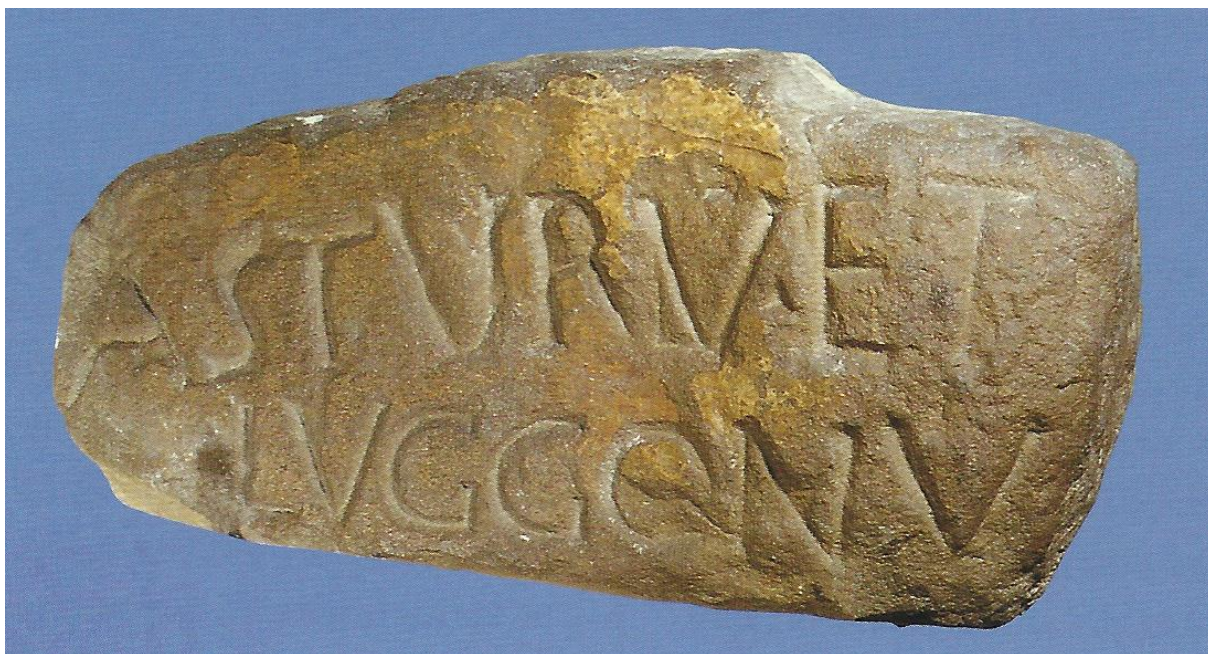


Figura 5.3: Lápida donde se cita a Astures y lugones de procedencia desconocida.

Sin embargo, Salinas de Frías (2006, 176) hace una matización que conviene señalar, al distinguir entre matriarcado, término empleado en muchas ocasiones al traducir este fragmento, y ginecocracia. El segundo indicaría que la mujer ejerce el poder, pero éste puede ser ejercido también en el seno de una sociedad patriarcal y patrilineal en la que la mujer tendría un papel relevante, como evidencia por ejemplo que se encargara de las actividades agrícolas y económicas. Los pocos datos con los que contamos no

nos permiten profundizar más en la cuestión, aunque parece claro que no se trataba de un matriarcado, apuntando más hacia un sistema patrilineal si atendemos a los epígrafes conservados. Finalmente, en relación a los matrimonios, señala que: *“se casan igual que los griegos”*, sin saber bien a qué se refería con ello y no aportando mayores datos acerca del rito ni del matrimonio.

### 5.3 EPIGRAFÍA

Dada la parquedad de las fuentes literarias tenemos que recurrir a la epigrafía, aunque hay que tener presente que la realidad social va mucho más allá de los datos que nos puedan aportar las inscripciones, pues éstas sólo nos muestran una parte de todo el entramado social. Uno de los aspectos más importantes de la organización social de los Astures en la Segunda Edad del Hierro son las unidades sociales que conocemos a través de la epigrafía romana. Están formadas por la unión de varias familias vinculadas entre sí en las que hay un orden y una jerarquía. En cuanto a si estamos ante un sistema patrilineal o matrilineal, en época romana hay áreas en las que se aprecia una preponderancia masculina

y en otras femenina, por lo que se pueden sacar mayores conclusiones. Se ha comprobado una relación entre los nombres personales y los de las unidades organizativas indígenas, e incluso cuando un individuo está fuera del área geográfica del grupo del que procede, su nombre personal puede derivar de éste; así encontramos algunos nombres propios que derivan de nombres de pueblos, como por ejemplo: *asturius*, *asturus*, *cantaber*, o *vetto*. Son dos los elementos vertebradores de la sociedad astur, por un lado las relaciones de parentesco, y por otro, las relaciones de carácter territorial, siendo ambas complementarias y no excluyentes.



Figura 5.4: Lápida hallada en la muralla romana de Gijón donde se cita a los Cilúrnigos.

Así, si atendemos a la formulación epigráfica, podemos establecer dos grupos de unidades organizativas: las expresadas mediante genitivos del plural que forman parte de un sistema onomástico, en las que a veces también aparecen los términos *gens* o *entilitates*, y las expresadas mediante el término *ex gente*, y por otro lado las formuladas con el término *castellum* o *castellani*, las primeras serían fórmulas que evidencian relaciones de parentesco, frente a la tercera, fórmula de

identificación personal en las que se menciona el lugar de residencia (Diego Santos 1985; Santos Yanguas 1984).

Comenzamos por las inscripciones en las que las unidades sociales vienen expresadas por patronímicos en genitivo del plural y por el término *ex gente*. En el caso de este último, parece que se aplica a veces a unidades étnicas mayores, pues aparece en algunas inscripciones precediendo a *Cantabrorum* o *Vacceorum*, siendo por tanto un sinónimo de *populi*.



## 5. La organización social de los Astures.

DI MA S. M ONIMEN ALLAE VI ANCIOR ATI PRO AN XX MAM S P	Di(s) Ma(nibus) S(acrum). M / onimen(tum) / Allae Vi / ancior(um) / Ati(lia) Pro(cula), / an(norum) XX, / mam(ma) s(ua) p(osuit)	Procedencia: Cármenes (León) ERPLe 351
--	--	--

ARAVO OI LARIDV LICIN F ... A LI H L S	Aravo Oi / laridu(m) / Licin(i) f ( [il(io)]), / a(nnorum) LI, h(oc) l(oco) s(itus).	Procedencia: Villaviciosa, Asturias ERAs 29
--	---	---

LICINI ARRIENIC ALLETIS AN XLII A MA MATER	Licini / Arrienic(- - -) / Alletis / an(norum) / XLII A/m(m)a mater	Procedencia: León CIL II 5694
---	--	----------------------------------

AELIA VERNA LEGIRNICORUM BRIGIACINA AN XX H S E	Alla Verna / Legirnicorum / Brigiacina, / an(norum) XX. H(ic) ( s(ita) e(st)).	Procedencia: Astorga, León HAE 2138
---	---	---

M PO DIB MA ANTO PATE AN LX EX GEN ABLAICO RU FIL P PO	M(onumentum) po(situm). Dib(us) / Ma(nibus). Anto(nio) / Pate(rno), an(norum) / LX, ex gen(te) /Ablaico / ru(m). Fil(ius) p(atri) po(suit).	Procedencia: Piloña, Asturias Lomas Salmonte, 1975
---	--	---

... UM P... US M ANIBUS... NNACAU AMMIAE CAELIONIGAE EX GENTE PENTIORU ANNO XV PATER VIANEGLO SEGEI EX GENTE ABILIC ORUM, TIO GILUS CAESA RI POSSIT	Vianeglo / Segei ex / gente Abilic / orum, Tio / gilus Caesa / ri possit	Procedencia: Morcín, Asturias CIL II 2698
--	---	---

En este grupo de inscripciones vemos cómo las unidades suprafamiliares aparecen mencionadas con los nombres en genitivo de plural céltico: *-cum*, o en el latino: *-orum*, así como el término *ex gente*. Nos están haciendo referencia a una forma de organización basada en la consanguinidad, que parece característica del área indoeuropea de

la Península, pues no se documenta en otras áreas. Finalmente, en cuanto a las inscripciones en las que la unidad social viene expresada por el término *castellum*, muchas veces representada mediante una C invertida:  $\supset$ , conviene señalar que las unidades de población hacen referencia a los castros y se trata de organizaciones territoriales:

FLAVS AVLEDI F CABARC VS, $\supset$ BERI SO, AN XV . H S E	Flaus / Auledi f(ilius) / Cabarc/us c(astro) Beri/so an(norum) / XV h(ic) s(itus) e(st)	Procedencia: Godán - Salas, Asturias CIL II 5739
---	--	---

Así, por ejemplo, si atendemos a las siguientes inscripciones, la traducción de la primera sería: Flavio Cabarco, hijo de Auledo, del castro Beriso, de 15 años de edad, aquí se halla enterrado, haciéndose alusión no sólo a la filiación parental, sino al lugar de proceden-

cia, o núcleo territorial, en este caso el castro Beriso. Sin duda, el documento epigráfico que más datos nos aporta acerca de la organización social de los pueblos del Norte es el denominado pacto de hospitalidad de los Zoelas (CIL II 2633), fechado en el año 27 d.C. El

## 5. La organización social de los Astures.

VS, ▷ BERI SO, AN XV . H S E FESTVS LOV ▷ BERI ESI F INTERA MICVS, EXS ▷ LOVCIOCEL O HIC SEPELI TVS EST AN III	Festus Lov/esi f(ilius) Intera/micus exs / —(C inverti- da) (castello) Louciocel/o hic sepeli/tus est an(norum) / III	<b>Procedencia:</b> Cacabelos, León ILER 3456
---	---	---

M LICIANO CRASSO  
 L CALPVRNIO PISONE CO S  
 III K MAIAS  
 GENTILITATES DESONCORVM EX GENTE ZOELARVM  
 ET GENTILITAS TRIDIAVORVM EX GENTE IDEM  
 ZOELARVM HOSPITIVM VETVSTVM ANTIQVOM  
 RENOVAVERVNT EIQVE OMNES ALIS ALIVM IN FI  
 DEM CLIENTELAMQVE SVAM SVORVMQVE LIBERO  
 RVM POSTERORVMQVE RECEPERVNT EGERVNT  
**ARAVSA BLECAENI ET TVRAIVS CLOVTI DOCIVS ELAESI**  
**MALO CLOVTI BODECIVS BVRRALI ELAESVS CLVTAMI**  
 PER ABIENVM PENTILI MAGISTRATVM ZOELARVM  
 ACTVM CVRVNDA GLABRIONE ET HOMVLLO CO S V IDVS IVLIVS  
 IDEM GENTILITAS DESONCORVM ET GENTILITAS  
 TRIDIAVORVM IN EANDEM CLIENTELAM EADEM  
 FOEDERA RECEPERVNT EX GENTE AVOOLGIGORVM  
 SEMPRONIVM PERPETVVM ORNIACVM ET EX GENTE  
 VISALIGORVM ANTONIVM ARQVIVM ET EX GENTE  
 CABRVAGENIGORVM FLAVIVM FRONTONEM ZOELAS  
 EGERVNT  
 L DOMITIVS SILO ET  
 L FLAVIVS SEVERVS  
 ASTVRICAE

M(arco) Liciano Crasso / L(ucio) Calpurnio Pisone co(n)s(ulibus) / IIII K(alendas) Maías / Gentili-  
 tates Desoncorum ex gente Zoelarum / et gentilitas Tridiavorum ex gente idem / Zoelarum hospitium  
 vetustum antiquom / renovaverunt eique omnes alis alium in fi / dem clientelamque suam suorumque  
 libero / rum posteriorumque receperunt egerunt / **Arausa Blecaeni et Turaius Clouti Docius**  
**Elaesi / Magilo Clouti Bodecius Burrali Elaesus Clutami** / per Abienum Pentili Magistratum  
 Zoelarum. / Actum Curunda. Glabrione et Homullo co(n)s(ulibus) V Idus Iulius / Idem gentilitas  
 Desoncorum et gentilitas Tridiavorum in eandem clientelam eadem / foedera receperunt ex gente  
 Avolgigorum / Sempronium Pertetuum Orniacum et ex gente / Visaligorum Antonium Arquium  
 et ex gente / Cabruagenigorum Flavium Frontonem Zoelas / egerunt / L(ucius) Domitius Silo et  
 L(ucius) Flavius Severus. / Asturicae.

texto es el siguiente:



Figura 5.5: Lápida Vadiniense del oriente asturiano.

Este documento recoge un pacto realizado entre una serie de individuos con nombre indígena: “*Arausa Blecaeni et Turaius Clouti Docius Elaesi / Magilo Clouti Bodecius Burralli Elaesus Clutami*”. Estos personajes parecen ser representantes de las gentilidades que contraían el pacto de hospitalidad. Se cita además a otro sujeto, el magistrado de los Zoela, lo que nos indica que este personaje era una autoridad de toda la gens. Así, en este documento podemos ver cuáles parecen ser los niveles de organización de los Astures:

1. Populi: Cántabros, Astures, ect.
2. Gentes (tribus): Zoelas, Genomescos, etc.

3. Clanes o gentilidades: Desoncos, Tridiacos, etc.

Hay que señalar finalmente que la epigrafía nos muestra una diversidad cultural que veremos también reflejada en la arqueología, y se ha podido observar una división en el territorio astur en cuanto a la organización social teniendo en cuenta las inscripciones.

Así, los Astures más occidentales se enmarcarían en la sociedad de los *castella*, la de los castros, típica de la *Gallaecia*, en la que los vínculos territoriales tendrían una mayor importancia; mientras que en la meseta tendrían una mayor relevancia las relaciones de carácter familiar (los genitivos del plural que hemos visto en la epigrafía). Por su parte, los Astures del norte de la cordillera cantábrica tendrían unidades sociales de carácter más político, las denominadas *gentes*. Sin embargo, pese a esta división, hay autores que señalan que no sería un sistema rígido y habría bastantes variantes dentro de un mismo territorio (Fernández Ochoa y Morillo 1999, 26-27).



Figura 5.6: Pendiente de oro procedente de Berducedo (Allande).

Por su parte, las actividades de pastoreo y la caza serían labores masculinos junto con la guerra, como evidencian las numerosas



## 5. La organización social de los Astures.

espadas documentadas. Sin embargo, no sabemos cuál era el papel del hombre en esta sociedad. Lomas Salmonte (1989, 51) apunta hacia las espadas como indicador del prestigio social, *“con lo que habría que considerar la existencia de una lucha latente en el interior de los grupos poblacionales por el control económico que, aparentemente, ostenta (...) el elemento femenino”*.

### 5.4 ORFEBRERÍA Y PRESTIGIO SOCIAL.

En la Edad del Hierro, hacia los siglos VI-IV a.C., se produce un aumento en fabricación de joyas, con una finalidad concreta que posiblemente, al igual que las espadas, esté ligada al prestigio social. Las joyas que se han documentado en Asturias son principalmente torques, destacando el del Tesoro de Soto de

Cortés en Cangas de Onís, el de Astorga y el de Valentín. Además, se han hallado diademas como la de Ribadeo, brazaletes como el encontrado en el Prado de los Llanos de Miguel (Candamo) y arracadas como la de Berducedo. Se aprecia que los torques, las diademas y los brazaletes son de un tamaño bastante más grande que las arracadas, lo que parece evidenciar que eran piezas de orfebrería destinadas a un uso masculino, siendo posiblemente joyas que se emplearían en días concretos con un uso ceremonial, mientras que las arracadas, de tamaño inferior, serían joyas vestidas por las mujeres. Esto también nos evidencia un empleo de la orfebrería como símbolo de prestigio social, así como de una preeminencia masculina, pues eran los hombres los que portaban, presumiblemente, las joyas más significativas.



Figura 5.7: Orfebrería astur procedente de Cangas de Onís.

La fabricación de muchas de ellas en oro nos evidencia además una cierta explotación de las minas de oro o al menos del mineral depositado en los ríos. Así, la existencia de estas ricas piezas evidencia la existencia de individuos con mayores riquezas que los demás, como se puede apreciar por ejemplo en el caso

los dos tesoros hallados en el castro de Arrabalde en Zamora (Salinas de Frías 2006, 178). A partir del siglo IV a.C. parece que se produce un cambio en la organización económica y social de los astures y es cuando más datos arqueológicos tenemos. Además, si bien en siglos anteriores parece apreciarse un pre-

dominio femenino, a partir del siglo V a.C. la figura masculina cobra un papel más importante, aunque Lomas Salmonte (1989, 69) señala que este posible predominio masculino sería sólo en algunos grupos de población y no en todos. En cuanto a la alimentación y el comercio, aparte de los datos arqueológicos que citamos más adelante, tenemos varias re-

ferencias documentales de Estrabón referidas a los pueblos del norte (Bodelón 1994-95):

*“Durante dos tercios del año, se alimentan de bellotas de encina, dejándolas secar, triturándolas y fabricando con ellas un pan que se conserva un tiempo. (...) Usan mantequilla en vez de aceite”* (Estrabón III, 3, 7)



Figura 5.8: Vistas de Lugones y Lugo de Llanera desde el Picu Castiello de Fozana. Los topónimos están claramente vinculados a los Luggones de las fuentes clásicas.

*“Conocen también la cerveza. El vino lo beben en raras ocasiones, pero el que tienen lo consumen pronto en festines con los parientes”* (Estrabón III, 3,7) *“En vez de moneda, unos (...) y los que viven muy al interior se sirven del trueque de mercancías, o cortan una lasca de plata y la dan”* (Estrabón III, 3, 7-8)



## Capítulo 6

# Religión e ideología.

Los interrogantes que derivan de la documentación referida al pasado, sí como las deficiencias que encierran dichos testimonios con respecto a otras áreas culturales del mundo mediterráneo, se acentúan con el respecto al mundo astur. En este sentido, sobresale, no solo su escasez de fuentes literarias, sino también arqueológicas. Por otro lado, este tipo de documentación, tanto arqueológica como escrita, corresponde en gran medida con una fase ya tardía de presencia romana en el norte peninsular. Entrando en las obras de la literatura antigua, así como en sus fragmentos que se ocupan de describir la organización social, política y religiosa de los Astures, nos damos cuenta de que en numerosas ocasiones no son contemporáneas a los momentos narrados, sino que pertenecen bien a los años previos a nuestra era o bien a las dos pri-

meras centurias de la misma, con referencias concretas sobre el arco noroeste peninsular en los escritores grecolatinos de tiempos alto imperiales tales como Estrabón, Pomponio Mela, Plinio el Viejo, Floro o Ptolomeo. Algunos de dichos autores, como Floro, aducen únicamente noticias vinculadas a los enfrentamientos bélicos mantenidos por los romanos contra estas comunidades indígenas en la fase de conquista de la región, mientras que las alusiones de otros, por ejemplo Ptolomeo, corresponden a un periodo donde ya ha habido una fuerte implantación romana y nos encontramos ante noticias quizás demasiado desfiguradas sobre la organización propia de estos grupos de población prerromana. Sin embargo, pese a estos problemas, los autores clásicos como Pomponio Mela, Plinio o Estrabón son imprescindibles a la hora de intentar dilucidar el entendimiento sobre estos pueblos.

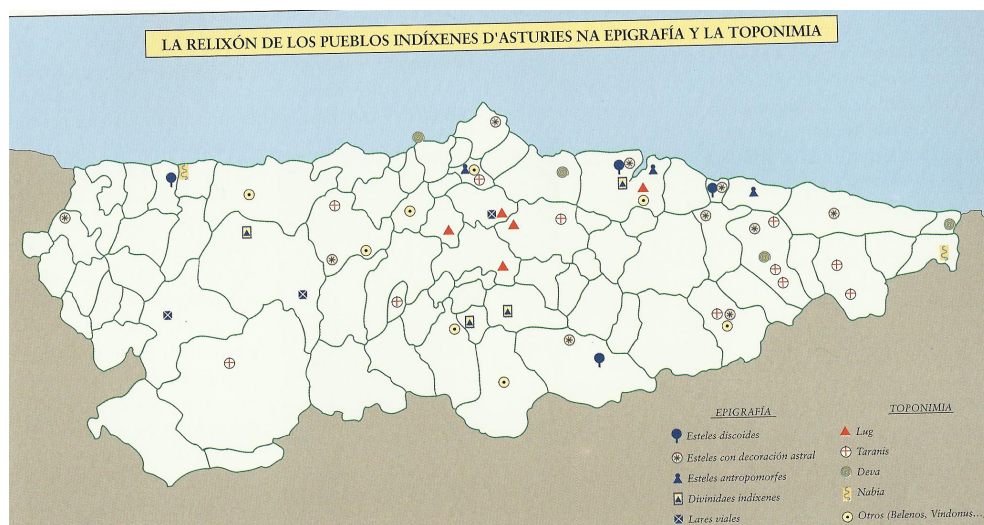


Figura 6.1: Epigrafía y toponimia religiosa de los Astures transmontanos (Marco 1997, 27).

Deteniéndonos en Estrabón y su *Geographica*, a pesar de que generaliza las características de organización de las comunidades bárbaras, entendiendo bárbaras como no civilizadas, y por tanto, no romanas, nos presenta la ventaja de ofrecernos los rasgos correspondientes a la organización prerromana así como los primeros cambios que se operan en su interior al contactar con la organización romana. Como consecuencia de ello, no sólo describe los elementos más destacados de las estructuras sociopolíticas, económicas e ideológico-religiosas de las comunidades del arco noroccidental hispano, sino que a un mismo tiempo nos permite conocer, dichas transformaciones: “Por su ferocidad y salvajismo (...) han perdido la sociabilidad y los sentimientos humanitarios. Actualmente padecen en menor medida gracias a la paz y la presencia de los romanos (...) Tiberio, sucesor de éste (Augusto), no solo los ha pacificado, sino que incluso ha civilizado ya a algunos de ellos”. (Estrabón III, 3,8). Pese a esto, la simplicidad a la hora de juzgar la vida de los pueblos de la zona se pone de manifiesto en lo concerniente a las creencias religiosas. Bien de manera consciente o inconsciente, Estrabón potencia los rasgos primitivos de las culturas que describía, mostrándolos rudos, mal alimentados, con sacrificios humanos, etc. y parece que pretende establecer una dicotomía entre la barbarie de los pueblos conquistados y la civilización que aportaba Roma. En cuanto a Pomponio Mela, su reseña geográfico-histórica, la *Chorographia*, se identifica más bien con una guía destinada a los visitantes del territorio hispano. Los datos interesantes que aporta están relacionados con una completa nomenclatura poblacional que ocupaba dicho territorio, (Mela III, 1, 12-15). Sin embargo, hay que tener presente que sus referencias se corresponden ya a tiempos romanos, a pesar de que, lógicamente, tales noticias derivan de la situación de los mismos en siglos anteriores. El otro autor interesante, del que destaca su afán de conocimiento, será Plinio el Viejo. En su *Historia Natural* desglosará a lo largo de 37 libros todo el conocimiento al que se podía acceder en aquellos momentos. Sus descripciones

resultan enormemente útiles para conocer el posterior proceso de urbanización y municipalización de zonas que hasta hace pocos años eran territorios salvajes. Destacan las referencias al proceso integrador de las poblaciones prerromanas en el marco de la organización político-administrativa-cultural romana.



Figura 6.2: Ara dedicada a la divinidad astur Evedutonium Barciaecus encontrada en Naraval (Foto Astur Paredes).

Finalmente, Lucio Anneo Floro, en su *Epítome*, marca los cambios tanto a nivel político como a nivel económico, señalando la evolución de un sistema de propiedad individual frente al antiguo que era colectivo o comunitario, el desarrollo social con el nacimiento de la división de clases y el surgimiento del esclavismo, y el ideológico religioso con el sincretismo entre las divinidades y culto indígenas con los romanos (Floro II. 33,57-60). Con todos estos datos podemos llegar a diversas conclusiones sobre la forma de enfocar las fuentes literarias sobre el mundo astur; en primer lugar, ninguno posee una información de primera mano sobre



las estructuras propias de la formación social astur, ya que suelen provenir más bien del lado del vencedor. Por otro lado, no podemos olvidar que aunque fuese una información de primera mano, no se limitarían a describir lo que hubiesen visto u oído debido al condicionamiento de su propia mentalidad. En consecuencia, cuando tratemos de analizar estos documentos escritos, debemos buscar ante todo el sentido específico que presentan, dado que si no lo hacemos, nos arriesgamos a condicionar nuestra visión a través de los modelos sociológicos e históricos utilizados en la exposición de los hechos y descripciones.

Para el conocimiento de la religión de los Astures, la epigrafía adquiere una importancia capital, pero esta información al ser sesgada, no proporciona resultados plenamente satisfactorios. Incluso observando directamente el corpus escrito, solo podemos aspirar a un somero conocimiento de la religión de los Astures. Estos estudios que giran en torno a la epigrafía se han apoyado en la catalogación de los teónimos, y atendiendo a una clasificación funcional, así nos encontramos con divinidades de la guerra, dioses tutelares, solares, acuáticos, y sobre todo, dioses desconocidos. Dicha clasificación se basa en el estudio etimológico de los nombres divinos, del análisis de los elementos decorativos, del contexto arqueológico y sobre todo, a través de la *interpretatio* romana. Sin embargo, todos estos datos no se apoyan en una base firme por falta de testimonios precisos, con lo que constantemente estos trabajos se encuentran sujetos a revisiones. El estudio etimológico plantea de entrada serios problemas ya que, aunque conocemos los teónimos, mientras no sepamos el ámbito y funciones de dicho dios no podremos explicar con seguridad sus poderes. E incluso aún llegando a conocer eso, se puede dar el caso que, debido a circunstancias históricas, las funciones del dios hayan cambiado por completo, por tanto nunca podremos confirmar con rotundidad cual era la funcionalidad de un dios a través de su teónimo.

Por otra parte, si utilizamos la *interpretatio* romana como elemento auxiliar para conocer el panteón indígena, debido al conoci-

miento que tenemos de las divinidades grecolatinas, también surgen nuevos problemas. Dioses como Júpiter, Marte o Poseidón poseen múltiples características, que aunque son usadas para absorber a los dioses prerromanos, no tiene por qué haber existido un sincretismo completo sino, tal vez, solo parcial. La religión oficial de la Península Ibérica desde que formó parte del Imperio Romano es, de *iure*, la romana. Únicamente se conservaba la antigua en las zonas menos romanizadas de Hispania, de ahí que el mayor número de divinidades indígenas se conserven en el Norte, donde el influjo romanizador fue más escaso. Por desgracia, como ya se ha señalado, el conocimiento que tenemos de esta religión no pasa de ser superficial, ya que poseemos sus nombres y el lugar de procedencia de las inscripciones, pero pocos han intentado intuir el conocimiento de las diversas funciones de estos dioses indígenas. Basándose en tres aspectos tales como la *interpretatio* romana, los atributos con los que se les menciona y la etimología nominal, se ha llegado a unas ciertas conclusiones y agrupaciones del panteón indígena.

Así, nos encontramos con dioses de la vegetación, dioses solares, protectores del ganado, dioses de la fecundidad, acuáticos, funerarios, dioses de la guerra, y un largo etcétera. Pese a esta información, cualquier agrupación según su posible carácter y naturaleza está expuesta a múltiples correcciones y rectificaciones, partiendo además de la base de que los propios indígenas adoraban a sus dioses unas veces con un carácter y otras con otro. La gran pista que nos permite comprender hasta cierto punto la función y el carácter de las divinidades indígenas viene de la mano del proceso asimilatorio sincrético realizado por los romanos; nos encontramos ante una divinidad romana a la que se le añade una forma adjetival indicadora de una característica singular del dios, y a éste le sigue el nombre de la divinidad asimilada. Con la evolución del sincretismo queda finalmente el nombre del dios romano adorado por los indígenas como divinidad sustitutoria. Dicho esto, una de las divisiones que podría darse al panteón indígena

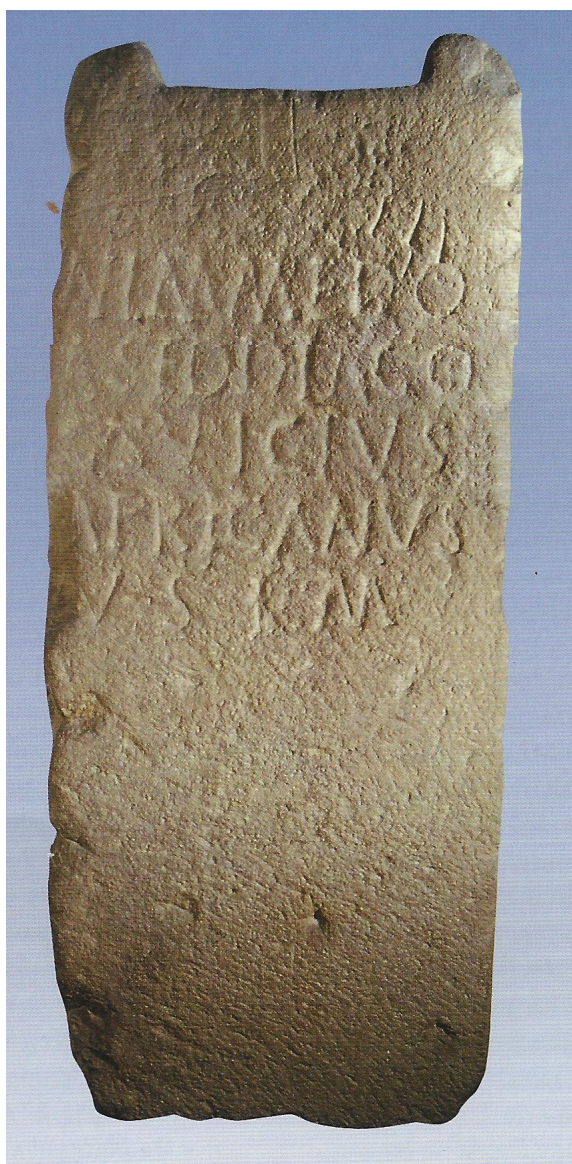


Figura 6.3: Ara votiva a *Nimmedus Aseddia-gus* (Mieres) (Foto Astur Paredes).

es la división entre dioses mayores y menores.

Entendemos por dioses mayores unos seres ancestrales, una clase superior sobrenatural de grandes divinidades a las que se le adjudica generalmente el papel de creadores de universo. Esos grandes dioses son los encargados de actuar como elementos de cohesión de todos los grupos con un mismo sistema de creencias. El problema surge al considerar si tratamos de sociedades pre-estatales o estatales con clases sociales definidas. En el primer caso los dioses se vuelven inactivos una vez fi-

nalizada la tarea de la creación, en el segundo el dios supremo domina a los dioses menores y tiende a ser una figura más activa a la cual los ciudadanos dirigen sus oraciones.

En el territorio astur nos encontramos con Taranis, asociado posiblemente al símbolo de la rueda y los rayos. Se trataría de un dios organizativo. Resultaría extraño encontrar un dios de la guerra, ya que Roma no alienta el culto a unos dioses sobre los que se pueda aglutinar una oposición político-militar, si bien en el caso de Asturias aparecen testimonios de existencia de sacrificios de animales y prisioneros a Ares, cuya versión latina sería Marte: (Estrabón III, 3,7) “*Comen chivos y sacrifican a Ares un chivo, cautivos de guerra y caballos. Hacen también hecatombes de cada especie al modo griego, como dice Píndaro: de todo sacrificar 100*”. Una hipótesis sería igualar a Taranis con el dios Couso que aparece en más de quince inscripciones. Otros dioses de la zona astur de posible carácter guerrero son Bodo y Sagatus, aparecidas en el monte Teleno en la provincia de León.

Abandonando el aspecto guerrero debemos detenernos en las inscripciones votivas de las áreas montañosas. Esto hace pensar que los accidentes naturales eran objetos de un culto de las poblaciones prerromanas, y podemos entender que los montes se constituyen como espacios comunes entre diversas poblaciones. Estas fronteras, por su carácter de tierra de nadie, pero a la vez de tierra de todos, son los lugares más adecuados para establecer un culto a divinidades globalizadoras. Continuando en el concepto de la tierra de nadie, es admitida tradicionalmente la existencia de otro dios de nombre desconocido (Sanz Villa 1996, 44), pero no por ello menos importante, y que posiblemente tuviese una importancia preponderante en el panteón indígena; se trata de un dios en cuyo nombre se ejecutarían danzas en las noches de plenilunio. Este papel preponderante en lo que suponemos el mundo astral prerromano coincide con el lugar donde se suelen ubicar las grandes divinidades. Pese a todos estos datos, parece imposible circunscribir las funciones de los grandes dioses a un solo campo de acción. Probablemente estos

## 6. Religión e ideología.

grandes dioses fuesen divinidades encargadas de una protección general de la comunidad o protegerlas de amenazas exteriores. Por ejemplo, el Marte indígena no solo se reduce a la función guerrera sino que también protege a todo tipo de daño relacionado con la fertilidad de las tierras y las aguas. Sobre los dioses mayores podemos concluir que la gran fragmentación política de las comunidades Astures y la inexistencia de un sistema político centralizado tienen su reflejo en la inexistencia de una superestructura religiosa indiscutible.

En las sociedades donde no se desarrolla una conciencia estatal es necesario acudir a las divinidades menores que se encuentran mejor definidos y ligados a las formas materiales. Así, el culto principal de los pueblos primitivos se desarrolla ante los espíritus domésticos, dadores de ayudas y culpables de desgracias comunes y personales. En el caso

de Asturias nos encontramos ante deidades vinculadas a agrupaciones humanas, siendo el caso mas conocido el ara dedicada a *Iovi Tabalierno* por parte del pueblo astur de los *Luggoni*, donde un segmento de la población hace una ofrenda a un dios. En un escalón inferior nos encontramos con los dioses a los que se realizaban dedicaciones por parte de gentes integradas en unidades de parentesco restringidas, es decir, simples particulares que realizan una ofrenda. Debemos entender estas divinidades como dioses tutelares de las comunidades.

Abandonando las comunidades, el territorio también posee un espacio sagrado y precisa una deidad protectora. Vemos divinidades de topónimos y ríos o cursos fluviales. Estas divinidades sufren un fuerte proceso de sincretismo para terminar mencionándolas como genios, ninfas y otras entidades romanas como los lares viales.



Figura 6.4: Epigrafía y toponimia vinculada a Lug en Asturias (Marco 1997, 31).

Resulta interesante observar las fuentes epigráficas que nos han llegado para entender el pensamiento romano respecto a la religiosidad de los Astures. Una vez que llega Roma al Norte peninsular, lo primero que hace

es quebrar las tendencias unitarias producidas por las guerras astur-cántabras, pero pese a ello permite conservar las organizaciones religiosas-espirituales inferiores. Esos rasgos que intervienen en la vida cotidiana de

---

los pueblos, tales como la ayuda de los genios de la naturaleza o el rezo a los antepasados ilustres, Roma no los consideró una amenaza, y no sólo no fue una amenaza sino que fue capaz de convertir ese pensamiento en un elemento gestor del territorio que empezaba a controlar. Con la división bipartita entre dioses mayores y dioses menores sería adecuado abrir el abanico con una nueva subdivisión entre dioses indígenas asociados con divinidades romanas y divinidades indígenas no afectadas por el sincretismo. Asociados con Júpiter tenemos a Candamius, Candiedo y Ladicus (Diego Santos 1985), que recordemos, es el dios principal de la mitología romana y padre de dioses y de hombres, dios del cielo en relación con el clima y los ciclos agrarios, y posteriormente protector de la confederación de ciudades latinas, hasta que con el tiempo adoptó atributos acordes al Estado romano, la justicia, el derecho y la autoridad de las leyes, aunque conservó elementos de su anterior concepción, como el de ser portador del rayo. La epigrafía nos muestra un conjunto de divinidades definidas de las que se pueden interpretar los siguientes datos (Diego Santos 1985; Sanz Villa 1996):

- Candamius: Divinidad indígena con rasgos semejantes al *Iovi* romano. Una de las hipótesis del estudio lingüístico de su nombre nos lleva a la raíz indoeuropea *cand-*, entendida como lugar de vegetación leñosa usada como combustible. Sin embargo, más que el juego lingüístico, es interesante ver que este sincretismo con un dios solar y celestial que habita en las montañas aún pervive en el hecho de que la lápida donde apareció este dios fuese en la cima de un monte llamado Candanedo, que aún conserva el nombre de la antigua divinidad.
- Candiedo: Cierta evolución del primero, su referencia aparece en Galicia, en un lugar incierto fronterizo con Asturias. Posiblemente su evolución lingüística derive más de hechos geográficos que de diferencias divinas.

- Ladicus: También asociado con Júpiter, su presencia, al igual que los otros dos dioses en zonas altas de montaña, lo relaciona con dioses celestes y solares. El sufijo *-icus*, elemento formativo de topónimos, nos permite situar al dios como morador de un determinado lugar.

El segundo dios con el que hay una asociación más habitual es con Marte, dios de la guerra. Así nos encontramos con Tilenus y Gradivus:

- Tilenus: Es considerado como el gran dios de la guerra astur. Asociado en este caso al monte Teleno, próximo a la ciudad de Astorga, presenta características comunes con Júpiter. Posiblemente esta doble mezcla venga del hecho del carácter enfurecido y guerrero que parecen tener ciertas cimas de montañas en los días de tormenta.
- Gradivus: Este dios, del que aparece su referencia en la provincia de Orense, está más ligado al aspecto agrícola de Marte que a su función guerrera.

Abandonando el aspecto asociativo, tenemos suficiente información nominal sobre el gran politeísmo existente en la religión astur. En muchos casos poseemos su nombre, así como el nombre de los oferentes e incluso aspectos de los mismos, pero en la gran mayoría estos datos son muy poco seguros, no conociendo más allá del nombre. Alfabéticamente podemos señalar algunas divinidades:

- Abia Elaesua Rega: Posiblemente perteneciente al grupo de las divinidades acuáticas, con carácter completamente desconocido.
- Aernus: Divinidad astur relacionada con los dioses de la vegetación, basándose esta hipótesis a partir de los elementos florales presentes en la lápida que hace referencia a este dios.
- Bandua: Divinidad de carácter tutelar, su nombre y sus derivaciones están muy



## 6. Religión e ideología.

presentes a lo largo de toda la geografía epigráfica peninsular.

- Bodus: Podemos considerarlo una divinidad guerrera, a partir de su etimología. La raíz *bodi-* guarda relación con

el término indoeuropeo *bhoudhi-* que significa victoria. El hecho de que sea un soldado el que dedica la lapida a éste dios sirve como elemento de peso para esta conclusión.



Figura 6.5: Diadema de Moñes (Piloña) (Perea 1995, 77).

- Camenius: Igual que en caso anterior el hecho de que el dedicante sea un militar, y que apareciese en una zona donde abundan destacamentos y divinidades militares, apoyan la teoría de una divinidad guerrera.
- Cossuesegidiaecus: Podríamos estar ante un nombre compuesto de tres miembros: *Cossue-*, *Segidi-* y *-Aeco*. El primero se trata del dios Cosus, divinidad guerrera, el segundo teónimo señalaría sus cualidades guerreras, y el tercero tendría un significado, que actualmente desconocemos, a la espera de nuevos testimonios.
- Deganta: Divinidad femenina, compuesta por la terminación *-Antia*, relacionada con ríos y ciudades de la península. Podríamos entenderla como divinidad protectora o tutelar de carácter benéfico.
- Dulovius Tabaliaenus: Posiblemente sea un dios asimilado a Jupiter, clasificable entre los dioses solares y protector del ganado, en el caso asturiano, este ganado podemos entenderlo como caballos.
- Evedutonium Barciaecus: Existen abundantes ejemplos de divinidades indígenas con dativo en *-u*, que nos permiten interpretar Evedutonium como nombre de la divinidad y no como *gentilitas*. El segundo término expresa el apelativo geográfico, a través de la observación geográfica de dicha zona, podemos suponer que se trate de un dios ligado a la protección de la vegetación, de la fertilidad de los campos y del cultivo de las tierras.
- Mentoviacus: Los estudiosos la han catalogado como divinidad de los caminos, diciendo que su nombre está formado por la palabra *mens*, inteligencia



y *via*, camino. Según esto sería una divinidad protectora de los viajes en general y de los caminos en particular.

- Navia: Nombre aparecido en dos lápidas cerca del río Navea. Se trata claramente de una divinidad acuática.
- Vacocaburius: De las dos hipótesis existentes, una lo enfoca como divinidad bienhechora y la otra relacionada con la raigambre céltica, semejante a los nombres de jefes galos citados por César, con lo que posiblemente tenga relación con cierto aspecto guerrero.
- Vacodonnaegus: Debió de ser una divinidad muy importante para los habitantes de la zona augustana de los Astures. Las referencias no hablan, no ya de un ara, sino de un templo consagrado a través de los donativos de una comunidad. Pese a su importancia no queda clara su advocación. Para unos tendría un carácter agrícola y para otros estaría en relación con las divinidades funerarias.

Obviamente en esta relación (Sanz Vila 1996) hemos dejado de lado aquellos dioses de los que sólo conocemos su nombre al no aportar, por desgracia, ninguna información. Al contrario del mundo grecorromano, con lugares y espacios territoriales dedicados exclusivamente a ritos y cultos, no tenemos constancia de la existencia de esos mismos espacios en el caso de la cultura castreña. Si bien es cierto que la ausencia de pruebas no significa que no existiesen estos lugares. Queda fuera de toda duda que en el ámbito territorial de los Astures existirían recintos sagrados o santuarios al aire libre, procediéndose posiblemente a una individualización del espacio sagrado. La mayoría de las divinidades protectoras de los Astures están ligadas con la vida y las actividades cotidianas, lo que incidiría en una gran variedad de lugares de culto. Algunos de estos enclaves, por no decir la mayoría, se relacionarían, como ya hemos señalado, directamente con ciertos ríos, montañas, arroyos,

rocas, bosques y encrucijadas de caminos donde acoger dichas manifestaciones de cultos.

Junto a estos emplazamientos naturales, parece que existen dudas razonables sobre los emplazamientos de ciertos lugares de culto de dimensiones reducidas, a la manera de santuarios, ubicados en el interior de ciertos poblados castreños (Fanjul 2005). En este sentido ya hace un par de décadas que se constató la existencia de más de una veintena de capillas cristianas en el interior de antiguos recintos castreños asturianos. Posiblemente estemos ante un exponente del aprovechamiento y pervivencia por parte de la nueva religión de enclaves precedentes de culto indígenas. Tal vez como continuación, a través del sincretismo, de los cultos paganos anteriores asimilados a su vez por los cultos romanos precedentes.



Figura 6.6: Inscripción dedicada a Mars Tilenus encontrada en la Bañeza (León) (Morillo 1995, 48).

De la misma forma que resulta sumamente difícil poder confirmar las características de los lugares de culto, también lo es su or-

ganización y formas. Mediante el sincretismo existente con la Galia (Gruel 1989) podemos suponer que en la religiosidad de los Astures existiese una cierta casta o estructura sacerdotal, conciliadores entre las propias comunidades y entre la esfera de lo divino y lo terrenal. Si bien es cierto que podemos pensar que las ausencias de referencias claras de los autores clásicos sobre el sacerdocio obedezcan a que tales funciones estén enmascaradas en otras magistraturas de carácter local, acumulando tanto funciones religiosas como políticas. Ahora bien, puesto que resulta obvio que cada comunidad contaría entre sus componentes con un personaje que poseería poderes especiales de índole divina, hemos de concluir que al menos existe un sacerdocio de carácter ocasional. Entre las funciones realizadas por los oficiantes habría que destacar una serie de prácticas adivinatorias tanto para ritos públicos como privados. Cabe señalar que si por un lado los ritos privados no dejan huella, de los públicos tenemos escasas informaciones.

Por otra parte la importancia del caballo como elemento conductor de almas de difuntos, precisaría un conductor del ritual del culto de ultratumba. En este mismo ámbito podríamos encajar la existencia de sacrificios humanos ofrecidos a las divinidades.

Por último podemos destacar los intentos para conocer la voluntad de los dioses, llevados a cabo por un colectivo de magos o pitonisas. La existencia de amuletos que aparecen tradicionalmente en los castros son testimonios que apoyan la existencia de estas prácticas mágicas. Como toda religión, la religiosidad va ligada a un sistema de rituales. En el caso de la religión astur, esta fuente es muy escasa, ya que si bien los autores clásicos se detuvieron en los elementos exóticos y extraños de la religión astur, ninguno intentó comprender la vida religiosa de estos pueblos sometidos. Ante este callejón sin salida de las fuentes, la arqueología ha intentado responder a algunas de estas preguntas, convirtiéndose las necrópolis en lugares que pueden ayudarnos a comprender mejor la realidad social, económica y religiosa de estas so-

ciedades.

Para poder llegar a comprender un sistema del que no han quedado huellas, debemos entender las implicaciones que los sistemas de rituales tienen más allá de las convicciones religiosas. Todo ritual ayuda a crear una convicción religiosa, que mediante una ceremonia recuerda colectivamente a la sociedad cuáles son sus patrones de creencias. Así pues, podemos entender que un rito contribuye a la concordia y a la unidad social. Siguiendo el hilo argumentativo, podemos comprobar esta hipótesis al observar cómo han pervivido ciertas prácticas rituales de épocas muy remotas hasta nuestros días. Si bien estas prácticas actualmente están disfrazadas y ocultadas por otros sistemas de creencias tales como la cristianización de cultos paganos, la realización de su ejecución no tiene porqué estar en conocimiento de su significado. Todo ritual podemos dividirlo en dos tipos; ritual de tipo individualista y ritual de tipo comunitario. El primero se trata de la forma más básica de vida espiritual, cada individuo se dirige a la divinidad de forma personal, sin intermediarios. Obviamente, este tipo de religiosidad no suele dejar demasiados restos que puedan ser observados. En este campo adquieren importancia los espíritus de la naturaleza y de la vida cotidiana. Por otro lado, los rituales de tipo comunitarios, son aquellos que se efectúan para buscar el bienestar o incluso la supervivencia de todo el grupo social. Precisan de intermediarios, oradores, danzantes y un largo etcétera de un sistema de estructura ritual.

Es muy posible que en los momentos finales previos a la conquista se produjese una revitalización religiosa como elemento generador de una conciencia diferente entre conquistadores y sometidos (Sanz Villa 1996). Este tipo de fenómenos nacen como forma de oposición política y experimentan una retroalimentación de los cultos pasados. Suelen ser dirigidos por líderes político-religiosos y cuando se producen las primitivas creencias ya se encuentran alteradas de una forma muy sustancial. Esta contra-aculturación no tiene actualmente una base sólida sobre la que apoyarse, pero no significa que no haya existi-



Figura 6.7: Estela dedicada a la diosa astur Degantia (Mangas 1995, 160).



Figura 6.8: Estela discoidea de Coaña.

do. Como todo lo ligado a la religiosidad y al mundo astur necesitamos más pruebas para poder tener unos sólidos cimientos desde los que poder aclarar y explicar ideas.

Hemos intentado dar una visión de conjunto acerca de la religión de los Astures, donde sin embargo, la escasez de inscripciones, la nula inexistencia de restos funerarios, así como la imposibilidad de conocer el rango social como el origen étnico de los dedicantes, juega en nuestra contra a la hora de dar una explicación completa y exhaustiva de la misma. Esta problemática podemos basarla en dos consideraciones: en primer lugar, la relación existente entre el grado de evolución de los conquistados y el conquistador. Y en segundo lugar, no debemos olvidar que los romanos no profesaban ni hostilidad, ni proselitismo ante los dioses, creencias y cultos extranjeros. Generalmente, acogían de buen grado las divinidades que no conocían y jamás extirparon las creencias y los dioses de los pueblos sometidos. Según este planteamiento, una vez que el territorio astur quedó sujeto al poder militar, político y religioso de Roma, se fueron

implantando nuevas creencias y ritos. Si bien, mientras se producía esta “invasión”, estas gentes continuaban practicando sus creencias y ritos. Ahora bien, surgen ciertas preguntas; ¿Hasta qué punto las formas locales de la religión pervivieron o se perdieron?, ¿en qué medida se mantuvieron intactas y en qué medida se modificaron? Al no entrar en desacuerdo con el sistema religioso de tipo familiar, Roma no tuvo inconveniente en respetar las creencias de los pueblos indígenas.

El gran cambio en las creencias religiosas Astures no vino de la mano de la prohibición, sino de las transformaciones en la estructura socio-económica. Cuando una religión que no está estructurada en torno a las ciudades sufre un cambio tal como el nacimiento, crecimiento y expansión de la vida urbana en la zona, entendemos que la población astur se apartase lenta pero inexorablemente, de su primitivo hábitat religioso.





Figura 6.9: Roca sacralizada en Pesoz, Valle del Navia.

La aceptación de la religiosidad romana en los campos y en los lugares donde las estructuras indígenas eran más proclives al cambio, así como la imposición de una estructura estatal, provocó la desaparición de los grandes dioses representativos de todos los Astures. En cambio, las divinidades menos representativas sí que lograron sobrevivir, primero en la epigrafía y posteriormente en el folclore, tanto funcional como geográficamente.

## Capítulo 7

# Los recursos económicos de la Asturias castreña.

### 7.1 LA AGRICULTURA.

La visita a los castros estudiados nos muestra un entorno inmediato, que es de buena calidad media para usos agrícolas en la mayoría de los yacimientos, al igual que en otras regiones del norte peninsular (García García 1997). La propia ubicación de los poblados fortificados, sobre todo en los valles de montaña, parece seguir como factor fundamental una cercanía a tierras de calidad, junto a la búsqueda de un lugar con buena defensa natural y todo ello, muchas veces, por encima de niveles de altitud que tradicionalmente se han considerado no aptos para el cultivo, como en los casos del alto valle del Trubia (Fanjul 2002-03 y 2003). Esa importancia del factor agrícola es reforzada con ejemplos provenientes de castros aislados, como sería el Castiello de Taranes en Ponga, donde dentro de un abrupto valle de gran extensión, el lugar elegido para levantar el poblado de la comarca es una colina rocosa, que en su entorno más inmediato dispone de algunas de las mejores tierras de cultivo de montaña del concejo (Fanjul 2003a).

Estas observaciones tienen un precedente tanto en las acertadas suposiciones del profesor Maya: *“Los Astures Transmontanos no estaban en un nivel agrícola tan rudimentario como los clásicos atestiguaron”* (Maya 1989). Así como en los datos arqueológicos de nuestro entorno regional, donde desde la Edad del Bronce (Fernández Manzano y Arias 1999), tenemos un sistema agrícola desarrollado, con una presencia de especies que permiten su ex-

plotación durante todo el año, tal como nos muestran lugares como Arenaza en el País Vasco (Arias y Armendáriz 1998), o el hallazgo de muchos materiales de ésta época en bancales de cultivos en Galicia (Méndez Fernández 1998), siguiendo un sistema de aterrazamientos análogo al de otras poblaciones centro-europeas (Riedel y Techatti 1999), todavía no estudiado en nuestra región.

En líneas generales, los datos paleoeconómicos de la Edad del Hierro en el arco atlántico europeo prueban una intensificación espacial de esa agricultura ya diversificada en la Edad del Bronce (Pauli 1991), con un avance considerable en la denominada segunda Edad del Hierro en el norte de España (Gil y Filloy 1986, 153), con multitud de casos de granjas en llanura que abastecen a poblados fortificados de mayor tamaño (Mauné 1998), y con una destacada presencia de elementos materiales y arquitectónicos como el molino circular (Malrain *et alii* 2000), y el hórreo, ocupando espacios no destinados tradicionalmente a viviendas (Cunliffe 1995), detectado en el centro peninsular desde la Edad del Bronce (Martín Bañón y Virseda 2003).

La romanización parece suponer en la agricultura castreña, una mayor amplitud de la gama de productos cultivables (Dark 2000), pero no una gran cantidad de avances tecnológicos, dentro de una actividad que estaba en pleno funcionamiento en épocas anteriores a la llegada de la cultura romana (Maya 1983, 242), y que choca de lleno con las referencias de los historiadores clásicos (Santos Yanguas





Figura 7.1: Molino de Vaivén prehistórico hallado en unas huertas del Campo da Estela (Ibias).

1984). A este respecto, la probada cronología prerromana de elementos domésticos como el molino circular (Carballo *et alii* 2003), viene a reforzar estos planteamientos, y la temprana ocupación en esta época de lugares de hábitat no fortificados, especializados en la producción agropecuaria (Cid *et alii* 1991), debería interpretarse más como un fenómeno de posible continuidad en la ocupación y cohesión económica del territorio (Fanjul 2011a).

En correspondencia con los cada vez mayores testimonios de actividades agrícolas en la Edad del Hierro astur, tenemos varias piezas metálicas de diversos castros. Pese a estos hallazgos ya documentados a comienzos del siglo XX en Caravia, en forma de navajas, hoces y azuelas, hemos de reconocer que posiblemente, tanto los materiales de arado, como los correspondientes con la recolección de grano, fuesen de madera, y por lo tanto difícilmente documentables a través de la arqueología. La azuela de hierro de Caravia, así como las hoces (de Llano 1919) que, en nuestra opinión, tienen mas que ver con la poda de arbustos, que con el proceso de recolección agrícola que los define, demuestran junto a los materiales hallados en los castros de Villaviciosa y los localizados entre los niveles de la segunda Edad del Hierro en la Campa Torres, que es en esta época, en conexión con la revolución agrícola y económica del siglo IV a.C., cuando se esta produciendo un salto tecnológico que también

afecta a las actividades agrícolas.



Figura 7.2: Campos fósiles de cereal de montaña en Boal.

En este contexto, podríamos incluir las navajas (Maya 1989), bien como piezas que servirían para facilitar la recolección de ciertos productos, o bien para actividades de procesamiento textiles. La reja de arado de la Porida en Valdés (Maya 1988-89), no debe en nuestra opinión tenerse en cuenta, debido a las dificultades interpretativas que a día de hoy supone el yacimiento. Nuestra visita y los testimonios de hallazgos apuntan a una cronología altomedieval o tardoantigua, pero en ningún caso correspondiente a la Edad del Hierro. Las rejas tradicionales de arado como la de la Porida habrían tenido una introducción muy tardía en Asturias entre la época romana y la medieval. En el caso de los frenos de caballo hallados en diversos castros y la cueva de Pueblo Bajo de Lledias (Maya 1988-89), consideramos que se trata de ornamentos que están en plena correlación con la imitación o pertenencia a materiales militares propios de la caballería romana, en el caso de los frenos de Llagú (Berrocal *et alii* 2002) y de otros castros, y con un contexto discutible altomedieval, en el caso de Pueblo Bajo. La escasa presencia de caballos entre los restos de los castros asturianos, posiblemente indica un uso simbólico por parte de unas élites, mas que un elemento propio de la actividad agrícola castreña.

Respecto a los elementos materiales de molienda, desde la excavación del castro de

Caravia por Aurelio de Llano (1919), se aplicó en Asturias una subdivisión tipológica general a los molinos castreños, que venían a coincidir con dos grandes modelos, uno prerromano de tipo barquiforme, y otro circular, que estaría vinculado a una etapa romana. Esta subdivisión se generalizó en la historiografía regional hasta el trabajo de J.L. Maya (1988-89), quien establece una nueva subdivisión de los molinos castreños basándose en su forma y posible decoración. Siguiendo su clasificación estarían los molinos tipo 1, lisos y con molduras planas, los tipo 2, decorados y los tipo 3, simples. Es indudable que esta clasificación, exclusivamente tipológica, sería hoy superada en base a los nuevos hallazgos en los castros asturianos, pese a los cuales carecemos de análisis de fitolitos que nos ofrezcan un detalle sobre su utilidad. En nuestra opinión, y siguiendo los trabajos aplicados en Galicia por Carballo *et alii* (2003), que entendemos son aplicables al resto del Noroeste, proponemos la presencia de los molinos circulares en Asturias a partir del siglo IV a.C., conviviendo durante varios siglos con los modelos barquiformes y los morteros, un tipo diferente de molino, que aparece en diversos castros como la Cogollina, y que estarían vinculados a la primera Edad del Hierro.

Sí podemos presentar una observación novedosa respecto a uno de los modelos establecidos por J.L. Maya, como es el caso de los molinos decorados. Son cinco los yacimientos que han ofrecido molinos decorados en los castros astures, Coaña, una pieza sin especificar del suroccidente, Alaba, Peña Tayá de Mieres y la Piconá de Ricabo en Quirós. El contexto castreño claro del hallazgo de Coaña y su paralelo del castro suroccidental sin especificar, nos ofrecen unos molinos que podemos denominar decorados castreños, a diferencia del resto, que según nuestras observaciones en los distintos yacimientos, nos planteamos que corresponden a realidades históricas muy tardías, entre el final de la tardoantigüedad y la alta Edad Media. El castro de la Piconá de Ricabo, viene a ser un castro torre, vinculado a la protección de la vía que conecta Asturias con León, de la misma forma que el castro de

Peña Tayá. En el caso de Alaba, y reconociendo que las hachas de talón no aparecieron en el castro, sino en una cueva cercana, nos negamos a arriesgarnos en establecer una adscripción cultural concreta del posible castro. Los dos castros torres de la Piconá y Peña Tayá corresponden a realidades históricas muy tardías, con lo que tendríamos un modelo de molino decorado altomedieval, diferente a los modelos castreños, influidos sin duda por la estética castreña del Noroeste.

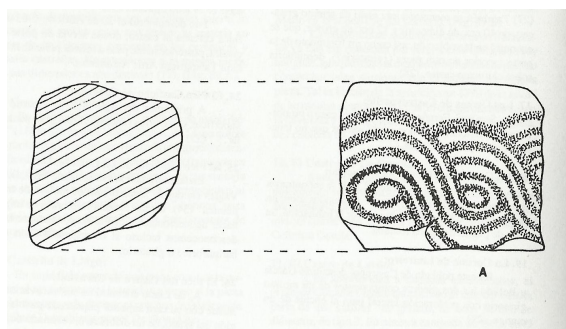


Figura 7.3: Molino decorado de Coaña (Maya 1988-89, 265).

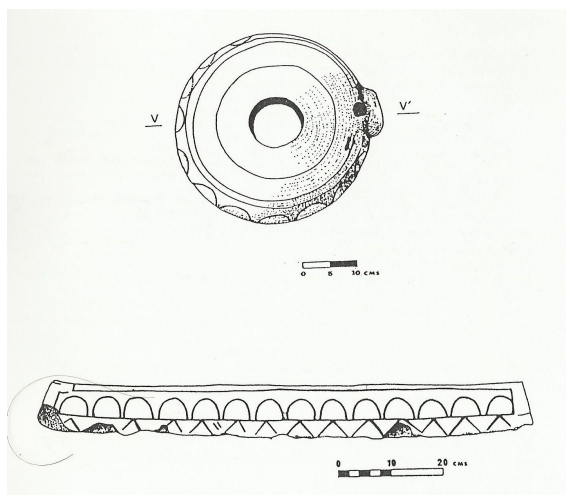


Figura 7.4: Molino de la Piconá de Ricabo (Maya 1988-89, 266).

La abundante presencia de molinos en nuestros castros es una prueba más de una potente actividad agrícola desde la segunda Edad del Hierro, como del carácter familiar de la actividad de molienda, al hallarse los molinos distribuidos en diferentes espacios domésticos, que interpretamos como familia-



## 7. Los recursos económicos de la Asturias castreña.

---

res. Futuros análisis de residuos, así como un catálogo actualizado tras los últimos años de intervenciones arqueológicas, nos ayudarían a aclarar mas aspectos sobre este tipo de elemento material indispensable en una sociedad rural como la Astur. Respecto a los materiales de confección de las piezas de molienda, la cuarcita y la arenisca es siempre la preferida. En el caso de los más occidentales, se busca una arenisca fuerte próxima a las cuarcitas, mientras que en la zona central abundan los molinos procedentes de areniscas ferruginosas, y en menor medida, piezas de cuarcita.

### 7.2 LA GANADERÍA.

En general, tal como apuntamos en el apartado sobre caza, los índices de especies domésticas son mayoritarios en los registros arqueológicos de los castros desde la Edad del Bronce (Arias y Armendáriz 1998), y los datos de la evolución estadística de ejemplares apuntan a una gran presencia de ovicapridos durante esta época, con unos porcentajes de suidos y vacuno que van aumentando progresivamente durante la Edad del Hierro, hasta llegar a una cierta importancia numérica en la época romana (Fernández Rodríguez 1996).



Figura 7.5: Corderos Xaldos. Raza atlántica de origen autóctono presente en la cabaña astur antes de la romanización.

Vacuno y ovicapridos parecen ser, por lo tanto, las especies ganaderas predominantes en la cultura de los castros del Noroeste, mientras que otras como el caballo, o el perro, serían más bien escasas en el norte peninsular (Esparza 1986; Castiella 1993). Los

restos de vacas localizados en castros gallegos parece que no fueron producto de un sacrificio en edad juvenil, lo que permitió un mayor aprovechamiento de la cantidad de carne del animal (Fernández Rodríguez 1996).





Figura 7.6: Mastín astur-leonés.

### 7.3 LA MINERÍA DEL HIERRO, COBRE Y ESTAÑO.

Los estudios relacionados con la minería castreña en Asturias han estado casi siempre centrados en la explotación aurífera, con una importancia económica, social y huella sobre el paisaje del occidente regional que ha dejado en un segundo plano las investigaciones sobre otras actividades extractivas, léase el cinabrio, estaño, cobre o hierro (Fanjul y Marín 2006, 113; Fanjul y Menéndez 2008, 79). Esta realidad académica ha mantenido durante los últimos años una serie de hipótesis de trabajo que defendían un origen de los castros en época romana, y una asociación de los mismos a la explotación y transformación del mineral de oro, todo ello basado primero en las observaciones de Jordá (1984, 12) en el occidente de la región: *“Estas sociedades pastoriles se agrupan comunalmente por primera vez en los castros, organización urbana de tipo defensivo, basados sin duda en las nuevas condiciones de vida impuestas por la minería del oro”*. Y posteriormente, en la continuidad de los hallazgos procedentes de nuevas excavaciones arqueológicas (Carrocera 1995a). La persistencia de esta escuela en años posteriores, demuestra el fuerte eco de la actividad minera en la interpretación del registro arqueológico y los planteamientos históricos asturianos, siendo ejemplos significativos de esta realidad los estudios de poblamiento castreño comarcal, donde en algún caso se llega a observar rasgos de romanización y minería

del oro, en áreas cuyos castros carecen de cronologías probadas de época romana, y donde no existe la posibilidad geológica de hallarse tal mineral para una explotación rentable, como es el bajo Nalón (García Díaz 1995).

Los resultados de las últimas investigaciones del occidente asturiano (Villa 2002), confirman la existencia de un panorama cronológico, cultural y económico de una mayor complejidad, tal como algunos investigadores habían supuesto (Maya 1989). Desde el comienzo de las excavaciones en los yacimientos asturianos, se aprecian fuertes indicios de una autosuficiencia metalúrgica generalizada de la población castreña. Los hallazgos de Caravia, unidos a la cercanía de ricas vetas de mineral en el Sueve, son el primer indicio de la potencia de la actividad minera (de Llano 1919; Adán 1998; Adán *et alii* 1994). El análisis de la cultura material realizado por Maya (1988-89) en los diferentes poblados excavados hasta el momento y otros hallazgos sueltos, lleva al autor a comprobar como dentro de un conocimiento de la transformación del hierro, la metalurgia del bronce continuó ostentando un puesto de importancia en la producción artesanal, con unos materiales de gran calidad, casi siempre entre de los objetos de adorno y lujo.

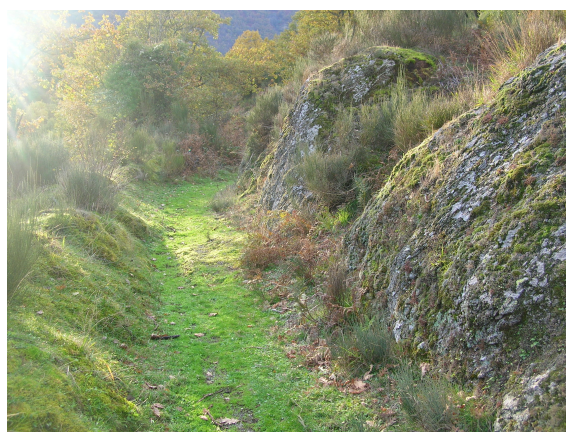


Figura 7.7: Trabajos mineros para la construcción del foso de Trichamuela (Cangas del Narcea). En base a la presencia de trabajos mineros en algunos castros hacía pensar hasta hace poco, en una cronología exclusivamente romana de los mismos.



## 7. Los recursos económicos de la Asturias castreña.

Las excavaciones de finales del siglo XX, han reforzado la idea inicial de la importancia de la actividad metalúrgica en los castros asturianos (Maya y Cuesta 2001; Berrocal *et alii* 2002), aunque vinculándola siempre a la producción de materiales de bronce y con escasas referencias al hierro, entre las que destaca la clara constatación cronológica de la presencia de productos realizados en este mineral desde comienzos del siglo IV a.C. (Villa 2002, 184). El mineral de hierro se encuentra generalizado en todo el territorio asturiano, ya sea en bolsadas dentro de la caliza, o mezclado con areniscas ferruginosas u otros materiales en menor medida. Las principales áreas de concentración del mineral en la región son las siguientes: Monta Naranco, Teverga, Calizas de la montaña central, Valle del Narcea, Valle del Pigüña, Luarca, sierra del Sueve y diversos puntos de la costa central (Aboño y Gozón) y occidental (Fuertes 1884). Se observa respecto a los yacimientos vinculados a explotaciones férricas, que existe una mayoría de puntos ubicados en el sector central de la región, lo que no es sólo debido a un mayor conocimiento del poblamiento de este sector (Fanjul y Menéndez 2004), sino a la mayor dificultad que existe en la vertiente occidental para identificar correctamente antiguas explotaciones de hierro. Al estar mezclado el mineral de hierro en la cuarcita y pizarra, a veces con escasa potencia, las huellas que permiten su identificación como áreas de extracción son mucho más escasas, y en

ocasiones, cuando permiten observar sistemas de túneles, al estar anexos a zonas de posible explotación aurífera, suelen ser identificados como restos de minería de oro de época romana. Entre esos sistemas de explotación, también es posible encontrar una amplia diversidad de huellas en el paisaje, entre las que destacan las ya mencionadas galerías, minería de superficie, trincheras, frentes rocosos, socavones en bolsadas y pozos verticales (Gutiérrez *et alii* 1999). La documentación de estos yacimientos, aparte de las referencias a explotaciones antiguas en la bibliografía minera (Fuertes 1884), proviene mayoritariamente de un análisis intensivo de la toponimia local, donde los términos mayoritarios de “Venero”, “Lavadero”, “Ferrero” o “Mina”, nos ayudan a localizar antiguas áreas de explotación o transformación del hierro (Los Castros y El Castro en Los Ocos). Son tres los principales aspectos problemáticos en la relación entre castros y minas e industria metalúrgica. Por un lado, desconocemos la cronología exacta de muchos de los emplazamientos fortificados, igualmente, algunas de las referencias a escorias de fundición podrían corresponder a restos de metalurgia del bronce, y finalmente, existe la ya mencionada dificultad de interpretar como minería férrica muchos de los túneles y trincheras existentes, sobre todo en el sector occidental, donde podrían ser restos de minería aurífera (cercanías de As Croas de Castro y As Croas de Salcido en San Tirso de Abres).

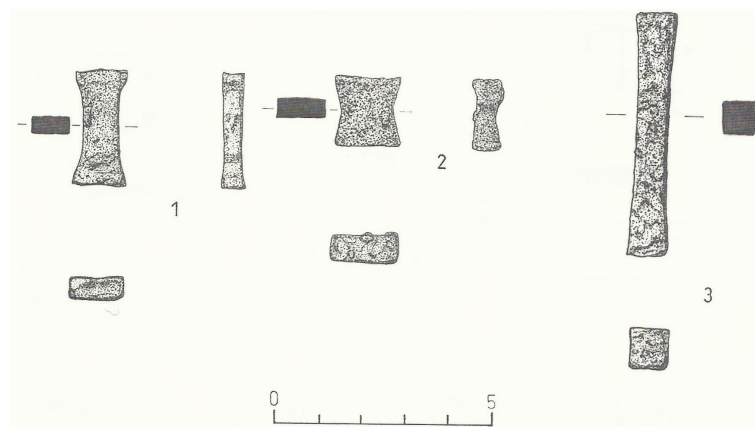


Figura 7.8: Lingotillos de bronce procedentes de la Campa Torres (Maya y Cuesta 2001, 137).

Aun así, con una base documental de estudio compuesta por un grupo de yacimientos con clara vinculación a la minería o transformación del hierro, podemos apuntar diversas novedades respecto al poblamiento. En primer lugar, la mayoría de los asentamientos que disponen de escorias de hierro, distan siempre menos de 1,5 - 2 km a las áreas de extracción, coincidiendo además entre ambas vías naturales que facilitan la comunicación (Peña Constancio-Lavares, Castiello de Fozana-Grandota, Castiello de Bimenes). En la gran mayoría de los yacimientos, si están vinculados a minas de hierro en galerías, éstas se ubican a menos de 300 metros del poblado, siendo la existencia de vetas de mineral un posible factor más en la elección de la ubicación del poblado (Cogolla de Cesa en Nava, Castiello de la Cogolla de Siero, Peñacova en los Oscos). Otro grupo de yacimientos, sin disponer de grandes vetas en sus cercanías, parece que aprovechan pequeños filones que

surgen en sus entornos cuarcíticos, igualmente en la misma base geológica donde se localiza el poblado (El Pico el Cogollu de las Cuestas en Oviedo) (Fanjul 2003), hallándose en algunos de estos lugares marcas de alguna cuña metálica, que nos indica su método de extracción (El Cerco la Pumará de Laviana) (Fanjul y Menéndez 2004). Este tipo de autosuficiencia de mineral a pequeña escala nos aparece de forma masiva en las fortificaciones medievales, aprovechando una mayoritaria ubicación sobre peñas rocosas (Miranda en Teverga, Buanga en Oviedo o Castiello de Villayana en Lena). Al estar concentrado el poblamiento castreño junto a cursos fluviales, debió aumentar las posibilidades de obtención de mineral, debido tanto al hecho de que a veces el hierro aparece en bloques individuales en los ríos, caso más significativo en el bajo Trubia, como por la ayuda que significa la erosión hidráulica en la base de peñas rocosas que disponen de mineral.

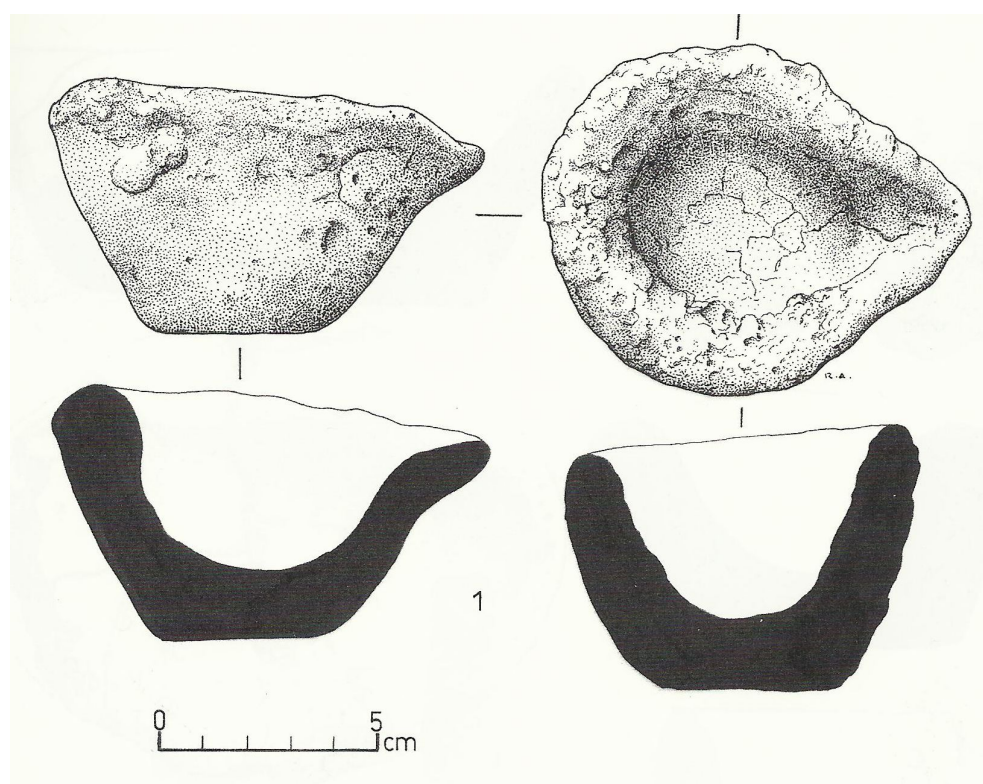


Figura 7.9: Crisoles de fundición de la Campa Torres (Maya y Cuesta 2001, 247).

En cuanto a los espacios destinados a la transformación del hierro, aparte de la posibilidad de que esas tareas se realizasen en las cercanías del punto de extracción, tal como nos sugieren la existencia de estructuras (El Castiello) junto a la mina contigua al Cerco de Laviana (Fanjul y Menéndez 2004), las escorias localizadas en el Castiello de Fozana (Fanjul 1998-99), concentradas en un sector de difícil orografía para el hábitat, vienen a reforzar la ya tradicional hipótesis (Maya y Cuesta 2000) del alejamiento de las actividades metalúrgicas de las zonas de viviendas. Podemos alcanzar diversas conclusiones en lo que respecta a este complejo apartado:

- Los porcentajes de materiales en bronce que ofrecen los análisis de la Campa Torres (Maya y Cuesta 2001), así como la masiva presencia de materiales de hierro en Caravia, nos ofrecen un panorama metalúrgico donde la primera impresión es la riqueza mineral del territorio asturiano. Pese a desconocer la relación exacta entre áreas de producción de cobre y estaño y nuestros castros, esos hallazgos de la Campa Torres nos muestran igualmente la continuidad en la producción de bronce, con objetos de gran calidad desde el comienzo de la Edad de los Metales (Blas Cortina 1983). Algunos autores afirman que la producción de objetos de bronce habría quedado relegada en la Edad del Hierro a una mera autosuficiencia de productos para el propio poblado (Fernández-Posse *et alii* 1993, 208), refiriéndose a los castros estudiados del norte de León. Nosotros planteamos, en contraposición, para las regiones cantábricas, un uso artesanal con finalidad comercial de productos de bronce en la Edad del Hierro, teniendo en cuenta la distribución, calidad técnica y decorativa de elementos importados como las fíbulas, a partir del análisis de la distribución de ejemplares de Torrecilla y sus porcentajes de aparición, en el oriente de Asturias, Cantabria y norte de Palencia, con Monte Bernorio como gran foco distribuidor. Igualmente, creemos necesario plantear la existencia de barras o lingotes de bronce en los castros, no solo como elementos de acumulación de materia prima, sino también como posibles objetos de intercambio entre comunidades, siendo la forma de pequeña barra el modelo casi común en el que se presentaría el mineral. En este sentido, creemos conveniente apuntar algunas hipótesis en base a los hallazgos materiales y a las observaciones del paisaje castreño:
- La abundancia de hallazgos de materiales de hierro tiene como base una riqueza geológica, donde el mineral de hierro, al aparecer mezclado en buena parte de la región con otros minerales, dificulta muchas veces el hallazgo de labores antiguas.
- La mayoría de los datos apuntan a una primera transformación del mineral fuera del poblado, posiblemente en las cercanías del área de extracción (Maya 1989), aunque debemos tener en cuenta los datos procedentes del norte de León, que señalan una especialización dentro de los propios castros para estas actividades (Fernández-Posse *et alii* 1993, 207).
- Encontramos casos de yacimientos (Campa Torres, Llagú) (Maya y Cuesta 2001; Berrocal *et alii* 2002), donde no se localizan evidencias de transformación de mineral de hierro, tan solo de objetos de cobre y bronce, lo que podría indicar una especialización en la transformación del mineral dependiendo del poblado y su capacidad de obtener dichos recursos naturales, por cercanía geográfica o por comercio con otros grupos. Otro ejemplo sería Caravia (de Llano 1919), donde la mayor parte de los materiales son de hierro, y las escorias apuntan también a una mayoritaria relación del yacimiento, con la

transformación de este mineral.

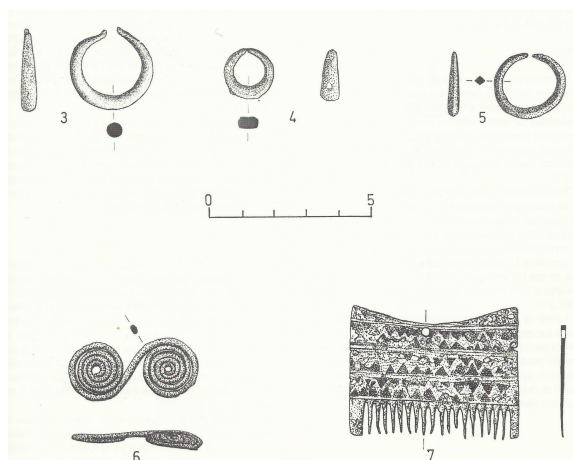


Figura 7.10: Objetos diversos de bronce de la Campa Torres (pendientes, adorno en espiral y peineta) (Maya y Cuesta 2001, 101).

- La costa central, y más concretamente la comarca del Cabo Peñas, parece haber sido un importante área de minería y transformación del mineral, si observamos la calidad, extensión y facilidad de obtención del mineral, así como los numerosos hallazgos de escorias en los poblados de la zona (Garabetales, Molín del Puertu y Punta el Castiellu) (Camino 1995; Álvarez Peña 2002).
- La importancia de esta actividad trasciende completamente el simple contexto de lo material, y nos lleva a pensar en la importancia social que para la comunidad tendría la figura del herrero, donde está rodeado de todo un conjunto de atribuciones míticas y religiosas, basándose en su papel como transformador del metal. Esta caracterización, no sería la misma, en poblados donde la actividad de transformación metalúrgica constituyera una auténtica especialización generalizada de sus habitantes.
- En el proceso de transformación, nos encontramos con constantes referencias desde el Bronce Final al hierro, de hornos en cubeta excavados en el suelo

a modo de pequeñas fosas cubiertas con arcilla (Arias y Armendáriz 1998). El conglomerado resultante del calentamiento sería separado a golpes y posteriormente se utilizarían diversas técnicas para lograr un mayor endurecimiento del metal, como nuevos procesos de calentamiento o su inmersión en agua (temple) (Adán 1998).

- Los grandes poblados de la Celtiberia (Burillo Mozota 1998) fueron los distribuidores del excedente de mineral y productos transformados en hierro procedentes de poblados más pequeños, con una marcada especialización extractora. En el caso asturiano, la abundancia de mineral, así como las abundantes huellas de autosuficiencia en los diferentes poblados excavados hasta el momento, nos hacen relegar esa hipótesis a actividades extractoras de menor intensidad y mayor riqueza como podría ser la del oro.

#### 7.4 LA MINERÍA AURÍFERA Y DEL CINABRIO.

En Asturias partimos de una visión historiográfica, plenamente emparentada con la situación arqueológica que se supone para el área del Bierzo (Sastre 2001; Sánchez Palencia 2000, Sánchez Palencia *et alii* 2002; Luzón *et alii* 1980), que viene a poner de relieve una manifiesta relación entre la llegada de la romanización (Fernández Ochoa y Murillo 1999), la economía minera y la reorganización del territorio castreño (Carrocera 1995a). Nuestro punto de vista, sin negar la importancia internacional que tiene la minería del oro en época romana sobre determinados territorios, diverge de la posición actual, que consideramos excesiva para lo que respecta al territorio de la Asturias Transmontana. El análisis intensivo de los castros de la región, que hemos realizado en los últimos años, nos fuerza a mantener esta opinión debido a las siguientes observaciones:

1. Una visión general del mapa de zonas de principales explotaciones auríferas





Figura 7.11: Minas de la sierra del Palo (Allande).

(Perea y Sánchez Palencia 1995, 102), muestra un panorama contrario a la hipótesis de relación entre castros y minería mediante la cercanía territorial, siendo las sierras divisorias entre el Nava y el Narcea el mejor ejemplo de esta situación, coincidiendo con un área de fuerte despoblamiento fortificado.

2. Por las razones que apuntábamos en la presentación, un buen número de castros no son tales.
3. No existe oro rentable para la explotación en época antigua, en la mayoría del área donde se presupone su existencia, como es la totalidad del occidente de Asturias, e incluso parte del sector central (García Díaz 1995).
4. Muchos de los accidentes geográficos y algunos trabajos artificiales catalogados como minería del oro son bien elementos puramente naturales, o bien restos de una tradicional y perfectamente constatada producción de hierro local.
5. Se presupone una contemporaneidad entre los diferentes castros localizados, a lo que se suman divagaciones sobre la funcionalidad de los mismos atendiendo a su tipología morfológica, y así los de escaso tamaño son mineros y los de mayor tamaño están vinculados a la explotación agropecuaria.

6. No es posible confirmar que los trabajadores residan en los castros, y por otro lado, cada vez tenemos más constancia de posibles estaciones mineras, según las cartas arqueológicas de Allande o Cangas del Narcea, que en ningún caso están fortificadas.

7. Se establece en muchos casos, y sin elementos de juicio, una vinculación absoluta entre canales mineros y el poblado anexo a los mismos, sin plantearse la posible inexistencia de una contemporaneidad de ambos elementos, o que los canales reutilizados como fosos no fueran mineros, sino producto de la propia construcción del foso, pues tenemos diversos casos de fosos construidos mediante la técnica de *Ruina Montium* sin vinculación a minería de oro, como El Questru de Otero en Lena o varios de los castros de San Tirso de Abres.

Respecto a la propia definición de la tecnología minera conocida como *Ruina Montium*, apostamos claramente por su origen prerromano (Fanjul 2013). En el año 25 a.C., Roma decide iniciar una campaña de conquista y colonización de Asturias, en el Noroeste de la Península Ibérica. Si bien la excusa oficial de dicha intervención es la protección de los pueblos situados al sur de los Astures, quienes eran atacados frecuentemente por éstos, todos los historiadores contemporáneos coinciden (Peralta 2000) en que las enormes fuentes de oro de nuestra región fueron el principal motivo de la intervención del ejército romano. Terminada la campaña de conquista, que con diferentes interrupciones se prolonga hasta comienzos del siglo I d.C., Roma promueve una política de explotación industrial del oro, mediante complejos y monumentales sistemas de ingeniería hidráulica, vías de comunicación, y el consiguiente crecimiento de muchos centros de población local.

En el año 77 d.C., el historiador Plinio el viejo (N.H. 33, 21), quien sirvió como procurador en Hispania, describe una de las diversas técnicas utilizadas en nuestras montañas para facilitar las explotaciones mineras. Mediante



la *Ruina Montium*, los mineros excavaban extensos canales desde zonas de abastecimiento natural de agua, o presas artificiales. Dichos canales se convertían en túneles al llegar a la colina que quería desintegrarse, y abriendo el paso al agua, la fuerza hidráulica reventaba grandes sectores de tierra y roca, de cuyo lavado posterior en arroyos se obtenía el oro. Este sistema aparece también en la ingeniería defensiva de muchos de los castros astures en su sector más occidental. Los fosos excavados en roca y en tierra se abrían excavando a mano unas brechas iniciales, que eran ampliadas re-dirigiendo hacia ellas arroyos cercanos mediante canales y ayudaban con la erosión constante del agua a la ampliación de los defensas. Las referencias documenta-

les de Plinio, la monumentalidad de diferentes yacimientos mineros, claramente adscritos al período Astur-romano, así como la discutible asignación de que todo lo monumental o complejo corresponde sin duda a las influencias mediterráneas, han creado hasta hoy la idea de que toda obra de minería antigua era una obra romana. La falta total de excavaciones en los cientos de túneles mineros catalogados bajo las montañas asturianas, proporcionaron un soporte importante a la hora de defender esa hipótesis. El estudio de diversos castros astures, cuyos materiales se adscriben únicamente a la Edad del Hierro, y cuyas defensas han sido excavadas mediante la técnica de *Ruina Montium*, nos permiten poner en duda la asignación tradicional a la época romana de esta técnica de ingeniería.



Figura 7.12: Castro de San Martín de Valledor (Allande) donde se observa la presencia de labores mineras para la construcción de las defensas.



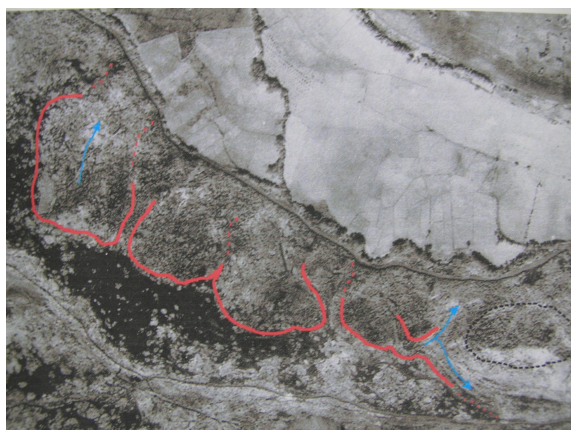


Figura 7.13: Castro de Ceruñales (León), de cronología exclusivamente prerromana y donde se observa con claridad los fosos contruidos mediante técnicas de *Ruina Montium* (Fanjul 2013).

Los castros astures, desde la primera Edad del Hierro, como demuestra el caso excavado en 2004 por nosotros en la Cogollina (Fanjul 2011b), disponen de una ingeniería defensiva monumental, que alterna sistemas de murallas de módulos, que drenan el agua de lluvia desde las zonas habitadas, con fosos excavados en la roca de más de cincuenta metros de largo y varios de profundidad. Si bien en este caso espectacular no se observa un sistema minero para su construcción, otro yacimiento astur claramente adscrito con exclusividad a la Edad del Hierro, el castro de Ceruñales en Noceda, sí dispone de un modelo de canales que redirigen el agua hacia la zona donde se construyen los fosos, siguiendo el modelo de la *Ruina Montium*.

El castro recientemente estudiado por nosotros de Ceruñales, situado en las cercanías de las mayores minas de oro de Hispania, como las Medulas, es un poblado en cuyo entorno se pueden observar abundantes restos de obras hidráulicas, destinadas no sólo a la creación de pequeños frentes de lavado de oro, sino también para la construcción de las defensas del poblado. Excavado mediante algunos sondeos por Álvarez González (1993), los autores de la excavación arqueológica descubren los restos de diversas cerámicas a mano, así como parte de una cabaña. Si bien no

detectan elementos materiales romanos, salvo unas cerámicas que califican de “indígenas”, la presencia del foso excavado con técnicas mineras, les hace identificar el castro con el período romano, siguiendo la vieja, y según nosotros errónea, asignación cultural. En nuestra opinión, las grandes obras de ingeniería defensiva en castros cuya actividad ha sido claramente datada a finales de la primera Edad del Hierro, así como la clara asignación material del castro de Ceruñales, muestra que las técnicas mineras conocidas como *Ruina Montium* son utilizadas ya por los Astures antes de la llegada de los romanos, si bien son éstos, mediante el uso de un ejército con ingenieros profesionales, quienes consiguen hacerlas llegar a su máximo rendimiento.

El gran número de castros donde se utiliza esta técnica, pese a la falta de cronologías de dichos yacimientos, nos hace reforzar nuestra hipótesis, teniendo en cuenta que la romanización supone un descenso en el número de poblados fortificados. En definitiva, la arqueología parece demostrar el avanzado desarrollo de un pueblo de la Edad del Hierro Atlántica como el de los Astures, frente al asignado “salvajismo” tradicional, defendido primero por los historiadores romanos, y posteriormente hasta nuestros días, por buena parte del mundo académico oficial.

La orfebrería castreña va mas allá de la simple referencia de piezas de excelente calidad que han aportado los castros asturianos y las colecciones de museos. La excelente calidad de las piezas, y su aparición en contextos castreños domésticos, demuestra que existen unas diferencias de adquisición claras dentro de una población del interior de los castros que ya de por sí es destacada, si mantenemos nuestras hipótesis de que buena parte de la población no reside en castros. La propia existencia de esos elementos de calidad material y artesanal, apoya por lo tanto nuestra hipótesis de unas élites atlánticas aristocráticas y guerreras, en contraposición a la teoría materialista de la comunidad autosuficiente.

Por otro lado, la propia confección de las piezas, y su decoración, revela una sociedad

astur prerromana con contactos tanto atlánticos como mediterráneos. Las similitudes entre los amuletos astures y las piezas del tesoro tartésico del Carambolo son evidentes, mientras que en lo que respecta a la técnica, las similitudes de los tubitos de la Campa Torres y las técnicas irlandesas también están demostradas (Maya 1989, 142).

Respecto al corpus material, hemos de destacar una funcionalidad religiosa, aparte de la ya citada función social de las piezas entre las élites castreñas. Buena parte de las piezas se hallaron en depósitos, algunos de los cuales corresponden a espacios naturales de especial significación simbólica, o a yacimientos tumulares, caso del depósito de Tineo y del torques de Argul (Álvarez y Fanjul 2012), hasta hace poco identificado como el torques de Ribadeo. Estamos ante depósitos de carácter religioso, que coinciden con el contexto de creencias atlánticas de la Edad del Hierro.

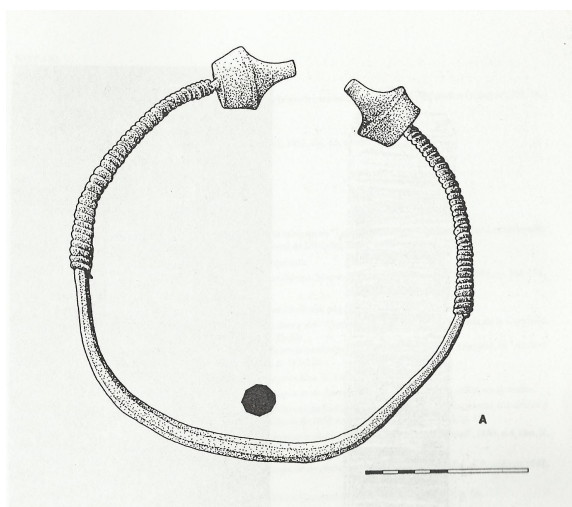


Figura 7.14: Torques de Valentín (Tineo) (Maya 1988-89, 143).

La falta de contextos arqueológicos claros para la mayoría de las piezas de orfebrería que disponemos, permite sin embargo identificar la localización geográfica exacta de varias de ellas a través de la tradición oral. Contextos votivos como el torques de Argul (Álvarez y Fanjul 2012) y contextos funerarios tardíos que podemos definir como “principescos”,

como la cista en roca de Moñes, localizada por nosotros recientemente, determinan la doble funcionalidad, social y religiosa, de la orfebrería castreña astur. Las claras evidencias de la orografía del paisaje, de la base geológica, así como del poblamiento formado por auténticos castros, nos muestran que si bien existió una potente minería del oro, en cuanto a las dimensiones de los trabajos y su número, ésta se circunscribe a unas áreas muy particulares del occidente asturiano. La relación de proximidad o de ubicación en el entorno inmediato entre minería aurífera y un castro, es estadísticamente muy pequeña.

Creemos que se debe reforzar la idea de que existen, tal como nos muestran varios yacimientos catalogados (Santos Yanguas 1987), auténticas estaciones al aire libre especializadas en la producción y transformación del mineral, con castros de mayores dimensiones y de tradición metalúrgica prerromana que harían de lugares de transformación e intercambio (Fernández-Posse 2002), al igual que ocurre con la funcionalidad de algunas ciudades celtibéricas (Burillo 1998), y finalmente abrir la hipótesis, a la vista de la gran concentración de poblados de grandes dimensiones en la costa más occidental de la región, que sería esa zona litoral el lugar de salida o intercambio de mineral, y no a través de rutas transcantábricas mucho más costosas en tiempo y peligrosas. El conjunto de elementos de orfebrería prerromana es curiosamente mayor en aquellas áreas no productoras, lo que confirma no sólo la existencia de amplios contactos interpoblacionales durante la Edad del Hierro en nuestra región, sino también una cierta fuerza de la explotación aurífera antes de la llegada de la romanización.

En cuanto al cinabrio, su explotación para la fabricación de mercurio, y por lo tanto básico para la transformación del oro, de momento sólo puede adscribirse a la época romana en nuestra región, con unas zonas geográficas muy concretas de extracción en los valles de la cuenca central (Fanjul y Menéndez 2004). Observamos diferencias de explotación dependiendo del sector de esa zo-



na a la que nos reframamos, ya que por un lado están las galerías de la Peña y Maramuñiz en Mieres, los cortes y derrumbes del alto Aller, así como una generalización de la extracción de nódulos de mineral en los propios cursos fluviales de cada valle (Fuertes Acevedo 1884). El mapa de los castros de la región nos muestra una especial concentración de población coincidiendo con los sectores de explotación de cinabrio, prueba suficiente para incluir a esta actividad como un factor más de crecimiento económico, y por lo tanto de poblamiento, a la espera de demostrar su exacta presencia en los grandes poblados de cada valle (Las Coronas de Tiós en el Lena, Les Mueles en Aller o Recastiello de Santana en Mieres) (Fanjul y Menéndez 2004).



Figura 7.15: Minas de oro astur-romanas de Belmonte.

Es necesario reforzar el carácter ritual del depósito de objetos votivos en nuestras minas, en forma de monedas, cerámicas de calidad o figuras de bronce, fuera de toda simple actividad de hábitat de las galerías, ya que los numerosos datos para los que contamos en minas romanas del arco atlántico europeo (Gruel 1989; Van Andringa 2002; Branigan y Dearne 1992; Crawford 1979), confirman esta hipótesis.

### 7.5 LA CAZA.

En este apartado tenemos de forma repetida el mismo dilema, localizar en las excavaciones de castros un porcentaje fiable

de restos faunísticos que nos permitan una justa visión de la realidad paleodietética de las poblaciones estudiadas (Fernández Rodríguez 1996). Los vacíos de material en nuestros castros parecen provenir tanto porque la basura se echa fuera del yacimiento, como nos demuestran tantos poblados vacceos, como porque ese material óseo fuera utilizado como combustible. Por otro lado, existen problemas concretos de análisis, como la imposibilidad de diferenciar con claridad a través de una mayoría de restos muy fragmentados, especies como el jabalí del cerdo doméstico.

Desde la Edad del Bronce nos encontramos en el Noroeste peninsular con un mayoritario porcentaje de especies domésticas, sobre las provenientes de la caza, en los registros faunísticos de los castros (Arias y Armendáriz 1998; Delibes *et alii* 1995). Parece, en líneas generales, como si estuviéramos ante un proceso de reducción progresiva del número de especies cazadas desde la Edad del Bronce hasta la época romana, donde éstas llegan a mínimos porcentajes (Fernández Rodríguez 1996). Hemos de plantearnos incluso si existe una selección clara de las especies cazadas, que se localizan representadas en los registros arqueológicos de algunos castros como Llagú (Berrocal *et alii* 2002), lo que estaría vinculado de forma muy clara al aprovechamiento óptimo de algunas partes muy concretas del animal, con la finalidad de realizar con ellas instrumentos de hueso como mangos de utensilios o cuentas. Como ejemplo tendríamos el hecho reconocido desde el paleolítico de la preferencia por las cornamentas de venado y ciervo para la confección de estos útiles, un comportamiento y finalidad que no desaparecen en la documentación castreña astur (Adán 2001). A este respecto debemos tener en cuenta también la posibilidad de que esas astas fueran recogidas en la montaña, y no como producto de una actividad cinegética, lo que aporta una variable más a la problemática del análisis.

Es de gran interés observar entre las

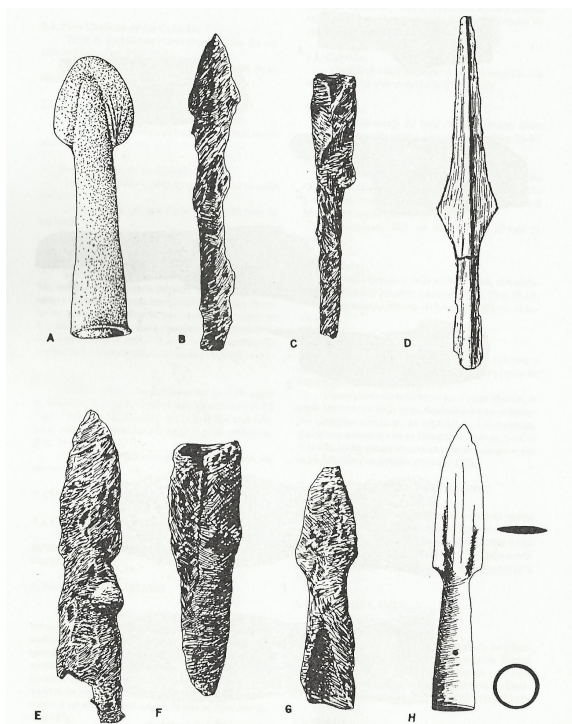


Figura 7.16: Puntas de lanza y regatones de diversos castros asturianos (Maya 1988-89, 84).

colecciones faunísticas de los poblados del norte peninsular, no sólo un registro protagonizado por las especies típicas de la caza protohistórica como el ciervo, jabalí, corzo o rebeco, sino también encontrarnos con todo un conjunto de especies menores y que tradicionalmente no incluimos hoy en día como especies de caza, como los galápagos, serpientes, urracas o cuervos (Torres 2003, 246), lo que nos da una idea del amplio abanico faunístico buscado por los hombres de la Edad del Hierro en el norte de España. De la misma forma, no hemos de olvidar la importancia de la actividad dentro del grupo, cuando se trata de caza por acoso o por acecho (Torres 2003, 247), como factores de cohesión social entre los individuos, que se ven asociados bajo un mismo objetivo, el cual requiere una organización y colaboración entre los participantes. Cargada de simbolismo y perfecto entrenamiento para acciones bélicas, la escasa presencia de especies cazadas en nuestros

castros sobre las domésticas, no debe restar importancia a la caza, convertida en una actividad social de grupo, que va más allá de la simple obtención de un recurso alimenticio.

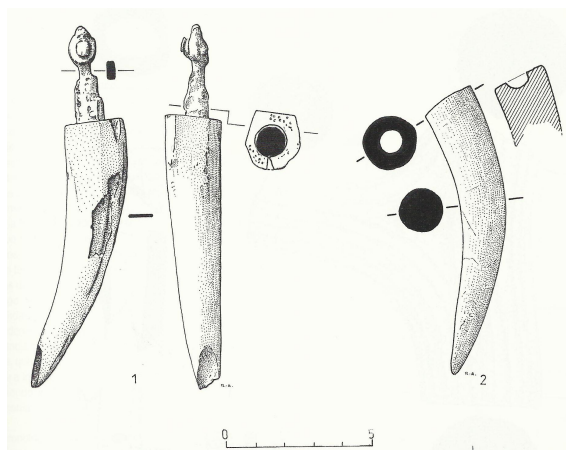


Figura 7.17: Enmangues en hueso de la Campa Torres para navajas o punzones (Maya y Cuesta 2001, 221).

Respecto a la cultura material que podríamos vincular a la caza, la escasa colección de puntas de lanzas y regatones localizados en contexto arqueológico en los castros asturianos, tienen un problema añadido, como es su extrema variedad tipológica, a la que se suman los ejemplares supuestamente castreños, hallados en circunstancias desconocidas en el exterior de los yacimientos. En su mayor parte estamos ante hallazgos puntuales provenientes de rebuscas de tesoros, que acaban en fondos particulares y de ahí, pasan a los fondos del museo regional. Estas circunstancias nos obligan a realizar observaciones generales sobre unas armas que habrían servido indistintamente para la caza y la guerra. Lo primero que llama la atención de este tipo de cultura material es que, a diferencia de las piezas meseteñas, las dimensiones de las puntas de lanza y regatones astures se corresponden más bien con jabalinas y no con lanzas. Estamos ante puntas de muy corto recorrido. Esta situación nos lleva a plantear un modelo de guerrero/cazador que posiblemente transporte varias jabalinas, acompañado seguramente de algún tipo de cuchillo para rematar

## 7. Los recursos económicos de la Asturias castreña.

las piezas cazadas.

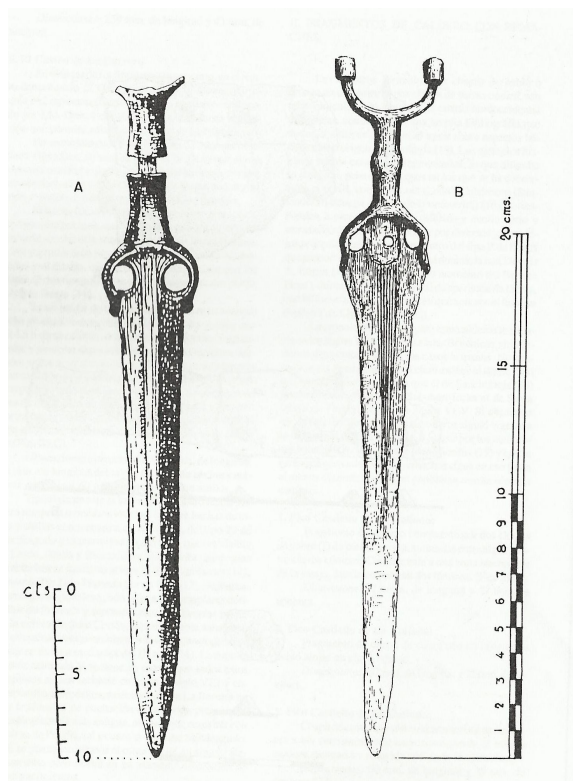


Figura 7.18: Puñales de antenas de Sobrefoz y Penácaros (Maya 1988-89, 76).

De los yacimientos de la Edad del Hierro astur, Caravia (de Llano 1919) es quizás el lugar al que corresponde un mayor número de piezas. En este castro, la cantidad y combinación de puntas y regatones dentro del ajuar doméstico, parecen indicar un uso cotidiano de las mismas. En cuanto a los modelos, nos encontramos con enmangues tubulares no muy amplios, así como con una diversidad de puntas que van desde la terminaciones romboidales de la pieza de Tineo, a filos más amplios y alargados, caso de algunas piezas de Caravia (Maya 1989). Respecto a los cuchillos, si eliminamos las piezas de cronología indeterminada procedentes del Pico Castiello de la Collada (Siero), tendríamos una clara diferenciación tipológica basada en elementos geográficos y culturales. Por un lado tendríamos piezas del oriente astur, como los puñales Monte Bernorio o las navajas y cuchillos afalcados de Caravia, de clara influencia cántabra,

mientras que en el sector occidental nos encontramos piezas más vinculadas a la cultura castreña del Noroeste y norte de la Meseta, como los puñales de antenas de Penácaros, Tineo (Maya 1989), Chao Samartín y Taramundi (Villa 2005).

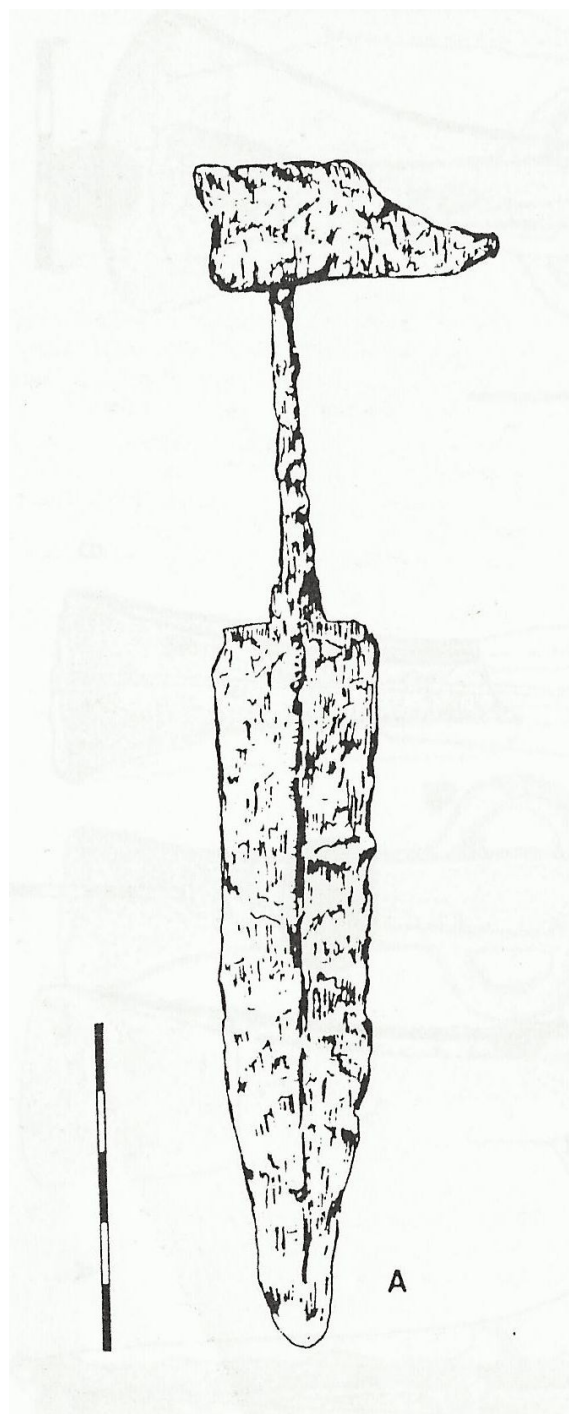


Figura 7.19: Puñal tipo Monte Bernorio de Caravia (Maya 1988-89, 77).



## 7.6 PESCA Y MARISQUEO.

Al igual que el apartado anterior, necesitamos nuevas excavaciones para resolver las principales cuestiones actualmente en debate, ya que la documentación arqueológica existente hasta el momento, a excepción del material de la Campa Torres (Maya y Cuesta 2001), nos deja con numerosas dudas sobre la posible existencia de pesca de altura en momentos prerromanos. De forma general, las muestras de los castros gallegos (Fernández Rodríguez 1996), así como el instrumental descubierto en los castros costeros asturianos (Maya 1989, 52), mostraban un peso casi absoluto de la pesca de poca profundidad o desde la costa para estos momentos anteriores a la romanización. La presencia de algunos ejemplares como la merluza en el castro de la Lanzada (Noalla) (Maya 1989, 52), un pequeño arpón en Coaña y los restos de ballena de la Campa Torres, sin confirmación de que haya podido ser obtenida en una playa (Maya y Cuesta 2001), son parte de unos elementos que testifican la existencia de indicios de pesca de altura por parte de las poblaciones castreñas. Parece que a la llegada de la época romana, este tipo de pesca de mayor profundidad va haciéndose más presente en la vida de los poblados fortificados costeros, tal como nos demuestran castros como el de Santa Trega en Pontevedra (Fernández Rodríguez y Rodríguez 1996).

Respecto a la presencia de concheros y recolección de moluscos, las potentes acumulaciones de éstos en el yacimiento de la Campa Torres (Maya y Cuesta 2001), así como su presencia en Caravia (Llano Roza 1919), confirman la gran importancia del marisqueo en la costa cantábrica durante la protohistoria y la continuidad de su presencia en la dieta hasta épocas medievales, ya sea en el ámbito rural de la Asturias interior (Gutiérrez 2003), como en espacios urbanos (García Álvarez-Busto y Fanjul 2004).

En el caso de la cultura material, los restos estudiados por J.L. Maya (1989) a nivel regional, y posteriormente en la Campa Torres (Maya y Cuesta 2001), no permiten

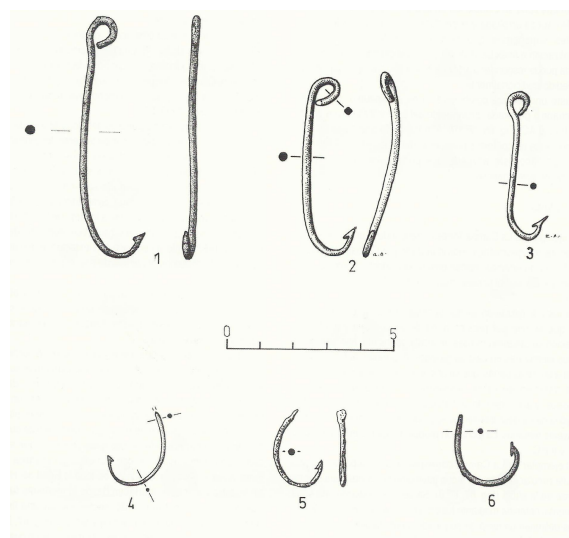


Figura 7.20: Anzuelos de la Campa Torres (Maya y Cuesta 2001, 131).

una clasificación tipológica concreta. Existen anzuelos con perforación, caso de la Campa Torres, y otros donde la unión con la cuerda se realiza a través de un achatamiento de la varilla del anzuelo. Las dimensiones de las piezas permitirían una pesca de especies fuera de la zona de proximidad de los castros. En el mismo sentido, las escasas piezas de pesas de red provenientes de los castros, no permiten ni clasificaciones tipológicas, ni observaciones específicas a nivel tecnológico.

## 7.7 RECOLECCIÓN VEGETAL.

Lejos de ser un elemento primordial en la dieta castreña, como afirman los clásicos, ya que esta actividad depende de unos ciclos temporales concretos y la calidad de la cosecha no es predecible según la temporada climática, la recolección de frutos fue un complemento importante para las poblaciones astures, en cuyos poblados se localizan restos principalmente de bellotas, producto panificable una vez triturado y tostado (Maya 1989). Los estudios de Torres (2003, 2010 y 2011) nos muestra una extensa variedad y número de especies comestibles en el bosque cantábrico, con numerosos ejemplos de productos que pueden ser fácilmente almacenados hasta la llegada de los periodos críticos del invierno. Una de las contradicciones



## 7. Los recursos económicos de la Asturias castreña.

que nos encontramos en la historiografía es un olvido generalizado sobre la potencialidad del medio forestal para la economía castreña. Esa importancia no se basa únicamente en la obtención de material para la construcción, sino ante el hecho seguro de que esa obtención llega tras un constante acondicionamiento de la masa forestal, a través de podas, para permitir la explotación de madera de calidad. En este sentido Torres (2003, 98) apunta una interesante reflexión: *“La capacidad para acondicionar un bosque para su explotación económica, debe ser valorada como una actividad económica sofisticada. Implica el conocimiento directo, y minucioso en gran medida, de enormes extensiones de terreno y requiere el manejo de enorme cantidad de variables”*. Este acondicionamiento de los bosques está ligado no sólo al tratamiento de la madera que se va a aprovechar posteriormente, sino también a la creación de espacios de pastos, dentro de un medio que aportaría grandes nutrientes y que asume la posibilidad de ser explotado a través de una cabaña ganadera diversa.

Igualmente, fruto de la silvicultura y de la recolección, tenemos otras dos actividades igualmente básicas y de fuertes implicaciones tanto sociales y económicas, como serían el carboneo, trabajo bien documentado en época prerromana en el arco atlántico europeo, y los trabajos de cestería, cuya existencia esta bien documentada en las épocas protohistóricas del norte Peninsular, con hallazgos de piezas de madera a modo de recipientes (Torres 2001-02). Esta presencia de piezas de madera entre los elementos de cocina castreña, ausente entre el material recuperable en condiciones normales, pero supuesto admitido desde hace décadas en nuestra arqueología (Maya 1989), podría estar explicando la escasa aparición de materiales cerámicos en muchos castros, una situación extraña si pensamos en la larga perduración cronológica de su ocupación como en la Campa Torres (Maya y Cuesta 2001) o Llagú (Maya y Mestres 1998). Una prueba a favor de la presencia de una parte de vajilla en madera partiría de la simple observación del material cerámico recu-



Figura 7.21: Mortero de piedra entre los derrumbes del castro de Tremao de Carballo (Cangas del Narcea).

perado, sobre todo en niveles prerromanos, donde la mayor parte de las piezas corresponden a ollas, jarras u otros elementos en menor número, como queseras o vasos, sin que tengamos unos índices normales de platos o escudillas, los cuales sí aparecen de forma considerable a través de numerosas formas de la *Sigillata* Hispánica ya en época romana, lo que induce a pensar que esos platos o escudillas fueran mayoritariamente de madera.



Figura 7.22: Clavos de madera entre los restos de una vivienda circular en Ibias.

Respecto a la cultura material específica para la explotación forestal, conocemos dos elementos claramente identificables con esta actividad. Por un lado estarían las hachas, cuyo hallazgo en depósitos parece indicar a veces un uso votivo, o corresponder a piezas

de intercambio comercial a modo de moneda. Las hachas de bronce se corresponden de forma mayoritaria con el modelo denominado de talón y anillas, poco práctico en la explotación de madera, y más propio de funciones militares o del simple intercambio comercial. Las hachas planas, más minoritarias en cuanto al número de hallazgos, son en cambio más prácticas en la explotación forestal debido a la amplitud de sus filos. Las barrenas de bronce son otro elemento que se puede vincular a la extracción y transformación de la madera. Los hallazgos en Caravia (Maya 1989) son un ejemplo claro de esta industria transformadora al menos en la segunda Edad del Hierro astur.

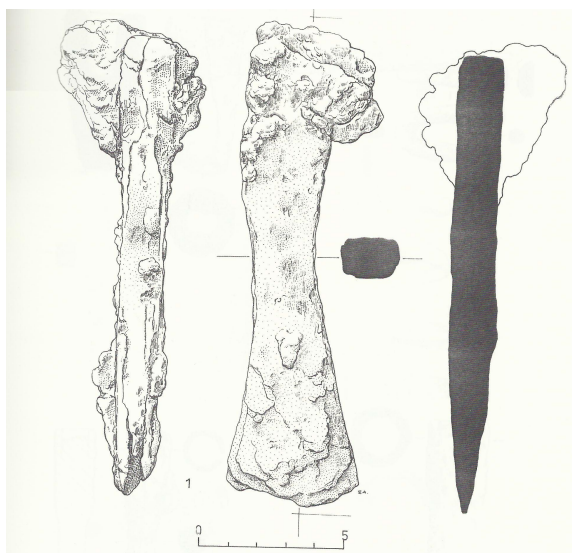


Figura 7.23: Hacha de la Campa Torres (Maya y Cuesta 2001, 151).

## 7.8 ARTESANÍA Y COMERCIO.

Respecto a la producción cerámica, hasta los años noventa del siglo XX, el análisis de la cerámica castreña asturiana se mostraba como un aspecto muy problemático de la documentación castreña por la falta de estratigrafías, así como por la falta de materiales en contexto seguro. Pese a estos vacíos, el trabajo de Maya (1988-89) supone el comienzo de un análisis profundo y comparativo de las colecciones asturianas, formando la base necesaria para el espectacular aumento de documentación material, que tuvo lugar a partir de

los años noventa con la excavación de la Campa Torres, el castro de Llagú, y la publicación parcial de amplias colecciones procedentes del valle del Navia. Quizás por la imagen arcaizante de los grupos astures antes de la romanización, siempre se había planteado una superioridad de las piezas en madera sobre las cerámicas, versión apoyada también por la falta de hallazgos en superficie en la mayoría de los castros de la región. Si bien esta presencia de piezas en madera es indudable, sobre todo en forma de cuencos-platos y vasos, las colecciones recuperadas en la Campa Torres, Llagú y el Chao Samartín demuestran una variada vajilla prerromana especializada en las piezas de cocción y almacenamiento, caso de ollas y grandes tinajas.

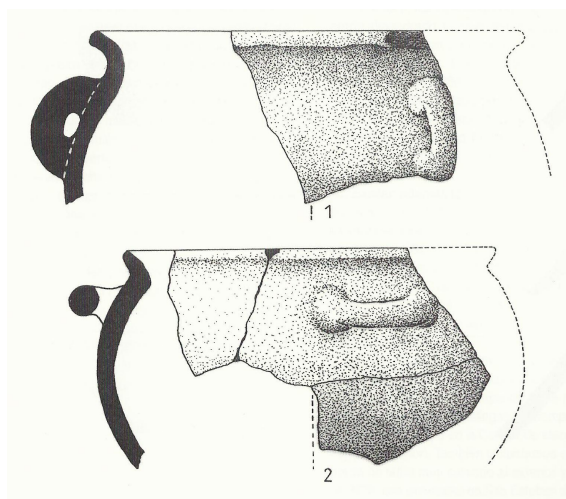


Figura 7.24: Ollas lisas de la Campa Torres (Maya y Cuesta 2001, 168).

Las cerámicas astures del período inicial del mundo castreño son por sus decoraciones diferentes a las del sector cántabro y galaico, y curiosamente similares, con la adopción temprana de la retícula bruñida, a las de algunos castros zamoranos y leoneses (Esparza 1986), siendo la cerámica un factor más a la hora de apostar por una mínima homogeneidad material en el cantábrico centro-occidental durante la Edad del Hierro. Pese a los intentos de definir diferentes áreas cerámicas dentro del territorio astur (Marín 2011), existe una conexión decorativa absoluta entre castros tan distantes como Coaña, San Chuis y la Campa

## 7. Los recursos económicos de la Asturias castreña.

Torres, caso de la presencia de estampilladas en SSS y triángulos, que de momento no permiten definir espacios de producción locales, sino más bien áreas donde ciertas decoraciones aparecen en mayor medida que en otras. Para la fase más inicial de la Edad del Hierro contamos apenas con varias descripciones de materiales procedentes del Chao Samartín y de los castros de Villaviciosa, una pequeña colección estudiada procedente de San Chuis, y con la colección completa de la Campa Torres (Marín 2011; Maya y Cuesta 2001).

Las piezas de San Chuis provienen del relleno de un agujero de poste de una cabaña circular fechada a comienzos de la Edad del Hierro. Se trata de cuatro bordes y dos bases, en los cuales se puede observar el uso de unas formas en S para los bordes exvasados, típicas de esta fase. Las piezas apenas tienen un acabado final, más allá de un espatulado muy básico y no disponen de decoración (Marín y Jordá Pardo 2007). En cuanto a los datos conocidos del Chao Samartín, sabemos que aparecieron piezas toscas lisas y a mano (Villa 1999), al igual que en el Castiello de Ambás (Villaviciosa) (Camino 1997, 52). La falta de decoración, la tosquedad del material y la mala cocción parecen ser las características cerámicas de esta fase en un momento de cambio entre la Edad del Bronce y la Edad del Hierro. En cambio, las formas de las cerámicas con sus bordes exvasados y sus perfiles en S son ya las típicas de la cerámica castreña y perdurarán hasta la romanización.

La colección conocida de la Campa Torres (Gijón) (Maya y Cuesta 2001), Camoca (Villaviciosa) y el Campón (Villaviciosa) (Camino 1997), nos muestra el paso siguiente, donde no estamos ante piezas de tradición de la Edad del Bronce, ni de transición, sino ante unos primeros ejemplos claros de cerámicas castreñas tempranas. En la Campa Torres nos encontramos con piezas de acabado más cuidado, mediante el típico espatulado, al que se añade el bruñido, un elemento decorativo común en las cerámicas astures desde la costa asturiana hasta la provincia de Zamora (Esparza 1986). Los bordes son rectos y exvasados de labios tanto planos, como redondos, y a

los que siguen cuerpos en S para las ollas, cuya cocción es mixta y la decoración, todavía minoritaria en la vajilla astur, es mediante incisiones a punzón, o en espiga y espina de pescado. Se observan de forma puntual en esta fase las retículas bruñidas y las impresiones mediante pezones, elementos que parecen aumentar en número durante la Segunda Edad del Hierro. En el caso de los castros de Villaviciosa las formas son similares, con ollas globulares y perfiles en S, todavía con apariencia bastante tosca y cocción mixta. Las decoraciones son similares a la Campa, en el caso de las incisiones en forma de espiga y algunos bruñidos, a las que se suman, como novedad local, la incisión de pequeños círculos.

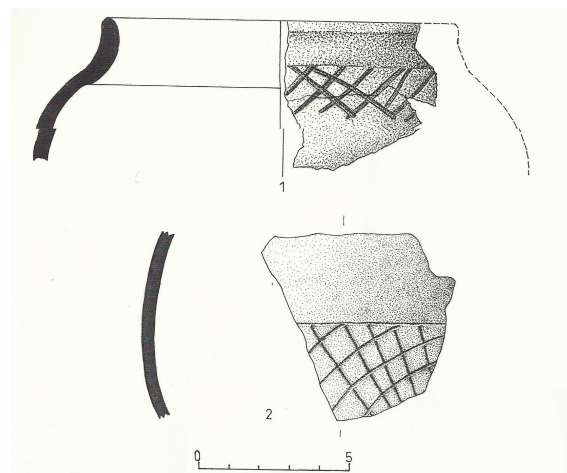


Figura 7.25: Cerámicas con retícula bruñida de la Campa Torres (Maya y Cuesta 2001, 207).

Para la siguiente fase de la Edad del Hierro, volvemos a tener como referencia las colecciones procedentes de la Campa Torres, castros de Villaviciosa, y San Chuis, a las que se suman las del Castro de Llagú y algunos elementos procedentes de Larón, Garba Y cogollina (Marín 2011). En el caso del valle del Navia partimos de un error interpretativo por el cual se han identificado como comunes romanas miles de piezas prerromanas (Carroceira 1995a), al que le siguen la publicación muy parcial del resto, sin una memoria completa de cada castro investigado. En el mismo sentido, sólo conocemos las analíticas de pastas



de cuatro castros, la Campa Torres (Maya y Cuesta 2001), Llagú (Berrocal *et alii* 2002), la Cogollina y la Garba (Fanjul 2011b), con lo que es difícil definir elementos de la cadena operativa y establecer comparaciones, más allá de advertir una combinación de la elección de arcillas locales del entorno del castro y la tradición tecnológica comarcal en la selección de desgrasantes, caso de las cerámicas analizadas en los castros de Teverga (Fanjul 2011b). Pese a ello, sabemos que la Segunda Edad del Hierro supone una serie de cambios en la mejora de la calidad cerámica castreña, con una producción manual que sigue sin hacer uso del torno. Se observa igualmente un mayor cuidado de las pastas, eliminando los desgrasantes de gran tamaño de la etapa anterior. La presencia de piezas más finas, y la mayor altura de las paredes de otras, extensamente decoradas, nos permiten defender la idea de un mayor control del proceso de cocción, que nada tiene que ver con las producciones toscas de la Primera Edad del Hierro. Por un lado, se está produciendo una selección de arcillas, incluso un cribado de las mismas, mientras que en paralelo se ha cambiado la técnica de cocción, mediante un sistema de horno que de momento desconocemos. Ambas novedades tecnológicas suponen la aparición de unas cerámicas de gran calidad estética y material. Para la siguiente fase de la Edad del Hierro, volvemos a tener como referencia las colecciones procedentes de la Campa Torres, castros de Villaviciosa, y San Chuis, a las que se suman las del Castro de Llagú y algunos elementos procedentes de Larón, Garba y cogollina (Marín 2011). En el caso del valle del Navia partimos de un error interpretativo por el cual se han identificado como comunes romanas miles de piezas prerromanas (Carroceira 1995a), al que le siguen la publicación muy parcial del resto de piezas, sin una memoria completa de cada castro investigado. En el mismo sentido solo conocemos las analíticas de pastas de cuatro castros, la Campa Torres (Maya y Cuesta 2001), Llagú (Berrocal *et alii* 2002), la Cogollina y la Garba (Fanjul 2011b), con lo que es difícil definir elementos de la cadena operativa y establecer compara-

ciones, más allá de advertir una combinación de la elección de arcillas locales del entorno del castro y la tradición tecnológica comarcal en la selección de desgrasantes, caso de las cerámicas analizadas en los castros de Teverga (Fanjul 2011b). Pese a ello, sabemos que la Segunda Edad del Hierro supone una serie de cambios en la mejora de la calidad cerámica castreña, con una producción manual que sigue sin hacer uso del torno. Se observa igualmente un mayor cuidado de las pastas, eliminando los desgrasantes de gran tamaño de la etapa anterior. La presencia de piezas más finas, y la mayor altura de las paredes de otras, extensamente decoradas, nos permiten defender la idea de un mayor control del proceso de cocción, que nada tiene que ver con las producciones toscas de la Primera Edad del Hierro. Por un lado se está produciendo una selección de arcillas, incluso un cribado de las mismas, mientras que en paralelo se ha cambiado la técnica de cocción, mediante un sistema de horno que de momento desconocemos. Ambas novedades tecnológicas suponen la aparición de unas cerámicas de gran calidad estética y material.

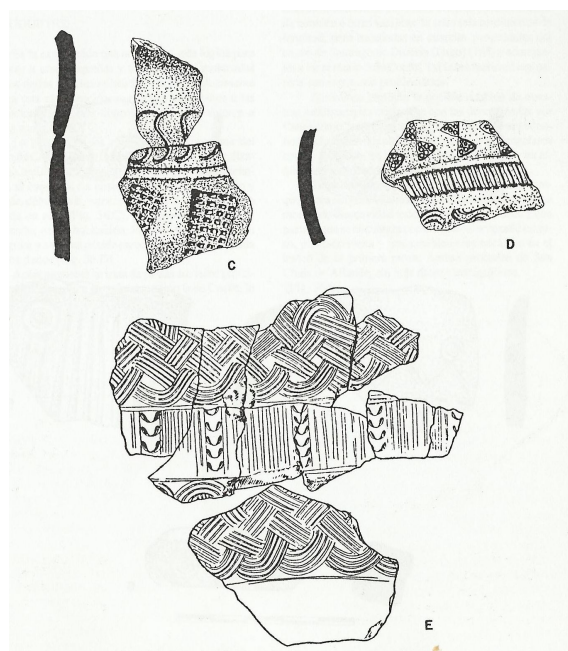


Figura 7.26: Cerámicas con decoración en SSS de la Campa Torres (Maya y Cuesta 2001, 207)..



En el aspecto decorativo, también se produce una evolución notable con la incorporación de nuevos motivos, entre los que se incluyen elementos atlánticos comunes a los pueblos del norte, caso del estampillado, pero manteniendo la tradición local, al contrario que en los castros gallegos, donde es en el hombro de las piezas el lugar en el que se concentra esa decoración. En esta etapa las decoraciones pasan a ser continuas, preferentemente enmarcadas por líneas horizontales, donde a modo de bandas se introduce la decoración incisa, bruñida, estampillada, o haciendo un uso combinado de las diferentes técnicas en la misma pieza. La aparición del estampillado como técnica decorativa es un fenómeno atlántico, si tenemos en cuenta los paralelos entre piezas cantábricas y de la costa de Bretaña para unos momentos similares (Wheeler *et alii* 1957), y que podemos definir como un fenómeno decorativo “marítimo”, en el sentido de que se difunde con motivos comunes entre castros marítimos a cierta distancia, pero que no se traslada a las producciones de castros de interior, mucho más cercanos a esos emplazamientos costeros, tal como ha demostrado González-Ruibal (2006-07, 280-283). Otro elemento atlántico son los motivos en SSS (Marín 2011), que mediante frisos corridos en unos casos, y entrelazados en otros, aparecen no sólo en la decoración cerámica, sino también en otros elementos de la escultura castreña en piedra por todo el Noroeste ibérico, y que pueden vincularse con una serie de contactos atlánticos.

La cerámica astur de la Edad del Hierro busca piezas globulares y ovoides en el caso de las grandes ollas, algunas de las cuales, por sus dimensiones, parecen haber servido de contenedores de almacenamiento y no como piezas de la vajilla de uso doméstico. Otras piezas con bordes perforados a modo de “orejetas” en cambio, están diseñadas para colgarse sobre el llar y calentar el producto que guardan, sin contacto directo con las brasas del fuego. La variación de temas decorativos y su combinación es enorme, y tal como apuntábamos al comienzo, la presencia de decoraciones idénticas en castros muy distantes,

permiten hablar no sólo de un contacto fluido entre las tribus castreñas, sino también impiden identificar espacios de producción exclusiva. A las incisiones y el bruñido de la primera etapa de la Edad del Hierro, se le suma el estampillado y la combinación de todos los tipos decorativos posibles en una sola pieza, complicando los intentos de adscripción cultural de las diferentes decoraciones asturianas. Junto a estas típicas decoraciones castreñas, se le suma un grupo poco conocido pero que aparece en varios castros costeros como los de Villaviciosa, caso de las piezas pintadas. Su presencia en un fragmento de la Punta el Castiello de Podes, nos hace plantear una imitación astur de cerámicas de bandas rojas procedentes del espacio celtibérico de la meseta, o del intercambio puntual con productos ibéricos del sur mediterráneo. La misma variedad la observamos en la tipología de bordes, los cuales conviven al mismo tiempo en los mismos yacimientos. Desechamos la idea de que las cerámicas conocidas como de “clavos”, que parecen imitar a calderos con remaches metálicos, y que son muy abundantes en el Noroeste castreño, sean importaciones galaicas. La cerámica astur es producto de una industria local, abierta a la adopción de modelos decorativos foráneos, pero en la que no se aprecian importaciones, más allá de algunos productos mediterráneos. Las cocciones mixtas que se observan en la cerámica del final de la Edad del Hierro asturiana demuestran la existencia de unos hornos sencillos, donde existe una variación de temperaturas en la misma pieza, bien por las escasas dimensiones de la estructura de cocción, o por la falta de una perfección en el seguimiento del proceso.

Desde el siglo IX a.C. hasta la conquista romana se están produciendo contactos comerciales entre el mediterráneo y los castros del Noroeste. Si los fenicios abren la ruta marítima hasta el siglo VI a.C., serán después los cartagineses con base en Cádiz, y finalmente romanos, los responsables de la aparición de una serie de productos importados en los castros astures. A los materiales de intercambio en contenedores cerámicos, como

las confituras y el vino de la Campa Torres (Maya y Cuesta 2001), se le suman otros elementos más transportables como las cuentas de collar oculadas, que penetran al interior de los valles astures y que aparecen en Llagú o San Chuis (Marín 2011, 548). Posiblemente el fragmento más antiguo de cerámica púnica en un castro astur es el identificado por J.L. Maya (1987-88, 193) en Coaña. Se trata de un borde de cerámica a torno, pasta rosácea y con engobe anaranjado, cuyas fechas oscilan según los investigadores que han estudiado la pieza. J.L. Maya la sitúa en torno al siglo VI a.C., mientras que Marín reduce su contexto en torno al siglo III a.C. (Marín 2011, 549). Las importaciones de materiales mediterráneos crecen cuando entramos en la etapa republicana y nos acercamos al cambio de Era, con abundantes ejemplos de ánforas en castros del Bajo-Medio Navia (Arancedo y Coaña), así como en la Campa Torres. Junto al vino mediterráneo llegan también vasos y platos de gran calidad técnica, en comparación a las producciones locales, como son las cerámicas campanienses, de barniz negro, y que intentan imitar a las cerámicas griegas con un acabado similar.

La presencia de estas novedades materiales no tuvo en la producción local un impacto productivo, intentando imitar los materiales foráneos de mayor belleza y calidad, y desconocemos cuando se produjo la gran revolución técnica de la adopción del horno de cocción bicameral. En este sentido, no queremos hablar de tecnología mediterránea, ya que si el paso del horno en fosa al horno bicameral se produjo por contactos prerromanos con el alto Ebro, el tipo de estructura nos puede trasladar a un mundo más centroeuropeo que a las influencias púnicas o romanas que pudiesen germinar entre los Astures por vía mediterránea. Ese tipo de cambio sabemos con certeza que se produce en la etapa astur-romana. La romanización supone una serie de cambios profundos en la vajilla local, combinando un aumento espectacular de las importaciones con la imitación local de nuevos modelos, que irán sustituyendo a las producciones artesanales previas. Es-

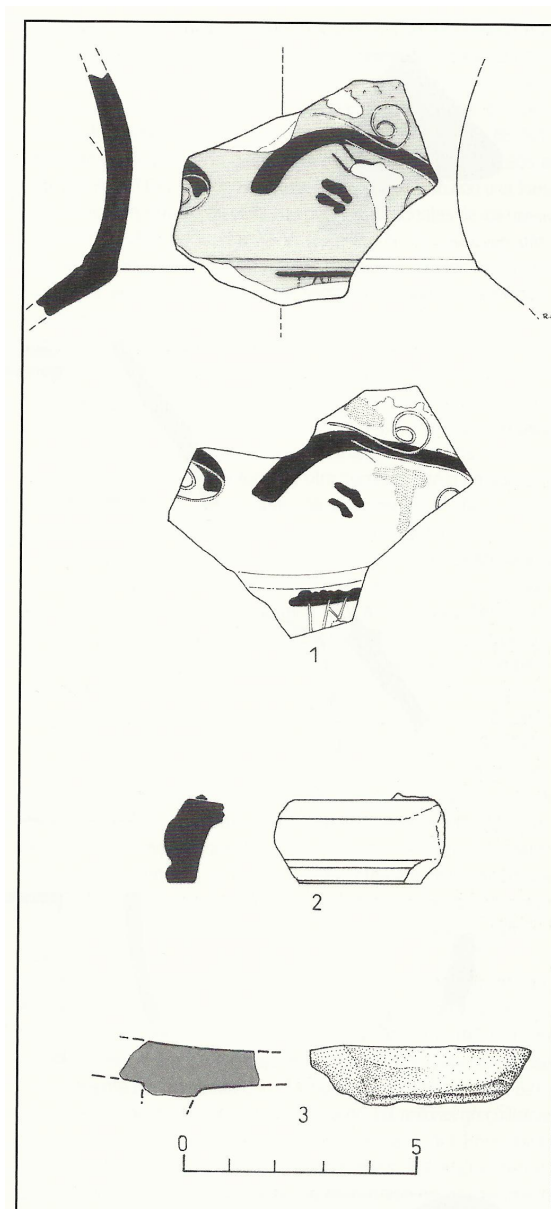


Figura 7.27: Cerámicas importadas mediterráneas en los niveles prerromanos de la Campa Torres (Maya y Cuesta 2001, 155).

tamos en el paso de la producción artesanal a la industrial, donde los cambios tecnológicos y la necesidad del mercado inter-regional, transformó desde dentro a la vajilla castreña. En este sentido, se ha discutido mucho sobre si la denominada cerámica común romana, que aparece en nuestros castros, es una importación o se trata de una producción local. En nuestra opinión, su presencia masiva en los niveles astur-romanos de algunos cas-

tros como el Chao Samartín (Menéndez y Benítez 2002), hace difícil pensar que se trate de importaciones y más bien entendemos que se trata de una imitación local a productos importados que gozan de buena aceptación, donde se copian tipologías antes no existentes, y que inicialmente aparecen como importaciones. Por lo tanto, seguimos planteando que estamos ante piezas astur-romanas, salvo en el caso claro de las importaciones de sigillatas, paredes finas o vasos con engobe rojo, para los cuales desconocemos taller alguno en la Asturias transmontana. Una las características de las producciones de este período astur-romano es la rapidez con la que se importan y copian los modelos foráneos. Esas copias locales adaptan igualmente los aspectos técnicos como el torno rápido y el horno bicameral, lo que supone la imposibilidad de seguir manteniendo los repertorios incisos que se hacían en la segunda Edad del Hierro. La búsqueda de un éxito comercial dentro una producción que ya podemos denominar como industrial, hace posible algo que antes no se acababa de concretar entre las producciones prerromanas, como es la presencia de un mayor número de piezas decoradas en la vajilla doméstica, así como la aparición de un mayor número de tipos cerámicos, que sin duda están en relación con un cambio en la transformación y consumo de los alimentos. Aparecen elementos como los platos, las fuentes, las jarras, las fuentes con tapadera, y se multiplica el número de productos con asas, dándole un toque más práctico y diverso a la cultura cerámica astur. En definitiva, el mercado industrial basado en la producción mediante hornos bicamerales aportó a la vajilla castreña un elenco de tipos que ésta era incapaz de producir desde la perspectiva artesanal, permitiendo a la vez la multiplicación de piezas decoradas. Esta innovación impulsada desde fuera, es en nuestra opinión una adaptación e imitación local, con lo que las denominadas cerámicas de “tradición indígena”, o “comunes romanas” son la continuidad, tecnológicamente mejorada y ampliada, de una industria autóctona astur-romana.

Respecto a las fíbulas asturianas, la falta

de una monografía al respecto nos obliga, al igual que en el tema anterior, a basarnos en unas generalidades propias de nuestras observaciones, así como de los catálogos disponibles, que podemos dar como fiables sólo en los realizados en los últimos años (Llagú y Campa Torres), aparte de los materiales del castro de Caravia, cuya cronología exclusiva de la segunda Edad del Hierro permite aceptarlo a la hora de establecer relaciones tipológicas y cronológicas. Pese a la falta de un estudio monográfico al respecto, disponemos de suficiente material bien documentado en la Campa Torres (Maya y Cuesta 2001), castros de Villaviciosa (Camino 1997), Llagú (Berrocal *et alii* 2002) y de forma parcial, materiales de los castros del Navia (Villa 2005), que nos permiten proponer una serie de datos cronológicos y sociales nuevos, respecto al mayor estudio realizado hasta el momento al respecto, caso de la monografía de J.L. Maya sobre los materiales castreños asturianos (1988-89). Nuestra primera observación parte de las fíbulas más mayoritarias hasta ahora en Asturias, como son las fíbulas en omega. están distribuidas por todo el norte hispano a partir de la romanización, y cuyas huellas parecen trazarse también en aquellos lugares de Europa donde los Astures o tropas del norte peninsular estuvieron establecidas. Las cronologías de la Campa Torres muestran la existencia de las fíbulas en omega desde el siglo VII a.C., con una dispersión en la primera Edad del Hierro en la región, que no tiene parangón en las regiones vecinas, lo que en nuestra opinión nos permite bautizar como fíbulas astures.

Siguiendo una línea similar se hallarían los broches laciformes, muy comunes en el ámbito astur a ambos lados de la cordillera, y cuya delimitación geográfica, bien estudiada recientemente por Camino Mayor (2002), nos habla de unas piezas eminentemente astures. Respecto a las fíbulas con cronologías similares, destaca la escasa presencia de estas en Asturias, pudiendo deberse a la masiva y temprana de fíbulas en omega, que en muchos yacimientos estudiados sin las técnicas apropiadas, o simplemente saqueados hace décadas, se habían tomado como romanas.

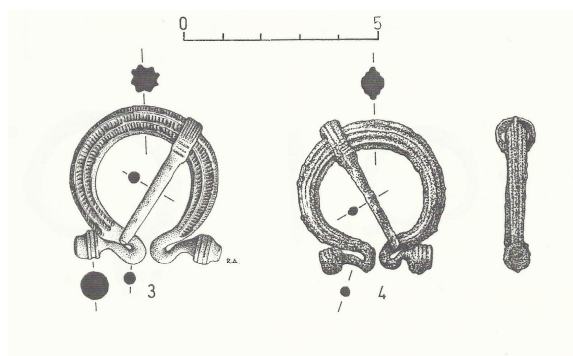


Figura 7.28: Fíbulas astures en omega de la Campa Torres (Maya y Cuesta 2001, 122).

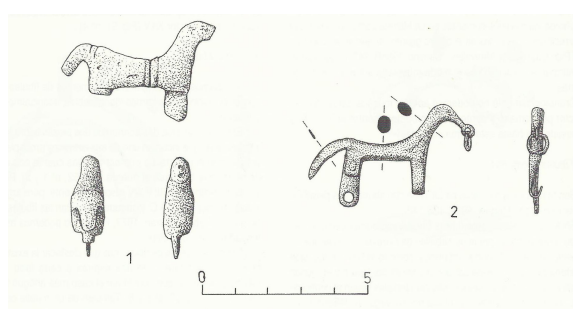


Figura 7.29: Fíbulas zoomorfas de la Campa Torres (Maya y Cuesta 2001, 112).

La interesante presencia de fíbulas de bucle en la Escrita (Maya 1988-89), nos muestra un autentico proceso de poblamiento entre los dos castros del conjunto de la sierra de la Escrita, donde la Escrita podría hacer de *oppida*, respecto a su vecino menor en tamaño. La utilización de piedras hincadas seria una solución defensiva local, lejos de corresponder a un poblado militar romano. Las fíbulas del siglo V a.C. demuestran la existencia de un castro prerromano.

Por otro lado, y quizás sumando apoyos a las tesis que apuestan por una temprana presencia militar en algunos grandes castros occidentales (Villa 2007), consideramos que la presencia de fíbulas auccisas en Mohias y Coaña, y su ausencia en otros poblados de la región, nos obligan a considerar la opción de la presencia militar como un hecho muy posible.

Finalmente, es de destacar que la variada y abundante presencia en nuestra región de fíbulas de imitación meseteña, y mas con-

cretamente celtíbera (Maya y Cuesta 2001), supone certificar la existencia de unos fuertes contactos sociales entre ambos grupos, donde la cultura material celtíbera se copia en las poblaciones astures, cuando no se importa directamente, si tenemos en cuenta la calidad de algunas de las fíbulas zoomorfas halladas en la Campa Torres o Llagú.



## Capítulo 8

# Fuentes para el estudio de los castros de Asturias.

### 8.1 HACIA UNA REVISIÓN DEL MAPA CASTREÑO DE ASTURIAS.

Uno de los mayores retos de este trabajo ha sido resumir un estudio original de gran amplitud, donde cada castro dispone de una ficha, una o varias láminas y fotografías, en el formato que actualmente presentamos. Hace varios años, entre 2002 y 2003, junto al arqueólogo Luis R. Menéndez Bueyes, decidimos realizar un estudio sobre los castros de la cuenca central de Asturias, teniendo como primera sorpresa que importantes yacimientos, por sus dimensiones y ubicación estratégica para el análisis histórico de amplios valles, habían pasado completamente inadvertidos en la bibliografía arqueológica, pese a estar catalogados desde hace décadas. Por otro lado, nos sorprendía la gran cantidad de yacimientos que, tras su visita, ofrecían numerosas dudas sobre su condición de castros, con lo que esto suponía para el mapa arqueológico regional (Fanjul 2002-03 y 2007c). Un segundo estudio, durante nuestro curso de doctorado de la Universidad de Salamanca (2003), con unos planteamientos parecidos al anterior, descubría que ese porcentaje de yacimientos dudosos era superior al 50 % de los inicialmente catalogados. El por qué de estas situaciones tiene una justa explicación, ya que a veces, al existir alguna duda por escasa que sea, sobre la presencia en una colina de un poblado fortificado, el profesional que realiza la carta arqueológica local decide su catalogación como medida de preservación inicial del lugar ante posibles destrucciones, y esperan-

do que se aclare posteriormente su naturaleza. En otras ocasiones, una espesa capa vegetal impide al arqueólogo llegar a visitar el asentamiento dudoso, lo que le obliga a tomar una catalogación preventiva. Ante esta situación

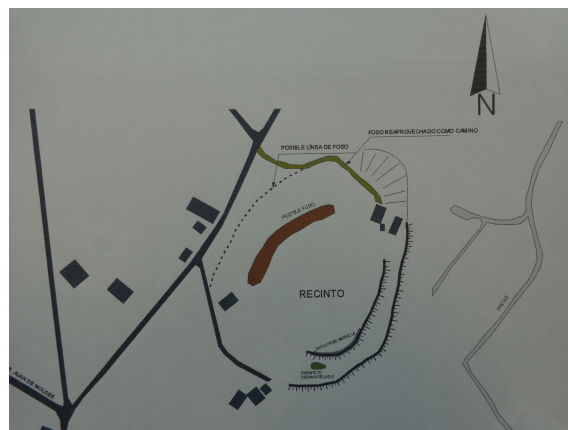


Figura 8.1: Mapa del castro dudoso de Os Castros de San Juan en Castropol (Camino y Viniegra 1990). Muchos lugares como éste, que nosotros no consideramos castros pero son tomados como tales en las cartas arqueológicas locales, carecen de elementos fiables para ser considerados castros. Su catalogación oficial se realiza entonces de forma preventiva esperando aclarar su naturaleza en el futuro.

generalizada, y por el hecho de que algunos investigadores estuvieran realizando interpretaciones del paisaje histórico, a través de la simple lectura de unos mapas arqueológicos no revisados, consideramos conveniente una primera revisión total del mapa castreño de

Asturias (Fanjul 2005). La visita continuada a los yacimientos nos ha ido aportando toda una serie de revelaciones sobre la ubicación de los poblados, su construcción, sus defensas o su entorno económico inmediato que, en conjunto, creemos que pueden ayudar a completar una segunda revisión general del paisaje fortificado en Asturias que presentamos en esta tesis doctoral. Al obligado reconocimiento de cada castro, le hemos sumado un análisis de la bibliografía arqueológica asturiana y del noroeste peninsular, así como una recopilación de referencias geo-económicas, vinculadas a los entornos de cada poblado, ya fuera por estudios locales, o por referencias directas de la población que reside en sus cercanías. Un trabajo como este debía de disponer de unos claros límites, ya que si a los años de visita de yacimientos y análisis bibliográfico, le hubiéramos sumado aspectos de interés, pero más especializados, como la recogida de toda la microtoponimia del entorno de cada yacimiento, o microanálisis espaciales detallados, hubiésemos visto multiplicar nuestro trabajo, y hubiera implicado la lógica imposibilidad de llevarlo a cabo. Debido a estos necesarios límites, queremos repetir la idea de una “nueva revisión del mapa castreño asturiano”, conscientes de que una mayor intensidad del análisis de cada territorio aportará nuevos datos y abrirá nuevas líneas de investigación. A las limitaciones propias del estudio, le anteceden unos límites naturales de la documentación arqueológica, con un paisaje vegetal siempre parco a mostrar cualquier resto material que nos proporcione una cronología, al menos parcial, del castro visitado. Aún así, creemos justificado el intento de realizar un primer acercamiento a los factores de ubicación de los poblados a través de una lectura del paisaje arqueológico y geográfico.

A finales del siglo XVIII, con la elaboración del diccionario geográfico-histórico de Martínez Marina, se documentan un total de 35 yacimientos castreños (Campoamor Miraved 2000), ampliándose esta cifra inicial tan sólo en una decena de lugares nuevos hasta el primer cuarto del siglo XX (Llano Roza 1919 y 1928). La principal catalogación de castros

asturianos proviene de la labor investigadora del profesor J. M. González (1976), quien realiza un mapa de poblados fortificados con el resultado más cercano al producto de nuestra revisión, que al de las sucesivas ampliaciones posteriores debido a la redacción de numerosas cartas arqueológicas locales, entre 1986 y 2005. Es en estas cartas arqueológicas por concejos, donde en total hallamos más de cuatro centenares de posibles castros. Bajo nuestro punto de vista, por las razones apuntadas anteriormente, y como una primera revisión del paisaje castreño de la región, la reducimos a la siguiente cifra de 246 (Fanjul 2005). En nuestra nueva revisión, cuyo catalogo presentamos posteriormente, reducimos de nuevo esa cifra a 225, una realidad en la que posiblemente no existan más de 200 castros en Asturias, si eliminamos algunos emplazamientos dudosos.

## 8. Fuentes para el estudio de los castros de Asturias.

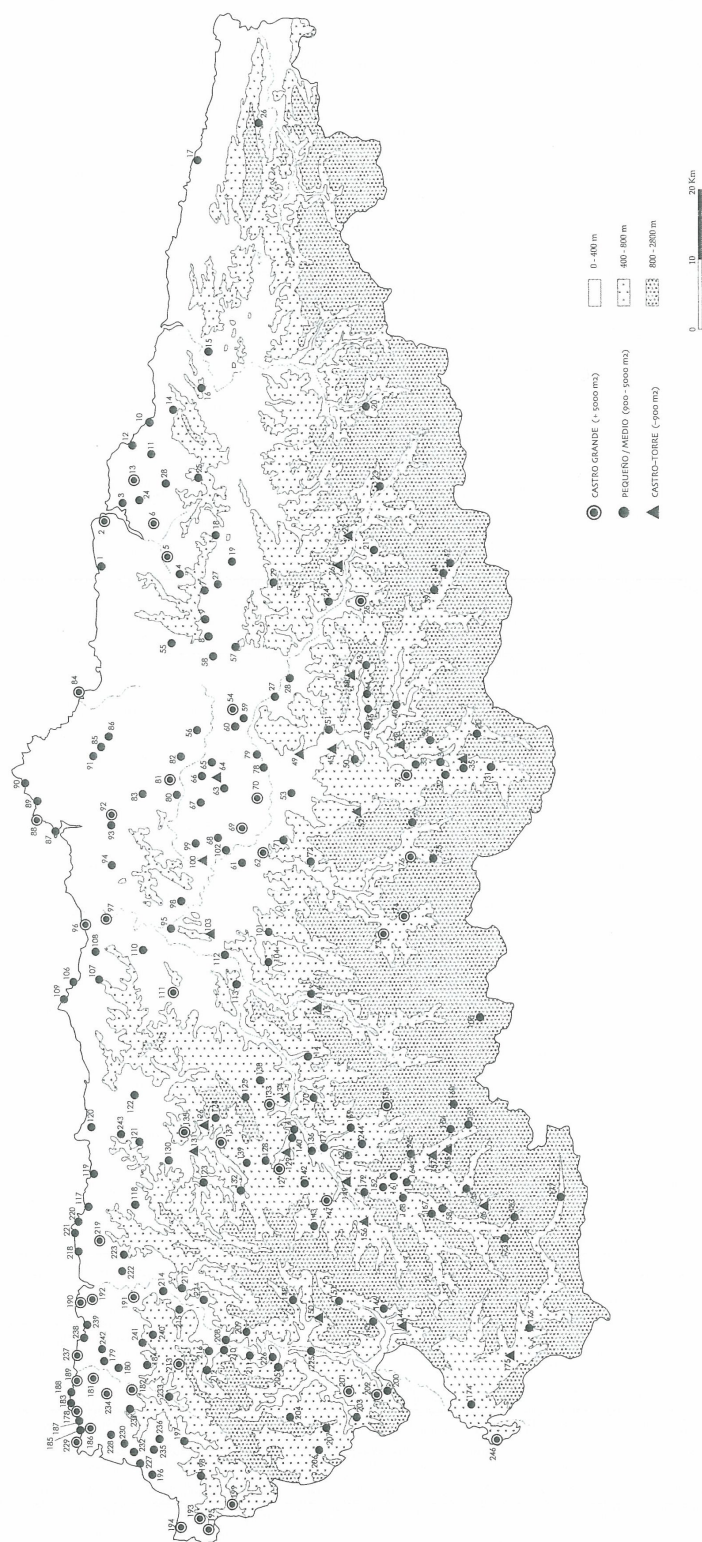


Figura 8.2: Mapa de los castros asturianos según Fanjul (2005).

### 8.2 EL CASTRO EN EL PAISAJE ACTUAL. LA TOPONIMIA.

Hemos clasificado en tres grupos la gran cantidad de topónimos diferentes que hemos ido localizando en el mapa castreño, buscando una base sólida para el análisis de los nombres, que pudiese aportarnos nuevos elementos de juicio en lo que respecta al paisaje fortificado y su pervivencia en la tradición y memoria popular. Los grupos constituidos estarían englobados en topónimos de origen geográfico, histórico o mixto, geo-histórico. Pudiendo constituir una fuente documental de interés para la detección de nuevos emplazamientos (Casaubon 2002), creemos conveniente aportar el listado de al menos los grupos de toponimia histórica y geográfica, ya que los mixtos, siendo menos repetitivos, siguen un esquema de mayor simplicidad basado en la unión de un término de tipo geográfico, tipo “El Cuetu”, “El Picu” o “La Corona”, al que sigue otro histórico como “Castiello”, “Questru” o “Castru”.

Topónimos de tipo geográfico: La Garganta, Cogolla, Cogollina, Monte, Croas, Tesu, Picón, Carcavón, Cavona, Curión, Cogollo, Penaguda, Barquerona, Campón, Corolla, Corona, Corón, Cuetu, Picu, Llomba, Llana, Cuitu, Cantu, Cutu, Cogolla, Garba, Picon, Cochao, Pico, Corona, Campa y Mouta.

Topónimos de tipo histórico: Atalaya, Castiello, Castro, Torre, Castillo, Questru, Castrellón, Castiechu, Capilla, Cerco, Mules, Torres, Barrera, Cascayal, Garita, Armada, Castiel, Torres, Castillo de los Moros, Los Vallaos, Castros, Castelo, Castreda, Castelón, Castiel.

Creando conveniente un análisis mucho más especializado, lejos de nuestra visión general, y que sobre todo se centre en la toponimia menor de los entornos de los castros, por su extraordinario interés (Alvarez Peña 2002, 22; García Arias 1993), y pese a lo extenso de su recopilación, nos limitamos a proponer cuatro hipótesis de trabajo en este apartado, a partir de la simple revisión de nuestro listado de yacimientos:



Figura 8.3: Castiechu del Chamardal. Su topónimo, al igual que en tantos castros, permitió la identificación arqueológica del lugar.

- Estamos convencidos de que una masiva presencia de topónimos de tipo histórico respecto a los geográficos, como ocurre en el occidente de la región, es el resultado de una menor incidencia de diversos elementos sociales en la tradición oral, que estarían representados por una menor presencia de movimientos de población foránea, crecimiento urbano, industrialización o buenas comunicaciones. En aquellas áreas donde se dan de forma masiva estos factores, como los sectores industriales de la cuenca central de la región, los índices de toponimia histórica son mucho más reducidos y del recuerdo mitológico se pasa a la mera significación del accidente geográfico.
- Las características de algunos de los topónimos refuerzan la importancia de la denominación local, dentro de un particularismo comarcal, lejos de unas normas comunes de denominación lingüística, que aumenta la dificultad de intentar un análisis global y pormenorizado de la toponimia arqueológica.
- En todos los sectores de la región, la toponimia histórica es mayoritaria sobre la geográfica y mixta, con la única variación del sector oriental de Asturias, donde el número de yacimientos con to-



## 8. Fuentes para el estudio de los castros de Asturias.

ponimia geográfica es igual al de aquellos mixtos.

- Ante la falta de un mayor número de excavaciones, por el momento no podemos confirmar la vinculación directa entre los topónimos como “Corona” o “Castrillón” a reocupaciones medievales, tal como se observa en la vecina provincia de León (Mañanes 1983-84).



Figura 8.4: Yacimiento fortificado medieval de la Forca sobre Villaviciosa. Su topónimo histórico ha creado cierta confusión respecto a su naturaleza prehistórica o medieval.

- Como prueba de la importancia de los estudios microtoponímicos en los entornos castreños, está el topónimo recogido durante nuestras investigaciones en el castro de la Garba, y que bajo la denominación de la “Agustana”, cubre el territorio de buena parte del castro. Desconocemos si este nombre, clara y excepcional pervivencia del latino Augustanus, tiene una vinculación a posibles advocaciones religiosas imperiales en el antiguo poblado, o a la propia importancia territorial y política del castro.

### 8.3 LA MITOLOGÍA.

De nuestras visitas a yacimientos castreños, desde un principio el apartado de la mitología nos mostró dos aspectos vitales a la hora de desestimar una minuciosa recogida de esta documentación oral. Por una parte,



Figura 8.5: Peña Armada en Castrillón.

si bien es necesaria tenerla en cuenta para la localización de yacimientos (Dethier 2003), se muestra estéril a la hora de aportar datos de interés para el análisis arqueológico del castro. Esta inexistencia general de información arqueológica fiable cambia cuando estamos ante tradición oral sobre hallazgos contemporáneos. Es entonces cuando las noticias de posibles estructuras o de posibles elementos materiales de un gran interés deben tomarse en cuenta, al menos como hipótesis para trabajos futuros. Por otro lado, la leyenda sobre un yacimiento cambia de estructura, personajes y nivel de información dependiendo de la localidad vecina al yacimiento donde se obtenga, lo que implica multiplicar el tiempo de prospección o visita a cada yacimiento. Pese a no haber profundizado de forma particular en este apartado, obtuvimos una conclusión parecida a lo que ocurre con la toponimia, como es una mayor desaparición de la tradición oral en las zonas centrales de la región, en sus sectores más industrializados, respecto a sectores rurales del resto de la región. La mitología no debe tomarse como prueba absoluta de posible ocupación histórica de un lugar concreto, sino como una referencia más a tener en cuenta, sobre todo en un paisaje cantábrico como el nuestro, carente de elementos materiales en superficie que nos ayuden a comprobar la existencia de un yacimiento debido a la espesa capa vegetal. Hemos comprobado de manera repetitiva como numerosos elementos del paisaje, sin ningún tipo de resto histórico, pasan

a formar parte de la mitología debido a la forma natural de su orografía o simplemente por destacar en el paisaje (Concepción 1995), provocando de forma continuada una constante confusión interpretativa que no queda siempre resuelta por el reconocimiento del lugar (Suárez 2001).



Figura 8.6: Pozo de saqueo en la cabecera fortificada del Castiello de Podes en Gozón. La mitología arqueológica ha sido la base de la centenaria búsqueda de tesoros en los castros asturianos.

Entre los elementos básicos mayoritarios que nos aparecen en el repertorio mitológico de los castros asturianos, dentro de una multitud de leyendas y referencias orales de carácter particular, tendríamos la existencia de “ayalgas” o tesoros de diversas características, boleras de los moros (vinculadas a los fosos de los castros), gallinas o ganado de oro, que junto a xanas se aparecen sólo en la madrugada o noche de San Juan, presencia de “moros”, etc.

#### 8.4 USOS TRADICIONALES.

El reaprovechamiento de los derrumbes de los castros asturianos, con fines constructivos, es el principal uso que nuestros poblados tuvieron durante siglos una vez abandonados. Los numerosos ejemplos que hemos observado a lo largo del paisaje asturiano hacen de esta práctica, junto a las excavaciones clandestinas en busca de tesoros, una actividad que afecta con mayor o menor intensidad al 100 % de los yacimientos analizados. Las caserías situadas

sobre el Pico Escucha de Armiello en Mieres, las viviendas del Castelón de Illano o el Castiello de Veneiro en Tineo, muestran la parte final de un proceso que comenzaba extrayendo los bloques de derrumbes casi siempre en la parte más exterior y de más fácil acceso al poblado, la cual coincidía casi siempre con algún bastión defensivo en la cabecera del mismo, donde además se acumulan siempre más bloques aprovechables que en cualquier otro sector de las líneas de muralla. Los amontona-



Figura 8.7: Restos de trabajos tradicionales de cantería en el interior del castro de la Cogollina (Teverga).

mientos circulares de piedras, que hemos observado en As Croas de Hiélale en San Tirso de Abres, Las Cogollas de Linares de Salas, o en las colinas aledañas al Corón de la Aldea en Laviana, son restos visibles de este proceso de desmantelamiento de nuestros castros en provecho de la construcción tradicional, ya sea de viviendas o simples muros divisorios de terrenos (Castiello de Fozana en Siero). La dedicación agropecuaria de los terrenos de los castros es mayoritariamente forestal, junto a un número similar de casos en los que se utiliza el castro o sus aledaños como pradería. Los yacimientos que fueron utilizados como zonas de cultivos son generalmente escasos, y no podemos concretar si muchas de las relaciones de cercanía inmediata entre castros y población actual parten de una tradición habitacional desde la época medieval en que se pretende reaprovechar de forma ocasional las estructuras defensivas del antiguo pobla-



do fortificado (Fernández Mier 1999), o bien estamos ante un reaprovechamiento de las excelentes tierras de cultivo, tantas veces factor básico del poblamiento castreño en los altos valles de montaña (Ríos y García de Castro 1998), y que hemos observado de forma repetitiva en numerosos sectores del sur de la región (Fanjul 2003a y 2003b).



Figura 8.8: Muralla de módulos del castro de Tremao de Carballo en Cangas del Narcea. La reutilización de este yacimiento como posterior fortaleza medieval supuso la conservación de la primitiva muralla.

### 8.5 EL ESTADO DE CONSERVACIÓN DE LOS CASTROS ASTURIANOS.

En líneas generales, la totalidad de los castros asturianos disponen de destrozos provocados por saqueos de los tradicionales “ayalgüeros”, o buscadores de tesoros. En nuestra clasificación hemos decidido, al ser ese deterioro un elemento común al 100 % de los castros, que solo se tengan en cuenta “daños graves” y los “arrasamientos totales” o casi totales. De los 246 yacimientos analizados en nuestra revisión anterior (Fanjul 2005), a los que sumaríamos 12 yacimientos dudosos, 20 entrarían en ese nivel de yacimientos desaparecidos, mientras que 70 sufren graves daños, lo que demuestra como casi uno de cada tres castros sufre fuertes perturbaciones o ya no existen. Hay que reconocer que tanto esos daños graves, como los arrasamientos tota-



Figura 8.9: Pozo de saqueo en el Castiechu del Chamardal (Somiedo).

les, salvo en algún caso, siempre dejan una mínima parte del yacimiento, donde todavía es posible obtener información arqueológica que, por mínima que sea, tiene su importancia histórica. Otra cosa es la esperanza que algún día se promueva una política de sondeos en esos castros casi desaparecidos por completo, con el fin, al menos, de conocer la época en que fueron habitados, y ayudar a completar el mapa histórico de Asturias.

Por áreas geográficas, y en proporción por número de yacimientos, el oriente de Asturias es el más afectado por las destrucciones, al que seguiría el sector central, y finalmente el occidente de la región donde, salvo casos poco numerosos, nos encontramos con una buena conservación del patrimonio castreño. Entre los diversos factores que suponen una destrucción de nuestros castros, observamos que las construcciones actuales de viviendas es uno de los principales, con hasta 26 casos de daños graves o destrucciones totales (El Barrial, el Castro en Castrillón o Los Castros en Castropol), situándose por detrás, con el mismo número de destrucciones, 13 casos, tanto la construcción de infraestructuras, como la realización de diferentes obras de hábitat y agropecuarias, en épocas posteriores al abandono del castro (El Castiello de Veneiro en Tineo, El Pico los Castiellos de Caso o El Castelón de Illano). La minería se sitúa, con 12 yacimientos dañados o desaparecidos, co-

mo otro de los grandes factores de destrucción arqueológica, actividad a la que siguen, con muchos menos casos, los grandes saqueos de yacimientos (Corona de Arancedo en el Franco, El Castiechu las Coronas de Tiós en Lena, etc...). La reforestación, principalmente de eucaliptos en el sector de Villaviciosa-Colunga, y el reaprovechamiento masivo de los derrumbes de los castros con fines constructivos (Pico Ruedes en Las Regueras, castros de San Tirso de Abres o El Castro de Villatresmil en Tineo), son factores destructivos que ubi-

camos al final de nuestra lista con entre 3 y 5 casos. A modo excepcional, aparecen finalmente otros dos factores que, pese a la escasez general de datos representados, tienen en cambio una fuerte incidencia en el registro arqueológico de los lugares analizados. Se trata tanto de los allanamientos y roturaciones (Los Castillos de Brul en Castropol o el Castiello de Acebo en Sariego), y la reutilización defensiva durante la guerra civil (la Planadera en Oviedo, la Pica el Castro en Candamo o el Castiello de Mortera en el mismo concejo).



Figura 8.10: Castro del Pico la Forca (Grado), en pleno proceso de destrucción. Pese a las diferentes denuncias, así como los restos de muralla hallados en su interior, el yacimiento seguía sin ser catalogado oficialmente como castro hasta hace pocos años.

Dentro del mapa regional, Oviedo es el concejo más castigado por las destrucciones del patrimonio castreño y tan sólo tenemos un yacimiento que no tenga graves daños o que no haya sido arrasado, seguido de Mieres y Lena, por diversos motivos, que se concretan más cuando tratamos otras áreas. Así,

el sector costero centro-occidental está castigado por el urbanismo, el medio Nalón por las reutilizaciones de la guerra civil, el sector centro-occidental por la minería y las pistas rurales y finalmente el área costera oriental por las ya mencionadas reforestaciones.



## Capítulo 9

# La ubicación geográfica de los castros asturianos.

### 9.1 LA BASE GEOLÓGICA.

Es conocido el hecho de que las poblaciones castreñas del norte peninsular se abastecían de materiales pétreos para la construcción de los poblados, en los mismos entornos inmediatos del propio castro (Ayan 2003; Carballo 2004, 214). En el caso asturiano, las diferencias del material petrológico utilizado vienen marcadas por las diferencias geológicas generales entre los diferentes sectores de la región, con una zona centro-oriental

con una mayoría de calizas, un sector centro-occidental con cuarcitas y un sector más occidental con pizarras entre los elementos mayoritarios del paisaje. La utilización de elementos foráneos a estos materiales geológicos más próximos y comunes en las cercanías del castro son excepcionales, y estarían representados en casi todos ellos por la construcción de algunas de las defensas artificiales, mediante cantos rodados del curso fluvial anexo al yacimiento, como en el Castiello de la Rionda en Langreo o algunos de los poblados del Navia.



Figura 9.1: Castro-torre de Naviego, donde todos los bloques para la construcción de la torre se extraen del mismo espolón rocoso donde se ubica el castro.

Dentro de esta norma general de abastecimiento de materiales provenientes de las cercanías, quedarían excluidos muchos elementos del interior del poblado con una funcionalidad no constructiva, como sería el caso de los molinos, pesas, pulidores, machacadores, manos de moler, etc, donde el material utilizado depende de la utilidad práctica del objeto a realizar, buscándose siempre la mejor base mineral que proporcione una mayor comodidad en su transformación, y la calidad final del producto, como ya advertimos en el sector central de la región (Fanjul y Menéndez 2004) y como se admite para la mayor parte del noroeste peninsular (Maya 1988; Carballo 1990 y 2002).

### 9.2 LA IMPORTANCIA DE LA DEFENSA NATURAL.

**Altura.** Tal como hemos señalado anteriormente, la monumentalidad de los castros asturianos reside principalmente en sus defensas, siendo tan solo una minoría, menos del 20 %, aquellos que no tienen tres de sus cuatro vertientes protegidas por la altura natural de sus pendientes. En el caso de los castros en corona, sobre todo en el sector central de la región (Picu Llera, Peña Constancio o Picu el Castro de Caravia), esa inclinación de sus vertientes es generalizada, mientras que en el occidente esa inclinación es menor debido a un gran número de poblados ubicados a modo de promontorios en llanuras en plena rasa costera. La defensa de la vertiente de acceso se refuerza con bastiones o torres, de las que parecen partir, tal como hemos observado en multitud de casos, una línea de muralla que complementa la defensa natural de las otras vertientes.

**Aterrazamientos.** En la actualidad no disponemos de datos fiables procedentes de excavaciones para poder confirmar la utilidad defensiva de los resaltes geológicos que se observan en la morfología de algunos poblados, caso del sector oriental del Castiechu de Otero en Lena, o la vertiente de acceso al castro de Álava en Salas. Podríamos estar ante una base geológica modificada artificialmente pa-



Figura 9.2: Posible castro-torre de Cibea (Cangas del Narcea) aprovechando un resalte en altura en pleno fondo de valle.

ra formar esos resaltes, o bien ante simples formaciones naturales que, sin necesidad de trabajos en la roca, permiten alturas escalonadas del terreno, las cuales facilitan la defensa de las zonas más altas del poblado.

**Bloques verticales.** Un estudio de varios yacimientos de base geológica caliza en el sector central de Asturias, nos proporciona un elemento novedoso en nuestros conocimientos sobre las defensas castreñas, como es el aprovechamiento de los bloques de piedra naturales, a modo de piedras hincadas, las cuales anteceden al recinto fortificado. Un estudio sobre el poblamiento castreño en la cuenca minera central de Asturias (Fanjul y Menéndez 2004), nos revelaba la existencia de un uso de la base geológica caliza por parte de varios poblados, como complemento defensivo, todos ellos en un contexto montañoso. En la actualidad, una visita del castro de Peña Constancio, en el sector inicial del valle del Trubia, y vecino a la cuenca central, nos muestra ya no sólo un aprovechamiento defensivo de los bloques naturales de piedra que sobresalen por doquier en la ladera de la colina, sino incluso una ampliación artificial, a modo de piedras hincadas, del número de éstos, justo en el abanico de espacio, situado junto a la entrada más accesible del castro. Los primeros yacimientos en estudio se situaban, todos ellos, en el borde sur del surco geológico

Oviedo-Infiesto, conocido como surco mesozoico terciario, un enorme valle que se abre a las llanuras del centro de la región, desde el oriente de la misma. Vía natural por excelencia del centro de Asturias, su orografía dispone de calizas en los bordes montañosos, aunque son la cuarcita y arenisca los materiales predominantes en este sector. Casi la mitad de los poblados de mayor envergadura estudiados en esta zona se ubican sobre una base caliza, siendo tres los casos que nos interesan: El Castiello de Fozana, El Picu Llera de Peñanes y el Picu la Corona.

El Castiello de Fozana es un castro en ladera, alargado, cuya estructura defensiva principal lo constituye un conjunto de doble foso, en parte excavado en roca y un contrafoso intermedio, ambos en arenisca, mientras que sobre materiales calizos tendríamos un bastión principal, que preside el conjunto de fosos-contrafoso de la cabecera sur. La pendiente natural facilita la defensa de las vertientes este y oeste, y en el extremo norte, después de una amplia vaguada, quizás excavada en parte en la roca, nos encontramos con un espacio de antecastro formado por bloques calizos naturales, los cuales dificultan el acceso por esta zona. Este tipo de bloques verticales, curiosamente se concentran aquí y no en otras zonas de la colina donde la caliza es visible también en superficie.

En el caso del Picu la Corona y del Picu Llera, ambos castros en corona, la estructura del poblado es casi idéntica, tratándose de una cima montañosa, rodeada por una muralla con “acrópolis”, estéril en ocupación arqueológica debido a sus resaltes rocosos, y donde las zonas de hábitat lo constituye una banda de terreno que corre en paralelo a la muralla. Previamente al acceso al poblado, nos encontramos con toda una ladera repleta de bloques pétreos que sobresalen un metro de la superficie del terreno, y que disponen de diferentes dimensiones y tamaños, atestiguando la gran mayoría un origen claramente natural de su disposición. La dificultad para atravesar estos espacios es enorme, antes de llegar a la cima controlada por la muralla.

El último yacimiento se trata del castro

de Peña Constancio, en el tramo inicial del valle montañoso del Trubia (González 1976). Dominando un pequeño valle interior, perfectamente delimitado por el relieve del entorno, Peña Constancio es un castro en corona, sobre una pequeña sierra caliza y dispone de un aparato defensivo simple como corresponde en la mayoría de los casos a este tipo de castros de montaña que suelen compaginar la altura natural de las colinas con una muralla que rodea el poblado. A la ladera repleta de bloques calizos, que emergen cortando el acceso al recinto fortificado, propio de los dos casos anteriores citados, se suma, en esta ocasión, la presencia de numerosos bloques inclinados, clavados y sueltos, con una media de un metro sobre la superficie, junto a grandes bloques propios del sustrato rocoso de la montaña donde se sitúa el yacimiento. El número de bloques visibles es mucho mayor en la ladera de acceso al castro, mientras que en las otras vertientes de la colina tienen más similitud con la base natural. De la misma forma, nos consta, por la tradición oral local, que muchos de los bloques calizos sustraídos para reutilizarlos en cercas y muros de caminos provienen de la ladera principal, ya que no se necesitaba cortarlos de la roca madre, es decir, estaban en el terreno a modo de piedras hincadas. La base geológica caliza ha tenido que ser un óptimo factor para el establecimiento en poblados fortificados, existiendo siempre cerca de estos yacimientos, áreas próximas de igual altura al castro y visibilidad, pero que carecen de estos bloques de piedra verticales en sus laderas, y que no son elegidas para la ubicación del castro. Dichos bloques no necesitan casi acondicionamiento para formar una auténtica barrera defensiva a los pies del yacimiento, y en el caso de Peña Constancio, un aumento del número de bloques, junto a los naturales, nos proporciona un nuevo caso de sistema de piedras hincadas en Asturias.

Hasta el momento, los dos únicos casos de los que disponíamos en la región, San Isidro y Pico da Mina (Carrocera 1989), se situaban en el occidente de la misma, y aprovechaban la comodidad de disponer, a pocos metros de



los poblados, de la pizarra con las que formaban las lajas del sistema defensivo. Una segunda facilidad viene dada por el menor esfuerzo que supone el corte de la pizarra en láminas, respecto a lo que significaría idéntico método de trabajo en otras materias primas, como la caliza o arenisca. Cronológicamente, es difícil situar las estructuras de los yacimientos aquí tratados, sin contar con fechas aproximadas de ocupación para estos emplazamientos, aunque tal como se ha demostrado en parte de la Europa Atlántica (Harbison 1971), así como en diversas zonas del norte peninsular (Esparza 1986; Romero Carnicero 1991), las piedras hincadas son un sistema propio de un horizonte cultural previo a la romanización, perviviendo a este proceso con mayor o menor intensidad según las zonas.

**Cursos fluviales.** Pese a la general cercanía entre poblados y ríos o arroyos, son escasos los ejemplos en los que estas formaciones naturales hacen de auténtica defensa, y más bien podemos asegurar que la auténtica defensa es la diferencia de altura que suponen las vertientes de la mayor parte de los castros en espolón, desde las vegas fluviales anexas. Quizás el caso más conocido sea el Castiello de Priañes en Oviedo, sobre un meandro, aunque disponemos de otros casos en todo el sector occidental y central, donde el poblado tiene al menos en una de sus vertientes esta peculiaridad geográfica debido a su ubicación, sobre todo en la cuenca central de la región con el Picu Castiello de Riaño (Fanjul y Menéndez 2004). Otro de las hipótesis, que no debemos despreciar, es si ese río que pasa a los pies del yacimiento, más que un elemento defensivo, debe tratarse desde otra óptica, y plantearnos que quizás estemos ante importantes líneas de comunicación, lo que vendría a ser un factor explicativo más sobre el porqué existen tantos castros con cursos fluviales en su entorno inmediato.

### 9.3 DISPERSIÓN, CONCENTRACIÓN Y AISLAMIENTO.

La primera observación al mapa revisado de los castros de Asturias es contundente en



Figura 9.3: Campamento de los Moros en Arganza (Tineo) protegido en tres de sus vertientes por el río Arganza.

lo que respecta al poblamiento humano, y nos lleva a afirmar, con toda firmeza, que es imposible que en la Asturias de la Edad del Hierro se viviese sólo en castros, tal como acabamos de descubrir en las Vachinas (Teverga). Esta afirmación la basamos en los siguientes elementos:

- Nuestro reciente hallazgo de una granja de la Edad del Hierro en las laderas de Berrueño (Teverga).
- La probada existencia durante esta época de fuertes tradiciones materiales y económicas anteriores, provenientes de una Edad del Bronce donde el poblamiento era mucho más extenso, incluyendo aquellas áreas que hoy carecen de castros.
- La presencia documentada de restos de hábitat no fortificado en otros ámbitos del paisaje como cuevas o el poblamiento en llanura de la Meseta (Maya 1989).
- La existencia confirmada en todas las regiones del arco atlántico europeo de poblamiento en llanura no fortificado en esta época, a modo de granjas, aldeas, etc. (Malrain et alii 2000; Cunliffe 1995; Pauli 1984).
- Por simple lógica, y por analogías con territorios cercanos, no creemos en la



## 9. La ubicación geográfica de los castros asturianos.

---

existencia de amplios desiertos poblacionales que se observan en el mapa y que tendrían su explicación en los sectores de montaña, en la segura presencia de amplias distancias en la obtención de determinados recursos desde los poblados permanentes, y en las áreas en llanura del centro de la región, en que tales espacios carentes de castros son de una gran calidad agropecuaria y disponen de poblados en sus bordes, mostrándonos la mejor zona de Asturias para localizar posibles granjas de esta época. Dentro del aislamiento de las poblaciones castreñas a los que nos hemos referido, estarían el alto Sella, valle del Pigüña, extremo oriental costero, sector intermedio del centro (llanuras entre

Oviedo, Gijón y Villaviciosa) y zonas puntuales de los altos valles secundarios de la divisoria entre el valle del Navia y el Narcea, incluyendo su sector costero. En lo que respecta a las principales concentraciones del poblamiento fortificado de la región, hallamos los siguientes territorios: Bajo Eo, litoral occidental, medio Navia, alto Aller, valle de Turón, valle del Caudal-Lena, vertiente occidental de Gozón, alto Nalón, Villaviciosa, Colunga y el sector de Oviedo en el medio Nalón.

- Finalmente nuestros hallazgos en la granja astur de las Vachinas, confirman la existencia de un poblamiento en llanura no fortificado en Asturias.



Figura 9.4: Castro de O Coredo de A Lagúa en Ibias. Su supuesto aislamiento demuestra la existencia de una oppidización de muchos de los valles de montaña, siguiendo un modelo de poblado fortificado central, al que se subordinan estaciones de hábitat no fortificados en otras zonas del valle.

### 9.4 DIMENSIONES Y JERARQUIZACIÓN DEL PAISAJE FORTIFICADO.

La clara base para hablar de jerarquización del territorio castreño en Asturias está formada por la diferencia de tamaño entre los poblados, las especiales condiciones de dominación visual del territorio de los grandes poblados sobre los pequeños, así como que al igual que los *oppida* centro-europeos, la romanización aparezca en un momento de formación o ampliación de estos centros de población principal (Fichtl 2000), caracterizados siempre por su gran tamaño (Coaña, Mohias, San Chuis...), cuya funcionalidad de cabeza del poblamiento continúa en épocas posteriores (Colin 1998; Almagro-Gorbea 1996 y 2002). La falta de cronologías claras no es sinónimo, en este caso, de imposibilidad de interpretación, ya que pese a las diferencias de ocupación, aquellas comarcas con muchos poblados muestran un paisaje diferente de otras que casi carecen de éstos, lo que nos exige explicaciones atemporales acordes a la realidad geográfica de cada zona (Carballo 2002).

Hemos clasificado los castros estudiados en cuatro tipos según sus dimensiones: castros torre, de menos de 30 x 30 m., castros pequeños entre 30 x 30 y 50 x 50 m., castros medianos, entre 50 x 50 m. y los 50 x 100 m., y finalmente los grandes castros, que superan los 150 x 100 m. El castro de grandes dimensiones en Asturias, aparte del ya mencionado control visual del territorio, dispone de otras características como es el no situarse en el epicentro de los valles o comarcas que domina, con una preferencia por las zonas altas o en el borde de éstas.

El hecho de que algunos de los grandes poblados del centro de Asturias comarca como la Campa Torres, no tengan en su entorno inmediato tierras agrícolas de calidad (Maya y Cuesta 2001), es una referencia más a favor sobre la necesaria existencia de esta jerarquización del territorio y obligada distribución de la explotación de la comarca, para la supervivencia de algunos grupos castreños.



Figura 9.5: Pico Castiello del Collao en Riosa.

### 9.5 TIPOLOGÍAS DE CASTROS SEGÚN SU FORMA Y ESTRUCTURA.

Si según las dimensiones tendríamos castros grandes, medianos y pequeños, según su ubicación geográfica son múltiples las variantes, y nos encontraríamos con poblados en corona, meandros de ríos, costeros, llanuras, ladera, en espolón rocoso, sobre promontorios en ladera, etc, al igual que las tipologías de poblados continentales (Fichtl 2000).

La mayoritaria ubicación de los poblados fortificados en Asturias corresponde a los que están situados en ladera, corona o espolón, admitiendo una variante cronológica en su ocupación. Más allá de su posición en el paisaje, sí es cierto que, al igual que en Galicia (Parceró 1995 y 2000; Fábrega 2003), el castro en corona parece corresponder a modelos protohistóricos de ocupación (Caravia, Campa Torres, Chao San Martín, Castiello la Collada, etc), que podrían ser, según el caso, reocupados en épocas posteriores.

En el caso de los castros en espolón o ladera, esa claridad cronológica sería menor y el número de éstos, que se ocupan en época romana, parece ser mayoritario, como ocurre a partir de las numerosas referencias del sector Cangas-Allande (Maya 1983).

Un caso particular de yacimiento castreño es el de los castros-torre, estructuras de muy



## 9. La ubicación geográfica de los castros asturianos.

---



Figura 9.6: Castro en ladera en Castro de Sierra (Cangas del Narcea).

pequeñas dimensiones con menos de 30 x 30 m., y que suelen tener un fuerte sistema defensivo con fosos y contrafosos excavados en roca, al que se suma una torre en la parte alta de la colina. El modelo de castro-torre aparece en el área ibérica a partir del siglo V a.C. (Burrillo 1998), admitiéndose su presencia prerromana también en diversos sectores del centro peninsular (Díaz Andreu y Sandoval 1991-92) como puntos de vigilancia o explotación especializada. Esa primaria funcionalidad militar será la predominante durante la época romana (Maia 1978; Nuño González 1999) y en los momentos entre la tardoantigüedad y la Alta Edad Media, donde podrían haber constituido la base física de centros de poder local (Menéndez Bueyes 2001). En el caso asturiano, en estos momentos de la investigación, sólo podemos probar cinco aspectos:

- Su mayoritaria presencia en el sector centro-occidental y el sur del centro de la región.
- Una funcionalidad militar romana ajena al concepto de castro como unidad de poblamiento.
- Aparecen vinculados, en algunos casos, a un poblado cercano de mayores di-

mensiones y a una vía de comunicación hacia ese poblado.

- De forma mucho más minoritaria, aparecen vinculados territorialmente a actividades de explotación económica especializada.
- Tienen una clara tipología estructural y ubicación geográfica de lo que será la posterior torre vial de época medieval.



Figura 9.7: Castro-torre del Castiello el Pedreu, en el puerto de montaña de la Cabruñana. La abundancia de bloques de piedra, que se observan en la imagen, demuestran la enorme potencia defensiva de la antigua torre.

Respecto a recursos auríferos, existe un vacío general de castros-torre asociados a zonas de explotación de oro, tanto en el Eo-Navia, como en la gran parte del sector suroccidental, donde la mayoría de estas fortificaciones están vinculadas a vías de comunicación de diferente entidad, más que a yacimientos de explotación aurífera cercanos. El siguiente cuadro muestra esta realidad, donde se observa la distancia sobre plano a los puntos de explotación de oro, así como su accesibilidad y posible interpretación de la ubicación del castro-torre:

### 9.5. Tipologías de castros según su forma y estructura.

Nombre	Municipio	Explotación de oro cercana	Distancia	Accesibilidad	Interpretación estratégica.
Castro (Collada)	Allande	Valledor	100 m. al este	Buena	<b>Minero</b> , control visual de buena parte de las explotaciones del Valledor.
Garganta (Castro)	Allande	Río del oro	2300 m.	Difícil, larga distancia	<b>¿Minero?</b> . Controla acceso desde el norte a la sierra minera del Palo.
El Castiecho (Carcedo)	Allande	Ninguna	Ninguna	Ninguna	<b>Vial</b> . Controla unión de vías Noceda y Celón, a través de un valle secundario.
Las Corradas (Otriello)	Cangas del Narcea	Comba	1500 m. al este.	Fácil, con camino a media ladera.	<b>Minero o vial</b> . Control del valle de Besullo.
El Tesu los Castros	Cangas del Narcea	Carcavón	700 m. al norte.	Fácil, a media ladera.	<b>Minero o vial</b> . Anexo al fondo del valle.
Tesu la Cochada (Bimeda)	Cangas del Narcea	Bimeda y Touzaque	1000 m. al sur	Ladera arriba. Dificultad media.	<b>Vial</b> . Control inmediato de vía del Naviego



## 9. La ubicación geográfica de los castros asturianos.

Nombre	Municipio	Explotación de oro cercana	Distancia	Accesibilidad	Interpretación estratégica.
Pena el Castiechu (Otardieiu)	Cangas del Narcea	Cabana Viecha	1.750 m. al sur	Dificultad media	<b>Vial.</b> Alerta visual de la vía de Leitariegos.
Pena el Castiechu (Pico Sieiro)	Cangas del Narcea	Braña Linde	800 m. al sur	Dificultad media, ladera abajo.	<b>Vial.</b> Alerta visual de la vía de Leitariegos.
Pico los Moros (Valentín)	Tineo	Gera (explotación muy pequeña)	1000 m. al este.	Dificultad media	<b>Vial.</b> Controla intersección de caminos sobre Gera.
Fumanín (Castañera)	Tineo	Ninguna	Ninguna	Ninguna	<b>Vial.</b> Controla vía del Narcea a 250 m.
El Castiechu (Bustiello)	Tineo	Ninguna	Ninguna	Ninguna	<b>Vial.</b> Controla tramo Conforcos-Llaneces-Villatresmil-Tineo.
El Castiechu (Veiga)	Tineo	Ninguna	Ninguna	Ninguna	<b>Vial.</b> Controla tramo Muñalen-Rebollada-Conforcos.

## 9.5. Tipologías de castros según su forma y estructura.

En base a este cuadro son varias las conclusiones que podemos obtener respecto a una relación entre poblamiento fortificado y explotaciones de minería aurífera, de la que he-

mos dudado en los últimos años, caso del sector de Muelles-Ablaneda, una de las grandes explotaciones auríferas de la región (Fanjul y Menéndez 2008, 79).



Figura 9.8: Castro-torre del Pico Sieiro (Cangas del Narcea), una posible atalaya de vigilancia medieval con varios fosos excavados en roca.

1. Salvo pocos casos claros, a los que hoy podemos poner nombre y localización, el resto de yacimientos sigue unas pautas de ubicación viales ajenas al control de explotaciones auríferas. El caso más claro, ajeno a líneas de comunicación y anexo a una gran área de explotación aurífera, es el del Castro de Collada en Allande.
2. En el resto de casos de posible función mixta, que podrían ser mineros y viales, la función vial parece tener mayor peso.
3. Por otro lado, parece configurarse una línea de comunicación primitiva que

cruzaría parte del suroccidente asturiano, si observamos el área de control de los diferentes castros-torre de ese sector. Algunos de esos tramos de control pueden unirse, caso del Castiechu de Bustiello y el Castiechu de Veiga, en Tineo. Esta posible vía entraría por Leitariegos y ascendería por Tineo en dirección a la costa por Valdés. Algunos castros-torre como el de Besullo y Collada en Allande podrían indicarnos la unión a esta vía principal de diferentes ramales secundarios, que en estos casos citados sí tendrían una base en la explotación económica aurífera.

## 9. La ubicación geográfica de los castros asturianos.

### 9.6 LA ALTITUD Y LA RELACIÓN CON LAS PENDIENTES INMEDIATAS.

Un cuadro de altitudes cada 100 m., dividido en los cuatro sectores de la región, nos ofrece las medias generales de altitudes de los castros en Asturias. Para el sector oriental tenemos una mayoría de poblados ubicados entre los 100 y 200 m., lo que se explica debido a la presencia de éstos en los valles costeros. La franja más alta la ocupa entre los 700 y 800 m., el Pico los Castiellos de Caso. En el sector central, esa altitud media, se eleva con un grupo principal ubicado entre los 200 y 300 m., seguido de cerca de otro grupo entre los 300 y 400 m. Siendo el Castiello del Llamardal en Somiedo, en la franja 1100-1200 m., el más alto de este sector, nos encontramos, a diferencia del sector anterior, con grupos de numerosos poblados en los valles interiores de montaña, que ocupan una media entre los 400 y 600 m. El área centro-occidental dispone de la media de altitud más elevada de la región, con una mayoría de poblados situados en los valles de montaña interiores, que elevan la altitud de los poblados a la franja situada entre los 500 y los 600 m. El sector más occidental, con una presencia mayoritaria de poblados en plena línea de costa, dispone de la media de altitud más baja de la región, entre los 0 y los 200 m., con algunas excepciones como San Isidro, en la franja de 1000-1100 m. Carentes de cronologías precisas, salvo para un grupo de poblados excavados en las últimas décadas, y que en un 90 % entrarían en la clasificación de “poblados de grandes dimensiones”, no podemos concretar una actitud estratégico-cultural respecto a la ubicación de los castros dependiendo de su altitud, según cada época.

En general, las diferencias entre las medias de altura de los diferentes sectores responden a un fenómeno puramente geográfico, donde observamos una cierta regularidad de las alturas en los sectores más occidentales, respecto al central y oriental de la región. Más allá de la mera altura orográfica, hemos de destacar el concepto de altitud, como un elemento unido al control visual y a la monumentalización del castro,



Figura 9.9: Antiguas tierras de cultivo en el entorno del Castiechu de Chamardal (Somiedo), el castro situado a mayor altitud de Asturias.

respecto a otros poblados de menor tamaño ubicados a menor altitud. En definitiva, un elemento más de la jerarquización del paisaje, coincidiendo en numerosas ocasiones el concepto de mayor altitud con el de mayores dimensiones. En cuanto al aprovechamiento de recursos de los castros ubicados a mayor altura, nos encontramos para el sector oriental y central con amplios entornos de gran aprovechamiento para la agricultura de montaña, mientras que en el sector occidental muchas de esas tierras, anexas a los poblados, sólo parecen ser rentables si existe un buen índice de días de lluvia al año, según referencias recogidas en Llamas del Mouro, lo que podría estar indicándonos un contexto cronológico tardío de comienzos de la época romana o bien finales de la Edad del Hierro, si tenemos en cuenta el contexto climático que se admite para el arco atlántico en estos periodos (Dark 2000).

### 9.7 RELACIÓN ENTRE CASTROS Y CURSOS DE AGUA.

La totalidad de los castros estudiados, incluidos los ubicados sobre coronas montañosas, o aquellos anexas al litoral, disponen en su entorno inmediato, a menos de 500 m. del poblado, de fuentes, arroyos o ríos, que proporcionarían agua a sus habitantes. Esa relación evidente entre la ubicación del castro y la existencia cercana de un río, que se





Figura 9.10: Antiguas tierras de cultivo de cereal en el entorno del castro-torre de Acio (Cangas del Narcea).



Figura 9.11: Fondeadero natural de Cala Rubia, junto al castro de O Corno (Castropol).

muestra mayoritaria en nuestra región, proporciona al poblado fortificado una buena defensa natural por las diferencias de alturas, cercanía a tierras que usualmente son de calidad agrícola, una vía de comunicación, e incluso proximidad a una fácil obtención de minerales, que como el hierro o el cinabrio pueden aparecer en forma de nódulos del propio río, o sus vetas, descubiertas por la erosión de los cursos de agua, facilitando su explotación (Gutiérrez *et alii* 1999). Hemos localizado en varias ocasiones la existencia de covachas interiores en los poblados como el Castiello de Fozana en Siero, u otras de menor entidad como el Pico Castiello de Melendrerros (Fanjul y Menéndez 2004) que, o bien pudieron utilizarse como aljibes, al igual que en la Campa Torres (Maya y Cuesta 2001), o bien permitían, como en el primero de los casos citados, un acceso directo a la fuente de agua dentro del recinto fortificado, lo que sin duda revalorizaría bastante el emplazamiento geográfico a la hora de elegir la ubicación del poblado.

Todavía no disponemos de pruebas que demuestren la necesaria vinculación entre esa cercanía a recursos hídricos y actividades industriales, ante una falta absoluta de excavaciones en los sectores exteriores de nuestros castros, por lo que de momento, a la vista de los resultados de excavaciones donde se localizan actividades metalúrgicas, entre otras, dentro del propio poblado, optamos

por suponer una situación en la que mayoritariamente se trae el agua desde el exterior para apoyar estas actividades artesanales o industriales, con excepción de los casos antes comentados.

## 9.8 LA VISIBILIDAD.

Tal como nos muestra el estudio de Carballo (2002) para los castros de la comarca gallega de Deza, se hace necesario resaltar el concepto de intervisibilidad entre los diferentes poblados como un claro elemento cohesionador del territorio, independientemente de la omnipresente falta de cronologías absolutas de ocupación procedentes de los poblados estudiados. En el caso asturiano, nos encontramos con una mayor amplitud de las distancias de visibilidad respecto a los casos estudiados por Carballo (2002, 155), sin que dispongamos de muchos casos de visibilidad máxima dentro del radio de un kilómetro. Sobre las áreas donde existe intervisibilidad mayoritaria entre los diferentes castros, podemos afirmar que coinciden siempre con las concentraciones de poblamiento a las que nos referimos en el apartado correspondiente, siendo en general los grandes poblados los que acaparan una visibilidad de mayor extensión sobre otros de menor tamaño, además de algunos castros en corona de pequeño tamaño del centro de la región. El castro-torre, como estructura de vigilancia que por el momento sólo se puede enmarcar cronológicamente



## 9. La ubicación geográfica de los castros asturianos.

---

en el periodo romano, aparte de controlar el acceso a poblados de mayor extensión y vías de comunicación, tiene una clara función de extensión del espacio controlable visualmente, de la misma forma que la atalaya o posterior torre medieval. A falta de una mayor cantidad de datos fiables en Asturias, y ante los contradictorios resultados para poblados de la Edad del Hierro según la región (Martín Bravo 1993; Celis 2003; Xusto 1988-89; Llorio 1997), o país (Gardes 2002; Ralston 1992), admitimos la posibilidad de una diversidad de cronologías, dependiendo de la extensión de la visibilidad de cada poblado



Figura 9.12: Ubicación del Castiello de Sorribas (Lena).

### 9.9 LA ORIENTACIÓN.

Es necesario distinguir dos tipos de orientaciones, por un lado la orientación geográfica de la colina donde se ubica el castro, de carácter estrictamente natural, y por otro, la orientación funcional del poblado, básicamente marcada por la situación de su punto principal de acceso, que en la mayoría de los casos buscaría una cercanía a la zona

de mayor uso por parte de su población, léase tierras agrícolas o zonas del entorno inmediato, a las que se quiere llegar con mayor facilidad (Carballo 2002). Debido a la dificultad para localizar las puertas de acceso en los castros asturianos, así como el hecho de que muchos poblados elijan como camino de acceso la única de sus vertientes accesible, ya que las otras tienen una fuerte defensa natural, no nos atrevemos a generalizar en las reflexiones sobre esa orientación funcional de nuestros yacimientos. Las continuas observaciones de poblados cuya ubicación responde no sólo a un factor defensivo o de control del territorio, sino que de manera muy importante disponen en ese entorno inmediato de las mejores tierras de cultivo del valle (Fanjul 2003a y 2003b), coincide con lo que otros investigadores reflejan en sus respectivas áreas de estudio (Parcero 2003; Carballo 2002).

### 9.10 LAS VÍAS NATURALES.

Una lectura del mapa de poblados fortificados nos ofrece las siguientes áreas que seguramente harían de principales vías naturales de comunicación durante la Edad del Hierro y la época romana (Rabanal 1994/95, González Álvarez 2011, Argüelles 2011 y Pisa 1997):

- La costa y las llanuras litorales, tanto como entrada a la región desde Cantabria, como vía de unión entre la gran concentración de castros de la zona más occidental.
- Puertos de la Cordillera, en los que culminan líneas de valles poblados en la vertiente asturiana y que tiene su correlación en el poblamiento fortificado de la parte castellana (Gutiérrez 1985), como Cubilla, Pajares o la Carisa (Lena), San Isidro (Aller), Tarna (Caso), Ventana (Teverga) y Somiedo (Somiedo).
- Puertos interiores, que unen áreas de población situadas en las vertientes contrarias de la misma sierra, como Cobertoria (Quirós-Lena), La Collada (Siero-Gijón), La Sobia (Teverga-Quirós), Al-

to del Espín (Tineo-Cangas), Rañadoiro (Cangas-Degaña) y sierras divisorias entre el valle de Colunga y Villaviciosa.

- Corredores naturales que principalmente estarían representados el valle del

Sella, Valle de Muñás (Valdés), surco geológico Oviedo-Infiesto, Valle del Nalón en su vertiente media y baja, así como parte baja del valle del Eo y Navia.



Figura 9.13: Antigua vía de Somiedo a los pies del Castiechu de Chamardal.

Se desprende de estas observaciones, la continuidad en la importancia como puntos de contacto y poblamiento desde la Edad del Bronce de muchos lugares, incluyendo los hasta ahora no tratados puertos de montaña interiores. Las grandes conexiones entre poblados de los diferentes valles parecen basarse en vías menores, pese a que la orientación de los poblados es siempre hacia los cursos fluviales en fondo de valle.



Figura 9.14: Transporte tradicional en una vía menor del concejo de Somiedo.



## Capítulo 10

# El castro: aspectos estructurales.

### 10.1 LAS DEFENSAS ARTIFICIALES.

Pese a las escasas condiciones defensivas de algunos promontorios naturales donde se ubican poblados fortificados, carentes de un acceso directo a fuentes de agua, sin casi espacio interior para ubicar viviendas, animales, lugares de almacenamiento, y rodeados en su entorno inmediato por alturas superiores que permiten desde el exterior un perfecto control visual del castro, los resultados de nuestras visitas reafirman por completo el primario carácter defensivo que tiene la ubicación de todos nuestros poblados.

Más allá del sentido cultural que pueda tener para sus constructores, el poblamiento fortificado va unido a una situación histórica, política y social que requiere de tales medidas. La crisis económica, con un contexto internacional en el que se documentan sistemas de clientelismo y vasallaje desde el siglo IV a.C. (Creighton 2000), la tensión territorial, la posibilidad de invasión, implican una reorganización y multiplicación de los enclaves defensivos sobre el paisaje de forma generalizada en las sociedades protohistóricas europeas (Davies y Lynch 2000). La base de la fortificación tiene igualmente un sentido polifuncional, y así el vallado, limitación espacial y protección artificial del castro, es una situación vinculada al sentido de la propiedad desde la Edad del Bronce y que en muchos lugares del arco atlántico europeo se traslada incluso a los lugares de culto (Malrain *et alii* 2000). A estos conceptos básicos, como son la funcionalidad militar y la limitación de la propiedad habitacional del grupo castreño, se le unen otros según el tipo de poblado, que

de la misma forma tienen una enorme importancia en el estudio de las obras militares castreñas. Por un lado, tendríamos la delimitación ritual del poblado (Almagro Gorbea 2002), donde el foso exterior no parece representar solamente una línea física protectora contra el asalto de otros grupos, sino que representaría también una línea protectora contra todo un sinnúmero de elementos negativos en el contexto espiritual de las poblaciones protohistóricas podían afectar a la vida de los habitantes del castro. Los restos humanos y animales localizados en los fosos de los castros de todo el arco atlántico europeo desde la Edad del Bronce (Cunliffe 1993; Fichtl 2000; Villa 2004), son buena muestra de ello.



Figura 10.1: Foso del castro costero del Castiello de San Juan de Podes (Gozón).

La construcción del foso exterior parece ser la primera obra que se realiza en la construcción de un castro (Ayán 2003), y dicha apertura seguramente estuvo cargada de un fuerte contexto ritual con dos claras bases, la

iniciación de un asentamiento y la protección simbólica de sus habitantes. Otros dos elementos muy a considerar en la fortificación castreña serían el de la “monumentalidad” (Criado 1993a y 1993b; Parcero 2002 y 2003), como una parte más del poder de los habitantes del poblado sobre su paisaje, así como el sentido “cultural” que tendría la fortificación en sí, como representación de las tradiciones bélicas de los grupos castreños (Parcero 2003). Algunos autores han reafirmado este carácter de las obras militares castreñas, ante las claras evidencias de la continuidad de su continuada construcción en poblados fortificados bajo la reorganización territorial romana (Carrocera 1995). Nuestras visitas a los

castros asturianos han estado marcadas, de manera constante, por la gran impresión que nos ha producido la visión monumental de algunos de los yacimientos. En líneas generales, el centro-occidente asturiano es el sector que mayor número de poblados tiene con sistemas defensivos complejos, fosos más contrafosos, lo que sin duda exige una explicación social, histórica o económica, que va más allá de la conocida importancia de la minería aurífera de época romana en ese sector, pero que debido a la falta de excavaciones todavía no podemos aclarar. Esta visión general ya nos la anunciaba el profesor González (1978), quien resaltó esa importancia de las defensas artificiales como base para el estudio de sus habitantes.



Figura 10.2: Foso perimetral del castro de San Chuis, en Allande.

El hecho de que el origen de los sistemas defensivos complejos esté bien constatado desde el Bronce Inicial, y sus fechas más

antiguas correspondan a regiones de la Europa atlántica (Davies y Lynch 2000), apareciendo con claridad en el norte peninsular en-



## 10. El castro: aspectos estructurales.

tre estas fechas y la primera Edad del Hierro (Ruiz Zapatero 2003), viene a marcarnos una clara vía de contactos culturales norte-sur, en los que estarían inmersos también los poblados fortificados del norte peninsular (Maya 1989). Estas hipótesis respetarían fenómenos constructivos autóctonos (Wolf 1993), como la existencia de murallas de módulos, en contra de la visión de otros investigadores (Camino 2000b) que engloban dentro del mismo marco tipológico las murallas de módulos, caciones y compartimentadas que les atribuyen un origen mediterráneo.



Figura 10.3: Muralla de módulos del castro de San Chuis.

El hecho de que las fortificaciones griegas, a las que se hace referencia en el debate (Winter 1979), dispongan de torres adosadas a la línea de muralla, y no una compartimentación de la misma, así como el que no esté muy definido la existencia de módulos en otros yacimientos peninsulares citados por Camino (Maya y Cuesta 2001), evidencian aún más la necesidad de no apostar por la vía mediterránea, aunque si a flexibilizar las cronologías de su introducción en Asturias (Villa y Menéndez 2009). La ubicación de los poblados junto a vías de comunicación, o la propia evolución histórica, con reformas bajo época romana, parecen explicar la existencia de un mayor número de yacimientos con sistemas defensivos complejos en determinadas áreas, una realidad demostrada en los sectores del suroeste peninsular (Berrocal 1991), y que parece que podría encajar muy bien en otros

territorios como nuestro centro-occidente asturiano.



Figura 10.4: Defensas multivalladas del castro del Castiello en Cangas del Narcea.

Entre los elementos que constituyen las defensas artificiales de los castros asturianos están los siguientes:

**Cercas exteriores:** La exagerada prolongación de algunos de los fosos castreños (O Corno de Villadún en Castropol, El Castelo de Clambre en Tapia, Los Garabetales de Villaviciosa (Camino 1995), El Castiellu del Molín del Puertu de Gozón, etc.) podría diferenciar claramente éstos, del foso común, que corta el acceso directo al poblado. Estos fosos exteriores, siempre de escasa profundidad, parecen marcar un área de protección exterior, ¿quizás para la cabaña ganadera del grupo, en cuyo poblado no habría sitio suficiente para alojarla? Sea cual sea su funcionalidad, creemos necesario marcar esta diferencia dentro de un mismo tipo de defensas como el foso.

**Antecastros:** Pequeñas colinas o motas que normalmente se localizan en la vía de acceso al poblado fortificado y que deben ser sorteadas para acceder a éste. Su dedicación defensiva viene dada por su ubicación previa al castro y por sus características morfológicas, destacando su presencia sobre todo en las áreas litorales y siendo menor en sectores del centro y centro-occidente de la región. Suponemos la existencia en estas motas de labores de fortificación, al menos mediante algún ti-



Figura 10.5: Foso y talud exterior de O Corno de Castropol.

po de empalizada de madera, aunque la única excavación de una de estas estructuras, eso sí, solo mediante unos escasos sondeos como Llagú (Berrocal *et alii* 2002), no ha deparado información arqueológica alguna.



Figura 10.6: Foso del castro de Trichamuela de Porley en Cangas del Narcea.

**Los fosos:** Siguen una norma casi general en Asturias y es la de una gradación de su profundidad, teniendo mayor magnitud defensiva aquél más cercano al poblado, siendo los exteriores de menor tamaño. Hemos constatado igualmente la existencia de fosos en altura protegidos por una primera muralla (Cerco la Pumará en Laviana o Cerco los Moros en Valdés), cuya estructura parece muy similar a la de algunos casos del área cantábrica oriental o alto Ebro (Peñalver 2001). La formación de estas estructuras laberínticas, entrelazan-

do fosos y contrafosos, es un sistema defensivo complejo que hemos advertido sobre todo en el sector centro-occidental (La Garba de Teverga, el Castiellu el Pedreu de Grado, etc.), donde parece ser un sistema defensivo común para una gran cantidad de castros, incluso aquellos de mínimas dimensiones como castros-torre.

**Contrafosos:** Parecen haber sido formados, en su casi totalidad, por el material extraído de los fosos, siendo los casos de mayor magnitud que hemos localizado el de la Cogollina de Castro en Teverga, donde la acumulación de tierras procedente de la excavación de los fosos llega a levantar una defensa nueva previa al poblado. Su estructura, al igual que en el vecino castro de la Garba, debió estar reforzada por algún tipo de empalizada que impidiera su continua erosión.



Figura 10.7: Foso y contrafoso exterior del castro de Esteiro (Tapia de Casariego).

**Las piedras hincadas o caballos de frisia:** Son un sistema defensivo de claro origen prerromano, cuya romanidad en Asturias está en entredicho (Esparza 2003), respecto a posiciones anteriores por parte de los excavadores del único castro estudiado con éstas características como es San Isidro (Carrocera 1989). No descartamos que en algunos de los castros que disponen de bloques verticales calizos de origen natural como defensa, tengan una parte de éstos trabajados artificialmente, como en Peña Constancio de Santo Adriano, con lo que el número de yacimientos con este sistema debería replantearse.



## 10. El castro: aspectos estructurales.

---

El caso de empalizadas en las defensas de los castros, un elemento de uso común en el arco atlántico europeo, es detectado también aquí, no sólo a través de murallas de madera como en el Chao San Martín (Villa 2002), sino también a través de numerosas huellas formadas actualmente por desniveles de tierra (contrafosos interiores de la Garba en Teverga o foso del Castiello de Barbecho en Sariego), producto de la erosión de unas estructuras orgánicas de mayor altitud, y que man-

tuvieron su carácter defensivo gracias al apoyo de empalizadas de madera. También debemos advertir de que algunos aterrazamientos exteriores (Alava en Salas), o interiores (El Questru de Otero en Lena), de origen natural, quizás fueran reforzados por empalizadas, para convertirlos en una auténtica defensa. El no localizar derrumbes junto a estos aterrazamientos, podría reforzar la hipótesis sobre el uso complementario de estructuras de madera de mayor o menor magnitud en estos lugares.



Figura 10.8: Defensa en altura consecutiva mediante aterrazamientos de las zonas de viviendas en el castro de la Riera (Colunga).

**Murallas:** Fuera del ya citado debate sobre los módulos y su cronología, las escasas dimensiones de muchos castros nos han demostrado que más allá de una línea amurallada, nos encontramos ante bastiones de mayores o menores dimensiones en las cabeceiras del poblado unidos entre sí por una línea de muralla y con ciertas áreas donde la pro-

pia defensa natural no requiere de estructura artificial de grandes dimensiones, siendo éste un sistema detectado también en las fortificaciones altomedievales asturianas (Gutiérrez 2003). En las líneas de murallas no excavadas de muchos yacimientos que hemos visitado, se advierten igualmente la existencia de buenos elementos de cantería en las dos caras del

muro, mientras que su interior parece compuesto por derrumbes desiguales en forma y tamaño, al igual que en sistemas defensivos de otros castros de las regiones cantábricas mejor documentados (Olaetxea 1997, 120).



Figura 10.9: Tramo de muralla en el castro del Castiello de Sorribas en Lena.

**Bastiones:** Son unas estructuras a modo de torres, con diferente magnitud en su potencia defensiva y sin morfología común, que nos aparecen de forma repetitiva en casi el 65 o 70 % de los castros, siempre vinculados en la cabecera de acceso a éstos, donde la combinación de la profundidad del foso y la altitud artificial del bastión multiplica el control directo de ese acceso y, por lo tanto, la potencia defensiva del poblado.



Figura 10.10: Revestimiento de muralla sobre pared de roca en el castro de Tremao de Carballo (Cangas del Narcea).

Las posibles modificaciones del entorno

vegetal, mediante la creación de líneas de matorral de grandes dimensiones, con una clara finalidad defensiva, tal como hemos observado tantas veces en aldeas fortificadas actualmente en uso en el continente africano (Fanjul 2001b), debería ser considerada una técnica defensiva artificial, que debido a su perfecto uso práctico y a su extremada difusión entre sociedades tribales quizás también se utilizó en el contexto de los castros del noroeste. En este sentido, reconocemos la equivocada infravaloración tradicional de la arqueología, por la excavación de los sectores externos a las defensas visibles de los castros.

### 10.2 LA DISTRIBUCIÓN DEL ESPACIO DOMÉSTICO.

El tipo de castros que se han excavado, por sus grandes dimensiones, son realmente escasos en la estadística general de poblados de la región, y por lo tanto creemos necesario que se tenga en cuenta este factor, para no caer en generalizaciones basadas en la actual documentación arqueológica disponible. Por el momento, la escasa racionalidad de ocupación doméstica de los castros excavados, contrasta con la segura disposición lineal del espacio habitacional de muchos yacimientos de reducidas dimensiones y que permanecen sin excavar. Lugares como Picu Castiello de Melendrerros en Bimenes, Picu la Corona en Manzaneda de Ribera de Arriba o el propio Picu del Castro en Caravia, tan solo disponen de un espacio edificable, que está en posición paralela a la muralla, tal como nos relataba de Llano (1919) en Caravia, y que incluso podría basarse en la realización de grandes nivelaciones del espacio en pendiente para la ubicación de esa línea de viviendas, como encontramos en otros paralelos cantábricos (Olaetxea 1997, 118).

La organización urbana que hallamos en los castros excavados ha sido frecuentemente asociada a la idea de una sociedad escasamente jerarquizada y con un importante papel de la relación comunal en la convivencia del grupo (Almagro-Gorbea 2002). Igualmente, se atribuye esta falta de “planificación urbana” a una constante



llegada de gente nueva al poblado, una situación documentada en otras áreas del Norte español como el poblado alavés de Atxa (Burillo 1998), y que tendría su analogía en la planta del Castiello de Llagú (Berrocal *et alii* 2002). En contraposición a un planteamiento puramente igualitario o comunal del grupo castreño, disponemos de abundantes pruebas que muestran una diferencia en los ajuares y dimensiones del espacio doméstico, y que seguramente responden a diferencias en la jerarquía social de los pobladores del castro (Burillo 1998). El análisis de cada vivienda excavada en Asturias no permite confirmar la tan discutida posible variedad funcional del espacio doméstico protohistórico, dentro de una problemática interpretativa de carácter general (Ayán 2003), si bien hemos de aceptar como hipótesis, plenamente evidenciada en los estudios antropológicos, que algunas de las viviendas descubiertas podrían destinarse a usos fuera del hábitat cotidiano, como podrían ser el baño (Ríos 2000), preparación de alimentos, reuniones, juicios, separación por motivos sociales (segundas esposas o mujeres durante el periodo de menstruación), o incluso la preparación de los cuerpos previamente al funeral (Roberts 1996, 2).

En lo que respecta a la entrada al poblado, disponemos por un lado del modelo excepcional de San Chuis en Allande, donde nos encontramos con un camino central en foso que salva en línea recta el resto de fosos y contrafosos laterales y llega hasta el poblado, lo que tendría su equivalencia en otros casos de castros bien conocidos en las Islas Británicas desde hace décadas (Fox 1958), sobre todo en su costa sur, donde este sistema estaba casi generalizado (Cunliffe 1991, 267), admitiendo que existen una variedad de modelos de entrada en el noreste conviviendo en la misma época (Romero Masiá 1976). En el resto de la región, la falta total de accesos directos como este, debido a la combinación de la orografía natural y de sistemas defensivos complejos, así como diversas huellas a modo de aterrazamientos (Castiello de Fozana o Castiello de La Riera en Colunga) y los trabajos en roca detectados

a modo de pasillos (La Picon de Ricabo en Quirós o el Picu Castiello de Llamardal en Somiedo), nos muestran que el camino de acceso, o bien se internaría en los propios sistemas defensivos para llegar hasta la zona de hábitat (El Castiello el Pedreu de Grado), o bien atravesaría las defensas mediante algún sistema de pasarelas superiores, al igual que las posteriores fortificaciones medievales. El acceso al poblado parece realizarse siempre bordeando su cabecera principal, que suele estar fortificada y vigila desde una altura superior ese camino de acceso por alguno de los laterales del castro. El vacío de datos en el estudio de las puertas de los recintos fortificados en las regiones cantábricas es enorme, aunque en los últimos años empezamos a contar con ejemplos espectaculares por su forma y planteamientos estratégicos, más que por sus dimensiones, como bien nos demuestran las investigaciones en el castro de Castilnegro en Santander (Valle y Serna 2003).

Sobre el tipo de vivienda, creemos que no puede seguirse manteniendo la idea de una vinculación de viviendas cuadrangulares como signo arquitectónico romano, cuando la convivencia entre la vivienda circular y éstas existe desde los comienzos de la Edad del Hierro en el Norte Peninsular (Romero 1991; Llanos 1997), y además los primeros ejemplos más antiguos de vivienda castreña descubiertos corresponden a tipologías de tipo rectangular pertenecientes a la Edad del Bronce (Villa 2003). Otro elemento de discusión proviene de la cantidad de habitantes que podrían convivir en cada vivienda. Los conocimientos etnográficos de Aurelio de Llano (1919), quien planteaba una media de 8 habitantes por vivienda castreña basándose en sus trabajos de campo, y nuestras propias observaciones de viviendas tradicionales durante las múltiples visitas de yacimientos, que incluso superan con ejemplos vivos hasta hace unas pocas décadas esa media de D. Aurelio, creemos que muestran un índice de media bastante fiable y que diverge con otros índices de menor número planteados para el oriente de la región (Camino 2002).

Las viviendas de La Ayán en Lena o la casa vieja junto a la Cogollina de Castro en Teverga, de espacio similar al de la vivienda castreña, son ejemplos de espacios domésticos comunales donde llegaron a convivir entre 8 y 11 personas. La estructura modelo de los castros prerromanos, descubierta en mayor número hasta el momento, corresponde a una vivienda circular de entre 2 y 4 m. de diámetro, con un zócalo de piedra que sostiene un entramado de ramas cubierto con manteados de barro, que hace de pared, y que sostiene, con un poste central, la cubierta vegetal. La llegada de la romanización, siguiendo la base de una centenaria reocupación del mismo espacio doméstico (Parcero 2000, 89), más allá de un simple cambio mayoritario de la estructura circular a la rectangular, tiene muchos aspectos de gran interés sociológico que reflejan ciertos cambios en la vida diaria de los grupos castreños, y así nos encontramos en este periodo con una racionalización del espacio, construcción más ordenada, con una organización de la vivienda que permite un acceso más indirecto mediante pasillos, la circulación interior y el traslado de actividades como la cocina o el hogar del centro de la vivienda a las paredes de la misma, aumentando el número de hogares (Ayán 2003, 58).

Si anteriormente ya comentábamos la existencia de aljibes y pozos en el interior del hábitat castreño, otro de los elementos supuestos, pero no detectados, es el de los almacenes de cosechas y alimentos. Las claras evidencias de hórreos, detectadas en la Península Ibérica en poblados de la Edad del Bronce en Castilla (Martín y Virseda 2003), plenamente constatados desde la Edad del Hierro en las Islas Británicas (Cunliffe 1991 y 1995) o en Francia (Malrain y otros 2000; Mauné 1998), hacen suponer que estas estructuras, de muy difícil observación a través de la excavación arqueológica, ya que sólo se pueden localizar algunos hoyos de poste y que además deben coincidir plenamente en estructura y disposición con los de las diferentes tipologías de hórreos protohistóricos, también existieron en los

castros de las regiones cantábricas en época prerromana. Aquellas zonas altas, de buena posición respecto a la luz solar y el viento, como en las acrópolis de muchos castros del occidente o de la costa oriental, o cuya base rocosa impide la edificación de viviendas, en diversos castros del sector central asturiano, serían los lugares perfectos para dicha ubicación de estructuras de almacenaje.

### 10.3 ASPECTOS CONSTRUCTIVOS.

Pese a su escasez, son varios los yacimientos que nos han aportado valiosas huellas de trabajos de construcción y un aspecto poco tratado en nuestra región. Por un lado nos encontramos técnicas constructivas mediante la técnica minera de *ruina montium* para la construcción de fosos, la cual consiste en preparar un canal para agua que, después de ser almacenada, es dirigida con fuerza hacia varios túneles y galerías excavadas en la roca; el impacto posterior acaba derrumbando las galerías y provocando grandes corrimientos de tierras en su exterior. Conocemos varios casos, situados curiosamente en su mayoría lejos de las áreas de minería aurífera, lo que resalta el carácter de técnica constructiva por encima de su funcionalidad estrictamente minera. En el Questru de Otero en Lena (Fanjul y Menéndez 2004), de una zona del entorno a modo de pequeño embalse y denominada la “Fuente del Moro”, parte un canal que baja en poco espacio una gran pendiente y que da directamente al foso de la cabecera oeste del poblado, excavado en su totalidad en la roca. Otros ejemplos los tenemos en diversos sectores del occidente, sin poder afirmar con total seguridad si los canales excavados en la roca, y que conectan con los fosos de los poblados, son coetáneos, o si foso y canal cumplían una funcionalidad diferente por su falta de uso en la misma época (caso de diversos castros del concejo de San Tirso de Abres). Disponemos de diversos casos fuera de la región en los que se utiliza esta técnica con la misma finalidad, como en Lubián (Zamora) (Esparza 1983-84), dentro de una constante que parece repetirse por todo el Noroeste peninsular, como es la de aprove-



Figura 10.11: Canal minero que conduce a los fosos del castro-torre de Acio en Cangas del Narcea.

Las marcas de cuño triangular del Castiechu, de entre 10 y 15 cm. de longitud, podrían corresponder a la utilización de grandes estacas de madera para presionar y romper la pizarra del foso. Lo cierto es que estamos ante un ejemplo más de la necesidad de un esfuerzo en conjunto del grupo humano que habita el castro, para poder utilizar esta técnica, bien diferenciado de los simples trabajos de cantería, propios de una actividad individual, que hemos localizado en los entornos de algunas torres medievales.

## Capítulo 11

# El poblamiento castreño. Aldeas autosuficientes o centros jerárquicos.

### 11.1 LOS MODELOS INTERPRETATIVOS.

Los estudios dedicados al poblamiento castreño, aunque en muchos casos lleven ese título en su presentación, adolecen de dos errores de base que impiden profundizar en el tema. Por un lado, los investigadores se centran demasiado, o casi exclusivamente, en el yacimiento en estudio o en los yacimientos excavados, aspectos que no permiten una interpretación general del paisaje castreño. Por otra parte, la obsesión evolutiva de los estudios del poblamiento, centrada normalmente en casos arqueológicos conocidos, dejan fuera del debate, como ocurre en Asturias, el 90 % de los yacimientos castreños de los que no se conocen datos cronológicos o materiales.

En definitiva, se confunde el análisis del poblamiento con la interpretación evolutiva de datos socio-culturales, dejando fuera el debate sobre el concepto y la función de estos poblados fortificados. No existe un desarrollo lineal del debate sobre el poblamiento castreño en Asturias. La fuerte impresión que causan las estructuras defensivas en la erudición científica de los siglos XVIII y XIX, había marcado las pautas interpretativas de todo el fenómeno castreño en estos dos siglos, fomentando en primer lugar el concepto de lo militar, como pauta de explicación básica del poblamiento (de Llano 1919 y 1928). Por otro lado, relacionando directamente en lo cronológico, el concepto de defensa artificial, con el de civilización, dentro de los cánones que definen a la cultura romanizada. Esta

percepción historiográfica incapaz de asumir la existencia de una ingeniería defensiva compleja antes de la llegada de Roma, induce a una masiva catalogación de los castros de Asturias dentro de la categoría de “castillos romanos” o simplemente “castillos” (Pérez Campoamor 2000).

Es a comienzos del siglo XX, con las excavaciones de Aurelio de Llano en el castro prerromano de Caravia, cuando se muestra de forma clara un ejemplo de poblado fortificado sin elementos romanos, cambiando en la región los esquemas cronológicos que se atribuían hasta el momento a los castros, aunque manteniendo la base militar como “atalayas”, en lo que respecta a su funcionalidad en el paisaje: *“Todas estas obras han sido atribuidas a los romanos, pero está demostrado, y además lo confirman nuestros hallazgos, que son erróneas tales afirmaciones; por eso ya nadie se toma la molestia de refutarlas ...”* (de Llano 1919, 41).

Los primeros trabajos realizados en la Campa Torres, Caravia y Coaña, hasta los años 40 del siglo XX, tienen como objetivo científico el yacimiento en estudio, con lo que los investigadores, desconocedores del número y ubicación de los castros asturianos, apenas entran en debates, más allá de la funcionalidad militar de los castros (de Llano 1919), o de aspectos étnico-culturales relacionados con sus antiguos pobladores (García y Bellido 1942).



## 11. El poblamiento castreño. Aldeas autosuficientes o centros jerárquicos.

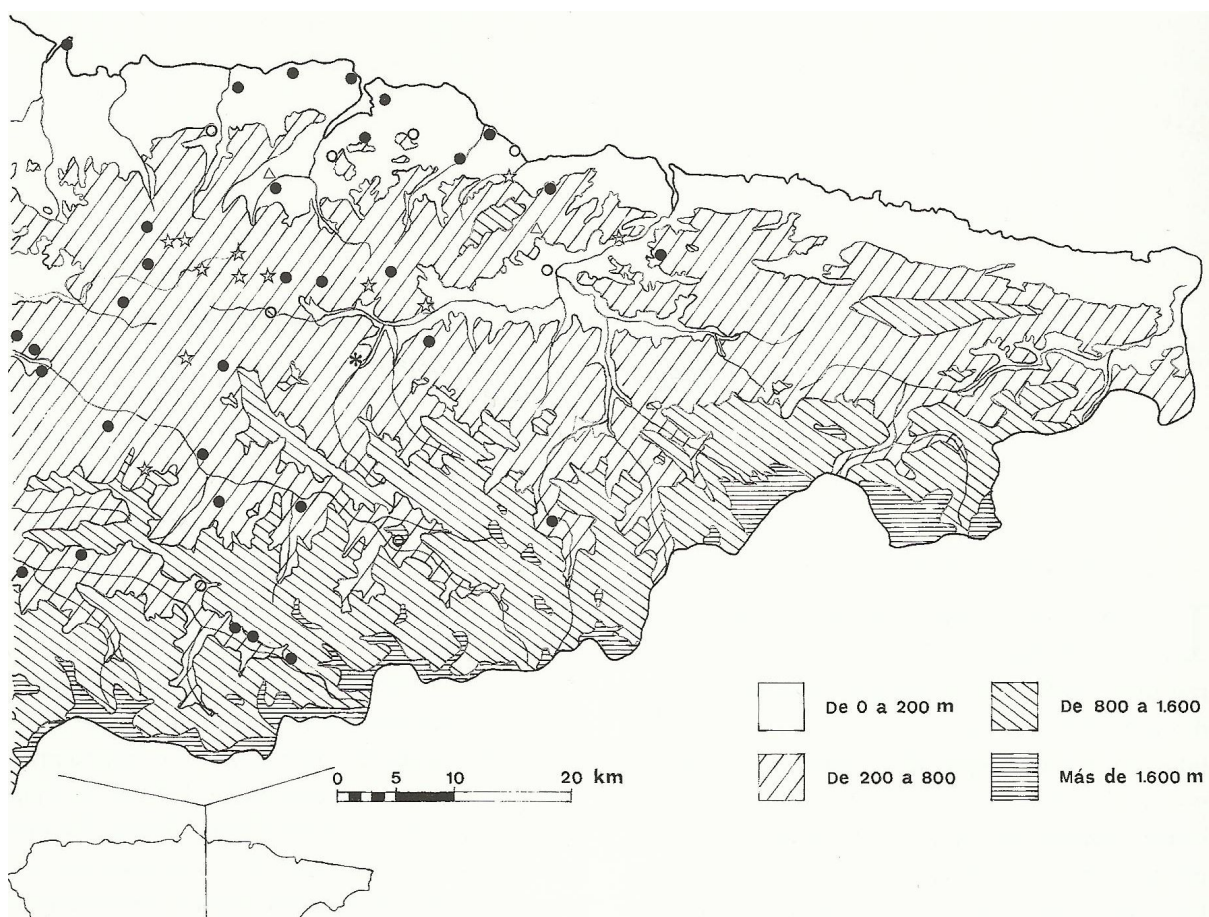


Figura 11.1: El Oriente asturiano ha centrado buena parte de los debates sobre la falta de castros en su extremo suroriental (Camino 2002, 140).

El gran cambio, que permite un debate sobre el mapa castreño asturiano, comienza con el investigador que catalogó la mayor parte de los yacimientos, J.M. González (1978). Siguiendo la comparación con los paisajes atlánticos de la Edad del Hierro en Europa, J.M. González (1978, 74) apuesta por una jerarquización del paisaje, hipótesis que seguramente es producto también, al igual que en nuestro caso, de la catalogación individualizada de todos y cada uno de los castros asturianos. González es consciente de que existen amplias áreas sin castros, en un paisaje que con seguridad estaba muy poblado y explotado desde la prehistoria. De la misma forma, pese a desconocer cuando se origina el proceso de fortificación de las aldeas astures, González plantea que éstas son la consecuencia de un

poblamiento en abierto, que conviviría con toda seguridad después con los castros astures. Pone como ejemplo el poblamiento de la Galla y resalta, para sus hipótesis en el territorio astur, la imposibilidad de que no haya poblamiento, entendido como población fortificada, en el extremo oriental de la región, la zona con menos castros. Durante la posguerra, y hasta finales del siglo XX, si bien todos los investigadores coinciden en afirmar el carácter militar de la fortificación castreña, divergen en cambio en lo que respecta a su origen e interpretación social, planteándose, desde los directores de excavaciones en los castros más occidentales de la región, primero, un origen tardío de las defensas castreñas en base al contexto cronológico de los castros excavados (Jordá 1985-86), y resaltando posteriormen-

te su continuidad como elemento cultural de las poblaciones prerromanas (Carrocera 1995,

219), dada la permisividad imperial hacia la pervivencia de estas estructuras militares.

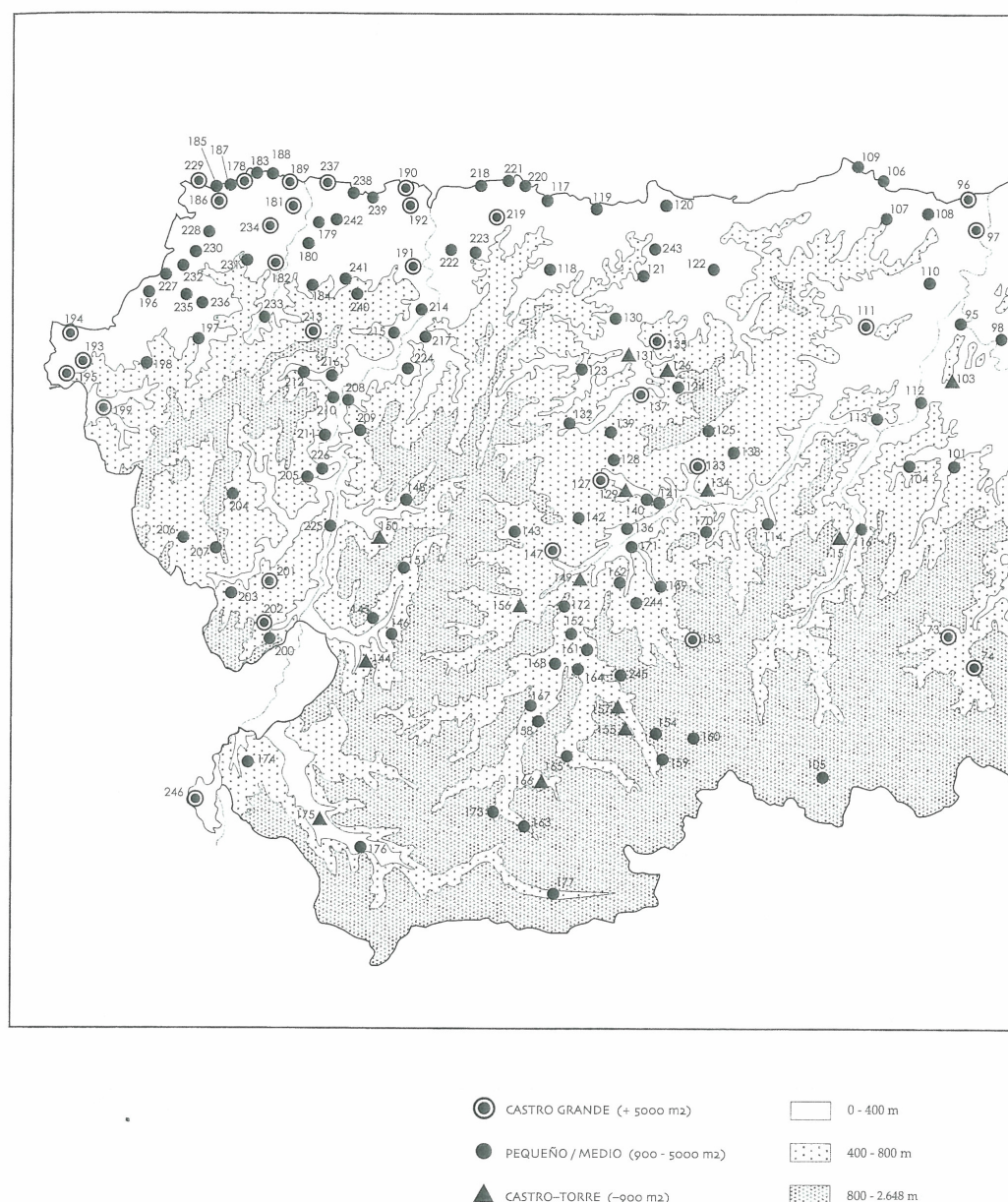


Figura 11.2: Mapa del poblamiento castreño en el occidente asturiano (Fanjul 2005).

Este es el panorama historiográfico que hubo hasta finales de los años setenta. A partir de entonces, en diversas publicaciones surgidas a consecuencia de los actos del bimilenario de la conquista del Norte de Hispania

por los romanos, verán la luz algunos trabajos de J.L. Maya González en los que, desde una argumentación arqueológica, se plantea con claridad la existencia de una cultura castreña asturiana, de carácter netamente prerromano,

## 11. El poblamiento castreño. Aldeas autosuficientes o centros jerárquicos.

ahondando en la triple división cultural del territorio asturiano apuntada por Jordá, y de otra, la perteneciente a la época romana. En esta serie de trabajos se introducían ya algunos datos del yacimiento castreño de la Campa Torres (Gijón) (Maya 1983), cuya excavación se iniciaba por aquél entonces.

Este yacimiento se revelará clave para la comprensión del ámbito castreño asturiano, aun cuando los datos importantes no serán conocidos hasta principios de los años noventa. J.L. Maya ha sido el investigador, después de J.M. González, que más ha intentado descifrar las claves del paisaje castreño desde una visión global del fenómeno. En sus trabajos (Maya 1989), se intentan explicar casos atípicos del paisaje castreño aceptado en su momento, proponiendo una estacionalidad de los castros ubicados a más altitud, y apostando por las diferencias socio-económicas de las tribus orientales de la región, para explicar la falta de poblados fortificados en ese sector de Asturias.

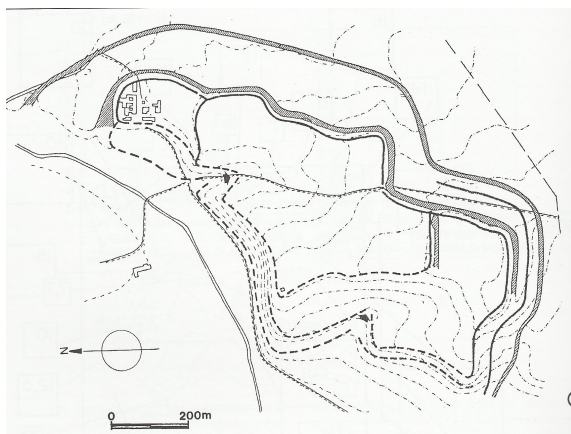


Figura 11.3: Planta del castro de Contrebia Carvica (Lorrio 1997, 70).

La variedad de modelos de poblamiento en la meseta, incluyendo *oppidas* como el de la imagen, ha derivado los debates del poblamiento, a diferencia de otras áreas peninsulares, hacia la discusión de pautas de jerarquización territorial. Años más tarde, Camino vuelve a retomar el debate, sugiriendo no sólo unas diferencias socio-económicas de la población ganadera itinerante del orien-

te asturiano, sino introduciendo en el debate el factor cultural, ante la posible pertenencia de esos grupos ganaderos a los cántabros. La gran aportación de Camino (2003) en este sentido, son sus trabajos arqueológicos en la Ría de Villaviciosa, donde se ofrece en un análisis micro-territorial, una gran cantidad de datos de interés para conocer la evolución del paisaje fortificado prerromano en la zona, pero sin adentrarse en el fenómeno castreño a nivel regional. Otra gran aportación previa supone el estudio individualizado de los castros costeros (Camino 1995), donde se propone la importancia de la cercanía a la costa como factor económico, lo que explicaría la potencia estructural y la antigua importancia de los grandes poblados astures, muchos de ellos ubicados en la costa.

Los investigadores del valle del Navia han centrado sus trabajos en el estudio individualizado de los castros en excavación, planteando en pocos casos análisis generales del poblamiento regional. En el planteamiento más reciente que realizan (Villa 2007c), parten de un mapa desactualizado de yacimientos, como es el de J.M. González, que sin embargo de forma general es aceptable para la interpretación regional del poblamiento, al ser el más próximo a nuestra revisión de castros (Fanjul 2005). Para explicar la ubicación de algunos castros de montaña, Villa mantiene la hipótesis de la estacionalidad propuesta en su día por J.L. Maya (1989), algo que nuestra revisión actual niega, partiendo de que todos los castros catalogados han de ser considerados castros de ocupación estable, y poniendo en duda esa función para el de más altitud, el Castiechu del Chamardal de Somiedo, el cual ha de considerarse un posible castro-torre. No existen en Asturias castros en cotas de altitud que impidan habitar el lugar durante todo el año.

Según Villa (2007c, 194), la función de buena parte de los castros de la Edad del Bronce era de tipo ceremonial, sin ocupaciones internas de habitación, las cuales se generalizarían a partir de la Primera Edad del Hierro. A lo largo de este y otros trabajos, el equipo del Navia interpreta los casos cita-



dos según los materiales, estructuras y cronologías aceptadas, sin adentrarse en una interpretación global del fenómeno castreño en Asturias.

A finales del siglo XX, y con motivo de los trabajos arqueológicos en el castro de Llagú (Oviedo), se intenta una aproximación territorial del entorno del yacimiento en estudio. En dicho intento se hace una selección inexplicablemente parcial del territorio castreño, interpretando la carretera nacional creada en el siglo XIX como la vía natural que articularía los antiguos centros de poder, y seleccionando éstos, sin tener en cuenta las enormes dudas sobre el contexto castreño de algunos de ellos (García Chaín y López Blanco 2002).

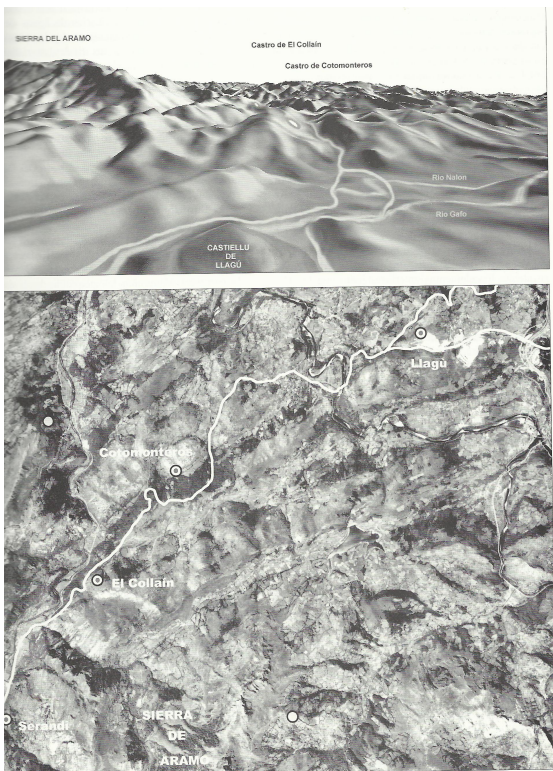


Figura 11.4: Reconstrucción virtual del sector con castros en dirección al Aramo desde Llagú (Berrocal *et alii* 2002, 39).

Se toma como vía principal la carretera nacional del siglo XIX por el fondo de valle del Trubia, sin mencionar el camino medieval que transcurría por el valle de Lavares. El castro de Peña Constancio y otros de ese valle ni

siquiera aparecen reflejados en el mapa, consecuencia de un error típico de los arqueólogos actuales, quienes vemos el paisaje desde unas coordenadas mentales muy alejadas de los paisajes tradicionales.

Aparte de nuestras hipótesis de trabajo (Fanjul 2003, 2004 y 2005), incluyendo nuestro estudio de la evolución castreña en el valle de Teverga (Fanjul 2011b), otros investigadores han intentado recientemente un análisis del poblamiento castreño desde una perspectiva regional. En ambos casos, Álvarez González (1999) y Marín Suárez (2011), la base teórica materialista impide una correcta interpretación de paisaje, aún cuando se aportan datos de gran interés y se reafirma por primera vez, el final de los castros como tales a partir del siglo II d.C. A partir del 2006 se puede decir que asistimos a un impulso de los dos sectores más opuestos en el debate del poblamiento castreño. Por un lado resurge la escuela materialista (González Ruibal 2006-07; Álvarez González 2009; Marín 2011), que parte del concepto de una sociedad no jerarquizada, y una escuela más atlántica, sostenida por los abundantes paralelos europeos de la Edad del Hierro (Torres Martínez 2011; Serna *et alii* 2010; Fanjul 2011b).

Las últimas hipótesis planteadas en Asturias sobre el fenómeno castreño parten de esa primera línea de investigación. El trabajo de Marín Suárez (2011), que recoge la totalidad de los datos referentes a la Edad del Hierro en Asturias, con algunos análisis destacados en el caso de la cultura material, padece en nuestra opinión de un error de base, y es la defensa de una hipótesis social sobre la que se intenta construir la tesis, y que desde el punto de vista geográfico, demográfico e histórico es sencillamente inasumible. Su modelo explicativo sigue la senda de otras propuestas materialistas para el noroeste, como es la equiparación del concepto de aldea actual con el de castro, dentro de una sociedad autónoma y comunitaria. Por ejemplo, este investigador considera que la fortificación de las aldeas astures a partir del siglo VIII a.C. será *“si no es la única, si la forma absolutamente predominante de asentamiento (...) hizo práctica-*



## 11. El poblamiento castreño. Aldeas autosuficientes o centros jerárquicos.

---

*mente impensable la perduración de caseríos abiertos”* (Marín 2011, 249). Esta hipótesis supondría admitir que en un territorio como el asturiano, existirían durante varios siglos nada más que unas 20-40 aldeas, algunas de

ellas con capacidad máxima para tres familias, en definitiva, un desierto poblacional en Europa occidental, un caso único y excepcional que no tiene paralelos conocidos. Es decir, algo sencillamente imposible.



Figura 11.5: Estructura temporal de habitación en Teverga durante su estudio (Fanjul Peraza y Fernández Riestra 2008).

La línea materialista en la interpretación del paisaje asturiano (Fernández Mier 1999; Álvarez González 2009; Marín 2011) sigue negando la existencia de este tipo de estructuras para la Edad del Hierro astur, teniendo como únicas estructuras de poblamiento en los valles de montaña, castros que en muy pocos casos pueden considerarse como tales. Entre los motivos para la fortificación destaca que el fenómeno pretende hacer más estables determinadas aldeas, desde un punto de vista agrícola, siguiendo las hipótesis de Fernández Mier (1999). Si bien es cierto que los castros suelen ubicarse junto a las mejores tierras de cultivo, esto suele suceder de forma mayoritaria en valles de montaña (Fanjul 2011), mientras que en el resto de la región hay una mayor

flexibilidad en los factores de ubicación (Fanjul 2005). Los castros se ubican en valles de calidad agrícola, no en su entorno inmediato, pero controlándolos visualmente, lo que refuerza nuestra hipótesis de que son centros de poder y no aldeas.

Existe, en cambio, algo en lo que coincidimos plenamente con las teorías propuestas por Marín, y es en que a partir de la conquista romana la construcción de nuevos castros parece ser excepcional, aunque no en la explicación social de ese cambio. Las élites, en nuestra opinión, no surgen con la romanización (Marín 2011, 612), sino que siempre han existido en la Prehistoria reciente astur como muestra la orfebrería. Las teorías de Marín representan la continuidad de la escuela ma-

terialista en el noroeste, y su desarrollo queda garantizado en los estudios del valle del Pigüña que se están realizando en los últimos años. De forma excepcional en Europa occidental, según los continuadores de estas hipótesis materialistas, los astures tendrían un grado de desarrollo social propio de tiempos “paleolíticos”, la comunidad salvaje, y sin que sepamos las razones objetivas que lo prueben, podría compartir territorios de pastos con otras tribus vecinas (Marín y González Álvarez 2011, 198).

Los trabajos de González Álvarez (2009) siguen la misma estela, con la salvedad de intentar la aplicación de aspectos etnoarqueológicos relacionados con las comunidades ganaderas cántabras, sin caer en las comparaciones africanas de algunos investigadores (González-Ruibal 2006-07), pero partiendo de los mismos errores sociales de base que el resto de la escuela. En este caso se intenta analizar el paisaje castreño del Pigüña interpretando como castros casi una treintena de asentamientos nada claros, y utilizando además como sociedad para el análisis comparativo la de los vaqueiros de alzada, una sociedad nómada que nada tiene que ver con la comunidad en aldea que plantean las propuestas de su escuela. Todo el discurso se apoya en la bibliografía teórica y conceptual de los nuevos materialistas (González-Ruibal 2006-07, Marín 2011), aunque apuntando para el valle en estudio una observación obligada, que rompe con la línea materialista, y que nosotros compartimos, y es la imposibilidad de que el castro sea el único tipo de poblamiento para el valle Pigüña-Somiedo durante la Edad del Hierro, como se había sostenido hasta ahora (Fernández Mier 1999).

Los estudios de poblamiento castreño en la Meseta, a diferencia de la tendencia asturiana de huir del concepto cultural de la fortificación (Marín 2011), han partido de unas definiciones claras del concepto, intentando ver unas diferencias evolutivas entre los castros comunes y los grandes *oppida* (Romero Carnicero 1991, Esparza 2011), cuyo sentido social marcha en paralelo a los fenómenos de urbanismo mediterráneo (Almagro-Gorbea

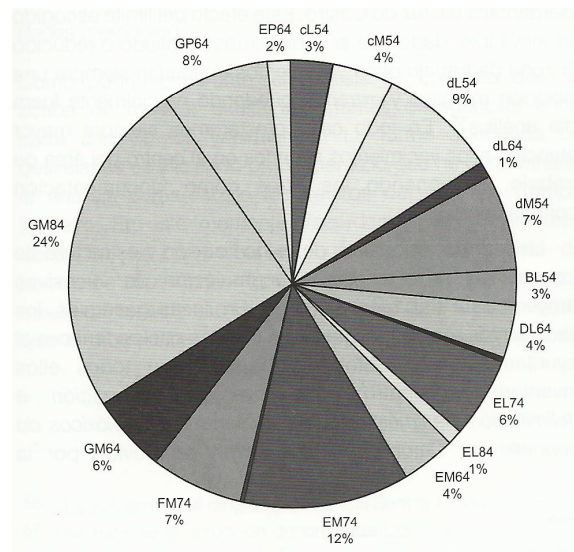


Figura 11.6: Los estudios edafológicos en los entornos castreños son de gran utilidad en la interpretación de la micro-economía de los centros de poder (Parcero 2002, 75), pero no nos permiten una visión económica global del territorio castreño, al no poder incluir las estructuras agrarias menores.

2002).

Las diferencias en la interpretación social de los poblados han marcado cierto debate, con una fuerte línea materialista presente durante años en la zona del Bierzo (Fernández-Posse 2002; Sánchez-Palencia, Orejas y Sastre 2002), que asume el castro como una unidad autónoma y autosuficiente, dentro de un concepto territorial limitado al propio control visual desde la fortificación y sin tener en cuenta la probada existencia de otras estructuras de poblamiento no fortificadas en la Meseta (Lorrio 1997, 65). En algunos casos de la misma zona geográfica se reconoce, sin embargo, siguiendo algunas de las pautas que nosotros defendemos para Asturias, la existencia de una jerarquización social, que aparecería de forma progresiva desde una Edad del Bronce más comunitaria (Celis 2002, 120). En el cántabro oriental, quizás por los ambientes de montaña en los que se centraron las investigaciones del poblamiento castreño, siempre se defendió la idea de unas estaciones ganaderas de montaña, que convivirían con el pobla-



## 11. El poblamiento castreño. Aldeas autosuficientes o centros jerárquicos.

miento fortificado durante la Edad del Bronce y la Edad del Hierro (Peñalver 2001; Torres 2011). La progresiva documentación de espacios fortificados en Cantabria y el País Vasco (Peralta 2000; Peñalver 2005), ha supuesto un reciente trabajo de revisión donde se reflejan otras realidades del paisaje, que rompen la idea tradicional de definir el castro como una unidad exclusiva del poblamiento en la Edad del Hierro (Serna, Martínez y Fernández 2010).



Figura 11.7: Las últimas revisiones del poblamiento castreño en Cantabria (Serna, Martínez y Fernández 2010) han tenido en cuenta no solo el discurso evolutivo, sino también la presencia de otras realidades no fortificadas en la construcción del paisaje castreño.

Finalmente es en el cantábrico occiden-

tal donde los estudios del poblamiento castreño han tenido un mayor desarrollo, dentro de lo que en Galicia constituye una línea de trabajo específico, y con más proyectos en curso que en cualquier otra región. Los comienzos de los debates giran a finales del siglo XX en torno a la evolución y origen de los procesos de fortificación. El castro es interpretado como la unidad básica de poblamiento hasta en las últimas revisiones, donde se admiten otros hábitats no fortificados (González-Ruibal 2006-07). La formación de los castros se observa como el estancamiento de unas sociedades que pasan de relaciones inter-regionales a pequeños territorios (Peña Santos 1992).

El concepto de átomo poblacional y de autosuficiencia es una línea interpretativa en auge en los debates del noroeste sobre los castros durante los años 90. Pocos años más tarde, y siguiendo el crecimiento de otra línea de trabajo como es la arqueología del paisaje, se desarrollan numerosos estudios de poblamiento comarcal con resultados que demuestran la existencia de una diversidad de modalidades de poblamiento según la zona (Fábrega Álvarez 2003; Xusto Rodríguez 1988-89 y 1992). A comienzos del siglo XXI se siguen interpretando los castros gallegos como la única forma de poblamiento en la Edad del Hierro (Carballo Arceo 2005), reconociendo que ese paisaje proviene de otro anterior, donde existía un sistema de aldeas y granjas abiertas en la Edad del Bronce. El mismo autor reconoce la existencia de una jerarquización del poblamiento siempre dentro del paisaje fortificado, y sin tener en cuenta otras realidades no fortificadas (Carballo Arceo 2002).

Poco más tarde, Parcerro Oubiña (2005) señala cambios de territorio que apuntan a una temprana desigualdad social a partir de la Edad del Hierro, coincidiendo con el auge del poblamiento castreño. Los sucesivos análisis del territorio plantean una jerarquización, no solo paisajística sino también doméstica, y donde el impulso de algunos poblados durante la romanización implica unas transformaciones que llevarán al abandono de los mismos (Parcerro Oubiña 2000). El peso del discus-

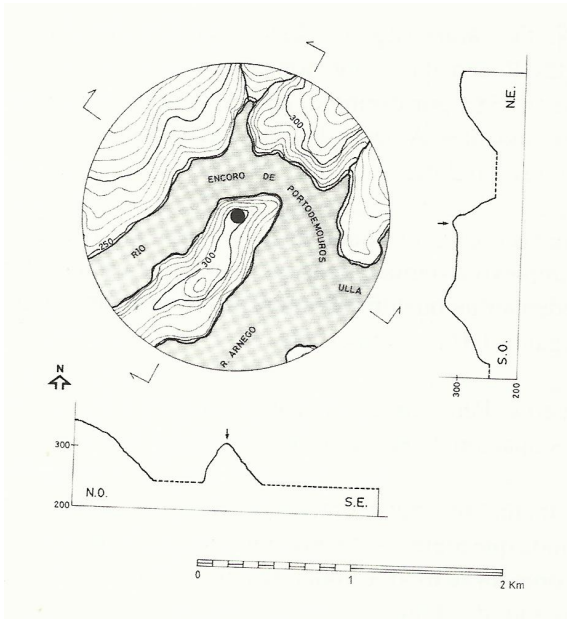


Figura 11.8: Galicia ha concentrado la mayor parte de los esfuerzos y líneas de investigación sobre la interpretación del paisaje castreño. La variedad de modelos de poblamiento queda demostrada a través de los numerosos estudios comarcales y locales (Carballo Arceo 2002, 115).

so evolutivo sigue siendo predominante en los últimos trabajos de investigación en la Galicia castreña, con el interesante añadido de nuevos hallazgos en poblamiento abierto desde la Edad del Bronce. El poblamiento castreño sigue siendo interpretado como una unidad autónoma, pero vinculado en su relación de dimensiones y posición en el paisaje, con una red de asentamientos jerarquizados (González Ruibal 2006-2007).

En conclusión, siguiendo nuestras hipótesis para el castro asturiano, la obsesiva interpretación de los castros como unidades de poblamiento y no como estructuras de poder, hace que buena parte de los intentos de aplicar la arqueología del paisaje al mundo castreño en el noroeste pierdan buena parte de su valor, mientras que en paralelo, destaquen cada vez más aquellos trabajos que abren la posibilidad a otros modelos de poblamiento no fortificado.

Es ese tipo de poblamiento es el que

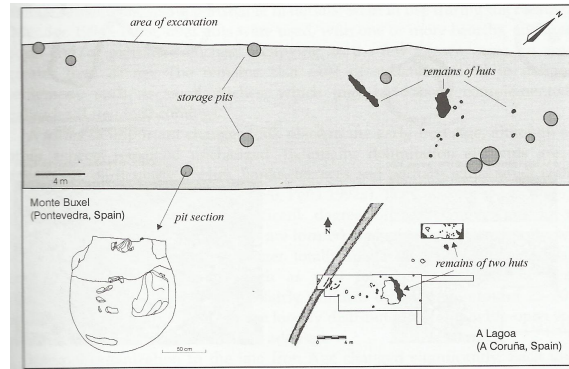


Figura 11.9: La presencia del poblamiento en abierto en Galicia desde la Edad del Bronce, y su continuidad posterior, es uno de los temas que más están enriqueciendo el debate sobre el poblamiento en la Edad del Hierro gallega (Parcero 2003, 277).

consideramos clave para entender el territorio castreño, y cuyo progresivo análisis cambiará la forma de interpretar los castros, para los que se admitirán una jerarquías tanto a nivel social como territorial. De la misma forma, la importancia de cada paisaje local supone una diversidad de poblamientos difícilmente interpretables bajo un prisma común.

## 11.2 FASES DEL POBLAMIENTO.

Desde el Bronce Final asistimos al nacimiento del fenómeno fortificado como visualización de una sociedad jerarquizada. Las hipótesis que defienden una baja jerarquización de las sociedades del Noroeste en esta fase (Marín 2011) siguen sin explicar el porqué de la continuidad de los mismos espacios centrales de poblamiento durante siglos, espacios que no sufren cambios significativos, más allá de asumir unas novedades materiales y arquitectónicas propias de la evolución tecnológica de estos grupos, y que no pueden defenderse como producto de un cambio social hacia la jerarquización.

En todos los casos estudiados con amplia ocupación doméstica desde el Bronce Final hasta momentos iniciales de la romanización, el espacio interior está urbanizado, salvo en el Chao Samartín, donde se produce la urbani-



## 11. El poblamiento castreño. Aldeas autosuficientes o centros jerárquicos.

zación progresiva de un espacio acotado a una sola estructura de habitación de la Edad del Bronce. Interpretar esa única estructura de ocupación como un espacio comunal no deja de ser una hipótesis, que puede fácilmente revertirse al explicarse como un ejemplo de

espacio limitado, a través de una empalizada, para un sector social elegido y que se sitúa en los planos de decisión sobre el resto del grupo, constituyendo un ejemplo evidente de jerarquización para los momentos tempranos del fenómeno castreño.

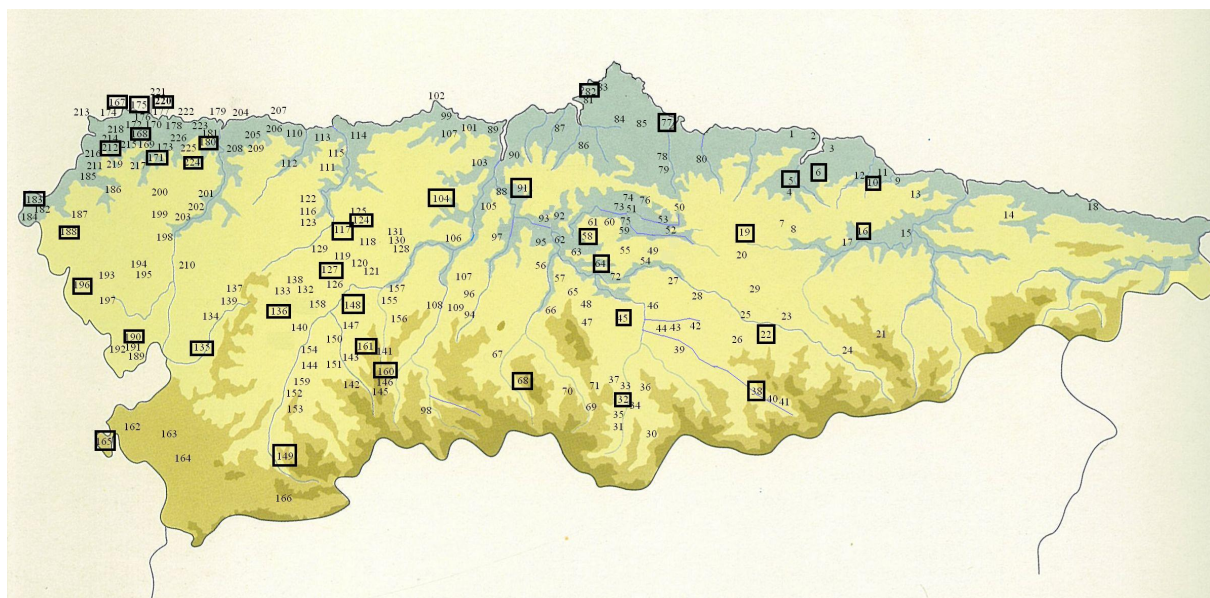


Figura 11.10: Mapa de los castros de mayores dimensiones respecto a los poblados de su entorno, donde se puede observar una cierta equidistancia entre ellos, lo que parece resaltar su papel como centros políticos locales. Las agrupaciones por cercanía de grandes poblados se circunscriben a la costa occidental asturiana. Si bien planteamos una posible jerarquización entre poblados de mayores y menores dimensiones, es fundamental la cautela interpretativa al desconocer la cronología de ocupación de la mayor parte de los mismos.

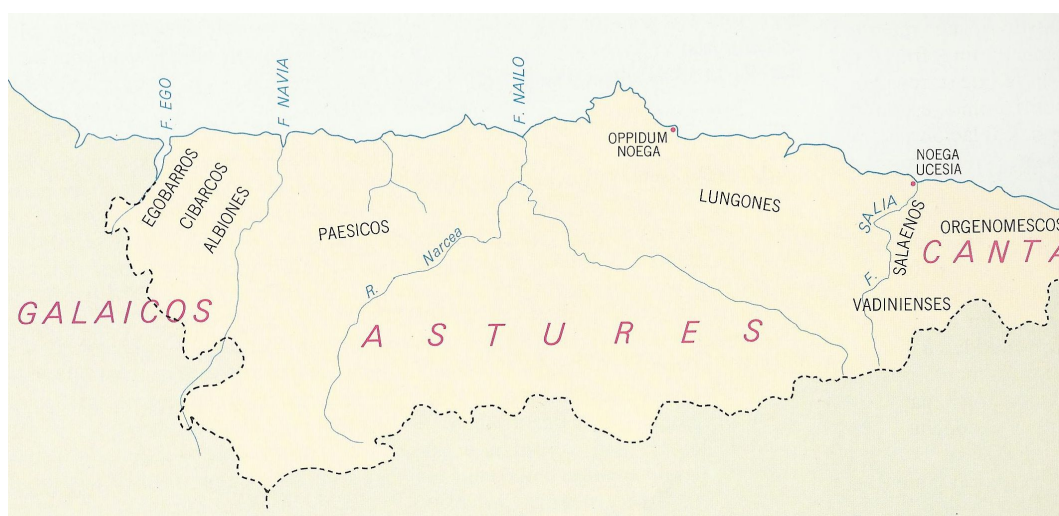


Figura 11.11: Mapa etnológico de la Asturias prerromana según J.M. González (1978, 54).

Ya en esta fase contamos con ocupaciones en los grandes castros asturianos como el Chao Samartín, Camoca, San Chuis, Taramundi o la Campa Torres, Brul, a los que se suman unos materiales inciertos y hallazgos menores en otros yacimientos como el Pico Castiello de la Collada (Fanjul 2005). Las características de este período de formación del complejo castreño astur apuntan claramente hacia la continuidad del horizonte cultural del Bronce Final Atlántico, lo que se evidencia especialmente en las tipologías metálicas y en los aspectos tecnológicos, evidenciándose unas claras similitudes con yacimientos meseteños y del Noroeste (Fanjul y Menéndez 2004).

En la Edad del Hierro se observan diferentes situaciones en el desarrollo del poblamiento fortificado, que nos llevan a plantear diversos procesos de consolidación de los territorios aristocráticos astures. Por una parte aumenta lo que puede denominarse como arquitec-

tura urbana, así como la calidad constructiva de los espacios domésticos, configurando una ampliación de la base social aceptada para residir dentro de los espacios fortificados. La intensificación de la economía agrícola (Fanjul 2011a) puede ser una de las razones de ese crecimiento social de las élites tribales.

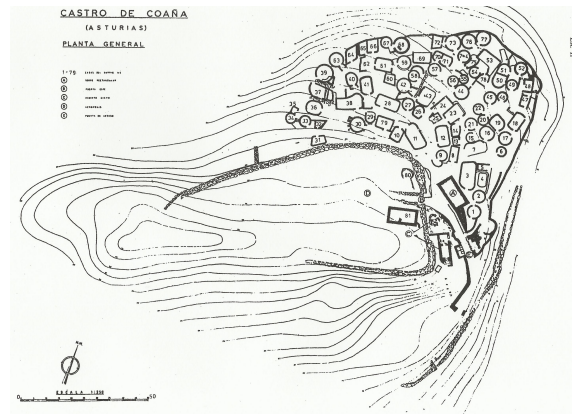


Figura 11.12: Planta del castro de Coaña (Maya 1984, 200).

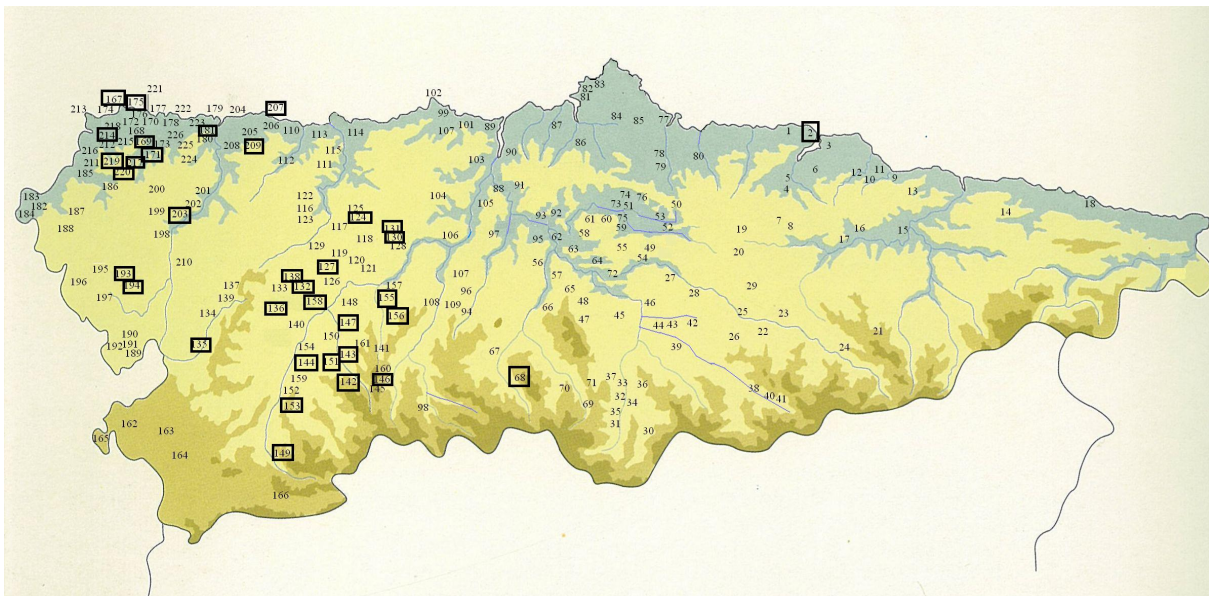


Figura 11.13: Mapa de castros asturianos multivallados, lo que supone más de tres fosos y dos contrafosos en una sola vertiente. Salvo el castro de la Barquerona de Villaviciosa, la totalidad de los elementos multivallados se corresponden con el occidente asturiano. Buena parte de estos emplazamientos parecen haber tenido un uso puntual o permanente como castros-torre, y en otros casos se concentran en los grandes poblados. Planteamos por tanto la arquitectura defensiva multivallada en los castros asturianos, como un elemento propio de la funcionalidad militar de algunos castros, y en menor medida, con la ostentación simbólica de los habitantes del poblado.



## 11. El poblamiento castreño. Aldeas autosuficientes o centros jerárquicos.

Por otra parte, se produce una auténtica revolución en la ingeniería defensiva, con la generalización de las murallas de módulos y de los fosos multivallados, donde cuya existencia constatada en lugares como la Cogollina (Fanjul *et alii* 2009), suponen el origen de un fenómeno cuyo posterior desarrollo entre los principales castros como el Chao Samartín (Villa 2005), así como entre los castros-torre parece corresponder a épocas posteriores ya durante la ocupación romana.

Este fenómeno se centra sobre todo en el sector occidental asturiano, quedando el sec-

tor centro-oriental exento de esas transformaciones defensivas. En este sentido, la romanización parece tener efectos diferentes dependiendo del sector de Asturias. Por una parte nos encontramos con toda una serie de abandonos, destrucciones y fases temporales sin ocupación en los castros del sector centro-oriental de Asturias, mientras que en el sector occidental la pervivencia de las ocupaciones en los centros de poder durante la época romana podría encajar con un trato social diferente a esos grupos astures, que podría tener como base la colaboración política para la extracción del oro.

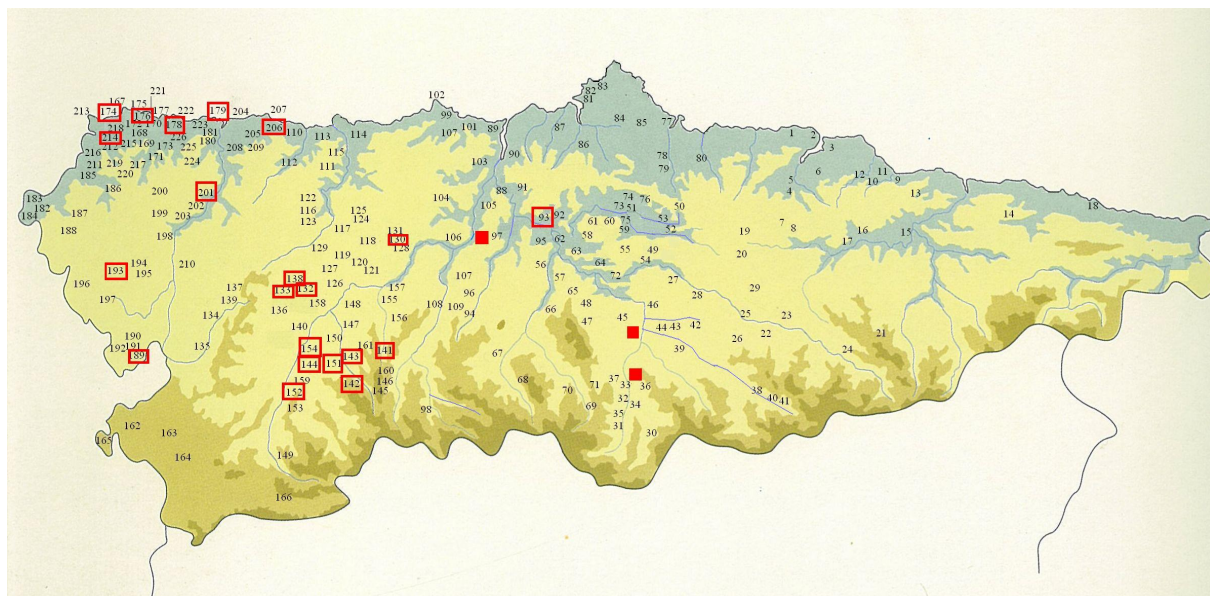


Figura 11.14: Mapa de castros-torre. En nuestra opinión, el fenómeno de los castros-torre es una muestra de la militarización del poblamiento castreño en época romana. Puede existir alguna excepción donde el escaso espacio habitable contenga elementos de la Edad del Hierro, caso del castro de Pelou (Villa 2007), aunque en la mayor parte de los casos estamos hablando de yacimientos de control vial de diferentes épocas dentro de la época romana. Las principales áreas donde se concentra este control vial es el interior de Tineo, su conexión con el Alto Narcea, y la costa occidental asturiana. En menor medida tenemos casos aislados controlando el valle Lena-Caudal, el puerto de montaña de la Cabruñana-Oviedo, así como el Medio-Alto Navia.

La conflictividad y la necesidad de controlar esos pactos y recursos son los responsables de la creación de nuevos tipos de castros, los castros-torre, así como de la militarización de otros yacimientos (Villa 2005). A partir del siglo II d.C. las ocupaciones de castros son estadísticamente ínfimas, mientras que las reocupaciones tardoantiguas son producto

de una expansión del poblamiento en aldeas abiertas, las cuales hacen un uso temporal de viejos espacios castreños, o bien son fenómenos militares, también puntuales y donde el sentido vial de la fortificación es la razón fundamental de su reocupación (Fanjul 1998a). El mismo fenómeno se produce en época medieval. Las reocupaciones puntuales

### 11.3. El hábitat en granjas no fortificadas. Las Vachinas (Teverga).

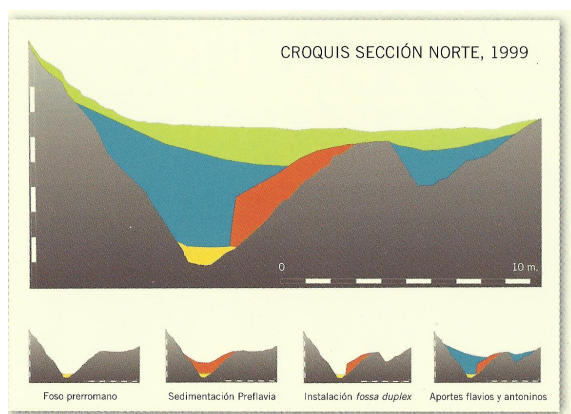


Figura 11.15: Evolución de los fosos del Chao Samartín según Villa (2005, 77).

son producto de pequeños fenómenos de granjas, o bien de fortalezas que reaprovechan la posición estratégica e incluso las antiguas defensas de algunos castros (Fanjul, Flórez y García 2005).

### 11.3 EL HÁBITAT EN GRANJAS NO FORTIFICADAS. LAS VACHINAS (TEVERGA).

Nuestra base teórica siempre ha defendido la existencia de un poblamiento en abierto, en paralelo al poblamiento fortificado, y que en el caso asturiano sería la base mayoritaria del hábitat, quedando los castros como centros de poder local. Los abundantes ejemplos atlánticos de otros puntos de Europa (Fitchl 2000), así como el cada vez mayor número de hallazgos de este tipo en la Meseta (Torres Martínez 2011), nos permitía defender que Asturias no podía ser un caso único, y que ese tipo de hábitats menores acabarían descubriéndose. Nuestra suposición era difícil de demostrar pues estamos ante un paisaje cantábrico donde la cubierta vegetal cubre todo resto material. A este problema físico, se le añade el propio del registro arqueológico de este tipo de yacimientos, donde las huellas estructurales suelen ser pequeñas fosas y huellas de poste. Si a las dificultades físicas e interpretativas le sumamos la falta de seguimientos intensivos de grandes obras de construcción en nuestra región, el contexto en el que aparecen siempre este tipo de yacimientos, las

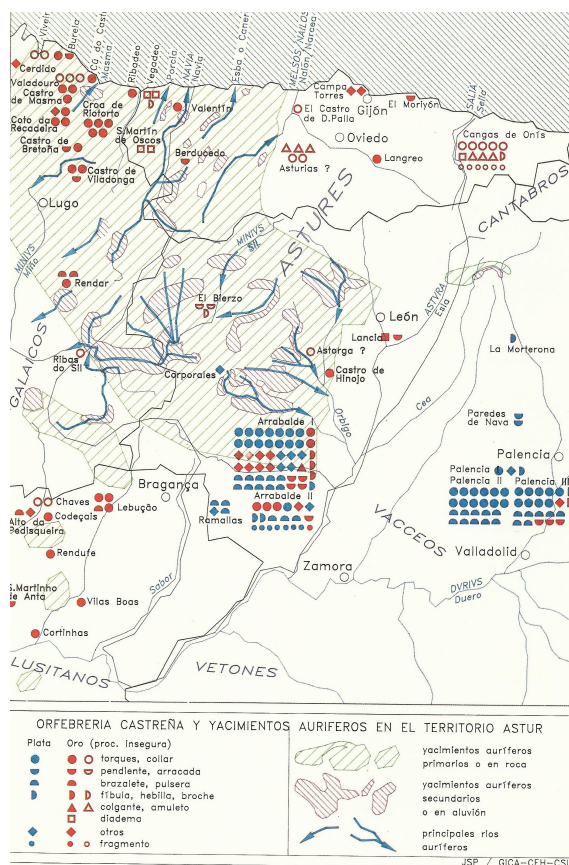


Figura 11.16: Mapa de recursos mineros de la Asturia romana según Sánchez-Palencia (1995, 145).

posibilidades de hallar las famosas granjas astures de la Edad del Hierro en Asturias eran casi nulas. A finales de 2013, un vecino de Sobrevilla (Teverga) decidió realizar unas pequeñas obras de acondicionamiento en una de las mejores huertas de montaña del concejo, conocida como las Vachinas. La obra, consistente en abrir una pequeña pista para permitir el ascenso de vehículos desde una de las terrazas agrícolas a otra situada un par de metros sobre ella, cortaba un talud de tierra producto de la erosión de esa pequeña terraza superior que controlaba la huerta de las Vachinas. En dicho corte, de apenas cinco metros de largo aparecían una serie de materiales óseos, cerámicos y líticos, que le animaron a ponerse en contacto con nosotros, al conocer que habíamos estudiado el vecino castro de la Garba años antes (Fanjul 2010).

Si bien los materiales cerámicos, muy frag-



## 11. El poblamiento castreño. Aldeas autosuficientes o centros jerárquicos.

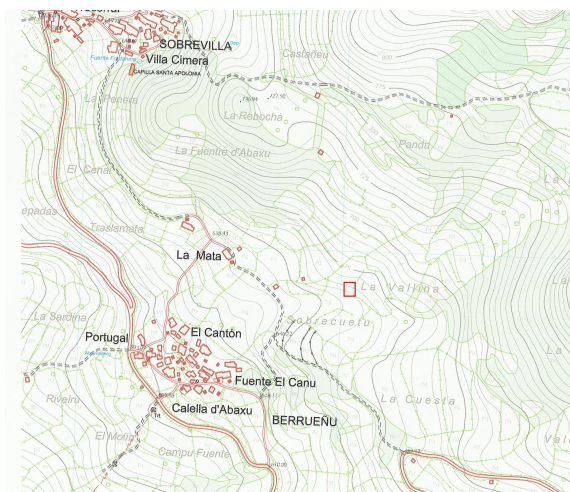


Figura 11.17: Ubicación de la granja astur de las Vachinas (Teverga).



Figura 11.18: Vista general de las huertas desde el lugar donde se hallaba la granja prerromana.

mentados y con unas características reductoras en la cocción podían abarcar desde la Prehistoria a la Edad Media, el material lítico, formado por varias piezas de molino circular típicamente castreño, y varios fragmentos cerámicos que pudimos ver en el corte de la obra, también exclusivamente propios de la Edad del Hierro, nos llevan a identificar en las Vachinas los restos de una granja Astur prerromana.

El yacimiento de las Vachinas se encuentra en la ladera de la sierra de la Sobia, al Sur de Asturias, dentro del concejo de Teverga. Los cortinales o huertas de la ladera de la Sobia se han considerado siempre los mejo-



Figura 11.19: Vista del corte donde se hallaron los materiales.

res espacios agrícolas del concejo. Protegidos del viento y las heladas por la sierra de la Sobia al Este, la luz solar cubre los cortinales durante casi todo el día, a lo que se suma como condicionante óptimo para la agricultura, una base edafológica de gran calidad. Las Vachinas son un conjunto de huertas ubicadas a las afueras de la localidad de Berruenu, junto a la antigua vía medieval que unía las poblaciones de Sobrevilla, Berruenu y Carrea. Situadas a 600 metros del castro de la Garba, estudiado por nosotros en el año 2004, el espacio agrícola que rodea los tres pueblos parece haber tenido una mayor importancia que el resto de espacios agrícolas, bien por el pequeño arroyo que baña su fondo durante todo el espacio agrícola, como por la profundidad de su suelo. La huerta de las Vachinas tiene una orientación este-oeste, como corresponde a los espacios agrícolas en terraza de las laderas de la Sobia, y en sus zonas altas se observan pequeñas terrazas artificiales combinadas por grandes bloques naturales de piedra caliza, que se desprendieron en su día de la peña Sobia. No se observan restos estructurales de ningún tipo, más allá de la típica acumulación de piedras procedentes de la limpieza de las huertas, ni tampoco se halla tradición oral en la zona sobre un uso habitacional previo. A falta de una investigación más a fondo, cuyo proyecto ya hemos entregado al Principado, podemos sacar unas primeras conclusiones del material observado en el corte estratigráfico

del yacimiento:

1. En primer lugar, estamos ante un yacimiento en posición secundaria. Todos los materiales provienen de la pequeña terraza superior sobre la huerta en sí, donde se encontraría el espacio de hábitat.
2. De las muestras óseas se desprende una extensa variedad de fauna, que conviviría en un mismo momento, si tenemos en cuenta la posición de las piezas, mezcladas en el mismo nivel y casi a la misma cota de profundidad. En esa variedad se incluyen piezas de vacuno, cerdo, ovicápridos y aves.
3. Desde el punto de vista estructural, la terraza superior donde se hallaría la granja apenas tiene espacio para dos o tres cabañas, de las que suponemos un espacio de hábitat y el resto estructuras para el resguardo del ganado y el almacenamiento. La granja de las Vachinas era pequeña, y de sus dimensiones podemos adscribir un uso familiar más que comunitario.
4. La cerámica corresponde en su totalidad a ollas de mediano tamaño, a los que se sumaría algún cuenco. Entre las piezas se combinan elementos a mano poco cuidados, idénticos en su composición a los encontrados en la cubeta de la Garba (Fanjul 2011a), y otros finos de gran calidad con una decoración bruñida.
5. El material lítico parece exclusivo de los molinos castreños que conocemos, y su abundante presencia confirma la calidad agrícola de esta huerta desde tiempos prehistóricos.

El yacimiento de las Vachinas muestra en definitiva una realidad arqueológica previsible, pero hasta ahora solamente supuesta, cuyo estudio en breve podría rellenar un hueco vital para entender a las poblaciones astures. La comparación entre los ajuares y la dieta



Figura 11.20: Borde de olla con leve incisión horizontal.



Figura 11.21: Fragmento de uno de los molinos de piedra hallados en el corte del talud.

de las poblaciones que viven en los castros y las que residen en estos espacios de hábitat menor será fundamental a la hora de poder entender el grado de jerarquización social en la Edad del Hierro asturiana.

## Capítulo 12

# Las evidencias del paisaje. Correlación espacial entre castros y recursos agropecuarios en el valle de montaña del Trubia.

### 12.1 INTRODUCCIÓN GEOGRÁFICA. EL VALLE DEL TRUBIA.

La comarca estudiada, conocida como el valle del Trubia, se extiende por el sector Occidental del centro-sur de Asturias, más allá de su valle principal que le da nombre, el del río Trubia, y agrupando en su territorio los valles secundarios de Val de San Pedro, Carzana y Taxa en Teverga, Ricabo y Lindes en Quirós. El conjunto del valle, de unos 40 km. de longitud, es bastante cerrado y bien delimitado por las montañas que lo bordean, lo que implica un atractivo para su interpretación histórica. Esos límites naturales coinciden en la actualidad con el de los concejos o municipios que comparten este sector de Asturias. Trubia, localidad que le da nombre al valle, se sitúa en el tramo inicial del mismo, uniéndose el río al Nalón, dentro del concejo de Oviedo. Subiendo el valle, tendríamos por orden de aparición el concejo de Santo Adriano y posteriormente el de Proaza, donde el río Trubia se bifurca en dos valles con la misma orientación norte-sur, el del concejo de Teverga y el de Quirós. Estos dos últimos concejos limitan al sur con el concejo de Somiedo y Belmonte al suroeste y la Provincia de León mediante la Cordillera Cantábrica al Sur. Al este del valle del Trubia, el límite lo formarían los municipios que confluyen en la sierra del Aramo (concejos de Lena, Riosa y

Morcín), mientras que al norte tendríamos los de la cuenca media del río Nalón (Oviedo y Las Regueras). Se trata, de un territorio de montaña de alturas medias en la mayor parte de su extensión, mientras que su parte alta (concejos de Quirós y Teverga) entraría dentro de la denominada “alta montaña cantábrica”. Estamos en una base geológica formada por las unidades de Proaza y Quirós, las cuales se interponen entre el Occidente de la región y la cuenca central, también conocida como cuenca minera (Fuentes 1884). Sus materiales coinciden con los de los bordes centrales de la región, con diversas fallas y pliegues en dirección norte a sur y con un predominio de las calizas de montaña, areniscas, pizarras y cuarcitas. La presencia de varias fallas en el relieve de las zonas altas del valle ha originado la actual trayectoria de los ríos que allí se ubican, al igual que el de las sierras, siguiendo todas, casi sin excepciones, la ya comentada línea geográfica de orientación norte-sur. Tan solo algunos afluentes del Trubia, como son el río Taxa y el Valdecarzana en el valle de Teverga, rompen la orientación comentada, disponiéndose de forma más o menos transversal a la geografía dominante. En las zonas altas del valle, en contacto con la cordillera cantábrica, observamos la convivencia de gran cantidad de materiales diferentes, y así, en el valle de Ricabo (Quirós) nos encontra-



mos con la unión de calizas de montaña (en los bordes del valle), areniscas ferruginosas, niveles calcáreos, y algunos elementos de aluvión del cuaternario (junto a la localidad de Ricabo), mientras que las pizarras aparecen en menor medida. Estos materiales en coexistencia pertenecen a la casi totalidad de periodos geológicos constatados en la región, desde los momentos inferiores del Cámbrico hasta el Cuaternario. Parte de Quirós podría entrar en

la Cuenca carbonífera Central, mientras que Teverga, cortada por la falla de León, se sitúa entre la unidad geológica de la sierra de la Bobia y el manto de Somiedo. Calizas, pizarras y areniscas del Devónico son los materiales geológicos mayoritarios en la zona intermedia y final del valle del Trubia, a los que habría que sumar varios grupos de calizas y algunas concentraciones de aluvión del Cuaternario, como la detectada en las vegas fluviales de Pedregal.



Figura 12.1: Imagen de la zona alta del valle del Trubia.

Ambos laterales de este tramo intermedio y final del Trubia disponen de areniscas del Devónico, áreas propicias para la existencia de criaderos de hierro. El valle corre paralelo a las ya comentadas franjas laterales de areniscas del Devónico, y en la parte este y central tenemos calizas grises, aluviones del cuaternario y algunas calizas y margas del periodo Carbonífero. Es en este tramo

del valle donde estos elementos parecen confluír de forma más cercana, añadiéndose a ellos cuarcitas. Del relieve, los elementos más destacados a comentar serían la sierra del Aramo al Este, con altura máxima de 1711 m. en el Pico Gamonal, cordal de la Mesa, Cueiro y sierras de Tameza al oeste de la comarca, con alturas medias situadas entre los 1000 y 1500 m., y al Sur, en plena



## 12. Las evidencias del paisaje. Correlación espacial entre castros y recursos agropecuarios en el valle de montaña del Trubia.

---

divisoria con la provincia de León, estaría el macizo de Ubiña, con una altura de 2500 m., y sus puntos de contacto con el cordal de la mesa. Separando los valles de Quirós y de Teverga está la sierra de la Sobia, con una altura de 1778 m. Existen varios puertos de montaña que desde la Protohistoria se han utilizado como vía natural de comunicación entre Asturias y León, entre ellos destaca el de la Mesa a 1787 m. de altura y Ventana a 1587 m., el cual sirvió de “camino real” de comunicaciones hasta las mejoras del puerto de Pajares entre los siglos XVIII y XIX.

En general, la comarca del Trubia se incluye en el clima atlántico, caracterizado por una gran humedad y altos niveles de pluviosidad. Las zonas altas del Trubia, en las sierras del Puerto de Ventana y de Sobia, se enmarcan en el denominado clima hiperhúmedo o de alta montaña, mientras que los tramos medios y finales del valle dispondrían de una humedad media. Unas temperaturas más extremas en verano e invierno se da en las zonas más altas del valle, mientras que en el resto de la comarca se generaliza una suavidad de las mismas a lo largo de todo el año. La orientación del relieve supone, al igual que en la mayor parte de la geografía cantábrica, la dirección principal de los vientos, que disponen de una mayor fuerza en las zonas altas y en algunos puntos de contacto de dicho relieve, a ambos laterales del valle. En el valle del Trubia, sobre todo en sus zonas altas de Teverga y Quirós, está representada la casi totalidad de especies vegetales y faunísticas propias de la montaña cantábrica, incluyendo ejemplares de oso y lobo, drásticamente reducidos a porcentajes ínfimos respecto a las poblaciones existentes a mediados del siglo XX, y siendo mayores las de corzos, rebecos y jabalí. En lo que respecta a la vegetación, los grandes bosques de hayas y robles dominan el paisaje de los valles altos, mientras que en el tramo medio y bajo del Trubia predominan zonas de pastos, castaños y especies como el avellano, junto a proporciones menores de hayas y robles. Al contrario que en el valle vecino de Grado u otras zonas próximas a Oviedo, no

se encuentran en el Trubia grandes espacios destruidos por la reforestación de especies foráneas y nocivas para el medio como el eucalipto.

### 12.2 EVOLUCIÓN HISTÓRICA.

Son muy numerosos los hallazgos de materiales paleolíticos aislados, no sólo en las vegas del Nalón, sino también en los cordales de media montaña que limitan los concejos de Santo Adriano y Proaza. Sin duda, la existencia de este tipo de estaciones prehistóricas, principalmente en collados, vinculados en su mayoría a restos materiales del Paleolítico Medio, nos está señalando una extensión considerable de las áreas de movilidad y captación de recursos respecto al tradicional poblamiento, unido siempre, en base a los hallazgos, a las vegas fluviales en momentos previos. Este cambio se atestigua no sólo en estos cordales que limitan el valle del Trubia, sino también en numerosas sierras del sector central de Asturias, como la collada de la Grandota, paso inmejorable entre los valles del medio Nalón y las llanuras del centro de Asturias, o en las zonas altas del valle de Riosa y Morcín. Del Paleolítico Medio y Superior tenemos abundantes testimonios en el Trubia, con el aprovechamiento de las numerosas cuevas que ofrece el paisaje calizo en los tramos finales y medios del valle (Fernández Fernández 2009). De la Prehistoria reciente, disponemos por una parte de las pinturas esquemáticas de Fresnedo, a las que habría que vincular los hallazgos de cerámica prehistórica en la vecina cueva de la Chinariega (Blas Cortina 1983, 217), y por otro lado, de numerosos campos de túmulos en los cordales y sierras que limitan la totalidad del valle, a los que se suman algunos hallazgos individuales de material de esta época y de momentos inmediatamente posteriores (Fernández Gutiérrez 1996, 103). La Edad del Hierro, permanecía hasta hace poco sin estudiar pese a los numerosos castros (Fanjul 2011). La comunicación con la meseta castellana, mediante la vecina vía de la Mesa, en el borde exterior del valle del Trubia, y la progresiva importancia social y política



Figura 12.2: Cueva de la Chinariega.

forma de villa en las llanuras vecinas al Nalón medio (Fernández Ochoa y Morillo 1999, 49), caso de Llanera o Valduno, son los principales rasgos que influirán en la evolución del territorio, tanto en el periodo romano como en tiempos altomedievales.

Cabe la duda arqueológica de conocer hasta que punto la minería de hierro ha tenido una importancia como recurso principal de explotación en la zona, en momentos anteriores a la Edad Media, donde queda atestiguada mediante la presencia de escorias metálicas y oquedades mineras en fortalezas como Buanga o el Castiechu de Miranda. La minería del hierro y del carbón supusieron en la comarca la mayor revolución económica y social de su historia. Ésta se produce a partir de comienzos del siglo XIX y va ligada a la fábrica de armas de Trubia. Las principales áreas de minería de hierro se explotan en el concejo de Santo Adriano, Oviedo, y algunos criaderos de gran calidad de la zona de Teverga, mientras que la producción de

carbón es generalizada en todo el valle. Lo que significó una transformación en infraestructuras, con la creación de un ferrocarril minero, o nuevas zonas de poblamiento, e incluso un considerable aumento demográfico en base a una creciente inmigración de otras zonas de España, ha basado del mismo modo la decadencia económica y demográfica de estos concejos a partir del último cuarto del siglo XX, en que la reconversión minera llega a su punto más alto, con el cierre de la casi totalidad de explotaciones locales del valle de Quirós y buena parte de las del resto de la comarca.

Hoy en día ese proceso de caída demográfica continúa imparable desde los años 60 del siglo pasado y esa decadencia se nota igualmente en las explotaciones rurales, donde tan solo especies ganaderas como el caballo o la vaca roxa de carne asturiana mantienen cierta importancia en el paisaje (Pérez Fuertes 1982, 69). La producción agrícola y de ganado menor ha pasado a

## 12. Las evidencias del paisaje. Correlación espacial entre castros y recursos agropecuarios en el valle de montaña del Trubia.

---

formar parte de la economía familiar de autoabastecimiento respecto a la variedad y extensión de cultivos de los que tenemos constancia para esta zona a finales del siglo XIX (Coello 1870), en manos de una población mayoritariamente envejecida. Desde los años 80, las esperanzas de crecimiento comienzan a basarse en una puesta en valor de los recursos turísticos que ofrece la naturaleza y diversas rutas deportivas en las montañas de la comarca. El resultado en los últimos años ha sido una multiplicación de las “casas de aldea” y ocupación de albergues turísticos, y la creación de varios hoteles rurales y empresas de turismo deportivo.

### 12.3 INVESTIGACIONES

#### ARQUEOLÓGICAS PREVIAS.

Hasta mediados del siglo XX, y con la excepción de las excavaciones de Obermaier en la cueva del Conde, de la totalidad de yacimientos arqueológicos del valle tan solo disponemos de referencias sueltas, a modo de descripciones, vinculadas a las fortalezas medievales, sin mención alguna de los castros del mismo. El contexto histórico anterior, no sólo a Roma, sino incluso a la época medieval, se llenaba en la historiografía local, con afirmaciones como esta: “*Parecerá extraño a nuestros lectores que hasta la dominación romana no mencionemos población alguna en la fértil ribera del Trubia, desde Tuñón a Proaza, excepción hecha de unos cuantos míseros pastores en la cueva de Cerezedo (Santo Adriano)*” (López Fernández 1900, 153). La primera de estas referencias, se debe al ilustrado Jovellanos (1915), en cuyos diarios aparece la siguiente anotación del lunes 4 de junio de 1792: “*Iglesia ruinosa, la campana en un tejo. A la otra falda, Tuxiero, Villagunda y bajo de ella Veigas. Sigue arriba Faudá. Más adelante el castillo de Alba, sobre una alta roca. Continuando, Barzana, capital del concejo. Quirós se dice dueño del castillo; ya no existen sino escasas ruinas. vese bien caminando de Arrojo a Barzana*”. Otro ilustrado asturiano, Martínez Marina, cataloga una serie de yacimientos, de nuevo medievales, en su inacabado Diccionario Geográfico Histórico, entre los

que destaca el castillo de Buanga, donde anota la aparición de un posible botón metálico, y la existencia de “huecos de vigas” entre los muros del castillo de Alba en Quirós, al que el autor atribuye una cronología de época romana (Pérez Campoamor 2000, 84-85). En el primer cuarto del siglo XX, el erudito Aurelio de Llano (1928) publica un conjunto de descripciones de monumentos del valle del Trubia, donde aparte de la Colegiata de Teverga y alguna iglesia románica, recoge varias notas sobre el castillo de Alesga, en San Salvador: “*Mide 35 metros de largo y dieciocho de ancho, con una torrecilla circular a cada ángulo. En el centro de la fortaleza se remataba por encima de toda la fábrica una torre cuadrada, de la que subsiste un lienzo de cerca de diez metros de altura por ochenta centímetros de espesor; es tal su inclinación, que parece imposible que se tenga en pie*”. Y es en estos mismos años cuando Obermaier (1925) descubre niveles musterienses en la excavación de la cueva del Conde, en Santo Adriano.

A partir de mediados del siglo pasado, la investigación arqueológica e histórica comienza en la comarca, primero de la mano de José Manuel González (1976), catalogador por excelencia de los castros asturianos, y posteriormente de sus discípulos, los cuales tratarían tanto algunos elementos de la cultura protohistórica, como es el caso de la necrópolis de la Cobertoria y el hacha de Maravíu (Blas Cortina 1973), así como elementos de la cultura castreña, en base a la descripción del castro de la Picona en Ricabo (Quirós), o el estudio de su particular molino decorado (Maya y Blas Cortina 1974, 721). Junto a la catalogación de los castros del Trubia, el descubrimiento arqueológico más destacado es el de las pinturas rupestres de Fresnedo, importante conjunto artístico esquemático al aire libre, en la parte alta del valle de Teverga (Mallo y Pérez Pérez 1973, 105).

Desde la Universidad de Oviedo, la labor investigadora continuó a través del estudio de los sistemas de fortificaciones medievales, tanto del valle de Quirós (Fernández García *et alii* 1992) como del valle de Teverga (Alvargonzález y Casero 1992), cuyos resultados





Figura 12.3: Pinturas de la Edad del Bronce de Fresnedo.

fueron presentados en el *III Congreso de Arqueología Medieval Española*, celebrado en Oviedo a finales de los 80. Otro estudio igualmente presentado en este congreso, y con relación al valle del Trubia, fue el de la actuación arqueológica en la Iglesia Prerrománica de Santo Adriano (Adán y Cabo 1992). Recientemente, los trabajos de Jesús Fernández Fernández (2009) han ampliado los datos arqueológicos respecto al poblamiento del Bajo Trubia.

### 12.4 LA PROBLEMÁTICA DE LA INVESTIGACIÓN CASTREÑA EN EL VALLE DEL TRUBIA.

Al igual que en el caso de la Cuenca Central de Asturias, en el valle del Trubia existen diversas confusiones en la catalogación de los yacimientos conocidos como castros, lo que ha implicado una severa corrección inicial del número de yacimientos a estudiar. Como yacimiento del que nosotros no hemos constatado indicio alguno de ser un poblado o estructura fortificada, tenemos el conocido en la catalogación oficial del Principado como castro de Combo en Bustiello, Proaza. Nuestra revisión de yacimientos se realizó en el año 2003, dentro del proyecto de investigación del Grado de Prehistoria de la Universidad de Salamanca. Lo que se ha catalogado como castro, parece tratarse de un resalte natural rocoso en la parte superior de una ladera, y durante nuestra

visita no parecen observarse, ya no sólo estructuras defensivas o espacios de hábitat, sino ni siquiera tradición oral o pervivencias toponímicas que nos indicaran la existencia en el lugar de algún tipo de estructura antigua. Estas confusiones proviene normalmente de una situación del paisaje, diferente a la que se estudia años más tarde, pues la abundante vegetación, por ejemplo, hace ver un posible yacimiento, donde tiempo después se confirma que no existe, y estas son confusiones corrientes en la arqueología regional.

Pero el principal problema del estudio, proviene de la catalogación como castros de antiguas torres medievales. Éstas, disponen en su mayoría de un pequeño foso o corte con la vaguada natural en la que están situadas, en el que suelen pasar encajados los caminos “reales”, y sobre la cima del antiguo recinto aparece en la totalidad de los casos grandes conjuntos de derrumbes, situados en el centro de la parte más alta, indicándonos su condición de antigua torre. Son varios los pretendidos castros en los que la superficie de la colina de estas torres era de una extensión mayor a lo habitual, y es ahí donde han surgido nuestras dudas para clarificar el contexto arqueológico de dichas estructuras, aunque hemos tenido la ayuda de haber realizado pequeños hallazgos materiales cerámicos, que han aclarado la pertenencia de estos espacios al conjunto de defensas medievales del valle. Entre los casos a mencionar estarían el conocido como Castiechu de Santa María, o Peña Armada sobre Proazina, ambos casos en el concejo de Proaza, o el mismo castillo de Buanga en el concejo de Oviedo. El resto de estas estructuras han sido fácilmente identificadas como torres medievales. Sirva como ejemplo el Castiello de Tene en Quirós, o el castro del Picu la Peña sobre Cuña en Teverga. De este mismo concejo tenemos el caso del Castiello sobre Barrio, del cual no hemos localizado estructuras, pero sí tradición oral. Podría corresponder a un emplazamiento defensivo medieval de tipo menor, parecido a lo que ocurre con La Atalaya, de Villayana



## 12. Las evidencias del paisaje. Correlación espacial entre castros y recursos agropecuarios en el valle de montaña del Trubia.

en Lena, y que hubiera servido como lugar de vigilancia, sin disponer de elementos defensivos de piedra, que hayan permitido un reconocimiento claro, de este yacimiento.

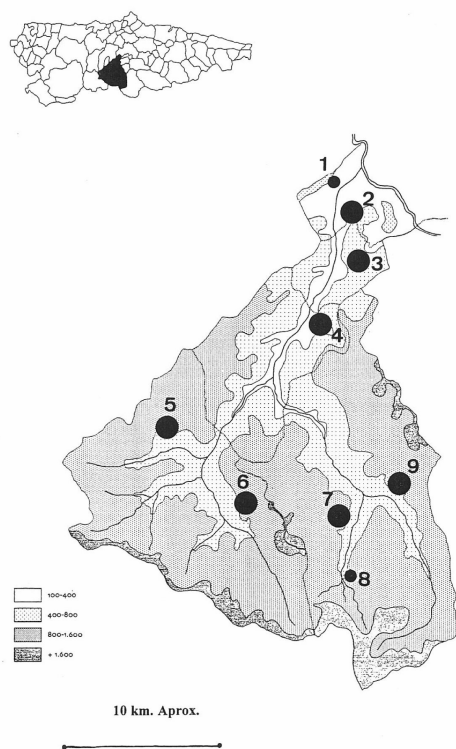


Figura 12.4: Mapa con los castros del valle del Trubia según sus dimensiones. 1-El Picu el Cogollu de las Cuestas. 2-El Picu Castiellu de Perlín. 3-Peña Constancio. 4-El Cantu el Arbeyal de Serandi. 5-La Cogollina. 6-La Garba de Berrueño. 7-Cochao castro. 8-La Picona de Ricabo. 9-San Juan de Llanuces.

### 12.5 LOS YACIMIENTOS CASTREÑOS.

1. El Picu el Cogollu de Las Cuestas. Oviedo.
2. El Picu Castiello de Perlín. Oviedo.
3. Peña Constancio. Santo Adriano.
4. El Cantu del Arbeyal, Serandi. Proaza.
5. La Cogolla y la Cogollina. Teverga.
6. La Garba de Berrueño. Teverga.
7. Cochao Castro. Quirós.

8. La Picona de Ricabo. Quirós.

9. San Juan de Llanuces. Quirós.

**Yacimientos dudosos del valle de Lavares.** El valle de Lavares es un área interior de montaña, vía natural por excelencia entre los concejos de Proaza y el valle medio del Nalón en la zona de Soto de Ribera, a través del concejo de Santo Adriano. Este valle es también conocido por las minas de hierro, citadas en la bibliografía minera de los últimos siglos, y a las que siempre se concedió una gran antigüedad en su explotación. El comienzo del valle de Lavares se sitúa entre las localidades de Palomar, Fuejos y Fontarente, a orillas del Nalón, y asciende unos cuatro kilómetros en dirección suroeste, hasta alcanzar los 555 m. en el alto de la Collada, a partir del cual se desciende hasta las riberas del Trubia. El paisaje, pese a estar hablando de un sector geográfico cercano a la capital de la región, y en el corazón de una zona de gran tradición industrial, es en cambio de montaña, con numerosas colinas de pequeño tamaño que surgen entre las vertientes calizas del valle, con una parcelación ganadera en sus tierras, y sin cambios masivos en la estructura del hábitat tradicional. Es por lo tanto una continuidad del paisaje típico de los pequeños valles de la montaña central de Asturias, prolongada a través del vecino monte del Aramo, que guarda las espaldas a este pequeño valle. La tradición oral local nos refiere a que las llamadas “minas” de Lavares, las cuales no eran de tanta importancia como la bibliografía les ha dado en los últimos siglos, y que mas bien constituían una gran bolsa de mineral trabajada mediante túneles y que se agotaba a cierta profundidad, lo que supuso el cierre de la explotación por las pocas expectativas de futuro que tenía. Como antes señalábamos, existen numerosas formaciones geológicas a modo de motas y colinas, en principio de pequeño tamaño en la parte alta del valle, y que en la parte baja aparecen en mayor número, y con mayores dimensiones; algunos de estos emplazamientos disponen de una ubicación perfecta para haber sido castros o áreas de hábitat al aire libre en altura,

pero tan solo en el caso de tres de ellos existen datos de tradición oral o toponimia que nos indiquen posibles ocupaciones previas, se trata del Picu del Castro sobre Lavares, El Castru sobre Labarejos y el Picu Castiello sobre La Mortera.

En el primer caso, no se ha catalogado como castro oficialmente al no existir más evidencias que el nombre del lugar y la forma de la colina, mientras que en los otros dos, pese a ser catalogados ya por José Manuel González (1976) y después incluidos en la carta arqueológica del Principado, no disponen actualmente de elementos que indiquen la existencia con seguridad de un antiguo castro en dichas colinas. En nuestra visita no localizamos derrumbes de muralla, tan solo algunos en el borde del Castru de Labarejos, donde parecía haber una mayor concentración de piedras sueltas, y en el Picu Castiello, la vegetación, mas aún que en el caso anterior, dificultaba la visita del posible yacimiento, sin que aparecieran restos de defensas en las zonas visibles. Ante estas dificultades interpretativas, que solo podrán ser resueltas mediante excavaciones arqueológicas, no hemos incluido el valle de Lavares y su potencial poblamiento castreño en este estudio, pero aun así, no queremos tampoco obviar la importante presencia estratégica de esta zona, para futuras interpretaciones del valle del Trubia, que podría resumirse en los siguientes puntos:

- El valle de Lavares es una perfecta vía natural que conduce a Proaza, desde el centro de Asturias, sin tener que atravesar el sector inicial del valle del Trubia.
- Es segura la explotación de los “veneros” de mineral de hierro seguramente desde al menos la época medieval, lo que supone un dato fundamental para cualquier interpretación del conjunto del territorio.
- Algunas de las numerosas colinas que jalonan el pequeño valle, catalogadas o no como castros, parecen guardar con casi total seguridad restos de hábitat

que, sin una excavación, no podrán ser del todo definidos como tales.

### 12.6 LA UBICACIÓN DE LOS CASTROS Y ASPECTOS GENERALES DEL POBLAMIENTO.

Como ya hemos descrito anteriormente, la base geológica de un valle de montaña como el Trubia, proporciona una orografía de grandes posibilidades para el hábitat fortificado. La casi totalidad de la comarca esta formada por sierras, que con diversas inclinaciones forman multitud de motas y colinas en las laderas, o simples coronas en las cimas, por todo el territorio. No existen particulares concentraciones de castros en el valle, a diferencia del vecino Lena, donde la presencia de una villa romana (Memorana), minas de cinabrio y hierro, y la vía romana de la Carisa, le confieren una mayor importancia arqueológica e histórica. El marco general del poblamiento castreño en el valle del Trubia, es de poblados fortificados aislados, que suelen elegir para su ubicación áreas de gran rendimiento agrícola a media altura y de amplia visibilidad, y que a excepción del valle de Quirós, donde hay una mayor agrupación de los castros, no presentan concentración del poblamiento.

En nuestro estudio anterior para las comarcas mineras del centro de Asturias (Fanjul y Menéndez 2004), observábamos que en ciertas áreas, como la zona de San Martín del Rey Aurelio en el valle del Nalón, en principio parecían despobladas de yacimientos castreños, pero seguramente dispusieron de formas de poblamiento no fortificado, que podríamos calificar de secundarias o menores, respecto a un poblado central en forma de castro. Algo parecido podríamos suponer para zonas que a simple vista sólo disponen de un castro o de ninguno, como podrían ser la totalidad de los valles de Villanueva y Barrio en Teverga, o buena parte del sur de Proaza. Nuestro reciente hallazgo de la granja astur de las Vachinas (Teverga), actualmente en estudio, demuestra esta realidad. También nos planteamos un modelo interpretativo, aplicado anteriormente en otras zonas, según el cual los lugares con mayores fortificaciones podrían ser

## 12. Las evidencias del paisaje. Correlación espacial entre castros y recursos agropecuarios en el valle de montaña del Trubia.

---

lugares de frontera con otros grupos humanos, mientras que los más extensos en dimensiones serían los poblados centrales. Los resultados de esta vía interpretativa en el valle del Trubia sería el siguiente:

- Existen dos grandes poblados centrales, el Castiello del Perlín en el bajo Trubia y el Cochao Castro en el alto valle, que dispondría como poblados secundarios o fronterizos a la Picon de Ricabo, La Garba de Berrueño, el Cantu el Arbeyal y San Juan. Al Castiello de Perlín pertenecería Peña Constancio.
- En la otra vertiente del valle de Teverga, La Cogolla y Cogollina, pertenecerían a otro grupo diferente, con centro seguramente en el valle vecino del Pigueña.
- Según este esquema, las sierras como la Sobia o parte de La Mesa no hacen de fronteras políticas del territorio, sino que entran de lleno en el marco geográfico de los diferentes grupos, como corresponde a la importancia que tiene el pleno uso económico de estos cordales de montaña. Las auténticas fronteras serían, por lo tanto, fondos de valle, así como a pasos montañosos de difícil acceso, como sería la ruta entre Santo Adriano y Proaza.
- No desechamos la idea de que la totalidad del valle pertenezca a un solo grupo, pero ese es un modelo interpretativo que en regiones de la Europa Atlántica mejor estudiadas (Cunliffe 1991, 132) es casi inexistente, y no parecen existir casos, demostrados arqueológicamente, de valles que en la Edad de Hierro pudieran pertenecer en su totalidad a un solo clan o grupo. Aun así, al tratarse de meras suposiciones e hipótesis, para el valle del Trubia tampoco las descartamos.

### 12.7 LAS CONDICIONES NATURALES DE LOS EMPLAZAMIENTOS.

La altura media a la que se sitúan los castros del valle del Trubia, está entre los

600 y los 700 m., siendo la cota mas baja los 321 m. del Castiello de Perlín, y la más alta los 1059 m. del poblado de Cochao Castro. Esta media es superior a las de otros valles de la montaña central de Asturias, donde la media no suele superar los 500 m. de altura. La visibilidad es muy amplia en casi todos los grandes poblados, aunque sus posiciones parcialmente protegidos de los vientos, con sierras a sus espaldas, hacen que ese marco visual sea casi siempre cortado por alturas superiores en una de las vertientes en casi un 40 % de la vista a distancia. Pese a ello, la zona de visibilidad abierta abarca muchos kilómetros. Un tipo de castros especiales en este sentido son los de valle interior, donde pese a disponer de una visibilidad bastante grande, el relieve que rodea el valle donde están situados, hace que la franja visual inmediata no sea mayor a un kilómetro, caso de San Juan de Llanuces en Quirós y Peña Constancio. La media de cercanía a otros castros esta en 4 kilómetros, lo que muestra el aislamiento generalizado de los yacimientos, y la cercanía a lugares de hábitat actual se sitúa aproximadamente en 500 m.

### 12.8 TIPOLOGÍA Y ESTRUCTURAS.

Tal como explicábamos antes, la mayoría de los castros se sitúan de tal manera en las vertientes de los diferentes valles, que quedan protegidos del viento, y en aquellas zonas del poblado más afectadas por este, las defensas debieron de cubrir esas vertientes, tal como debió de ocurrir en diversos castros en corona como el Picu Llera en Morcín y el Picu Castiello de Melendreras en Bimenes, donde las casas, como suele corresponder a los castros en corona sobre base caliza, corren en línea paralela a la muralla, quedando la acrópolis rocosa del castro como la única zona realmente desprotegida del poblado. Como hipótesis, se podría plantear que en esas zonas “desiertas” por su base rocosa, quizás se utilizaron, para ubicar estructuras a modo de graneros, tal como aparecen en los castros británicos (Cunliffe 1991, 37), y siendo exclusivamente en madera y a modo de hórreos de postes, es lógico que no hayan dejado huella. Esa



protección natural contra el viento, que cubre muchos de los castros, no es debido a una orografía completamente cerrada, rodeando el poblado, ya que el espacio que este ocupa se sitúa normalmente en zonas de gran aprovechamiento de la luz solar, lo que redundará aún más en el aprovechamiento agrícola del entorno de los castros.

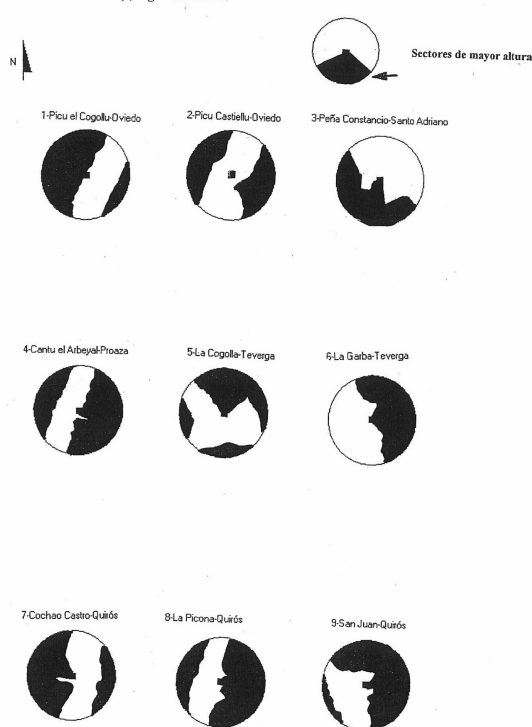


Figura 12.5: Áreas de control visual pleno, desde los castros del valle del Trubia. En negro, las áreas a mayor altura.

Calcular la superficie de los castros, con la finalidad de establecer una tipología en base a las dimensiones, tiene un riesgo en el caso de los castros asturianos, y es que la medida de hectáreas no se puede aplicar en su totalidad, ya que muchos de los poblados disponen de áreas internas, que arqueológicamente son estériles por su orografía como, por ejemplo, la mayoría de los castros en corona de las distintas vertientes del surco geológico Oviedo-Infiesto. Ante estas dudas metodológicas, para el valle del Trubia hemos establecido las siguientes dimensiones, teniendo en cuenta que en todos los casos

nos referimos a su recinto interior: Pequeños son aquellos recintos de menos de 50 m. de largo por 20 o 30 m. de ancho como la Picona de Ricabo en Quirós, o El Picu el Cogollu en Las Cuestas. Medianos, serían aquellos, con dimensiones situadas entre las cifras anteriores, y 70 m. de largo por 40 m. de ancho, entre los que cabrían poblados de cierta categoría, como Peña Constancio, el Cantu el Arbeyal o San Juan de Llanuces. Finalmente, estarían aquellos castros de más de 70 m. de largo, como Cochao castro, poblado principal del alto Quirós, La Cogolla y la Cogollina, La Garba en Teverga, así como el Castiello de Perlín, poblado principal del bajo valle del Trubia.

Entre las divisiones tipológicas, hemos aplicado las mismas categorías que en nuestro estudio de los castros de la cuenca minera, es decir, castros en ladera y en corona montañosa, sin la categoría de castros-torre, los cuales no aparecen en el valle. Los grandes castros principales de los diferentes valles, que por su ubicación y dimensiones se podrían calificar de centrales, cumplen una característica común, son poblados ubicados en coronas montañosas o colinas bien delimitadas, en el borde de amplias laderas, como Cochao Castro en Quirós, La Garba, Cogolla y Cogollina en Teverga, así como el Picu Castiello de Perlín. Castros sólo en corona montañosa son aquellos que dominan valles interiores, como Peña Constancio y San Juan, mientras que castros en ladera son el resto de los yacimientos. Un solo caso, como es la Picona de Ricabo, entraría fuera de estas calificaciones, ya que se trata de un poblado en corona, sobre un peñón de pequeñas dimensiones, enclavado en el fondo de un valle.

## 12.9 LAS DEFENSAS NATURALES.

La defensa natural por excelencia es la altura y verticalidad de las laderas sobre las que se ubican los poblados. Esa verticalidad es menor en los castros en corona, los que dominan valles interiores (Peña Constancio y San Juan), mientras que en el caso de la Picona de Ricabo, pese a estar en el fondo

## **12. Las evidencias del paisaje. Correlación espacial entre castros y recursos agropecuarios en el valle de montaña del Trubia.**

---

de un pequeño valle, las paredes de la Peña rocosa donde se ubica el castro son de una gran verticalidad respecto al fondo de valle, y garantizan una defensa natural inmejorable. En el resto de los castros, la colina donde se levanta el yacimiento ofrece una gran verticalidad, en la casi totalidad de las laderas, y en la única vertiente, desde la que se puede acceder con facilidad al castro, es donde se acumulan las defensas artificiales, en casi todos los casos en forma de bastión o torre, a los que sigue una línea de muralla que rodea la totalidad de la colina. En los yacimientos medievales, esa verticalidad de las vertientes se acentúa y, siguiendo la tradición defensiva castreña, las defensas artificiales continúan centrándose en la vertiente de acceso. Los fosos en forma de V, excavados en roca en buena parte de los casos, se concentran igualmente en esas vertientes previas a la muralla principal. Un caso especial de defensa natural es el de los bloques de piedra verticales, de origen natural, que previamente habíamos detectado en castros en corona del centro de Asturias, y sobre base caliza en casi todos los casos, y que en nuestra zona de estudio nos encontramos en Peña Constancio. En la vertiente sur del poblado, la ladera de la colina por donde se accede al castro, esta plagada de bloques verticales de caliza de entre 0,30 m. hasta 1,20 m. de altura, que dificultan el acceso al yacimiento. No desechamos la idea de que algunos de estos bloques hayan sido en parte modificados, para disponer de forma natural y con gran facilidad, de todo un sistema de piedras hincadas. La explanada superior de la colina donde se ubica la torre medieval de Peña Armada sobre Proazina, también dispone de estas defensas naturales en su sector este.

### **12.10 LAS DEFENSAS ARTIFICIALES.**

Uno de los datos que más sorpresa nos han causado en el trabajo de campo ha sido encontrar varios yacimientos castreños con sistemas defensivos de bastante complejidad. El sistema más utilizado es el de fosos de grandes dimensiones con contrafoso intermedio (Cogolla y Cogollina y El Cantu

el Arbeyal), mientras que en otro caso, la Garba de Berrueño, el sistema es mas perfecto, con un gran parapeto inicial, que encierra tres contrafosos y dos líneas de fosos, de una monumentalidad igualmente destacada, lo que señala la existencia de un importante poblado. Destacaría igualmente el yacimiento de la Picona en Quirós, por disponer de un acceso al interior del poblado perfectamente visible, y que esta protegido y vigilado desde las terrazas superiores del castro, en toda su longitud, a través de la ladera sur del poblado. Es quizás el poblado del centro de Asturias, junto al Castiello de Tiñana en Siero (Fanjul 1997), donde mejor se ve un acceso original al castro.

### **12.11 EL ESPACIO DE HÁBITAT.**

Siempre depende de la morfología y la ubicación geográfica del poblado. Así, en el castro de Peña Constancio, la zona de hábitat corre paralela a la muralla, mientras que, en la mayoría de los poblados, la zona que ocupa las viviendas se sitúa en la superficie de la colina a partir de los módulos y murallas, a veces con cierta inclinación del terreno, como en la superficie de la Garba de Berrueño en Teverga. Un caso especial en este sentido lo constituye el Cantu el Arbeyal en Proaza, donde es difícil determinar el área exacta de hábitat, ¿quizás en la pequeña superficie de la cabecera este del poblado? o ¿quizás en la cabecera oeste, igualmente de muy reducidas dimensiones? Es lógico pensar para este poblado que diferentes reutilizaciones del castro han provocado transformaciones en su superficie, afectando a la parte original para las viviendas. Estas remodelaciones del castro original, posiblemente se realizaron en tiempos medievales con la creación de dos fosos, con contrafoso intermedio y torre, en la cabecera oeste del primitivo castro.

### **12.12 LOS HALLAZGOS MATERIALES.**

Aparte de los materiales hallados por nosotros en las excavaciones de los castros de Teverga (Fanjul 2011), los datos sobre cultura material que hemos hallado en la superficie de los castros del valle el Trubia

son mínimos. El mas conocido es el molino de la Piconá en Quiros, al que se suma la tradición oral recogida por J.M. González (1976) respecto a un cinturón de hierro con dibujos y unas pinzas sin agujeros para los dedos, que nos indican una clara cronología prerromana del yacimiento. En el resto de los casos, solo disponemos de una escoria de hierro, producto de actividades metalúrgicas en el castro de Peña Constancio, y de cronología desconocida, así como parte de un *catillus* o meta superior de molino circular hallado en San Juan de Llanuces en Quirós, recogido junto a la pieza anterior, durante la realización de sendas cartas arqueológicas en los concejos de Quirós y Santo Adriano. Del castro de Perlín tenemos la noticia del hallazgo de un fragmento de aguja de bronce, posiblemente procedente de una fíbula, y que estaba en manos de un vecino de la zona.

La mayor parte del material que hemos visto pertenece a restos cerámicos medievales, en las diferentes fortalezas de esta época, destacando en varios de los lugares escorias de fundición de mineral de hierro. Un fragmento de pared de cerámica medieval, hallada en la superficie de la fortaleza de Santa María, en Proaza, nos ha confirmado la cronología de ocupación del lugar, al menos en estos tiempos medievales, lo que confirma nuestras dudas de que se trate de un castro. Finalmente, hemos de referirnos al lote de materiales hallados por nosotros en la fortaleza de Alesga, encontrados por un buscador de tesoros de la zona de San Salvador a principios del siglo XX, formados por un As de Tiberio (14-37 D. C.), con ceca de Calagurris (R.P.C. 448) (Nº 18- 22 de la catalogación citada) (Fanjul, Menéndez y Álvarez 2005), cuya cronología imperial, así como su forma partida, puede estar indicándonos su vinculación a una unidad militar, y por un conjunto de tres pendientes de bronce aparecidos junto a la moneda, uno de sección circular simple, otro de pequeño tamaño de una sola estría, y otro de grandes dimensiones, con numerosas estrías. Este tipo de pendientes, tal como nos indicaba J.L. Maya (1989, 115), disponen de una amplísi-

ma cronología en el Noroeste peninsular, con casos que van desde el Bronce Final hasta la plena Edad Media, con lo que a falta de una estratigrafía clara del hallazgo, no podemos precisar más. Estos escasos datos, sin contexto claro, parecen apuntar a la posible existencia de una torre anterior, ocupada con fines militares en época alto-imperial (Fanjul, Menéndez y Álvarez 2005).

#### 12.13 RECURSOS ALIMENTICIOS. AGRICULTURA Y GANADERÍA.

La mayor parte de los yacimientos, se hallan situados en zonas de altas, próximos a tierras y rocas calizas, de poca potencia geológica, lugares ideales para el cultivo de la escanda, trigo de montaña; tan solo la Piconá de Ricabo se halla en una zona diferente, en el fondo del valle, con lo que se podría pensar en que, o bien obtiene los recursos agrícolas de las escasas vegas fluviales del mismo fondo de valle, o que este pequeño poblado, bien defendido por su ubicación geográfica, es un centro especializado en la explotación de minas de hierro o en la actividad ganadera. Recordemos que la Piconá de Ricabo se halla junto a las sierras del Puerto de Ventana, área ganadera por excelencia, lo que nos podría indicar una actividad intensiva de esta economía en el sur de Asturias desde época prerromana, pues en el yacimiento aparecieron tijeras de hierro, que tradicionalmente se han vinculado a tijeras de esquila ganado. Hay que destacar la presencia de valles interiores a considerable altura, junto a los grandes poblados del valle, que son de una excelente calidad para pastos y para labores agrícolas. Estos valles se documentan tanto en el Castiello de Perlín así como en Cochao castro y los dos castros en corona de Peña Constancio y San Juan de Llanuces. Ante la falta de excavaciones en la mayor parte de los castros del valle, no disponemos de evidencias claras del reflejo de actividades de pesca, caza y recolección en un registro arqueológico bien documentado, con lo que por ahora sólo podemos realizar meras hipótesis. Lo cierto es que no cabe duda que tanto la recolección, el aprovechamiento de recursos forestales,

## 12. Las evidencias del paisaje. Correlación espacial entre castros y recursos agropecuarios en el valle de montaña del Trubia.

---

así como la caza y la pesca, son actividades que desde hace siglos han dado fama al valle del Trubia, con lo que es de suponer que debieron tener una considerable importancia en la economía de las poblaciones castreñas. En la comarca del Trubia, la caza de especies como el oso se ha llevado a cabo hasta el último tercio del siglo XX, lo que nos da una idea del potencial cinegético de estos montes.

### 12.14 LAS EXPLOTACIONES MINERAS.

La mayor parte del valle del Trubia dispone de un conjunto de franjas geológicas de areniscas del Devónico y pizarras, donde se concentran la mayor parte de las bolsas de mineral de hierro, sobre todo en los comienzos de la vertiente oriental del valle, o sea, Santo Adriano y parte del sur de Oviedo, así como en buena parte de la vertiente occidental. En las áreas de Proaza y Quirós, el mineral se encuentra también en bolsas dentro de formaciones de caliza, al igual que ocurre en el vecino valle de Lena o en Aller. Ha existido en la comarca una tradición en la explotación del mineral de hierro desde al menos el siglo XVIII, sobre todo en la parte baja del valle del Trubia hasta principios del siglo XX. Igualmente, podemos asegurar que en muchas de las fortalezas medievales de la zona existió una autosuficiencia en la producción y transformación metalúrgica, con una minería de hierro, trabajada mediante túneles, entre otras técnicas, de los que queda un buen ejemplo junto a la fortaleza de Buanga, profundizado en tiempos más recientes por buscadores de tesoros. La única pieza que une la actividad minera a los poblados castreños no excavados de la zona, recordemos el casi nulo descubrimiento de materiales en nuestras visitas a los yacimientos, es la escoria de mineral de hierro de Peña Constancio en Santo Adriano, que bien podría corresponder a niveles de ocupación medievales. Una base geológica propicia y una intensa explotación del mineral de hierro desde tiempos medievales en la comarca, nos indica el casi seguro aprovechamiento de este tipo de minería en tiempos anteriores, como

demostramos en la Garba (Fanjul 2011).

### 12.15 LAS VÍAS NATURALES DE COMUNICACIÓN.

A lo largo de la comarca del Trubia existe un extenso entramado de caminos empedrados, casi todos ellos en buenas condiciones de uso, sobre los que es difícil proponer una cronología aproximada de su construcción. Tan solo aquellos que pasan junto a las antiguas torres viales pueden definirse claramente como medievales. Estos caminos, se caracterizan por tener unas medidas muy parecidas, entre 1,15 y 1,30 m. de anchura, y en bastantes casos disponen de tramos que aprovechan como firme la roca natural de la montaña por la que pasan. El caso más evidente es el de la torre existente sobre Cuña en Teverga, donde las losas de mayores dimensiones se ubican en el borde exterior de la vía, mientras que las pequeñas y medianas ocupan el resto de la anchura. Las vías de mayor anchura, y de empedrado en buen estado de conservación, parecen corresponder a épocas posteriores, o a caminos más antiguos reconstruidos, que bien podrían seguir en pleno uso hasta el siglo pasado. Los estudios sobre poblamiento antiguo en zonas de montaña, normalmente hacen referencia a cómo los valles principales son las zonas principales de comunicación entre las diferentes partes del valle (Gutiérrez González 1985), pero en el caso del Trubia esto no es aplicable, debido a los diversos accidentes geográficos que cortan esos fondos de valle. Por lo tanto, para nuestra zona de estudio, es más sensato proponer como líneas principales de comunicación la línea que, a media altura, parte del medio Nalón, entra al Trubia por los valles de Las Carangas y Lavares, pasa a Proaza, y de ahí, por la misma vertiente, llega hasta Quirós.

En el caso de Teverga, la comunicación con el puerto de Ventana esquivaría los desfiladeros de Cueva Huerta por el interior, pasando sobre Fresnedo, junto a la torre vial que vigila el valle, y desde ese punto, en dirección contraria, descendería por la vertiente oriental del concejo.



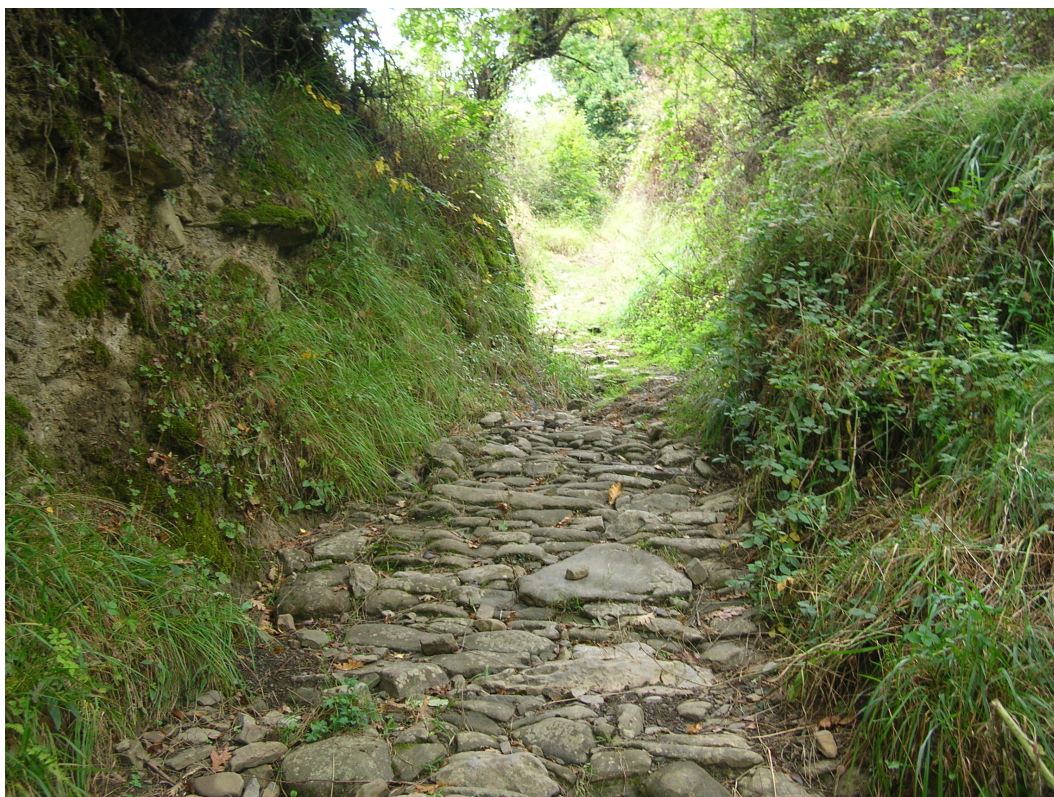


Figura 12.6: Camín Real en el entorno de Ricabo.

#### 12.16 EN BUSCA DE LAS ÁREAS DE RENTABILIDAD AGRÍCOLA A TRAVÉS DE LA TRADICIÓN ORAL.

De las conversaciones con los vecinos de algunos de los yacimientos estudiados en el valle se desprenden unos breves, pero interesantes, datos sobre la calidad de los entornos castreños para su explotación económica. La tradición oral se muestra una vez más fundamental, y aunque pretendíamos realizar una serie de catas geológicas para confirmar, nuestras entrevistas, al final desistimos ante las dificultades administrativas.

La escanda, o trigo de montaña, fue indispensable y mayoritario en los cultivos de la montaña central asturiana hasta hace muy pocos años, mientras que en siglos anteriores, dominaba el campo asturiano en grandes proporciones. Esta especie forma parte de las gramíneas, y dispone de una numerosa varie-

dad de subespecies, entre las que destacan la *Triticum diocum* o *amyleum* (povia) y la *triticum monococcum* (escaña menor). La elección de la escanda, como principal producción agrícola sobre el trigo, por parte de las comunidades de montaña asturianas, desde hace siglos, se debe a una serie de factores:

- La escanda se da con mayor facilidad en el clima atlántico húmedo de montaña.
- Permite cultivos en espacios próximos a la alta montaña (1.400 m).
- Crece con facilidad tanto en suelos pobres y de escasa potencia, como en los profundos y arcillosos.
- Resiste mejor las adversidades climáticas (vientos fuertes, excesivas precipitaciones o largas épocas de sequía), a la vez que dispone de mayores defensas naturales que el trigo contra las enfermedades y los ataques de insectos.

## 12. Las evidencias del paisaje. Correlación espacial entre castros y recursos agropecuarios en el valle de montaña del Trubia.

- La producción de harina es mayor a la del trigo.
- Dispone de una riqueza mayor en nutrientes que el trigo.
- Necesita menos grano para una siembra, debido a su resistencia como especie, lo que asegura que se va a perder menos que con otros cereales.
- El pan de escanda se conserva más tiempo que el de trigo.

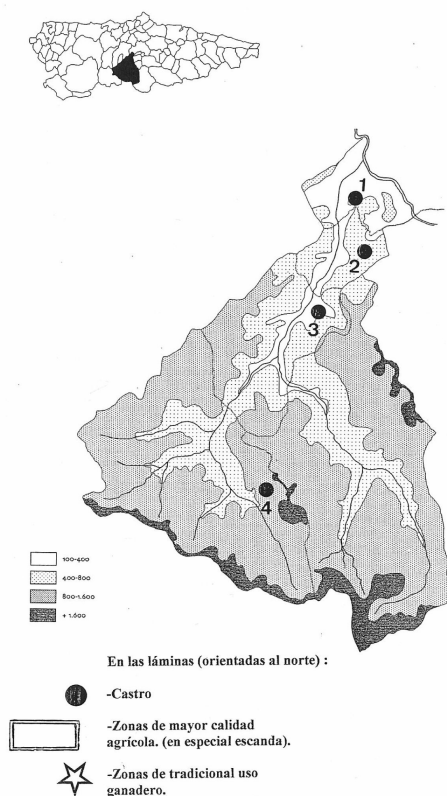


Figura 12.7: Lugares de estudio de áreas agrícolas a través de la tradición oral. 1-Perlín, 2-Peña Constancio, 3-Cantu el Arbeyal de Serandi y 4-Berrueño.

Es de gran interés el largo proceso de cultivo, recolección y transformación de este tipo de cereal, por las numerosas implicaciones sociales y culturales que tiene en la sociedad tradicional asturiana. Entre estas están las festividades, las oraciones para la protección del alimento, e incluso la

simbología astral con la que se decoran los diferentes elementos arquitectónicos como los materiales, con lo que disponemos de un extenso mundo ritual de segura tradición precristiana, que en la actualidad parece estar en sus últimos años de historia, ante las fuertes transformaciones del mundo campesino asturiano. Las principales fases del cultivo de este cereal son las siguientes:

1. Preparación de la tierra mediante su roturación y abonado.
2. Selección de las mejores semillas de la cosecha anterior.
3. Siembra mediante voleo (entre septiembre y octubre).
4. Limpieza de malas hierbas y cuidado de excesos de rocío sobre la cosecha (hasta junio).
5. Recolección entre julio y principios de septiembre.

La principal conclusión de este breve apartado es ver cómo los castros se encuentran muy próximos, sobre todo los más grandes, a amplias zonas de cultivo de gran calidad para el trigo de montaña. Esta proximidad a zonas de calidad agrícola, se combina también con una cercanía a zonas de explotación ganadera, todo en menos de 2 kilómetros de distancia respecto a los yacimientos. En varios casos, como el Cantu el Arbeyal, Peña Constancio y La Garba, las zonas más próximas al poblado son de mayor uso ganadero, siempre ganado menor, como cabra y oveja, que agrícola.

### Algunas referencias de tradición oral:

**El Picu Castiellu.** Informante Román Suárez, "Román". 69 años, Perlín.

*"La vega de Perlín ye muy buena pa tó, maíz, patatas, trigo, ajos, cebollas, pimientos, y de todo". "La escanda se hacía en la vega y en toda la parte en la que pega el sol, una vez a la semana, se hacía el pan, y lo meyor pa sembrar, las zonas de solano". "En los arrimaos (los bordes de la Vega),*

## 12.16. En busca de las áreas de rentabilidad agrícola a través de la tradición oral.

*se sembraba el lino, de eso acuérdome yo”. “Maíz y fabas de todas las clases, se daban abajo (en la vega), pero en las zonas inclinás, también sembrábamos, sobre todo escanda, que allí crecía menos, y era más difícil que el viento lo tirara”. “La ganadería no tenía aquí un sitio especial para llevar, cada uno la llevaba a las parcelas suyas”. “Las tierras que daban trigo, daban escanda, avena y cebada, que a veces se plantaba pa forrar el ganado”. “Las laderas del Castiellu eran más bien pa ganao , y no recuerdo allí ver escanda”.*

**Observaciones:** Al igual que Cochao castro en Quirós, el Castiellu de Perlín, principal poblado del bajo Trubia, aprovecha una extensa vega a media altura, de una gran calidad agrícola. Este pequeño valle, que se extiende un par de kilómetros, fue el de principal cultivo, mientras que las sierras altas por encima de Perlín fueron las más utilizadas para ganadería, a menos de 1 km. de distancia.

**Peña Constancio.** Informante: “Joaquín” 84 años. Cotomenteros.

*“Lo que se cultivaba en la vega de Siones daba maíz, patatas pero también escanda”. “Era en esa Vega, la más rica junto a la de Lavares, en esti valle de al lao”. “En lo que ye la peña Constancio, no se cultivaba, sino más bien se utilizaba para ganado de Cabras”. “Antes se trabajaban las vegas todas, en las que también había espacio para escanda”. “El trigo, siempre de Noviembre se plantaba, y recogíase en Julio y Agosto”.*

**Observaciones:** El valle de Las Carangas y el de Lavares son las mejores tierras de cultivo de la zona, mientras que las peñas calizas cercanas al castro de Peña Constancio han tenido un uso tradicionalmente vinculado a la ganadería menor.

**“El Cantu el Arbeyal.** Informante: Manolo García, “Manolo”. 79 años. Serandi. *“La escanda se cultivaba un año en una cara de la sierra, y al año siguiente, en la otra”. “Las mejores tierras pa eso, en la mortera, sobre el pueblo (1 km) y las laderas de Serandi”. “Se sembraba en noviembre y*

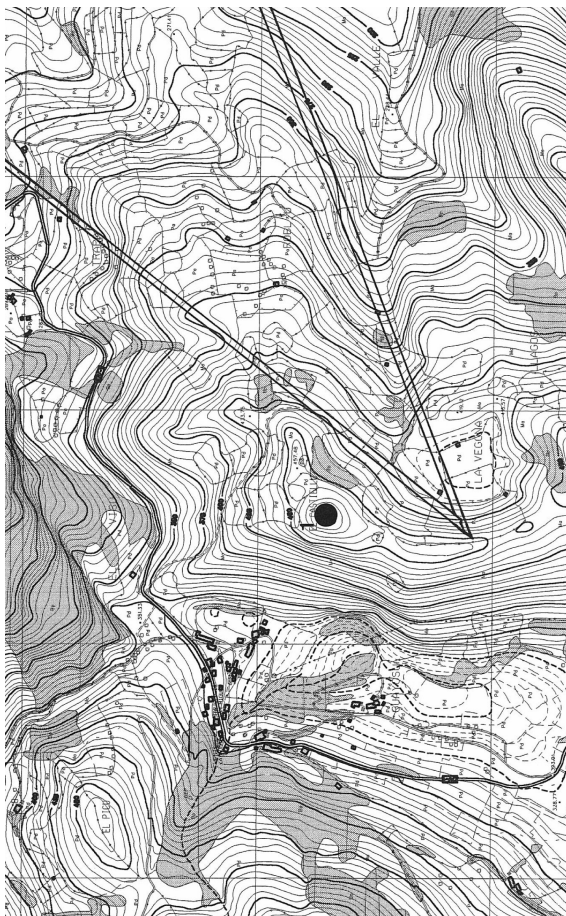


Figura 12.8: Área de aprovechamiento agrícola (entre líneas rectangulares) en torno al castro de Perlín (círculo).

*diciembre, y se recogía en Julio y Agosto”. “En invierno, el ganado, bajábase a la vega de Proaza, donde anda ahora la senda del osu, y en verano subíase a las sierras”. “Pa que viviera una familia, necesitábase un mínimo de ocho fanegas, entre ocho y doce de escanda al año, cada fanega tien 8 copines y un copín son 8 kilogramos”. “Las mejores tierras, en la Mortera, así como la de Perales”.*

**Observaciones:** Las laderas de Serandi son buenas para el cultivo de escanda, pero son mejores en sus partes más altas, como las tierras antes citadas. El ganado se lleva bajo el castro en verano, mientras que en invierno se trasladaba a las sierras más altas, a unos 2-3 km. máximo.



## 12. Las evidencias del paisaje. Correlación espacial entre castros y recursos agropecuarios en el valle de montaña del Trubia.

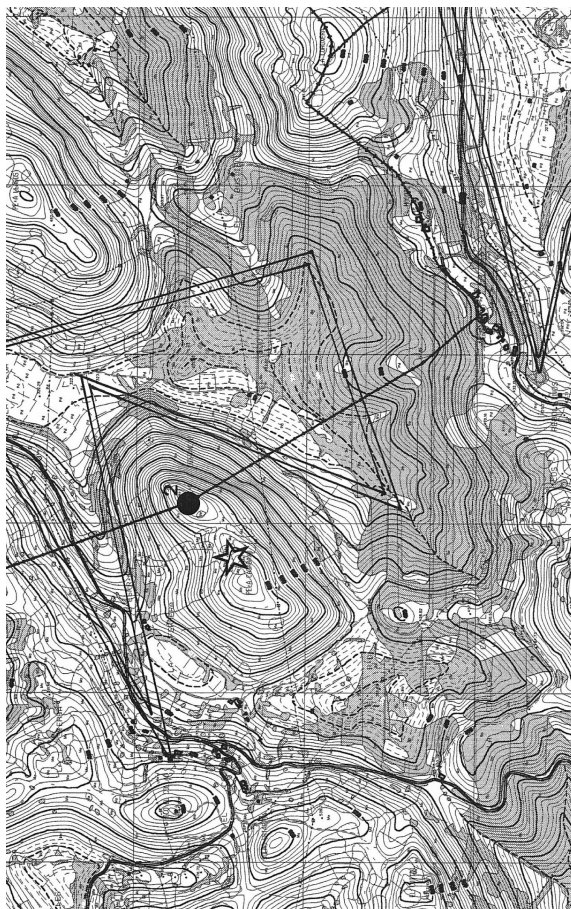


Figura 12.9: Área de aprovechamiento agrícola (entre líneas rectangulares) y ganadero (estrella) en torno al castro de Peña Constancio (círculo).

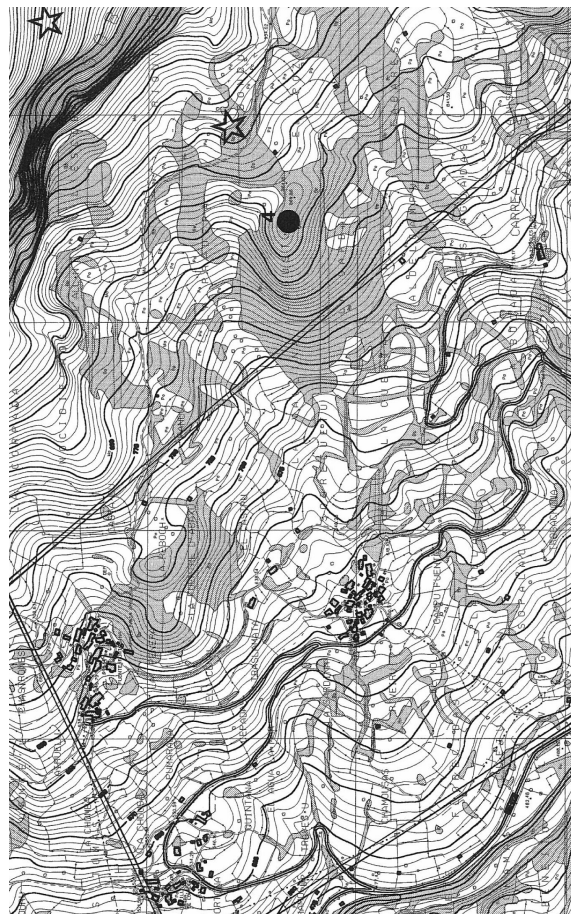


Figura 12.10: Área de aprovechamiento agrícola (entre líneas rectangulares) y ganadero (estrella) en torno al castro de la Garba (círculo).

**La Garba de Berrueño.** Informante: Secundino, 75 años. Berrueño.

*“La Garba, donde esta el castro, ye un monte muy ruin, siempre fue bosque”. “Había escanda en la zona del Santuario, y a veces maíz, o patatas-escanda, según el tipo de tierras”. “Lo bueno de la escanda, ye que se da en todos los sitios”. “Hasta Riello había un cortinal muy bueno, cerca de la Garba, y por allí”. “Avena se crecía donde quiera se daba solo para los animales”. “El ganado se subía a la Sobia y bajo ella”.*

**Observaciones:** La totalidad de las laderas a media altura de esta vertiente del valle de Teverga son de muy buena calidad agrícola, tanto por la gran cantidad de insolación, como por unas tierras ricas en nutrientes con

origen en la caliza de la sierra de la Sobia. Parece que la colina de la propia Garba de Berrueño no se cultivaba, y al igual que en otros casos, se encuentra en un punto medio entre las mejores zonas de aprovechamiento agrícola y las de uso ganadero.

### 12.17 CONCLUSIONES SOBRE EL POBLAMIENTO CASTREÑO EN EL VALLE DEL TRUBIA.

La historiografía tradicional, basándose en las fuentes antiguas sobre los Astures, y las características orográficas de la región, ha supuesto desde hace décadas una escasa presencia del sector agrícola en la economía castreña astur: *“El sector agrícola en el ámbito de la economía castreña no pudo ser nunca*



*mayoritario ni predominante, incluso durante los años en que los indígenas sentirían más cercana la presencia de los romanos y la posible anexión a su territorio*” (Santos Yanguas 1984).

En la década de los ochenta, Maya adelantaba sus dudas a este respecto y advertía de una realidad arqueológica muy diferente (Maya 1989), algo que se vería confirmado en las excavaciones de la Campa Torres (Maya y Cuesta 2001) y en los castros de la ría de Villaviciosa (Camino 1996). En nuestro trabajo de campo, hemos observado una inequívoca relación de cercanía entre los grandes poblados y las zonas con mejores tierras de cultivo, una proximidad que se presenta con mayor claridad en los sectores de montaña.

Los primeros ejemplos venían de la cuenca central (Fanjul y Menéndez 2002), donde en el valle del río Aller, tres de los cuatro únicos poblados existentes (Les Mueles, Los Castiellos y El Castiechu), en esta cuenca de unos 35 km. de extensión, se concentraban en apenas 5 km. de distancia, en el tramo medio-inicial del curso fluvial, coincidiendo con el espacio del valle con mejores espacios de cultivo, vertientes montañosas de menor inclinación y terrazas más amplias. Esta ubicación de los poblados del Aller se apoyaba además en el factor defensivo, que proporcionaba la presencia de estrechos pasos de acceso a ese sector, reutilizado alguno de ellos en época medieval mediante la construcción de torres (El Pico Ronderos).

Posteriormente, nos fijamos en concentraciones de poblados en valles fuera de la montaña, caso del valle de Colunga en la costa centro-oriental de la región, donde no sólo se encuentra una concentración de los castros en torno al conjunto de tierras del valle de mayor calidad agrícola, sino que además se observa una gradación de los tamaños de los poblados, según su cercanía a esas tierras. El poblado de mayor extensión, y que en esta zona podía haber hecho de poblado principal, si tenemos en cuenta sus dimensiones (La Riera), es el que se ubica junto a las zonas cultivables. El segundo de los castros, de tamaño medio (El Castiello de Villeda), se localiza a un par

de kilómetros de esas tierras, mientras que el más pequeño de la zona (El Picu el Castru) se sitúa a mayor distancia todavía, entre los 3,5 y los 4 km. Tanto estos yacimientos, como los del vecino valle de Villaviciosa, aportan en su totalidad pruebas de ocupación durante la Edad del Hierro (de Llano 1919; Camino 1996).

En el poblamiento aislado de valles como el Trubia, en la montaña central, existe igualmente una disposición de los grandes poblados en las cercanías inmediatas de áreas de calidad agrícola, en este caso representados por los poblados del Castiello de Perlín en Oviedo, Peña Constancio en Santo Adriano y Cochao castro, los cuales aprovechan, como zonas de cultivo, valles interiores de una longitud media de 1,5 km. de longitud, siempre situados a una altura muy próxima a la del propio poblado, las cuales llegan a superar los 1200 m. en el caso del Cochao.



Figura 12.11: Vivienda cuadrangular del despoblado de Santiago (Proaza) en alta montaña. Incluso en zonas superiores a 1500 m. es posible encontrar huellas de antiguas actividades agrícolas en el valle del Trubia.

Casos parecidos, son los del alto Nalón, valle de Ponga y alguno de los valles orientales, donde igualmente, dentro de un aislamiento generalizado de los poblados, éstos parecen haber tenido junto a sus tradicionales bases de ubicación, como la visibilidad y el factor defensivo natural, la ya mencionada cercanía esencial a las mejores tierras de cultivo de cada zona.

## 12. Las evidencias del paisaje. Correlación espacial entre castros y recursos agropecuarios en el valle de montaña del Trubia.

---

Estas observaciones nos obligan a replantearnos la escasa importancia atribuida al sector agrícola, ya no en las comarcas llanas de la región, sino en las de montaña, donde los escasos intentos de interpretación de los modelos de poblamiento planteados hasta el momento repetían la idea de la importancia del sector minero, como respuesta principal a la hora de explicar la existencia de grandes poblados o concentraciones de los mismos. Al mismo tiempo, nos vemos obligados a resaltar las posibilidades de la cuestión agrícola y edafológica para acercarnos a la escasa realidad arqueológica castreña en los valles del oriente asturiano, base geográfica diferenciada de los otros valles, no sólo en el importante aspecto de la calidad de tierras, sino más allá, con la existencia en ese sector que dispone de menor poblamiento fortificado de mayor inclinación media de las pendientes, mayor espacio ocupado por relieves rocosos, mayor número de días de escarcha en la media anual regional (junto al alto Nalón), menores índices de pluviosidad media, y mayor radicalidad de los índices termométricos respecto a otros sectores de la montaña cantábrica. Los recientes estados de la cuestión sobre paleoclima para algunas de las regiones del arco atlántico (Dark 2000), certifican la existencia de unos cambios en el aumento de la pluviosidad y descenso generalizado de la temperatura desde el Bronce Final, coincidiendo con el origen de los poblados fortificados, siendo evidente la relación clima-poblamiento que se desprende de esas investigaciones.

La cuestión cultural sería secundaria para explicar esa falta de castros en los valles orientales de la región, y en nuestra opinión, una particular realidad geográfica habría determinado la realidad arqueológica que debatimos, siendo demasiado aventurado el adentrarnos en definir espacios de frontera étnicas, cuando el fenómeno del asilamiento de los poblados fortificados en amplios espacios de territorio, no sólo se reduce a la vertiente oriental del río Sella, sino que también es un fenómeno propio de sectores como el alto Nalón, donde en el extenso concejo de Caso, tan solo nos encontramos con un poblado fortificado (El

Picu los Castiellos de Campo), perteneciendo el resto de los lugares fortificados catalogados a elementos propios de la amplia red de torres de control vial y pequeñas fortalezas del mundo medieval, sin negar un posible origen romano de alguna de las mismas.

Aunque apostamos siempre por la existencia de espacios de poblamiento al aire libre en paralelo al hábitat castreño, como recientemente hemos descubierto en las Vachinas (Teverga), destaca la presencia, a partir de época romana, de otras formas de poblamiento, como villas, espacios de hábitat escasamente fortificados y otros al aire libre, comprobando en los valles del Pigüña y el de Lena, que la aparición de estas estructuras se produce en zonas que disponen de intereses vitales para la estructura económica del Imperio, como son las minas de oro en el valle del Pigüña y de minas de cinabrio, y con menor presencia, de hierro y cobre, en el valle del Lena. Coincide en los dos casos citados, la existencia de vías de comunicación de importancia que atraviesan los valles, como la de la Mesa en Somiedo-Pigüña, y la Carisa-Pajares en el Lena, ambas procedentes de Castilla, y que sin duda debieron de implicar un factor de importancia en la diversificación del poblamiento (Santos Yanguas 1992), fuera de la tradicional estructura castreña. Destacan en el valle de Somiedo estructuras de hábitat al aire libre, que parecen estar en relación con las explotaciones mineras (Fernández Mier 1999), mientras que en el Lena nos encontramos con la villa de Memorana, en la zona más abierta del valle, seguramente para aprovechar el espacio agrícola y que coincide con una gran concentración de poblados de diferentes dimensiones, posiblemente la mayor concentración de castros de la cuenca central. Este factor, sumado a la existencia de restos prerrománicos (Santa Cristina de Lena) en sus inmediaciones, podría reflejar la presencia de una importancia no solo demográfica y económica, sino también política para el altomedieval asturiano (Menéndez Bueyes 2001).

El resto de valles estudiados en la montaña cantábrica carecen de cualquier estructura no fortificada de hábitat, a excepción de

algún hallazgo suelto en cuevas, que por su condición de material de lujo (Maya 1989) y por los crecientes paralelismos con otros casos cantábricos (Gil Zubillaga 1997) y atlánticos (Branigan y Dearne 1992; Gruel 1989), parece indicar la existencia en esas cuevas tanto de antiguas prácticas religiosas como de hábitat ganaderos temporales.

Nuestro estudio requería, desde el comienzo, una redefinición del panorama castreño. El resultado del trabajo de campo nos ofreció datos interesantes a este respecto, eliminando de la categoría de castros numerosos lugares catalogados como tales por sus excesivas dudas, o por ser en realidad torres viales de época medieval.



Figura 12.12: Capilla medieval en el interior del castro de San Juan de Llanuces en Quirós.

El carácter defensivo y militar es el que más resalta en los restos medievales hallados en los castros, pero igualmente se constatan reocupaciones habitacionales (San Juan de Quirós, El Cantu el Arbeyal de Proaza y Peña Constancio de Santo Adriano). Nuestra duda se centra en la posibilidad de que otros yacimientos castreños, con restos de alguna torre medieval, nos estén señalando la presencia de despoblados a sus pies, tal como hemos comprobado en El Cantu el arbeyal de Proaza. Como hipótesis podríamos afirmar, que la coincidencia de proximidad entre castros y hábitat medieval en otros valles como el alto Nalón o el Pigüña-Somiedo, puede venir más de una misma política de aprovechamiento de las mejores zonas de cultivos, que por

una tradicional fijación del hábitat o histórica pervivencia poblacional.

Respecto a las tipologías de castros, parece que la presencia de castros-torre, recintos de muy pequeño tamaño, unos 10-15 m. de largo por 10 m. de ancho aproximadamente y que disponen en su sistema defensivo en la mayoría de los casos de dos pequeños fosos y contrafoso intermedio, se circunscribe a sectores de fuertes cambios en el poblamiento en época romana, como son los valles del Lena-Caudal y del de Somiedo, donde mantenemos algunas dudas sobre la posible cronología romana de varios emplazamientos y que posiblemente sean de época medieval. Aparte de la posible funcionalidad como poblados especializados en la explotación minera, es patente la relación y proximidad de algunos de estos castros torre (Peña Tayá de Mieres y la Cogollina en Teverga), con poblados de cierta categoría, que utilizarían estas torres como único medio de defender los accesos a los poblados, que se sitúan en alturas superiores al mismo.

Existe, en cuanto a las tipologías del hábitat, una gran diversidad de modelos, dentro de otros dos más amplios que podríamos denominar en corona y en ladera, siendo muy escasos los castros ubicados en el fondo del valle (La Picon de Quirós). Los poblados de mayores dimensiones, y aquellos que parecen haber sido los únicos poblados en comarcas de considerables distancias (valle de Ponga, alto Nalón y otros del oriente), suelen coincidir con la tipología de castro en ladera, siempre ubicados a una altura media o alta de las sierras donde se ubican, lo que les facilita un buen control visual del valle principal al que están orientados.

Volvemos a resaltar la importancia que debió tener la minería de hierro en la economía castreña local, dada la proximidad de casi todos los poblados a “veneros” o filones de mineral, apareciendo en unos sectores de la montaña, en forma de bolsadas dentro de la caliza, como mezclado con areniscas y pizarras en otros. Comparando nuestros datos con los de la vecina vertiente leonesa de la cordillera (Gutiérrez González 1985), observamos que existen unas tipologías muy similares de

## **12. Las evidencias del paisaje. Correlación espacial entre castros y recursos agropecuarios en el valle de montaña del Trubia.**

---

lo que pudieron ser los poblados principales, e igualmente, una proximidad generalizada de los poblados a las zonas mineras, con algunos casos que podrían corresponder a yacimientos especializados en esta actividad. En líneas generales, comprobamos la existencia de una gran diversidad de posibles modelos de ocupación del territorio, donde es evidente el determinismo de la geografía sobre los grupos castreños, sin que se muestre con claridad un límite étnico respecto a la realidad arqueológica estudiada del oriente asturiano.



## Capítulo 13

# Las evidencias arqueológicas. Excavaciones en los castros del valle del Trubia.

### 13.1 EL PROYECTO DE EXCAVACIONES DEL AÑO 2004 EN LOS CASTROS DE TEVERGA.

La búsqueda de unas pautas de ocupación de un espacio tan especial como el de los valles de alta montaña en Asturias, ha sido el eje de un proyecto que llevamos varios años intentando desarrollar a través de diversas actuaciones. Decidimos comenzar en el año 2002, con una revisión general de los poblados fortificados del centro de Asturias (Fanjul y Menéndez 2004, Fanjul 2002-03), que nos orientó respecto a la necesidad de ampliar dicho trabajo, al estar basando nuestras hipótesis en un registro arqueológico “oficial”, que por las dificultades físicas del propio registro dejaban en duda el carácter arqueológico de numerosos yacimientos. Esa tarea, a modo de catálogo (Fanjul 2005), requirió nuevas revisiones, según se observan con más claridad espacios antes impracticables para la prospección, en lugares dudosos, o a través de nuevos hallazgos de yacimientos (Fanjul 2006 y 2007 b) que hemos continuado hasta la presente tesis. En el año 2003, decidimos centrarnos en una revisión más detallada e intensiva de uno de los valles cuya ubicación en contacto con los puertos de montaña cantábricos más nos interesaba. Los castros del valle, pese a los consiguientes problemas de la revisión de yacimientos en un paisaje como el de la montaña cantábrica (Peñalver 2001, 54; Ocejo y Peralta 1995-1996, 21), nos mostraban

desde el principio una especial proximidad de los grandes poblados, independientemente de la altitud de su ubicación, a las mejores zonas de cultivo, así como a áreas de extracción de mineral de hierro, aunque una total falta de hallazgos y referencias materiales nos impidió, hasta los sondeos del 2004, intentar aproximarnos a interpretaciones territoriales fiables, sobre un paisaje estéril en cronologías. En este sentido, la simple prospección nos hizo desechar como castros más del 50 % de los yacimientos con los que contábamos inicialmente, siendo en la mayor parte de los casos, torres medievales y no poblados fortificados (Fanjul 2003).

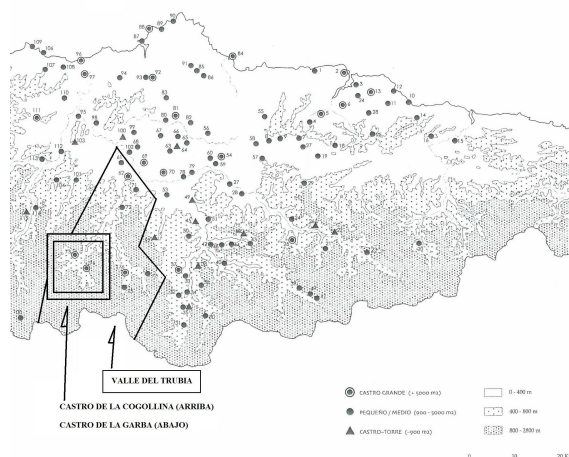


Figura 13.1: Ubicación de los dos castros de Teverga en el valle del Trubia.

### 13. Las evidencias arqueológicas. Excavaciones en los castros del valle del Trubia.

---

Podríamos enumerar los objetivos de nuestro proyecto en los siguientes puntos:

- Estudiar cómo vivían las poblaciones astures de los valles de alta montaña, su comportamiento ante un medio natural tan particular y sus pautas de poblamiento.
- Comenzar a determinar la cronología de los castros del valle del Trubia dentro de una ausencia de datos arqueológicos procedentes de excavaciones en toda nuestra cordillera, ayudando a completar nuestros estudios anteriores sobre el poblamiento castreño en esta zona (Fanjul y Menéndez 2004; Fanjul 2003a y 2003b).
- Obtener conjuntos de muestras (restos de fauna, restos vegetales y posibles minerales) que nos ofrezcan unos primeros datos sobre la economía de estas poblaciones.
- Determinar como se desarrollan los procesos de cambio que trae la romanización, tanto en el poblamiento como la vida diaria de los astures de este sector.
- Conocer unos primeros datos sobre las características de la cultura material de estos poblados.
- Comparar los resultados con los datos procedentes del norte de León, buscando posibles elementos de inter-relación cantábrica entre las poblaciones astures de uno y otro lado de la cordillera.
- Conocer, a través de las excavaciones de ambos castros, el supuesto grado de importancia territorial que se supone tienen los grandes poblados de las zonas altas de valle durante la Edad del Hierro en Europa Occidental.
- Complementar en un futuro estos datos de Teverga con sondeos en la totalidad de los castros del valle del Trubia, así como en los del valle vecino del norte de León.

#### 13.2 EXCAVACIÓN DEL CASTRO DE LA COGOLLINA.

El castro de la Cogollina es el típico poblado en espolón, donde siendo inaccesible por la diferencia de altura en tres de sus cuatro partes, las defensas artificiales se concentran con mayor intensidad sólo en la parte de más fácil acceso al yacimiento. Ubicado a 700 m. de altitud, reconocido y catalogado por el profesor J.M. González el 10 de junio de 1962 (González 1976, 141), su topónimo está directamente relacionado con el relieve en forma de mota o “cogollo”, que sobresale en la cabecera de la colina. La totalidad de referencias que hemos recogido se centran en una casa en la base del castro, donde hubo un pequeño monasterio o convento en época moderna. El sistema defensivo de acceso se compone de un monumental conjunto de dos fosos y un contrafoso central excavado parcialmente en la roca. Las dimensiones de los fosos, con 10 m. de anchura por 4 m. de altitud, nos indican que seguramente se aprovechó la existencia original de una vaguada natural, rebajándola y amontonando la tierra en el contrafoso central, el cual, en base a varias líneas de bloques que quedan a sus pies, estuvo revestido de bloques, aparentando ser un tramo de muralla. De este sistema pasamos a un foso de unos 3 m. de profundidad y 2 m. de anchura, oculto a la vista por la leve subida del foso hacia la cabecera del poblado y que sirve de acceso a una pequeña fuente. Sobre ésta se apilan numerosos derrumbes sueltos, huella de lo que en su día fue un bastión o torre sobre la parte más alta del castro. Siendo la orografía interior del yacimiento un conjunto de terrazas descendentes, es en la última de ellas donde observamos una amplia llanura, lugar inmejorable para la ubicación de la antigua zona de hábitat. Otras terrazas más inferiores parecen haber sumado desnivel al poblado, cumpliendo una funcionalidad defensiva, o bien, pertenecieron a antiguos frentes de cantera.

Del entorno histórico hay que destacar la presencia cercana de los restos de una torre medieval en una colina cercana, denominada

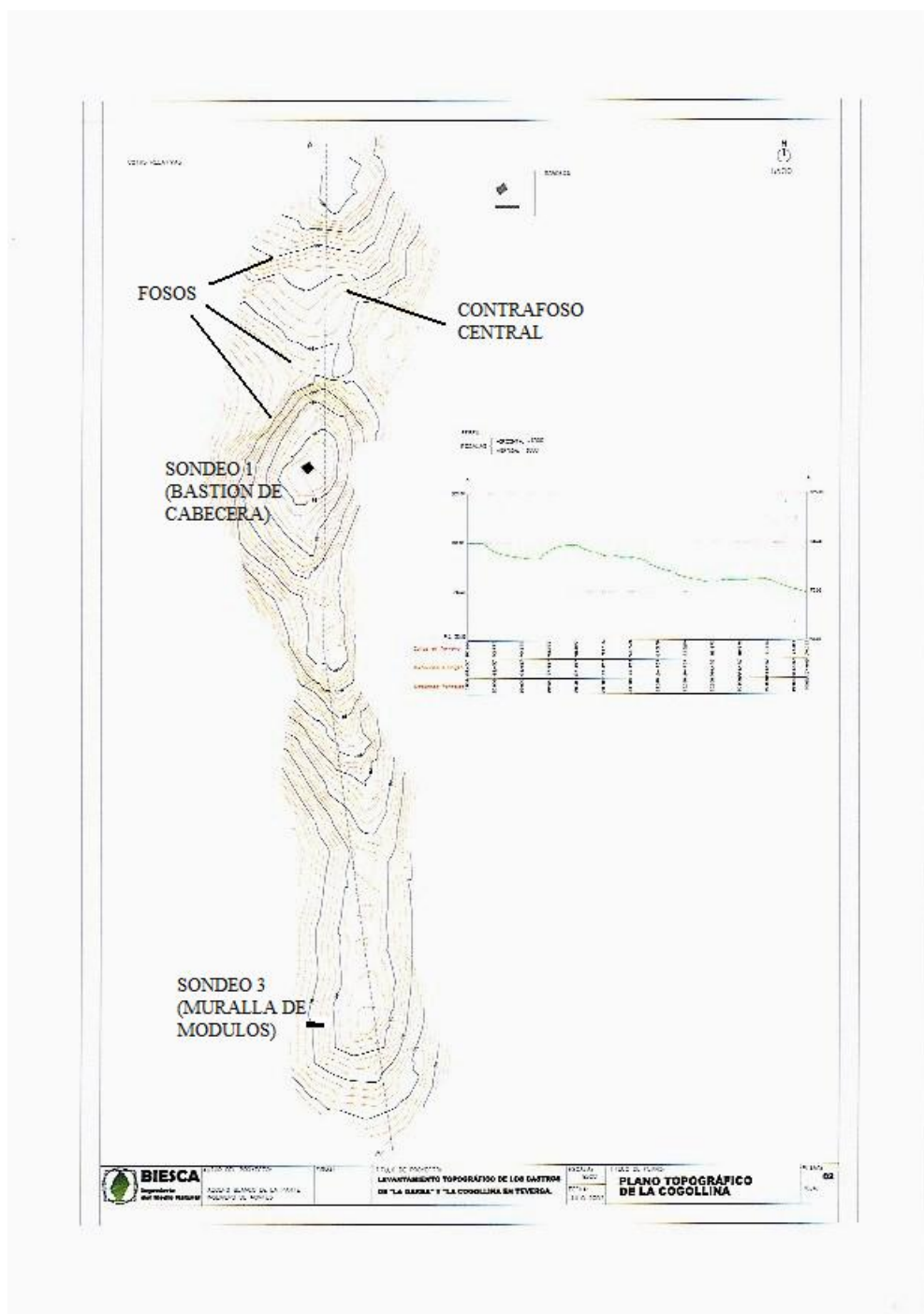


Figura 13.2: Topografía del castro de la Cogollina, con la ubicación de los sondeos realizados en nuestra intervención. En este castro, tan sólo la zona del sector 3, parece destinarse a usos urbanos, en paralelo a la línea de muralla. Entre el sector urbano, y la cabecera fortificada del sector 1, se encuentran terrazas rocosas en pendiente, que quizás albergaron espacios de uso agropecuario.

la Cogolla, y cuya evidente fortificación puede haber proporcionado el topónimo de “castro” a la localidad en esos tiempos. En

lo que respecta al entorno, nos hallamos en unas laderas muy pronunciadas con leves vaguadas, de gran calidad agrícola, cuya

### 13. Las evidencias arqueológicas. Excavaciones en los castros del valle del Trubia.

Hemos de resaltar que las numerosas noticias sobre los reaprovechamientos de derrumbes de este sector del poblado, nos hacía sospechar que posiblemente lo único que íbamos a poder constatar era la existencia o no de un extenso conjunto de derrumbes, única huella del bastión defensivo, sin poder concretar una estructura muy bien definida. Este primer sondeo confirmó nuestras impresiones iniciales. Excavando una gruesa capa de humus, propiciada por el bosque que creció durante siglos sobre esta parte del castro, localizamos algunos bloques de derrumbes originales de la defensa, pasando de inmediato a un nivel de roca madre perforado durante más de medio metro por el buscador de tesoros. Estábamos pues, ante unos niveles de construcción muy revueltos por la acción de reaprovechamientos y expolio, y de los que sólo se conservaba una línea de piso sobre una roca madre, que afloraba muy en superficie. La ampliación en casi dos metros hacia el extremo del bastión, buscando al menos varios bloques no removidos, que reforzaran la idea de que existía allí una estructura fortificada a modo de bastión, dio como resultado el hallazgo de más derrumbes sueltos y removidos que formaban una sola línea sobre la misma base rocosa de la cabecera. Nuestro estudio del entorno y del yacimiento nos dio a entender que existían cinco grandes reaprovechamientos de los bloques de derrumbes del antiguo bastión:

1. Desmantelamiento natural una vez abandonado el yacimiento, proceso que sería ayudado por la constante pendiente de la colina del poblado.
2. Reaprovechamiento de bloques para la construcción de la vecina torre medieval de la Cogollina.
3. Reaprovechamiento masivo para la construcción del monasterio situado en las faldas del poblado, denominado la Monxal, de época bajomedieval.
4. Uso de los bloques de piedras para la construcción de cercas divisorias de terrenos y una “cabana” o “corra” de pas-

toreo, situada en el recinto interior del castro y actualmente en ruinas.

5. Finalmente, constatamos una masiva extracción de piedra del castro para la construcción de las vecinas casas de “Castro”, ubicadas sobre el primer foso de acceso al yacimiento.

La segunda de las catas, se abrió a pocos metros más abajo del bastión, buscando la posibilidad de que existiese, al igual que en tantos otros asentamientos fortificados, una zona de hábitat anexa a las defensas. La esterilidad arqueológica resultó ser total, con una leve capa de humus, que escondía la base rocosa del yacimiento.



Figura 13.3: Vista de la cabecera defensiva del castro de la Cogollina. La presencia de un bastión defensivo en este sector, demuestra que las típicas cabeceras fortificadas con bastiones en nuestros castros, datan ya, de la primera Edad del Hierro.

La tercera intervención se realizó, esta vez, en forma de sondeo alargado, cubriendo parte del desnivel de la terraza de hábitat, donde los numerosos derrumbes sueltos atestiguaban la presencia de una muy segura línea de muralla. Excavando de interior a exterior, una leve capa de humus (UE 1), daba paso a una segunda capa de tierra de escaso grosor (UE 2), sobre la que comenzaba a aflorar algún bloque constructivo interior (UE 3), que si bien confundimos con la posible cara interna de la muralla, posteriormente confirmamos su vinculación a estructuras de



hábitat, cuyas huellas más evidentes habían quedado fuera de los márgenes de nuestra pequeña trinchera. Dentro de esta misma unidad estratigráfica englobamos la propia estructura de la muralla, la cual comenzaba a aflorar a la vez que los bloques interiores, lo que dio pie a esa primera confusión.

El descubrimiento de una extensa capa de relleno (UE 4), procedente del propio relleno de la muralla durante su erosión, fue la base para poder determinar la anchura y límites de las diferentes estructuras, confirmando que en la parte interior estábamos ante unos escalones de algún tipo de vivienda, mientras que podíamos hablar de una segunda estructura a modo de muralla, con unas dimensiones de tres metros y medio de anchura. La excavación de esta capa nos deparó una grata sorpresa al poco tiempo, ya que tanto la forma redondeada de alguno de los bloques de la cara interna de la muralla, así como un leve espacio sin derrumbes, iba formando la clásica estructura de las conocidas murallas de módulos. Continuando la exhumación de esa capa



Figura 13.4: Vista del proceso de descubrimiento de la muralla de módulos del castro tevergano de la Cogollina.

de relleno, apareció una capa negra repleta de desechos de fauna, carbones y algún fragmento cerámico, que se prolongaba levemente en la intersección entre los dos módulos de la muralla. De este nivel se sacaron las muestras de carbono 14 que analizamos, asegurando su posición arqueológica que estábamos fechando un nivel de ocupación posterior a la construcción de la muralla y adosada a ésta. Situa-

ción perfecta para fechar la línea defensiva. Posteriormente a este único nivel conservado apareció, tal como había ocurrido bajo los bloques del sector más interior, la roca madre (UE 6).

Pese al escaso número de materiales obtenidos, y al arrasamiento del poblado, era evidente que cronológicamente estábamos ante un poblado de exclusivos niveles prerromanos, pues aparte del C14, la totalidad de la cerámica es a mano y no disponemos de producción romana alguna, y que en materia urbanística la disposición de las viviendas se ajustó, al igual que en Caravia, a una línea de estructuras que corren en paralelo a la línea de muralla, muy posiblemente cuadrangulares y mayoritariamente orgánicas, porque no tenemos bloques de derrumbes de estas estructuras en el nivel de revuelto que excavamos junto a la vivienda. El espacio libre entre la muralla y las viviendas haría de calle principal de acceso a éstas. Los dos escalones de entrada a una de las casas que localizamos, igualarían la altura del piso de la vivienda, con la parte trasera que estaría adosada a un breve resalte de la base rocosa de la colina.

### 13.2.1 Cronología de la muralla de módulos.

Dos son los elementos que hemos analizado a la hora de tantear un marco cronológico fiable pese a las escasas excavaciones realizadas en el poblado. Por un lado, el único carbón que apareció en la excavación del sector 3, coincidiendo con la muralla de módulos, nos serviría para fechar el abandono del poblado, situándose tal carbón en un pequeño nivel con material óseo sellado por los derrumbes y el relleno de la propia muralla, a la vez que conservado en el comienzo del canal entre los dos módulos. Por otro lado, resaltamos la importancia de disponer de varios elementos de molinaria, recogidos durante décadas por los vecinos de la zona, y que en ningún caso correspondían a piezas circulares, las cuales se distribuyen en el noroeste peninsular a comienzos del siglo IV a.C. (Carballo *et alii* 2003), lo que nos estaba proporcionan-

### 13. Las evidencias arqueológicas. Excavaciones en los castros del valle del Trubia.

do unas fechas de ocupación anteriores a este siglo. La fecha de carbono 14, BETA-206701: 2160 +/- 40 BP; Cal BC 360-80, pese a su amplia orquilla cronológica de poco más de dos siglos, difiere escasamente en sus calibraciones de las fechas más antiguas (Cal BC 350), que son para nosotros el contexto cronológico de abandono del poblado. Mantenemos, por lo tanto, en base al material de molienda y a la orquilla cronológica del carbono C14, que la ocupación del poblado y la construcción de la muralla se realizó como mínimo durante el siglo V a.C., sin poder concretar una parte del mismo. El abandono del yacimiento se situaría en unos momentos intermedios del siglo IV a.C.

#### 13.2.2 Conclusiones de nuestra intervención.

Nuestra intervención deja claro que el primer problema a resolver en cuanto al poblamiento castreño en zonas de montaña es el realizar una primera revisión de la documentación arqueológica, ya sea mediante nuevas prospecciones, o bien mediante una política sistemática de sondeos en tantos lugares dudosos con los que nos encontramos, carentes a simple vista por la cubierta vegetal de cualquier dato material o estructural que nos permita aclarar si estamos ante un nuevo pobla-

do fortificado. Las dimensiones de la Cogollina, propias del grupo de los “grandes poblados” (Fanjul 2005, 35), nos deben hacer reflexionar sobre la funcionalidad de éstos, aceptando como premisa que es imposible que el poblado fortificado sea la única estructura de habitación durante la Edad del Hierro en Asturias, y que los grandes castros tuvieron una significación especial en lo que respecta a su funcionalidad. En nuestra opinión, pese a las evidentes diferencias de tamaño, creemos se podría equiparar la funcionalidad de los escasos grandes poblados cantábricos con la de los Oppida centroeuropeos (Fichtl 2000, 91; Colin 1998, 116), siendo estos poblados los que se encargarían como centros de poder, transformación e intercambio económico, de administrar un territorio jerarquizado por unidades menores de poblamiento, en forma de castros de menor tamaño, granjas o simples brañas de montaña. Estas últimas unidades, las brañas, tuvieron que existir en ésta época si tenemos en cuenta el registro faunístico de la Cogollina, con un porcentaje casi absoluto formado por vacuno joven. Tal estadística nos obliga a pensar en una cabaña ganadera importante y en una explotación de las sierras vecinas, que al igual que hasta hace pocos años, requieren de estructuras temporales de habitación como son las brañas.

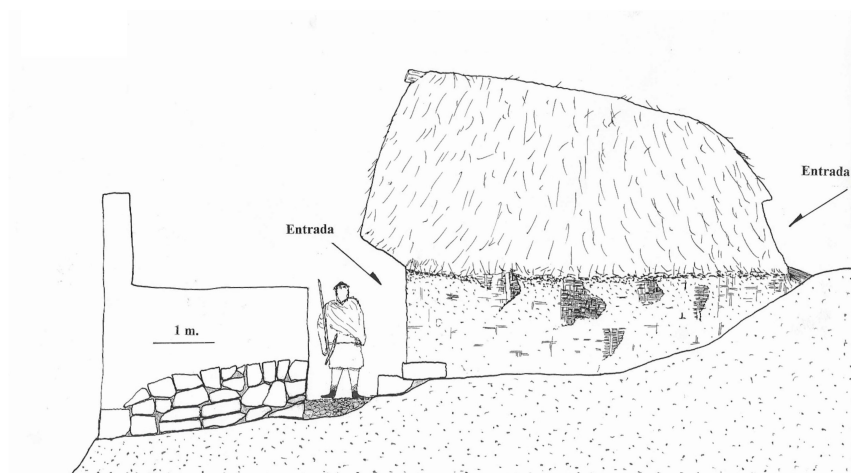


Figura 13.5: Reconstrucción idealizada del perfil urbano de la Cogollina en el sector 3.

En lo que respecta al urbanismo, volvemos a observar un fuerte determinismo orográfico, que supone para los habitantes del poblado un modelo concreto y original de distribución lineal del espacio de hábitat-almacenamiento. La inexistencia de estructuras fácilmente documentables en la “acrópolis” rocosa del poblado nos hace seguir manteniendo la posibilidad de que se utilizase, al igual que en tantos otros castros del sector central de la región con las mismas características, como espacio de almacenamiento de cereal aprovechando su mayor altura respecto a las zonas de habitación y por lo tanto una mayor exposición al viento y el sol, lo que favorece tales labores de almacenamiento y conservación de cereal u otros alimentos.

El hallazgo de un modelo de vivienda, que casi con toda seguridad es análogo al de otros poblados de la Edad del Hierro con los mismos problemas de espacio urbano como Caravia (de Llano 1919) o Monte Buruntza en el País Vasco (Olaetxea 1997, 118), y que sigue una tipología de estructuras de habitación paralelas entre la línea de muralla y el resalte rocoso, hace resurgir el debate sobre la tipificación de modelos habitacionales castreños, teniendo que asumir la existencia de tipos más propios del cantábrico central, en un sector de la región que creíamos plenamente emparentado en materia arqueológica con los casos más occidentales.

Son muchas las incógnitas que todavía nos depara el yacimiento, sobre todo si tenemos en cuenta que la mayor parte del registro material debe estar en la empinada ladera anexa a la zona de hábitat y que no conocemos la funcionalidad de otras dos amplias terrazas sin amurallar situadas a una menor altura. En cuanto a la época de ocupación, en líneas generales y en base a la documentación de otros yacimientos excavados, podemos asegurar que los siglos V y IV a.C. corresponden a una época de aumento del poblamiento, y reestructuración de defensas en poblados ya existentes, que podrían estar indicándonos una reorganización general del territorio, donde la cercanía a zonas de mayor calidad agrícola y la reafirmación del papel social de algunos gran-

des poblados, determinan la pervivencia o la creación de nuevos núcleos poblacionales fortificados (Fanjul y Menéndez 2004). El abandono del castro de la Cogollina en esta época puede estar relacionado con la mayor importancia del vecino castro de la Garba, en base a su amplio entorno agrícola, respecto a un territorio inmediato de la Cogollina, donde la actividad ganadera de gran tradición desde la Edad del Bronce en las sierras colindantes, conforma su sistema económico. El mayor peso de la agricultura en la economía de esta época, o la necesidad de una ampliación de los espacios agrícolas de calidad, pueden estar explicando por qué se abandona este poblado, mientras que el vecino de la Garba, con niveles prerromanos cuya cronología todavía desconocemos, pervive hasta momentos tardíos de la romanización.

### 13.2.3 Aportaciones al debate de las estructuras defensivas castreñas.

Hasta el momento trabajábamos con unas premisas más deductivas que reales, por las que la potencia monumental de algunas defensas artificiales de nuestros castros debían ser indudablemente tardías, más bien relacionadas con su importancia en época romana, o con amplias labores de reconstrucción militar durante determinados momentos de uso en época medieval. Las excavaciones de la Cogollina, quizás el castro con las defensas artificiales de mayor monumentalidad de Asturias, prueban que el concepto de monumentalidad defensiva debe aplicarse en la región, como un claro elemento más de prerromanidad. Pese a ello, la gran cantidad de yacimientos con un análogo sistema defensivo, aunque de menor tamaño, existentes tanto en el sector central de la región (Muelles, Questru y Castiechos de Aller) (Fanjul 2002-03), como en el occidental (El Castiechu de Pradiella, Castiello de Rengos, etc.) (Fanjul 2005, 265), y de los que no disponemos de dato cronológico alguno, no nos permiten de momento establecer unas pautas de identificación cronológica a través de tipos de defensas para nuestros castros. El foso oculto de la cabecera, que sirve igualmen-

te para el abastecimiento de agua y la demostración de que uno de los elementos característicos de muchos de los castros asturianos, como son los bastiones de cabecera (Fanjul 1997), son ambos pertenecientes a claras cronologías prerromanas, resalta la existencia de una auténtica y compleja ingeniería defensiva, antes de la llegada de una romanización hasta la que hace poco se atribuía un papel primordial en la existencia de las defensas castreñas (Carrocera 1995). Está demostrado como la mayor parte de los poblados con murallas de módulos disponen de una cierta inclinación de las zonas de hábitat hacia el exterior, por lo que, en cuanto a su funcionalidad, creemos que la separación entre módulos a modo de canal nos está señalando que estos sistemas constructivos surgieron como un modelo de muralla que permitía resolver uno de los grandes problemas del urbanismo y la vivienda de los castros, como fue la evacuación de aguas a través de las juntas de módulos, tal como explícitamente nos indicaba uno de los primeros casos descubiertos en el Castillo de Veneiro (Maya 1989, 35), con una auténtica boca de desagüe. A esta primer y claro origen funcional urbanístico, quizás se le fue sumando un carácter monumental, creándose con el tiempo ejemplos más desarrollados de módulos, donde su funcionalidad originaria es menos evidente y se resalta más su perfección estilística y arquitectónica como en el castro de Tremao (Fanjul, Flórez y García 2006), Campa Torres (Maya y Cuesta 2001) o Llagú (Berrocal *et alii* 2002). En lo que respecta a su distribución y a su posible papel de identificación cultural, creemos que es pronto para hablar de un modelo defensivo particular de la Asturia transmontana, al haber un extenso corpus de poblados sin excavar en el norte de León, y consideramos que de momento es más cauto certificar que como modelo defensivo prueba la existencia de fuertes contactos dentro de esa zona transmontana, en la que hasta ahora aparece con mayor claridad.

En cuanto a su cronología y distribución, es indudable, a tenor de las numerosas pruebas cronológicas, que las murallas de módulos surgen en el sector central y centro-occidental

de la región (Campa Torres, Llagú, Cogollina y San Chuis) en unos momentos entre el siglo VI y V a.C, distribuyéndose durante los siglos IV y III a.C. hacia sectores meridionales de la región, tal como prueban las fechas proporcionadas por el Chao Samartín (Villa 2005) en la comarca más occidental de Asturias y el castro de Moriyón en la costa oriental (Camino 2002), perviviendo su reutilización como fortaleza medieval (Fanjul, Flórez y García 2007a y 2007b). Sin existir elementos análogos en el arco atlántico europeo, pese a la similitud constructiva de algunas fortificaciones en madera (Fichtl 2000), consideramos que las murallas de módulos son unas estructuras de claro origen autóctono dentro de la Asturia transmontana central, y que muestran claramente la fuerte organización social que requiere su construcción para resolver problemas de tipo urbano, la existencia de amplios contactos intercomarcales, y en definitiva, la complejidad cultural de las poblaciones que habitaban Asturias a comienzos de la Edad del Hierro en el que surgen este tipo de defensas. Dejamos en manos de futuras líneas de investigación el aclarar más aún estos supuestos teóricos, así como empezar a dilucidar otros problemas como la cronología del uso de bloques verticales calizos en algunos castros del centro de Asturias, a modo de piedras hincadas naturales, o la discutible atribución militar de algunas reformas altoimperiales en las estructuras defensivas de lugares como el Chao Samartín (Villa 2005, 77). Recordemos los debates abiertos, en base al uso de algunos fosos de castros centroeuropeos como la Chaussée-Tirancourt (Brunaux, Fichtl y Marchand 1990), en contradicción a los datos procedentes de muchos castros del resto de las regiones atlánticas (Davies y Lynch 2000, 156), en los que tales reformas surgen en momentos inmediatos o durante la invasión romana, lejos de ser producto de un hipotético ejército en el occidente de Asturias, para el que se ha supuesto, sin mucho fundamento arqueológico, la vigilancia de una población autóctona que trabajaría en las minas para el invasor (Carrocera 1995,



220-221; Villa 2005, 74).

#### 13.3 EXCAVACIÓN DEL CASTRO DE LA GARBA

El primer castro que excavamos fue el de la Garba de Berrueño en 2004, un poblado de grandes dimensiones que, con una ubicación próxima a los 800 m. de altitud, controla visualmente la totalidad del valle. El castro se ubica sobre un leve promontorio en ladera, localizándose en la vaguada de acceso al castro un sistema multivallado de fosos, en el interior de uno externo, más simple, y que protegen una zona amurallada escalonada por terrazas naturales, donde tan sólo se aprecian restos de una torre o bastión, en el más superior de ellos.

Decidimos comenzar las excavaciones en este castro con dos sondeos. El primero lo situamos buscando una respuesta al incierto límite exterior del castro, sobre uno de los múltiples desniveles y terrazas de la colina del yacimiento, mientras que el segundo lo ubicamos en plena zona de acrópolis, ya que

tanto debido a su cercanía al bastión defensivo, como a su morfología llana, podía concentrar restos de hábitat de forma más clara que en otros sectores. Los primeros momentos de excavación ya adivinaban en el sector 1 (muralla) restos estructurales propios de la vieja línea defensiva, construida con bloques de caliza de la sierra anexa de la Sobia. Sospechábamos de algunas zonas donde se concentran por caída natural, de unos 30 o 40 cm. de longitud y anchura media. El perfecto encaje de los bloques, con pequeñas cuñas de piedra ajustando espacios intermedios, su regularidad de tamaño, así como su apoyo directo a la roca madre, nos señalaron una muralla de revestimiento. Tanto los restos de derrumbes hallados sobre esta estructura, así como algunos de los restos materiales que aparecen en el mismo nivel (UE 2), no corresponden a niveles de fundación o uso de esta estructura, y más bien están fechando el sellado funcional de la misma, con algunos fragmentos cerámicos a mano, *sigillata* y una cuenta de bronce, de cronología indeterminada.



Figura 13.6: Vista del bosque de la Garba, donde se asienta el castro, a los pies de la sierra de la Sobia. El traslado poblacional a este poblado, supone la pujanza, dentro de la fauna consumida, del ganado ovicáprido sobre el vacúno, posiblemente atendiendo a las inmejorables condiciones rocosas del entorno de la sierra de la Sobia.

### 13. Las evidencias arqueológicas. Excavaciones en los castros del valle del Trubia.

La prueba de cronología relativa de la muralla nos proviene de una estructura adosada a la misma, en forma de gran ceniza, que recubre un pozo excavado en la roca, a modo de horno en cubeta, reutilizado como basurero posteriormente. Con un diámetro de un metro, pese a que su excavación no ha sido completa, este horno nos ofreció un interesante conjunto material de restos de fauna en buen estado de conservación, cerámica a mano y numerosas escorias de mineral de hierro. Algunas gotas de bronce adosadas a la parte más inferior del horno, sobre las que se ubicaban en gran cantidad restos pegados a la pared de la cubeta, con arcilla rubrefactada incluida de la antigua estructura de fundición, prueban un primer uso de esta cubeta para la fundición de bronce, a la que se incorpora una masiva fundición de hierro en un uso posterior. Una exploración de toda la pared de la sierra de la Sobia, nos ha ofrecido hasta 8 pequeñas cuevas con filones de mineral de hierro, agotado en la actualidad, de las cuales 4 se concentran en las Fuércigas, para-je abrupto ubicado a menos de un kilómetro en dirección norte del castro.



Figura 13.7: Fosa del antiguo pequeño horno en cubeta, hallado en la base exterior de la muralla del poblado de la Garba, fechado en el siglo IV a.C.

Dentro de la cubeta se halló igualmente desechos de mineral sobre la roca original de la que se han extraído areniscas, curiosamente coincidiendo su particular morfología con las areniscas de las Fuércigas, confirmando-

nos al menos el principal punto de extracción de mineral del poblado, y hallando a la vez, la mina de hierro más antigua de la región.

Volviendo a la estructura de la muralla, un seguimiento a través de numerosos derrumbes que sobresalen cada ciertos metros por la colina de la Garba, nos ayuda a obtener una longitud aproximada de la misma de unos 300 m., a los que habría que sumar otros 100 m. en el caso que el antecastro estuviese fortificado también, tal como parecen advertir algunos derrumbes observados en la entrada, y otro centenar de metros de líneas internas de defensa con otras tres terrazas fortificadas. Algunos bloques paralelos a la cara exterior de la muralla, a 3,50 m. de la misma, forman la cara interna, con un gran deterioro hasta el punto de que dispone de un espacio sin bloques.

Hemos desestimado que una estructura de muro cuadrangular, perfectamente construida y que no es paralela a la cara externa, corresponda a la cara interna, y más bien parece ser una estructura diferente, más relacionada con espacios de hábitat o incluso de entrada al castro, ya que la línea de muralla parte desde el mismo acceso al yacimiento y podría ser una entrada fortificada que obligaría a recorrer parte de la ladera del poblado antes de acceder a las terrazas superiores por el sector excavado.

En el segundo de los sondeos, en el sector 2, que hemos denominado sector “acrópolis”, el comienzo de la excavación mostraba al poco tiempo los derrumbes y apoyos de la base de una gran cabaña circular de 5,63 m. de diámetro. Con unos niveles muy deteriorados por la erosión y la pendiente natural de la terraza geológica donde se asienta este sector. El suelo aparecía muy batido y tan solo nos proporcionó varios fragmentos de hierro que, por su peso, no habían corrido ladera abajo como el resto de materiales. Era en el interior de la cabaña donde varios bloques habían caído sobre cerámicas romanas, sigillatas y común fina, impidiendo su desplazamiento, y confirmando la existencia de una ocupación final del castro en el periodo astur-romano. La estructura de apoyos de postes y tablas, por los



Figura 13.8: Conjunto de escorias del horno en cubeta de la Garba. Algunas de las escorias, como el fragmento más grande, disponen de improntas de arcilla, de la bóveda del antiguo horno metalúrgico, manteniendo incluso la curva original de la antigua estructura.

espacios intermedios entre los bloques de apoyo cuadrangulares y circulares de unos 15-20 cm. de longitud, conforma sobre la zapata de la cabaña una estructura desconocida hasta el momento en las viviendas castreñas de Asturias, y que quizás tiene que ver con la necesidad de crear un muro de mayor grosor que en otros castros de menos altitud que la Garba. Una fuerte concentración de arcillas rubrefactadas en el exterior de la cabaña demuestra la existencia de paredes de arcilla que a su vez recubriría el entrelazo de ramas sujeto a los postes y tablas. Es de resaltar, en el aspecto material, el hallazgo de un clavo, cuya morfología podría corresponder a una pequeña rueda de carro, de 60 cm de diámetro, así como una punta de Pilum que demuestra la incorporación de elementos de la militaría imperial en la sociedad astur-romana.

Como primera conclusión general, estamos ante un gran castro, y no ante un poblado de pequeñas dimensiones como creíamos antes de la excavación, cuyo espacio máximo de hábitat estaba ya configurado en época prerromana, demostrando a la vez la existencia de defensas complejas antes de la romanización, extremo confirmado en la totalidad de la Europa Atlántica desde la Edad del Bron-

ce (Fichtl 2000; Cunliffe 1995). La continuidad del poblamiento durante la época romana, siendo el primer castro de la cordillera asturiana con claros niveles astur-romanos y también los primeros restos claros de hábitat romano en el valle del Trubia, refuerza nuestra creencia inicial de que siguiendo las hipótesis de trabajo europeas de ubicación-dimensiones, estamos ante un gran poblado en importancia territorial, cuyos primeros indicios materiales parecen probar la interrelación poblacional entre los Astures de uno y otro lado de la cordillera cantábrica.

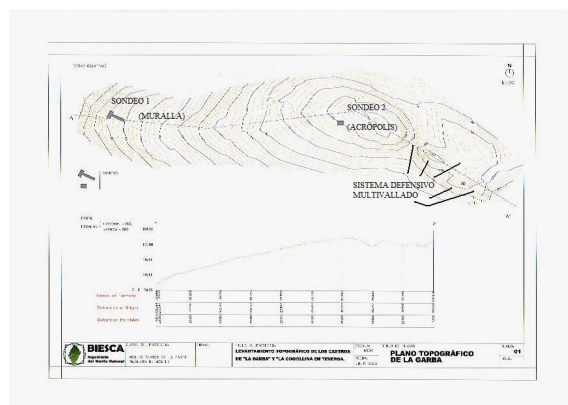


Figura 13.9: Topografía del castro de la Garba, con la ubicación de los sondeos realizados en nuestra intervención.

Pese a estos primeros datos de enorme interés para nuestro espacio en estudio, se abren una buena cantidad de nuevas incógnitas a resolver en una futura intervención:

1. Creemos que los dos contrafosos en cuña de la entrada son en realidad las puertas del poblado y no dos estructuras internas de defensa.
2. La base geológica en tierra del antecastro, en contra de la generalizada base rocosa, aportará datos básicos mediante excavación sobre la funcionalidad de este tipo de espacios secundarios en Asturias.
3. Diversas terrazas de la ladera anexa al castro pueden ser, por su morfología y ubicación, junto a lo que consideramos



### 13. Las evidencias arqueológicas. Excavaciones en los castros del valle del Trubia.

la entrada al yacimiento, antiguos campos fósiles de cultivo del antiguo poblado sin que hayamos encontrado referencias sobre existencia de cultivos tradicionales en esa zona.

4. La gran vaguada de acceso al poblado es el lugar ideal para demostrar la existencia de posible poblamiento extramuros y su funcionalidad en nuestros castros.

#### 13.4 ANÁLISIS

##### 13.4.1 La Fauna.

**Castro de la Cogollina:** La muestra ósea procedente del Castro de La Cogollina fue recuperada en los sondeos arqueológicos

realizados en dicho yacimiento en el año 2004 (Fernández Rodríguez 2007).

##### La muestra ósea.

El conjunto analizado se compone de un total de seis restos de macromamíferos, de los que se han podido determinar a categoría de especie cinco de los mismos. El volumen identificado resulta aún mayor si nos atenemos al peso de los restos, correspondiéndose la única pieza indeterminada a un fragmento de diáfisis de hueso largo de una especie de talla grande, posiblemente un bovino (*Bos taurus*). El análisis de la muestra ha deparado la identificación de tan solo dos especies (Tabla 13.1), representativas todas ellas de animales domésticos, no constatándose ni aves ni actividad cinegética; aspecto que en absoluto debe sorprendernos teniendo en cuenta el exiguo volumen de la colección estudiada.

	SECTOR 1			SECTOR 3		
	NR	NMI	W	NR	NMI	W
<i>Bos taurus</i>				4	1	72.0
<i>Ovis aries</i>	2	1	30.0			
<b>Total</b>	<b>2</b>		<b>30.0</b>	<b>4</b>		<b>72.0</b>
<b>No identificados</b>				1		5.0

Tabla 13.1: Relación de especies identificadas, indicándose el número de restos (NR), número mínimo de individuos (NMI) y el peso (W) de los mismos.

##### Consideraciones generales.

Como hemos subrayado de forma reiterada, el pequeño conjunto óseo analizado no permite realizar tan siquiera una valoración mínima de la ganadería del poblado de La Cogollina. La constatación de elementos esqueléticos de ganado vacuno y ovino no permite más que atestiguar su presencia entre los elementos de una cabaña ganadera que imaginamos más variada. Ambas especies son habituales entre las muestras faunísticas de los poblados castreños tanto de Asturias, como de Galicia (Fernández Rodríguez 2003). El que se trate en ambos casos de ejemplares adultos tampoco altera en absoluto la evidencia constatada en otros yacimientos semejantes para estas dos mismas especies, sugiriendo un aprovechamiento en vida de otros productos derivados (lana, leche, fuerza, etc.) previo al sacrificio que, en buena lógica, derivaría en el consumo de su carne (Fernández Rodríguez 1996 y 2003). Tampoco, como ya señalamos, su altura resulta discordante con respecto a los datos conocidos con respecto a

esta especie.

Además, y de forma indirecta, puede colegirse la presencia un carnívoro doméstico, el perro del que, como también resulta habitual, tan solo nos llegan evidencias de su actividad alimenticia por medio de las marcas presentes en algunas piezas óseas. La habitual ausencia de los restos de esta especie (al igual que sucede con otras también domésticas) en el registro óseo es un hecho que no debe sorprendernos, ya que no se trata de una especie que haya formado parte de los componentes alimenticios de estas poblaciones indígenas castreñas, por lo que sus restos no suelen acompañar a los depositados como resultado de la actividad alimenticia de estas sociedades.

##### **Castro de la Garba:**

##### Material y Método.

La muestra ósea procedente del Castro de La Garba se recuperó en el proceso de los sondeos arqueológicos realizados en dicho yacimiento en el año 2004. El material procede del identificado



como Sector 1, si bien la mayor parte del mismo se adscribe a la denominada cubeta, localizada al exterior de uno de los muros del poblado, si bien adyacente al mismo, y en la que también se documentaron claras evidencias de actividad metalúrgica.

#### La muestra ósea.

El conjunto analizado se compone de un total

de 35 restos de macromamíferos, de los que tres proceden de la U.E. 2, estando los demás adscritos a la denominada cubeta. El análisis de la muestra ha deparado la identificación de al menos tres especies domésticas (Tabla 1) que constituyen la base de la cabaña ganadera en las sociedades tradicionales: bovino, porcino y ovicaprino, no constatándose de forma específica más que la presencia de oveja.

	U.E. 2			CUBETA		
	NR	NMI	W	NR	NMI	W
<i>Bos taurus</i>				2	1	102.0
<i>Ovis aries/Capra hircus</i>	2	1	7.0	5	2	31.0
<i>Ovis aries</i>				1	1	31.0
<i>Sus domesticus</i>	1	1	10.0	3	2	35.0
<b>Total</b>	<b>3</b>		<b>17.0</b>	<b>11</b>		<b>168.0</b>
<b>No identificados</b>			21			69.0

Tabla 13.2: Relación de especies identificadas, indicándose el número de restos (NR), número mínimo de individuos (NMI) y el peso (W) de los mismos.

#### Consideraciones generales.

Las especies identificadas en la muestra de La Garba se corresponden con las que, con una finalidad alimenticia, conforman la habitual cabaña ganadera de los poblados indígenas tanto de la Edad del Hierro como ya romanizados en el norte peninsular. A partir de una muestra tan limitada, pocos más datos es posible deducir.

De entre los aspectos señalados en el análisis, quizás sea interesante el hacer constar el aparente sacrificio de ovicaprinos pertenecientes a las cohortes de edad más jóvenes. Desde una perspectiva económica, esta práctica se asocia con una

finalidad directamente vinculada con el aprovechamiento cárnico, sin esperar a que aquellos alcancen un mayor volumen de carne, lo que, en consecuencia, los convertiría en más rentables.

Si bien la muestra es exigua y no podemos tomar el dato anterior más que como un aspecto, entre otros muchos, a evaluar cuando se disponga de una colección numéricamente más fiable, cabe destacar que este mismo aspecto ha sido señalado para la fauna doméstica del castro de Llagú (Liesau y García García 2002), y que es un aspecto diferencial con lo que se ha venido documentando en las analíticas de los poblados del noroeste (Fernández Rodríguez 2003).

Tabla 13.3: Relación de especies identificadas, indicándose el número de restos (NR), número mínimo de individuos (NMI) y el peso (W) de los mismos.

	COGOLLINA (ANTES DEL IV A. C.) (SECTOR 3)		
	NR	NMI	WW
<i>Bos taurus</i>	4	1	72.0
<i>Ovis aries</i>			
<b>Total</b>	<b>4</b>		<b>5.0</b>
<b>No identificados</b>	1		5.0

### 13. Las evidencias arqueológicas. Excavaciones en los castros del valle del Trubia.

	GARBA (IV A. C.) (CUBETA)		
	NR	NMI	WW
<i>Bos taurus</i>	2	1	102.0
<i>Ovis aries/Capra hircus</i>	5	2	31.0
<i>Ovis aries-o</i>	1	1	31.0
<i>Sus domesticus</i>	3		35.0
<b>Total</b>	<b>11</b>		<b>168.0</b>
<b>No identificados</b>	21		69.0

	GARBA (ÉPOCA ROMANA) (U.E. 2. 2)		
	NR	NMI	WW
<i>Bos taurus</i>			
<i>Ovis aries/Capra hircus</i>	2	1	7.0
<i>Ovis aries</i>			
<i>Sus domesticus</i>	1	1	10.0
<b>Total</b>	<b>3</b>		<b>17.0</b>
<b>No identificados</b>	21		69.0

#### 13.4.2 Análisis de antracología.

Se han encontrado 2 fragmentos de madera carbonizada correspondientes a madera de *Quercus sp.* En ellos se aprecian los radios medulares característicos de este grupo de quercíneas. Sin embargo, los haces vasculares son poco visibles debido al reducido tamaño de los fragmentos, lo que nos impide determinar si pertenecerían al grupo de las quercíneas caducifolias (*Q. robur*, *Q. pe-*

*trea*) o de las perennifolias (*Q. ilex*, *Q. coccifera*).

#### 13.4.3 Análisis de carpología.

Se han encontrado 2 semillas habiéndose identificado como *Pisum sativum* (guisante). Se observan los dos cotiledones y restos del hilo. En una de ellas, existe la huella del micrópilo en los cotiledones, ya que prácticamente la testa ha desaparecido en ambas semillas por la erosión.

			Unidades		Peso de la muestra	
			Nº de elementos	% del nº	Peso (gr)	% del peso
Restos botánicos	Carpología	Pisum sativum	2	6,25	0,07	36,38
	Antracología	Quercus	2	6,25	0,03	16,49
		Posible Quercus muy carbonizado	2	6,25	0,03	17,33
No identificable			26	81,25	0,05	29,81
		Total	32		0,18	

Tabla 13.4: Resultados del análisis antracológico y carpológico.

#### 13.4.4 La composición cerámica.

Dentro también de la producción artesanal de las poblaciones prerromanas del valle de Teverga,

hemos documentado diferencias tecnológicas entre la composición de las cerámicas a mano, de uno y otro poblado, y que vienen a demostrar dos aspectos de interés: Por un lado, las producciones

### 13.5. Evolución del poblamiento castreño en el valle de Teverga.

a mano prerromanas parecen ser muy locales, con unos elementos geológicos particulares, en la muestra de la Cogollina (feldespato y mica), que no aparecen en el de la Garba (anorthita-plagioclasa), y que parecen estar en relación con la base geológica de cada sector del valle. Por otro lado, la presencia de sílice en las dos producciones parece indicar cierta tradición tecnológica en la elección de desgrasantes, a los que se añadirían otros materiales de las arenas locales, según el sector del valle en el que se encuentra el poblado.

COGOLLINA Muestra CO-04 – SONDEO 3-UE 5- 18.

Código de referencia.	Componente.
00-033-1161	<i>Sílice</i>
00-007-0032	<i>Muscovite</i> (Mica)
00-008-0048	<i>Orthoclase</i> (Feldespato)

GARBA Muestra GA-04- SONDEO UE 1- 13.

Código de referencia.	Componente.
00-033-1161	<i>Sílice</i>
00-007-1486	<i>Anorthite</i> (Plagioclasa-Cavortita)

#### 13.4.5 La cerámica romana.

Terra Sigillata Hispánica. Las producciones altoimperiales de Sigillata hispánica constituyen el grupo mayoritario dentro del conjunto. Pese a su reducido tamaño, por las características de engobes y pastas, parece que nos encontramos ante ejemplares de los últimos momentos de las producciones hispánicas, en torno a la segunda mitad del siglo II d.C.

Terra Sigillata Hispánica Tardía. Los ejemplares identificados, que coinciden con los procedentes de la cabaña circular de la “acrópolis” de la Garba, parecen formar parte de un ejemplar de forma 37 a tardía, decorado mediante el primer estilo decorativo. La cronología aceptada tanto para la forma, como para la decoración, nos sitúa en una producción fechada entre los siglos III y los comienzos del siglo IV d. C.

#### 13.4.6 Estudio de las fuentes de abastecimiento mineral.

Otra de las actividades constatadas a partir de la segunda Edad del Hierro, es la producción metalúrgica (Fanjul y Marín 2006), con el hallazgo, adosado a la base exterior de la muralla, de un horno en cubeta, donde se han hallado abundantes restos de escorias, todos ellos de hierro, y algunos restos de la limpieza del mineral, previo tratamiento en el horno, destacando el resultado de su análisis a la hora de marcar las fuentes de abastecimiento de mineral, las cuales proceden no sólo del entorno inmediato de la sierra de la Sobia, sino también de las arenisca ferruginosas de Quirós y el puerto de Ventana.

#### 13.4.7 Análisis de c14.

Castro de la Cogollina: (sector 3, UE 5: BETA: -2160 +/- 40 BP) Hueco entre los módulos de la muralla, colmatada con derrumbes de ésta. Castro de la Garba: (Sector 1, UE 3: BETA -2190+/-60 BP) Interior de la cubeta metalúrgica rellena de basura adosada a la muralla.

### 13.5 EVOLUCIÓN DEL POBLAMIENTO CASTREÑO EN EL VALLE DE TEVERGA.

Con los actuales datos cronológicos obtenidos a partir de los análisis de carbono 14 en ambos castros, así como teniendo en cuenta las cronologías de las cerámicas romanas descubiertas en la cabaña de la acrópolis de la Garba, podemos establecer un primer ensayo sobre la evolución del poblamiento en el valle del Teverga desde la Edad del Hierro hasta el final de la romanización. Si bien planteamos un marco antiguo en consonancia con algunas de las calibraciones, existe la posibilidad de que la cronología de ambos castros corresponda a finales de la Segunda Edad del Hierro.

A falta de nuevas excavaciones y de nuevas dataciones trabajamos con la hipótesis de un poblamiento del siglo IV a.C., a sabiendas de que puede existir una variación de dos siglos. Es a comienzos de la Edad del Hierro, y sin desechar la idea de una fundación en momentos del Bronce Final, cuando en el valle tan solo se está habitando uno de los dos poblados, el de la Cogollina, lo que podría explicarse debido a su cercanía a las sierras de la Mesa y Santa Ana, entorno mayoritario de usos ganaderos, así como zona de amplia tradición habitacional durante la Edad del Bronce, como atestiguan los numerosos restos megalíticos allí localizados. Hasta hace poco, trabajábamos

### 13. Las evidencias arqueológicas. Excavaciones en los castros del valle del Trubia.

---

con unas premisas más deductivas que reales, por las que la potencia monumental de algunas defensas artificiales de nuestros castros debían ser indudablemente tardías, relacionadas con su importancia en época romana o con amplias labores de reconstrucción militar durante determinados

momentos de uso en época medieval. Las excavaciones de la Cogollina, quizás el castro con las defensas artificiales de mayor monumentalidad de Asturias, prueban que el concepto de monumentalidad defensiva debe aplicarse en la región como un claro elemento más de prerromanidad.



Figura 13.10: Fosos monumentales del castro de la Cogollina.

En cuanto a la muralla de módulos descubierta en la Cogollina, es indudable que las murallas de módulos surgen en el sector central y centro-occidental de la región (Campa Torres, Llagú, Cogollina y San Chuis) en unos momentos entre el siglo VI y V a.C., distribuyéndose durante los siglos IV y III a.C. hacia sectores meridionales de la región. Sin existir elementos análogos en el arco atlántico europeo, pese a la similitud constructiva de algunas fortificaciones en madera (Fichtl 2000), así como de conexión con el mundo mediterráneo (Camino 2000a, 8 y 2000b, 29), consideramos que las murallas de módulos son unas estructuras de claro origen autóctono dentro de la Asturias transmontana central, y que muestran claramente la fuerte organización social que requiere su cons-

trucción para resolver problemas de tipo urbano, la existencia de amplios contactos intercomarcas, generalizados ya en el contexto de la montaña Europea (Brun 1995) y, en definitiva, la complejidad cultural de las poblaciones que habitaban Asturias a comienzos de la Edad del Hierro en el que surgen este tipo de defensas.

Con dicha muralla de módulos, enormes defensas complejas en forma de fosos y contrafoso, así como una trama urbana de viviendas que corría alineada en paralelo a la muralla, con un esquema de vivienda que parece estar más emparentado con las arquitecturas prerromanas del cantábrico centro-oriental (Olaetxea 1997, 111), el poblado se abandona en los primeros años del siglo IV a.C. coincidiendo con la fundación del ve-



cino castro de la Garba.

Las características de ubicación del segundo poblado nos lleva a plantearnos que lo que se produce en realidad es una necesidad de ubicarse cerca de las mejores tierras agrícolas del valle, abandonando las pautas de poblamiento de corte ganadero de tradición anterior, con el fin de intensificar la producción y calidad de la economía agrícola, ¿debido quizás a un aumento demográfico?, en paralelo a un proceso similar en otros contextos arqueológicos del Noroeste Peninsular en la misma época (Parcero *et alii* 2007, 131; González Ruibal 2006-07, 277) que además coinciden dentro del mismo siglo con la generalización del molino circular (Carballo *et alii* 2003, 103) en este mismo contexto geográfico.



Figura 13.11: Vista del castro de la Garba desde el interior del castro de la Cogollina. El abandono de éste, parece coincidir con el inicio del hábitat en la Garba. Un cambio de ubicación caracterizado por la cercanía a tierras de mayor calidad agrícola.

Por otro lado, el poblado de la Garba cumple además con una ubicación de amplísimo control visual del valle, así como de ubicación en corona, lo que nos podría estar indicando una reorganización del territorio donde, aparte de intensificar los cultivos, los grupos castreños intentan afianzar sus posiciones de control territorial. De momento, no tenemos los suficientes datos como para conocer si la llegada de la cultura romana implica una ocupación pacífica o violenta del territorio, pese a cada vez mayor número de estructuras de alta montaña que apuntan a posibles recintos militares campamentales (Fanjul 2008, 135), pero lo cierto es que en los dos primeros siglos de nuestra era comienzan a aparecer elementos cerámicos importados del alto Ebro, cuya presencia se acrecienta

en los últimos siglos de la ocupación romana, entre finales del siglo IV y durante el V d.C. El comienzo de la ocupación de la Garba coincide con una fuerte producción metalúrgica en el poblado (Fanjul y Marín 2006, 117), lo que atestiguamos a través de un potente horno en cubeta adosado a la pared exterior de la muralla. Entre la basura con la que se rellenó su interior hemos localizado restos del despiece de bloques de arenisca que contenían el mineral, ayudándonos a identificar la zona de explotación en el vecino frente rocoso de las Fuercigas, única zona en una amplísima distancia que dispone de ese tipo de areniscas ferruginosas, y donde se observan numerosas oquedades parcialmente excavadas en la roca que pudieron constituir las antiguas galerías de la explotación, actualmente en estudio y exploración. Estos tipos de mina en galería, de implantación prehistórica en nuestra región, se contraponen a los trabajos de ingeniería a cielo abierto romanos tan comunes en nuestra región (Fanjul y Menéndez 2008, 83).

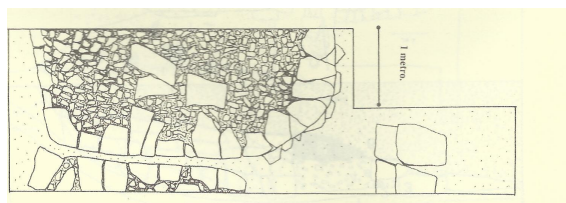


Figura 13.12: Planta de la muralla de módulos de la Cogollina.

El final de la vida en el castro nos deja otro interesante dato, como la presencia de las viviendas circulares compuestas de entramado vegetal y arcilla en el final mismo de la época romana. ¿Tiene que ver esa pervivencia cultural con la peculiar ubicación de la zona que estudiamos, en la parte alta de un valle de montaña de difíciles comunicaciones? De momento, sólo podemos asegurar una convivencia entre modelos rectangulares y circulares de vivienda en época romana, junto a una extensa ocupación urbana del perímetro intramuros, lo que atestiguamos mediante la localización de sendas viviendas en cada uno de los sondeos, ubicados ambos en los dos extremos del yacimiento. Los análisis de fauna nos muestran una economía ganadera en el primer castro, con existencia de estructuras ganaderas ajenas al recinto fortificado, algo debatido en los últimos décadas siempre bajo la carencia de restos arqueológicos que identifiquen este tipo de estructuras. El segundo poblado, dispone de una mayor diversificación de especies, donde el vacuno pierde fuerza en favor de una cabaña ganadera con más ovicáprido y cer-

### 13. Las evidencias arqueológicas. Excavaciones en los castros del valle del Trubia.

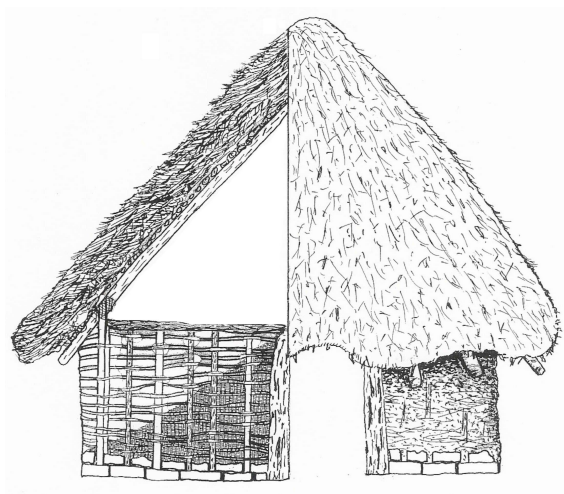


Figura 13.13: Reconstrucción del esquema de vivienda castreña del siglo IV d.C. hallada en la Garba.

do, animales cuya importancia estadística apenas cambia durante la época romano dentro del poblado y que parece reforzar la importancia de ese primer proceso de cambios ocurrido a comienzos del siglo IV a.C. como elemento transformador del poblamiento (Fanjul y Menéndez 2001). Para los



Figura 13.14: Estructura ganadera temporal en las estribaciones de la sierra de la Mesa (Teverga) (Fanjul y Fernández Riestra 2008). Los datos faunísticos de la Cogollina nos llevan a afirmar que existen estructuras ganaderas de la Edad del Hierro ajenas a los castros, cuya estructura, como demuestran algunos ejemplos etnográficos como el de la imagen, pueden ser de difícil localización por ser en su totalidad de elementos orgánicos.

momentos posteriores a la ocupación de la Gar-

ba, disponemos de numerosas referencias de despoblados altomedievales ubicados a media ladera y zonas bajas de las vertientes del valle, lo que nos lleva a pensar en un proceso de “colonización” y expansión poblacional del grupo en los momentos finales del periodo romano, pero dentro todavía de éste. La aparición de dos monedas muy desgastadas, de muy posible filiación bajomedieval y aparecidas junto al bastión defensivo de la Garba, confirma lo que habíamos observado en otros castros, sobre todo en el vecino valle de Quirós (Fanjul 2007, 13), donde las defensas castreñas sufren una reutilización masiva durante la Edad Media.

En nuestro caso, las abundantes leyendas que hacen referencia a la destrucción de un despoblado junto al actual Berrueño (el Campu la Plata), durante “guerras entre los tres condes del valle”, podría ayudarnos a encuadrar esa reocupación con motivo de las guerras civiles castellanas, o simplemente dentro de la dinámica bélica de conflictos señoriales de corte local durante esta época. Estas primeras pautas de poblamiento, demuestran el dinamismo de las comunidades prerromanas locales, capaces por un lado, de disponer de sistemas defensivos de una monumentalidad que hasta hace poco sólo se planteaba para la época romana, y por otro lado de formar parte de unas redes de intercambio interregionales que perdurarán asta el final de la romanización, rompiendo el papel de comunidades marginales que tradicionalmente les había asignado.



## Capítulo 14

### Los paisajes secundarios. Las cuevas astures.



Figura 14.1: Entrada de la cueva de la Chinariega A.



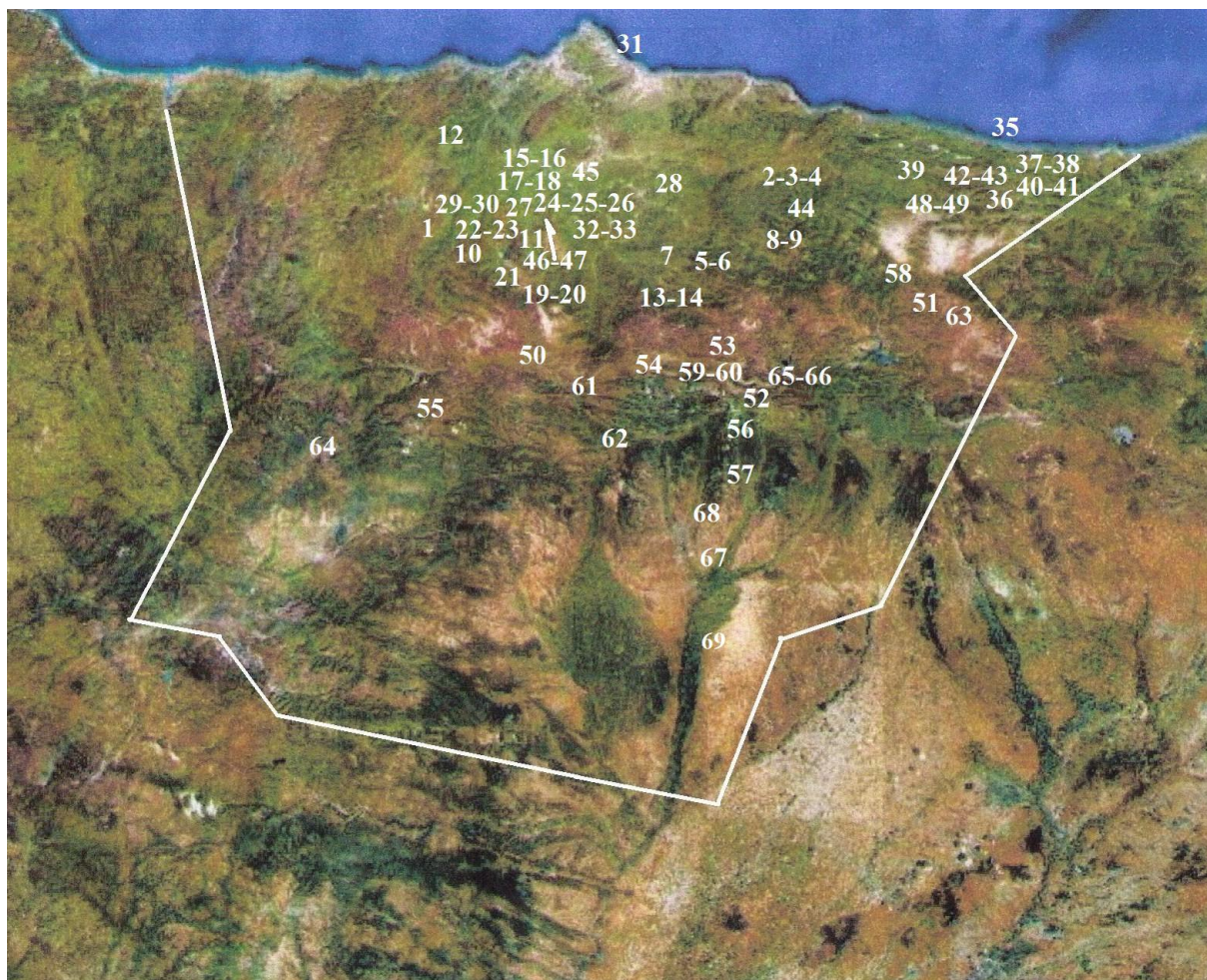


Figura 14.2: Cuevas con ocupación histórica estudiadas.

**ASTURIAS:** 1-El Collau, Dolia. 2-El Greyu, Sinariega. 3-Copilae, Las Coronas. 4-Laspru, Aballe. 5-La Foz, Venero. 6-Cueva del río, Venero. 7-Les Xanes, Tornos. 8-Barbaroña, Priesca. 9-Les Beleñes, Priesca. 10-Chapipi, La Asniella. 11-Castro Blanco, Santo Adriano del Monte. 12-Cueva Grande, Zorrina. 13-Rondero, Cuevas. 14-La Salona, Conforcos. 15-La Andina, Taoces. 16-La Paloma, Soto. 17-Cueva Oscura, Ania. 18-Sofoxó, Nora. 19-La Chinariiega A, Páramo. 20-La Chinariiega B, Páramo. 21-Cueva Huerta, Fresnedo. 22-Cueva Cuartel, Hedrada. 23-Trichacueva, Campiello. 24-El Fistru, Palomar. 25-Cova Losa, Priorio. 26-Las Caldas, Priorio. 27-Buanga, San Andrés. 28-Cueva del Castro, Fozana. 29-Cadén, Vendillés. 30-Prendada, Foxó. 31-Entrellusa, Per-

lora. 32-Cuave Cabrera, Figares. 33-Pico Castiello, Parteayer. 34-Xinxanganas, Sucueva. 35-Cueva de Pueblo Bajo de Lledías. 36-El Palacio, Mere. 37-El Covarón, La Pareda. 38-Ordaliega, Vidiago. 39-Tinganón, Llovio. 40-Las Brujas, Alles. 41-Cueva Negra, Llonín. 42- Poo. 43-Calluanga, Arenas. 44-Peña Ferrán, Ferrán. 45-Eremitán, Llagú. 46-Rebollal, Santo Adriano. 47-La Covona, Santo Adriano. 48-El Milagro, Santa María. 49, Cueva Pequeña, Carreña.

**LEÓN:** 50-El Arroyo, Barrios de Luna. 51-Orpiñas, Llanaves. 52-La Cudrera, Collé. 53-Covachos, Canseco. 54-Las Cuevas, Cuevas de Viñayo. 55-Peñalacasa, Morla. 56-La Pri-da, La Velilla. 57-El Cubo, Rueda. 58-Buseco, Oseja de Sajambre. 59-Sanchuzano de Gerás.



60-La Feliciano, Gerás. 61-Los Ladrones, Paradilla. 62-San Mateo, Pola de Gordon. 63-Abrigos de Corona, Cordiñames de Valdeón. 64-Las Cuevas, Corporales. 65-El Fontanón II, Nocedo de Curueño. 66-El Fontanón III, Nocedo de Curueño. 67-Cuevas Menudas, Villabariego. 68-San Martín, Villamoros. 69-Cueva de los Moros, Valle de Mansilla.

#### 14.1 HISTORIA DE UN DEBATE.

La arqueología de las cuevas, no ha permanecido al margen de los problemas, que en general, ha sufrido la arqueología romana y medieval en España en los dos últimos siglos. Esta situación se debe a que en nuestro contexto de estudio son muy numerosos los temas a tratar, bien en el contexto de la cultura material, el poblamiento, o en el ámbito de las ideas y la religiosidad. Con respecto a la antigüedad, la falta de excavaciones, el gran apoyo en las debatidas fuentes clásicas, y las siempre referencias comparativas con el sur romanizado, han propiciado la necesidad de una revisión en los últimos años de abundantes aspectos del mundo romano en el cantábrico, desde la cultura material hasta la propia revisión de los procesos de romanización. En cuanto al periodo medieval, independientemente de diversos estudios en la arqueología nacional previos a los años ochenta, lo cierto es que hasta finales de los 80 no parece iniciarse una auténtica práctica de la arqueología medieval española, lo que ya de por sí muestra un fenómeno muy tardío respecto a nuestros países vecinos. En cuanto a la línea historiográfica, podemos hablar de una larga etapa donde el foco de atención lo han tenido las fortificaciones y los castillos, con un primer ámbito de gran interés por la etapa visigoda y su cultura material (Izquierdo Benito 1993, 119), pasando posteriormente a una etapa intermedia, esta vez ya en los años ochenta, donde el poblamiento y sus problemas se constituye como uno de los temas más tratados, para finalmente encontrarnos con una multitud de enfoques en la actualidad, como demostración de la existencia ya de diversas escuelas de arqueología medieval en

pleno desarrollo. La ocupación de las cuevas en época histórica ha sido interpretada desde diferentes enfoques, en lo que al Norte de España se refiere.

Desde comienzos del siglo XX, y en plena edad del oro de la arqueología paleolítica en cuevas cantábrica, los primeros trabajos apuestan por tres hipótesis que de forma repetitiva, y con escasas variantes, se presentarán a lo largo de la investigación arqueológica hasta nuestros días. Por un lado encontramos la hipótesis del “éxodo visigodo”, ya presente en los trabajos de L. Barrau-Dihigo (1919 y 1921), que defiende un origen visigodo de las ocupaciones medievales de las cuevas, en base a la emigración de las élites políticas y religiosas de la corte de Toledo debido a la invasión musulmana. Por otro lado, podemos definir otra hipótesis que denominaremos “de refugio”, como explicación a todos los restos tardoantiguos en cuevas provenientes, según esta hipótesis, de unas ocupaciones puntuales debido a la inestabilidad social de los últimos siglos del periodo romano. Finalmente, hay una perspectiva “cultural”, que no sólo ha tratado de definir los hábitats rupes- tres como eremitorios, sino que se extiende a los lugares con enterramientos romanos, bajo la perspectiva de una supuesta tradición prerromana de enterramientos en cuevas. Estas tres líneas de trabajo han sido hasta nuestros días, alternándose o combinándose según el yacimiento que se tratase, las que nuestra historiografía ha empleado como vías de interpretación.

La tradición, como hipótesis de interpretación de muchos yacimientos donde el registro cerámico de varias épocas es poco significativo, ha sido una de las principales líneas de estudio, que inicialmente ha intentado explicar el fenómeno de las reocupaciones tardías de cuevas uniéndolas al concepto de “continuidad” cultural. En el caso asturleonés disponemos de varios ejemplos claros, caso de la cueva de Collé (León), donde se clasifica como material de la Edad del Hierro parte de sus restos cerámicos a mano, proponiéndose una continuidad del uso de la cueva hasta la Edad Media desde esa etapa de la proto-

## 14. Los paisajes secundarios. Las cuevas astures.

historia: “demostrando que la elección del lugar coincide también en momentos anteriores: Primera Edad del Hierro y posteriores, Edad Media”(Gutiérrez González 1985, 245). Esta vinculación arqueo-cultural, también la tenemos en la vecina Cantabria, donde el posible aumento de ocupaciones tardoantiguas en cuevas se interpreta como una regresión a antiguos espacios de hábitat altoimperiales, dando pie a la hipótesis indigenista en lo que respecta a la “tradición cultural”, como base de los usos históricos de espacios subterráneos (Hierro Garate 2002, 114).

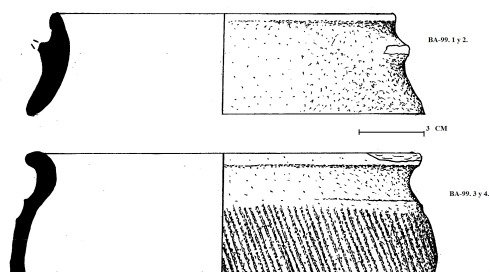


Figura 14.3: Materiales medievales de la cueva de Barbaroña. Ponga (Menéndez y Sánchez 2000).

Esta hipótesis de trabajo se manifiesta siguiendo dos líneas principalmente, una en lo que corresponde al contexto histórico, y otra más específica de lo que concierne a los espacios periféricos, sobre todo a través de su poblamiento o de la cultura material en debate. En cuanto a la primera línea de interpretación, hoy en día se mantienen en el Norte peninsular algunas propuestas de marcado carácter indigenista, para explicar posibles pervivencias de lugares periféricos como espacios de poblamiento. En este sentido, se defiende una supuesta marginalidad territorial del área cántabrica, lo que explicaría la pervivencia del paganismo, así como la tardía implantación del cristianismo respecto a otros lugares mejor comunicados: “La decadencia del imperio romano, un proceso que comienza en el siglo III y que ya no cesa hasta pasado el

V, propiciará la emergencia de las primitivas estructuras gentilicias y sus formas culturales específicas, en las que no faltan también las religiosas. La influencia de los visigodos, mucho menor y prácticamente nula en muchas latitudes norteñas, no cohibió esa reviviscencia indígena, sobre todo en regiones como Asturias, Cantabria, Navarra y alto Aragón, en las que se organizan, después de la invasión islámica, los primeros núcleos de resistencia” (Fernández Conde 2008, 484). En este contexto, se ha dibujado una situación cultural, ya no sólo de convivencia religiosa de diferentes opciones, sino de prevalencia del paganismo, sobre la opción cristiana. La contradicción es evidente en cuanto tenemos en cuenta que estas zonas supuestamente “paganas”, y ajenas al poder visigodo, son las que impulsan la reconquista, utilizando una simbología cristiana, dentro de un esquema de organización real, donde son abundantes las comparaciones con el esquema hispano-visigodo.

La otra gran línea de debate, emparentada de forma directa con los grandes debates historiográficos a propósito de la transición del mundo antiguo al mundo medieval, la forma aquella relativa a la cultura material. El empobrecimiento de la cultura material, con el auge de las producciones locales en paralelo al final de las producciones comerciales romanas, así como la colonización productiva de espacios periféricos como las zonas marginales de montaña donde las cuevas jugarían un papel destacado en su análisis, ha llevado a algunos autores a sumarse a las posturas indigenistas defendidas por Apellániz (1972, 310) o González Echegaray (1969), debatidas desde el comienzo por Fernández Pose (1981), y que observaban en esos cambios una vuelta a pautas materiales, económicas y de poblamiento periférico propias de modelos de tradición prerromana. En este sentido, la base poblacional sobre la que se basan dichas teorías sería una población castreña, que vuelve a reocupar los antiguos castros, de los que parte una organización del territorio en aldeas, controlada por unas élites locales de tradición castreña gentilicia. En nuestra opinión, ni reconocemos los castros como sim-

ples poblados, por lo que no se pueden tener en cuenta para establecer líneas de relación entre poblamiento romano y medieval, ni se puede demostrar su uso en el cantábrico más allá de algún caso puntual en el siglo V d.C., ni pensamos que se puede sostener la vinculación entre espacios periféricos y especialidad económica ganadera, tal como hemos demostrado para los castros de alta montaña de Teverga (Fanjul *et alii* 2007), donde siguiendo claros indicios en el paisaje, nuestras excavaciones terminaban confirmando la existencia de una agricultura compleja de montaña, sobre todo a partir de la segunda Edad del Hierro. Está por demostrarse que tipo de castros son los que permanecen ocupados en el siglo V d.C., alejados por supuesto de una base comparativa entre castros tardoantiguos y población medieval, que si lo tomásemos en cuenta de forma directa nos daría una estadística demográfica disparatada, con una población en castros en época tardoantigua casi extinta, con un hiato de población invisible, casi sin estudiar arqueológicamente hasta el siglo IX o X d.C., y un aumento brutal de aldeas y centros de poblamiento documentados a partir de esta época. Estas hipótesis indigenistas se han trasladado de lleno a la ocupación en cuevas, tanto en sus usos tardoantiguos, como una vuelta a los orígenes habitacionales y culturales de la población local, una vez eliminada la red de control político de Roma, sino que, además, han servido para reforzar la idea de unos grupos astures y cántabros ajenos también al poder hispanovisigodo.

Pese a esta situación, se mantenía en paralelo la hipótesis “invasionista” como principal vía interpretativa para explicar la presencia de materiales de los siglos VII y VIII d.C. en cuevas, resultando una paradoja historiográfica insostenible, descrita de forma genial en su crítica de conjunto por Hierro Garate (2002, 123): *“Se nos ofrece pues, para las décadas siguientes a la invasión, una estampa cuando menos llamativa: nobles y eclesiásticos hispanovisigodos habitando las cavernas de un país hostil y desconocido para ellos, plagado, por supuesto, de enemigos seculares y acérrimos. Enemigos que al poco tiempo y sin que se ex-*

*pliquen de manera convincente las causas de tan extraño y repentino cambio, se convierten en amigos y aliados frente a una supuesta amenaza común”*.

A mediados de los años sesenta, la identificación entre cuevas artificiales y eremitorios es la corriente dominante en la historiografía española (Puertas Tricas 1965, 419), si bien, una década más tarde, asistimos a un análisis más complejo del fenómeno y se comienza a sustentar la idea de un fenómeno de cuevas excavadas en la roca, procedentes de un contexto puramente doméstico, anterior a lo que serán los eremitorios “de repoblación” medievales. Se mantiene, sin embargo, en estas hipótesis, la funcionalidad defensiva o de seguridad de estas cuevas, frente a las turbulentas situaciones sociales que pudo vivir el Norte peninsular durante el período tardoantiguo: *“a partir de las invasiones de finales del siglo III la vida en el valle se hace terriblemente insegura. Tal dispersión de poblamiento, alcanzará su mayor auge en el siglo V, reduciéndose más tarde a las agrupaciones rupestres monacales”* (González, Espinosa y Saenz 1979, 86). Curiosamente, esta postura se mantiene de forma generalizada hasta finales del siglo XX en casi la totalidad de la historiografía, sin plantearse tanto la escasa capacidad defensiva de muchas de las cuevas, visibles a kilómetros en algunos casos, su extraña ubicación junto a vías naturales de comunicación, así como su coetaneidad con hábitats inmediatos al aire libre. En esta misma década de los sesenta se retoman las excavaciones en cuevas alavesas por el padre Barandiarán que, sin embargo, no llega a una conclusión determinante sobre el origen y uso de las grutas artificiales, afirmando simplemente, su contexto visigodo o medieval (Barandiarán 1968, 114).

A finales de la década siguiente existió un cierto repunte de las posturas “indigenistas” a través de las obras de Barbero y Vigil (1978), donde se defiende el papel de los grupos locales, de raíz prerromana, en los cambios sociales entre la tardoantigüedad y la Alta Edad Media. Esta postura tendrá, por supuesto, su repercusión, en lo referente a la ocupación de

#### 14. Los paisajes secundarios. Las cuevas astures.

hábitats rupestres.

Los años ochenta constituyen, dentro de un auge en cantidad y calidad de los estudios de arqueología en España, una época en la que se aplican las viejas hipótesis tradicionales a los nuevos datos extraídos de las recientes investigaciones. Nos encontramos, por lo tanto, ante una combinación de postulados históricos que se defienden, y en menor medida se empiezan a contradecir a partir de la investigación arqueológica. Siguiendo esta línea, en algunos casos, se interpreta el material visigodo y los yacimientos localizados como producto de una minoría social de origen exterior, donde las tesorizaciones en cuevas, como la Hermida (Cantabria), estarían más en relación con la propia invasión visigoda o grupos eremíticos (Alonso Ávila 1985, 72), que como muestra del poder económico local. En uno de los escasos estudios monográficos que se publican sobre material histórico procedente de cuevas en esta década, nos encontramos con una hipótesis bien planteada para la cueva de Abauntz, que consiste en presentar los restos romanos hallados en la cavidad, todos ellos en el interior de hoyos-escondite, como producto de las actividades de bandolerismo por parte de un grupo local (Utrilla 1982, 219). Si bien la presencia de los hoyos advierte la intencionalidad del escondite, tanto en éste como en otros casos parece desdeñarse la funcionalidad votiva, o cultural, aunque hemos de reconocer que los diversos elementos cotidianos descubiertos, junto a la ocultación de monedas, hacen suponer la existencia de ciertas actividades habitacionales en el interior de la cavidad, que curiosamente, no se dan en el exterior, al contrario que en tantas cuevas, reforzando la imagen de una ocultación intencionada, tanto del tesoro, como del propio grupo humano que esta haciendo uso de la cavidad y que reforzaría, a su vez, esa hipótesis del bandaje. En León, los materiales de la cueva de Collé, son interpretados como parte de un poblamiento menor, y en algunos casos de contexto funerario (Gutiérrez 1985, 245). En lo que a este yacimiento se refiere, en nuestra opinión se confunde la coexistencia de materiales prerromanos y romanos, que en nuestra

opinión deben ser redefinidos y que posiblemente coincidan, en base a los datos que de ellos conocemos, con cerámicas a mano hispanovisigodas. Respecto a los hallazgos his-

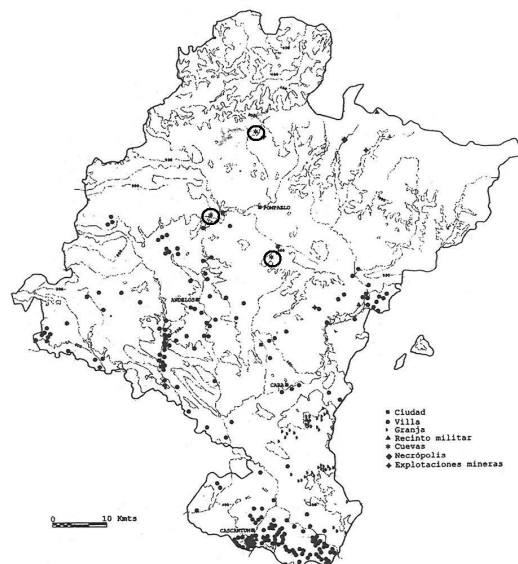


Figura 14.4: Mapa del poblamiento romano de Navarra (García García 1997), donde se observan las ubicaciones periféricas del poblamiento en cueva.

panovisigodos de otras zonas de la montaña, se les confiere también un contexto funerario, o bien se apoya la tesis “invasionista”, por la cual, serían escondites, *“debido al empuje musulmán del siglo VIII d.C., que arrinconó parte de la población hispanovisigoda hacia las montañas del norte”* (Gutiérrez 1985, 246). En cuanto a la interpretación realizada sobre los contextos medievales de las cuevas, observamos que también se repite un esquema de moda en esa década, como es el del peso de la “tradición”, o la vuelta a un estado social arcaico de corte prerromano y local. En este sentido, Gutiérrez apuesta por la existencia: *“de una población marginal, en pequeños poblados e incluso en cuevas, (...) hace pensar en la perduración de un hábitat tradicional que se mantiene siempre en la montaña, debido al fuerte arraigo de las estructuras sociales*



*autóctonas, contra las que chocaron siempre las invasiones romanas, visigodas y musulmanas*” (Gutiérrez 1985, 247).

A partir de los años noventa, el debate incorpora cada vez más elementos económicos y geográficos, en el contexto del análisis de los pueblos altomedievales y su formación, dejando de lado viejas líneas de discusión, caso del feudalismo. Algunos autores en esta década se niegan todavía a incorporar la nueva metodología, no aceptando, en consonancia con los postulados de la “repoblación”, la existencia de hábitats en aldea en la Meseta Norte hasta bien entrada la Alta Edad Media (Estepa 1998, 278), o bien defienden la existencia de unos modelos sociales del poblamiento donde el viejo sistema de castros se habría revitalizado en esta época. En esta línea, se toma como segura la existencia de sistemas sociales comunales de origen castreño, más vinculados a la ganadería, y cuya evolución social lo constituye una aristocracia que sustituye al estado (Martín Viso 2000, 361). Igualmente, en esta línea de análisis histórico, con un mayor peso del análisis del poblamiento y del contexto económico, se desarrollan trabajos como el de Cepeda (1997, 259) sobre la circulación monetaria romana en esta región, que defiende una hipótesis que podemos denominar “rupturista”, en lo que se refiere a la ocupación de las cuevas en el período romano tardío. Siguiendo esta hipótesis: *“El fenómeno responde seguramente a la desorganización del hábitat que sigue a la pérdida de control romano sobre el territorio, que da origen entre otras situaciones, a la reocupación de castros – algunos sin duda no completamente deshabitados con anterioridad – y a la utilización de refugios en zonas de media montaña bien por inseguridad o por adaptación a las nuevas condiciones económicas que surgen a partir de esta época”* (Cepeda 1997, 278).

Para el caso de las cuevas romanas de Navarra, también nos encontramos con una interpretación similar. En esta región son dos los casos más conocidos, debido a su estudio arqueológico producto de excavaciones, como son Abauntz y Diabloluzo. En el primer yacimiento, se halló escasa cerámica, hoyos de

poste, producto de una auténtica actividad de habitación, y de un tesorillo tardío, con un posible uso entre los siglos V y VI d.C., mientras que en Diabloluzo, sin restos estructurales asociados, las fechas coinciden con los de la cueva anterior. Desde el punto de vista historiográfico, se ha enmarcado estas ocupaciones hasta la actualidad como un fenómeno producto de *“Una habitación temporal ocasionada por la inestabilidad social”* (García García 1997, 88). Si atendemos al mapa proporcionado por la misma autora, nos damos cuenta de la existencia de una auténtica dispersión del poblamiento en cueva, lejos de las principales zonas de hábitat, lo que por un lado podría haber dado pie a las hipótesis del uso de cavidades como refugios en tiempos de crisis, o por otro interpretarse como un nuevo modelo de poblamiento, una línea más defendida por nosotros para el Cantábrico central, y que quedaría demostrada en Navarra por las grandes distancias existentes entre esas cuevas y los principales núcleos o valles de hábitat romano. Entendemos que, en caso de usos a modo de refugio, no es necesaria una huida a lugares de montaña, a más de veinte kilómetros de los principales núcleos habitacionales, en cuyas cercanías también se hallan zonas propicias para el refugio. Esta situación es la que nos da pie a defender la existencia de esa nueva dinámica de colonización de zonas periféricas a partir de la antigüedad tardía en el Norte peninsular.

Para otro de los sectores del Cantábrico oriental, como es la provincia de Alava, se vuelve a repetir la misma interpretación, y así, de las siete cuevas con restos romanos documentados a través de excavaciones arqueológicas, se desprende tanto la presencia de estructuras permanentes de habitación en su entorno inmediato, como la existencia de emplazamientos que parecen responder a un fenómeno votivo, documentado a través de tesorizaciones monetarias, en contextos claramente no habitacionales. Esta situación se ha llegado a interpretar como un antecedente del fenómeno cultural cristiano en cuevas (Fillooy 1997, 787). A pesar de que hace muy pocos años el fenómeno de las cuevas romanas ala-

## 14. Los paisajes secundarios. Las cuevas astures.

vesas se observaba desde la óptica del refugio en tiempos de crisis, ya se apuntaba, sin embargo, la existencia de abundantes cuevas y abrigos en los que, pese a que el hallazgo de materiales cerámicos claramente romanos era puramente “testimonial” en número, lo cierto es que extendía el número de yacimientos también a nuevos abrigos naturales (Gil Zubillaga 1997, 23), lo que según nuestra opinión refuerza más la hipótesis agropecuaria, que la de simples refugios ocasionales. En este mismo sector de estudio, los últimos trabajos (Quirós y Alonso 2008; Quirós y Bengoetxea 2006) siguen una línea más vinculada a los procesos de ocupación rural, en consonancia con nuestras hipótesis para el Cantábrico central, que al hecho puntual de los refugios en tiempos de crisis que tanto se han defendido anteriormente.

Fuera ya del marco del “indigenismo” como base historiográfica, que ha tratado y debatido nuestro tema de estudio para el caso asturleonés, y en las últimas décadas tenemos tantas interpretaciones como investigadores han descrito o estudiado cuevas con usos en época romana y medieval. Para el caso de su uso en los momentos finales de la Prehistoria, se ha resaltado la falta de protagonismo de las cuevas frente a sociedades suprafamiliares como las castreñas, donde el uso de los espacios subterráneos sería puramente casual, y vinculado en algunos casos de cercanía con un uso periurbano. En este contexto se entiende como excepcional los hallazgos de Pueblo Bajo de Lledías (Llanes), los cuales son de un dudoso contexto funerario, nada común en las cavidades asturianas (Maya 1989, 83). Para el caso de las cuevas romanas, nos encontramos en Asturias siempre con el ejemplo de los hallazgos puntuales, cuya interpretación ha sido vaga y poco profunda, centrándose siempre en el contexto arqueológico de la cavidad y su hallazgo, sin llegar a una interpretación comparativa de los mismos con el contexto cantábrico. En este sentido, la vinculación entre hallazgos subterráneos y minería romana ha pesado tanto en la historiografía, que de forma continuada desde el siglo XIX se han adscrito muchos de los hallazgos aislados a posibles

explotaciones mineras, sin haberse planteado siquiera que estábamos ante simples cuevas de origen karstico, ajenas a obras de ingeniería romana. Otros hallazgos puntuales, como el de una moneda de Trajano en la cueva del Eremitán en Llagú (Oviedo) (Berrocal *et alii* 2002), han sido puestos en el contexto de lo que podríamos llamar la hipótesis “multifuncional”, defendida por J.L. Maya en el caso de las cuevas con restos de diversas épocas históricas cercanas a yacimientos castreños. Siguiendo esta hipótesis, el uso de estas cavidades habría servido como: *“lugar de refugio en tiempos inseguros como los bajoimperiales, asentamientos eremíticos durante los primeros tiempos cristianos y siempre cobijo de vagabundos y pequeños grupos familiares más o menos erráticos”* (Maya 1989, 84).

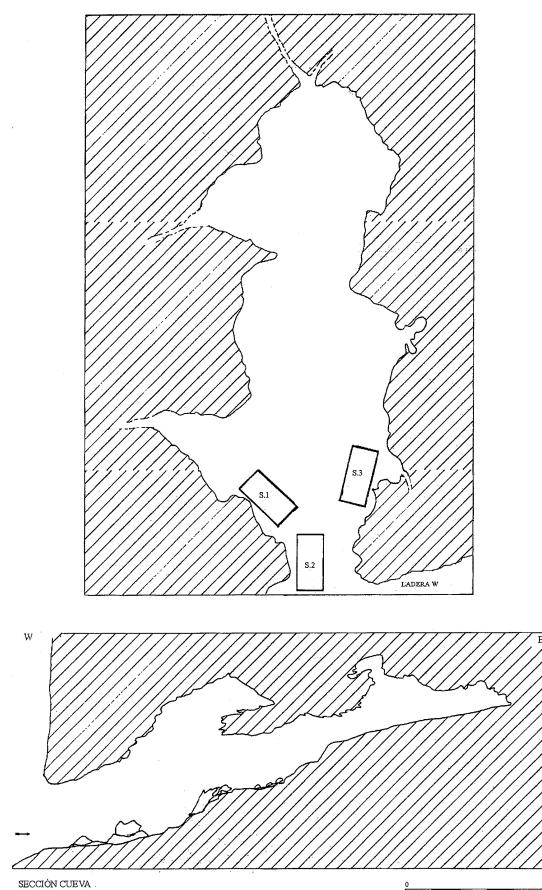


Figura 14.5: Planta y perfil de la cueva del Eremitán (Berrocal *et alii* 2002).

En esta línea entra ya una primera

interpretación “invasionista”, referida ésta a las invasiones germánicas, como explicación de los hallazgos monetarios tardoantiguos en cuevas, una línea de interpretación básica creada en torno al concepto de “inseguridad social”, que se ha seguido durante décadas en nuestra historiografía, y que se observa ya antes de las apreciaciones de Maya, con mayor claridad en la interpretación del contexto del tesoro de la cueva de Chapipi en Grado (Escortell 1975). Esta cita es cuando menos paradigmática, no sólo por la falta de correlación con otras ocultaciones en cuevas del cantábrico, sino por hacer una extensa relación de hechos históricos que, en su opinión, refuerzan la teoría invasionista como explicación de los hallazgos de Chapipi. La relación de hechos pasa desde unas hordas bárbaras que cruzan el Rin, hasta todo un elenco de noticias peninsulares sobre la presencia de Vándalos, Suevos y Alanos que, según la investigadora, habrían producido una inquietud, producto de *“una anormalidad política y militar, que pudo ser el motivo de la ocultación del tesorillo de Chapipi”* (Escortell 1975, 49). Sin duda, estamos ante una explicación, continuadora de otras que desde la arqueología del siglo XIX han interpretado estos hallazgos monetarios y que sería comprensible en un entorno urbano afectado de forma directa por tales sucesos, pero que resulta incomprensible en un entorno rural de montaña, donde además se han producido otras ocultaciones importantes en los alrededores, también en lugares de un cierto contenido simbólico, caso del tesorillo de Foxó en Yermes y Tameza (Estrada 1996), lo que demuestra la fuerza económica de las comunidades de montaña tardoantiguas en determinadas zonas de la montaña asturleonesa, cuando no, una posible tesaurización de carácter votivo.

En el caso de las cuevas medievales, las referencias de Fernández Mier (1999) a la cueva del Celón, en Belmonte de Miranda, se encajan en un uso casi periurbano de un espacio subterráneo, adscrito al igual que emplazamientos al aire libre a un proceso de poblamiento en las zonas altas de los

valles, documentado a partir de los siglos X-XI, y que si bien no se ha demostrado arqueológicamente, ofrece, al menos, una primera hipótesis de trabajo para un área escasamente investigada.

En definitiva, aparte de las últimas investigaciones en la cueva de Entrellusa (Adán *et alii* 2004), donde se refuerza la presencia de actividades rituales foráneas en nuestra región, observamos como las mismas hipótesis se repiten, siempre planteando actividades de refugio, o aspectos muy puntuales que definirían a una población marginal, mientras que en muy pocos casos se apuesta por la actividad agropecuaria. Esta última hipótesis, menos aceptada hasta el momento, es la que nosotros planteamos como interpretación mayoritaria para las ocupaciones históricas de nuestras cuevas.

### 14.2 LAS CUEVAS ASTUR-LEONESAS COMO CONTEXTO DEL ESTUDIO.

A simple vista, nuestra región nos permite diferenciar dos grandes áreas geológicas, de diferente composición, edad de formación y por lo tanto, dos tipos de paisajes, con un conjunto de sub-espacios geográficos particulares. En materia subterránea, la principal diferencia viene dada por la composición mayoritaria de los afloramientos rocosos en los que se encuadran las cavidades que pretendemos analizar. Por un lado, en todo el sector central y oriental, la abundancia de caliza multiplica el número de cavidades en el paisaje, respecto a un sector occidental y centro-occidental, donde el relieve en cuarcitas impide tal asiduidad, existiendo de forma general en la geografía asturiana las siguientes áreas geológicas diferenciadas (Farias y Marquínez 1995, 171):

1. Litoral y rasa costera.
2. Subregión central.
3. Cobertera Mesozoica terciaria.
4. Unidades glaciares como la alta montaña y el sector Llanes-Ribadesella.
5. Picos de Europa y sierras calcáreas orientales.



Figura 14.6: Materiales de la cueva de Chapi (Escortell 1973, 45). Durante décadas, los hallazgos de materiales descontextualizados de época astur-romana se han clasificado como restos de ocupaciones mineras o como escondites en tiempos de crisis, sin tener en cuenta el marco histórico de la ubicación de la cueva, ni otras posibles funciones de ese espacio en relación con un poblamiento al aire libre en las cercanías de carácter rural.

Observando un mapa geológico general del Norte de la Península Ibérica (Lotze 1945; Julivert *et alii* 1972; Martínez Catalán 1985), nos encontraremos con que respecto a la peculiar orientación de fallas y pliegues geológicos de todo el sector leonés y lusitano, en dirección Noroeste, la totalidad del sector central y oriental de la región sigue unas pautas diferentes, con una orientación oeste, que se inserta en las otras unidades geológicas. Esta diferencia en la base orográfica se repite igualmente en cuanto al origen de estas estructuras, con un conjunto que dispone de una amplia parte de épocas precámbrica y paleozoi-

ca, bien diferenciado del otro, constituido por elementos con un origen mesozoico-terciario (Bastida y Aller 1995, 27). Si bien existen amplias comarcas donde se pueden documentar otros tipos de base geológica, independientemente del sector, como fenómenos de aluvión o elementos glaciares, lo cierto es que esta división en dos grandes áreas caracteriza un paisaje kárstico con una innumerable cantidad de cavidades en la zona oriental, respecto al occidental de la región, con un número mucho menor. En este sentido, hemos de señalar que las grandes cadenas de alta montaña caliza se concentran en su totalidad en estas zonas oriental y central, como la sierra del Sueve, Cuera, Ubiñas, Aramo, etc. En lo que respecta a la formación de los espacios subterráneos, podemos diferenciar cinco causas principales:

1. **Origen kárstico.** La presencia de caliza, así como su fácil erosión por el agua y el hielo, permite la creación de paisajes repletos de cavidades y canales de agua que los han formado. La karstificación está causada por el contacto del agua con las rocas porosas y solubles. Dependiendo de la intensidad de los procesos tectónicos, nos podemos encontrar con diferentes grados de karstificación debido a una mayor disolución del agua. Los principales factores de este proceso son la temperatura y los factores climáticos. Un buen ejemplo en los diferentes tipos de erosión kárstica que se producen sobre estructuras geológicas anexas a actuales zonas glaciares, o en zonas tropicales (Corbel 1957, 19):

- Abundantes precipitaciones.
- Composición química del agua.
- Velocidad de la circulación del agua.
- Clima en general.
- Grosor de la capa de humus sobre la base rocosa, el cual afecta a la acumulación de  $\text{CO}_2$  que participa activamente en la disolución de las rocas carbonatadas.



## 14.2. Las cuevas astur-leonesas como contexto del estudio.

---

La velocidad e intensidad de la karstificación depende principalmente, de una relación entre porosidad-solubilidad de la roca base y de la fuerza-cantidad del agua.

Si bien esta porosidad aumenta con el tiempo, ampliando la intensidad de la karstificación, la presencia bastante común de acuíferos internos puede acelerar el proceso, ampliándose la erosión, según el grado de capacidad de estos depósitos.

La medición de las variaciones estacionales de cantidades de agua, al igual que su temperatura, nos permiten establecer unos principios de circulación del agua subterránea dentro del Karst, que a la vez son la base de posibles aprovechamientos humanos, buscando usos de consumo doméstico, de explotación económica, de almacenamiento o bien como motor de fuerza para trabajos hidrotécnicos de superficie (Bonacci 1987).



Figura 14.7: Entrada a Cueva Huerta en Teverga.

La velocidad e intensidad de la karstificación depende principalmente de una relación entre porosidad-solubilidad de la roca base y de la fuerza-cantidad del agua. Si bien esta porosidad aumenta con el tiempo, ampliando la intensidad de la karstificación, la presencia bastante común de acuíferos internos puede

acelerar el proceso, ampliándose la erosión, según el grado de capacidad de estos depósitos. La medición de las variaciones estacionales de cantidades de agua, al igual que su temperatura, nos permiten establecer unos principios de circulación del agua subterránea dentro del Karst, que a la vez son la base

de posibles aprovechamientos humanos, buscando usos de consumo doméstico, de explotación económica, de almacenamiento o bien como motor de fuerza para trabajos hidrotécnicos de superficie (Bonacci 1987).

2. **Dinámica fluvial.** Las cavidades se producen mediante el desgaste de los cursos fluviales, principalmente con mayor fuerza en las áreas karsticas, pero también en las cuarcíticas y pizarrosas del occidente de la región, donde su excavación en la roca es de menor intensidad por la dureza de la roca base.
3. **Erosión litoral.** Producida por el desgaste del agua y corrientes marinas.
4. **Erosión glaciar.** Cavidades y fisuras en las rocas de aquellos lugares que han soportado movimientos glaciares.
5. **Excavaciones artificiales.** Producidas por actividades humanas y que en nuestra región se trata principalmente de labores mineras, siendo casi inexistentes las cavidades artificiales, relacionadas con hábitat o eremitorios, a diferencia del Cantábrico oriental.

Asturias concentra 9 de las 70 cavidades mundiales con más de 1000 metros de profundidad, entre ellas la más profunda de España y cuarta del planeta, la Torca del Cerro, de 1589 m. profundidad. Todos estos lugares, sobresalientes en la espeleología regional, se concentran en el sector de los Picos de Europa, dentro del área más propicia como antes comentábamos para la presencia de complejos kársticos desarrollados. En la provincia de León existe una dualidad impuesta por las desiguales formas del paisaje, la zona sedimentaria plana y la periferia montañosa del Norte y del Oeste, que es donde se concentran la mayor parte de las cuevas (Unzue 2009). Respecto a la biología subterránea, estamos de forma generalizada ante una flora y fauna muy peculiar por el medio hostil a muchas otras especies en el que desarrollan sus ciclos vitales, ya sea de forma permanente como la mayor

parte de las microespecies, o bien de forma temporal como grandes mamíferos o aves que utilizan las entradas de las cuevas en cortos periodos de tiempo. El estudio y análisis de la biología subterránea es de especial dificultad, no sólo por el tipo de medio y esfuerzo que requiere para el investigador la toma de datos, sino por la fragilidad del mismo, debido a posibles alteraciones externas. La investigación microbiológica requiere de una prospección donde la toma de datos incluye también los relacionados con temperatura, fuentes de agua y topografía de la cavidad en estudio (Elliot 1998; Poulson 1996). La obtención de muestras biológicas suele realizarse bien mediante la toma directa con diversos utensilios especiales como brochas, pinzas blandas de relojero, tubo aspirador, etc., o bien mediante la colocación de “cebos” que suponen una atracción para la fauna subterránea, y que facilitan una mayor obtención de datos biológicos. Sucesivas recogidas de datos a través de muestreos permiten, no sólo establecer que tipo de especies habitan el lugar, sino también el poder observar los cambios y la variabilidad en la relación fauna-flora, con progresivos cambios en las cuevas en estudio (Galán 2002a y 2002b). La fauna de las cuevas cantábricas se caracteriza por su amplia diversidad, así como por la fragilidad de relación con el medio. Debido a que estamos ante especies que en la mayoría de los casos son incapaces de vivir sin oscuridad y dependen de unos determinados grados de humedad y temperatura, la realización de obras en una cavidad a través de la instalación de conductos para extraer el agua, iluminación artificial, o colocación de vallados y cierres en los accesos, supone en muchos casos amplias reducciones de la fauna y flora del lugar (Galán 2005). Sin duda, los murciélagos son la especie más representativa dentro de la concepción popular de fauna subterránea. Se trata de una especie que consigue habitar y moverse en la oscuridad gracias a la emisión de ultrasonidos, disponen de una alimentación basada en los insectos, y necesitan de un extenso reposo cuando éstos faltan en algunos periodos del invierno. El ahorro de energía que precisan

hacer para superar el invierno implica que si les obliga a cambiar de ubicación en esta época, posiblemente el esfuerzo pueda debilitarles hasta el extremo. Otros tipos de fauna también frecuentes en las cavidades está formada por insectos, pequeños mamíferos y especies acuáticas, que en su diversidad pueden dividirse en grupos dependiendo de las características del medio donde habitan, existiendo especies que sólo se localizan en las zonas más profundas de las cuevas, bajo temperaturas muy especiales, sin luz natural y con escasos recursos alimenticios, y aquellos que se documentan en zonas de las cuevas con un ambiente más intermedio en cuestiones de humedad, temperatura y luz. Por lo tanto, podríamos dividir en tres, los grupos de especies que habitan el interior de las cuevas:

1. **Trogloxenos:** Ocupan los espacios subterráneos de forma ocasional (osos, serpientes, determinados insectos).
2. **Troglófilos:** Viven en el interior, aunque podrían también existir en el exterior de la cueva (determinados moluscos).
3. **Troglobios:** Son aquellas especies que sólo pueden existir en el interior de la cavidad, como algunos crustáceos e insectos.

La adaptación biológica es, por lo tanto, fundamental para comprender la supervivencia y características de la fauna y flora subterránea, constatando una vida más pausada con periodos de letargo más amplios y una menor aceleración en el ritmo cardíaco (Castiella 2004). En cuanto a la flora, si en los barrancos y canales exteriores la presencia de humedad, luz y un poco de sedimento en el suelo, permiten la existencia de helechos y musgos a la entrada de las cuevas, existe todo un conjunto de bacterias en el interior, o junto a esas entradas, que se dedican a descomponer los restos orgánicos del exterior y a producir alimento para otros seres vivos del interior de la cavidad. De la misma forma, nos encontramos con hongos

que se desarrollan en condiciones especiales que les son favorables, dependiendo de la especie, así como de todo un conjunto de flora exterior, cuya presencia depende del área geográfica de la Península a la que nos refiramos. Resaltada esta fragilidad de los ecosistemas subterráneos, es de entender el peligro que suponen los cambios artificiales en las estructuras de las cavernas, o el peligro del deterioro que tantas veces hemos observado mediante la realización de pintadas, expolio de material geológico, o la acumulación de basuras en su interior, algunas de las cuales, provenientes de expediciones espeleológicas, como las “potas” de los carburos, contaminan con gran intensidad los arroyos subterráneos, afectando directamente a la microfauna de su interior.

### 14.3 LOS YACIMIENTOS CONOCIDOS Y SU PROBLEMÁTICA INTERPRETATIVA. LA CRONOLOGÍA DE LAS CERÁMICAS A MANO.

Son muchos los problemas metodológicos que hemos ido observando durante la realización de este estudio, y que podrían dividirse en dos grupos, uno relacionado con los propiamente vinculados a los yacimientos, y otro referente a los problemas de contexto, que normalmente parten de las confusiones con materiales.

1. *¿Donde están los yacimientos?* El primer gran problema, relacionado con ese primer grupo de dificultades metodológicas que antes apuntábamos, es la falta de un corpus de yacimientos suficientes para una interpretación global de los problemas que afectan a las ocupaciones históricas medievales del Cantábrico central. Este problema parte de una falta de prospecciones adecuadas, que si bien se han suplido en parte con la realización de las cartas arqueológicas de nuestros municipios desde los años ochenta, hemos de tener en cuenta que han tardado en completarse casi treinta años desde su comienzo hasta la actualidad, y que algunos de los inventarios disponen de graves de-



## 14. Los paisajes secundarios. Las cuevas astures.

ficiencias en el registro de yacimientos, los cuales nos han impedido su correcta localización, obligándonos en casos como el concejo de Ponga (Asturias) ha realizar varias visitas a una zona, hasta dar con el yacimiento por estar mal situado en el mapa, o desestimar la visita a otros yacimientos (Peñamellera Alta, Asturias), por los errores de los datos para su localización que se describían en el inventario arqueológico. La inconexión de datos de localización es mayor en lo referente a los hallazgos materiales, citándose la existencia de “cerámica”, sin concretar época o características técnicas, lo que nos obliga a un reconocimiento particular de los materiales de cada yacimiento arqueológico en los depósitos de los museos, cuando existen esos fondos, ya que en muchos de los casos, la prospección o excavación no fue seguida de la recogida de materiales. Otro problema vinculado también al registro de yacimientos es la falta de programas de prospecciones intensivas, existiendo tal diferencia de registro de cuevas con ocupaciones históricas entre Cantabria y el oriente de Asturias, que no se puede explicar dentro de posibles pautas culturales, sino dentro de un contexto de especialización de la arqueología cántabra en la prospección y reconocimiento de cavidades de todas las épocas, que no hallamos en la arqueología asturiana.

2. *Conservación.* Son varios los yacimientos que a día de hoy podemos dar por desaparecidos, caso del Ferrán, donde la inundación de sus galerías por la construcción de un molino cercano nos ha impedido reconocer su antigua superficie, aunque, en general, las destrucciones totales afectan a yacimientos de claro contexto protohistórico (la Ferrería en Las Regueras y Serrapio en Aller, en Asturias), siendo las afecciones más corrientes los pozos de saqueo, que de forma repetitiva se han cebado con los ya-

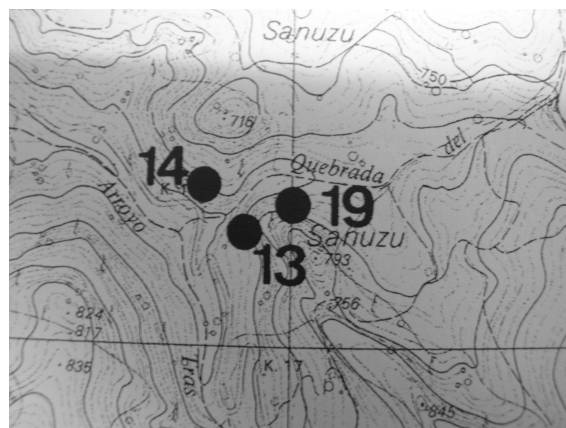


Figura 14.8: Localización de varias cuevas en el concejo de Ponga (Menéndez y Sánchez 2000). Una planimetría poco detallada implica errores de ubicación de más de cien metros.

cimientos en estudio, sobre todo en los sectores centrales de los mismos.



Figura 14.9: Vista general, del espacio que ocupaba buena parte de la cueva de Serrapio en Aller, hoy destruida por este camino y de la que apenas quedan varios metros tapados por vegetación y basura (entrada junto al jalón).

En el caso de los yacimientos de la costa oriental asturiana, es la deficiente documentación de los materiales históricos en los estudios arqueológicos que se llevan realizando en la comarca desde comienzos del siglo XX, lo que quizás podemos tener en cuenta como un factor más de destrucción, al convertir la excavación arqueológica en



una documentación imperfecta, que a la vez elimina parte de la estratigrafía a estudiar por generaciones futuras.

3. *El estigma paleolitista de la arqueología subterránea.* La historiografía arqueológica referente a nuestro tema de estudio deja bastante claro la casi absoluta focalización de las investigaciones en momentos de ocupación paleolítica, salvo en las tres últimas décadas, donde ese interés cronológico se ha extendido a la prehistoria reciente en el oriente de Asturias (Arias 1990). Esta situación ha provocado que muchas de las referencias bibliográficas a posibles ocupaciones históricas sean absolutamente indirectas, basadas en alguna observación o apunte en diarios de excavación o en memorias publicadas parcialmente, donde se cita la existencia de “cerámicas negras”, sin especificar ni cronologías, ni posibles hipótesis de contexto arqueológico.



Figura 14.10: Localización de la cueva de Sofoxó en las Regueras.

4. *Falta de excavaciones.* De la totalidad del corpus de yacimientos que disponemos, a día de hoy tan solo uno de ellos ha tenido una intervención arqueológica fiable, caso de la cueva de Entrellusa en Gijón (Adán *et alii* 2004). Este panorama es quizás el elemento que pueda suponer una mayor base a la descon-

fianza de nuestras interpretaciones, con un 99 % de yacimientos cuyos hallazgos parten de descubrimientos puntuales, notas de campo, o breves descripciones secundarias en memorias de excavaciones destinadas al análisis de espacios paleolíticos.



Figura 14.11: Localización de la cueva de Entrellusa.

5. *Escasez y confusión de materiales.* El registro material, por lo tanto, es escaso, descontextualizado en la mayor parte de los yacimientos, o simplemente forma parte de referencias documentales, cuya base puede ser en algunos casos discutida. Tal situación es la que nos lleva, pese a la escasez de material, a adscripciones generales de uso cronológico, sin tener en cuenta el número de objetos de esa época hallados en el lugar, ya que en la mayoría de los yacimientos esos fragmentos cerámicos, monedas u otros elementos no superan la decena de materiales.

Hasta nuestros días, y de forma repetitiva, la aparición de cerámicas a mano en un yacimiento en cueva hacía suponer a los investigadores que estaban ante una indudable ocupación prehistórica. Nuestra revisión de yacimientos chocaba con muchas de las asignaciones cronológicas, destacando una extraña relación entre cuevas tardorromanas y medievales, claramente datadas, y ajenas a las pautas de ubicación de la mayoría de las cuevas



Figura 14.12: Lo exiguo de los restos hallados, así como sus dudas cronológicas, caso de estos restos óseos en la superficie de la cueva medieval del Colláu en Belmonte de Miranda, muestran una de las principales dificultades a la hora de abordar la interpretación de estos yacimientos.

de la protohistoria con cerámicas a mano. Esta situación, nos llevó a plantear un esquema de producción de cerámicas a mano, en época hispano-visigoda, que si bien son claramente detectables en la Meseta Norte, aparecen de forma más confusa y menos estudiadas en la costa cantábrica. Es por lo tanto un tema lo suficientemente importante como para dedicarle un apartado, y cuyo análisis comenzó en nuestra revisión de materiales de las cuevas del sector central de Asturias, donde no sólo comprobamos los paralelismos morfológicos y formales de muchas de estas producciones, que hasta el momento se consideraban protohistóricas, con restos de cuevas fechadas de forma segura a través de otros registros materiales, caso de Chapipi y su tesorillo, sino que también íbamos comprobando una cierta convivencia entre estas producciones hispanovisigodas y las claramente medievales en determinadas cuevas de montaña, que no se producían en otros lugares, donde el asentamiento en cueva está más próximo, por su ubicación geográfica, a un auténtico yacimiento protohistórico. Hemos comprobado la existencia de una convivencia, durante la época visigoda, de un extenso elenco de producciones cerámicas, tanto algunas tardorromanas,

sigillatas tardías, de imitación, producciones propiamente visigodas, producciones locales, etc., que impiden en muchos casos reconocer la existencia de unas cronologías propiamente visigodas, haciendo retroceder muchas veces las fechas hacia la tardoantigüedad, por conocerse como producciones mejor fechadas, y en otros casos, llevando los conjuntos cerámicos a momentos altomedievales, por las características morfológicas de los restos analizados. Tan solo a nivel estadístico es posible, a veces, comprobar cambios productivos cerámicos, que permiten individualizar formas específicas o cocciones, dentro de la heterogénea producción de la época. En este sentido, a través de esa estadística, podemos observar como las cerámicas importadas del tipo de sigillatas africanas D o ánforas, desaparecen a finales del siglo VII en la costa mediterránea (Folch Iglesias 2005, 239), unas fechas tardías para el Cantábrico, pero que están enmarcando un proceso de producción local cada vez mayor en la Península, donde tendrían sus máximas cotas de producción las cerámicas a mano. Los problemas de definición tienen como base unas clasificaciones complejas, en muchos casos por la calidad del registro, sobre todo en lo que se refiere a las producciones manuales y las realizadas en cocciones muy precarias. En muchos casos, estas producciones de baja calidad, con gruesos desgrasantes y paredes irregulares, *“acostumbra a generar equívocos con la cerámica no torneada”* (Azcarate y Solaun 2008, 140).

Estas confusiones, no son propias únicamente de nuestro marco de estudio, y así, en el País Vasco (Barandiarán 1946, 27), se ha definido como Neo-Eneolítico niveles de ocupación tardoantiguos, caso de Peña Forua (Martínez y Unzueta 1988, 9). En otras áreas de la Península Ibérica, las diferencias entre producciones cerámicas romanas, medievales e islámicas son tan evidentes que, por exclusión, los yacimientos históricos de cerámicas manuales han quedado clasificados como lugares de ocupación hispano-visigoda, entre los siglos V y VIII d.C. (Laliena y Ortega 2005, 77). Desde el punto de vista técnico, estamos mayoritariamente ante modelos de ollas, pla-

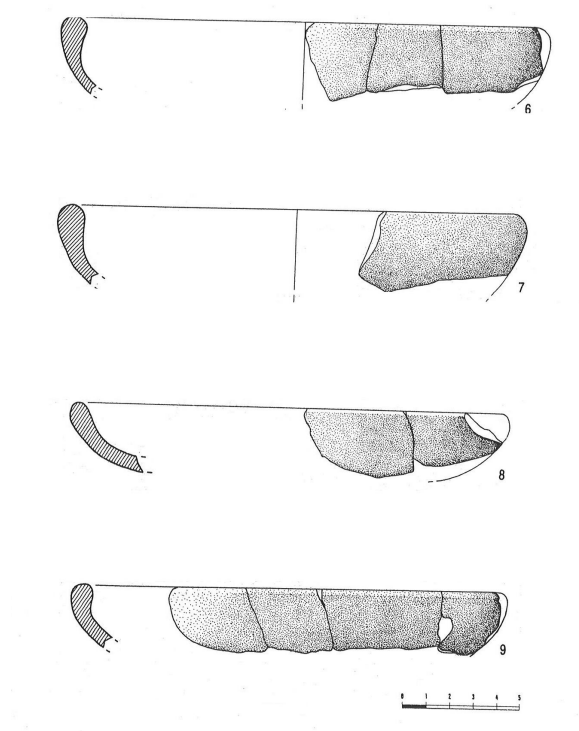


Figura 14.13: Materiales a mano tardoantigüos de Peña Forua (Martínez y Unzueta 1988).

tos gruesos y tinajas de almacenamiento de cereal, realizadas con una mala calidad de cocción a través de hornos muy artesanales o temporales, desgrasantes gruesos, a los que se añaden otros de menor tamaño como la mica, y pues la única solución estilística pasa por un espatulado o leve bruñido, según el tamaño de las piezas y su función. Desde el punto de vista social, estamos ante producciones puramente rurales y autosuficientes, que cubren de forma barata buena parte de una vajilla familiar, donde no se tiene acceso a producciones importadas o de calidad. Desde el punto de vista cronológico, surgen en la vajilla bajoimperial a partir del siglo III d.C., en paralelo a la intensificación del poblamiento rural autosuficiente, aumentando su presencia en paralelo al descenso de las importaciones. El final de las mismas, entre los siglos VI y VII d.C., marca el punto álgido de las producciones a mano en la costa cantábrica (Azcárate y Solaun 2008, 140) y la Meseta Norte, manteniéndose en Asturias

tan sólo hasta el siglo VIII d.C., si tenemos en cuenta la secuencia de Curiel (Gutiérrez y Rodríguez Vázquez 2003, 201), al igual que en la vecina Cantabria (Bohigas y Ruiz 1989, 31). En el Cantábrico occidental, caso de Galicia, perduran hasta el siglo siguiente, el IX d.C. (Suárez, Gimeno y Fariña 1989, 287) y su tradición técnica sigue dejando huella en la tosquedad de ciertas producciones altomedievales cantábricas hasta el siglo X d.C. (Solaun 2005, 366). Estamos, por lo tanto, ante producciones que, si bien abarcan desde siglo V al VIII d.C. en la mayoría de los casos, se quedan seguramente en el VII d.C., sobre todo en aquellos sectores más próximos a centros de intercambio comercial o de cierta entidad poblacional. En el siglo final, el VIII d.C., no aparecen en Cantabria, quedando como reducto tecnológico la mala calidad de pastas, desgrasantes y cocción, algo que también se observa de forma masiva en las producciones asturianas periurbanas, como las de Faro, donde en su testar más antiguo (Suárez Saro 1980), se fechan las producciones de peor calidad en el siglo X d.C. La presencia de estas piezas a mano en cuevas, junto a producciones claramente tardorromanas (Cueva de Chapipi), y en otros casos altomedievales, hace que podamos hablar de una potente ocupación de las cuevas asturleonesas en época hispanovisigoda, detectándose una intensiva ocupación en los valles de montaña, donde son predominantes (El Greyu, Copilae, Laspru, Prendada, Calluanga, Orpiñas, Cudrera, Prida, Buseco, El Fontanón II y El Fontanón III), y posiblemente, también en espacios de gran calidad agrícola como las vegas del río Nalón y el Narcea (Cueva Grande en Salas), donde el contexto protohistórico de algunos yacimientos, en el cual aparecen estas producciones, debe ser en nuestra opinión discutido.

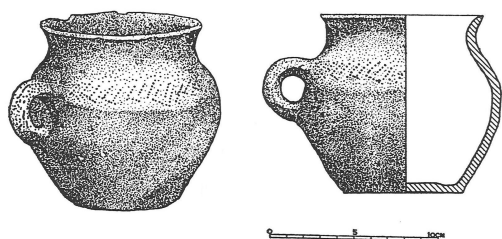


Figura 14.14: Una de las cerámicas de la cueva de la Zurra. Su origen local, fuera de un contexto claramente protohistórico, hace dudar sobre su filiación prerromana, proponiendo un contexto tardoantiguo o altomedieval.

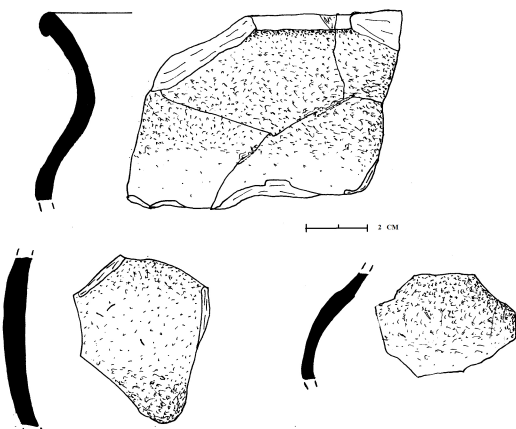


Figura 14.15: Materiales cerámicos a mano del Greyu (Estrada *et alii* 1995), cuyas formas y contexto geográfico del yacimiento, apuntan a cronologías altomedievales y no protohistóricas, como tradicionalmente se les ha asignado.

### 14.4 ¿TRADICIÓN O INNOVACIÓN CULTURAL? LA BASE PROTOHISTÓRICA Y SU RELACIÓN CON LAS OCUPACIONES HISTÓRICAS DE LAS CUEVAS ASTUR-LEONESAS.

Siguiendo una constante presencia de elementos protohistóricos en nuestras cuevas, hemos procedido a vincular, como una relación ineludible, el hábitat subterráneo con el poblamiento protohistórico, pese a que hasta el momento no tenemos una visión de síntesis

de los modelos de poblamiento prehistórico en cueva en nuestra región. Tratamos primero de hacer una revisión general de los yacimientos, que ha sido seguida de una visita pormenorizada a muchos de los lugares citados, algunos de los cuales se daban por perdidos, para pasar a continuación a una síntesis general de los problemas de interpretación y los modelos de yacimientos, en busca de unas pautas de ocupación subterránea que mostraban unas claras divergencias, con el modelo cueva-hábitat que hasta el momento predominaba en las interpretaciones generales de estos espacios. Son muchos los problemas que atañen a la revisión de un corpus de yacimientos en cueva como el protohistórico en el Cantábrico central. Al igual que para las épocas romana y medieval, el número de cuevas conocidas no es muy amplio, si comparamos las regiones de Asturias y León con el Cantábrico oriental. Por otro lado, las cuevas excavadas de forma fiable son mínimas, y la continuación de su proceso de estudio en nuestros días no nos permite todavía visiones de yacimientos concretos que podamos dar por estudiados a fondo. Otro de los grandes problemas lo constituye el propio registro arqueológico, con unos materiales que en su gran mayoría están revueltos, o son productos de hallazgos casuales, procedentes de yacimientos donde no hemos hallado materiales en superficie, aportando una gran dosis de conflictividad a la interpretación. Finalmente, existe el problema de la conservación, con estratigrafías totalmente desaparecidas, bien por causas naturales del propio lavado y erosión de los yacimientos subterráneos, o bien por excavaciones clandestinas. Durante la historia de las investigaciones arqueológicas en el Cantábrico, hemos asistido, hasta fechas recientes, a una selección de los depósitos materiales procedentes de las cuevas, de tal forma que dentro de una órbita académica que ha sido predominantemente paleolitista, los registros posteriores a esta época apenas eran contabilizados, salvo circunstancias especiales, caso de yacimientos funerarios, quedando como única referencia la mención en las publicaciones del hallazgo de “cerámicas a mano” o “unas cerámicas oscu-



#### 14.4. ¿Tradición o innovación cultural? La base protohistórica y su relación con las ocupaciones históricas de las cuevas astur-leonesas.

---

ras”, lo que de por sí nos lleva a otro problema, como es el de la validez del propio registro material a la hora de identificar usos protohistóricos. En este sentido, el principal problema viene de las producciones cerámicas, donde las producciones a mano aparecen en muchos contextos asociadas a lotes materiales romanos o medievales. Estas producciones, que hasta el momento se interpretaban como materiales de indudable asignación protohistórica en los inventarios arqueológicos regionales, son cada vez más discutidas, pudiendo hablar a día de hoy de cerámicas a mano hispano-visigodas en el Cantábrico. La solución, en estos casos, pasa por adecuar geográficamente el contexto de la cueva con las pautas de diferentes épocas, y si bien existen yacimientos que, aún así, permanecen sin poder ser contextualizados en base a la simplicidad de su principal hallazgo material, otros nos dan claves de ubicación que nada tienen que ver con los prototipos de yacimientos protohistóricos. En estos yacimientos, la asociación de cerámicas a mano a lotes medievales o romanos, sí nos está indicando posibles ocupaciones tardías de época hispano-visigoda o altomedieval. Consideramos que este debate crono-material debe trasladarse a áreas como el Cantábrico centro-oriental, donde la mezcla de materiales de diversas épocas, así como la fijación en disponer de algunos aspectos materiales dentro de la cerámica como fósil director en el ámbito cronológico, posiblemente este ocultando un uso de supuestos yacimientos protohistóricos que, al igual que en el caso asturleonés, corresponden a momentos históricos entre la tardoantigüedad y la Alta Edad Media.

En nuestro estudio hemos contabilizado un total de 54 cuevas, con restos protohistóricos más o menos fiables, que en conjunto nos pueden aportar una visión general sobre el contexto geográfico de estos emplazamientos, aparte de algunas claves de tipo cultural de diversa índole. Por supuesto, en nuestra clasificación tipológica se han dado diversos casos de usos mixtos, sobre todo siguiendo el binomio hábitat-enterramientos, para los que hemos tenido en cuenta el uso que en nues-

tra opinión ha sido el primordial, sin poder señalar de forma detallada en el corpus de yacimientos que usos secundarios ha dispuesto ese yacimiento. A modo de observación, hemos de destacar la localización y exploración de varios emplazamientos, que hasta el momento se daban como perdidos, caso de la cueva de Pueblo Bajo de Lledías en Llanes, la Fontana de Piloña, así como la identificación de un panel de arte rupestre de posible origen protohistórico, bajo otro más moderno, en Xinxanganas, Llanes. Igualmente, y siendo tradición para lo que respecta a la investigación cultural en Asturias, hay que destacar también los yacimientos destruidos, caso de la cueva de Serrapio en Aller, y la cueva de la Ferrería, mal ubicada en el mapa del inventario arqueológico local de las Regueras, y por lo tanto ajena a una ámbito de protección adecuado, lo que posiblemente haya conducido a su total destrucción por una cantera, pese a la notificación de su hallazgo por parte de sus descubridores “*Fue comunicada esta localización a los organismos oficiales*” (Quintanal 1991, 58).

El contexto crono-cultural y económico de los grupos protohistóricos del Noroeste sigue bajo un constante debate, donde las dificultades interpretativas se basan en unos datos muchas veces confusos, así como en unos contextos materiales problemáticos (Fábregas 1995, 105), más procedentes de hallazgos culturales o funerarios que de ambientes domésticos, que nos aclaren como es la vida cotidiana de estos grupos (Fernández Manzano y Arias 1999, 7). En este sentido, nos encontramos con unas producciones materiales locales, de las que se pueden extraer únicamente ciertas influencias técnicas y decorativas comunes, tanto para el Norte de la Meseta, como para el ámbito Cantábrico (Toledo 1999, 19). De momento, pese a los numerosos indicios que prueban la existencia de enterramientos en cueva desde el Neolítico, el estado de nuestros yacimientos y de su documentación recuperada hace que algunos investigadores sean reacios a hablar de enterramientos colectivos (Arias 1991, 225), o incluso de cuevas estrictamente rituales, si tenemos en cuenta la impo-

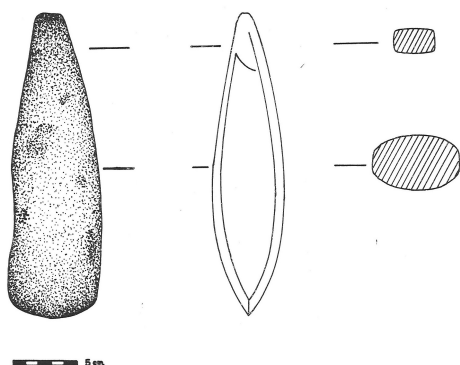


Figura 14.16: Hacha pulimentada de la cueva de Serrapio (Aller) (Estrada 2000). La calidad técnica de algunos materiales hallados en cuevas como ésta y la Ferrería (las Regueras), nos inducen a pensar en la existencia de un modelo de cueva, en forma de túnel o sumidero, cuyas escasas condiciones de habitabilidad, refuerzan la idea de un espacio de culto o enterramientos, donde se depositan elementos de tipo votivo, en forma de hachas pulimentadas primero y de bronce posteriormente (cueva-sumidero de la Mora, Aller).



Figura 14.17: Cueva de la Mora (Aller).

sibilidad de demostrarlo a partir de los restos revueltos, en la mayoría de los casos de elementos funerarios y habitacionales. La principal señal de identificación de las cuevas sepulcrales es el factor de accesibilidad y su habitabilidad interna, representada por el desarrollo de la cavidad, así como por su tipo de tránsito interno (Arias, Martínez y Pérez 1986, 1284). En cuanto al tipo de materiales como factor

de identificación funcional, éste puede ser un elemento más confuso. Por otro lado, existen casos especiales en los que no podemos determinar la línea entre lo ritual y lo doméstico, caso de los enterramientos calcolíticos del Aramo (Blas Cortina 1998, 71). En este sentido, el debate sigue abierto a día de hoy, pese a que los paralelos europeos muestran un contexto para esta época de enterramientos en los lugares de hábitat o explotación, con lo que en el caso del Aramo, en nuestra opinión, estaríamos ante un espacio ritual, vinculado a un grupo que también explota las minas. El hallazgo entre los restos humanos, enterrados en algunos sectores de la vieja mina cuprífera, de un cráneo perteneciente a una mujer joven, parece reforzar esta hipótesis ritual. Hasta hace muy poco tiempo, las propuestas de “contacto exterior” se han mantenido fuertes, a la hora de explicar algunos fenómenos de la protohistoria cantábrica como es el caso de las ocupaciones de cuevas. En este sentido, estas hipótesis han mantenido hasta fechas recientes la teoría de que el Neolítico en cueva es un fenómeno importado, de núcleos culturales más importantes en lo que respecta a la ocupación subterránea, apoyándose incluso la existencia de una auténtica migración poblacional, portadora de esa “nueva cultura”: “grupos de nuevas poblaciones como los constatados en las cuevas de la meseta norte e incluso Asturias, procedentes de la llamada ‘Cultura del neolítico andaluz de las cuevas’, que va introduciendo paulatinamente la nueva economía productora en las tierras del interior y norte de la Península” (Gutiérrez González 1985, 220).

Para el caso de la Edad del Hierro, las investigaciones basadas en prospecciones intensivas de determinadas áreas del Cantábrico central, caso del valle del Deva en Cantabria, han determinado, más allá de ciertas confusiones propias del registro material de muchas de las cuevas que: “El hábitat en las cuevas catalogadas debe corresponder a un uso poco frecuente de las mismas, y siempre de forma esporádica, posiblemente en relación a cercanos yacimientos de hábitat en superficie, como ocurre por ejemplo en la cueva de

#### 14.4. ¿Tradición o innovación cultural? La base protohistórica y su relación con las ocupaciones históricas de las cuevas astur-leonesas.

la Campanuca, con un poblado junto a la misma” (Serna, Valle y Morlote 1992, 106). Esta idea, del uso periurbano de los yacimientos en cueva de la Edad del Hierro, encaja perfectamente para el caso asturleonés (cueva de Pillarno en Castrillón), donde sólo se quedaría fuera de este contexto la cueva de Pueblo bajo de Lledías, de uso exclusivamente funerario, y cuyo contexto parece encajar más bien al final de la etapa astur-romana o dentro de un periodo posterior de época hispano-visigoda. Esta dualidad de funciones de los espacios subterráneos, donde el hábitat es puntual, y relacionado con poblados de mayor entidad en sus cercanías, se corresponde también con el Cantábrico oriental: *“De hecho, la mayor parte de las cuevas donde se han detectado restos correspondientes a esta época, no tienen un carácter permanente sino que son utilizados como espacios complementarios, muchas veces de tipo cultural”* (Llanos 1990, 170). Una de las conclusiones a tener en cuenta es la excepcionalidad de los registros arqueológicos subterráneos correspondientes a la Edad del Hierro. Los casos conocidos en Asturias y León nos están hablando, en primer lugar, de un tipo de cuevas periurbanas de uso desconocido, como es el caso de la cueva del hueso de Pillarno, situada bajo un poblado fortificado, que posiblemente sea coetáneo en cronología.

Por otro lado, tenemos dos casos con usos funerarios, la Caronda en Piloña, que podemos definir más bien como una cista artificial excavada en la roca, así como la cueva de Pueblo Bajo de Lledías en Llanes (Maya 1989), donde el posible uso de una urna de incineración, acompañada de varios elementos a modo de ajuar, nos traslada a unos rituales que culturalmente de momento son ajenos al territorio de la Asturia histórica, y que más bien habría que encuadrar en el contexto de hallazgos más tardíos como el astur-romano o hispano-visigodo. La inexistencia de usos subterráneos, salvo los tres descritos en un ámbito geográfico tan extenso como el Cantábrico centro-occidental, nos conduce a plantearnos tres cuestiones de cierta importancia cultural:

1. Por un lado, podemos hablar, dentro de



Figura 14.18: Entrada de la cueva del hueso de Pillarno (Castrillón), el único espacio con restos claramente pertenecientes a la Edad del Hierro en el Cantábrico centro-oriental, que parecen provenir de un uso periurbano por parte de los pobladores del castro que se halla sobre la propia cueva.



Figura 14.19: La Caronda de Piloña.

los escasos hallazgos, de una casi exclusiva dedicación secundaria de las cuevas, como espacios periurbanos, respecto a poblados mayores que se encuentran en sus alrededores.

2. Por otro lado, asistimos a la inexistencia de una tradición cultural respecto a los usos previos propios de la Edad del Bronce, donde las cavidades disponen de un uso funerario o votivo de mayor importancia, si comparamos el número de elementos descubiertos en una y otra época.

3. Esa inexistencia de tradición cultural podemos trasladarla a la época romana, cuyos usos de cuevas podemos definirlos como novedad, ajena a la base cultural regional, ampliando el uso de unos espacios simbólicos bajo unas formas rituales provenientes de un ámbito foráneo y que han sido adquiridos por parte de la población local.

### 14.5 LAS CUEVAS ASTUR-ROMANAS DE HÁBITAT RURAL.

Las mejores muestras sobre la evolución medioambiental del entorno de las poblaciones cantábricas provienen de los yacimientos arqueológicos. Basándonos en sus datos, así como en recientes estados de la cuestión (Iriarte 1997, 671), en la Edad del Hierro parece observarse una mayor humedad y una paulatina extensión de una agricultura compleja, mientras que el siguiente período parece tener una época de mejores condiciones climáticas, que cambia a más frío y humedad coincidiendo con la etapa más tardía de la época romana, lo que induciría a la adaptación del hábitat en espacios como las grutas, sobre todo en zonas altas de la montaña cantábrica. El siglo III d.C. supone un auge de la economía rural. Los cambios económicos de este siglo centrados en los principales resortes financieros del imperio, se ceban sobre todo en la población urbana, cuyo éxodo al campo posiblemente explica el apogeo de las villas rurales de Hispania, provocando una intensificación de las explotaciones rurales periféricas, entre las que estarían las brañas y pequeñas estaciones ganaderas de las zonas de alta montaña, que coinciden en algunos casos con cuevas. El siglo V d.C., a partir del cual se establece el auge de la explotación de espacios periféricos en época romana, coincide con una época de cambios y transformaciones profundos que afectaron a las grandes redes comerciales, las relaciones sociales, las bases del poder local, y por consiguiente, se materializaron también en la explotación y ocupación del paisaje. Un buen indicador de esta evolución dentro de los complejos rurales tardorromanos e

hispano-visigodos lo tenemos en las producciones industriales, que se están trabajando en las villas hispanas. En este sentido, de casi sesenta villas que producen vino o aceite en la tardoantigüedad hispana, la mayoría lo hacen entre el siglo IV y V d.C., con un descenso considerable de las explotaciones en el siglo VI d.C., donde se observa una simplificación de los métodos de producción, en consonancia con unas líneas de abastecimiento y comercio que parecen centrarse en áreas muy locales y cercanas (Peña 2005-06, 103). En paralelo, los resultados de los análisis de polen de muchos yacimientos en la Meseta muestran un paisaje poco explotado en el bajoimperio, con un importante auge de la economía ganadera y de sus efectos en la vegetación local, que en el altomedievo, quizás por cambios del modelo de ganadería, o bien por un descenso de las explotaciones, supone la regeneración del bosque (Ariño 2006, 329). Estamos, por lo tanto, ante un panorama diferente al que se había planteado hasta ahora.

Por un lado, asistimos ya en época astur-romana al origen de la cueva-braña, como espacio de poblamiento ganadero, si tenemos en cuenta los abundantes restos cerámicos a mano, en contextos de cuevas ajenos a la protohistoria (El Greyu, Copilae, Laspru, Prendada, Calluanga, Orpiñas, Cudrera, La Prida, Buseco, El Fontanón II y El Fontanón III). Por otro lado, esos contextos de cerámicas a mano tardoantiguos no sólo se restringen al área de montaña, sino que también aparecen en las vegas del valle del Nalón, lo que nos lleva a plantear la existencia de un poblamiento disperso, ajeno al habitual de castros-villas y que, aprovechando tierras de gran calidad agrícola, hacen de las cuevas áreas de habitación de mayor o menor estacionalidad, dependiendo del caso. Esta confirmación de un poblamiento menor, disperso, y ajeno en cuanto a las estructuras de hábitat de los principales referencias del poblamiento astur-romano, se desarrollaría en paralelo a la propia génesis de la aldea tal y como la conocemos hoy en día (Quirós y Bengoetxea 2006; Quirós 2006), y cuyo



#### 14.6. Las cuevas astur-romanas como espacios sagrados. Enterramientos y tesoros.

origen para el área astur-leonés habría que retrasarlo hasta los últimos siglos de la época astur-romana, lejos de las cronologías medievales que se defienden para este proceso.

##### 14.6 LAS CUEVAS ASTUR-ROMANAS COMO ESPACIOS SAGRADOS. ENTERRAMIENTOS Y TESOROS.

A grandes rasgos, y dentro de la complejidad particular de cada yacimiento, así como de los problemas generales de identificación ritual que se dan para esta época (Abasolo y Pérez 1995, 293), contamos con cultos y enterramientos astur-romanos, enterramientos en cueva de época hispano-visigoda, identificados principalmente a través de armas y ofrendas cerámicas, y finalmente enterramientos que podríamos definir como cristiano-visigodos, identificados a través de elementos litúrgicos propios del ritual cristiano. Siguiendo este esquema, que ya estableció en su día de forma similar Palol (1954), es fácil hallar una convivencia entre los elementos materiales que identifican culturalmente alguno de estos registros funerarios, caso del enterramiento cristiano-visigodo de Fresnedo en Asturias. De la misma forma, y dentro de las influencias culturales y materiales que en esa época están adquiriendo las poblaciones locales, es también frecuente observar elementos foráneos, propios del ritual gótico dentro de los enterramientos hispano-visigodos, lo que resalta aún más su carácter pagano (Serna, Valle y Hierro 2005).



Figura 14.20: Material cerámico de la cueva de Chapipi (Estrada 1991).

Cantabria es la región más estudiada hasta el momento en este sentido, con diversas revisiones recientes (Hierro Garate 2002), que tratan de cerca la problemática y las posibles hipótesis que, de una forma u otra, pueden ser aplicadas a los casos asturleonese, pese al menor número de cavidades existentes en nuestra zona de estudio. En Cantabria, la casi totalidad de los hallazgos se han hallado en cuevas, y en mucha menor medida en abrigos, algo inexistente en nuestra zona de estudio, donde todos los hallazgos son en cueva, demostrando un uso mucho más frecuente de los abrigos rupestres para todo tipo de usos, incluidos los funerarios. Dicha frecuencia ha propiciado unos lotes de materiales de diferentes momentos de uso en un mismo yacimiento para la casi totalidad de casos conocidos, lo que ha supuesto también un primer problema interpretativo, siendo muchas veces casi imposible separar diversos objetos por contextos cronológicos. Esto ha llevado a confusiones de asociación arqueológica, que en ocasiones pueden estar explicando la función y cronología del yacimiento, caso de la cueva de Cofresnedo, donde los posibles elementos celtibéricos asociados a una inhumación no eran coetáneos, según atestiguó posteriormente la datación absoluta (Ruiz Cobo y Smith 2001; Hierro Garate 2002, 113). Tal problemática, puede trasladarse a buena parte del registro, tanto para Cantabria, como en menor medida a diversos yacimientos asturleonese, donde los lotes de material revuelto suelen circunscribirse tan solo a materiales cerámicos. Otro de los puntos que por primera vez se observa en la historiografía cántabra es el reconocimiento de que los usos tardoantiguos, especialmente los funerarios, no pueden explicarse en base a la pervivencia ritual de costumbres ancestrales, sino que pueden deberse a la introducción de una nueva, o nuevas expresiones rituales de diversa índole, que conviven en la misma región, durante lo que se ha llamado los siglos oscuros, entre finales del siglo IV y el siglo VIII d.C. (Hierro Garate 2002, 124): *“En nuestra opinión, resulta más sencillo atribuir los restos de las Penas a un grupo humano autóctono, que aunque for-*

#### 14. Los paisajes secundarios. Las cuevas astures.

---

*ma parte del reino de Toledo y esta impregnado de la cultura material hispanovisigoda, a su vez, mantiene unas características culturales propias; situación probablemente motivada por su ubicación periférica respecto a los núcleos irradiados de la cultura “oficial” de la época*” (Serna, Valle y Hierro 2006, 275). Las altas cronologías de los ritos funerarios hispano-visigodos en cueva, datados recientemente en el siglo VII-VIII d.C., han supuesto el retorno a un viejo debate, sobre la pertenencia, o no, de estas poblaciones de montaña a un reino visigodo, donde el cristianismo es la religión oficial desde hace tiempo. Desde el punto de vista historiográfico, ha tenido un gran peso el contexto “étnico-cultural” en lo que ha interpretaciones se refiere, sobre un análisis puramente arqueológico del material y su adscripción cronológica. En este debate político y étnico, entra en juego la documentación que no deja claro las filiaciones políticas entre la población local y un estado central, representado en su relación de filias y fobias por el rey visigodo Leovigildo, cuyas

campanas en el Norte Peninsular siguen siendo de interpretación compleja. Frente a la vía del enfrentamiento y el paganismo tradicional, se postula cada vez más la visión de unas comunidades cántabras plenamente romanizadas hasta el siglo VI d.C. (Arce 2006), donde la dinámica de cambios sociales y políticos es realizada por una aristocracia local (Menéndez 2006, 43), y donde la creación del reino de Asturias, con su extensión por tierras de Cantabria (Besga 2006, 105), supondría un impulso ideológico para la propia cristianización de los valles más remotos del reino (Díaz 2006, 69). Independientemente de su pertenencia cultural y religiosa, los mejores y más recientes estudios de síntesis sobre esta problemática, basados en el análisis de las cuevas cántabras (Hierro 2002; Serna, Valle y Hierro 2006), demuestran que siempre hay un factor de relación con los centros de población, concentrándose muchos de los enterramientos en las cercanías de zonas intensamente pobladas en algunos casos, mientras que en otras como las cristiano-visigodas, parecen estar vinculadas a los valles de alta montaña.



Figura 14.21: Localización de Chapipi (Estrada 1998).

#### 14.6. Las cuevas astur-romanas como espacios sagrados. Enterramientos y tesoros.

---

Esta vinculación geográfico-cultural nos hace plantearnos la posible existencia de unas primeras comunidades religiosas dedicadas a la cristianización de las poblaciones más periféricas. Otra vía de interpretación, hasta ahora la más extendida, se ha basado en lo que llamaremos la hipótesis “invasionista”, que explicaría el hallazgo en cuevas y valles periféricos de montaña de elementos de gran calidad material, propios de áreas de cierta importancia socio-económica. Si bien esta hipótesis la encontramos también en el caso de las tesorizaciones, lo cierto es que se ha basado sobre todo en los restos funerarios pertenecientes a los grupos cristiano-visigodos. El fósil director de los mismos, los jarros litúrgicos, ha sido objeto de debate durante el último siglo, siendo la principal base teórica que, para los seguidores de esa hipótesis invasionista, demostraría el desplazamiento visigodo hacia las montañas cantábricas con motivo de la invasión musulmana. En este sentido, son demasiadas las dudas que con los años ofrece esta teoría, y que nosotros discutimos. Por un lado, el lugar de los hallazgos cantábricos parece restringirse a comunidades de montaña, lo que estaría más en consonancia con la hipótesis de una política de cristianización, mientras que por otro lado parece ya demostrado a través de las últimas revisiones materiales (Avello 1985-86), que nos encontramos ante productos realizados por un taller regional, lo que indicaría la inexistencia de un “traslado” material y también poblacional desde Toledo, con motivo de la invasión. Finalmente, nos encontramos con dudas en la asignación cronológica de estos materiales, debido a la total descontextualización de los hallazgos que actualmente conocemos. Estas dudas creemos que son suficientes para rechazar la hipótesis invasionista y apostar por la existencia de unas comunidades que, bien por motivos propios, vinculados a un eremitismo cantábrico, o bien producto de una política estatal de cristianización de la alta montaña cantábrica, están presentes entre los siglos VII y VIII d.C. en nuestra zona de estudio.

En este sentido, los recientes estudios sobre cuevas tardoantiguas y altomedievales

de Cantabria (Hierro 2002, 124), rechazan de plano esta hipótesis como explicación del uso de las cuevas cántabras durante este periodo, basándose sobre todo en que el aumento del uso de las cuevas tardías de Cantabria comienza a desarrollarse durante el siglo V d.C., con un incremento en el siglo VII d. C., es decir, un período anterior a la invasión musulmana. En líneas generales, parece que estamos ante cuevas de difícil acceso, donde incluso se observan muros o estructuras que protegen el espacio funerario interior formado por galerías muy estrechas, que llevan a uno o dos niveles de diferente profundidad y que, en ocasiones, comparten su registro, con lo que parecen ocupaciones previas. Las dificultades de acceso son un factor común de las cuevas funerarias, tanto de época prerromana, como de los tiempos históricos, con lo que el hallazgo de materiales de ambas épocas debe observarse como una coincidencia geo-funcional, y no como un rasgo de tradición local. En cuanto al repertorio de hallazgos materiales, el conjunto es repetitivo, con materiales de vidrio, cerámica, elementos de adorno personal, armas, herramientas, monedas y una amplia variedad de restos de animales, que demuestran tanto las vinculaciones económicas del grupo, como determinados ritos posiblemente funerarios cargados todavía de un fuerte paganismo, caso de los sacrificios de caballos o gallos junto a los cadáveres. Respecto a los restos humanos, suelen mostrar a una población joven, sin restos infantiles ni de ancianos, y con una población femenina importante a nivel estadístico. Estos materiales siguen apareciendo de forma abundante durante el siglo V d.C. y han sido interpretados bien como materiales del trabajo que realizaba el difunto, o bien como elementos simbólicos, propios del ritual tardorromano, cuya adscripción religiosa nos es hasta el momento desconocida. Su hallazgo es generalizado en las necrópolis del valle del Duero, así como en el Sur de la Meseta y Extremadura (Figuerola 1984-85, 373), y su presencia en nuestra zona de estudio se circunscribe a la Feliciana en León (Gutiérrez 1985), con un



## 14. Los paisajes secundarios. Las cuevas astures.

posible carácter funerario, y a la cueva del Ferrán, en Asturias (Fanjul *et alii* 2010), donde posiblemente estemos ante un lugar de usos votivos y funerarios, si nos atenemos a las referencias de la documentación hoy perdida. Respecto a las tesorizaciones, hemos de destacar su excepcionalidad, pese a que abundan las referencias a hallazgos de monedas en cuevas, que parecen responder a un uso doméstico puntual. El contexto geográfico del único caso reconocido, la cueva de Chapipi, nos lleva por un lado a plantear que estemos ante una ocultación de tipo votivo, más que ante una ocultación por la turbulencia social. La cronología de los hallazgos, similares a las del santuario en cueva del Ferrán, refuerza la hipótesis de la ocultación como ofrenda o exvoto, aunque siempre es difícil desechar la hipótesis de una ocultación por bandidaje o inseguridad.

En conclusión, el uso sacro de las cavidades sigue unas pautas muy acordes en lo que respecta a los modelos de enterramiento de la baja romanidad, donde se multiplican los hallazgos de armas acompañando el cadáver, y cuya tradición perdura hasta la Alta Edad Media, sobre todo en los sectores de montaña.

Otras necrópolis en cueva, en zonas próximas a hábitats de cierta importancia, muestran modelos con piezas más sofisticadas como el cristal y las sigillatas, pero a la vez parecen abandonar esa tradición funeraria y cultural más rápidamente. Las tesorizaciones y exvotos son muy escasos, y parecen circunscribirse únicamente a los últimos siglos del período romano, en plena baja-romanidad.

### 14.7 LOS SANTUARIOS ASTUR-ROMANOS EN CUEVA. EL EJEMPLO DEL FERRÁN.

La arqueología asturiana, desde el siglo XIX, ha relacionado muchos de los hallazgos romanos en cueva a posibles restos de explotaciones mineras. Uno de estos casos lo encontramos en la cueva del Ferrán, cuya reciente exploración y revisión de los materiales nos lleva a plantear otras hipótesis (Fanjul *et alii*

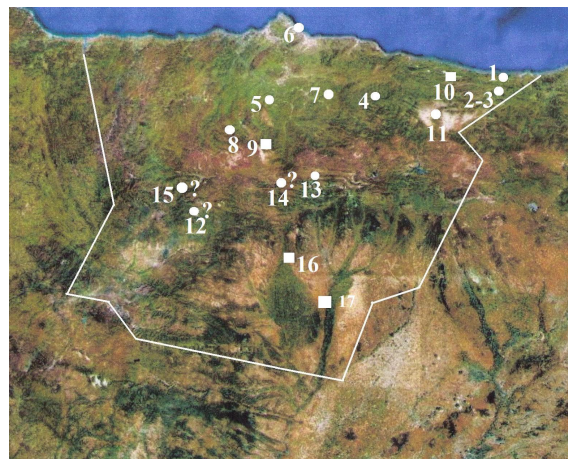


Figura 14.22: Cavidades con usos religiosos de época astur-romana (círculos) y visigoda (cuadrados). 1-Pueblo Bajo de Lledías. 2-Las Brujas, Alles. 3-Cueva Negra, Llonín. 4-Peña Ferrán, Ferrán. 5-Rebollal, Santo Adriano. 6-Entrellusa, Perlora. 7-Cueva del Castro, Fozana. 8-Trichacueva, Campiello. 9-Cueva Huerta, Fresnedo. 10-El Milagro, Santa María. 11-Cueva Pequeña, Carreña. 12-Peñalacasa, Morla. 13-La Feliciania, Gerás. 14-Los Ladrones, Paradilla. 15-Las Cuevas, Corporales. 16-San Martín, Villamoros.

2010). Más que una cueva, el Ferrán es un complejo kárstico formado por una cueva en el fondo de valle, varios abrigos y al menos dos simas que podrían conectar con la cueva principal. Aunque desde mediados del siglo XX la cueva principal está anegada de agua para abastecer a un molino local, el yacimiento sigue manteniendo una posición estratégica como lugar de paso, en la vía natural que conduce desde el valle de Piloña al valle de montaña de Espinaredo. Las dos entradas a la cueva permanecen casi cubiertas por la vegetación, dando paso a una sala interior amplia, cuya superficie ha sido totalmente vaciada por el permanente curso de agua, destruyendo posiblemente buena parte del interés arqueológico del yacimiento. A partir de esta primera sala, surge un túnel alargado de unos 50 m. que nos conduce a otras salas, a una altura mayor que la entrada, aunque también parcialmente anegadas por el agua. Respecto al material arqueológico, la prime-



ra noticia la tenemos en el siglo XIX, cuando durante la construcción de la carretera aparecieron diversos objetos de época romana junto a la entrada de la cueva, tal como nos relata una carta de 1828 de J. Arguelles Mestas: “al hacer la carretera, aparecieron una Minerva (...) y una barra con un corzo” (Diego Santos 1978, 50). La segunda noticia que tenemos sobre los hallazgos, también en el siglo XIX, especifica un carácter “minero” del yacimiento, que se repetirá hasta nuestros días: “Se descubrieron no hace muchos años vestigios de explotaciones y galerías mineras de la gente de Roma, que fue en la tierra asturiana muy dada a semejante industria y aparecieron además varios objetos de aquella época (...) de uno de éstos de bronce, de 22 centímetros, con alusivos adornos venatorios, vimos interesante dibujo en poder de D. Fabriciano de Mestas” (Bellmunt y Canella 1895, 48).



Figura 14.23: Galería interior del Ferrán. La inexistencia de labores mineras dentro de un complejo puramente kárstico nos lleva a excluir las antiguas hipótesis tradicionales respecto a la función de la cueva astur-romana.

Finalmente, las últimas noticias respecto a estos hallazgos las encontramos en la tradición oral local, donde localizamos de forma repetitiva el recuerdo, entre los más mayores, sobre la aparición en la cueva de recipientes metálicos de cobre, aparte de referencias a fugaos y a otras cavidades vecinas: “De esa cueva sacaron cacharros, como jarrones o caxilones de cobre. Decían que vivieron allá. Agora entra agua na cueva” José - Quirós, 71

años. Natural de Llozana- Piloña (cuadernos de campo de Álvarez Peña, inéditos).

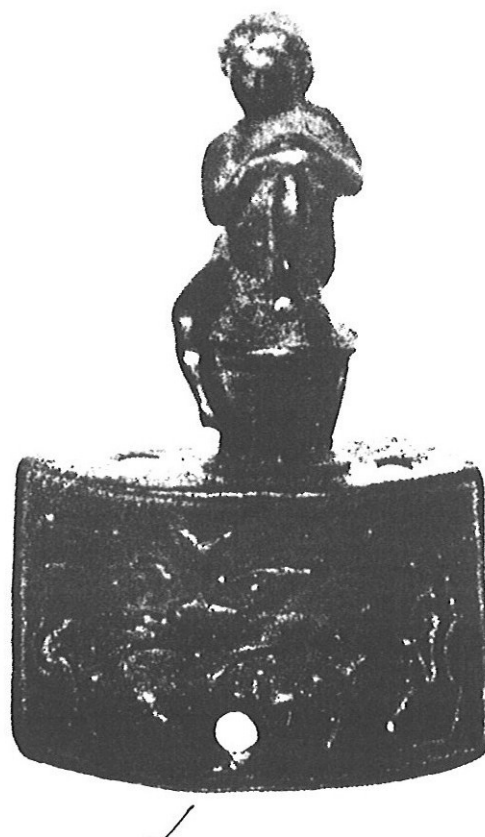


Figura 14.24: Eros apolinio, sin alas, de la cueva del Ferrán. Si bien es de una cronología temprana, siglos I y II d.C., su llegada y uso como exvotos, u ofrendas, en Asturias posiblemente tenga un contexto un poco más tardío entre los siglos II y III d.C.

En junio de 2007 realizamos una exploración de la cavidad, que nos confirmó la total inexistencia de labores mineras, en contradicción a las hipótesis tradicionales sobre el yacimiento. Las galerías exploradas son todas de origen kárstico, y tampoco hemos observado restos de vetas de mineral de hierro, como se podría suponer del topónimo “Ferrán”. Respecto a los materiales, una relectura general de las piezas nos lleva a sugerir que estamos ante piezas de los siglos I y II d.C., con un uso bastante frecuente en ámbitos domésticos del Mediterráneo ibero-romano, y que en algunos casos pueden ser utilizados como ofrendas

u exvotos en santuarios. Este contexto temprano de su uso en el área mediterránea, nos lleva a plantear su llegada y uso en Piloña en una etapa un poco más tardía, posiblemente entre los siglos II y III d.C. La inexistencia de explotaciones mineras en el Ferrán, así como el carácter votivo o funerario de los materiales hallados, nos hacen plantearnos que estamos ante un santuario en cueva astur-romano.

La primera característica de estos santuarios es su excepcionalidad. Si bien los casos de hallazgos de época romana en cuevas en Asturias y León son usuales, el contexto de esos yacimientos pasa bien por ser cuevas-braña en zonas de montaña, pequeños establecimientos agropecuarios en las vegas bajas del Nalón, Narcea y la costa de Llanes, o bien cuevas de uso funerario cuya tradición llega hasta la Alta Edad Media. La segunda característica de estos santuarios es su novedad. Nos encontramos, desde el punto de vista arqueológico, con una falta de ocupaciones de la Edad del Hierro en las cuevas asturleoneras, salvo casos que parecen responder a un uso periurbano de algunos castros como Pillarno o la Corona de Nava. Esta extraña situación arqueológica se contradice con las fuertes creencias precristianas en torno a nuestras cuevas. En este sentido, la mitología nos permite rastrear un área de creencias subterráneas atlánticas representados por el binomio xana-moro (Alvarez Peña 2007), que se da en el Noroeste y Extremadura, en contraposición a un Cantábrico oriental y Alto Ebro donde esas figuras son sustituidas por una figura femenina, como la Virgen María en Castilla (Sanz 1991) o Mari en el País Vasco (Barandiarán 1979). El posible origen prerromano de dichas creencias, así como su vinculación a un contexto de cultos en cueva, si bien es una hipótesis que parece tener suficiente base, es a día de hoy inde demostrable desde el punto de vista arqueológico. El caso del Ferrán, junto a posibles hallazgos similares en el puerto de Pajares, es tan excepcional en nuestra región que nos lleva a plantearnos un contexto votivo, ajeno a un uso funerario, que no podemos demostrar dado el tipo de yacimiento, su destrucción actual y lo descontextualizado de los hallazgos.

El uso de las cuevas como espacios de culto en época romana es una moda cultural con un claro origen en el Mediterráneo Oriental, donde los usos de las cuevas con esta función tenían una extraordinaria actividad mucho antes de la ocupación romana. Desde la Edad del Bronce, en Próximo Oriente, nos encontramos con múltiples prácticas que van desde simples enterramientos, a grutas de enterramientos colectivos, sarcófagos, en cerámicas, o mediante cremaciones. La llegada de la Edad del Hierro supone una simplificación del ritual, pese a que en algunas cuevas pervivan las tradiciones anteriores (Loffreda 1968, 178). La creciente importancia de las cuevas mediterráneas europeas como santuarios en la Edad del Hierro parece ser una influencia griega (Kayser y Forenbaher 2003, 25), o bien producto de la cosmovisión y esquemas rituales de culturas locales (Mencacci y Zecchini 1975, 138). A partir del siglo I d.C., el uso de las cuevas como espacios religiosos en el Mediterráneo es enorme, funcionando en algunos casos auténticas comunidades monásticas (Sutcliffe 1960, 82), aunque el gusto oriental de los enterramientos en cueva no llega a la Europa atlántica con firmeza hasta el siglo II-III d.C. (Hierro Garate 2002).

Los hallazgos atlánticos se caracterizan por su marcado regionalismo respecto a casos vecinos. Por ejemplo, en el caso de Francia, el hallazgo de elementos votivos en cuevas como exvotos es frecuente, con lo que se ha apostado por plantear la hipótesis del traslado a espacios de cierto simbolismo natural, como las cuevas, de ritos que normalmente se hacen en los templos. Por otro lado, también se apunta la posibilidad de ocultamientos de las piezas, como consecuencia del abandono o destrucción de los santuarios cercanos (Fauduet 1993, 105), una hipótesis poco encajable en el caso asturiano, por la ubicación de las dos cavidades donde se han producido este tipo de hallazgos (Las Cuañas, ascendiendo al puerto de Pajares y la del Ferrán de Piloña). En las Islas Británicas, de las 18 cuevas identificadas como enterramientos de época romana, seis se han utilizado con otras funciones, a la vez que la necrópolis estaba en uso, lo

que ha supuesto una separación de los espacios funcionales de la cueva.



Figura 14.25: Entrada a la mina del Milagro (Onís).

La mayoría de las cuevas estudiadas disponen de entre uno y cuatro individuos enterrados, mientras que la minoría son necrópolis subterráneas con varias decenas, lo que nos da a entender un mayoritario uso familiar de las cavidades, en cuanto al número de inhumados por grupo (Bintliff 1977, 84). Ambos aspectos, el doble uso y el carácter familiar, son características también difícilmente comparables al caso asturiano debido a la falta de datos, aunque existe una coincidencia en la excepcionalidad de los santuarios. De todas las cuevas británicas con uso en la época romana, tan solo en uno o dos casos se reconoce su función como santuarios debido al hallazgo de materiales votivos a modo de exvotos y ofrendas (Cueva de Poole's).

La moda oriental de los usos de cuevas como espacios culturales, parece implantarse en el cantábrico en esos mismos tiempos

bajo-imperiales (Adán *et alii* 2004), y su continuidad hasta la Alta Edad Media, denotan cierto éxito como fenómeno cultural entre la población astur. Sin querer entrar de lleno en el complejo debate de las cuevas romanas cantábricas, y pretendiendo aclarar el contexto cultural del Ferrán a partir de una relectura del yacimiento y sus materiales, podemos asegurar que estamos ante uno de los escasos santuarios en cueva de época astur-romana del área cantábrica, desechando la hipótesis de un simple escondite, ya que estamos haciendo referencia a una cueva que es lugar de paso frecuente. Si bien las piezas del Ferrán corresponden a una etapa temprana de la romanización, entre los siglos I y II d.C., consideramos que su llegada y uso en el área astur deberían enmarcarse por prudencia, en una etapa más tardía, es decir, entre los siglos II y III d.C., coincidiendo con el comienzo del auge del uso de las cuevas atlánticas europeas como espacios de culto y enterramiento. La posible existencia de un santuario similar en el Puerto de Pajares, nos lleva a plantear la posibilidad de que el uso de los santuarios en cueva astur-romanos, estuviese en relación con vías de comunicación que pasan junto a la entrada de las cuevas.

#### 14.8 LAS CUEVAS-BRAÑA.

A través de la historiografía reciente el pastoreo y la ganadería estacional han sido uno de los contextos más utilizados para encajar el uso estacional de algunas cuevas cantábricas. En casi todos los casos se resalta esa estacionalidad de las ocupaciones, en base al escaso registro arqueológico que se observa en los yacimientos: *“el uso esporádico como hábitat ocasional de las cuevas es muy frecuente en la época medieval y posiblemente hay que ponerlo en relación con las labores de poblaciones flotantes, como pastores o madereros”* (Serna, Valle y Morlote 1992, 106).

La braña constituye el elemento básico de los paisajes ganaderos de alta montaña. Si bien se identifican por sus construcciones, a modo de corros de piedra o edificios de planta baja a modo de cuadra-vivienda con cubierta vegetal, éstas construcciones son la represen-



## 14. Los paisajes secundarios. Las cuevas astures.

tación física, a través de su arquitectura, de un modelo de vida basado en la explotación ganadera del paisaje de forma estacional, disponiendo de diversos asentamientos para el hábitat, a diferente altura, según la época del año. En este sentido, hay una cierta confu-



Figura 14.26: Restos de una braña ganadera con cabaña circular en Puerto Ventana (Teverga).

sión entre los investigadores, al calificar como brañas sólo a las arquitecturas de cubierta vegetal, desdeñando otras, que van desde los citados corros, tan típicos de la casi totalidad de la cordillera cantábrica, a las propias cuevas, indudables espacios de hábitat temporal, sobre todo en la época de verano, donde las actividades de los grupos ganaderos se desarrollan en la alta montaña. En lo que respecta al uso de cuevas, siguiendo el modelo estudiado por García Martínez (1996), éstas estarían incluidas, en un modelo de brañas estivales, con un uso exclusivo en los principales meses de verano. El fenómeno de estas estructuras de hábitat tiene dos elementos característicos. Por un lado, estamos ante una forma de colonización semi-permanente de espacios periféricos, convirtiéndose en algunos casos, en asentamientos estables a modo de pueblos. Por otra parte, a nivel estructural, estamos ante arquitecturas sencillas, con un máximo aprovechamiento de estructuras orgánicas, así como del terreno circundante, bien sea aprovechando sus salientes rocosos, como abrigos habitables, o bien, transformando la roca base, para adecuar la base cua-

drangular de la futura vivienda-cuadra (Linares 2004, 61). Esa sencillez constructiva y funcional, se ha visto desde la historiografía contemporánea como un modo de arcaísmo o tradición cultural milenaria, algo muy discutible, ya que estamos ante una sencillez funcional que fácilmente podría repetirse en diversas épocas, y donde, además, los últimos estudios sobre el tema (Graña y López 2007), advierten de cierta complejidad en la diversidad constructiva, ajena a la vieja cabaña prehistórica, que tan usualmente, se toma como referente de comparación. El debate respecto al origen de las arquitecturas ganaderas siempre se ha centrado en el fenómeno de las brañas de cubierta vegetal de Asturias, y las pallozas del Noroeste. La presencia de modelos de vivienda-cuadra circulares, así como la omnipresente cubierta vegetal, ha llevado a pensar en un antecedente castreño, debate en el que caen la totalidad de investigadores que han tratado este tema, sin concederle mucha importancia a la inexistencia de pruebas arqueológicas que demostrasen esa línea continuada de la arquitectura protohistórica hasta nuestros días: *“De hecho, existen en Somiedo un buen número de construcciones auxiliares que atestiguan la relevancia de las formas circulares, tan semejantes al de las casas castreñas del pasado”* (Linares 2004, 50).



Figura 14.27: Entrada a la cueva de la China-riega A (Estrada 2000).

Hasta el momento, el uso de antiguos espacios megalíticos, en época romana y medieval, había sido atribuido, como en la Lora burgalesa (Delibes, Rojo y Represa





Figura 14.28: Vista del valle de la Vecilla desde la entrada de la cueva de la Prida.

Esas “visitas” puntuales llegarían hasta la Baja Edad Media y época moderna, si tenemos en cuenta los hallazgos numismáticos de algunos de los dólmenes de la comarca antes citada. En nuestra opinión, si bien es posible aceptar parcialmente alguna de las propuestas anteriores, creemos que estas ocupaciones demuestran el rastro de antiguos hábitats de tipo agropecuario, y principalmente ganadero de los entornos megalíticos, donde incluso las propias cistas dolménicas son utilizadas como refugios habitables. La presencia de restos romanos y medievales se constituye, en definitiva, como un dato de gran valor para el estudio de unas actividades, en espacios de alta montaña, que hasta el momento son bastante difíciles de localizar desde el punto de vista arqueológico.

Es evidente que las poblaciones ganaderas siempre han explotado y habitado los al-



Figura 14.29: Cueva del El Fontanón II. Ubicada junto a un camino real, ha sido un espacio privilegiado para las ocupaciones puntuales ganaderas.

tos valles de la montaña cantábrica desde la prehistoria. Lo que se ha puesto en debate, más que esa evidencia, es la existencia de un

## 14. Los paisajes secundarios. Las cuevas astures.

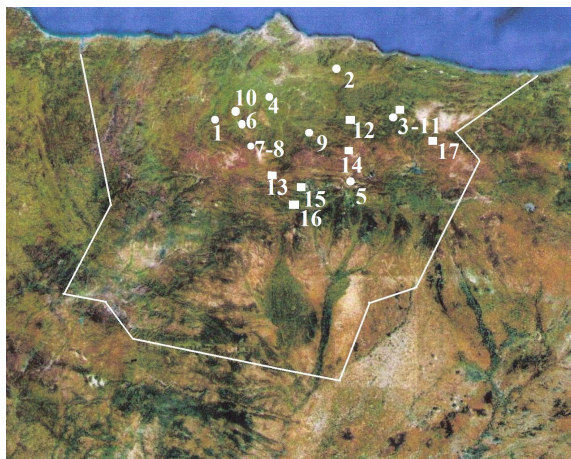


Figura 14.30: Cuevas-Braña de época medieval. Dentro de este tipo de hábitat observamos dos grupos, por un lado, aquellos yacimientos cuyo entorno inmediato es puramente ganadero (círculo), y aquellos de entornos con usos mixtos, tanto ganaderos como agrícolas (cuadrados). En líneas generales, se observa una mayor capacidad de usos mixtos en las cuevas leonesas, salvo un par de excepciones de la alta montaña asturiana, donde hemos atestiguado cultivos de cereal en el entorno de dichas cuevas, hasta épocas recientes. 1-El Collau, Dolia. 2-Laspru, Aballe. 3-Barabroña, Priesca. 4-Cueva Cabrera, Figares. 5-El Fontanón II, Ncedo. 6-Cuacuarterel, Hedrada. 7-Chinariiega B, Páramo. 8-Chinariiega A, Páramo. 9-La Salona, Conforcos. 10-Castro Blanco, Santo Adriano. 11-Les Beleñes, Priesca. 12-Les Xanes, Tornos. 13-El Arroyo, Barrios de Luna. 14-Covachos de Canseco. 15-Sanchuzano de Gerás. 16-San Mateo, Pola de Gordón y 17-Abrigos de Corona, Cordiñames de Valdeón.

auténtico poblamiento de montaña vinculado mayoritariamente a la ganadería intensiva y a los movimientos temporales, de una población, equivocadamente definida como “marginal”. A partir de la época romana, los testimonios epigráficos que nos relatan la existencia de auténticos grupos gentilicios, como los vadinienses, funcionando a uno y otro lado de la cordillera, dejan claro la existencia de esa población de alta montaña (González Rodríguez 1997, 129). Las dudas en este sen-

tido vuelven a ser las mismas que para las poblaciones prerromanas, sin que sepamos si realmente estamos ante grupos especializados en la ganadería, o bien ante poblaciones que explotan desde los fondos de valle, y de forma temporal, o puntual, las zonas más altas. Algunos autores (Linares 2004) ponen en relación la presencia de las brañas con el aumento de los monasterios de montaña en el siglo XII, lo que conllevaría un aumento de la demanda de zonas de colonización agropecuaria. Otros investigadores (Alvarez Castrillón 2001, 133), incluso aumentan en un siglo la cronología de la colonización de espacios periféricos, caso de la comarca de los Oscos, observando un poblamiento anterior a esta fecha, caracterizado por poblaciones ubicadas justo entre los espacios cultivables y aquellos que ofrecen aprovechamientos ganaderos.

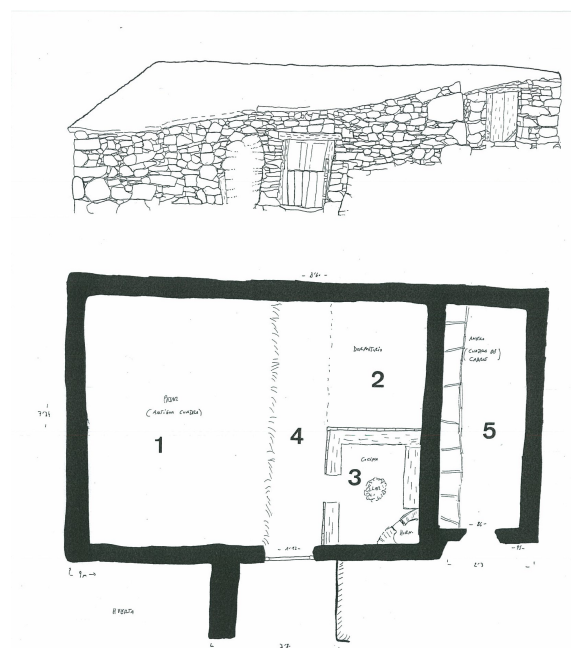


Figura 14.31: Cabaña vaqueira del Chano (Cangas del Narcea). 1-Pajar actual en antigua cuadra, 4-Dormitorio, 3-Llar o cocina, 4-Entrada y pasillo central, 5-Pequeño establo anexo.



Estas fechas, coinciden de forma exacta, con algunas de las tesaurizaciones halladas en cuevas cantábricas (Barandiarán 1968, 112), demostrando ya el uso intensivo, ya sea como espacios periurbanos, o como brañas temporales, de estos espacios periféricos pero vinculados de forma directa, con las poblaciones locales.

De todas maneras, y centrándonos en la montaña asturiana, el proceso no parece igual y podemos estar ante diferencias comarcales, tal como demuestra el hecho de que algunos hábitats de entorno casi exclusivamente ganadero en la montaña tevergana, ya estén documentados como asentamientos permanentes de población en el siglo XI (Fernández Suárez 1992, 5). El origen de las brañas, a día de hoy, se explica bajo la perspectiva de tres puntos de vista. El primero, alude a una población permanente que, siguiendo una tradición ganadera local de raíces prerromanas, continúa con un uso de los pastos en verano, al que con el tiempo, va incorporando estructuras de cierta habitabilidad.

La segunda hipótesis defiende la existencia de un proceso de colonización de las zonas periféricas, sobre todo a partir de la alta Edad Media, que se vería impulsado entre los siglos XI y XIII por una auténtica política de administración y expansión económica, por parte de los poderes locales.

Una tercera vía apuesta, dentro de esa génesis del fenómeno en tiempos medievales, por un proceso de creación de las brañas, bien sea debido a la huida de las imposiciones fiscales y al control señorial (Valladares 2005, 69), o bien debido a las ordenanzas de uso y explotación de puertos de montaña, que favorecen, sin necesidad de huir del poder local, una vida de los grupos locales, mucho más relajada a nivel fiscal, que en otros sectores de la montaña asturleonera. Ante estas tres líneas de trabajo tradicionales, se impone desde la perspectiva arqueológica una vía menos “rupturista”, y que plantea la continuidad habitacional del poblamiento altomedieval en los altos valles (Bohigas 1999, 368), dentro de un

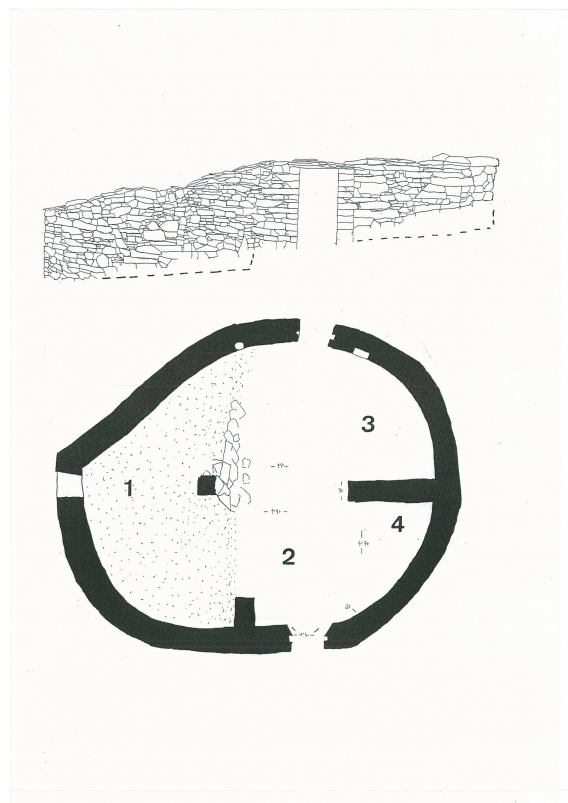


Figura 14.32: Cabaña ganadera circular del Viñal (Ibias). 1-Cuadra, 2-Pasillo central, 3-Dormitorio, 4-Cocina.

contexto geográfico totalmente dinámico desde siglos anteriores, en lo que respecta a su explotación y organización territorial (Pérez Rodríguez 1999, 349).



Figura 14.33: Long-house asturiana denominada tipo Narcea cuyo origen está en la colonización de espacios ganaderos periféricos y en ladera. La Casona en Sorrodiles (Foto Francisco Fernández-Riestra).

En cuanto al modelos de vida de estos grupos, lo que parece demostrarse a través de los registros arqueológicos documentados hasta el momento, es que no estamos ante gentes que realizan su vida de forma autosuficiente, si tenemos en cuenta el repertorio de piezas de clara vinculación comercial que aparecen en algunas cuevas, caso de la Garma (Cantabria) (Bohigas y Ruiz 1989, 110). Por otro lado, muchas de las actividades de ocupación se restringen a las zonas donde existe mayor cantidad de luz natural, es decir, la entrada y el exterior de la cueva, lejos de posibles espacios internos que podrían dar pie a interpretaciones de tipo cultural o ritual. En este sentido, las descripciones etnográficas de las cavidades-braña de los Picos de Europa (Ballesteros 2002; Valladares 2005, 42), nos describen un modelo simple, con murete exterior, separación interior mediante entre-tejido de ramas, y un fuego próximo a la entrada. En casos más complejos, como el de la cueva Armada, en el desfiladero del Cares, se nos relata la existencia de una cueva, que no solo aprovecha el abrigo para la creación de dos plantas de habitación y cuadra, sino que además, aprovechando las galerías interiores, dispone de cocina, despensa, almacén, leñera y gallinero (García Fernández 1962). Los hallazgos de cerámica medieval en Cuacuartel y Trillacueva demuestran la existencia de brañas en tiempos tempranos de la Edad Media. Incluso, si conseguimos demostrar la tardoantigüedad de algunos fragmentos de cerámica a mano que aparecen también en estos registros, podríamos concretar un momento inicial bien documentado entre los siglos V y VIII d.C., en las que ya se establecerían un conjunto de puntos de poblamiento, seguramente estivales, cuya continuidad queda demostrada con la presencia de cerámicas medievales. Los paralelos arqueológicos de estaciones al aire libre son más dudosos, y de momento la investigación al uso sigue fundamentando sus cronologías en la documentación escrita y destacando los fuertes procesos de explotación de la alta montaña a partir del siglo X y XI d.C. Existen, sin embargo, evidencias arqueológicas secundarias, constatadas a

través de fechas de carbono 14, que demuestran el uso de determinados megalitos de la alta montaña cantábrica aún en el siglo VIII d.C., caso de Los Lagos I en Cantabria (Gutiérrez Morillo 2004, 299). La reutilización de estos espacios en época altomedieval ha sido motivo de discusión en las últimas décadas, manteniéndose predominante en el debate una hipótesis de uso cultural: *“la religiosidad popular va retrocediendo hacia lugares marginales o remotos (cuevas, monumentos megalíticos o comarcas poco pobladas del sur de Cantabria) o diluyéndose progresivamente en una nueva liturgia”* (Gutiérrez Morillo 2004, 299), que nosotros creemos bastante discutible en la gran mayoría de los casos.

Si bien pueden darse casos concretos de cultos paganos en algunos monumentos megalíticos, una hipótesis que como se ha visto nosotros sí apoyamos desde la antropología para el caso de las cuevas, lo cierto es que las necrópolis no dejan de ser espacios de pastoreo, cuyos restos constructivos permiten un uso cómodo ya sea para la reutilización de sus ortostatos, como cercas o base de cabañas, o bien como espacios de hábitat de pequeñas dimensiones, caso de algunos dólmenes de corredor todavía en pie. En la montaña asturiana, concretamente en la sierra de Santa Ana, muchos de los túmulos siguen siendo llamados cabañas, utilizados según la mitología popular por los carlistas en su día como refugios. Por lo tanto, utilizando como método de datación de uso de espacios ganaderos los restos medievales en estaciones megalíticas, queremos contradecir las hipótesis culturales, planteando un uso puramente económico y de hábitat estacional de dichos espacios, que como hemos comprobado en tantas ocasiones en nuestro marco de estudio, se hallan en lugares estratégicos, normalmente en collados protegidos del viento o en zonas llanas inmediatas a las mejores áreas de pastoreo de cada sierra, lo que nos lleva a plantearnos que sencillamente los antiguos lugares de enterramiento protohistórico tumulares y los posteriores lugares de explotación ganadera altomedievales coinciden en algunos casos. Otra de las hipótesis planteadas para el uso de espacios de al-



ta montaña en épocas tempranas de la Edad Media, es el de la tradición cultural, en base a unos espacios todavía no controlados desde unos poderes señoriales, que habrían permitido el establecimiento, fuera de un ámbito de imposición fiscal, de una serie de grupos ganaderos al margen de la territorialidad oficial. Esta hipótesis suele resaltar la tradición ganadera incluso desde tiempos prerromanos de las zonas más altas, como base de una segura

explotación similar en tiempos altomedievales (García Alonso 2006, 473). Si bien es cierta la segura presencia de estos grupos ganaderos durante la etapa hispano-visigoda y altomedieval en las zonas más altas de la montaña cantábrica, hay que destacar que esa condición de grupos al margen de la organización territorial es una hipótesis basada en la escasa o nula documentación para el análisis de los territorios más periféricos durante estas épocas.



Figura 14.34: Cueva de los Huesos en Quirós.

En nuestra opinión, si bien las dificultades de control de esas zonas siempre han existido, propiciando para la montaña astur-leonesa la instalación de fortificaciones de control de algunos de los pasos más altos (Fanjul 2005), lo cierto es que es difícil separar el posible esquema de organización socio-político de estos grupos, desde la tardoantigüedad, donde se observa un primer gran incremento de uso de

cuevas-braña, respecto a las etapas posteriores, donde esos usos continuaban en una situación similar. Para esta etapa altomedieval por lo tanto, se sigue resaltando de forma mayoritaria en la bibliografía la imagen de unos grupos de rasgos arcaizantes, que entre los siglos VIII y IX d.C. hacen uso de los espacios más periféricos desde centros poblacionales mejor comunicados en los fondos de valle. Se reco-

noce, sin embargo, la existencia de diferencias comarcales en una misma región, sobre todo en lo que se refiere a la propiedad y los derechos de uso, con una explotación comunal atestiguada perfectamente para algunas zonas altas de los valles de Cantabria en el siglo IX d.C. (Serrano 1918, 421), que podría haberse ido reduciendo ante un mayor empuje de la propiedad eclesiástica y señorial durante toda la Edad Media. En el siglo XIV, algunos autores discuten la posible existencia de espacios periféricos ajenos a ese poder señorial en los valles de alta montaña, en base a algunas expresiones de la documentación bajomedieval que citan la existencia de “montañas bravas y desiertas” (Leal 1991, 3), y que tal como inciden otros investigadores (García Alonso 2006, 475), posiblemente hagan referencia a una falta de organización fiscal de esos espacios y no a la existencia de un desierto poblacional. De hecho, en la baja Edad Media parece producirse un nuevo impulso a las explotaciones de las tierras de alta montaña, lo que lleva parejo una intensificación de la organización local de explotación del territorio, a través de los conocidos como concejos comunales, y que conduce a su vez a una conflictividad social a nivel comarcal entre diversos territorios.

A nivel material, hemos de destacar que muchos de los lugares con mas restos cerámicos son los que se hayan situados a mayor altura, lo que puede deberse a una menor destrucción del registro arqueológico de superficie, o bien, a que estos emplazamientos, usados como espacios de hábitat previos a la implantación de aldeas están obligados a disponer de mayor número de piezas para almacenamiento de agua y comida. En este caso destaca la presencia siempre de jarras, a veces en gran número, junto a un abundante número de ollas con diversa factura y decoración, lo que posiblemente esta en relación a una cierta extensión temporal de las ocupaciones de esas cuevas, lo que quedaría demostrado a través de una diversidad material en tipos de cocción, decoraciones, texturas, desgrasantes..., dentro del mismo ámbito doméstico de la cerámica.



Figura 14.35: Cueva del Celón en Belmonte junto a un entorno mayoritariamente de usos ganaderos.

### 14.9 SANTUARIOS Y ENTERRAMIENTOS AL FINAL DE LA ANTIGÜEDAD ASTUR.

La hipótesis religiosa ha sido una de las líneas más atractivas para explicar algunas ocupaciones medievales de cuevas, sobre todo, en el caso de cuevas próximas a centros que posteriormente tuvieron cierta importancia cultural a partir de la Edad Media. Esta línea de interpretación no se restringe al ámbito del Cantábrico oriental, donde ha forzado de forma más destacada el debate científico, sino que en menor medida se ha difundido como explicación a otros ámbitos del Cantábrico, caso de Asturias y León, e incluso al extremo más occidental de la cordillera, como sucede en el sur de Galicia, con las cuevas de la Pala de la Zorra (Rubiá, Orense). En estas cavidades se han documentado restos materiales cerámicos, propios de una ocupación tardoantigua, fechada a través de las cerámicas sigillatas tardías. Esta facies arqueológica se vincula de forma

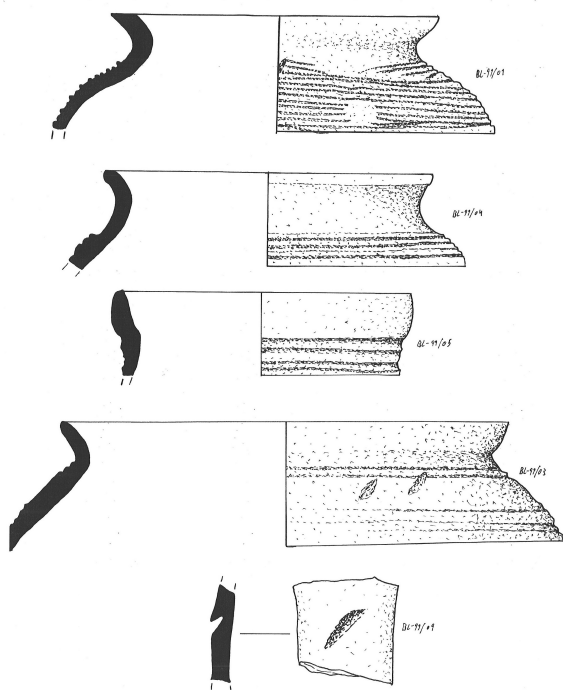


Figura 14.36: Material cerámico medieval de les Beleñes (Ponga) (Menéndez y Sánchez 2000).

directa como precedente de la fundación del vecino monasterio de Samos (990 d.C.), lo que sirve para extrapolar este hecho a otros casos vecinos: “*Monasterio de Cobas, que actuaría como centro de reunión entre ermitaños y monjes cenobitas* (Fernández Rodríguez *et alii* 1993). *De ser el caso de la cueva do Xato, deberíamos relacionarla con una posible comunidad de ermitaños, situada en un entorno escondido y aislado como es el Caurel y relacionada con el monasterio de Samos, fundado en el siglo VII d. C.*” (Fabregas Valcarce *et alii* 2008, 83). Tradicionalmente se ha asignado a mediados del siglo VI d.C (Campuzano 1999, 349), como el momento de origen del eremitismo cantábrico, aunque las escasas y recientes excavaciones realizadas en uno de estos complejos rupestres de las Gobas (Azkárate 2008, 143), han puesto de manifiesto un origen del yacimiento en torno al siglo VII d.C., con una extensión como espacio de habitación hasta el siglo posterior, convirtiéndose en cementerio en el siglo IX d.C. Este último

siglo parece ser un momento de impulso de la arquitectura o los usos rupestres con motivos religiosos, siendo considerado, a día de hoy por algunos investigadores, como el único momento donde se pueden enmarcar el origen de las arquitecturas religiosas rupestres en la alta Cantabria (Fernández Vega 2006, 81). Si bien la cercanía de éste y tantos otros complejos rupestres a centros religiosos aparte de la presencia de inscripciones coetáneas de carácter religioso, suponen una evidente relación, hay otros factores difíciles de explicar desde la investigación arqueológica. Por un lado, la presencia de necrópolis familiares no permite diferenciar una comunidad religiosa de un mero despoblado. Por otro lado, los trabajos en la roca muchas veces no pueden calificarse con seguridad, sobre todo debido a su tipología estructural de centros de culto o espacios religiosos.

En el sur de la Península, los problemas de identificación funcional y cronológica no son tan distantes a los nuestros. Uno de los últimos trabajos al respecto, correspondiente a las cuevas de Giribaile (Gutiérrez *et alii* 2005), en Andalucía oriental, nos presenta un yacimiento rupestre con abundantes epígrafes de tipo cristiano, si bien existe un grave problema de adscripción cronológica para los materiales cerámicos hallados, así como para identificar posibles usos religiosos de algunas de las estancias de las cuevas, que tradicionalmente fueron calificadas de criptas o iglesias. La posible vinculación eremítica de la cueva de Fresnedo y el también posible proceso de transformación hacia un asentamiento al aire libre, en lo que sería el inmediato monasterio de Presorias, ha sido una propuesta teórica muy bien planteada como proceso, aunque falta de una demostración arqueológica para refrendarla, de momento no podemos demostrar su existencia. La última fase de esa evolución, al menos para el caso de Presorias, consistiría en la conversión del monasterio en hacienda rural durante la Baja Edad Media, desapareciendo finalmente cualquier estructura de habitación en la zona en época Moderna (Fernández Mier y Fernández Hevia 1988, 91). Desconocemos si



el proceso de transformación del monasterio en hacienda rural durante el período bajo-medieval, esta en relación con la expansión agropecuaria, que tantos autores advierten entre el período plenomedieval y el siglo XIV. En este sentido, se advierte en algunas zonas del Noroeste hasta un aumento del doble de asentamientos humanos, sobre todo en las zonas periféricas (Sánchez Pardo 2006, 27). Son escasas las dataciones de cuevas artificiales con posibles usos religiosos, así como de las iglesias rupestres cantábricas, pero siguiendo el contexto general de las producciones cerámicas localizadas, de momento podemos encuadrar algunos casos como el del conjunto de Valderredible entre los siglos VIII y XIII d.C. (Bohigas, Irala y Menéndez 1982, 282). Estamos pues, para el Norte peninsular, en un debate no sólo cronológico, sino también cultural, donde el impacto de la cristianización entre los grupos de montaña sigue siendo motivo de enfrentamiento científico, resucitando el viejo debate del paganismo. *“Esta cristianización, que no sabemos si estaría concluida del todo en el siglo VIII, debió ser, durante un tiempo bastante superficial entre amplias capas de la población del territorio, perviviendo bajo el barniz de la nueva religión, muchas prácticas relacionadas con el culto a los antiguos dioses”*. (Serna, Valle y Hierro 2006, 273). En cuanto al debate puramente cronológico las fechas aportadas como origen del fenómeno eremítico se han movido entre un supuesto marco hispano-romano, en consonancia con la implantación del cristianismo, o bien, como producto de un fenómeno posterior, más orientado a un modelo diferente de comunidad, que bien compartiendo las cavidades con construcciones anexas, o bien como precedente a la propia construcción del monasterio, tiene su origen en lo que se denomina como etapa de repoblación, a partir del siglo IX o X, hasta el siglo XIII.

En cuanto al debate puramente cronológico, las fechas aportadas como origen del fenómeno eremítico se han movido entre un supuesto marco hispano-romano, en

consonancia con la implantación del cristianismo, o bien como producto de un fenómeno posterior, más orientado a un modelo diferente de comunidad, que bien compartiendo las cavidades con construcciones anexas, o bien como precedente a la propia construcción del monasterio, tiene su origen en lo que se denomina como etapa de repoblación, a partir del siglo IX o X d.C., hasta el siglo XIII. Estaríamos pues ante unas cuevas que se usan en paralelo a grupos monásticos que residen en sus cercanías, y que nada tiene que ver con el fenómeno eremita, pese a que hagan un uso religioso ocasional de esas cuevas. Respecto a la existencia de fenómenos de puro eremitismo en el Cantábrico central, tanto la vinculación de los hallazgos de Fresnedo con el vecino y posterior centro religioso de Presorias (Fernández Mier y Fernández Hevia 1998, 106), así como el de otros elementos litúrgicos en cueva, no nos permiten demostrar dicha relación en el plano arqueológico y se mantienen a día de hoy como una suposición. La cueva habría actuado en este caso como un lugar de enterramiento puntual, donde la comunidad que hace uso de ese espacio parece residir al aire libre en sus inmediaciones, y no nos permite definir a un grupo de eremitas. Los únicos casos claros de nuestro área de estudio, donde más allá de fenómenos de eremitismo podemos hablar de usos religiosos, son algunas de las cuevas excavadas en roca del valle del Esla. El sentido periurbano de las mismas sigue siendo muy fuerte, y las inscripciones fundacionales que hemos estudiado en algunas de esas cuevas, caso de cueva los Moros de Mansilla, nos llevan a momentos avanzados de la Edad Media, con lo que de momento, no podemos vincular por completo ese sentido religioso con una actividad eremita en un sentido estricto del término. Otros lugares como la cueva de San Martín, a las afueras de León, parecen responder, si tenemos en cuenta su ubicación y entorno inmediato, a espacios de culto vinculados a lugares de cierto simbolismo, más allá de constituir estructuras de poblamiento humano.



#### 14.10. La cueva peri-urbana. Un modelo de poblamiento rural en torno al Nalón.



Figura 14.37: Aspecto actual de la entrada al complejo rupestre artificial de la cueva de los Moros (Mansilla de las Mulas)



Figura 14.38: Entrada a una de las estancias de la cueva artificial de los Moros.

#### 14.10 LA CUEVA PERI-URBANA. UN MODELO DE POBLAMIENTO RURAL EN TORNO AL NALÓN.

En este apartado tratamos de un modelo que si bien, se repite en todas las etapas analizadas en su ámbito funcional, en el caso específico de la etapa medieval se caracteriza por su concentración en torno a la capital del reino asturiano, como principal foco de poblamiento. Se trata de un modelo que hemos denominado peri-urbano, no tanto por su cercanía a una ciudad, sino por su inmediata relación en el espacio geográfico con establecimientos al aire libre coetáneos, a los que incluso podrían estar vinculados desde el punto de vista social o administra-

tivo. Este modelo aparece ya en la época romana, o incluso podemos definirlo como un modelo de poblamiento muy general que es incluso anterior en su origen dentro de nuestra área de estudio. Ya en los escasos restos de la Edad del Hierro documentados en cuevas, nos encontramos con un modelo periurbano, de funcionalidad desconocida si tenemos en cuenta los tipos de hallazgos que se han documentado en cuevas como Pillarno en Castrillón, o con las escasas referencias a usos en cuevas de las faldas de otros castros como el Picu Castiello de la Collada o el Picu Castiello de Viobes en Nava, las cuales son de escasa credibilidad a nivel científico (Fanjul 2005). En época romana, los usos de cuevas en el entorno inmediato de espacios habitados al aire libre aparecen en varios casos, tanto en lo que puede ser un tipo de uso doméstico, caso del Eremitán, como otro claramente funerario, caso de Entrellusa, o incluso de tipo industrial, como el posible uso de las galerías bajo el castro de Corporales en León. El modelo periurbano de la etapa medieval tiene, en cambio, otras características. Por un lado, aparece en mayor número de casos, a los que se pueden sumar otros yacimientos que damos como cuevas-braña, y que pudieron estar en relación a un despojado hoy no existente en la actualidad. Por otro lado, aparecen normalmente vinculados a estos yacimientos el fenómeno de las vías de comunicación, impulsando la relación de estas ocupaciones de cuevas con un sistema de relaciones sociales de cierta fuerza, en base a un movimiento de población desde los centros urbanos. Finalmente, otra de las características de estos yacimientos es su fuerte carácter agrícola, sobre una posible especialización ganadera. El entorno inmediato permite unos usos económicos mixtos, pero siempre más vinculados a cultivos de cereal, con zonas de captación de agua también en la inmediatez del yacimiento. El material arqueológico hallado en estos yacimientos suele estar formado por abundante cerámica, quizás en unas proporciones mayores a las de otros tipos de yacimientos, indicando posiblemente un uso doméstico más intensivo

## 14. Los paisajes secundarios. Las cuevas astures.

que otros espacios de tipo ganadero, a los que se recurre de forma puntual u ocasional. Igualmente, la identificación tipológica y decorativa de los materiales suele ser más fácil, con una mayor calidad de piezas, lo que refuerza la hipótesis de su adscripción a centros de poblamiento de mayor entidad, con una obtención de mejores piezas a través de las vías de comunicación que suelen ubicarse en las cercanías de las cuevas.



Figura 14.39: Entrada a la Cueva del Fistru de Palomar, ocupada en época medieval y anexa a un camino que comunica con Oviedo, dentro de una zona de poblamiento al aire libre bastante intenso.

### 14.11 LAS CUEVAS REFUGIO Y OTRAS OCUPACIONES PUNTUALES.

Hemos denominado así a un conjunto de cavidades cuya ubicación, de extrema dificultad para su localización, así como su escaso registro material arqueológico, parecen estar mostrando pautas de ubicación muy puntuales, en busca de un auténtico escondite visual, ajeno a una posible explotación económica del entorno. En este pequeño grupo de yacimientos en cueva entrarían el Tinganón (Ribadesella), cueva del Río y la Foz (Caso), las cuevas de Viñayo y Orpiñas en León, así como posiblemente Cova Losa de Abajo, a las afueras de Oviedo. El acceso a los yacimientos es de una dificultad asombrosa. En el caso del Tinganón requiere una media de una hora de camino desde la actual carretera, a través de

bosque y ascendiendo un arroyo de montaña, para lo que es necesario no sólo trepar en algunos tramos, sino también meterse dentro del propio arroyo en otros sectores. En el caso de las cuevas de Viñayo y Orpiñas el sistema es idéntico, mientras que en las dos cuevas de Caso este acceso se repite, pero en un recorrido muchísimo más corto, estando la cueva de la Foz justo antes del desfiladero, desde el que se accede a la otra cavidad. En el caso de la última cueva citada, Cova Losa, tenemos dudas sobre su inclusión en este grupo, ya que si bien su acceso es bastante fácil, su forma interior en forma de prolongada gatera, sin posibilidades de usos domésticos, nos lleva a pensar en que posiblemente estamos ante un auténtico refugio, como única explicación funcional. El entorno inmediato de todas las cavidades citadas, a excepción de Cova Losa, si bien es de montaña y exclusivamente de usos ganaderos, la localización de las cuevas y su acceso, siempre bordeadas de empinados barrancos, apenas permite una explotación ganadera del entorno.



Figura 14.40: Entrada a las cuevas de Viñayo (León).

El material cerámico hallado en estas cavidades es ínfimo en número, si lo comparamos con otras de adscripción agropecuaria y periurbanas, lo que está indicando un uso muy puntual o circunstancial de la cueva. Por otro lado, la calidad del mismo, caso de las piezas descritas para el Tinganón en Asturias, demuestran una cierta calidad, lo que podría estar reforzando la hipótesis de un uso pun-



tual por parte de grupos que están inmersos en un sistema de producción o circulación de bienes materiales más amplio, es decir, nos podría estar indicando la existencia de un grupo que normalmente reside en aldeas o pueblos, y que, de forma muy circunstancial, han hecho un uso doméstico de esa cavidad. A modo de dato histórico, el uso repetitivo de estas cuevas, también como refugios y escondites durante la Guerra Civil, refuerza la hipótesis interpretativa que les hemos asignado respecto a su funcionalidad.

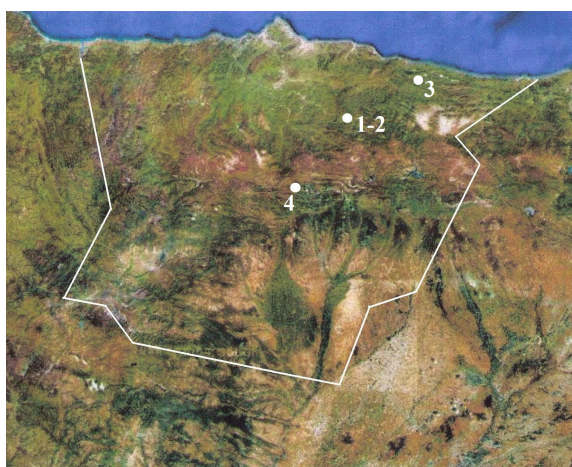


Figura 14.41: Cuevas con usos vinculados a actividades de refugio estacional o escondites (época medieval). Se caracterizan por sus accesos extremos, siempre escondidas a la vista y normalmente culminan valles de montaña, de los que surge algún arroyo que da comienzo al valle. Igualmente, y siguiendo las pautas que hemos establecido en nuestra clasificación, coincide que todas ellas han sido utilizadas por la guerrilla antifranquista después de la guerra civil, lo que parece reforzar aún más, su uso como escondites en época medieval. 1-La Foz, Venero. 2-Cueva del río, Venero. 3-Tinganón, Llovio y 4-Las Cuevas, Cuevas de Viñayo.

### 14.12 MITOS Y POSIBLES PERVIVENCIAS CULTUALES EN LA TRADICIÓN POPULAR.

#### 14.12.1 Problemática de la documentación científica.

Es evidente que los espacios subterráneos han constituido en numerosas culturas luga-

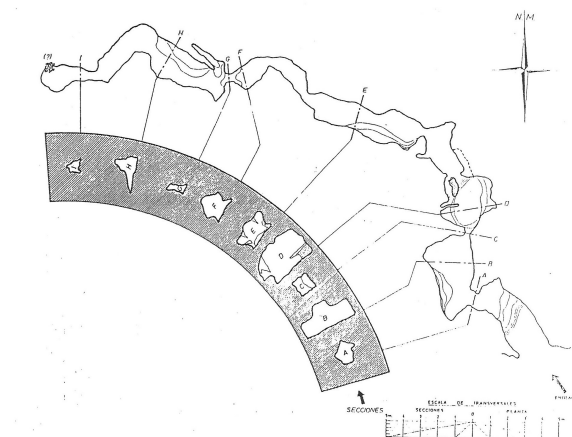


Figura 14.42: Cova Losa de Priorio (Quintanal 1991). Pese a su complejo desarrollo, pequeña entrada y escasas condiciones de habitabilidad, el hallazgo de cerámicas medievales en su interior, parece apuntar a un auténtico escondite.

res especiales en el plano ritual, mental y religioso, desde tiempos prehistóricos. La oscuridad natural que se habría camino hacia el interior de la tierra, con todo el simbolismo que esto supone en la mentalidad del hombre preindustrial, hace que las cuevas sean un espacio privilegiado en la documentación de los procesos de ocupación y de culto, y por lo tanto sean unos lugares indispensables en la construcción de una arqueología de la religión y del poblamiento. Es fundamental subrayar la fuerte problemática en la documentación antropológica y sus interpretaciones actuales, para darnos cuenta de los vacíos temáticos que pueden afectar a nuestra síntesis. Por un lado, no existe un corpus detallado de mitos subterráneos. La totalidad del material etnográfico parte de estudios parciales de ámbito muy local, de breves referencias sueltas en obras generales, o de análisis de conjunto carentes de un trabajo previo de recopilación de documentación oral fiable (Gómez-Tabanera 1975, 718). Igualmente, buena parte del material que sabemos ha sido documentado permanece sin publicar, y en otros casos el material publicado está cargado de intrusiones procedentes del romancero moderno (Martínez

1998, 5), algo ya reseñado por otros investigadores locales (Fernández-Pajares 1984, 15). Ante esta situación, una definición geográfica de los tipos mitológicos subterráneos sólo puede hacerse a través de una visión general, lejos de la posibilidad de llegar a análisis estadísticos de calidad (Dethier 2003). De la misma forma, es mucho menor el material científico disponible para analizar los ritos contemporáneos o el uso tradicional de las cuevas asturianas. A esta problemática base, hay que sumar en las dificultades interpretativas, el hecho de que la variedad de tipos mitológicos y de sus cargas simbólicas hagan casi imposible la búsqueda de una línea originaria o explicativa común, como discurso clarificador del mito subterráneo, obligándonos a buscar posibles situaciones históricas o influencias culturales externas que lo hayan originado. Un buen ejemplo de esta situación lo tendríamos en las abundantes analogías del corpus mitológico europeo, donde las similitudes llegan incluso a la denominación de la figura mitológica, como en el caso de la sirena “Melusina”, documentada en Asturias y en el norte de Francia (Alvarez Peña 2000). Debido a este problema, en esta introducción nos hemos limitado a intentar definir unas áreas geográficas relacionadas con el género del mito, como única forma de acercarnos a unos mínimos espacios culturales del Norte peninsular a través de las pervivencias mitológicas, y que parecen estar directamente relacionados con los antiguos cultos precristianos de cada una de esas zonas. A diferencia de las leyendas, el cuento dispone de una mayor carga simbólica, enlazada con mitos casi universales de carácter diacrónico, mostrándonos, en los casos analizados, amplias analogías de determinados aspectos del folklore asturiano, con aspectos detectados en cuentos de la tradición oral eslava (Skolov 1945) o elementos folklóricos escandinavos (Suárez López 1998, 89), sumando más dificultades a la hora de explicar un origen temporal y geográfico concreto de dichos elementos. La concepción teórica del mito, dentro del análisis que hacen algunos investigadores, no concuerda con la realidad antropológica que vivimos, pues no esta-

mos ante: “*Un relato tradicional que refiere la actuación memorable de personajes extraordinarios en un tiempo prestigioso y lejano*” (García Gual 1989, 12), sino que, en nuestra opinión, estamos ante elementos vivos todavía en la mentalidad rural tradicional, a los que la población actual invoca para conseguir favores, respetar o temer. De estas obras generales también se percibe una casi exclusiva apreciación del mito dentro de los cánones de la cultura grecolatina o germánica (García Gual 1989, 12). Fuera de esta problemática de la documentación oral y de sus escasas interpretaciones, el análisis de las cuevas como espacios rituales en las últimas décadas se muestra parco a ofrecernos elementos que pervivan más allá de un par de décadas, si nos fijamos en los tipos de ofrendas usuales del curanderismo tradicional que podemos observar con claridad en algunos santuarios naturales entre Asturias y Galicia (Fanjul 2001a, 58), o en las prácticas curativas estudiadas en la Meseta, donde hasta el 100 % de las ofrendas pueden ser de carácter orgánico, e incluso son destruidas durante el mismo proceso ritual (Domínguez Moreno 1992, 80). En definitiva, son muy escasas las huellas en santuarios en cueva, que demuestren haber sido espacios culturales tradicionales si no están adscritos a santuarios cristianos vivos en la actualidad.

### 14.12.2 Arqueología y mitología en las cuevas asturianas.

La realidad arqueológica de nuestra cavidades está íntimamente relacionada con la pervivencia del fenómeno mitológico, y así, el hallazgo de restos óseos, en una cueva del valle de Buedia en Quirós, pese a que comprobamos posteriormente que se trataba de restos animales, no solo revierte el topónimo del lugar en el de “cueva de los Huesos”, sino que genera en la mentalidad local la idea de que tales restos proceden de una antigua ocupación por parte de los míticos moros. Si bien es fundamental apartar el valor de lo literario para ahondar en el análisis histórico de ciertos mitos (Gazin-Schwartz y Holtorf 1994), es indudable la conexión entre yacimientos ar-



queológicos y una mentalidad tradicional local que desemboca en la explotación mitológica de esa realidad histórica. Nuestra región está repleta de ejemplos a este respecto, abarcando desde dichos populares, caso de antiguas explotaciones de minería astur romana en el valle del Navia:

*“Corralín  
Cuenca de oro  
tiras una piedra  
y es un tesoro”  
(de Llano 1928, 499)*

O bien en el caso de hallazgos de enterramientos en cueva del oriente de Asturias, cuya explicación popular se achaca a cementerios de los moros muertos por Pelayo:

*“En Pescanti, los pescaron  
en Copajenti, los coparon  
en Mortuorio, los amortajaron  
y en cuevajaviera los enterraron”  
(de Llano 1928, 22; Álvarez Peña 2006)*

Al igual que en la cueva del Fenoyal de Proaza o en un caso de Nava, en el centro-oriental asturiano: *“Cuntaban que cuando fixeran una nave atoparon esqueletos d’homes arrullaos, dicen que dún cementerio de los moros”* (Álvarez Peña 2001, 68). Y lo mismo ocurre, en ocasiones, con hallazgos sueltos de restos materiales como armas en el interior de algunas cuevas: *“Un tío de Danielín lálcalde Colunga, atopó una espada, dicen que de los romanos, na cueva Busternaldu pal Sueve”* (Álvarez Peña 2006). Fuera de una situación arqueológica, pero dentro del recuerdo histórico, nos encontramos con diversas aplicaciones de la mitología tradicional, bien sea a través del recuerdo de antiguas ocupaciones eremíticas como el caso de la cueva de San Ramón, *“De un cura que para hacer penitencia pasaba en ella largas temporadas”*. (Instituto de Enseñanza secundaria de Trubia 1996, 37). De ocupaciones militares, entre la constatada presencia de tropas carlistas que utilizaron como arsenal la cueva del Catalán en Navarra (Argandoña 1994, 73), y la superposición mítica a elementos arqueológicos como

ocurre con diversos grabados parietales a la entrada de una cueva de Piloña: *“Amás de los moros tuvo ellí tamién la carlistada y dexaron ellí una peña con unes marques señalando onde dexaren enterráu a un xeneral de ellos que morriera”* (Álvarez Peña 1996, 93) Y en una cueva de Llanes, donde un relieve circular es interpretado como el reloj del *“gorretín collooráu”*, o duende burlón local (Sordo 1991, 51). Igualmente, también tenemos la impresión en la tradición oral de la realidad trágica, con casos conocidos y constatados como el caso de la muerte de dos hermanos en la cueva del mismo nombre en Navarra, o mediante la aplicación del mito de la *“pérdida en el pozo”*, como explicación tradicional a la desaparición de jóvenes pastores y niños en la sociedad rural asturiana, y que tiene como base la propia concepción sobrenatural del mundo subterráneo, claramente vinculado, en la mentalidad tradicional, a un más allá donde habitan los muertos. En este caso de la *“pérdida en el pozo”*, la leyenda desemboca en el hallazgo de algún elemento material ladera abajo, que pudo pertenecer a esos jóvenes desaparecidos, y que, a veces, tiene que ver con el descubrimiento de restos arqueológicos como ocurre con el collar del despoblado medieval del *“Campu la Plata”* en Teverga: *“Al Pozu Pispirón decien que cayera una mujer sobresaliente, importante, ya que nun volviera a sabese délla pero que ’l collar de plata que ll.evaba fuera salir a una fonte que ll.aman la Plata, pur eso equí en Berrueñu hay unos praos que ll.ámanse la Plata”* (Álvarez Peña 2006).

##### 14.12.3 Una posible evolución del mito subterráneo y su funcionalidad.

La existencia de diferentes grados de intensidad, tanto en el culto actual de algunas de las cuevas, así como en la percepción del pasado mítico en la tradición oral, muestran la existencia de una última fase de funcionalidad ritual de los espacios subterráneos asturianos, donde sólo quedan ejemplos vivos en aquellos lugares donde la cristianización ha promovido la continuidad de cultos, o bien,

## 14. Los paisajes secundarios. Las cuevas astures.

en otros espacios más marginales, donde esa continuidad viene dada por la minoritaria y difícilmente constatable brujería tradicional. Podríamos, pues, sintetizar en tres grandes fases el proceso evolutivo del uso cultural de las cuevas y de su pervivencia mítica, con una línea transformadora en el tiempo, que puede definirse con claridad a partir de la cristianización.

1. En primer lugar, tendríamos una **fase de cultos precristianos**, con una plenitud de ritos votivos y de enterramiento, a los que se suman unas creencias vivas sobre las figuras mitológicas que residen en las cuevas.
2. La **fase de cristianización**, supone tanto el cierre de numerosos santuarios, la oficialización de los ritos de otros, así como la conversión del mito pagano y su reversión funcional, convirtiendo, por ejemplo, a los antiguos “Janos” locales, en diablos modernos a los que no se debe ofrecer rito alguno.
3. **Fase contemporánea.** Supone una ampliación del abandono de emplazamientos culturales en cueva, incluyendo aquellos cristianizados, relegando al folklore infantil a los viejos mitos subterráneos, con una conversión de Diaños, xanas y Señoras (Urraca, Marica, Mari) en otros mitos residuales, como el sacamantecas, estripaor, sacauntos, diablos, etc.

### 14.12.4 La caverna en la mentalidad tradicional.

Un repaso a los diferentes estudios de mitología y folclore tradicional publicados sobre nuestra región nos acerca a comprender la concepción mágica que tiene el mundo subterráneo en la mentalidad rural. La cavidad es un espacio que representa el más allá en su sentido más pagano, en contraposición a un cielo cristiano ajeno a los seres que “todavía” habitan en el subsuelo y de donde parten males que afectan a la comunidad como el granizo o la sequía (Sanz 1991, 54). Este espacio



Figura 14.43: La exigua presencia de elementos de cristianización en cuevas de culto marginal, representan la huella visible de un proceso cultural mucho más extenso en el tiempo y que parece haberse centrado en aquellas de mayor tradición local. Belén en el interior de la cueva de San Pedro en Nava.

es, por lo tanto, una zona de paso para el encuentro con los seres del universo mitológico tradicional (Llinares 1990, 129), que mayoritariamente están emparentados con el mundo de los muertos, siguiendo un paralelismo con el averno clásico y que hacen del espacio donde viven un lugar de culto y comunicación con el más allá (Davidson 1967, 145). En este sentido, destaca la leyenda asturiana del difunto que se casa en una cueva con la hija del diablo, invitando a su hermano vivo a la boda, el cual debe ir al evento provisto de reliquias como única forma de poder asistir al mismo y conseguir salir de la caverna (de Llano 1993, 148). Si bien el concepto de la muerte es el que parece apoyar la casi totalidad de las manifestaciones culturales y votivas de los espacios subterráneos, no podemos tampoco generalizar esta situación, ante las constantes pervivencias de ritos vitales de la comunidad que todavía se mantienen en algunas cuevas de Asturias, siendo un buen ejemplo, el caso de Villamexín donde, el último domingo de Semana Santa, los niños iban tocados con cencerros hasta la cueva de la Maruxina, en busca de una xana quien concedería a la población local el deseo de obtener un buen bollo ese año. Haciendo sonar con el movimiento de sus



cuerpos un conjunto de cencerros, pedían a la xana que el pan saliese en su punto, e iban entrando en la cueva en procesión cantando:

*“maruxina dame pan  
maruxina dame el bollo  
maruxina dame el pan  
sin corteza y sin meoyo”*

Dentro de lo que es un auténtico rito profiláctico para las cosechas y votivo a la hora de dejar un trozo de pan en la caverna para la Xana (AAVV 1996, 24). Ante situaciones como ésta, no podemos subrayar con tanta fuerza la opinión del ilustre etnógrafo Constantino Cabal (1993, 15), cuando asegura: *“Todas las divinidades que vieron el desfile de los siglos desde encima de los dólmenes, que penetraron después en los templos majestuosos de civilizaciones refinadas, y que aún*

*tienen un refugio a la vera del lar aldeaniego, han nacido de la muerte”*. La concepción de más allá en base al mundo subterráneo queda bien definida en la mentalidad tradicional de numerosos pueblos, quienes creen que sus primeros antepasados han salido de una cueva (Grande del Brío 1982, 23), como lugar por donde se marcharon “los antiguos”, antes de la llegada de una nueva era marcada por la cristianización, como ocurre en el País Vasco (Barandiarán 1979), o como adscripción popular de lugar de hábitat de seres que originan los movimientos de la tierra, como ocurre con los lobos sobrenaturales extremeños, causantes de los terremotos: *“Cuando llega un terremoto es cuando se despiertan y por eso se mueve la tierra, qué porque ha pasado alguna pieza cerca y es cuando se mueven”*. (Domínguez Moreno 1992, 6).



Figura 14.44: Ermita a la entrada de una cueva en Piloña.

Otra base mitológica que se percibe en la mentalidad tradicional es la que vincula el espacio donde van a morir diversos seres, como las xanas y los cuélebres con el mar, lo que podría ser una posible pervivencia de la concepción de más allá que tiene el “finis-terrae” atlántico, dentro de una sistema de pensamiento que presenta claro origen precristiano. Habría que estudiar hasta que punto estamos trasponiendo nuestro concepto actual de maldad al entorno de los mitos de la muerte, tal como ocurre con numerosos mitos subterráneos, en contraposición al sentido funcional que tendrían en tiempos anteriores a la cristianización, donde el espíritu de esos muertos que residen en las cavernas, ayuda a los vivos y es objeto de veneración por parte de estos. La lucha contra el paganismo supuso la centralización del culto en torno a los santos y al propio Cristo como ser protector y vencedor sobre la muerte, transformando en figuras malignas todo el corpus mitológico pagano de seres que anteriormente se adoraban en bosques, encrucijadas y cavernas. Otros mitos, que en menor medida aparecen vinculados al mundo subterráneo, parecen disponer de una cronología más moderna pese a su clara vinculación funeraria. Como ejemplo tendríamos el caso de la Huestia, la procesión de difuntos en busca de nuevas almas, cuyo origen podría estar más que en una pervivencia de la tradición oral precristiana regional, en las grandes épocas de plaga de época medieval y moderna (Lecoutex 1998, 32) o en la fortaleza de la creencia de los castigos divinos en estas fechas, al igual que otros mitos como el “escornau” en la Meseta (Domínguez Moreno 1986, 39). Como contraposición a estas figuras malignas del mundo de los muertos, nos encontraremos una figura del bien, representada a través de curas, curanderos, santos y héroes, los cuales son los únicos capaces en enfrentarse a los diferentes retos que ofrece un más allá invisible e intratable para el resto de los mortales. Especial interés cobra la figura del “médico” de numerosas leyendas asturianas (de Llano 1993, 103), capaz de hablar con los muertos, tratar con ellos para predecir el futuro, y enfrentarse a los retos del diablo pa-

ra favorecer a la comunidad, representando un papel de auténtico chamán dentro de la sociedad rural tradicional.

### 14.12.5 Una tipología general de los mitos subterráneos en Asturias y León.

**El Moro.** Este personaje representa sin duda la reminiscencia mitológica de una deidad masculina de las profundidades, cuya denominación está marcada bajo la significación popular generalizada de moro como “no bautizado”, “pagano”, “antiguo” (Llinares 1990, 77), más que como morisco. Tan sólo en algunos casos excepcionales, y normalmente relacionados con las leyendas de tesoros, aparece la figura del moro directamente emparentada con la del personaje árabe, quien comunica el secreto de la situación del tesoro: “*y el moru dio-y un mapa pa buscar los tesoros. El mapa estaba escritu n’árabe. A la vuelta p’Asturies tuvo que garrar un moru pa que-y dixere lo que ponía el papel aquel y gracias a eso pañó un gran tesoro quénriqueció a la familia*”. (Álvarez Peña 2001, 27). La figura del moro parece confundirse en muchos casos con la del Diañu, o diablo de la mitología subterránea, siendo ambos guardianes de tesoros y de sabiduría, por lo que posiblemente estén haciendo referencia al mismo personaje original en la mitología precristiana astur. En casos excepcionales, éste tiene un nombre propio como el caso del “moro Quil” de la montaña leonesa (Díez Monso 1994, 36). Otra característica común entre el moro y el diablo, es la de disponer de otros personajes míticos “secundarios” bajo su tutela y jerarquía, como es el caso de las xanas. Tal binomio entre la deidad masculina y la xana como mensajera o pertenencia del dios masculino es una constante en la mitología atlántica, pero aparece tan sólo bien representada en la Península Ibérica, curiosamente en todo el Noroeste, dentro de un ámbito galaico-portugués y astur, existiendo algunas derivaciones de este binomio mitológico en áreas del valle medio del Duero (Díaz 1991, 6). La aparición de la figura del moro y la xana, representada esta vez en forma de mora, como ocurre en algunos



casos del Mediterráneo ibérico, creemos que corresponde a otro tipo de estructura legendaria más relacionada con la realidad histórica medieval-moderna de la zona. Una clara prueba del carácter atlántico de la base mitológica astur la encontramos en las analogías con el ciclo mitológico irlandés, así como con las leyendas de la Francia Atlántica (Álvarez Vidaurre 1996; De Block 1980; Market y Roeck 1980), donde observamos la existencia de un dios de la muerte, Tethra, quien vive en las profundidades de la tierra y dispone de una bella mensajera, que provoca a los jóvenes para que la sigan llevándoselos al mundo de los muertos (d'Arbois de Jubainville 1996, 125). Es evidente que estamos ante la figura del moro y de la xana asturiana, cuyo comportamiento idéntico al de los personajes célticos queda perfectamente representado a través de innumerables leyendas donde la xana supone un atractivo hacia el interior de las simas, en las cuales desaparecen los jóvenes que la siguen como en el siguiente ejemplo del valle del Trubia: *“a veces las personas oían a un hombre cantar y a una chica bordar, solo se oía más de cerca para que la gente cayese dentro”* (AAVV 1996, 37). Caso del valle del Lena, donde una cabrita hace que las pastoras la sigan y no vuelvan a salir de la cueva cercana (Fernández-Pajares 1984, 64). Esa misma relación la tienen en lo que atañe a los tesoros donde, bien aparecen como compañeras de los moros, en su sentido de guardianes de las riquezas de la cueva: *“De los moros había muitas cuovas no monte que llamaban Cha la Redonda. Ellí dentro tían fornos ou masaban el pan las mouras. Dicían quéran fortísimas, más ainda que lus paisanos”* (Alvarez Peña 2001, 137).

O bien como portadoras directas de esa riqueza, la cual puede ser obtenida siguiendo sus instrucciones en festividades especiales como la mañana del solsticio de verano, apareciendo con su característica forma de mujer bella de cabellos dorados, que pasa su tiempo hilando un telar de oro, con un puesto de objetos preciosos, o cuidando al ganado en el exterior de la cavidad (García Arias 1975). Todos los elementos materiales que la rodean, en su

aparición a los mortales tienen un fuerte simbolismo en la riqueza, como son los pollos de oro, el ganado y el peine de oro, así como las tijeras, un elemento unido a las supersticiones relacionadas con la fortuna familiar en otras zonas de España (Rodríguez Pastor 1985, 5). Al igual que vimos anteriormente, en el caso de la procesión infantil en la cueva de la Maruxina, en el valle del Trubia, existe una xana que aparece de forma individual como deidad subterránea y que proporciona fortuna a la población local. Si no es respetada, la comunidad sufre los efectos, tal como ocurre en diversas leyendas en las que, si se les roba objetos, se produce la muerte del ganado en la familia de los ladrones (de Llano 1928, 240), al igual que ocurre cuando no se da limosna a las brujas (Fernández-Pajares 1984, 67). La vinculación entre los conceptos de riqueza, deidades femeninas de las cuevas y ganado son también una constante de la mitología regional, constatándose arqueológicamente desde la Edad del Hierro en la Europa Atlántica (Ross 1967, 307), y así, aparte del premio en ganado que supone en la cueva de la Coviella, en Onís, seguir las instrucciones de una xana para desencantarla, nos encontramos con la creencia, generalizada en la zona, de que los ganados tienen un origen sobrenatural en los procedentes del rebaño de esas xanas (de Llano 1928, 267). En otros casos hallamos un intercambio de bienes, en forma de ofrendas de pan, que son devueltas por las xanas mediante caballos o trueques por productos de claro simbolismo relacionado con la fortuna, como son las tijeras y el peine de oro de la mora de Sobernón (Sordo 1991, 26-28). Posiblemente estamos, en este caso, ante una pervivencia de ritos profilácticos y de bendición del ganado por realizar ofrendas en cuevas, después de realizar una oración concreta de invocación como la descrita por el investigador antes citado, bajo las palabras de: *“Sale Ana, que tu padre el rey te llama”*. Estamos pues, ante la existencia de un obligado respeto a las ofrendas y exvotos monetarios de los seres de las cavidades, como forma de obtener su gracia, tal como nos muestra la siguiente creencia del valle del Trubia, dentro de una clara re-

lación entre culto y fortuna: “*Dicen que estas xanas son tan buenas, que si las sacas del encantamiento te vuelven rico*” (AA.VV. 1984, 38). Las xanas se caracterizan igualmente por aparecer bajo otras apariencias más allá de la típica “encantada”, y así en el oriente asturiano se definen por lo anormal de su forma, ya sea en forma de jóvenes bellas, viejas brujas, mujeres muy altas, etc. “*cuando a una mujer tien la cara rara dizse-y: calla que yes igual quína xana*” (Álvarez Peña 1996, 19). Desconocemos si pertenecen a la misma figura mitológica de las xanas, las variantes estudiadas en el sector oriental de la región, donde a su carácter maligno también se suman otras características más propias de la figura tradicional de las brujas. De esta forma, se descubren en algunas leyendas las inxanas, que cambian a los niños de las mujeres de la zona o los hacen enfermar, lo que implica un rito de invocación por parte de la afectada a la entrada de la cueva donde se supone que éstas habitan, como en el caso estudiado por Sordo Sotres (1991, 20):

*“Inxana, Inxanuda  
lleva a la to cría  
negra y rebeyuda  
y dame a la mía  
gorda y patalluda”*

En otras ocasiones se llevan la comida de los pueblos: “*Unas mujeres que parecieron, le llamaban las Inxanas; por la noche venían pal pueblu y cogían la comida onde fuera. Por el día se iban a la cueva las Injanas*” (Sordo Sotres 1991, 51). En nuestra opinión, es evidente que no existe una relación directa entre la “Mari” vasca, como deidad femenina subterránea, y las xanas del Noroeste peninsular, si bien se localizan similitudes coincidiendo en lugares geográficos intermedios como es el caso del oriente asturiano (Sordo 1991, 54). De esta forma, ambos mitos que residen en el interior de la tierra son las causantes de las tormentas, cuando se supone que están molestas o cocinando. Igualmente nos encontramos con el tema de la desaparición en la caverna en la

“Mari” vasca, como en la leyenda por la que una mujer hizo entrega de su hija a Mari, y después el diablo se llevó a la madre al interior de la tierra (Barandiarán 1979, 110). Aun así, las claras diferencias como el propio nombre, el tipo de representación de Mari, como mujer elegante y de apariencia única, y el tipo de forma en la que se aparece a los mortales (Barandiarán 1979, 104), nos lleva a diferenciar claramente esta deidad femenina del binomio xanas-moros del Noroeste.

**Diablos.** Confundido en muchas ocasiones bajo la significación y papel simbólico del “moro” y viceversa, las leyendas sobre su presencia son muy abundantes en todas las regiones cantábricas, dando nombre a diversas cuevas caso del Etsai-zulo o agujero del diablo en el norte de Navarra (Argandoña 1994, 89). Su aparición puede realizarse bajo diversas formas, resaltando sobre todo la de cabra (Fernández-Pajares 1984, 85), preferentemente buscando lugares de antiguas advocaciones paganas, como los puentes, encrucijadas y cuevas (Canellada 1982, 130). Se repite en esta figura con gran asiduidad la función que vimos en moros y xanas anteriormente, de llevarse al interior de la tierra a jóvenes pastores, y así en Asturias nos encontramos con el caso de una joven desaparecida en el Trubia por seguir a una cabra: “*Es seguro, las viejas del lugar lo dedujeron, el diablo disfrazado de macho cabrío se la llevó a la sima en la que nace el riachuelo y estas son las cuentas del collar de la niña que muerta quedó allí para siempre*” (AA.VV. 1984, 33). En casos análogos nos encontramos con la misma historia documentada en el cantábrico oriental:

*“cómo pesa este cabrón, entonces el choto empieza a echar por las narices y por la boca chispas y llamaradas de fuego y dice:*

*-Más cabrón eres tú, sino fuera por esos granos de ajo que llevas en el bolsillo ahora mismo te echaba conmigo a la sima.*

*Resulta que los granos de ajo a que se refería el choto eran el rosario que llevaba el pastor. Entonces el choto pegando un salto fuerte, se tiró de cabeza a la sima, porque era el diablo. El pastor contó a los demás pastores lo que había pasado, y decidieron hacer una ermi-*

*ta a San Cristóbal junto a las Bordas donde tenía los rebaños*" (Argandoña 1994, 91).

En otros casos menos abundantes, la forma de aparición suele ser la de caballo, quien a veces escupe sangre o fuego por la boca, lo que para Álvarez Peña (1996) demuestra una relación en forma de reminiscencia de la figura mítica del "hijo del trueno" prerromano, caballo que trasladaría a los guerreros muertos en combate al más allá. La cristianización de esta figura a través del Santiago Apóstol, supuso la conversión al bien de esa figura de caballo, que aparece aislado en el corpus legendario y vinculado al mundo de la muerte, como un mito maligno dentro de la mitología popular, identificándose de forma directa con el diablo de la creencia cristiana. El papel de estos diaños o diablos, más allá de corresponderse con el de mensajero o guía al más allá subterráneo donde habita, como observamos en las leyendas anteriores, está cargado de múltiples funciones en la mentalidad tradicional que sobrepasan los valores implantados por el proceso de cristianización, y de esta forma, si bien su presencia está vinculada a la perdición del hombre, nos encontramos con abundantes leyendas en las que aparece para ayudar a los pastores protegiendo sus ganados (Barandiarán 1979, 92), o bien como el primer descubridor de numerosos elementos de la cultura tradicional, cuya transmisión a la población local, se suele realizar mediante el engaño al diablo por parte de algún individuo destacado de la comunidad. Es por lo tanto un guardián de la sabiduría y del conocimiento, al que se debe consultar en las cuevas para solucionar problemas personales, de la misma forma que a los santos parroquiales, caso de enfermedades o malas cosechas, como ocurre en el caso del "diablo falador" documentado por Aurelio de Llano (1993, 107). La confusión que se crea, en determinados casos, entre esta figura y la del moro, se observa en diversas leyendas donde el diablo aparece acompañado de una mujer o con una hija muy guapa "encantada", siguiendo las pautas de la xana que proporciona riquezas para el que consiga desencantarla.

**El Cuélebre.** Este mito, en forma de gran serpiente alada, tiene una dispersión geográfica internacional tan extendida (Propp 1974), que hace muy difícil la posibilidad de acercarnos a la cronología de su implantación en la mitología regional. Si bien la principal referencia documental de esta figura esta representada por el dragón medieval, su profunda implantación en la tradición oral peninsular nos obliga a sopesar la posibilidad de que estemos ante un mito de origen precristiano (Álvarez Peña 1991). Dentro del corpus legendario regional, representa al guardián de los tesoros, con una clara simbología acuática (Eliade 1979), que exige una doncella virgen a cambio de no atacar a las poblaciones vecinas a la cueva donde reside. Su muerte requiere normalmente el engaño por parte de algún héroe, quien aparece en la mitología bajo la apariencia de santo o caballero. Pese a que su presencia en el corpus legendario tradicional no es mayoritario, estamos quizás ante la figura más vinculada al mundo subterráneo, tal como recoge este romance documentado en 1918.

*"...bajarás a los infiernos,  
que aquellos bajos son  
sacarás a Adán y Eva  
de las garras del dragón"*  
(de Llano 1993, 29)

Aunque tal como hemos comentado anteriormente, su fuerte identificación con el mundo literario y mitológico medieval dificulta su interpretación dentro de las raíces del mundo cultural en las cuevas asturianas.

**Otros mitos secundarios.** Más minoritarios que las figuras anteriores, nos encontramos con la existencia de personajes muy puntuales como los inxanos, con una denominación derivada de las xanas femeninas, documentándose en el oriente astur y que podrían ser una derivación de los trasgos, quienes en escasas ocasiones aparecen unidos a los mitos subterráneos, pero sí al simbolismo de la fortuna (Rodríguez López 1993, 105), o a un grupo de seres malignos subterráneos: *"había*



Figura 14.45: San Jorge matando a un dragón representado por un cuélebre en la parte posterior de la iglesia de Celón en Allande. De forma genérica, esta escena viene a representar un símbolo de cristianización dentro de la tradición oral de Asturias y León.

*una cueva onde vivían los Inxanos(...) mandaron una vez a mi madre a buscar pan con otra mujer y dicía-y ella que nun se acercara a la cueva porque salían los inxanos y te garraban y te metían pa la cueva* (Álvarez Peña 2000, 23). Igualmente, nos encontramos en la zona costera con el caso del Grumante o Patarico (Álvarez Peña 2000, 21), que se corresponde de forma directa con el ciclope grecolatino, y que en Cantabria y el oriente asturiano reciben el nombre de Ojancanos e Injancanos respectivamente (Sordo 1991). El hallazgo de restos humanos en cuevas pudo fortalecer la leyenda de este personaje, devorador de hombres, derivando con el tiempo su figura hacia el mito infantil: *“Ya de chicos, a los críos los ponían a cuidar las cabras o las ovehas y los vieyos les dicían quén las torcas onde nun había un cuélebre, había un gru-*

*mante quéra un home feísimu y muy grandísimo con un oh.u sol una frente y comía h.ente humano, espurría un brazu de la torca y te podía apañar*” (Álvarez Peña 2006, 37). En la cueva de la Bárgana en Quirós, se cuenta que se les oyó decir: *“Tamos bien mariquita que tenemos carne fresca”* (Álvarez Peña 2006). Mientras que en una cueva de Boal unos pescadores de salmones que allí se refugiaron, les oyeron: *“Afiar, afiar, pa cabeza d’homes cortar”* (Álvarez Peña 2006, 52).

**Leyendas de tesoros.** Simbolismo permanente de la fortuna, la riqueza en forma de descubrimiento fortuito o búsqueda intencionada aparece relacionada a la casi totalidad de figuras anteriores. De la misma forma, nos encontramos con la vinculación legendaria entre fortuna familiar y hallazgos de un tesoro en cueva, como es el caso de la familia Ron de Ibias, donde una confidencia comentada por un mensajero hace que uno de los miembros de la familia deduzca el lugar y modo de sacar del interior de la tierra la fortuna que dará origen a la riqueza de la saga (de Llano 1928, 496). En muchos casos, sin relación histórica alguna, se aplica a numerosas cuevas la relación con míticos hallazgos de elementos simbólicos, que sí aparecen vinculados en otros casos a yacimientos arqueológicos, caso de las noticias sobre gallinas y huevos de oro o boleras del mismo mineral: *“¿Ahí na cueva la Espina nun decían que había un juego de bolos de oro, ho? Yo eso téngalo sentido a los viejos. Y tuvieron rebuscando ahí los de Rengos, pero nun se atrevieron al tingláu”* (Suárez 2001, 127). En otras situaciones, la referencia legendaria se nos presenta en forma de rima popular, documentada en ocasiones en los famosos libros de Ayalgas:

*“Abajo en cueva Moros,  
por donde baja la vecera,  
hay una mora enterrada  
col dote a la cabecera”*  
(Suárez 2001, 339).



### 14.12.6 Algunas apreciaciones sobre la denominación del mito.

Ya hemos resaltado anteriormente la transposición de los nombres de unos mitos procedentes de otros, caso del Ojancano que en Asturias se denomina Xinxangana. Este cambio de género sobre el mismo nombre, produce la impresión de que en la mentalidad popular no importa tanto su denominación, mientras se encuadre en el corpus mitológico, reforzándose además en el caso comentado, el papel del género femenino para el espacio subterráneo. Bajo la generalización de Xuan o Xuana, se nos muestra en abundantes leyendas a los principales personajes que los protagonizan, indicándonos una predilección de la tradición oral por estos nombres, y en menor medida, pero también con cierta importancia por su presencia casi especializada en las cuevas, por los de Urraca (González y Fernández Valles 1951, 153). Quizás debido a la vinculación con el culto solar que tiene el nombre de Juan, o por el carácter mágico que se supone para el día de su santo, lo cierto es que este nombre es aplicado indistintamente a todos aquellos personajes que tienen un papel vinculado a lo divino, caso de Xuana, la niña virgen de quince años que se va a entregar al cuélebre de San Lorenzo para ser sacrificada (Álvarez Peña 2000, 12). Posiblemente estamos ante una cristianización onomástica de antiguos nombres de cultos paganos, los cuales quedarían englobados bajo el único nombre de Xuan. Este nombre único dispone en ocasiones de sobrenombres para diferenciarlos de otros personajes mitológicos, y así, nos encontramos con la figura de “Xuan de la Ferrá”, quien provoca el cierre de los párpados cuando llega el sueño en Lena, y que representa una auténtica pervivencia del morfeo latino (Fernández Pajares 1984, 79). En un caso relacionado con las cuevas, nos encontramos con “Xuan rata”, un ser subterráneo en los túneles de las minas auríferas del occidente asturiano, que posiblemente sea una pervivencia de alguna deidad protectora de los mineros en este sector de la región (de Llano 1928, 487), y finalmente tendríamos

otro ejemplo reseñable en el caso de “Xuan Cabrita”, nombre por el que también se conoce al nubero en abundantes leyendas asturianas (Sordo 1991, 54). Ante esta generalización de un solo nombre, posiblemente producto de la cristianización, se han planteado varias hipótesis. Por un lado, existe la posibilidad de un devenir de términos latinos, debido a la mayor similitud de los nombres Manes (espíritus)-Xuan, Jana/us (Jano)-Xana, o incluso Diana/us- Diañu, representados en la epigrafía astur-romana (Sanz 1996). Aunque también debemos tener en cuenta la posible existencia de una base onomástica prerromana, de influencia atlántica, a través de los nombres Dana y Anu, que aparecen reflejados en las crónicas y mitología céltica, pudiendo haber constituido el origen del topónimo de algunos lugares, como el monte de Ana en Gijón (Álvarez Peña 1996).

### 14.12.7 Un intento de delimitación geográfica para los mitos subterráneos.

Dentro de la dificultad que entraña adentrarse en esta materia, podemos observar la existencia de una serie de figuras principales unidas a la jerarquía mitológica subterránea, según determinadas áreas geográficas de la Península Ibérica. Por un lado, en todo el Duero y Cantábrico oriental (área cultural celtibérico-cántabro), nos encontramos con una figura femenina alejada de la xana astur, y que representada en el norte de Castilla (Sanz 1991, 6) mayoritariamente por la Virgen María y en el País Vasco por Mari, la cual creemos que tiene como base a la misma deidad de origen prerromano. La casi totalidad del Noroeste dispone del mismo binomio xana-moro, con el mito masculino del moro o diablo como figura principal del espacio subterráneo, y que se extiende hasta parte de Extremadura y el Duero medio. En esta zona hemos de diferenciar la figura de la xana del prototipo de ninfas acuáticas (Grande del Brío 1982, 90), procedente de influencias externas, que se pueden observar en el sur del territorio que tratamos (Moreta y Álvarez 1992, 75).

## 14. Los paisajes secundarios. Las cuevas astures.

Del mismo modo, existen en esta zona límite una serie de analogías en lo que respecta a las tradiciones de San Juan, que no se observan en un corpus mitológico subterráneo, donde al igual que en otras áreas del centro peninsular, los mitos de las cuevas aparecen con género masculino y femenino indistintamente, pero mayoritariamente bajo una forma de animal que no tenemos en el Noroeste, como es en forma de toro (Domínguez Moreno 1984, 212), más identificada con estas zonas geográficas pertenecientes a los antiguos Vetones. Finalmente, hemos de señalar la pervivencia de una mitología particular de las zonas mineras dentro del noroeste peninsular, vinculada a las comarcas de antiguas explotaciones, y así, en estos sectores de la montaña astur-leonesa, nos encontramos con una serie de mitos particulares como el de los “moros” o “griegos”, que explotan minas de oro, o muelen el mineral en el interior de la tierra (de Llano 1928, 419; Díez Monso 1994, 34; Sáenz y Díaz 1987, 31).

### 14.12.8 Cristianización y procesos rituales contemporáneos en las cuevas asturleonesas.

Sin poder comprender cual fue el proceso ritual ni su significado, observamos en su día en la cueva de las xanas (Oviedo), diversos elementos en forma de pequeñas hogueras y bolas de tela en cuyo interior se situaba la cabeza cortada de una serpiente, al igual que, de la misma forma, no conseguimos obtener ninguna información sobre la continuada presencia de un panel enorme de velas que habían sido colocadas en el receptáculo exterior de la cueva de la Moratina, en el valle del Nalón. El registro de los cultos más actuales, dentro de una auténtica brujería popular, ajena a los santuarios y las creencias cristianas, es de una enorme dificultad a la hora de su investigación, quedando como tema tabú para el antropólogo, de la misma forma que la documentación de algunos episodios trágicos recientes, caso de algunos aspectos de la Guerra Civil. Aún así, es evidente que la documentación aportada muestra la importancia

de una valoración cultural de la ocupación de numerosos espacios subterráneos, sobre todo, de aquellos cuya función habitacional ha de ponerse en entredicho, debido a su peculiar ubicación en el paisaje.



Figura 14.46: Inscripciones cristianizadas en el exterior de la cueva de las Xinxanganas en Llanes.

El proceso de cristianización supuso, como comentábamos anteriormente, tanto cambios en el registro de cultos precristianos, que comenzaron a quedar relegados en la mitología popular, como un abandono de santuarios o el refuerzo de otros mediante su cambio de sentido religioso, con un nuevo contexto para los cultos a través de la construcción de una ermita cristiana junto al viejo santuario pagano. Las figuras de santos y vírgenes locales se incorporaron con fuerza al registro legendario vinculado al mundo subterráneo, y en muchos casos, la antigua deidad de las profundidades adquiere un carácter maléfico en la tradición oral, debilitando las posibilidades de una continuidad en los cultos y la devoción popular. En esta situación hallamos

una multitud de casos, donde la muerte del cuélebre local supone la construcción de una ermita a la entrada de la cavidad donde residía (Fernández-Pajares 1984, 80), la virgen regresa a la cueva original de su aparición, para que no se construya el santuario en otra parte (Sanz y Díaz 1982, 46), o incluso donde se observan caras de santos en las estalactitas de alguna cueva (Argandoña 1994, 88). En lo que respecta a los datos relacionados con la pervivencia ritual, la propia cristianización ha supuesto la continuidad de ciertas ofrendas en algunas cuevas cantábricas, y el registro legendario ha quedado impregnado de datos que nos pueden ayudar a elaborar un listado de elementos pertenecientes al proceso ritual, independientemente de los cultos que tuviesen lugar en estos lugares. En base a esta escasa documentación, la primera observación que debemos reseñar es la inexistencia de un único gesto ritual en los cultos subterráneos, por lo que apostamos por una cadena de gestos indispensables para completar el culto. Un buen ejemplo lo encontramos en los datos que nos aporta la leyenda de la paloma blanca (de Llano 1993, 76), donde la apertura de un pozo para lograr fortuna requiere, no sólo del encendido de una hoguera, sino también de todo un conjunto de invocaciones a través de oraciones concretas. También es muy importante tener en cuenta que muchos de los cultos y ritos en cavidades no debieron celebrarse con mucha asiduidad, ya que son varias las leyendas y referencias orales que apuntan a una celebración cada siete años (Barandiarán 1979, 117), como único momento en los que se aparece la xana local, o una vez al año como día en los que es posible hallar la fortuna que guardan las cuevas (Sordo 1991, 38). Apenas documentado a través de escasos testimonios legendarios (de Llano 1928, 496), sabemos que, pudo utilizarse la invocación a través del sonido musical en Asturias. Con más datos a este respecto, sabemos que en el País Vasco, el proceso de invocación se producía a través de la ofrenda animal, curiosamente en forma de carnero, o arrojando piedras al interior de la cueva bajo la oración:

*“esto para ti y esto para Dios”*  
(Barandiarán 1974, 115)

De forma más minoritaria, tan sólo conocido en el País Vasco, pero pudiendo explicar diversos casos asturianos, nos encontramos con la realización de cruces grabadas, como forma de invocación a los genios que viven en el interior de las cavidades (Barandiarán 1979, 115). La procesión y misa en el interior de las cuevas está igualmente documentada en el caso vasco, como en las peñas de Mari para que no cayese pedrisco (Barandiarán 1979, 117), y en Asturias donde se llega a dar misa por algún niño fallecido, como en la cueva de las Xanas de Piloña (Álvarez Peña 1991, 17). Aunque la realización de hogueras o el encendido de velas en el interior de una cavidad, dentro de un proceso cultural, pueda tener relación con la creencia de que las luces guían a los difuntos o a los seres a los que se pretende invocar, también podrían interpretarse como restos de un ágape ritual. En este sentido, conocemos un caso bastante espectacular en el País Vasco, como es el de Zugarramendi, donde los vecinos del pueblo acudían una vez al año a la cueva del prado del macho cabrío (traducción al castellano del topónimo), y allí, después de sacrificar uno o dos carneros, que comen dentro de la cueva, salen unidos de la misma por las manos y por pañuelos, para danzar delante de la casa del cura y en la plaza del pueblo (Barandiarán 1979, 123). La realización de ofrendas es también un aspecto del culto en las cuevas bien documentado a través de la antropología, y que puede ponerse en relación directa con el número de hallazgos de monedas en las cuevas cantábricas ocupadas en época romana, nos demuestran una fuerte tradición de un modelo de rito. La moneda como ofrenda es, en la brujería cantábrica, una ofrenda simbólica, más que un elemento de valor, y así en muchos casos se utilizan en ritos de maleficio y de curanderismo, monedas que ya han perdido su valor desde hace décadas, caso de las “perronas” del siglo XIX en Asturias o de las monedas dobladas de la brujería vasca tradicional (Barandiarán

1979, 35). Desde el punto de vista legendario, a los seres de la mitología subterránea se les paga con dinero (de Llano 1993, 107), lo que equivale a una pervivencia en la tradición oral de cómo se pagan los favores a las deidades del más allá. Igualmente, en el mundo de las supersticiones, nos encontramos con la creencia de que la ofrenda de una moneda a un santo produce un futuro enriquecimiento (Rodríguez Pastor 1985, 5), lo que también podría servir de base explicativa para ofrendas monetarias halladas en el interior de las cuevas asturleoneras, aunque quizás ofrecidas a elementos del culto pagano. La recogida de piedras y líquidos de las cavidades, con fines curativos, también es un rito documentado en todo el norte peninsular, como en Anguiano en la Rioja, donde se recogen piedras del interior de la cueva donde se ubica la ermita local (Quijera Pérez 1987, 192), en las cavidades de San Genadio en León, de donde se sacaba polvo y agua de las estalactitas para curar las fiebres (Rúa y Rubio 1990), o en Bidarray en el País Vasco, donde aparte de realizar ofrendas en forma de velas, monedas y vestidos como exvotos en el interior de la cueva, se recoge el agua para curar enfermedades principalmente relacionadas con la piel y los ojos (Barandiarán 1979, 117).

### 14.13 REFLEXIONES FINALES. NUEVAS PROPUESTAS PARA UNA REVISIÓN DEL POBLAMIENTO PERIFÉRICO ASTUR EN CUEVAS.

La primera conclusión de nuestro trabajo tiene como base la discusión del propio tratamiento del concepto de periferia o marginalidad, desde la óptica de la investigación arqueológica y del paisaje en nuestros días. Es necesario reconocer que los espacios que hoy observamos como periféricos, en su día fueron áreas accesibles y de una cierta vitalidad socio-económica. Como ejemplo, basta la actual visión de las tierras de cereal abandonadas o convertidas en pastos en muchos de los pueblos de montaña que hemos visitado, la cual sería una imagen de desolación inconcebible para cualquiera de sus vecinos

que habitó el lugar hace siglos. Con una población envejecida, y donde además los más jóvenes deciden emigrar o dedicarse a actividades no relacionadas con la ganadería, el paisaje de muchos valles de montaña está transformándose a una velocidad que posiblemente no habían sufrido hasta el momento. ¿Quién va a recordar la toponimia local en las zonas de pastos?, ¿serán estos lugares accesibles, con los caminos de ganado en desuso? Posiblemente convertidos en bosques en menos de cincuenta años, a los investigadores que intenten interpretar el paisaje, a partir de ese momento, les será imposible concebir la idea de unos grupos humanos que desarrollaban casi toda su actividad diaria y económica en muchos de esos parajes. Se convierten entonces para el investigador en áreas “marginales”, dentro de un concepto claramente discutible, que podemos trasladar a nuestro propio estudio. Ni siquiera existiendo una base poblacional rural activa en algunas zonas de estudio, podemos trasladar nuestras percepciones personales del paisaje, y así, algunos de los caminos que se nos señalaron como tales, no eran más que senderos que se perdían a los pocos metros, y que con un desnivel brutal nos hacía imposible entender su percepción como vías de comunicaciones en la alta montaña. En este sentido, ¿podemos determinar que zonas han sido o son periféricas? En nuestra opinión, es muy difícil, cuando menos imposible, plantearse como era ese paisaje y la estructura del territorio establecida por sus gentes para las épocas romana y medieval, sin caer en una visión demasiado alejada de la realidad. Fuera ya de una discusión de conceptos, la problemática del tema que hemos tratado es enorme, con una falta total de nuevos hallazgos a partir de nuestra revisión de las cuevas, y donde si bien hemos podido aportar algún yacimiento nuevo, la calidad de los datos, constituye un catálogo endeble de suposiciones arqueológicas, sobre las que crear nuestras propias interpretaciones. Con apenas dos cuevas excavadas mediante una técnica arqueológica fiable, de todo el corpus de yacimientos estudiados, y con sólo una de ellas que haya aportado da-



tos materiales, las posibilidades de establecer comparaciones entre yacimientos de una misma tipología o función son nulas. Yacimientos por descubrir o por reinterpretar, que aportarán nuevos datos al debate, una mayoría de hallazgos materiales descontextualizados, así como un catálogo de yacimientos que parte de materiales sin contexto, son posiblemente unas bases demasiado débiles quizás para aportar novedades, pero no insuficientes para añadir ciertas observaciones, unas primeras observaciones quizás, capaces de reconducir los antiguos y escasos planteamientos, que hasta el momento se defendían para este tema. Este contexto historiográfico tampoco ha sido quizás lo suficiente extenso y profundo en sus planteamientos, y a día de hoy, la historiografía regional “oficial” sigue planteando un contexto tardoantiguo, tomado como una crisis rupturista, auténtico epílogo vital, pero que a nivel urbano ni se plantea, pues otras construcciones surgen, a partir del abandono de los edificios imperiales (Fernández Ochoa y Morillo 1999). Igualmente, no se nos relata que otra cultura material local se esconde en las colecciones parcialmente estudiadas de los grandes espacios de hábitat romanos, y es que, indudablemente, la diferencia de la producción material y la masiva existencia de una arquitectura más orgánica y perecedera ha pasado totalmente desapercibida en una historiografía romanista, centrada en el final de determinado edificio, siguiendo el material exclusivamente romano. Esta línea interpretativa, comienza a ser discutida desde finales del siglo XX, a partir de la publicación de diversos trabajos de Menéndez Bueyes (2001), quien defiende una línea de transición menos rupturista, y donde el poder de los cambios están en manos de las aristocracias locales. En nuestro caso, podemos definirnos como seguidores de una línea de “diversidad de factores”, perfectamente acuñada como metodología interpretativa por Branigan y Dearne (1999) en las Islas Británicas, como explicación general del fenómeno de las ocupaciones subterráneas históricas, y que otros autores, desde inicios del siglo XXI, están aplicando a diversas áreas de estudio por toda Europa (Christie 2006).

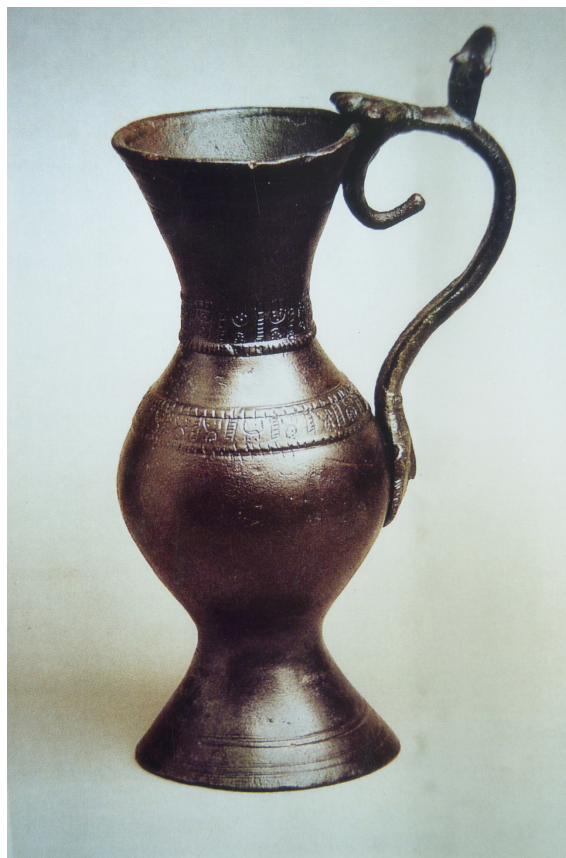


Figura 14.47: Jarro litúrgico Altomedieval de Fresnedo (Teverga).

En este sentido, parece que entre los siglos IV y VI d.C., asistimos a un auténtico auge o explosión de las ocupaciones en cueva en el norte peninsular, motivadas por diversos factores. Por un lado, tenemos lo que parece una brutal disgregación de la explotación agropecuaria, donde se multiplican los asentamientos rurales, y por otro lado, nos encontramos con que esos nuevos pequeños establecimientos están vinculados de forma mayoritaria a la explotación ganadera (Ariño, Riera y Rodríguez 2002, 283), con lo que es coherente que se ubiquen en abrigos y cuevas, cercanos a entornos inmediatos de amplia calidad ganadera. Las condiciones climatológicas, que conocemos para la época, nos hablan de un enfriamiento generalizado y una mayor humedad (Christie 2006, 487), lo que convertiría a las cuevas en lugares de hábitat idóneos, ya no sólo para esos establecimientos ganaderos temporales, sino también, para pequeños



Figura 14.48: Cuevas de ocupación medieval junto a la fortificación de Ronderos (Aller).

asentamientos rurales de tipo agrícola. Finalmente, nos encontramos tanto con una época de cambios bruscos en lo social, lo que propiciaría la ubicación temporal de algunos grupos humanos en cuevas, a modo de refugios o escondites, así como con un contexto ritual que propicia ciertas actividades culturales y funerarias, en los espacios subterráneos. Todos estos elementos hacen, de esos tres siglos, una época de intensificación de las ocupaciones subterráneas en todo el Norte peninsular, en consonancia a lo que parece ser el origen de las aldeas históricas, y de una auténtica revolución en la explotación y ocupación del paisaje cantábrico. En esta línea defendemos que los cambios en el paisaje socioeconómico del mundo rural son cuestión de una o dos generaciones. Como ejemplo de ello, tendríamos nuestra propia experiencia en la observación de un cambio radical, en apenas una década, de un campo repleto de ganaderías de producción láctea, que pasan ahora a ganado vacuno autóctono, con mejores cualidades en la ex-

plotación cárnica. Si nos planteásemos en que tipo de mundo rural vivieron nuestros padres y abuelos, respecto al que nosotros percibimos hoy en día, el cambio en apenas tres generaciones sería mucho más brusco, que el ejemplo que antes poníamos respecto a los cambios de la cabaña ganadera. Si mirásemos al pasado, dentro del mismo contexto socioeconómico, nos encontramos, entre muchos ejemplos, con que en época visigoda tenemos constancia de rebaños de bóvidos en el Bierzo, pese a que el paisaje tradicional es más apto para rebaños de ovicápridos (Mañanes 1988, 158), una cabaña también mayoritaria en época prerromana en la zona.

Siguiendo esta línea, para nosotros, los enterramientos en cuevas tardoantiguas y visigodas son el resultado de la difusión en Hispania de una costumbre romana, procedente del Mediterráneo oriental, y adaptada por las élites locales (Loffredda 1968, 182; Kloner y Davies 1991, 108; Abercrombie 1981, 78). Este contexto cultural es, por lo tanto, un elemento que se difunde principalmente entre las élites, las cuales forman, en algunos casos, lo que parecen auténticos panteones locales o familiares, como muestran las tumbas colectivas, producto en otras ocasiones de epidemias. De momento, debemos aceptar en el factor de la inaccesibilidad de algunos de los enterramientos, un aspecto vinculado a la seguridad para impedir la violación de los sepulcros, más que como una expresión de estrategias de ocupación de áreas kársticas remotas. En este sentido, solo se puede hablar de cercanía entre hábitats y espacios rupestres funerarios, cuando nos referimos a poblaciones costeras y complejos de habitación en cueva. Hemos de plantearnos un modelo de eremitismo en el cantábrico central que, conjugando ciertas tradiciones romanas, se implanta en la alta montaña entre los siglos VI y VIII d.C., tomando como base pequeños grupos humanos o comunidades, cuyo hábitat no está ligado a arquitecturas perdurables, como pueden ser iglesias o ermitas en piedra, y que parecen desempeñar tres papeles en el territorio. Por un lado, desempeñan la actividad religiosa, que caracteriza al fenómeno. Por otra par-

te, constituyen la vanguardia de la cristianización en zonas periféricas de difícil acceso, y finalmente, sus centros de culto-hábitat se conforman como futuros dinamizadores de la organización y control del territorio en el que se asientan, desembocando algunos de estos primeros eremitorios en monasterios. Desconocemos, e incluso dudamos, que estas primeras comunidades se hallan desarrollado al margen de una jerarquía religiosa central, pero en lo que sí parecen coincidir cada vez más investigadores es su paulatina transformación desde el punto de vista del control territorial, en lo que se ha denominado “*áreas centrales en la periferia*” (López Quiroga 2005, 228). Si no nos atrevemos a afirmar la posible desvinculación de estos grupos con la jerarquía religiosa oficial, es porque incluso desconocemos los resultados sociales de las transformaciones urbanas, que se están desarrollando en la ciudad visigoda a partir del siglo VI d.C., y que podrían haber resaltado el papel hegemónico de las aristocracias locales (Olmo Enciso 1998, 111). En definitiva, nuestro estudio, con todos los vacíos materiales fiables achacables en nuestro catálogo base, puede aportar ciertas novedades interpretativas:

1. Partimos, en contra de las líneas propuestas hasta el momento, en la interpretación de los espacios subterráneos de nuestro ámbito de estudio, dentro de una diversidad de modelos y multiplicidad de situaciones en un mismo yacimiento. No consideramos, por lo tanto, la ocupación de las cavidades dentro de un fenómeno general, mezcla de espacios ganaderos temporales, de una supuesta tradición habitacional prerromana o de refugios en momentos de crisis. La explicación del fenómeno es individual a cada yacimiento y a la calidad de su registro, con lo que cada cueva es discutida según sus características, hasta formar parte de un mapa general por épocas y posibles funciones.
2. La revisión de las investigaciones llevadas a cabo hasta el momento, así como de las líneas de interpretación estable-

cidas, producto casi siempre de visiones generales, carentes de un conocimiento actualizado del número y tipo de cuevas con ocupaciones recientes existentes, nos permite advertir el total estado primigéneo del debate, sin apenas datos fiables, dentro de una arqueología que tradicionalmente ha centrado sus investigaciones en las cuevas desde una óptica totalmente parcial, paleolitista, e incluso acientífica, relegando sin análisis alguno, todos los restos materiales de tipo histórico, que han aparecido en sus excavaciones.

3. Establecemos un primer catálogo fiable de cavidades ocupadas en época romana y medieval, tanto para Asturias como para León, con una revisión pormenorizada de los yacimientos y de su calidad como espacios arqueológicos. Este primer mapa hasta ahora no había sido realizado en ninguna de las dos regiones.
4. Planteamos una identificación funcional de las cuevas estudiadas en base a su localización geográfica, las posibilidades económicas de sus entornos inmediatos, su accesibilidad y el repertorio de hallazgos localizados en las mismas. Esta línea de trabajo nos lleva a proponer una identificación funcional y cronológica de todos los casos estudiados, que en muchos casos choca de lleno con las interpretaciones tradicionales que se les habían asignado.
5. Nuestro mínimo corpus de yacimientos protohistóricos en cueva demuestra una total falta de tradición habitacional o funcional de dichos yacimientos, respecto a épocas posteriores. La existencia, incluso, de una larga época sin ocupaciones de cueva durante la Edad del Hierro, echa por tierra la posibilidad de que existiese una tradición cultural previa a las ocupaciones históricas.
6. Se discute, por vez primera, el contexto



#### 14. Los paisajes secundarios. Las cuevas astures.

---

protohistórico de muchas de las cuevas asturleonesas, basándonos tanto en factores de ubicación, como en la existencia, también en nuestro ámbito de estudio, de unas producciones cerámicas a mano de época hispanovisigoda, que hasta el momento eran tratadas como material cerámico protohistórico.

7. A partir de esta discusión, presentamos la idea de una primera red de cuevas de alta montaña, ocupadas entre la tar-doantigüedad y la época hispanovisigoda, que lejos de constituir lugares de refugio, las interpretamos como estructuras a modo de cuevas-braña, e incluso como pequeños establecimientos agropecuarios de producción mixta en aque-

llos lugares que no se encuentran en zonas de montaña, caso del valle medio del Nalón.

8. Las mínimas tesaurizaciones, así como los escasos hallazgos numismáticos individuales en cueva, producto éstos de una posible ocupación doméstica puntual, muestran la casi nula presencia de cultos subterráneos, siendo casi inexistentes los hallazgos de este tipo respecto a otro tipo de ocupaciones. Las cuevas asturleonesas, carecen de sentido ritual durante la época romana, salvo en algún caso muy excepcional, y que puede deberse a su ubicación anexa a una vía de comunicación.



Figura 14.49: Ubicación de la cueva de Les Beleñes en Ponga (Asturias). La ocupación medieval de espacios de montaña a través de las cuevas, nos lleva a plantear la hipótesis de que algunos de estos emplazamientos subterráneos, pudieran ser el origen de un poblamiento al aire libre posterior, sobre todo en aquellos lugares donde se permite una explotación mixta del entorno. La constatación futura de esta hipótesis, nos haría plantear la red de cuevas, no como un poblamiento periférico, sino como la base histórica de algunas aldeas de montaña.



### 14.13. Reflexiones finales. Nuevas propuestas para una revisión del poblamiento periférico Astur en cuevas.

9. Las únicas manifestaciones rituales que se dan en nuestras cuevas, aparecen dentro del ámbito funerario, y dentro de un contexto cultural muy concreto, producto de influencias del mediterráneo oriental, y siguiendo una tradición ritual tardoantigua, permeable a influencias continentales, durante el período hispanovisigodo. Esta situación, que se desarrolla en el Cantábrico de forma muy local, muestra el poder socioeconómico de los grupos de mon-

taña, lejos de la tradicional marginalidad sociocultural, que se les ha asignado, debido a su ubicación geográfica, dentro de esa supuesta “Edad Oscura”.

10. Para el caso de las cuevas-braña, la continuidad de la secuencia material, así como la repetición de esos factores de ubicación en la posterior época medieval, nos lleva a plantear una continuidad del modelo tardoantiguo, cuya tradición funcional en el uso de las cuevas como brañas llega hasta nuestros días.

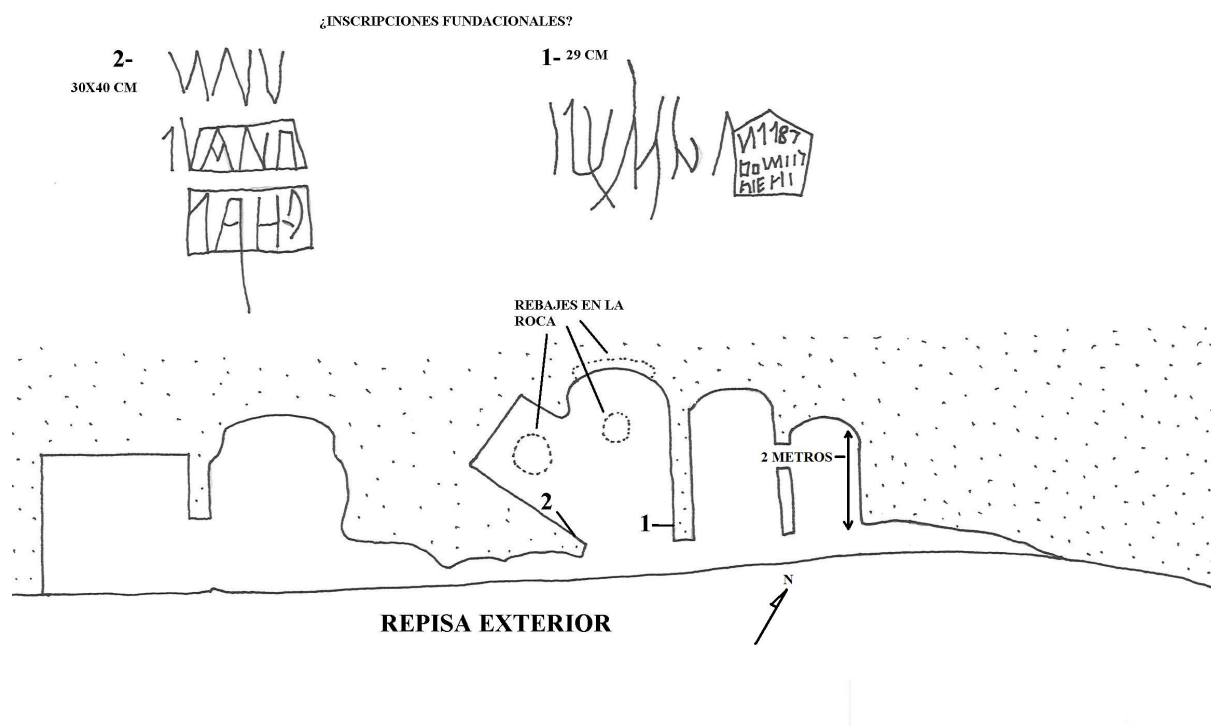


Figura 14.50: Planta interior y grafitos de la cueva de los Moros en Mansilla de las Mulas, cuya funcionalidad apunta a un eremitorio medieval de origen discutible.

11. Planteamos la posible existencia de una secuencia evolutiva en determinados valles de montaña, donde esas cuevas-braña, o incluso algunas cuevas con entornos agrícolas, forman el origen de las posteriores aldeas que se hayan en sus inmediaciones. Las cuevas constituirían unas primeras brañas, a partir de las

cuales se establecen, en algunos casos, estructuras al aire libre y posteriormente auténticas aldeas.

12. Aceptamos, para el ámbito de estudio, la existencia de casos de eremitismo, que si bien son muy minoritarios, y de muy difícil interpretación, estarían mostrando unas primeras comunidades reli-

#### 14. Los paisajes secundarios. Las cuevas astures.

---



Figura 14.51: Crismón o rueda grabado en el interior de la cueva artificial del Cubo en León y que parece apuntar a la existencia de otro eremitorios rupestre del valle del Esla.

giasas que parecen desembocar después en estructuras permanentes al aire libre, caso de los monasterios, desde los que se establece toda una organización del territorio circundante. El origen concreto de estos “eremitismos”, tanto el de la montaña asturleonera, como el del valle del Esla, al sur de León, caracterizado por la existencia de grutas artificiales es, en estos momentos de la investigación, imposible de definir.

13. Las cuevas mantienen un importante papel cultural en la sociedad tradicional rural astur-leonesa, producto de sistema de creencias, donde los restos rituales son difícilmente documentables a través de la arqueología. A través de los ejemplos presentados, nos planteamos una importancia mítica de las cuevas desde la prehistoria en la mentalidad astur, independientemente de la escasez de restos materiales de la Edad del Hierro en las cuevas estudiadas.

## Capítulo 15

# Conclusiones. ¿Aldeas o centros de poder? Hacia una discusión del concepto de castro en Asturias.

El concepto de castro permanece unido en nuestra historiografía a una definición que va más allá del espacio arqueológico, y que siempre se ha vinculado a una referencia cultural o social en constante discusión. En Asturias, apenas nos hemos apartado de las definiciones básicas de poblado fortificado, siguiendo la relación militar establecida en la arqueología castreña desde finales del siglo XVIII. Esta situación nos ha llevado a evitar la discusión del concepto hasta los años noventa, donde la orientación de la propia definición de castro pretendió plantear una línea de trabajo muy diferente a las definiciones clásicas. Esa perspectiva rupturista, la encontramos en Asturias de la mano de Ríos y García de Castro (1998) quienes, siguiendo una línea historiográfica propia de la escuela de Sánchez-Palencia en el Bierzo (Sánchez-Palencia, Sastre y Orejas 2002), intentan su aplicación en nuestra región. El castro se entiende entonces como *“Un asentamiento colectivo, que previamente a su excavación, se manifiesta en el paisaje a través de una situación en un emplazamiento que, normalmente destaca topográficamente del entorno inmediato, y en el que se aprecian huellas de un notable aparato defensivo”* (Ríos y García de Castro 1998, 20). Establecida esta definición, los autores pasan a separar el concepto arqueológico de poblado fortificado de cualquier adscripción cultural, respaldándose en las teorías de Gordon Chil-

de (1958), y las dificultades para interpretar desde la ciencia arqueológica aspectos sociales del pasado en estudio (Daniel 1981). Esta separación de conceptos les permite una interpretación directa de los castros asturianos en su paisaje, fuera de un contexto cultural, que sin embargo les hace caer en las apreciaciones materialistas, y por consiguiente también culturales, de la escuela de Sánchez-Palencia. La aplicación del concepto de castro como átomo poblacional en el paisaje, y su total paridad con el concepto de aldea actual, hace que interpreten los espacios fortificados asturianos bajo unas premisas de “colectividad” prehistórica, que indudablemente tienen un fuerte contenido sociocultural, minusvalorado respecto a la organización civilizada posterior de época romana. Estamos, en definitiva, ante la aplicación en Asturias de las teorías comunitarias que se intentaron establecer en la Meseta Norte entre los años ochenta y noventa. La aplicación de estas premisas parte de la negación de la existencia de *oppida* en el territorio astur, basándose en la comparación directa de la escala de dimensiones que suelen definir al *oppida* centro-europeo. Según los autores, esta falta de grandes ciudades supondría un respaldo a la definición de castro como unidad autónoma en su paisaje inmediato, y por lo tanto, una prueba de la inexistencia de jerarquías en el paisaje castreño. La búsqueda de ese lugar central ha

## 15. Conclusiones. ¿Aldeas o centros de poder? Hacia una discusión del concepto de castro en Asturias.

---

sido una obsesión en la arqueología castreña hispana de las últimas décadas, sobre todo en los años ochenta y comienzos de los noventa cuando España descubre, bastante tarde, la arqueología del paisaje.



Figura 15.1: Castiechu de Sorribas en Lena.

A las dificultades de localizar un espacio central que jerarquice el territorio castreño, se le une el propio error de partida que supone establecer como poblamiento único, el fortificado, buscando una capital de castros, y no una capital de la población, que en la mayoría de los casos no reside en castros. Aparte de la ya mencionada comparación de dimensiones de castros, como forma de conocer si tenemos *oppida* en el Noroeste, se unió también el análisis de la intervisibilidad, planteando la necesidad de que el lugar central debía, obligatoriamente, ser visible desde el resto del territorio que controla. Esta premisa supuso unos resultados más geográficos que históricos, en el sentido de que aquellos lugares a mayor altura, disponían de mayor visibilidad y, por lo tanto, se planteó que esos lugares debían de haber jugado en su día un papel como poblados centrales. Los resultados, válidos para una segunda Edad del Hierro, donde el poblamiento busca una ubicación destacada en el paisaje, serían discutibles para muchos casos, donde esos grandes espacios a modo de *oppida* están ya ocupados desde la Edad del Bronce, caso del Chao Samartín. La imposibilidad de localizar con claridad ese lugar central ayudó a plantear la inexistencia de una jerarquización del paisaje,

y a entender, por lo tanto, cada poblado fortificado como un elemento autónomo. De la misma forma, al suponer que no existe dicha jerarquización, se diseñó un retrato social comunitario, donde debíamos suponer una autosuficiencia económica de subsistencia. “*Los criterios locacionales prerromanos están determinados por formas de organización de la producción marcadas por la autosuficiencia y la ausencia de prácticas económicas tendentes a la acumulación de excedentes*” (Sastre 2001, 40). El panorama económico que se nos plantea no puede ser más básico, y a la vez más contradictorio, cuando se reconoce la existencia de una base económica agrícola para estos grupos, muy variado en producción y con una avanzada complejidad estructural. Igualmente, se resalta el carácter doméstico de la producción ganadera, sin incluir los datos de edad de sacrificio de la abundante cabaña de vacuno de muchos castros (Campa Torres, Cogollina, ...), que demostrarían totalmente lo contrario. Los habitantes de los castros tienen excedentes, base de una potente ganadería, que a su vez demuestra la necesidad de que existan otros tipos de poblamiento no fortificado, ya que muy pocos castros Astures disponen de espacios intramuros suficientes para guardar grandes rebaños.

Siguiendo esta línea historiográfica, estaríamos, por lo tanto, ante grupos no jerarquizados, comunitarios, con una base económica de autosuficiencia, sobre territorios controlados físicamente por esa comunidad desde el poblado en el que residen, y donde el individualismo sólo estaría presente en el caótico urbanismo castreño, bajo unidades familiares cuya diferenciación social tan solo variaría en base a la posesión de un mayor número de elementos de riqueza, posiblemente en forma de ganado.

La escuela que podríamos denominar mediterráneo-materialista, con una indudable fuerza teórica en los años ochenta en todo el Noroeste, basa buena parte de sus análisis teóricos en el paisaje, un error interpretativo bajo el que se construye todo el discurso teórico, como es el concebir los castros como únicas estructuras de poblamiento en





Figura 15.2: Ganado autóctono de la braña Vaqueira del Chano (Cangas del Narcea). La potencia ganadera de las poblaciones Astures de la Edad del Hierro les permite la selección de edades de sacrificio tempranas por criterios de calidad, demostrando una abundancia de recursos cárnicos.

el territorio astur. A partir de este error, se plantea una supuesta atomización del paisaje mediante un sistema de aldeas autónomas, que no encajan en una realidad arqueológica asturiana. Existen amplias zonas del territorio asturiano donde no existen apenas poblados fortificados, tanto en los valles de montaña del oriente, como en amplias zonas del valle Pigüña-Somiedo en la zona central, lo que nos indica que la población vive en otro tipo de estructuras no fortificadas. La demostración de esta realidad es muy sencilla, apenas tenemos 200 auténticos castros en Asturias, la mayoría de ellos, de unas dimensiones bastante reducidas. Si tenemos en cuenta que muchos de esos poblados son la continuidad de otros ya abandonados, es decir, que no están ocupados esos doscientos poblados a la vez, posiblemente llegaríamos a la conclusión que en determinados siglos, apenas 50 de esos castros están ocupados al mismo tiempo en toda la región. ¿Realmente sólo había una población en toda Asturias correspondiente a 50 aldeas? (o menos). Desde el punto de vista demográfico es sencillamente inasumible. Disponemos de una serie de hallazgos materiales de indudable adscripción a la Edad del Hierro como las fíbulas de Tiraña y Tene (Maya

1989), entre otros, que han aparecido en lugares no fortificados, y que parecen demostrar la existencia de esas otras realidades de poblamiento inferiores respecto al castro. Existe una escala de dimensiones urbanas en el espacio astur que no pueden ser comparadas al centro de Europa, pero que, sin embargo, nos permiten hablar de auténticos *oppida*, o capitales territoriales. La visita a la totalidad de castros asturianos nos permite asegurar que existen unas amplísimas diferencias, entre las dimensiones medias y bajas de la mayoría de las fortificaciones Astures, y las grandes dimensiones de otro tipo de poblados, siempre con un control visual y una monumentalización defensiva, que encajan en el concepto de *oppida* europeo, pese a no tener las medidas que se aplican en Europa a este tipo de capitales. Existen *oppida* en la cultura castreña astur, y existe por lo tanto, en muchas zonas del territorio una jerarquización del paisaje, que nada tiene que ver con la concepción de aldea autónoma que plantean las teorías mediterráneo-materialistas. Fuera de la discusión puramente conceptual del castro, es indudable que las diferencias materiales entre espacios domésticos, o la propia diferencia social de poder residir dentro del único poblado fortificado que domina ese territorio en muchos kilómetros a la redonda, es ya un factor de desigualdad social, respecto a una población que reside en el exterior de esos poblados. En nuestra opinión, queda demostrado que ni el modelo de ubicación geográfica de un poblado fortificado, ni su tamaño, puede definir en muchos casos si estamos, o no, ante un lugar central. Con una población que no reside exclusivamente en castros, sólo podemos asegurar que cada poblado fortificado es en sí mismo el centro de poder, de un territorio muchas veces ajeno a factores de visibilidad o cercanía inmediata.

La diversidad de relaciones territoriales tiene que ser la norma en la que se basen los estudios del castro y su entorno, o por así definirlo, de los paisajes castreños. Muchos de los poblados medianos o pequeños formaron un centro de poder local, que seguramente tendría una relación jerárquica de algún tipo

## 15. Conclusiones. ¿Aldeas o centros de poder? Hacia una discusión del concepto de castro en Asturias.

---



Figura 15.3: Castro de la Garba (Teverga), con un control visual casi absoluto de todo el valle de Teverga.

respecto a otro poblado más grande y distante. El castro debe ser definido, por lo tanto, como un centro de poder local, sobre un poblamiento inmediato no fortificado y que hace del poblado el espacio social necesario de todo grupo, para focalizar la dinámica vital del territorio, bien como espacio de intercambio, de celebraciones, o como lugar desde donde se dirigen las decisiones que afectan a una comunidad, donde existen amplios y diversos grados de jerarquización social. La fortificación tiene un sentido militar indudable, aunque el grupo que plantea su construcción o reforma busque la opulencia en la monumentalidad de dichas obras. Es evidente que, aparte de esa primaria función militar, existe una monumentalización de las estructuras defensivas, muchas veces sin una funcionalidad militar práctica, que lo único que busca es resaltar la ostentación del poder de los habitantes del poblado. Si bien esa monumentalización defensiva es más propia de la segunda Edad del Hierro, en una escala diferente, podemos asegurar que existe en Asturias ya en la primera Edad del Hierro, bien mediante la excavación de fosos multivallados, o bien mediante la construcción de murallas de módulos.

Como una contradicción historiográfica, la propia escuela mediterráneo-materialista reconoce el concepto familiar individual de la vivienda castreña (Fernández-Posse y Sánchez-Palencia 1998), respecto a esa su-

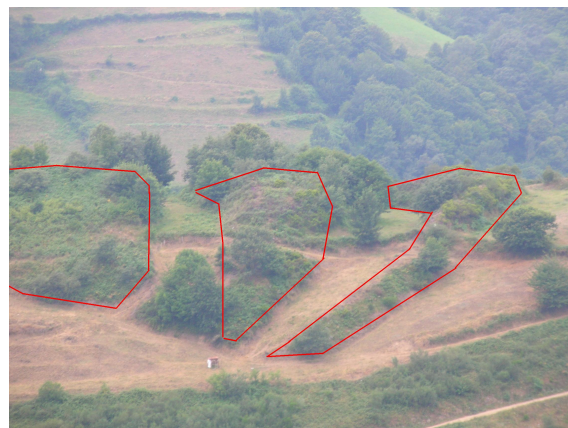


Figura 15.4: Defensas multivalladas del castro de Trichamuela de Porley (Cangas del Narcea). La monumentalidad de las defensas supone un elemento añadido de prestigio y ostentación del grupo que reside en el centro de poder local.

puesta comunidad autónoma, baluarte de un urbanismo caótico, donde sólo en los castros del Noroeste, cualquiera puede construir en el espacio protegido sin una reglamentación, orden o permiso previo de una entidad social superior. La independencia de la vivienda castreña, sobre esa comuna salvaje, es demostrada y resaltada incluso por los defensores de la inexistencia de jerarquías: *“Lo mas característico de estas unidades de ocupación es su total independencia espacial, su presumible autosuficiencia y su homogeneidad. Cada vivienda posee su propio espacio exterior, no existen espacios de tránsito o de articulación comunes y nunca se utilizan muros medianeros entre unidades distintas, los muros se duplican”* (Sastre 2001, 43). En definitiva, dejando a un lado las perspectivas que planteaban el concepto de castro como unidad autónoma dentro de una sociedad no jerarquizada, creemos que existen suficientes pautas de poblamiento y pruebas arqueológicas que demuestran la complejidad social de los grupos castreños, dentro de una sociedad, un paisaje y un sistema de explotación del entorno jerarquizado, y donde el castro debe ser asumido como una estructura de poder local, sobre un paisaje jerarquizado, no sólo





Figura 15.5: Intento de representación didáctica de dos modelos de vivienda astur prerromana y astur-romana en la Campa Torres.

por castros mayores o de mayor importancia política en un momento dado, sino también por otras estructuras de poblamiento que no están basadas en la fortificación.

Respecto al territorio astur, las referencias de los historiadores clásicos son las principales fuentes para establecer cuál fue el límite de los Astures en época antigua. Pese a la parquedad de sus descripciones e incluso, pese a las dudas sobre su objetividad son, junto a la epigrafía, nuestros mejores documentos para resolver el problema de los límites territoriales. Estrabón, Plinio, Mela y Ptolomeo, centran sus descripciones geográficas siguiendo la costa como referencia, y aludiendo de forma repetitiva a un par de elementos humanos destacables en época antigua, como es la presencia de Noega, así como de Flavionavia. Igualmente, destacaban los principales ríos, siendo citado el Nalón

por su entidad y el Sella y el Navia por su carácter fronterizo con Cántabros y con las tribus fronterizas de los Galaicos respectivamente. En la vertiente oriental, Estrabón hace mención a un estuario como frontera entre Astures y Cántabros, cita a la que se suman, los datos de Mela, según el cual, el Sella sería la frontera entre ambos pueblos. En la vertiente occidental, Plinio cita a los Paesici como pueblo astur a partir del río Navia, al igual que Ptolomeo. Algunos historiadores, han incluido la epigrafía vadiniense como otro elemento para deducir límites territoriales (Lomas Salmonte 1989, 40). En nuestra opinión, esta fórmula es arriesgada, debido a la presencia de lápidas Vadinienses en territorio astur, lo que indica la existencia de una movilidad e intercambio cultural entre los pueblos fronterizos prerromanos, y que no puede interpretarse como indicios de

## 15. Conclusiones. ¿Aldeas o centros de poder? Hacia una discusión del concepto de castro en Asturias.

---

frontera. La presencia de lápidas Vadinienses citadas por el mismo autor en las cercanías de León es una prueba de ello. El límite oriental estaría situado en los ríos Sella y Esla, mientras que el límite occidental, con los Galaicos, estaría establecido en el Navia, la sierra de Ancares, el Caurel y los afluentes occidentales del Sil en la provincia de Orense. Al sur, las sierras de Gudina, Garmoneda y la Culebra, así como el río Sabor, en territorio portugués, dejarían un espacio, que con su límite oriental en el Esla, haría de punta de conexión con el corazón del valle del Duero.

Estamos ante un territorio antiguo, con un espacio costero limitado, respecto a una gran extensión agrícola y ganadera, de la que no se puede entender la falta de productos agrícolas, como excusa a la hora de interpretar la invasión romana. La potente minería aurífera de la Asturia fue quizás una la razón principal de la ocupación romana, tal como demuestra la posible temprana presencia militar en los entornos mineros del Eo-Navia (Villa 2007), pero no la única, si tenemos en cuenta la temprana militarización romana de áreas no auríferas (Fanjul, Menéndez Bueyes y Álvarez 2005).

La Asturia transmontana, que centra nuestro estudio de poblamiento comarcal, tiene sin embargo una estructura geográfica muy diferente. En líneas generales, esa estructura se basa en tres tipos de ecosistemas, costero, llanuras fluviales y valles de montaña, que configuran el carácter, junto a una amplia diversidad geológica, de la totalidad de la región. Esta diversidad no es sólo geográfica, la identidad comarcal determinada a través de las diversas variantes lingüísticas y etnográficas, demuestra la dependencia casi absoluta, entre el medio geográfico y las poblaciones actuales. Consideramos, sin embargo, que dicha caracterización comarcal, no se daba en época prerromana, y que la situación actual es propia de la regresión socio-cultural que sufren sobre todo las poblaciones de montaña, a partir del final de la romanización, dentro de un nuevo proceso de colonización de las zonas altas, y donde es necesaria la autosuficiencia en

lo que respecta a la cultura material. Esa vuelta a lo local, contradice un esquema tribal comarcal previo, con unas relaciones comerciales y materiales inter-regionales, y que no se vuelven a dar hasta el siglo XX en nuestra región. La división etnográfica, basada muchas veces en la diversidad de los diferentes dialectos asturianos, pensamos que es un producto de la regresión medieval, y no de un origen prerromano, donde la relación cultural, económica y material es como decimos mucho mas amplia, pese a que el contexto mental y social de los grupos Astures se basen en territorios muchas veces mas limitados que el de las comarcas lingüísticas y culturales actuales. Desde el punto de vista exclusivamente geográfico, estamos ante alturas máximas de 2500 m., en el sector central de la región, que descienden en apenas cincuenta kilómetros a los valles costeros. Es, por lo tanto, una región comunicada en pocos días de ruta a pie, y cuyos problemas de accesibilidad se localizan en su conexión con la meseta, dentro de unas épocas muy determinadas al año. Los dos grandes territorios Astures, Pésicos y Luggones, abarcan espacios geográficos diferentes, uno cuarcítico al occidente, con sierras llanas, y otro calizo, con llanuras mas amplias, en el territorio luggón oriental. Pese a esta diversidad, ambos grupos son Astures, y lo son desde épocas tempranas, reforzando nuestra idea de que la identidad como grupo y la interconexión cultural y económica de la Asturia antigua nada tienen que ver con la disgregación etno-lingüística actual y, por lo tanto, es arriesgado tenerla en cuenta a la hora de establecer comparaciones históricas. Los grupos Astures citados por los historiadores clásicos y por la epigrafía se corresponden, como citábamos anteriormente, con los Pésicos y Luggones principalmente, aunque en el extremo occidental destacan varios grupos menores, cuyo territorio se difumina a veces con el de los vecinos Albiones, a los que se supone un contexto galaico. Los Egoarros y Cibarcos, en la costa de los municipios orientales de la desembocadura del Navia, están incluidos



---

entre los grupos Astures, vecinos a los Albiones. El hecho de que haya aparecido en su territorio costero una lápida de un príncipe albió, así como que el contexto geográfico de los Egozarros sea el de un territorio mas occidental a los Albiones, caso del valle del Eo, nos obliga a plantearnos, bien una flexibilidad de la atribución étnica de los Albiones, que como grupo estaría entre su pertenencia astur y galaica, o bien una serie de alianzas territoriales entre los grupos vecinos a los Albiones con los Astures, caso de los Egozarros. El hallazgo de la lápida de Vegadeo muestra diversas hipótesis, que van desde la ampliación del territorio de éstos en época romana a buena parte de los concejos del valle del Navia, o bien que estemos ante un caso de movilidad individual por razones diversas de ese príncipe albió fuera de su territorio. Estas cuestiones difíciles de resolver desde las simples referencias epigráficas y documentales, nos llevan a apostar por un grupo albió fronterizo a los Astures, cuya localización intermedia les hace cabalgar, desde el punto de vista identitario y político, entre los dos pueblos. Un caso similar ocurre con los Vadinienses. Pese a su pertenencia geográfica al grupo cántabro, su singularidad cultural y su relación de movilidad y contactos con los Astures orientales, cuya muestra mas evidente es la distribución de lápidas funerarias, hace que pudieran tener un contexto identitario fronterizo muy próximo a los Astures, pese a su pertenencia cántabra.

Respecto a la organización social, durante los años ochenta se propagó en nuestra historiografía una visión materialista de las sociedades prerromanas (Sánchez-Palencia, Sastre y Orejas 2000), cuyos ecos han llegado hasta nuestros días, de la mano de algunos sucesores de esa escuela mediterráneo-materialista (Marín 2011). El mito comunitario se basaba, de forma directa, en la visión de barbarismo de los pueblos del Norte que acuñaron los clásicos, frente al concepto de civilización mediterránea. El grupo tribal contra el que luchó Roma debía, por descalificación cultural, pertenecer

a un estadio inferior de desarrollo social respecto a la nueva sociedad clásica. De nada servían las referencias a príncipes o de jefes guerreros, tanto en Hispania como en la Galia. Los pueblos del Norte, debido a un supuesto aislamiento en las montañas, eran un caso aparte donde se demostraban los beneficios de la invasión cultural mediterránea. En nuestra opinión, fuera de acepciones políticas, apostamos por una serie de datos arqueológicos y documentales que nos permiten advertir claramente la existencia de una sociedad jerarquizada, frente al mito comunitario del materialismo mediterráneo. En primer lugar, por simple estadística, el mapa de poblados castreños, que damos como muy completo, nos muestra un territorio que estuvo formado por muy pocos poblados ocupados al mismo tiempo, lo que refuerza nuestra percepción del castro como centro de poder, y a la vez, exige admitir la existencia de una población mas amplia que no reside en dichos poblados. Esta diferencia entre una población que reside en el centro de poder protegido, respecto a otra que reside en el exterior, dedicada de forma más intensiva a la explotación del territorio, sin gozar de la protección y cercanía al espacio de poder del castro, nos esta definiendo una jerarquización social necesaria.

Siguiendo con la interpretación del mapa castreño, y su indudable interés, a la hora de conocer la estructura social de los Astures transmontanos, consideramos que en el noroeste peninsular no se pueden aplicar las categorías de dimensiones centro-europeas que definen la existencia de *oppida*, o de lugares centrales, es decir, pese a disponer de castros de menores dimensiones a las grandes capitales europeas de la Edad del Hierro, es indudable que existen unos “grandes poblados” en el Noroeste que se diferencian en dimensiones de la mayoría de los poblados fortificados (Peralta 2000). Las pruebas sobre la temprana ocupación de dichos poblados desde la Edad de Bronce, caso de San Chuis y Chao Samartín (Villa y Menéndez 2011), demuestran que si bien se ha dado un proceso de oppidización durante la segunda Edad

## 15. Conclusiones. ¿Aldeas o centros de poder? Hacia una discusión del concepto de castro en Asturias.

---

del Hierro en algunas zonas de la región, en otras, ese proceso de configuración de auténticas capitales territoriales existe desde épocas muy anteriores. La definición de los grandes poblados fortificados Astures supone admitir una jerarquización territorial entre diferentes centros de poder y poblamiento, que serían difícilmente admisibles en una sociedad no jerarquizada y de estructuras de poblamiento autónomas, como plantea el discurso materialista.

En un grado menor de análisis, en lo que respecta al urbanismo castreño, planteamos la dificultad de sostener el concepto de “caos urbanístico” en la planificación de los poblados fortificados del Noroeste. No existe en ningún grupo humano, en su organización urbana en espacios privilegiados, como constituyen los poblados fortificados, la posibilidad de acotar por cuenta propia, y sin la autorización de los responsables del grupo, un trozo de espacio destinado a su unidad familiar. De la misma forma, las diferencias de calidad evidentes, entre diferentes espacios constructivos, muchos de ellos más proclives, por su situación en pendiente, a la inundación o al viento, hacen que la construcción de la vivienda castreña haya tenido, a la fuerza, que depender de la decisión de una jefatura o autoridad del grupo. El caos del diseño urbanístico habría supuesto, indudablemente, un caos social insostenible, ya que existen áreas preferentes de construcción sobre otras de menor calidad en nuestros castros. Debió existir, por lo tanto, una jerarquía de establecimiento doméstico, o al menos una jerarquía, que establece esos asentamientos en espacios privilegiados, sobre otros que no lo son. Otro aspecto que demuestra la inexistencia de una igualdad social dentro del mundo castreño es la diferencia en los ajuares domésticos. Pese a que el registro de los hallazgos arqueológicos en el interior de las cabañas no se ha realizado con la calidad deseada en todos los casos, no hay duda de que los hallazgos difieren entre unos espacios familiares y otros. El descubrimiento de muchas piezas de orfebrería de gran calidad, pese a que no puedan atribuirse en muchos

Finalmente, consideramos que la propia epigrafía y las referencias de los autores clásicos son bastante elocuentes, en lo que se refiere a la existencia de una aristocracia y de unas jefaturas, entre los pueblos del Norte en época prerromana. La falta de esa jerarquía hubiese conllevado una particularidad social en Europa occidental que, sin duda, no hubiese pasado desapercibida para dichos autores. Pese a que las generalidades bajo las que se describen las tradiciones Norteñas en esa documentación han ayudado a la concepción de una visión tribal preindustrial comunitaria, las alusiones directas a jefaturas, así como la potente gradación social que se observa en la epigrafía temprana astur-romana, refuerzan una vez mas la idea de una sociedad jerarquizada en la cultura castreña. La organización social de los Astures, siguiendo el trabajo de Lomas Salmonte (1989, 78), se parecía bastante a los esquemas de la *gens* latina. Estaríamos ante grupos humanos que se autoidentifican como pertenecientes a una misma entidad social, basándose en unos lazos de sangre, y seguramente en unos lazos rituales de adhesión voluntaria al grupo. “*Cada gens, tiene sus propios cultos, dioses propios, los Dii Gentiles, tumba común, comparten un patrimonio que se transmite de forma hereditaria dentro del grupo, se auxilian recíprocamente en casos de dudas, restituciones, etc., tienen su propio e interno sistema de penas y castigos, sus jefes son a la vez jueces y sacerdotes, y tienen comunidad de nombre definido por el nombre gentilicio*” (Lomas Salmonte 1989, 78). Es necesario cuestionarse, hasta que punto la organización del modelo de *gens* sigue líneas estrictamente familiares, ya que estaríamos reconociendo la existencia de unas pocas familias como creadoras de un sistema organizativo prerromano, capaz de aglutinar a miles de miembros en cada grupo familiar.

Podemos estar, en nuestra opinión, ante jefaturas sobre las que se basa el resto grupo, pero donde la filiación sanguínea posiblemente solo afecte a parte del mismo, y en el resto de los miembros, se trate de una filiación familiar simbólica. Falta por explicar, igualmente,

---

la segura unión de grupos a través de los matrimonios de jefaturas. Las hipótesis actuales siguen vinculando siempre esa absorción de patrimonio femenino por parte del hombre, en caso de matrimonio, aunque pudieron darse excepciones, si tenemos en cuenta las amplias diferencias de patrimonio de determinados grupos, que no estarían dispuestos a ser absorbidos por otros de menor rango, por el simple acto matrimonial. La importancia que adquieren los personajes femeninos durante la época astur-romana entre la epigrafía de mayor calidad, puede estar mostrando esa otra realidad social en las estructuras de poder, donde la mujer, en determinados casos, pudo sustentar de forma temporal la jerarquía local hasta la mayoría de edad de sus descendientes, o hasta la elección de un nuevo jefe. Los paralelos de jefaturas femeninas, incluso en el ámbito militar, de la Europa atlántica (Collingridge 2004), podrían estar apoyando esta posibilidad minoritaria, pero que quizás también se dio entre los grupos Astures. Sabemos que en los pueblos del Norte las mujeres combaten, se encargan de labores agrícolas y heredan la propiedad. Un sistema social de equilibrio entre hombres y mujeres, donde estas disponen de la gestión de un patrimonio heredado, así como de capacidad de decisión sobre el mismo, debe ser totalmente asumido en el caso astur.

Otro aspecto a tener en cuenta es la filiación mítica y su correlación con un territorio a modo de identidad. Después de una evolución interna de varias generaciones desde la primera jefatura que da nombre al grupo, y habiéndose multiplicado sus miembros, sus descendientes e incorporados a la familia, optan por adoptar la denominación del *gens* original, bien por creerse descendientes, de esa primera jefatura, o bien por autoidentificarse con un territorio, que tradicionalmente se encuentra bajo el mando del *gens*. La identidad se basa en muchos aspectos, partiendo de un territorio, una lengua, un origen mítico para los pueblos prerromanos, una religión y una cultura material, cuyo simbolismo es asociado a un grupo concreto. La organización social de cada grupo astur permitiría la

confección de una identidad, para la cual se adopta una interpretación particular del sistema de creencias prerromano, dentro de una lengua, cultura material y tradiciones comunes, o muy similares, entre los diferentes pueblos. Planteamos, por lo tanto, que el sistema de *gens* no se basa en una estructura sanguínea real, sino que pudo ser una forma de conquista de la autoidentidad tribal, donde la adopción de nuevos miembros no es sólo matrimonial, sino también sería ritual o simbólica, y donde debemos dejar la puerta abierta a hipótesis de jefaturas de diversa índole, bien por elección de las cabezas del grupo, o bien por líneas de posesión de patrimonio privado, donde las jefaturas femeninas podrían haber tenido una presencia social real.

Cada grupo tiene un territorio, independientemente de su posible existencia fuera de los esquemas de jefaturas, con asentamientos estables fortificados, como puede ocurrir en el caso del oriente de Asturias y de Somiedo. Las montañas y los cursos de agua constituirían los límites territoriales de un territorio tribal sagrado, y cuya profanación es castigada por el grupo que domina dicho espacio. El respeto a la ancianidad, a la que se refiere Estrabón, es general. No parece en este caso haber una referencia clasista al patriarca, sino a los ancianos del grupo. La ancianidad es sinónimo de sabiduría, y en muchos casos de dignidad adquirida en los servicios al grupo, por lo que debemos entender que dicha dignidad, siendo posiblemente mayoritaria, estaría abierta a excepciones. Uno de los aglutinantes de ese grupo humano podría estar basado en la ciudad, como un sustitutivo entre los pueblos del Norte del concepto de estado. Esta hipótesis reforzaría el papel de los castros como centros de poder, y no como simples poblados, dentro de una gradación de relaciones donde los grandes poblados, actuarían como auténticas “ciudades”, que supondrían la referencia identitaria de todos los miembros del territorio.

La diversidad de situaciones que pudieron darse en la relación de grupos, a través de sus espacios de poder, debe trasplantarse a otros ámbitos como es la religión y la guerra. La

## 15. Conclusiones. ¿Aldeas o centros de poder? Hacia una discusión del concepto de castro en Asturias.

---

historiografía ha asumido una situación mayoritaria donde la aristocracia guerrera sería también la responsable de la organización religiosa. Aún admitiendo esta línea de trabajo, la multitud de situaciones que nos ofrece el sistema de organización tribal europeo, donde se da la “esclavitud”, o el deber de los siervos de asistir a sus señores en la guerra, nos obliga a flexibilizar nuestra visión, respecto a la funcionalidad de esas jefaturas en lo que respecta a la guerra y la religión. La tradición milenaria del curanderismo, pudo estar restringida en su día a unas élites que tienen que aprender dichas artes, aunque la etnografía del Norte peninsular no iría en correlación a este paralelo histórico. La práctica del curanderismo esta casi siempre vinculada a la herencia genética, algo que pudo darse entre las élites prerromanas peninsulares, cuya funcionalidad admitimos que no puede restringirse al ámbito de la propiedad y la administración de la justicia, sino debe ampliarse también a la guerra y la religión. Planteamos, por lo tanto, que el intento de adaptación del concepto de sociedad tribal preindustrial, que defiende la escuela mediterráneo-materialista, no es asumible para el Norte peninsular prerromano, existiendo amplias pruebas de una sociedad con jerarquías, sin la necesidad de constituir auténticos estados, y donde las decisiones de grupo estarían condicionadas por unas élites locales, mas que por una comunidad de individuos pertenecientes al territorio que dominan. Establecer una uniformidad de criterios para todo el espacio astur y la época en estudio es, de la misma forma, un riesgo inasumible, por lo que debemos aceptar la existencia de seguras diferencias en la concepción de esa jerarquía y de la organización social, dependiendo de uno u otro territorio. Dentro de las dificultades para el estudio de una organización social, basándonos en una documentación tan parcial como breves textos documentales y la epigrafía, podemos determinar que existe una cierta diversidad interna en lo que se refiere a la organización familiar. Igualmente, es necesario destacar la importancia de la mujer en la sociedad tribal de los pueblos del Norte, así como proponer el sistema de *gens*, no co-

mo una estructura exclusivamente sanguínea, sino como una estructura abierta, en el que se basa la autoidentificación de los individuos en relación a su territorio.

Respecto al poblamiento, consideramos que existe una convivencia de diversos modelos, basados en un determinismo geográfico, caso del sector más oriental de Asturias, y en aspectos económicos, caso del sector central y occidental de la región, en cuestiones de tipo político o cultural, como puede ocurrir con el poblamiento castreño de la desembocadura del Eo y su costa anexa, en el extremo más noroccidental de Asturias. En nuestra opinión, cada poblado es un centro de poder del territorio, bajo su control político, y no una aldea, lo que explica el exiguo número de castros en la mayor parte de la región. Evidentemente, la continua evolución de este poblamiento político, bien por causas de ampliación de territorio, subyugación de unos grupos a grupos, centralización del control territorial, o secesiones puntuales, pudieron motivar la creación paulatina de nuevos castros, dejando un mapa difícil de interpretar sin conocer las causas sociales que lo motivaron. Los estudios locales o de valle son fundamentales en este sentido para poder interpretar cambios del poblamiento, cuyas conclusiones puedan ser trasladadas al mapa regional. En el caso de Villaviciosa (Camino 1996) y el valle del Navia (Villa 2002), los mapas cronológicos del poblamiento están incompletos, mientras que en el valle de Teverga (Fanjul 2004), los resultados de las excavaciones nos detallan un cambio de ubicación basado en razones económicas y de visibilidad a partir del siglo IV a.C., con el abandono del poblado de la Cogollina, por otro anexo a las mejores tierras del valle como fue el de la Garba. El sector oriental de la región, desde los Picos de Europa hasta el concejo de Colunga por el Norte, y limitando con el Alto Nalón al suroeste, ha sido el objeto de un amplio debate desde hace décadas en torno a la falta de yacimientos. Las primeras interpretaciones al respecto vienen del catalogador por excelencia de los castros asturianos, el profesor González (1978), que atribuye esa falta de castros al factor económico,



dado el carácter itinerante de los pueblos de pastores de ese sector, que permanecerían en un estadio previo a la difusión de la cultura urbana fortificada proveniente del Occidente, y cuya llegada habría coincidido con la romanización, proceso transformador de las estructuras de poblamiento, donde el castro ya no iba a ser el hábitat por excelencia. Esos pueblos pastores coincidirían, en base a las pruebas epigráficas, con los Vadinienses. El profesor J.L. Maya, apuesta igualmente por esta hipótesis: *“Lo que obliga a pensar en un hábitat poco estable, quizás con algún poblado de mayor entidad con funciones concretas en relación con minas o con una jerarquización frente a otros núcleos de población. Los hábitats normales o bien estuvieron en el llano y se componen de chozas que dejan escasos restos, o bien a pequeñas comunidades que practiquen la itinerancia”* (Maya 1989). A esta explicación suma muy acertadamente la cuestión de la menor calidad de tierras y mayor dificultad de explotación agrícola de este sector de la región respecto al resto. Las últimas interpretaciones arqueológicas para esta área, repiten los argumentos anteriores de división fronteriza cultural, entre pueblos Cántabros y Astures, en base a las diferencias de poblamiento (Camino 2003).



Figura 15.6: Paisaje característico de la zona interior del oriente asturiano.

En nuestra opinión, apostamos por la cuestión agrícola y edafológica para explicar esa escasa realidad arqueológica castreña en los valles del oriente asturiano. Esta región,

sobre todo en sus zonas altas, es un sector diferenciado de los otros valles, no sólo en el importante aspecto de la calidad de tierras, sino también en la mayor inclinación media de las pendientes, mayor espacio ocupado por relieves rocosos, mayor número de días de escarcha en la media anual regional, menores índices de pluviosidad media, y mayor radicalidad de los índices termométricos, respecto a otros sectores de la montaña cantábrica (Fanjul 2003). Los recientes estados de la cuestión sobre paleoclima para algunas de las regiones del arco atlántico (Dark 2000), certifican la existencia de unos cambios en el aumento de la pluviosidad y descenso generalizado de la temperatura desde el Bronce Final, coincidiendo con el origen de los poblados fortificados, siendo evidente la relación clima-poblamiento, que se desprende de esas investigaciones. La cuestión cultural sería secundaria para explicar esa falta de castros en los valles orientales de la región, y en nuestra opinión, una particular realidad geográfica habría determinado la realidad arqueológica que debatimos, siendo demasiado aventurado el adentrarnos en definir espacios de frontera étnicas, cuando el fenómeno del asilamiento de los poblados fortificados en amplios espacios de territorio, no sólo se reduce a la vertiente oriental del río Sella, sino que también es un fenómeno propio de sectores como el alto Nalón, donde en el extenso concejo de Caso tan solo nos encontramos con un poblado fortificado (El Picu los Castiellos de Campo), perteneciendo el resto de los lugares fortificados de la zona a elementos propios de la amplia red de torres de control vial y pequeñas fortalezas del mundo medieval. La dispersión, con orientación de valle, es la definición más adecuada a la hora de describir la ubicación de los castros asturianos. Siempre teniendo en cuenta que no todos los poblados han sido ocupados al mismo tiempo, observamos que en todo el sector central y oriental, salvo en el valle de Lena y de Aller, esta dispersión de los poblados es evidente.

## 15. Conclusiones. ¿Aldeas o centros de poder? Hacia una discusión del concepto de castro en Asturias.

---



Figura 15.7: Los castros Astures siguen un modelo disperso con orientación de valle. En la imagen, ubicación de “Los Castros” de Ridera en Cangas del Narcea y su entorno inmediato.

En estos dos valles se produce lo que denominamos “castros gemelos”, y es la extrema cercanía entre diferentes poblados. Lo que podría parecer una concentración de castros, no lo es, y tiene su explicación en que siguiendo nuestra interpretación conceptual de centros de poder, nunca se ocupó más de un poblado al mismo tiempo, y los cambios de poblamiento se produjeron en un espacio muy limitado, por ser allí, en esa zona concreta del valle, donde se reúnen las mejores tierras de cultivo, cuando no las únicas, de todo la comarca. Ese fenómeno de los “castros gemelos” no es único de estos dos valles de montaña, aunque su proliferación en el sector costero más occidental de Asturias parece responder a algo más que a pautas económicas y visuales, y que como decíamos anteriormente pueda ser la huella en el paisaje de un mode-

lo de organización social diferente, donde la atomización de un grupo en diversos centros de poder, permite la extraordinaria proliferación de castros en un espacio de territorio tan pequeño. Respecto al valle del Narcea, la dispersión con orientación de valle es aún mayor que en el valle del Nalón. En nuestra opinión, en contra de lo que proyecte el mapa general de yacimientos, y siguiendo la experiencia personal de haber visitado cada yacimiento, debemos mantener esa pauta. Un buen ejemplo de esta zona es el valle del Cibeira donde, pese a que el mapa general de yacimientos muestre hasta cuatro asentamientos fortificados en un solo valle (Pico Sieiro, Tremado, Villar de Indianos y Vallado) (Fanjul 2005), un estudio específico de cada uno nos lleva a poner en duda dos de ellos, Pico Sieiro y Vallao, que consideramos como una torre en el primer

---

caso, y en el segundo un campamento militar para vigilar el valle de Leitariagos (Fanjul 2008). El resultado final es la existencia de sólo dos poblados fortificados en el Cibeá, los cuales posiblemente ni siquiera estuvieron habitados al mismo tiempo, e incluso de haberlo estado mostrarían un poblamiento de cierta dispersión, con más de siete kilómetros de distancia entre uno y otro. Esa es la clave del poblamiento disperso con orientación de valle, como sucede en el valle del Navia. Por un lado, no todos los yacimientos concentrados en las porciones menores de valle se ocuparon al mismo tiempo, mientras que, por otra parte, todo el territorio que controla ese poblado hacia las zonas interiores es inmenso, lo que nos permite hablar de dispersión incluso cuando algunos yacimientos ubicados en el mismo valle hubiesen tenido una ocupación temporal análoga o una comunicación visual entre ellos, al estar casi todos en el fondo de valle. En el caso del Navia, las últimas interpretaciones para explicar los “castros gemelos” de ésta zona, como pueden ser el Pico da Mina y San Isidro (Villa 2010), pasan por una línea ajena al poblamiento castreño, y más cercana a la funcionalidad militar romana. Estamos, por lo tanto, ante un poblamiento disperso, en cuanto a que la cantidad de territorio interior sin poblamiento fortificado que correspondería a cada centro de poder es inmenso, mientras que, a la vez, los poblados fortificados buscan en su ubicación la interrelación con otros centros de poder en el mismo fondo de valle. Se busca cierto contacto y cercanía con otros centros de poder desde una perspectiva social, manteniendo la independencia y el status de territorio desde la perspectiva geográfica. Es difícil definir, desde el punto de vista etnográfico, cuando se produce una autentica consolidación de los diferentes grupos humanos con cierta importancia territorial y su fusión bajo la denominación de Astures, Galaicos y Cántabros. Esas definiciones, si bien proceden de los autores clásicos, esta claro que su pervivencia en el tiempo y su difusión documental demuestra que su existencia va mas allá de la denominación documental. Los pueblos del Norte

existieron como tales, y la autoidentificación de sus miembros en la abundante epigrafía lo confirma. No estamos ante una simple denominación grecolatina, los Astures existieron como grupo poblacional entre el Norte de Zamora y la costa cantábrica.

Uno de los aspectos que hasta ahora no se han tenido en cuenta en el análisis de la Edad de Bronce, quizás por lo reciente de algunos descubrimientos clave, es la existencia de un temprano proceso de oppidización en parte del territorio astur. La presencia de poblados fortificados de grandes dimensiones desde el siglo IX y VIII a.C. (Villa 2005), cuya importancia territorial y urbanística persiste hasta el final de los castros como estructuras urbanas y centros de poder en el siglo II d.C. (Santos Yanguas 2006-07), nos permite discutir el modelo de evolución étnico-territorial que, hasta ahora, se había planteado en nuestra historiografía. La presencia temprana de estos grandes poblados nos habla, de forma clara, de la existencia de unos territorios, y su pervivencia podría demostrar que la configuración territorial y administrativa astur, existe desde la Edad de Bronce. Hasta el momento, se había planteado la existencia de unas poblaciones más nómadas que sedentarias, basadas mayoritariamente en una ganadería intensiva, que exigirían unos ciclos vitales próximos al nomadismo. Los datos arqueológicos de la Edad del Bronce cantábrica, fuera del contexto cronológico de los primeros grandes castros astures, nos hablan de unas poblaciones mixtas, tanto sedentarias como nómadas (Marín 2009), donde la agricultura es una parte vital de la economía, con una gran diversidad de especies en explotación, y donde la ganadería juega otro papel fundamental, cuya importancia no va a decaer, sino a transformarse, durante el resto de la historia astur. La minería se convierte, en esta época temprana, en una actividad cuya trascendencia marcará la identidad astur en épocas posteriores, aunque transformada en una especialización aurífera. La pervivencia de algunos espacios de culto, como en los antiguos túmulos de Argul y Tineo (Álvarez y Fanjul 2012, 14), sustituye a viejas practicas en cueva, cuyos espacios son

## 15. Conclusiones. ¿Aldeas o centros de poder? Hacia una discusión del concepto de castro en Asturias.

destinados a ocupaciones temporales dedicados a sostener un hábitat rural. Son ya bastantes yacimientos que, bien de forma directa a través del carbono 14, o bien mediante el hallazgo de elementos materiales que no proceden de excavaciones arqueológicas, están mostrando ocupaciones de la Edad del Bronce. Pese al cada vez mayor número de poblados fortificados de los que tenemos noticias de diversa índole sobre ocupaciones tempranas, tan solo uno de ellos muestra abundante información estratigráfica y material que nos permita hablar de cómo es un castro en la Edad del Bronce.

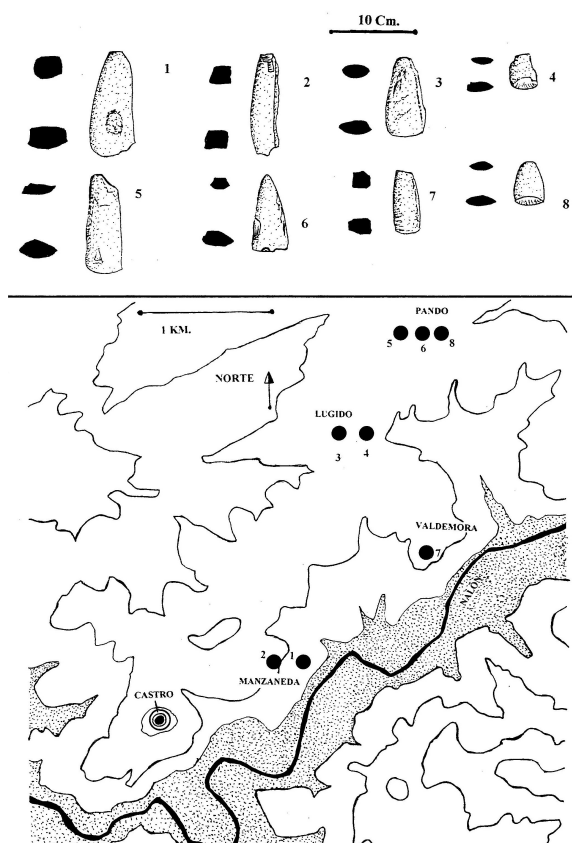


Figura 15.8: Distribución de hachas pulimentadas en torno al castro prehistórico del Picu Llanza (Ribera de Arriba).

El yacimiento del Chao Samartín muestra un recinto fortificado mediante una empalizada, en la acrópolis del futuro poblado de grandes dimensiones. En el interior de dicha fortificación, formada por postes de madera, se ha localizado una gran cabaña rectangular,

y es de imaginar que, en torno a la misma, se hallarían otras estructuras orgánicas menores, cuyas huellas no se hayan conservado hasta nuestros días, teniendo en cuenta el amplio uso posterior del castro. Los investigadores del yacimiento han propuesto una vinculación no sólo poblacional, sino también cultural de los restos hallados (Villa 2007). Esta función exclusivamente ritual de la acrópolis vendría apoyada por los restos materiales hallados, en forma de un gran disco de bronce y calderos, el entorno simbólico, restos de una gran pira, así como la presencia de un cráneo depositado a la entrada del yacimiento. Sin pretender discutir los argumentos del autor de dichas hipótesis, y apoyando la argumentación ritual de buena parte de los elementos, creemos que ha de dejarse la puerta abierta a una situación mixta, tanto ritual como habitacional, en base a la escasa consistencia de las cabañas orgánicas de esta época, así como teniendo en cuenta la falta de otros paralelos arqueológicos. La propuesta ritual para las fortificaciones de esta época tan tempranas, sin duda, una aportación interesante, a la que se suma la interpretación de los restos hallados en el castro del Picu la Forca (Camino, Estrada y Viniegra 2008), donde sus investigadores plantean una hipótesis similar para un recinto que parece haber permanecido sin usos domésticos. Teniendo en cuenta las propuestas establecidas por sus investigadores para estos dos yacimientos, consideramos que los hallazgos materiales y las cronologías de otros castros con ocupaciones tempranas demuestran también la función doméstica de otros castros asturianos durante la Edad del Bronce. Tradicionalmente ha existido en la arqueología asturiana una resistencia a la admisión de una auténtica Edad del Hierro en el territorio astur. Ha sido a partir de los trabajos en la Campa Torres (Maya y Cuesta 2001), las excavaciones en la Ría de Villaviciosa (Camino 1997) y las nuevas cronologías de las excavaciones en el Chao Samartín (Villa 2002), cuando se empieza a reconocer que no existe una “Edad Oscura”, ni que Asturias es una excepción en Europa occidental. De esta incredulidad historiográfica, hemos pasado a la





Figura 15.9: Muralla del castro de la Edad del Bronce del Picu la Forca (Grado).

exclusividad geográfica de algunas teorías relacionadas con la Edad del Hierro, totalmente comprensibles por el marco exclusivamente occidental de los hallazgos, pero que en nuestra opinión no debemos trasladar a la totalidad del resto de la región, pues pese a la falta de excavaciones intensivas, sería un riesgo difícilmente asumible desde la perspectiva teórica.

Para la primera Edad del Hierro se observa en el Chao Samartín el traslado del espacio ceremonial de la acrópolis hacia el interior de una trama urbana (Villa 2007, 32), cuya incipiente creación se detecta de forma extensiva en otros castros occidentales, como en los del centro y oriente de Asturias. Tanto en los castros orientales, como en la Campa Torres, parece que las viviendas se adosan al espacio defensivo de forma paralela, a veces el único espacio urbanizable, en aquellos castros con promontorios rocosos en su acrópolis, en buena parte del recinto fortificado, caso de la Cogollina (Fanjul 2011). Esta tradición urbanística de la primera Edad del Hierro, que consiste simplemente en la adaptación de los espacios domésticos a la orografía mas favorable de las colinas donde se sitúan los castros, continua en la segunda Edad del Hierro, tal como demuestra el castro de Caravia. Tanto en la Campa Torres, Chao Samartín y Cogollina, los restos de viviendas se dejan ver a partir de huellas en la roca base, en forma de canales y agujeros de poste, lo que demues-

tra la existencia de una arquitectura orgánica, cuya localización arqueológica, después de usos posteriores en los castros, o de su abandono, es muy difícil. El modelo de poblamiento y hábitat desde la Edad del Bronce hasta la segunda Edad del Hierro es muy similar, lo que ha llevado muchas veces a retrasar la Edad del Hierro cantábrica hasta fechas del siglo IV d.C. En nuestra opinión, esta tradición de la Edad del Bronce en todos los aspectos, domésticos, económicos y urbanos, durante toda la primera Edad del Hierro, abre la posibilidad de retrasar hasta el siglo IX a.C. el comienzo de la Edad del Hierro astur.

No obstante, identificamos en el siglo IV a.C. el gran cambio de la realidad arqueológica y cultural de los Astures. Los cambios que se producen en este siglo, por razones diversas llegan a constituir en conjunto una autentica revolución cultural y material entre los Astures trasmontanos, tal como nos demuestra la arqueología. En el siglo IV a.C. se producen varias situaciones que aceleran la evolución de los Astures. Por una parte, asistimos a una revolución comercial, con una mayor cercanía a los contactos comerciales mediterráneos desde el mundo castreño galaico-portugués, y a las influencias culturales y comerciales celtíberas desde la vecina Cantabria. Estos contactos suponen toda una novedad en el desarrollo de nuevos elementos dentro de la cultura material, algo perceptible en nuestras fíbulas de torrecilla y zoomorfas o en las cerámicas pintadas de imitación mediterránea que se observan en los castros costeros asturianos.

Por otra parte, la llegada del molino circular (Parcero *et alii* 2007), supone una revolución en lo agrícola, cambio que, a su vez, se traslada a una intensificación en la búsqueda de emplazamientos para nuevos castros en posiciones anexas a las mejores tierras de cultivo de cada valle. Este cambio de las pautas de ubicación, así como la posible intensificación de la economía agrícola, creemos que es debido a cambios materiales en los utensilios agrícolas, que seguramente van más allá del molino circular. Otro de los grandes cambios económicos lo constituye el impulso a la minería, tanto de hierro, cuyas huellas encontra-

## 15. Conclusiones. ¿Aldeas o centros de poder? Hacia una discusión del concepto de castro en Asturias.

---



Figura 15.10: Muralla de la Garba. Siglo IV a.C. (Fanjul 2011).

mos en el entorno inmediato exterior al castro de la Garba (Fanjul y Marín 2006), como en la minería aurífera, cuyo conocimiento y puesta en marcha a nivel tecnológico puede certificarse, a día de hoy, como astur prerromano (Villa 2007). En paralelo a todos estos cam-



Figura 15.11: Escoria metalúrgica del castro de Illaso (Villayón) Valle del Navia.

bios económicos, culturales y materiales, se produce otra revolución, pero esta vez en el

ámbito doméstico y urbano. De los espacios orgánicos, pasamos a las típicas casas castreñas circulares que caracterizan a los castros occidentales, y que en el sector central y oriental parecen haberse constituido mayoritariamente por barro y elementos orgánicos, sobre una base de piedras. El desarrollo de las saunas castreñas, la difusión de las murallas de módulos en los sectores oriental y occidental de la región, así como la ampliación necesaria de los espacios urbanos, constituyen características sociales típicas de la segunda Edad del Hierro astur. Ante esta auténtica revolución del siglo IV a.C., Asturias vive una segunda oppidización, con la creación de otras “ciudades”, así como castros de menor tamaño que actúan como centros de poder, y que sustituyen bien a espacios de hábitat no fortificado, o a otros castros menores anteriores, cuya ubicación se alejaba de la cercanía a las áreas de calidad agrícola y al control visual de estos nuevos centros de control territorial. La ubicación en un lugar destacado de los valles, desde donde se observe el poblado, y a la vez buena parte de su territorio, es una muestra de la necesidad de autoafirmación territorial de muchas comunidades, cuya ubicación destacada y obras defensivas responden más a la opulencia de un grupo social en constante competencia, que a una estrategia estrictamente militar.

Las causas de esta revolución social, si bien tienen un componente autóctono, basado en la cada vez mayor potencia económica de las tribus Astures, tienen de la misma forma una fuerte influencia externa. El contacto entre el Cantábrico y el Mediterráneo ha quedado demostrado con los abundantes hallazgos de la costa galaica desde la Edad del Bronce (Maya 1989). La presencia, a veces muy numerosa, de productos mediterráneos en los castros Astures, parece documentarse desde el siglo III a.C. en Coaña y el siglo II a.C. con las cerámicas campanienses de la Campa Torres (Maya y Cuesta 2001). Es evidente que estas relaciones fueron más allá del mero intercambio de productos, y que las influencias culturales del sur debieron influir en la implantación masiva de alguna de las nove-



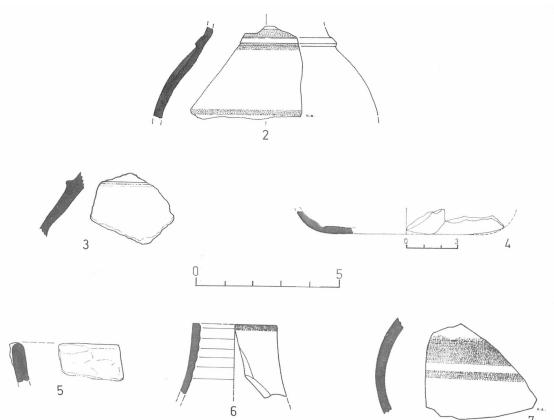


Figura 15.12: Materiales mediterráneos en los niveles prerromanos de la Campa Torres (Maya y Cuesta 2001, 156)

dades tecnológicas como el molino giratorio. La presencia de materiales hispanos en la Bretaña prerromana (Wheeler 1925), demuestran que las comunicaciones del sur de Francia y las líneas marítimas del Canal de la Mancha están en pleno funcionamiento en la Edad del Hierro. En paralelo a esta ebullición comercial atlántica, tenemos la llegada de productos, a veces de forma considerable, como ocurre en la Campa Torres, cuyo origen mediterráneo, y su mayor presencia en la costa galaica, parecen reforzar la idea de una línea de comercio por la costa portuguesa. Asturias se encuentra entre esos dos ejes comerciales marítimos, al que se suma una línea terrestre proveniente del alto Ebro, que importará todo un nuevo elenco de materiales celtíberos, cuya copia por parte de las poblaciones Astures demuestran el éxito comercial de los mismos, caso de las fibulas de Torrecilla y las fibulas zoomorfas.

Los recientes hallazgos de la Carisa (Camino *et alii* 2007), así como de otras estructuras campamentales romanas (Menéndez Blanco *et alii* 2011), y el abandono brusco de la ocupación de algunos yacimientos del sector central asturiano, caso del Castiello de Podes, certifica la invasión militar de Asturias y sus consecuencias en el poblamiento. De la misma forma que la mayoría de los castros, especialmente los de mayor tamaño, continúan con su ocupación y funcionalidad, en otros menores,

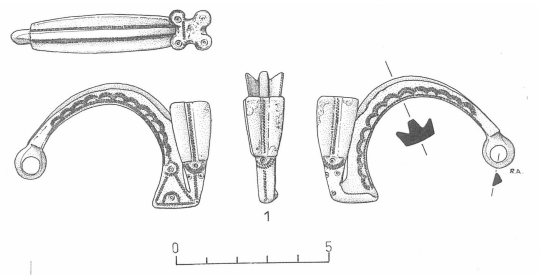


Figura 15.13: Fíbula de torrecilla del castro de la Campa Torres (Maya y Cuesta 2001, 105).

o de especial simbolismo en su época, se observan bruscos cambios como el citado en Podes, o Monte Castrelo de Pelou (Villa 2007), coincidiendo con la nueva etapa imperial.



Figura 15.14: Perfil estratigráfico del Castiello de Podes (Gozón). El final del castro coincide con la llegada de la romanización.

La romanización, como proceso atestiguado mediante la arqueología, es muy rápida. En apenas unos años, la llegada de material cerámico y numismático altoimperial a la región es muy grande, a la vez que se instalan tanto unas primeras villas, o centros comerciales y de administración, así como en algunos emplazamientos militares, posiblemente vinculados a la necesidad de asegurar una región inestable, pese al poder de la presencia romana. En este contexto, surgen los primeros castros torre, tanto en un sentido estrictamente vial, caso del castillo de Alesga (Fanjul y Menéndez 2005), como en un sentido de control económico, caso de Monte Castrelo de

## 15. Conclusiones. ¿Aldeas o centros de poder? Hacia una discusión del concepto de castro en Asturias.

Pelou. Esta primera presencia militar abarca desde los momentos de la invasión hasta finales del siglo I d.C., si tenemos en cuenta las nuevas cronologías del castro de San Isidro (Villa 2007). Con la romanización, y pese al respeto de la funcionalidad de los castros a los que se permite su continuidad como centros de poder, comienza la decadencia de la cultura castreña. La riqueza material y los cambios domésticos que se observan en la vivienda castreña, mas dada a adoptar formas de estancias separadas y agrupación de espacios, antes individuales, son una excepción de vitalidad social, dentro de un panorama donde los castros van perdiendo su carácter militar primero, y como centros de residencia de la administración local después. Las élites, que residían en los castros asturianos, comienzan a establecerse en villas no fortificadas en el exterior de los mismos, o cerca de las zonas de comunicaciones y de obtención de recursos. La ciudad romana hace de focalizador social, como centro político, y el castro, tal como lo conocemos hasta el momento, desaparece a finales del siglo II d.C. El final de la vida en los

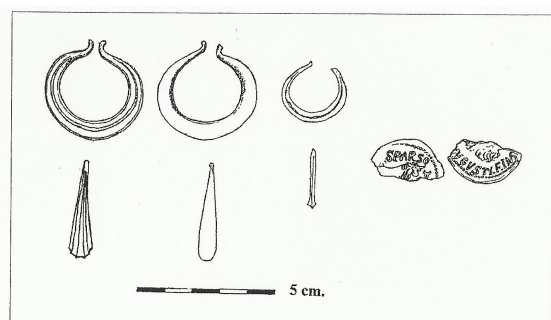


Figura 15.15: Pendientes amorcillados en bronce y moneda romana partida del castiello de Alesga, una turrís de control vial altoimperial en el valle de Teverga (Fanjul, Menéndez-Bueyes y Álvarez Peña 2005).

poblados fortificados Astures tiene una causa única, que refuerza nuestra hipótesis de que estamos ante centros de poder y no ante espacios de hábitat. La administración romana supone el nacimiento y auge de unas estructuras de control administrativo y comercial en el siglo I d.C. en todo el Noroeste, que tam-

bién cumplen la función de constituir espacios privilegiados de poblamiento. La vida política ya no se realiza en los castros de un territorio tribal, sino en las ciudades y establecimientos administrativos romanos, y se hace desde una época relativamente temprana de la romanización. El castro pierde su razón de ser, no por una imposición romana, sino posiblemente por un traslado voluntario de las élites territoriales a esos nuevos centros comerciales y de administración. Las villas y ciudades asimilan la vieja función de los castros, transplantando la opulencia de sus estructuras defensivas por la intensidad de la riqueza comercial y por la presencia de los nuevos productos de lujo del Imperio. Esta decadencia del castro como centro de poder local, a lo largo del siglo II d.C. principalmente, coincide a los pocos años con una decadencia de espacios urbanos e industriales hispanorromanos, que supondrá un impulso enorme al concepto de aldea y caserío autosuficiente. Si el hábitat no fortificado siempre ha existido en Asturias, la necesidad de una autosuficiencia por parte de las élites y de la población residente en los grandes núcleos de hábitat impulsó una mayor intensificación de la explotación de los denominados espacios periféricos.

La reocupación de los castros entre los siglos IV y V d.C., mediante estructuras domésticas de escasa consistencia, demuestra la intensidad de ese nuevo poblamiento, que no hace uso de los espacios defensivos, y que parece estar en relación a lugares de explotación estrictamente rural, reaprovechando bloques de estructuras defensivas como elementos con los que construir la base de las cabañas, caso de la Garba en Teverga (Fanjul *et alii* 2010). En paralelo a ese impulso de la aldea, y a la desaparición total de los castros como poblados fortificados, se produce un auge en el modelo de los castros torre. La reactivación de la minería del oro en el siglo IV d.C. podría ser la causa de esta refortificación de algunas comarcas occidentales, en espacios exclusivamente destinados al control vial y en las cercanías de amplias áreas de explotación minera. Posiblemente estamos ante unas obras de control militar pro-





Figura 15.16: Vivienda circular castreña del siglo IV d.C. del castro de la Garba (Teverga) (Fanjul 2011).



Figura 15.17: Castro-torre de Acio en Cangas del Narcea.

pías de un estado necesitado de oro, y que impone su estricto control en la Asturias occidental, mediante la construcción de pequeñas torres multivalladas, cuya estructura defensiva se ha confundido en nuestra historiografía con la de los viejos castros. En el sector de Cangas del Narcea, Tineo y Allande se multiplican los castros-torre, alguno de los cuales, como Bimeda, ofrece un tesoro de esta época tardía, coincidiendo con la revitalización de la minería del oro de época constantiniana. Podemos asegurar, por lo tanto, que el modelo castreño, basado según nuestra opinión en poblados fortificados cuya funcionalidad es la de centros de poder local, finalizó en el siglo II d.C. A partir de este momento, las ocupaciones temporales de castros como aldeas de montaña, o fortificaciones de control militar o vial, ya nada tienen que ver con la funcionalidad original de nuestros antiguos poblados fortificados. Cuando los castros dejan de ser centros de poder, pasando su relevo a los centros administrativos romanos, dejan de ser castros, y esto sucede principalmente a lo largo del siglo II d.C. Las pautas agropecuarias y militares que originó el poblamiento de los viejos castros de la Edad del Hierro comenzaron a darse en la tardo-antigüedad, apenas un siglo o siglo y medio después de su final poblacional, y ambas funcionalidades, domésticas y militares, continuarían de forma puntual en algunos yacimientos durante la Edad Media. Tal como comentábamos anteriormente,

si las fortificaciones castreñas del siglo III-IV d.C., tuvieron seguramente una funcionalidad destinada al control de la reactivación minera por parte del estado, así como de sus vías de comunicación, en el caso de las fortificaciones castreñas o reocupaciones militares de los siglos VI y VII d.C. nos atrevemos a plantear, basándonos en los datos obtenidos en el castro del Castiello de Fozana y en Gauzón, que se trata de fortificaciones militares, prueba de la inestabilidad social y política del territorio astur. La presencia de *terra sigillata* tardía del siglo VI d.C. en ambos castros, así como el hallazgo de material metálico, y restos de actividades metalúrgicas menores para el auto-abastecimiento, son una prueba clara, junto a la inexistencia de espacio y restos de estructuras de habitación en piedra, de que la funcionalidad del Castiello de Fozana podría ser, según nuestra opinión, estrictamente militar. En el caso de Gauzón, esa función militar pudo tener un objetivo diferente, como es la protección de la costa asturiana, y de la ría de Avilés, ante las incursiones piráticas del Norte de Europa. La convivencia en Fozana de materiales cerámicos a mano, junto a *sigillatas* del VI. d.C. y estriadas altomedievales, nos está marcando un horizonte cronológico de los siglos VI y VII d.C., momentos en los que la documentación confirma campañas de estabilización política visigoda en el Cantábrico, así como rebeliones de los pueblos del Norte contra el poder visigodo. Las



## 15. Conclusiones. ¿Aldeas o centros de poder? Hacia una discusión del concepto de castro en Asturias.

---

reocupaciones militares de los siglos posteriores, serán de una entidad y funcionalidad diferente a las del siglo VII. d.C., donde, además de los dos casos citados, queremos incluir algunos de los castros-torre y castros multivalados de pequeñas y medianas dimensiones del territorio pésico, entre Tineo y el valle del Narcea. A partir de la configuración del reino de Asturias, la fortificación de algunos cas-

tros responde exclusivamente a la protección y control vial de las comunicaciones de la región, especialmente en los valles de montaña. La entidad de esas reocupaciones militares, es mucho menor, en intensidad y labores de fortificación, que las de época visigoda. Estamos ante pequeñas torres que reaprovechan los materiales de los antiguos castros, así como su excelente posición visual.



Figura 15.18: Foso principal de la fortificación altomedieval del Castiello de Fozana (Siero) (Fanjul 1997).

Otros yacimientos de mayores dimensiones como Tremao pudieron servir de auténticos castillos, o de residencias fortificadas del poder local. La falta de excavaciones en estos castros nos impide aventurar cómo y por qué se produce la reorganización interna de los antiguos poblados fortificados Astures.

La guerra civil castellana supone que en el siglo XIV se exija una destrucción de la mayor parte de las fortificaciones. A partir

de este momento, la ocupación temporal de los castros asturianos con finalidad militar se hará en espacios cuyo excelente control visual del territorio y de las vías de comunicación les convierte en posiciones estratégicas. Las guerras del siglo XIX y la Guerra Civil implicaran ciertas labores de refortificación de algunos de ellos, cuyas huellas han pervivido hasta nuestros días, tanto en su orografía como en la tradición oral local.

---

En conclusión, los Astures, al igual que las sociedades del resto de los pueblos del Norte Peninsular, no fueron diferentes en complejidad y organización social al resto de grupos de la costa atlántica europea. La simplicidad intencionada con la que se ha querido impregnar a los Astures, no sólo es imposible desde la comparación histórica y cultural, sino que desde el punto de vista arqueológico es sencillamente falsa. Nuestro estudio pretende desmitificar el viejo concepto de castro que, en unión al grupo astur, significa también un cambio de los viejos conceptos sociales sobre este grupo arqueológico e histórico. La revisión de los supuestos casi medio millar de castros asturianos nos ha dejado un mapa mucho más reducido de asentamientos, que implican que no podamos definir el castro como la unidad básica de las sociedades de la Edad del Hierro, lo que supone, a su vez, la demostración de que no podemos establecer los modelos defendidos por la arqueología del paisaje para esta época en Asturias. Esta base teórica nos conduce a cambiar la concepción social de los Astures, al poder afirmar que no existe un concepto tribal autónomo, sino que la complejidad social del grupo es mucho mayor, y la escasez de poblados fortificados encaja mejor en las estructuras de poblamiento de sociedades jerárquicas, donde las aristocracias locales, bien por capacidad económica, tradición familiar, o por otros motivos, residen en el interior de las fortificaciones. El resto del grupo reside en el exterior, y posiblemente acude al castro para determinados ritos sociales, bien por ser centros de decisión política, lugares de intercambio de productos, o como centros que protagonizan los ritos religiosos del grupo. Esa complejidad se hace patente también en el contexto económico. No estamos ante un grupo de estructura económica primaria, recolector de bellotas y obligado al saqueo de trigo de sus vecinos del sur. Como hemos demostrado en Teverga (Fanjul 2011), los Astures disponen de una agricultura sofisticada, incluso en las zonas de alta montaña, lugares donde hoy ni siquiera existen actividades agrícolas debido a la ubicación en altura de los viejos campos de cultivo. Las cue-

vas, como espacios periféricos cómodos para uso habitacional de un grupo supuestamente primario como los Astures, no son ni siquiera usadas como hábitat durante la Edad del Hierro. El poblamiento muestra, por lo tanto, una sociedad mucho más compleja y sofisticada de lo que las fuentes clásicas primero, y la historiografía académica oficial después, han intentado inculcarnos, mientras que la cultura material nos remite a un grupo flexible y dinámico con el resto de pueblos vecinos. Existen los contactos interregionales, donde la cerámica y la orfebrería certifican esa flexibilidad social, capaz de adoptar modas foráneas y técnicas de calidad, y donde también existe la capacidad de distribuir esos productos en los rincones más abruptos de la región, mientras se impulsan otros de éxito más regional, caso de las fíbulas en omega. Otras piezas, hasta ahora adscritas a la cultura castreña por su estética, caso de la mayor parte de los molinos decorados conocidos, creemos que provienen de contextos muy tardíos entre el fin de la romanidad o los comienzos de la Edad Media. La base historiográfica a la que nos referíamos no siempre sostuvo esa concepción de grupos primarios autónomos, que podemos llamar “primitivista”. Las excavaciones arqueológicas de Aurelio de Llano (1919) fueron ejemplares para su época, pero tuvimos que esperar a finales del siglo XX para que las intervenciones en los castros de la Ría de Villaviciosa, Llagú, la Campa Torres o el valle del Navia, abrieran el camino no sólo a aceptar la existencia de una Edad del Hierro, sino también a impulsar una nueva imagen de los Astures, lejos del “primitivismo” materialista, y cada vez más cerca de una realidad arqueológica atlántica y europea. A nivel sociocultural, la geografía define a un grupo de grupos, los Astures, dentro de amplias diferencias geográficas entre ellos, y que posiblemente no pueda explicarse desde la unidad cultural o étnica, pero sí desde un sistema de alianzas interregionales tempranas, donde la oppidización del territorio muestra unos grandes poblados funcionando desde la Edad del Bronce. La gran revolución del siglo IV a.C. entre los Astures promueve una segunda op-



## 15. Conclusiones. ¿Aldeas o centros de poder? Hacia una discusión del concepto de castro en Asturias.

---

pidización, basada en la perspectiva agrícola, la monumentalización, y la ostentación visual de esos grandes poblados sobre su territorio. El fin de los castros en el siglo II d. C. significa el impulso de unas aldeas que, sin duda, existían con anterioridad, con lo que volvemos a encontrar una prueba más de que los castros no son simples poblados, sino la residencia de las principales familias de cada grupo, y estos pierden su sentido cuando las familias dominantes se trasladan a los nuevos ámbitos de decisión, ostentación e intercambio, como son las ciudades y las villas. Es aquí cuando volvemos de forma insistente en combatir el concepto utilizado hasta ahora para definir los castros en Asturias. Por comparación con los grupos vecinos del arco Atlántico, por la propia evolución y fin de los poblados, por el sentido común de la organización social humana, siempre jerárquica, por el escaso número de poblados, o por la presencia de materiales de

orfebrería destinados a unas élites, los castros no fueron la expresión de una sociedad atomizada, tribal y autónoma. La pertenencia a una gentilidad no puede verse, exclusivamente, como la prueba de un lazo de parentesco a nivel sanguíneo, sino que debemos apostar, por la inclusión en el grupo familiar de filiaciones adoptivas o simbólicas, mientras que la amplitud del territorio astur y sus amplias diferencias económicas y geográficas, seguramente supusieron también una cierta diversidad en cuanto a las formas de organización social.

Definitivamente, y pese a que ha costado dos siglos de arqueología asturiana, la agricultura fue la base, junto a la ganadería y la minería, de la economía astur transmontana, como lo demuestra nuestro estudio con las pautas de ubicación de los principales poblados del valle del Trubia, y la posterior excavación del castro de la Garba (Fanjul 2003 y 2011).



Figura 15.19: Campos fósiles de cultivos cereales en el entorno inmediato del castro de Trichamuela de Porley (Cangas del Narcea).



---

Los poblados fortificados, donde residen las élites Astures, aprovecharon al máximo la base geológica y la altura natural como fórmula defensiva, a la que suman diferentes elementos artificiales, algunos de carácter propio, caso de las murallas de módulos, y en otros casos formas locales, como los aterrazamientos exteriores de los castros orientales. De la tipología de los poblados, en cambio, no podemos asegurar un contexto ni cronológico, ni cultural, con unos yacimientos “dominantes” que surgen en la Edad del Bronce y en los cambios económicos del siglo IV a.C. De un modelo que hasta ahora se tenía como castro, caso de los castros-torre, consideramos que debe quedar excluido del catálogo de yacimientos, al ser un modelo no habitacional, y que surge en base a una conflictividad, tanto por el control de las principales vías de comunicación, como por el control de las fuentes de minería aurífera y sus territorios anexos. Estamos en definitiva, ante un trabajo que abre las puertas, cuando no demuestra, que debemos dar el salto de la marginalidad a la complejidad, demostrada a través de un nuevo concepto de castro, que afecta a la base social de los Astures, y que nos obliga a cambiar la percepción de su poblamiento y de su sociedad. Hemos utilizado la revisión de poblados fortificados de la región como una excusa para abrir otros debates, y postular nuevas ideas en capítulos tan diferentes como la sociedad o la cultura material, pero que de forma indirecta, gracias al trabajo de campo de estos últimos años, debíamos proponer.

Los Astures existieron, y su complejidad como grupo nada tiene que ver con la imagen de los clásicos. Al contrario, su éxito como sociedad y su fuerza cada vez mayor en el Norte peninsular, gracias a la producción de oro, fueron la causa de su ocupación por un sistema político diferente y su transformación.

## Capítulo 16

# Catálogo de los castros asturianos.

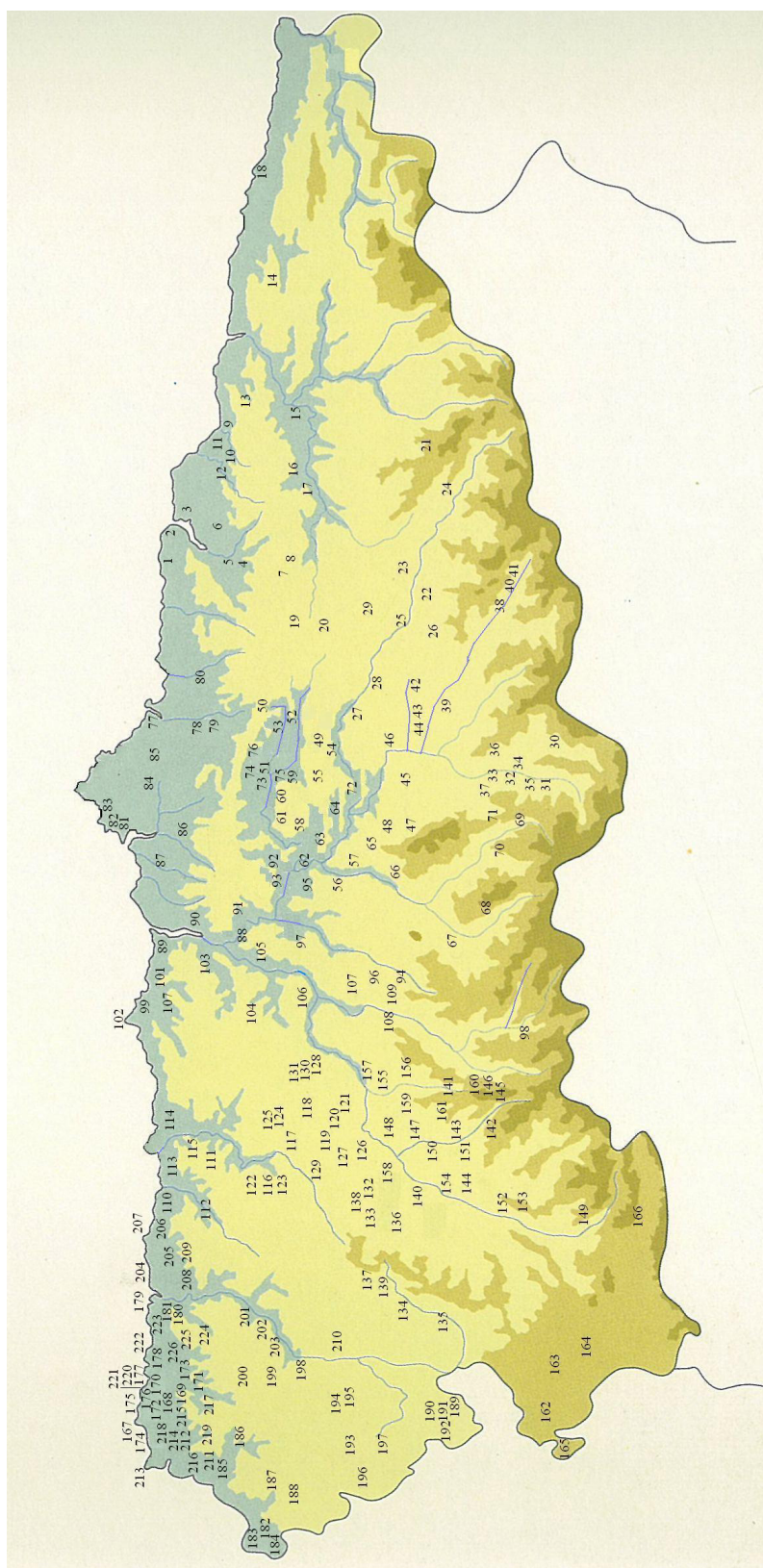


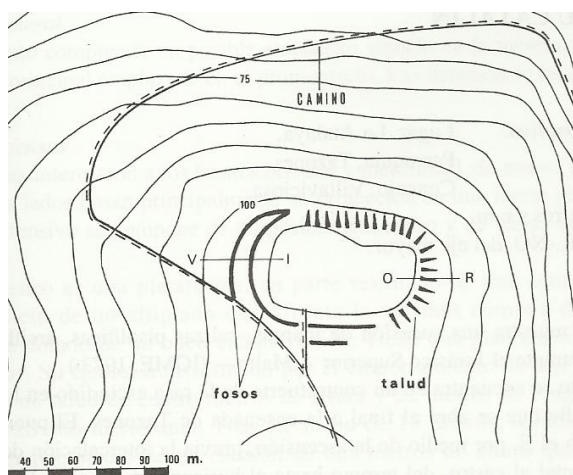
Figura 16.1: Mapa de los castros de Asturias



## 16. Catálogo de los castros asturianos.

### 16.1 EL CERCU LA BARQUERONA - AGÜERU - VILLAVICIOSA.

Coordenadas- HUSO UTM, 30 - x -301.528,57 m. y -4.824.655,11 m.



Castro en corona junto a la costa, a 104 m. de altura, de tamaño pequeño, *ca.* 60 x 40 m. Fue catalogado en 1966 por J. M. González (1976, 119). La mejor descripción hoy en día sigue siendo la de Camino (1995, 131), quien consigue recorrer sus defensas, antes de que éstas fuesen inaccesibles y se perdiesen entre la abundante vegetación. En nuestras consecutivas visitas la superficie del castro se ha mostrado impracticable debido al amplio bosque de eucaliptos y maleza que cubre el espacio arqueológico. Con forma ovalada y orientado en dirección E-W., el Cerco dispone de un talud poco visible en la zona Este, mientras que la parte más accesible es protegida por un conjunto de 2 fosos con contrafoso central, que parecen extenderse por buena parte del entorno de acceso. Un camino parece haber afectado a parte de estos



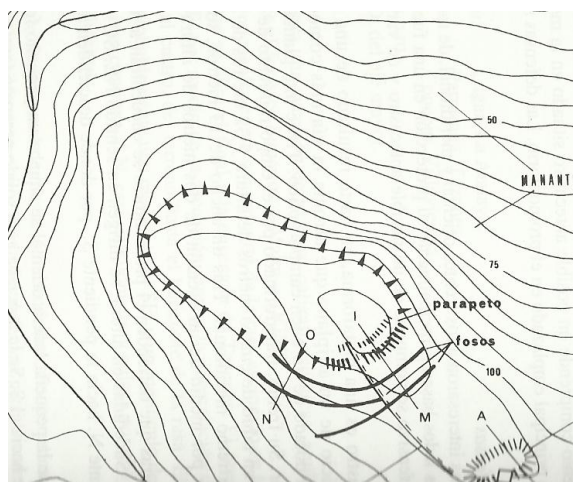
---

fosos en el sector occidental, al igual que existen diversas alteraciones en los derrumbes localizados en la parte alta de la colina, y que suponemos formaron parte de alguna estructura defensiva en forma de muralla o bastión. Pese a que la altura natural de la colina sobre su base es escasa, debemos tenerla en cuenta como parte de la defensa del poblado. Su entorno inmediato es de mayoritario uso agrícola, en plena plataforma costera, junto a terrazas de gran calidad en las áreas de San Félix y el Toral.

## 16. Catálogo de los castros asturianos.

### 16.2 PICU CATALÍN - LA ATALAYA - VILLAVICIOSA.

Coordenadas- HUSO UTM, 30 - x -305.769,94 m. y -4.823.860,28 m.



Nos encontramos con un poblado ovalado, de orientación SW-NE., muy cercano a la línea de costa, a 119 m. de altura, y con un sistema defensivo complejo, formado por 2 fosos y un con-

trafoso. No hemos podido comprobar la presencia de un tercer foso, aunque al menos en parte se puede adivinar en la vertiente este de la colina, con lo que podríamos estar hablando para una parte del castro de hasta tres fosos y dos contrafosos. Fue catalogado en 1960 por J. M. González (1976, 119) y descrito por J. Camino (1995, 134). El poblado entraría en la categoría de grandes dimensiones por sus 120 m. de largo y casi 50 m. de ancho, en lo que es el recinto interior, es decir, sin contar con las defensas externas. En la Atalaya, encontramos otra peculiaridad defensiva, como es la presencia de un antecastro, junto a las caserías de acceso al yacimiento, el cual medirá aproximadamente unos 15 m. de ancho por 25 m. de largo y desde la cual, se puede observar parte de la rasa occidental costera del concejo y principalmente el área de Tazones. Al igual que en La Barquerona, se observa un resalte en la parte superior de la colina, junto a la principal vertiente de acceso al poblado, y que debió constituir un bastión de-

---

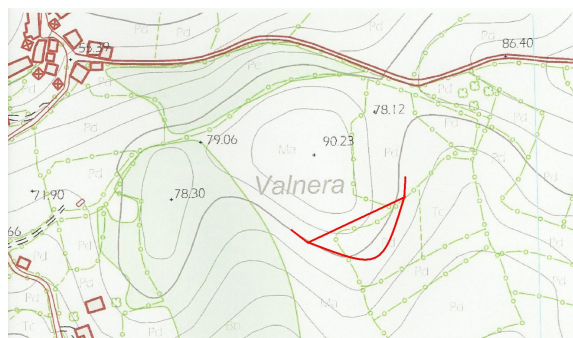
fensivo en esa cabecera de la colina, o bien es la parte principal de la antigua muralla. En el resto de las vertientes, la altura natural de la colina o promontorio donde se ubica la Atalaya es la principal defensa, mientras que las obras artificiales tan solo aparecen en la vertiente SW. Su entorno inmediato es de mayoritario uso agrícola, con tierras de calidad en sus alrededores de Piedraguiris o Santa Marina.



## 16. Catálogo de los castros asturianos.

### 16.3 EL CAMPÓN - OLIVAR - VILLAVICIOSA.

Coordenadas- HUSO UTM, 30 - x -308.808,34 m. y -4.821.251,92 m.



Es quizás uno de los castros mejor definidos de todo el sector oriental de Asturias, carente de vegetación, que impida observar a la perfección la totalidad de sus estructuras defensivas. Es un poblado de forma ovalada, orientado en dirección E-W., de medianas dimensiones, *ca.* 60 x 70 m., en plena ladera de los montes y altas praderías, a 92 m. de altitud, que con escasa inclinación bordean Selorio en el sector este de la parroquia. La defen-

sa principal la constituye la propia altura del promontorio donde se ubicaba el poblado, con hasta 7 m. sobre su base, a la que se unen 2 fosos de pequeñas dimensiones, que tan solo están separados en la vertiente de acceso al poblado, la oeste, formando un contrafoso intermedio, ya que a partir de esta vertiente se unen en un solo anillo defensivo. Sobre la plana cima de la colina se observan numerosos conjuntos de derrumbes, sobre todo en las cabeceras Este y Oeste del castro, y que debieron ser en su día algún tipo de bastiones o muralla. Fue catalogado en 1969 por J. M. González (1976, 142). En la vertiente Este, el foso se ensancha formando una vaguada de unos 40 m. de longitud, que parece excavada parcialmente en la base rocosa de la colina. El control visual de la ría de Villaviciosa es perfecto y destaca su inmediatez a las amplias vegas agrícolas de la misma. Su cercanía a numerosos hallazgos individuales de este sector del concejo, así como a los restos romanos de la factoría comercial-puerto de Rodiles, nos indican



---

la muy posible importancia histórica del entorno de este emplazamiento. Excavado en 1996 por J. Camino, sus hallazgos publicados dejan clara la antigüedad de la ocupación del poblado: *“por lo menos en la primera Edad del Hierro”* (Camino 1997, 26).

## 16. Catálogo de los castros asturianos.

### 16.4 LA COROLLA - AMBÁS - VILLAVICIOSA.

Coordenadas- HUSO UTM, 30 - x -298.486,86 m. y -4.814.156,79 m.



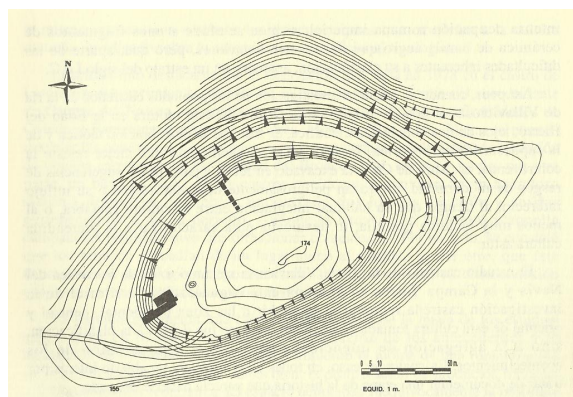
Promontorio en corona a 142 m., con orientación N-S., de difícil acceso por la vegetación y el bosque de eucalipto que ahora ciega la colina, situado en la parte alta del valle de Puelles, en la vía principal de comunicación entre Villaviciosa y las llanuras interiores del centro de la región. El poblado podría definirse, pese a las dificultades de su reconocimiento, de tamaño mediano, con unas medidas de *ca.* 60 x 60 m., dentro de una plataforma circular. Fue catalogado en 1960 por J.M.

González (1976, 119). Según la carta arqueológica local, se localizó un pequeño talud junto a la entrada del castro en su parte superior, no comprobado por nosotros, que tampoco hemos observado foso alguno, más que las vaguadas inmediatas al castro en casi todo su perímetro. Nos queda la duda de saber si alguna vertiente de la colina fue rebajada para que ésta adquiriera una mayor altura respecto a su base, como parece haber ocurrido en otros casos de vaguadas a los pies de los yacimientos. Está situado a menos de 500 m. del vecino castro de Taloca y muy cerca de los restos de la antigua villa romana de Puelles y del monasterio de Valdediós. Dispone de un entorno inmediato de usos económicos mixtos, anexo a las campos ganaderas de Llores o el Arzabál. Las referencias de materiales que sobre este yacimiento ha dado a conocer Camino (1996, 34), nos trasladan a claros momentos de época prerromana en el Hierro I.



### 16.5 EL CASTILLO - CAMOCA - VILLAVICIOSA.

Coordenadas- HUSO UTM, 30 - x -299.437,46 m. y -4.814.917,96 m.



Castro de grandes dimensiones, *ca.* 120 x 80 m., de forma alargada con orientación SW-NE, ubicado en el sector inicial de la ría de Villaviciosa, a 153 m. de altitud. Fue catalogado en 1960 por J.M. González (1976, 119) y excavado parcialmente en 1989 por Camino (1997), quien documentó tres niveles de ocupación desde el siglo

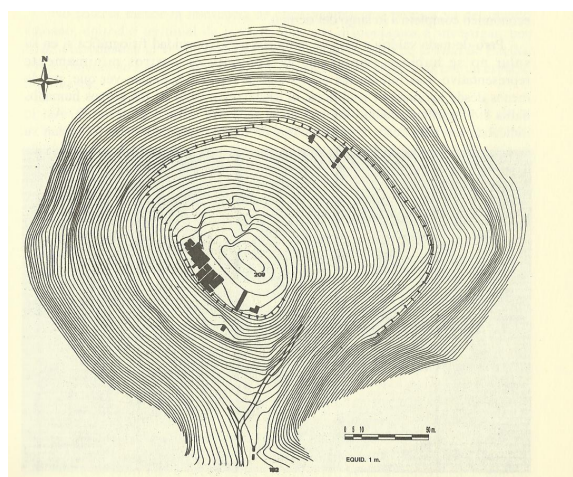
VI a.C. Las defensas del poblado estaban constituidas por una muralla que rodeaba la totalidad de la zona de habitación, así como por varios aterrazamientos situados a mitad de altura, en las vertientes norte y este de la colina. Entre los hallazgos destacan diversas construcciones circulares y ovaladas con base de piedra y paredes orgánicas, junto a una muralla de piedra que delimitaba el recinto superior. De su posición estratégica se pueden tomar dos observaciones, su enorme control visual del valle así como su proximidad a sectores del concejo de gran calidad agrícola. Su entorno inmediato es de mayoritario uso agrícola, anexo a las ricas vegas de Grases, Vegas o Camoca de Arriba.



## 16. Catálogo de los castros asturianos.

### 16.6 EL PICU CASTIELLO - MORILLÓN - VILLAVICIOSA.

Coordenadas- HUSO UTM, 30 - x -307.108,33 m. y -4.818.622,63 m.



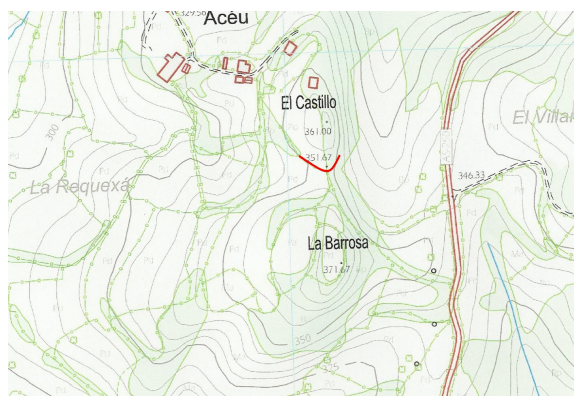
Fue catalogado en 1961 por J.M. González (1976, 119) y excavado en 1990 por Camino (1997). El poblado, situado también en el sector inicial de la ría de Villaviciosa, a 222 m. de altitud,

se ubica sobre una colina de grandes dimensiones, con más de 100 m. de largo y ancho. El castro, en corona, y con una orientación SW-NE, aprovecha como defensa natural la verticalidad de la mayor parte de sus vertientes, a lo que suma una muralla de módulos que rodea la zona de hábitat. La ocupación de este poblado, según los datos de Camino, se sitúa entre los siglos IV a.C. y mediados del III d.C., con tres momentos de ocupación, donde se observan cambios en la relación de las estructuras de habitación y las defensas. Se observa en el registro arqueológico una evolución de la calidad material y constructiva, con abundantes elementos de metalurgia, cerámicas de calidad y cuentas de pasta vítrea, que demostrarían la influencia comercial en los castros costeros asturianos de la segunda Edad del Hierro. A su excelente ubicación estratégica en el control visual del valle de Villaviciosa, se suma un entorno inmediato de usos mixtos, aledaño a las áreas ganaderas de Argüelles o Lluarón.



### 16.7 EL CASTIELLO - ACEBO - SARIEGO.

Coordenadas- HUSO UTM, 30 - x -296.542,97 m. y -4.808.774,30 m.



Poblado principal en dimensiones y control visual, de todo el valle de Sariego. Ubicado sobre un cerro en corona a 350 m., que sobresale en una de las vertientes del valle, es de forma circular, ca. 40 x 60 m., con posible foso hoy colmatado por el camino de acceso y con una zona de hábitat llana en su cumbre, en la que se observa una mayor

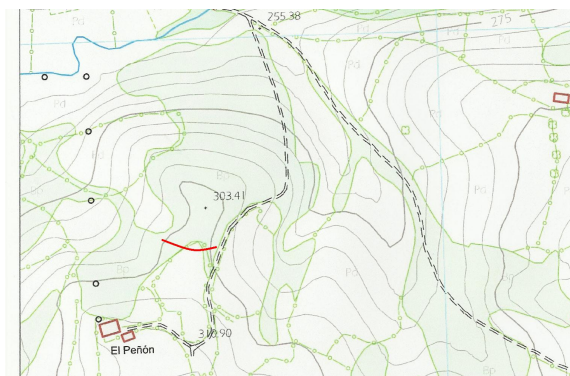
elevación de la zona este, la dirección principal a la que se orienta, quizás restos de antiguo talud o bastión en esta cabecera. Junto a su “acrópolis”, existe un terreno a menor altura, pero también en la zona alta, que parece formar parte del castro, y que de ser zona de hábitat las dimensiones pasarían a ser las de un gran poblado. Las principales defensas son las naturales, y la corona del cerro donde se halla el castro se halla a más de una decena de metros de altura sobre los terrenos que circundan. Parece que en los años 70 del siglo XX se allanó parte del castro con una pala, y existe tradición oral referente a reutilización de materiales para la construcción del actual Acebo, aunque no hemos visto derrumbe alguno aprovechable en la colina. Dispone de un gran control visual de la totalidad del valle de Sariego. Su entorno inmediato es de mayoritario uso agrícola, y esta cerca de las principales vías de comunicación naturales de la comarca, así como a las tradicionales áreas ganaderas de Les Cabañes o Valvidares.



## 16. Catálogo de los castros asturianos.

### 16.8 LA PICA EL CASTRO - ARAMANTI - SARIEGO.

Coordenadas- HUSO UTM, 30 - x -290.821,85 m. y -4.809.448,35 m.



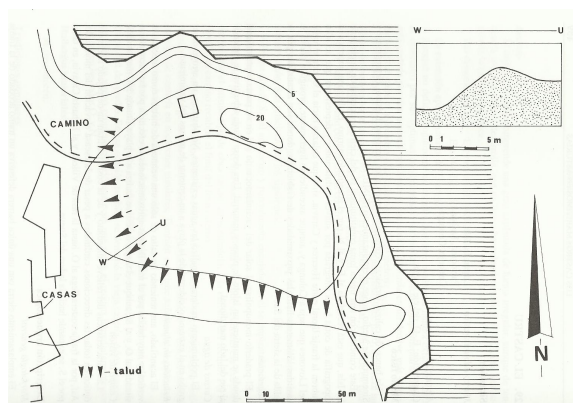
Poblado circular de pequeñas dimensiones, *ca.* 50 x 40 m. y orientación E-W, a 303 m. de altura, que domina el pueblo actual de Aramanti, desde el que se accede con gran facilidad al castro. La colina donde se ubica el yacimiento es de pendientes muy suaves, siendo casi inexistente la verticalidad como forma de defensa natural y tan solo podemos observar 2 posibles fosos de 1 m. de profundidad que rodearían, a una distancia de 10 m. uno de otro, la corona del castro. Está encla-

vado en el corazón del fondo del valle de Sariego, y pese a su escasa altitud, se sitúa por encima del territorio inmediato, lo que le facilita el control del paso por el centro del valle, así como un dominio de las ricas vegas fluviales de la zona, de hecho, el “camino real” del valle pasa bajo el castro. En la parte más alta del poblado tan solo se observan varios pozos de saqueo y algunos bloques naturales de caliza que sobresalen del terreno. La mota que acoge el poblado dispone de un pequeño resalte en el sector Este, que hace de escasa defensa natural, pues apenas consigue 1 m. de altura. Quizás por esta razón es en el resto de sus vertientes, de mayor accesibilidad, donde se concentran las defensas artificiales, en forma de doble foso. Es de gran interés, debido a lo inusual de su estructura defensiva y tipología de ubicación, así como por disponer de algunas referencias orales que hablan de hallazgos de materiales. Hemos de señalar la presencia, a 1 km, del castro conocido como “El Peñón”, en dirección Este.



## 16.9 EL CASTRO - LA ISLA - COLUNGA.

Coordenadas- HUSO UTM, 30 - x -320.096,00 m. y -4.816.975,02 m.



Este castro aparece citado constantemente en la bibliografía arqueológica asturiana, desde su excavación parcial por Aurelio de Llano (1919). En nuestra visita hemos comprobado la imposibilidad de certificar la existencia de restos estructurales, defensivos o materiales que permitan ver castro alguno, debido a las fuertes alteraciones que han

modificado la colina donde se situaba el yacimiento. Fue descrito por Camino (1995, 139). Ubicado sobre el barrio de la Atalaya de la Isla, y con orientación N-S, las dimensiones del promontorio costero ovalado donde se levantaba el antiguo poblado son las propias de un castro mediano, *ca.* 80 x 60 m., del que conocemos un sistema defensivo formado por terraplenes de diferente tamaño, pero en ningún caso de tipo monumental como en el vecino castro de la Riera. Aurelio de Llano adscribe la ocupación del castro a la Edad del Hierro, por haber encontrado en el lugar restos cerámicos similares a los de Caravia, mientras que a lo largo de las últimas décadas han ido descubriéndose cada vez un número mayor de restos romanos en la zona, que parecen corresponder al entorno de una factoría comercial y villa junto a la playa de la Isla. Su entorno inmediato es de mayoritario uso agrícola, con tierras de excelente calidad entre las áreas de las Huelgas, Canero o Bueño.

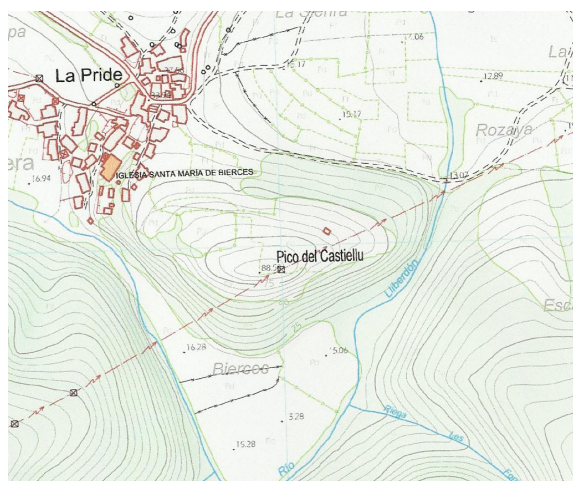


## 16. Catálogo de los castros asturianos.

---

### 16.10 EL CASTIELLO - LA RIERA - COLUNGA.

Coordenadas- HUSO UTM, 30 - x -315.467,07 m. y -4.815.987,60 m.



Es, sin duda, el gran poblado del valle de Colunga, y uno de los mayores del oriente asturiano. Ubicado en el centro del concejo, con orientación N-S., sobre el pueblo de la Riera, es un castro en

forma alargada, con estructura en forma de diversos aterrazamientos y taludes, que culminan en una gran acrópolis plana, donde se encuentran algunos pozos naturales, originados en la base rocosa de la colina, que parece aflorar más en la cima. El sistema defensivo podría entrar dentro de lo que denominaríamos sistemas complejos o multivallados, y que en la Riera se ve con mayor claridad en el recorrido por el que se asciende al castro, con alturas entre las diversas terrazas de más de 7 m., y con un terraplén por el que se asciende a la acrópolis, que parece estar excavado en la misma roca. Es difícil concretar el número de diferentes taludes o terrazas que forman las defensas del castro, ya que esta colina ha sido transformada y erosionada por labores agrícolas. Lo cierto es que se pueden observar con más claridad en la zona oeste del yacimiento, coincidiendo con la vertiente de más fácil acceso al Castiello. El resto de vertientes tienen en la verticalidad natural de sus paredes su principal defensa. Sus medidas, que



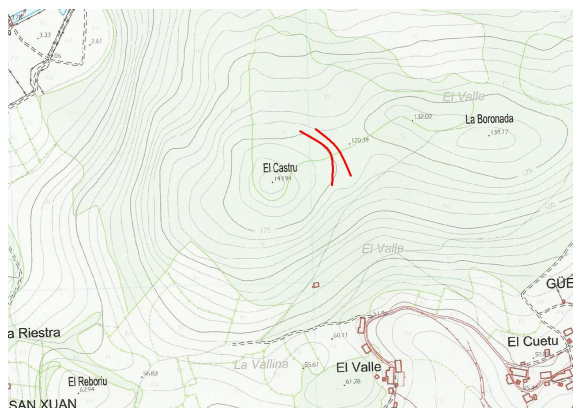
---

superan aproximadamente los 150 m. de largo x 70 m. de ancho, certifican su inclusión en la escala de mayor dimensión que establecemos en el mapa de castros del oriente de la región. Al igual que la mayoría de castros del concejo, fue sondeado por Aurelio de Llano (1919), citando la existencia de los siguientes hallazgos: cerámicas parecidas a las del castro de Caravia (Edad del Hierro), hachas, monedas, o estructuras de arenisca cubiertas por tegulas romanas y una moneda de Augusto procedente del castro. Coincide con una ubicación intermedia entre la más rica vega de la Comarca (pueblo de la Riera), y amplias áreas de tradicional aprovechamiento ganadero en Ixuxú (Fanjul 2003b, 73).

## 16. Catálogo de los castros asturianos.

### 16.11 CASTRO VILLEDA - SAN JUAN - COLUNGA.

Coordenadas- HUSO UTM, 30 - x -317.443,87 m. y -4.818.174,57 m.



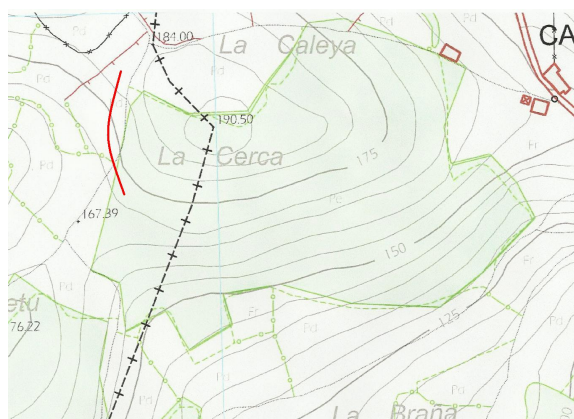
Pese a lo alterado de sus superficie, hoy en día plantada de eucaliptos y con una densa vegetación que cubre la totalidad de la cima, lo que impide un reconocimiento directo sobre el terreno, es posible advertir a cierta distancia, desde la vertiente Norte, mucho más clara de vegetación, la existencia en ese lado del castro de 2 extensos fosos que, pese a

no ser muy profundos, cortan el acceso al poblado. Fue catalogado en 1961 por J.M. González (1976, 109). La colina es alargada, *ca.* 90 x 80 m., de forma ovalada con orientación E-W y un extenso control visual sobre la casi totalidad del concejo de Colunga. A muy poca distancia del castro se han hallado restos de edificaciones antiguas en la playa de la Griega, así como Aurelio de Llano (1919) cita cerámicas parecidas a las del Picu del castro de Caravia. El lugar dispone de numerosas referencias mitológicas que hablan de la existencia de juegos de bolos de oro y vajillas de plata, y en la carta arqueológica del concejo se detallan varias estructuras defensivas en forma de taludes, en la vertiente Sureste, que por la ya comentada densa vegetación, no hemos podido observar. Su entorno inmediato es de mayoritario uso agrícola, aldaño al mismo valle de Colunga capital (Fanjul 2003b, 73).



## 16.12 EL CASTIELLO - CASTIELLO DE ARRIBA - COLUNGA.

Coordenadas- HUSO UTM, 30 - x -311.021,57 m. y -4.818.928,06 m.



Poblado de grandes dimensiones a 190 metros de altura, con unos 120 m. de largo y casi 80 m. de largo, situado junto a la sierra que divide el valle de Colunga del de Villaviciosa, junto a un valle interior de media altura, con unas óptimas cualidades agrícolas y ganaderas (Fanjul 2003b,

81). En la actualidad el paisaje está repleto de plantaciones de eucaliptos, que también afectan al yacimiento, aunque es posible observar, desde fuera del castro, la existencia de un foso, aprovechado por un camino hoy en desuso, con una sección de 2 m. de altura, 2 m. de ancho en su sección media, y unos 40 cm. en su base. Al conjunto arqueológico, orientado en dirección E-W, le precede una pequeña colina que haría de antecastro y una vaguada natural que va a dar al foso, desde el que se accede al poblado. Desconocemos noticia alguna sobre hallazgos o tradición oral, pero en la carta arqueológica del concejo se citan otras estructuras defensivas como muros, parapetos, y un posible talud en la zona exterior al foso, que no hemos podido observar. Del entorno arqueológico, el único dato destacado es la existencia de un “camino real” de comunicaciones, que pasaba junto al yacimiento, en dirección al vecino valle de Villaviciosa, procedente de Colunga.

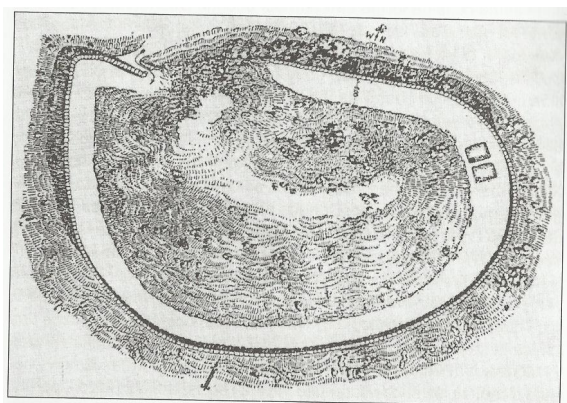


## 16. Catálogo de los castros asturianos.

---

### 16.13 PICU EL CASTRO - CARAVIA - CARAVIA.

Coordenadas- HUSO UTM, 30 - x - 322.712.66 m. y -4.813.603,43 m.



La excavación de este poblado por Aurelio de Llano (1919), ha motivado una presencia constante de este yacimiento en las discusiones arqueológicas referentes a la Edad del Hierro en Asturias. El Picu el Castro, de 375 m. de altitud, es un yacimiento en corona con eje mayor E-W., protegido por una muralla en su vertiente Sureste, la de más fácil acceso, mientras que el resto de la colina queda protegida por la pendiente natural

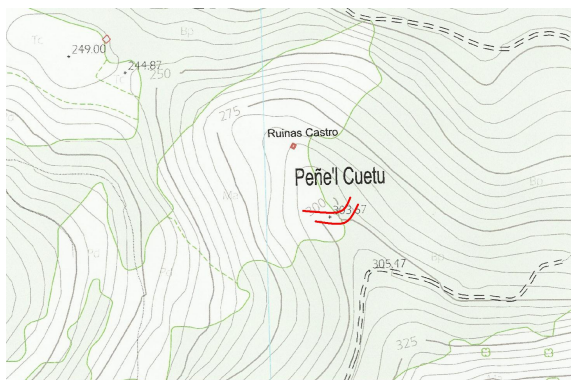
de sus laderas. Ubicado en una de las estribaciones de la sierra del Suevo, la visibilidad es enorme, abarcando buena parte de la costa de los concejos de Caravia, Colunga y Villaviciosa, así como gran parte de los valles interiores de Caravia y Colunga (Fanjul 2003b, 81). De tamaño mediano, *ca.* 60 x 40 m., su espacio habitable se reduce a la terraza que forma la muralla, ya que el resto, al igual que en tantos otros castros en corona, sobre colinas calizas del centro de Asturias, es un espacio de roca que sobresale del terreno. Tanto las excavaciones de Aurelio de Llano, así como la limpieza estratigráfica realizada posteriormente por Adán, Faedo y Díaz (1994), muestran claramente la existencia de una rica estratigrafía de la Edad del Hierro, pero nos falta todavía una definición cronológica fiable. Su entorno inmediato es de mayoritario uso ganadero, debido a su ubicación en plena sierra del Suevo.



---

#### 16.14 EL CUETU - LLANU - CANGAS DE ONÍS.

Coordenadas- HUSO UTM, 30 - x - 329.607,52 m. y -4.808.299,19 m.



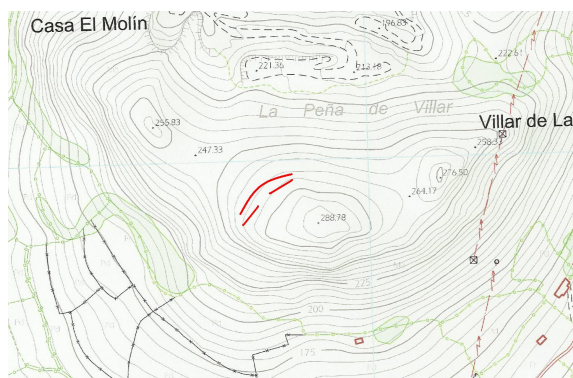
parcialmente excavados en la roca caliza, mientras que el espacio de hábitat queda restringido a la plataforma que forma el espacio interior al bastión de la entrada. Aparte de controlar la estratégica vía natural del Sella, dispone en su entorno inmediato de ricas áreas de aprovechamiento agrícola en la misma parroquia de San Martín de Margolles.

Castro en ladera, a 303 m. de altitud, sobre peñón calizo y de pequeñas dimensiones, *ca.* 50 x 60 m. Su estructura casi circular es defendida por un sistema de 2 fosos y contrafoso, al que les sigue un bastión en la zona de más fácil acceso al poblado. Fue catalogado en 1961 por J.M. González (1976, 109 y 1978, 185). Los fosos parecen estar

## 16. Catálogo de los castros asturianos.

### 16.15 EL PICU MANCOBIO - ARRIONDAS - PARRES.

Coordenadas- HUSO UTM, 30 - x - 322.005,64 m. y -4.806.443,23 m.



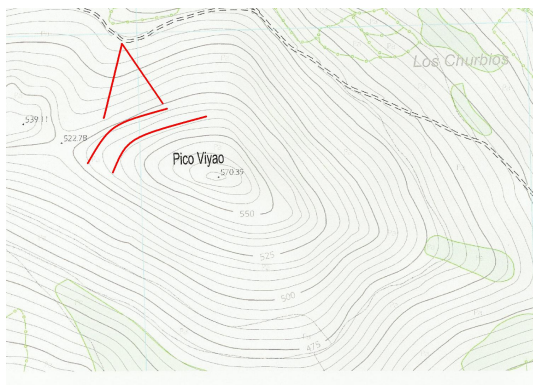
El castro del Picu Mancobiu, a 291 m. de altitud, es un poblado de grandes dimensiones, ca. 150 x 50 m., situado en pleno valle del Sella. Su forma alargada tiene una orientación E-W., y podemos calificar su tipología de ubicación como de castro en corona. Las estructuras defensivas principales constan de un conjunto de aterrazamientos fortificados en las vertientes Este y Oeste, que se

alternan con 2 contrafosos y varios fosos de pequeño tamaño en el sector Oeste, desde donde se accede más fácilmente al castro. Los aterrazamientos más extensos son los de la zona superior, donde además se localiza un amplio sector de derrumbes, huella de algún tipo de defensa principal junto a la zona de hábitat. Hay que dejar claro que, dentro de las grandes dimensiones del lugar, parece que la mayor parte del yacimiento podría estar ocupado por estructuras defensivas, y no por amplias zonas de hábitat. Como único castro del concejo de Parres, hay que destacar su importancia en este sector estratégico del valle del Sella, que controla visualmente a la perfección. Su entorno inmediato es de mayoritario uso ganadero, disponiendo de amplias tierras cultivables a menos de 500 m. en dirección Sur.



### 16.16 MONTE VIYAO - BORINES - PILOÑA.

Coordenadas- HUSO UTM, 30 - x - 309.601,63 m. y -4.806.806,55 m.



este, como posible área de hábitat, junto al cual se ven restos de derrumbes, y más abajo 2 líneas de fosos. Hemos encontrado varias referencias orales que hablan de tumbas en la parte superior de la colina, vinculadas a la guerra civil. Recientes interpretaciones vinculan una línea triangular de foso en la ladera Norte con una utilización campamental romana (Menéndez *et alii* 2011).

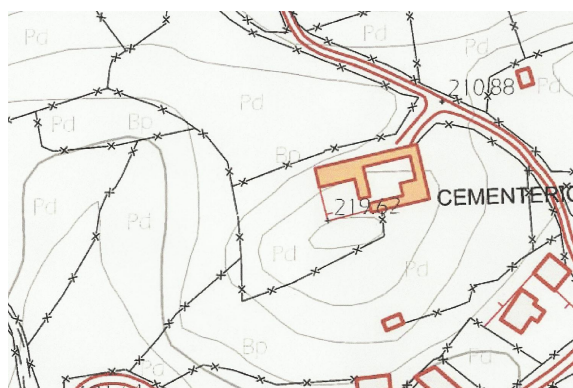
Pese a estar catalogado por J.M. González (1976) y hacerse referencia en la carta arqueológica local a varias estructuras defensivas, no habíamos conseguido ver ninguno de los fosos que se citaban (Fanjul 2005) hasta hace un año, cuando la vegetación menor, sí nos ha permitido recorrer el yacimiento. La colina rocosa tan sólo deja un sector dispuesto en abanico en la vertiente



## 16. Catálogo de los castros asturianos.

### 16.17 EL CASTRU - ARGANDENES - PILOÑA.

Coordenadas- HUSO UTM, 30 - x - 311.211,20 m. y -4.803.392,13 m.



El lugar del Castru se ubica a 219 metros de altura sobre una pronunciada colina en ladera que, con una extensa visibilidad de buena parte de la comarca, está protegida en su vertiente Sur por diversos aterrazamientos, así como de una extensa vaguada natural por el sector Norte (Caso y Miyares 1980, 603). Es indudable que su situación

es propicia para la ubicación de un asentamiento protohistórico en altura, si bien las dudas de nuestra última revisión se fundamentaban en los siguientes puntos (Fanjul 2005):

- No existen elementos defensivos artificiales visibles, ya sea en forma de fosos o restos de bastiones o murallas, lo que certificaba que no estábamos ante un castro.
- Los montículos de derrumbes, que los agricultores del lugar han ido formando, mediante la explotación agrícola de la zona, pertenecen a antiguas estructuras de hábitat y no de defensas del perímetro de la colina.
- Finalmente, pese a que las estelas disponen de una decoración de indudable presencia en el fenómeno castreño (Maya 1988, 261), podríamos estar ante representaciones realizadas en tiempos de época romana, (Berrocal *et alii* 2002, 205).

---

Sin embargo, una perspectiva norte de la colina, la disposición de varios aterrazamientos superiores y la abundancia de hallazgos materiales, nos exige incluir este castro en el catálogo de yacimientos. Los datos referentes a estructuras de hábitat, así como las lápidas decoradas, podrían corresponder a un establecimiento rural de época romana.



## 16. Catálogo de los castros asturianos.

---

### 16.18 LA PUNTA LA TORRE - LLANES - LLANES.

Coordenadas- HUSO UTM, 30 - x - 356.972,85 m. y -4.809.865,61 m.



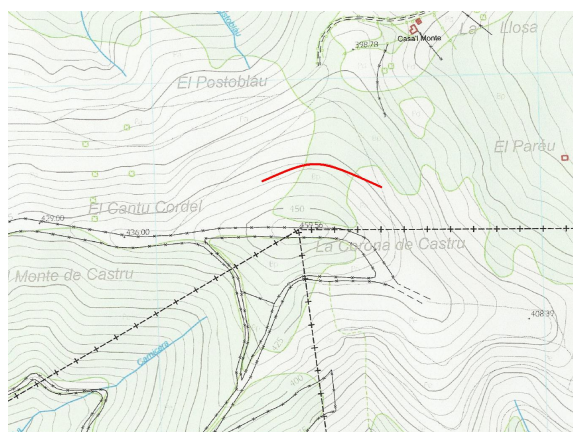
fensivos a modo de torre medieval en el interior del recinto, la cual se conserva aún en parte, así como la muy escasa potencia de sus defensas y falta de cualquier hallazgo material, ponen ciertas dudas sobre la existencia de un castro en la Punta, ya que desconocemos si el pequeño foso podría pertenecer a un conjunto defensivo, e incluso habitacional, propio de tiempos medievales. Lo que no cabe duda es del interés del lugar, básico para despejar dudas sobre el origen de la villa actual de Llanes. Su entorno inmediato es de mayoritario uso agrícola, con amplias tierras de calidad, sobre la misma rasa costera del concejo.

La Punta la Torre podría ser el castro costero más oriental de Asturias, disponiendo de una estructura simple que parece un pequeño foso, que cortaría la península donde se ubica el poblado, a 57 m. de altitud y con orientación N-S. Fue descubierto por un grupo de investigadores locales (Camino *et alii* 2003). La existencia de restos de-



### 16.19 LA CORONA DEL CASTRO - HERÍA - NAVA.

Coordenadas- HUSO UTM, 30 - x -303.194,14 m. y -4.806.324,79 m.



Castro de grandes dimensiones, *ca.* 120 x 70 m., con orientación E-W, y situado en un punto intermedio de los concejos de Nava, Piloña y Cabranes. Debido a su ubicación, a modo de corona fortificada, controla la totalidad del sector este del surco geológico Oviedo-Infiesto. Su estructura, de

forma ovalada, disponía de 2 fosos en anillo no muy extensos, el primero de unos 3 m. de profundidad por 1 m. de ancho, y el segundo o interior, de 6 m. de ancho por 3 m. de profundidad, a los que seguía un bastión defensivo como parte principal de una muralla que rodeaba la totalidad de la colina. A diferencia de la mayoría de los castros en corona del sector centro-oriental de Asturias, en este caso existían dos plataformas abiertas en la vertiente Este y Oeste, donde se ubicaba la zona de hábitat, mientras que la acrópolis parece que era “estéril” arqueológicamente. El castro fue destruido en la década de los 80 del siglo XX, como consecuencia de la plantación de pinos y la construcción de diversas pistas forestales y cortafuegos que cortaron el poblado en diferentes secciones. Se trata, sin duda, de uno de los yacimientos más importantes del sector oriental de la región, no tanto por sus dimensiones, sino porque parece ser el poblado principal de un área que carece de castros, con presencia tan dominante en el te-

## 16. Catálogo de los castros asturianos.

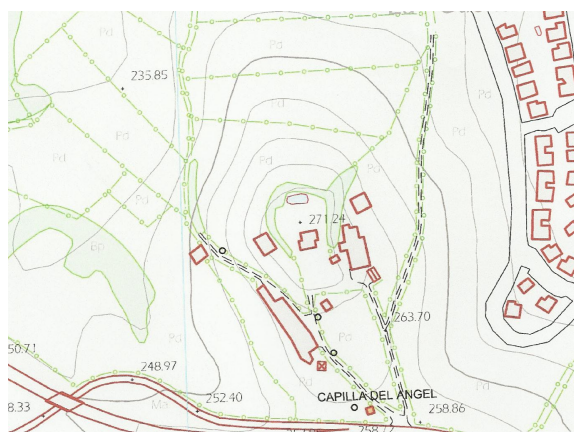
---

rritorio. Del yacimiento conocemos la existencia de monedas romanas y cerámica con decoración reticulada, aparte de ser de gran interés la gran cantidad de referencias mitológicas que se recogen en el vecindario sobre este emplazamiento. Su entorno inmediato es de usos económicos mixtos, aledaño a tierras cultivables de calidad, junto a la misma Hería.



## 16.20 CASTILLO DE SALES - POLANAVA - NAVA.

Coordenadas- HUSO UTM, 30 - x -298.094,86 m. y -4.803.687,91 m.



Castro ubicado en llano sobre un promontorio de medianas dimensiones, *ca.* 70 x 60 m., en plena llanura de Nava, a 273 m. de altitud. Se pueden observar diversos terraplenes naturales en sus vertientes exteriores, que le confieren una mayor altura y delimitación sobre el entorno inmediato.

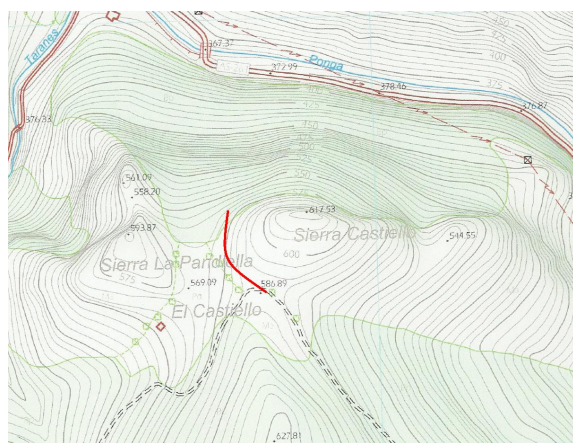
El control visual es enorme, dominando el corazón del surco geológico prelitoral Oviedo-Infiesto, pese a estar en el fondo del mismo y, desgraciadamente, las enormes transformaciones que ha sufrido en las dos últimas décadas han desfigurado la casi totalidad de su estructura, por lo que nos es muy difícil comprobar si dos arroyos ciegos del sector suroeste pudieron ser fosos. Es en la vertiente Sur desde donde pensamos que se accedía al yacimiento, por ser la más llana y donde se observa una mayor altura de esos aterrazamientos, que parecen ser de origen natural, haciendo de principal defensa. El lugar aparece citado en la documentación medieval dentro de la concesión de la Pola de Nava (De la Peña 1981), donde hacen referencia al castro como Castillo de Sales. La totalidad de su entorno inmediato es de mayoritario uso agrícola, anexo a amplias vegas de fondo de valle de gran calidad.



## 16. Catálogo de los castros asturianos.

### 16.21 EL CASTIELLO - TARANES - PONGA.

Coordenadas- HUSO UTM, 30 - x -321.891,21 m. y -4.785.755,43 m.



Castro en espolón, a 616 m. de altitud, ubicado en el fondo del valle de Ponga, con orientación E-W. Se trata de un poblado de medianas dimensiones, que repite el esquema estructural de los castros en corona sobre peñones calizos, con un aterrazamiento o plataforma sobre o junto a la muralla, donde se situaba el espacio de hábitat y unas defensas principalmente basadas en la

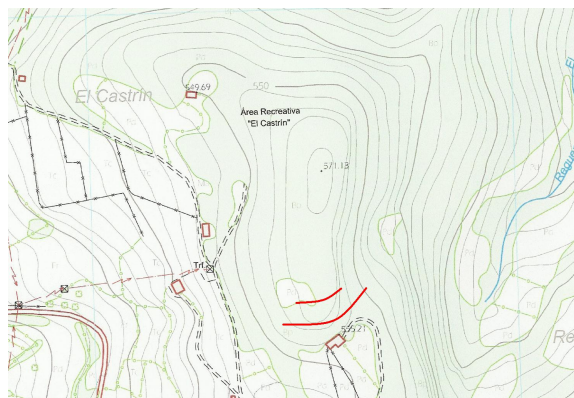
pendiente natural de la mayoría de las vertientes de la colina. Fue catalogado en 1965 por J.M. González (1976, 115). La acrópolis sería un espacio arqueológicamente estéril, con resaltes de roca ocupando las partes más altas de la cima, y las defensas artificiales se sitúan siempre en una única vertiente, aquella que no dispone de defensas naturales, y por la que es más fácil el acceso al recinto fortificado. En el caso del Castiello, tenemos además un foso de bastante anchura, entre 4 y 7 m. según los puntos, y de unos 2 m. de profundidad, que se suma a esa muralla, 2 posibles líneas de muralla según J.M. González (1978), de la que hoy solo es visible el conjunto de derrumbes que la formaban. A la terraza principal se unen varias de menor tamaño, en las que es difícil definir su funcionalidad como área de hábitat. Dentro de la complicada orografía del concejo de Ponga, el Castiello de Taranés se ubica en pleno centro del concejo, el mismo área donde las tierras son más abiertas y de más fácil explotación (Fanjul 2003b, 74).



---

## 16.22 LA CORONA DEL CASTRO - SAN ANDRÉS - SOBRESCOBIO.

Coordenadas- HUSO UTM, 30 - x- 300.247,49 m. y- 4.787.208,38 m.



go por cerca de 50 m. de ancho. Fue catalogado en 1961 por J.M. González (1976, 117). Desde el castro, también denominado en la zona como el “Castrín” o la “Corona”, se dispone de un perfecto control del valle interior de Soto y sus ricas tierras para el cultivo en el fondo de valle. Sobre la mota se localiza un enorme pozo de saqueo, que casi no deja ver en sus cortes restos de derrumbes, algo que también ocurre en las laderas del castro, y que nos hace pensar, tanto para este caso como para el vecino yacimiento de La Corona de Campiellos, en la importancia que debieron de tener las estructuras defensivas de madera, principalmente en forma de empalizadas.

Poblado de mediana extensión, orientado al Norte, que consta de una mota fortificada rodeada por un foso de grandes dimensiones, con 4 m. de anchura, y de una explanada a menor altura que la mota, igualmente protegida por un foso, pero de menor tamaño que el principal. Las dimensiones del conjunto superan los 90 m. de lar-

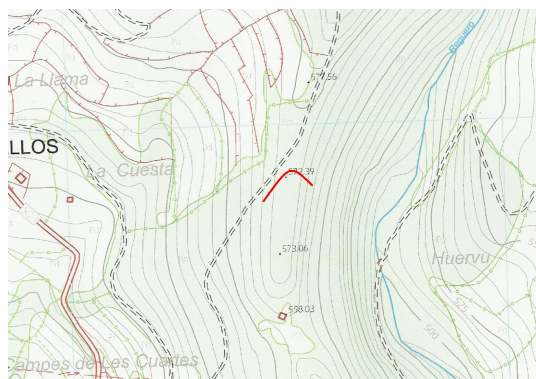


## 16. Catálogo de los castros asturianos.

---

### 16.23 LA CORONA - CAMPIELLOS - SOBRESOBIÓ.

Coordenadas- HUSO UTM, 30 - x-299.931,41 m. y- 4.790.068,88 m.



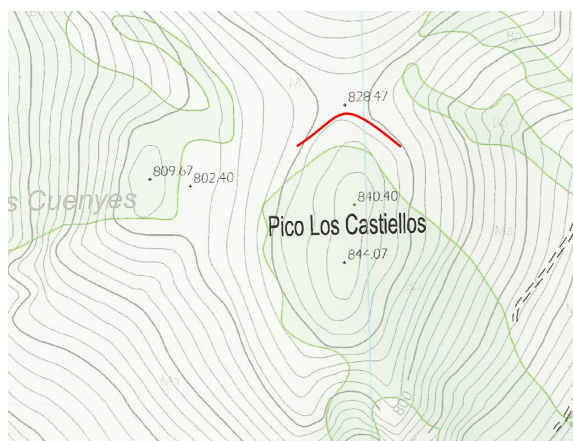
piellos. No existen al igual que en la mayoría de los yacimientos comentados, noticia alguna sobre hallazgos materiales, y son muy escasos los yacimientos con una estructura defensiva tan simple en Asturias. En la parte superior de la colina, la zapata de una torre eléctrica deja ver derrumbes, que advierten, junto a las escasas dimensiones del poblado, que nos hallamos ante un castro-torre, de funcionalidad desconocida.

A media altura, 573 m. de altitud, y orientado al Este, sobre el valle principal del Nalón, se sitúa este peculiar yacimiento en forma de corona sobre ladera, tan solo defendido por un foso de 2 o 3 m. de altura, y por la altura natural del promontorio, con un desnivel de unos 10 m. sobre la base de la colina. El control inmediato del yacimiento se sitúa sobre las tierras de pasto y cultivos de media montaña que rodean la localidad de Cam-



#### 16.24 EL PICO LOS CASTIELLOS - CAMPO DE CASO - CASO.

Coordenadas- HUSO UTM, 30 - x-308.475,51 m. y- 4.783.745,37 m.



Se trata del único poblado fortificado del concejo de Caso. Es de mediano tamaño, 60 m. de largo por 40 m. de ancho y está ubicado en una ladera a modo de espolón orientada al Oeste sobre el valle principal del Nalón, a un kilómetro de

la capital del concejo. Fue catalogado en 1961 por J.M. González (1976, 109). Se accede al castro a través de una vaguada natural que corta la ladera, para pasar a un bastión defensivo formado por numerosos derrumbes, y que protege a una altura mayor tanto el acceso principal en la vertiente Este, como la pequeña explanada donde debió de ubicarse la zona de hábitat. El poblado dispone en su vertiente Oeste de una zona de resaltes rocosos naturales, al igual que tantos castros ubicados sobre promontorios calizos del centro de Asturias. El hecho de que el Pico sea el único castro de un territorio tan extenso como Caso, nos hace pensar en que seguramente este poblado dispone de niveles de ocupación antiguos. Es curioso comprobar como en los valles de montaña, caso de este del alto Nalón, las concentraciones del poblamiento castreño coinciden en sus cercanías con los principales núcleos de hábitat actual, cuya explicación parece no estar tanto en la continuidad histórica del poblamiento, sino más bien en que los castros

## 16. Catálogo de los castros asturianos.

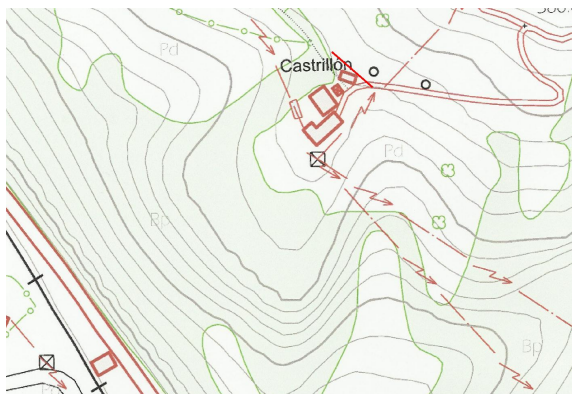
---

ocuparon las áreas más rentables de explotación en unos valles de duras condiciones geográficas, repitiéndose en siglos posteriores esos patrones de asentamiento humano (Ríos y García de Castro 1998a; Fanjul 2003b, 74).



### 16.25 EL CASTRILLÓN - POLA DE LAVIANA - LAVIANA.

Coordenadas- HUSO UTM, 30 - x-291.693,21 m. y- 4.792.349,63 m.



Castro de medianas dimensiones, *ca.* 60 x 60 m., situado en un saliente de los montes que dominan la actual población de Pola de Laviana, con una orientación en dirección oeste, y a una altura de 500 m. Se llega hasta el lugar subiendo por una pista cementada que va hacia la Brañueta, y en un desvío se baja hasta la aldea del Castrillón, que

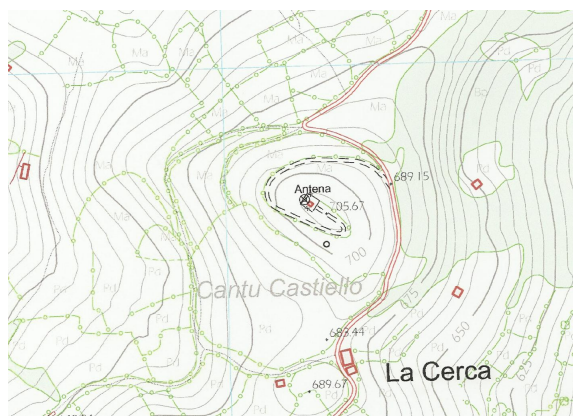
ocupa el actual terreno del castro. Fue catalogado en 1963 por J.M. González (1976, 112). De forma circular no dispone de estructuras o restos de antiguas defensas, ya que las casas de la aldea, y su laboreo centenario de las tierras del castro, han debido transformar su estructura, hasta el punto que sólo es perceptible en la actualidad una vaguada, sin duda el antiguo foso, que debió ser de grandes dimensiones y que junto a un posible foso menor, que rodea el castro por la vertiente sur, son los únicos vestigios actuales del mismo. El castro controlaba en su ubicación intermedia, de una forma cercana y perfecta, el valle del río Nalón en este sector, así como todas las amplias vegas fluviales de la actual Pola de Laviana (Fanjul y Menéndez 2004, 89).



## 16. Catálogo de los castros asturianos.

### 16.26 EL CERCO - LA PUMARÁ - LAVIANA.

Coordenadas- HUSO UTM, 30 - x-292.313,91 m. y- 4.787.790,51 m.



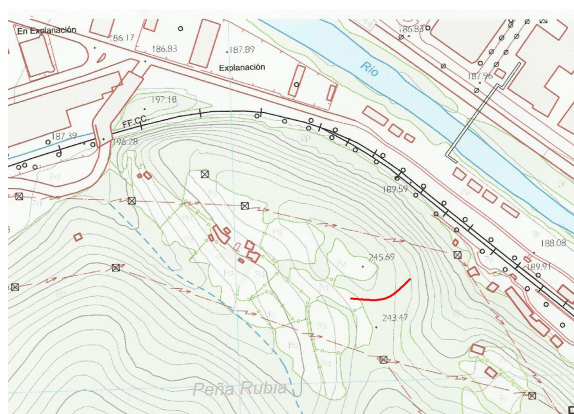
Posiblemente es uno de los castros más destacados de estos valles centro-asturianos, de grandes dimensiones, *ca.* 100 x 50 m., y que por la magnitud de sus estructuras defensivas se asimila a los importantes yacimientos castreños del occidente de la región. Fue catalogado en 1962 por J.M. González (1976, 111). Se encuentra sobre el pueblo de la Pumará, desde el cual se accede al

castro, y aparte de dominar el valle del Nalón a su paso por Pola de Laviana, se puede decir que domina igualmente todo el concejo junto a las sierras que lo delimitan. Esta situado a una altura de 705 m. y orientado al Noroeste. El Cerco tiene, como su nombre indica, dos “anillos” fortificados de manera escalonada y grandes dimensiones de las murallas, que en sus espacios intermedios dejan un terreno que bien pudo servir de espacio edificable, o de foso interior si nos referimos al espacio entre la primera y segunda muralla. Aparte, se pueden adivinar varios taludes en la zona Oeste, y un foso de pequeñas dimensiones que rodea el yacimiento a varias decenas de metros del mismo. En unas peñas cercanas al monte denominado el Castiello, a unos 300 m. aproximados del Cerco, quedan restos visibles de una antigua explotación minera de hierro, donde parece que se ha seguido la técnica de extracción en frente, sin realización de túneles ni galerías (Fanjul y Menéndez 2004, 90).



### 16.27 EL PICU CASTIELLO - LA RIONDA - LANGREO.

Coordenadas- HUSO UTM, 30 - x- 279.084,04 m. y- 4.800.178,42 m.



Castro de medianas dimensiones, *ca.* 80 x 40 m., situado sobre el actual polígono industrial de Riaño, en plena vega fluvial del río Nalón, dentro del concejo de Langreo. Se encuentra junto a la aldea de La Rionda, desde la cual se accede al yacimiento a través de una vereda que lleva a

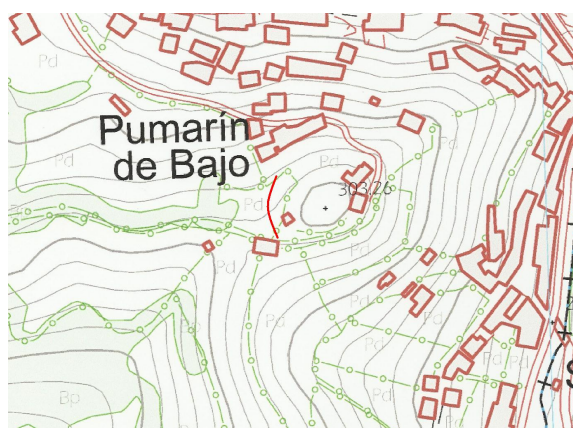
la cima de la colina denominada como Picu Castiello. Fue catalogado en 1964 por J.M. González (1976, 111) y se encuentra a unos 246 m. de altitud, orientado hacia el Noroeste. La estructura de este castro está determinada por la nula visibilidad de algunas zonas de la colina, debido a la masa forestal que la cubre. Aún así, se ve claramente que a unas paredes casi verticales respecto a las vegas del Nalón, como defensa natural, se une un bastión fortificado, de unos 20 m. de longitud, construido con grandes cantos cuarcíticos traídos desde las vegas fluviales, más un foso de pequeñas dimensiones en la mayoría de sus vertientes, que se ensancha en la cabecera de acceso al poblado. Este emplazamiento goza de una cercanía inmediata, tanto a las vegas fluviales del río Nalón, como a los montes del centro del concejo. Igualmente, tenemos constancia de la aparición de una escoria metalúrgica en la zona del bastión principal (Fanjul y Menéndez 2004, 108).



## 16. Catálogo de los castros asturianos.

### 16.28 EL PICU CASTILLU - PUMARÍN - LANGREO.

Coordenadas- HUSO UTM, 30 - x- 284.876,28 m. y- 4.795.808,82 m.



Castro de pequeñas dimensiones, *ca.* 40 x 30 m., situado sobre una pequeña colina, en el barrio de Pumarín, de la localidad del Entrego, dentro del concejo de Langreo. Fue reconocido y catalogado en 1964 por J.M. González (1976, 111). Ubicado sobre una colina cuarcítica con una altura de

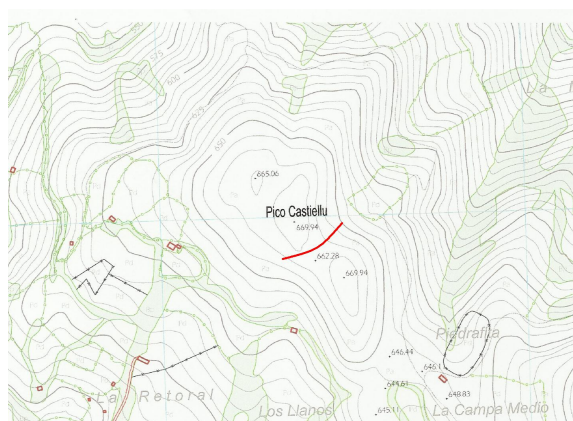
304 m., y una orientación hacia el Norte, vigila a la perfección todo el fondo de valle del río Nalón a su paso por la actual Entrego y parte de la población de Sama, y sus vegas agrícolas adyacentes, a las que accede de forma inmediata, mientras que no controla, pero sí divide, las sierras altas del valle en la misma comarca. De estructura casi circular, la total destrucción del castro apenas deja ver los restos de un foso en su vertiente Sur y una posible muralla, conservada parcialmente, que bordea la cima, reutilizada actualmente como división entre viviendas, y delimitación de una vereda que discurre entre las casas, igualmente actual. La posible muralla mide 1'30 m. de media en altura, y es visible en varios metros de longitud (Fanjul y Menéndez 2004, 109).



---

### 16.29 EL PICU CASTIELLO - MELENDREROS - BIMENES.

Coordenadas- HUSO UTM, 30 - x-293.628,32 m. y- 4.799.253,24 m.



Castro de medianas dimensiones, ca. 60 x 50 m, situado en un peñón calizo, en las alturas de la localidad de Melendreros, en las laderas de la sierra de Peñamayor, con un entorno de montaña que dispone de aptas cualidades para el cultivo. Se accede desde Castañera, o la misma localidad de

Melendreros, a través de una pista ganadera que pasa cercana al castro. Fue reconocido y catalogado en 1965 por J.M. González (1976, 107) y previamente había sido citado por Acevedo y Huelves (1893) como un lugar de los habitantes prerromanos de Asturias. Igualmente, Maya (1988) lo cita, y se plantea su relación con una posible mina de oro cercana, pero parece que la única explotación que hay en la zona, y que realmente ha podido tener vinculación con el castro, es la explotación de hierro que existe apenas a un 2 km. del yacimiento (Gutiérrez *et alii* 1999, 19). El castro, de forma ovalada y orientado al Norte, está a una altura de 715 m., vigilando tanto los valles del concejo de Bimenes como la llanura centro-asturiana que va de Oviedo a Nava. No son perceptibles fosos defensivos, tan solo un recinto amurallado que rodea el yacimiento a excepción de las laderas orientadas al Norte, donde la altura natural de la Peña hace de defensa. En el interior de ese recinto queda una explanada de unos 50 m. de largo, donde

## 16. Catálogo de los castros asturianos.

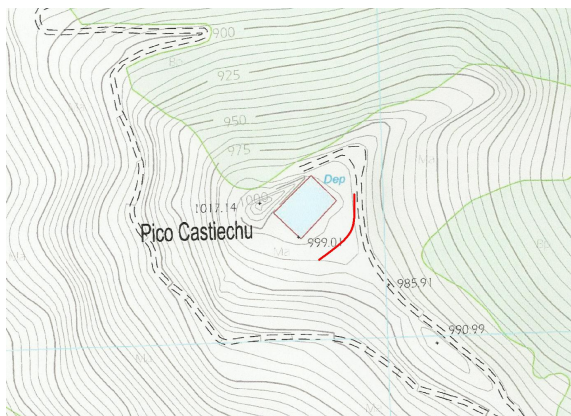
---

se ubicarían las antiguas viviendas y donde se pudo disponer de un autoabastecimiento de agua, ya que algunas peñas de la corona forman un pozo natural, que ha sido perforado más aún por saqueadores, y que puede ser el inicio de un aljibe (Fanjul y Menéndez 2004, 107). Parece que J.M. González (1976) recogió un fragmento de tégula, lo que aproximaría la cronología de ocupación del yacimiento al menos a época romana (Maya 1988).



### 16.30 EL PICU CASTIECHU - CABEZÓN - LENA.

Coordenadas- HUSO UTM, 30 - x-274.925,02 m. y- 4.770.110,45 m.



Castro de medianas dimensiones, *ca.* 70 x 50 m., situado sobre la parroquia de Cabezón en el municipio de Lena, a 1017 m. de altitud, y orientación N-S. Este yacimiento se destruyó en los últimos 2 años, debido a la construcción de un depósito de aguas que ha vaciado literalmente la peña

donde se ubicaba el castro. El lugar ya era conocido en el siglo XIX (Bellmunt y Canella 1897), por la aparición de monedas, cuchillos y una piedra de moler, aunque seguramente ya estaba inventariado en el siglo XVIII a través de la obra del ilustrado Marina y su diccionario geográfico histórico de Asturias que permaneció inédito (Perez-Campoamor 2000), J.M. González (1976, 112) en 1967 lo reconoció. J.L. Maya (1988) lo incluye en su estudio sobre los castros asturianos, mencionando únicamente la existencia de los hallazgos anteriores. La actual situación de arrasamiento del Castiechu (Fanjul y Menéndez 2003, 85), no ha permitido ver ningún tipo de estructuras, restos de derrumbes o elementos pertenecientes al antiguo castro, pero hay que destacar que una revisión del mapa de escala 1:5000 indica la existencia de dos alturas superiores que protegen la cima de la colina, a una altura un poco menor. Esto lleva a pensar que no era un castro tipo torre y sus dimensiones debieron ser grandes (Fan-



## 16. Catálogo de los castros asturianos.

---

jul 2004, 125). De la misma manera sorprende su ubicación intermedia entre las escasas, cuando no casi nulas, zonas de rentabilidad agrícola del valle, y las áreas de uso ganadero adyacentes como la Carisa. El control de la vía natural de Pajares, que conduce a León, se realiza de forma perfecta desde el yacimiento.

### 16.31 EL CURUCHO - RECONCOS - LENA.

Coordenadas- HUSO UTM, 30 - x-268.748,60 m. y- 4.768.531,27 m.



Castro ubicado sobre el pueblo de Reconcos, a 836 m. de altitud, y con orientación E-W. Se accede con facilidad desde Reconcos, a través de un camino local que asciende hacia la “Campa el Castichu”, terrenos de pradería colindantes al castro. Fue catalogado en 1956 por J.M. González (1976, 112). El castro tiene forma alargada y unas dimensiones pequeñas, disponiendo de un enorme foso

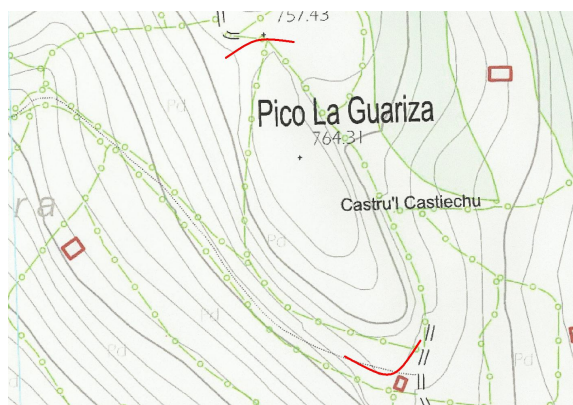
en su vertiente oeste, en parte excavado en roca y que separa el castro del monte donde se levanta el poblado. Dicho foso mide de largo unos 50 m. y en algunos puntos la profundidad del mismo respecto a la corona llega a los 10 m., con una anchura en la parte inferior de 4 m., mientras que en la parte superior, mucho más ancha, alcanza casi los 7 m. La corona parece fortificada en su totalidad mediante una muralla que rodea toda la parte más alta de la colina, cuyo interior corresponde a la zona de posibles edificaciones y hábitat en épocas anteriores, de *ca.* 30 x 30 m. Los numerosos derrumbes de piedra arenisca y caliza demuestran la existencia de esa estructura defensiva en lo más alto del yacimiento (Fanjul y Menéndez 2004, 97). El contexto geográfico sobre el que se sitúa está entre las laderas cultivables de la media-alta montaña. Es el último poblado fortificado de la parte alta del valle del Huerna, orientado en dirección al valle y controla a la perfección el paso por el mismo.



## 16. Catálogo de los castros asturianos.

### 16.32 EL CASTIECHU LAS CORONAS, TIÓS - LENA.

Coordenadas- HUSO UTM, 30 - x-268.658,13 m. y- 4.775.670,09 m.



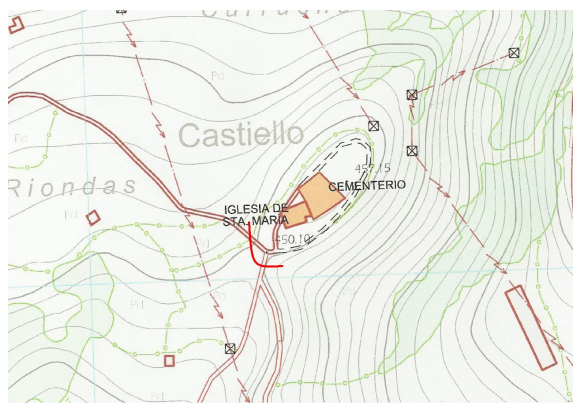
Castro situado a 764 m. de altura, orientado al Noreste, entre las localidades de Zureda y Tiós, accediéndose al mismo desde esta última, con mayor facilidad. Fue reconocido y catalogado en 1963 por J.M. González (1976, 112). El castro tiene forma alargada, medianas dimensiones, ca. 70 x 40 m., y aparte de sobresalir en altura

de la colina sobre la que se ubica en ladera u espolón, dispone de 2 fosos, el primero de ellos en la parte este, excavado en roca, con unos 6 m. de ancho y casi una decena de metros de profundidad respecto a la corona del castro. El segundo de los fosos, situado en la vertiente Oeste, tiene una clara forma en V, y con unas medidas similares al primero, es de mayor anchura en superficie, quizás porque coincide con la parte del castro que se une en ese punto con más facilidad al resto de la colina. La alargada superficie del yacimiento, unos 60 m., es en cambio estrecha, reduciéndose el espacio para posibles estructuras de habitación (Fanjul y Menéndez 2004, 84). Al Oeste del yacimiento, los montes de la Cueva, Espinas y la Pena del Chago marcan unas alturas de hasta 1300 m., con características típicas bio-geográficas de la media-alta montaña del centro de la región.



### 16.33 EL CASTIELLO - SORRIBAS - LENA.

Coordenadas- HUSO UTM, 30 - x-270.185,73 m. y- 4.779.596,13 m.



Castro situado sobre una colina a 450 m. de altitud, de mediano tamaño, *ca.* 80 x 50 m. y orientado hacia el Noroeste, en los altos de la localidad de Sorribas, en la parroquia de Santa María de Castiello. El cementerio e iglesia parroquial se hallan en el interior del antiguo recinto castreño, por lo que existe buen acceso hasta la cima de la colina. Fue catalogado en 1959 por J.M. González (1976, 112), quien más tarde dio a conocer su ocupación medieval (González 1978, 208). Apenas se distinguen estructuras defensivas en la superficie

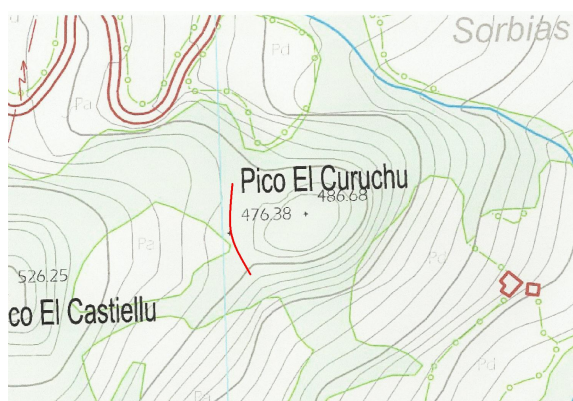
del castro, aparte de una serie de líneas a modo de talud que se adivinan en los terrenos colindantes a la corona del castro, sobre todo si se observa este desde el fondo del valle. Tan solo es posible advertir la existencia de una estructura general de la colina a modo de espacios escalonados, divididos por un resalte interno, que los sitúa a diferente altura y de lo que sí parece existir constancia es de una cabecera fortificada con mayor potencia respecto a otras estructuras, de las que ni siquiera quedan huellas. Esa cabecera es la que corresponde con la vertiente Suroeste, es decir, la parte en que la colina del castro se separa de la sierra de la que procede. Dentro de lo que es el entorno castreño, hay que resaltar la presencia, bajo el castro, de la famosa villa romana de Vega del Ciego, de la cual no quedan restos visibles en la actualidad. El entorno es de una gran calidad agrícola, a la que se suma un sustrato favorable para la minería con hierro y cinabrio, y un perfecto control visual de parte de la vía de la Carisa, que une Asturias con León (Fanjul y Menéndez 2004, 88).



## 16. Catálogo de los castros asturianos.

### 16.34 EL CURUCHO - TIÓS - LENA.

Coordenadas- HUSO UTM, 30 - x-269.845,19 m. y- 4.775.720,51 m.



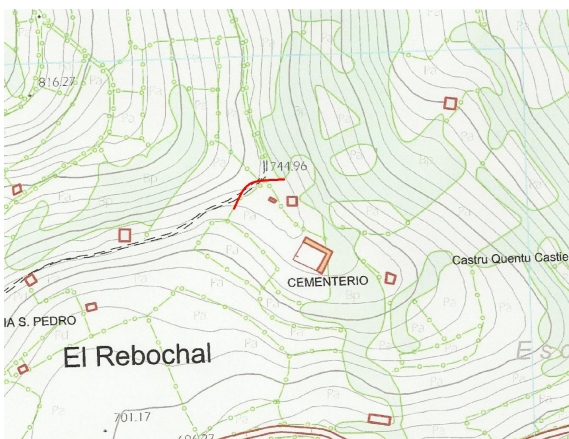
Está situado sobre una colina, a modo de castro en ladera o “espolón”, con orientación E-W y una altura de 476 m., vigilando la unión del valle del Huerna con el del Lena, en la intersección de Campomanes. Se accede al pequeño yacimiento, de ca. 30 x 30 m., desde la carretera que va entre el mismo Campomanes y la localidad de Tiós, pa-

ra llegar a la base del castro a través de una senda muy pequeña. Estamos ante un castro de muy pequeñas dimensiones, quizás un castro torre o un pequeño poblado, como existen en el mismo valle, caso del Curucho de Reconcos, y que a falta de cualquier dato sobre hallazgos materiales nos impide una cronología aproximada del lugar. La estructura defensiva es simple, un conjunto de derrumbes en la corona del Curucho, los cuales no se han podido identificar claramente debido a la enorme cantidad de maleza existente, a la que se suma en su base un foso monumental, del cual suponemos que en parte está excavado en roca, y que mide casi una decena de metros de profundidad por unos 8 m. de ancho. La orientación del yacimiento es de dirección E-W. Su entorno es mayoritariamente de uso agrícola, pese a las pendientes de sus laderas y la altura de los terrenos (Fanjul y Menéndez 2004, 98).



---

**16.35 EL QUESTRU Y LA PENA EL CASTICHO - XOMEZANA DE ARRIBA - LENA.**  
Coordenadas- HUSO UTM, 30 - x- 268.871,20 m. y- 4.771.843,18 m.



Pena tiene forma alargada y parece corresponder a la tipología denominada castros-torre, debido a su ubicación en un peñón calizo, no permitiendo mucho espacio interior para la construcción de viviendas. Tan solo dispone de una estructura defensiva artificial, a modo de foso, de 4 m. de ancho, con un contrafoso intermedio, que sobresale a modo de talud. A 300 m. del castro, y justo sobre la localidad de Xomezana, se encuentra el lugar denominado el Questru, de medianas dimensiones, unos 70 x 40 m., y ubicado sobre una colina de gran visibilidad con un posible foso ya perdido. Todo el área inmediata es de montaña, disponiendo de excelentes áreas de tradicional uso agrícola (Fanjul y Menéndez 2004, 101).

Castro situado sobre la localidad de Xomezana de Arriba, desde donde se accede al yacimiento con facilidad a través de una pista rural. El yacimiento dispone de una orientación N-S., y esta ubicado a 711 m. Fue catalogado en 1964 por J.M. González (1976, 112). El yacimiento de la

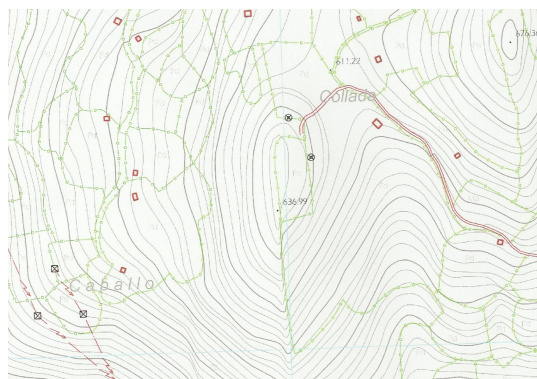


## 16. Catálogo de los castros asturianos.

---

### 16.36 EL PICU CASTICHO - MALVEDO - LENA.

Coordenadas- HUSO UTM, 30 - x- 271.487,14 m. y- 4.776.720,86 m.



con un entorno inmediato compuesto por terrenos de uso mixto, con zonas de aprovechamiento agrícola. Del antiguo castro tan solo son perceptibles una fina línea defensiva en la corona del yacimiento, y un conjunto de taludes en la ladera de la vertiente Este. Toda la cara Sur de la colina es un precipicio que mira hacia el valle antes mencionado y que hace de espléndida defensa natural (Fanjul y Menéndez 2004, 105).

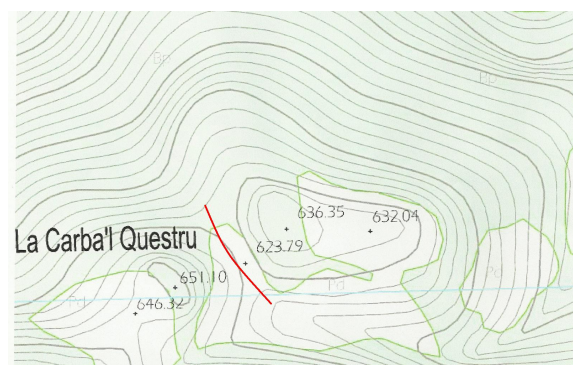
Castro en ladera de medianas dimensiones, *ca.* 60 x 40 m., situado a 637 m. de altitud, con orientación hacia el SW., sobre la localidad de Malvedo, dentro del concejo de Lena. Se accede al mismo con facilidad a través de un camino local, desde el pueblo de Malvedo. Fue catalogado en 1961 por J.M. González (1976, 112). El castro se emplaza sobre una cresta rocosa caliza, la cual domina totalmente el valle de la localidad de Campomanes,



---

### 16.37 EL QUESTRU - OTERO - LENA.

Coordenadas- HUSO UTM, 30 - x-268.694, 22 m. y- 4.781.056,76 m.



Castro de grandes dimensiones, *ca.* 100 x 50 m., ubicado sobre una colina de piedra caliza, a 636 m. de altitud y orientado hacia el Este, en las alturas del pueblo de Palaciós, desde el cual se accede al castro con dificultad debido al mal estado de la vereda que llega hasta el yacimiento. Fue catalogado en 1964 por J.M. González (1976, 112) y descrito posteriormente por Julio Concep-

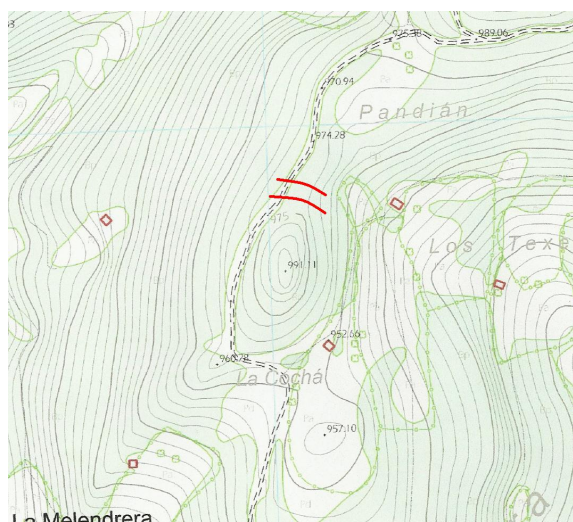
ción Suárez (1995). El yacimiento es de grandes dimensiones, con numerosos derrumbes calizos en la cabecera Oeste, si bien, en el otro extremo, e igualmente casi en el centro de la colina, se encuentran acumulaciones de derrumbes pertenecientes a las antiguas estructuras del castro. Los de la cabecera oeste son los que se encuentran junto al foso, de una profundidad respecto a la cima de la corona del castro de más de 10 m. de altura y casi 5 m. de ancho en su fondo, con lo que es de suponer las grandes dimensiones de las defensas de este lugar. Del entorno conocemos la existencia de unos posibles restos de época romana en la vecina Palaciós (Concepción 1995), mientras que el contexto geográfico nos muestra el control absoluto del pequeño valle del río Naredo desde el castro, un valle que sería, con su alta montaña y sus espléndidos bosques, el principal área de obtención de recursos, agrícolas y ganaderos (Fanjul y Menéndez 2004, 117).



## 16. Catálogo de los castros asturianos.

### 16.38 LES MUELES - LLANOS - ALLER.

Coordenadas- HUSO UTM, 30 - x- 292.882.70 m. y- 4.777.709,92 m.



Castro en ladera, de medianas dimensiones, ca. 80 x 40 m., a 750 m. de altitud, orientado al Sur y situado sobre el pueblo de los Llanos, desde

el cual se accede al yacimiento a través de una pista forestal. Catalogado en 1971 por J.M. González (1976, 137), aparece una breve descripción del mismo en el estudio de Maya (1988), el cual cita la aparición de varios molinos, entre los cuales destaca algún ejemplar barquiforme, y que, en la actualidad, suponemos que permanecen en la colección privada del sobrino de J. Manuel González. El yacimiento se ubica sobre unas peñas de roca caliza, y alrededor de toda la corona se encuentran numerosos derrumbes, que indican la concentración en la cima de la colina de las estructuras, tanto de carácter defensivo como habitacional. Un enorme foso separa el castro de la colina sobre la que se ubica, con casi 15 m. de profundidad respecto a la corona, y hasta 7 m. de ancho en su base, la cual se ha allanado artificialmente por el paso de una pista forestal que recorre parte del foso, y que al mismo tiempo, para su construcción, ha destruido parte de la pared de la corona del castro, dejando en superficie una gran cantidad de



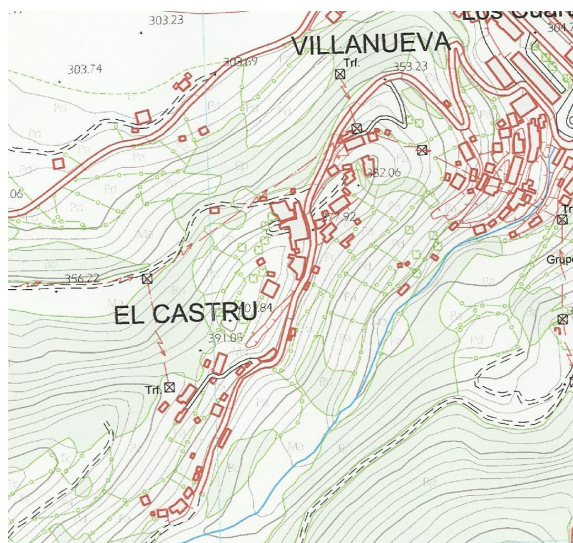
---

derrumbes provenientes de las defensas superiores del yacimiento. Igualmente, este antiguo poblado dispone de un terreno interior a menor altura que la corona de la colina, el cual podría estar en relación con un espacio de hábitat, a pesar de su inclinación. A la riqueza minera del entorno, hierro y cinabrio, le sumaríamos la calidad agrícola de algunas áreas anexas al yacimiento, en forma de terrazas en ladera (Fanjul y Menéndez 2004, 100).

## 16. Catálogo de los castros asturianos.

### 16.39 EL QUESTRU - MOREDA - ALLER.

Coordenadas- HUSO UTM, 30 - x- 276.538.38 m. y- 4.783.230,57 m.



tado hacia el Norte y con 390 m. de altitud. Se accede al lugar donde antiguamente estuvo situado este emplazamiento, desde el barrio de San Martín de Moreda, para ascender hacia el castro una vez cruzado el río Aller. Fue catalogado en 1958 por J.M. González (1976, 107). Del antiguo castro apenas queda un foso cuadrangular de grandes dimensiones, aparte de las pendientes naturales de la colina que protegían el emplazamiento fortificado. Un colector de aguas, y una antigua explotación minera de los alrededores, han afectado gravemente a todo el antiguo yacimiento. De este procede una base cerámica, que tiene cierta similitud a las cerámicas que aparecen en la cuenca del Duero en tiempos prerromanos y romanos (Seco *et alii* 1993). Su entorno inmediato es mayoritariamente agrícola, con un excelente control visual del área de interfluvio entre el Lena y el Aller (Fanjul y Menéndez 2004, 116).

Castro de grandes dimensiones, ca. 100 x 50 m., situado sobre la población de Moreda, orien-



#### 16.40 LOS CASTIECHOS - POLA DEL PINO - ALLER.

Coordenadas- HUSO UTM, 30 - x- 294.173,22 m. y- 4.777.384,86 m.



Castro situado a 851 m. de altitud, orientado al Sur y reconocido en 1961 por J.M. González (1976, 107). Se ubica sobre la población de Pola del Pino, desde la cual se accede al mismo, a través de una pista forestal. El lugar también se conoce como “El Castillo”. El yacimiento está si-

tuado en un espolón rocoso que controla el valle del río Aller y sus ricas vegas fluviales, a su paso entre las localidades de Collanzo y Malmedián. Por sus medidas entraría en la clasificación de los poblados de medianas dimensiones, ca. 50 x 60 m. Las únicas estructuras visibles del antiguo castro son, aparte de algunos derrumbes, una vaguada natural en la vertiente norte que, a modo de foso, corta el espolón del resto de la colina, existiendo un parapeto previo a este foso. La vertiente sur es un frente calizo que hace de defensa natural, mientras que la “acrópolis” del yacimiento es de reducidas dimensiones (Fanjul y Menéndez 2004, 81). Hay noticias sobre hallazgos de monedas en el lugar, lo que concede al lugar una muy segura adscripción cronológica, al menos, para la época romana (Fernández Ochoa 1982, 52).

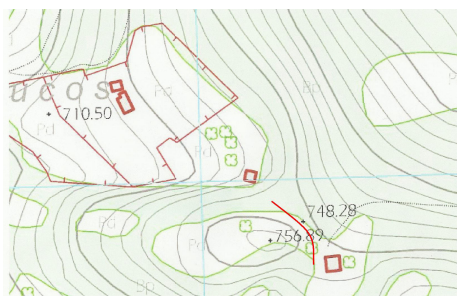


## 16. Catálogo de los castros asturianos.

---

### 16.41 EL CASTIECHU - FELECHOSA - ALLER.

Coordenadas- HUSO UTM, 30 - x- 296.158.03 m. y- 4.775.777,31 m.



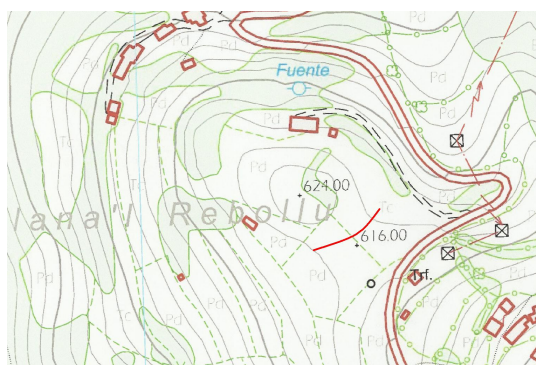
defensas se reducen a un foso de tipo monumental por sus dimensiones, de casi 10 m. de profundidad respecto a la corona del castro, por otros 10 m. de ancho, y a una probable muralla o bastión principal, del que proceden los derrumbes localizados a simple vista en la superficie de las laderas. Todo el entorno inmediato del yacimiento pertenece a las ricas vegas fluviales del río Aller, con un entorno también propicio para la minería del hierro y el cinabrio (Fanjul y Menéndez 2004, 82).

Castro de medianas dimensiones, *ca.* 60 x 50 m., ubicado sobre un espolón de roca caliza que domina el valle del río Aller a su paso por la localidad y las vegas fluviales de Felechosa, población que se encuentra justo a los pies del Castiechu. El yacimiento, que fue catalogado en 1959 por J.M. González (1976, 107), se encuentra orientado hacia el Sur, con unos 758 m. de altura y se accede al mismo desde la propia Felechosa. La principal defensa del emplazamiento es la pendiente natural de los lados Sur, Oeste y Este, con lo que las



#### 16.42 LA LLANA EL REBUYU - EL COLLADO - MIERES.

Coordenadas- HUSO UTM, 30 - x- 282.593.62 m. y- 4.787.672,64 m.



de diferentes dimensiones que, a modo de anillos fortificados, rodeaban un espacio interior “acrópolis”, de una superficie considerable, y que parece ser el lugar más indicado para albergar estructuras domesticas. La muralla exterior, de la cual hoy en día se conserva un tramo a modo de muro de separación de fincas, de varias decenas de metros, debió ser de varios metros de altura, y entre los bloques no se dejan ver restos de cal que los unan (Fanjul y Menéndez 2004, 99).

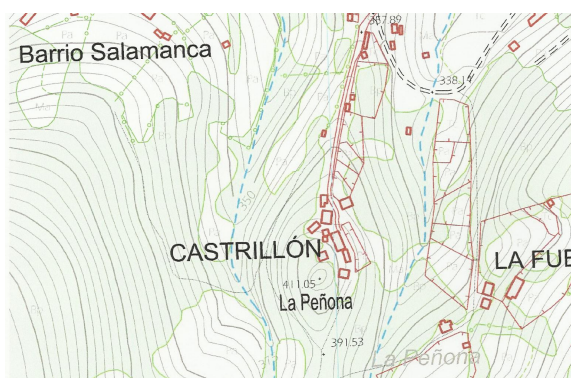
El castro de la Llana el Rebuyu esta ubicado en la parte baja del pueblo del Collado, en el valle de Turón, a 626 m., y orientado hacia el Oeste. Desde el pueblo se accede al poblado con gran facilidad, que tiene unas dimensiones medianas, *ca.* 55 x 40 m. Fue estudiado por S. Fernández Gutiérrez (1988) y catalogado por G. Adán al realizar la carta arqueológica del concejo en 1991. El castro tuvo por defensas dos líneas de muralla



## 16. Catálogo de los castros asturianos.

### 16.43 EL CANTU RIBA - ROZADIELLA - MIERES.

Coordenadas- HUSO UTM, 30 - x- 276.986,08 m. y- 4.787.165,85 m.



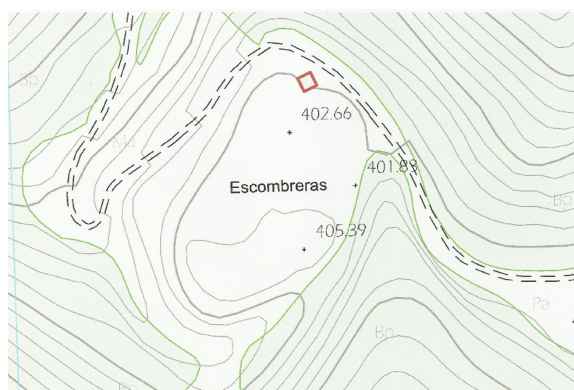
Conjunto de dos colinas, Cantu Riba y Cantu Abajo, separadas por una pequeña peña, sobre las cuales se asentó el Castrillón, un término del cual apenas queda recuerdo en la zona. Estas colinas, que formarían en conjunto un poblado de medianas dimensiones, *ca.* 80 x 40 m., se hallan orientadas al Norte y asentadas sobre una base geológica de arenisca. Desde los 411 m. de altura vigilan la

parte central del valle de Turón, población sobre la que se encuentran en el Sur del concejo de Mieres. El yacimiento fue catalogado por J.M. González (1976) y descrito por Fernández Gutiérrez (1988). La cima de Cantu Riba, al igual que Cantu Abajo, está actualmente habitada, y tan solo se pueden ver varios muros, y varios salientes de la vertiente este, que pudieron ser parte del recinto fortificado, al igual que de posibles taludes defensivos, sin que sea posible confirmarlo. No existen referencias a hallazgos y el valle de Turón, con sus ricas vegas agrícolas, y sus montes que lo rodean, parecen la única base para la obtención de recursos cercanos por parte de los antiguos pobladores del castro (Fanjul y Menéndez 2004, 80).



#### 16.44 EL CASTIELLO - SARABIA - MIERES.

Coordenadas- HUSO UTM, 30 - x- 275.128.42 m. y- 4.787.564,43 m.



Castro situado en las cercanías de Figaredo, sobre la población de Sarabia, desde la cual se accede al mismo, en el sur del concejo de Mieres. Catalogado en 1962 por J.M. González (1976, 113), fue Fernández Gutiérrez (1988) el primer investigador que constató la destrucción del yacimiento debido a la vecina mina de carbón que se halla

a sus pies. Ubicado sobre un conjunto de colinas cuarcíticas orientadas al Norte, con unos 407 m. de altitud, vigila la entrada del valle de Turón. Antiguamente tenía dos fosos, del que sólo se conserva parte de uno en la vertiente Sur, apenas de 8 m. de longitud por 2 m. de ancho y profundidad, al que sumamos la posible existencia de un bastión en esta misma cabecera del poblado, por la gran cantidad de derrumbes que hoy se observan en algunos sectores de esta zona. En la visita al yacimiento se encontró un fragmento de un *manus*, o pieza inferior de un molino circular, el cual puede corresponder con el citado por Fernández Gutiérrez en 1988, y que en su momento se hallaba empotrado en la base de un antiguo castillete minero que ahora ocupa parte de la superficie del antiguo castro (Fanjul y Menéndez 2004, 122).

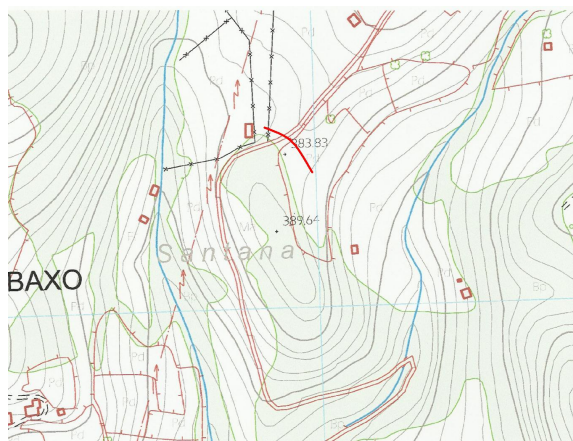


## 16. Catálogo de los castros asturianos.

---

### 16.45 RECASTIELLO - GALLEGOS - MIERES.

Coordenadas- HUSO UTM, 30 - x- 270.975.88 m. y- 4.789.560,14 m.



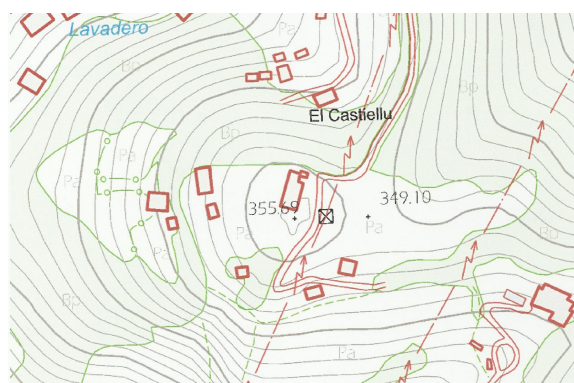
Castro de medianas dimensiones, *ca.* 60 x 50 m., situado en los términos de la localidad de Gallegos, a 389 m. de altura, orientado al Noroeste, y al cual se accede con facilidad, ya que la carretera que une Cenera y Gallegos pasa a su la-

do. El castro fue catalogado en 1966 por J. M. González (1976, 113) y fue descrito posteriormente por Fernández Gutiérrez (1988). El castro tiene forma alargada, distinguiéndose una extensa cabecera donde se ubicó un bastión defensivo y un recinto interior, óptimo para la ubicación de viviendas. En el interior, además, hasta hace poco todavía eran visibles los restos de una capilla dedicada a Santa Ana. En el exterior podría existir un foso, casi colmatado en la actualidad, bajo el bastión principal. Durante la visita al castro apareció en la colina un fragmento de cerámica *sigillata*, bastante estropeada, debido a la pérdida del barniz exterior por la erosión, de pared de algún tipo de cuenco, y dispone de una moldura exterior de un centímetro de ancho, sin decoración (Fanjul y Menéndez 2004, 118).



#### 16.46 CASTIELLO DE LLADREO - LA VILLA - MIERES.

Coordenadas- HUSO UTM, 30 - x- 275.206.39 m. y- 4.791.709,61 m.



El castro, de medianas dimensiones, *ca.* 60 x 60 m., se encuentra en una colina sobre el barrio de la Villa y fue catalogado en 1961 por J.M. González (1976, 113), siendo tratado también por J.L. Maya (1988) y Fernández Ochoa (1982). El yacimiento se halla sobre un peñón saliente de mineral de cuarcita, a 358 m. de altura, orientado hacia el Oeste, y desde el mismo se vigila a la perfección las antiguas vegas del río Caudal en este sector, actual población de Mieres. El castro tiene una estructura circular, con una muralla cuyos restos visibles se utilizan actualmente como cie-

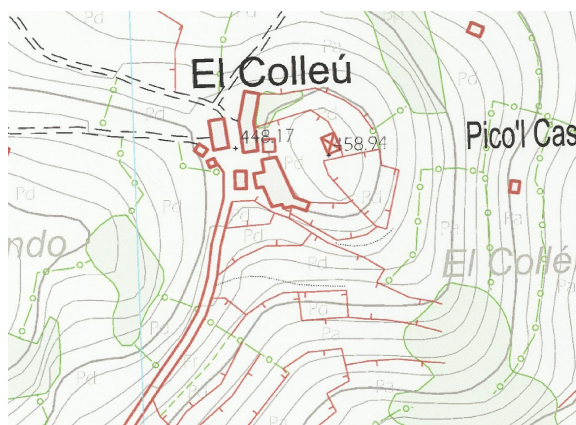
rra de la casería que hay en la cima de la colina. También son visibles 2 fosos, el exterior en base a un talud de 1,30 m. de altura, y el interior de unos 2 m. respecto a la “acrópolis” del poblado. Ambos están fortificados en sus paredes, lo que indica que seguramente el acceso al interior del recinto se hacía a través de los dos fosos. La vía de comunicación de época romana que recorría el caudal pudo pasar anexa al castro, y debió ser un elemento importante para el desarrollo del mismo (Fernández Ochoa 1982). Entre los materiales citados, aparte de restos de téglulas romanas, existe el testimonio de una moneda de Tiberio, que estaba en manos de Miguel Alvarez Buylla, el cual cedió una fotografía del anverso a J.M. González (1976, 113). Ambos datos aproximan la cronología del yacimiento a una ocupación en época romana, desconociéndose la existencia de estratos pertenecientes a momentos anteriores a ésta (Fanjul y Menéndez 2004, 87).



## 16. Catálogo de los castros asturianos.

### 16.47 EL PICU CASTIELLO - EL COLLAO - RIOSA.

Coordenadas- HUSO UTM, 30 - x- 265.586.73 m. y- 4.790.232,62 m.



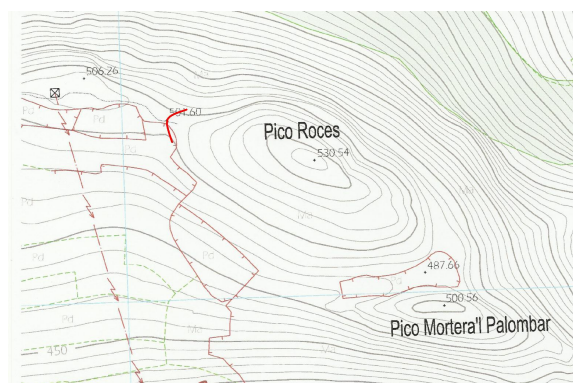
Castro de pequeñas dimensiones, *ca.* 40 x 40 m., situado sobre un saliente en ladera, a 458 m. de altura y orientado al Noroeste, junto a las casas de la aldea de Collao, perteneciente a la parroquia de La Vega, en el concejo de Riosa. Fue catalogado en 1960 por J.M. González (1976, 116). El castro,

de forma circular, y con dos fosos escalonados a modo de terrazas, es muy similar al Castiello de Lladreo en Mieres, aunque, en este caso, esos fosos están orientados hacia la pendiente más vertical de la colina, y no hacia la vaguada desde la que se accede al yacimiento. Puede que tales fosos estuvieran también en esa zona, pero las actuales casas han borrado toda huella. Las tierras de la actual Muriellos, población inmediata al Collao, son lugares propicios para la agricultura, mientras que el resto de los recursos están en directa relación a la alta montaña del Aramo y sus faldas, en concreto toda la vertiente Este de la sierra. Las lápidas romanas allí aparecidas, y la enorme similitud de las defensas con las del Castiello de Lladreo en Mieres parecen indicar, al menos, una cronología de ocupación en época romana (Fanjul y Menéndez 2004, 106).



#### 16.48 EL PICU LLERA - PEÑANES - MORCÍN.

Coordenadas- HUSO UTM, 30 - x- 265.663.88 m. y- 4.797.130,86 m.



Castro de medianas dimensiones, ca. 70 x 60 m., situado en una sierra caliza a 529 m. de altitud, en las alturas del pueblo de Peñanes. Orientado hacia el Norte, fue catalogado en 1961 (González 1976, 113). Del yacimiento se observa todo un anillo de derrumbes que rodea la cima de la colina, por su lado Oeste, ya que las partes

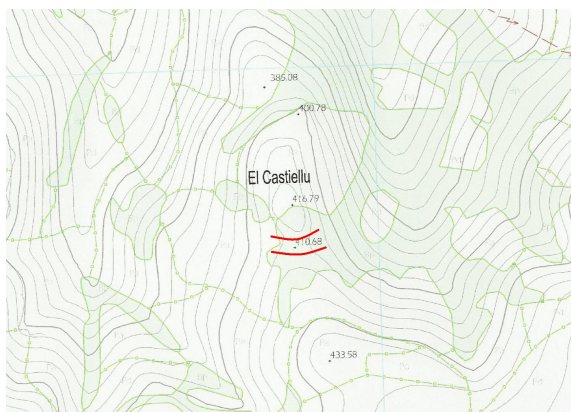
Norte, Este y Sur tienen como defensa un enorme precipicio vertical, y tan solo entre la pared sur de la colina, y la parte más accesible de ésta, se realizó un foso excavado en roca, de unos 8 m. de ancho. Entre los derrumbes de la muralla localizamos una mano de moler esférica y pulimentada en su totalidad, aunque en algunos puntos más que en otros, quizás al haber sido usada como machacador o quizás como pulidor para cerámica (Fanjul 1999). La minería tuvo su importancia en este lugar, quizás aprovechando algunas vetas minerales que las diversas cuevas calizas ofrecen a simple vista. En este sentido, es posible la vinculación toponímica de alguna de estas cuevas a antiguas labores mineras, o de transformación de los minerales, como es el caso de la vecina “cueva del forno”. Las noticias del hallazgo de monedas, y la extraordinaria similitud morfológica con el castro del Picu la Corona de Manzaneda, puede que nos este indicando en parte una ocupación de época romana (Fanjul y Menéndez 2004, 113).



## 16. Catálogo de los castros asturianos.

### 16.49 CASTIELLO - FOZANA - SIERO.

Coordenadas- HUSO UTM, 30 - x- 276.348.67 m. y- 4.803.525,76 m.



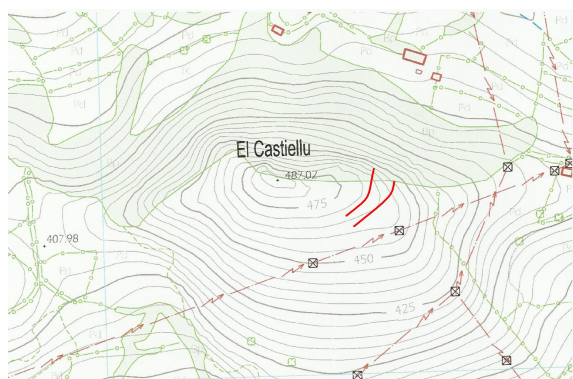
El yacimiento, de grandes dimensiones, *ca.* 120 x 60 m., situado en los altos de las localidades de Fozana, en la parroquia de Tiñana, al sur del concejo de Siero. Reconocido en 1957 por J.M. González (1976, 117), realizamos hace años un escueto estudio monográfico sobre el mismo (Fanjul 1997). Desde sus 416 m. de altura, vigila toda la llanura de la cuenca media del Nora, a su paso por las tierras de Siero y las estribaciones de Oviedo.

El castro se dispone cortando parte de un ramal montañoso mediante 3 fosos, 2 en su cabecera Sur, y otro en parte natural, de impresionantes dimensiones, en la cabecera Norte. Entre los dos fosos de la parte sur existe un talud a modo de contrafoso, que deja ver que la excavación del foso exterior se realizó en roca viva. Se pueden observar restos de gran cantidad de derrumbes en la cabecera Sur, en la cima, lugar que debió ocupar la principal estructura defensiva del emplazamiento. De ella parte una muralla semienterrada en la actualidad, que defendía la entrada al castro, la cual muy seguramente partía desde el mismo foso. Hay que señalar igualmente la existencia de varias cuevas en la colina, desde las cuales se obtiene un abastecimiento de agua constante. Entre los materiales recuperados en superficie hay fragmentos cerámicos de época romana y medieval, junto a un par de manos de moler y escorias de fundición de hierro (Fanjul y Menéndez 2004, 85).



### 16.50 EL PICO CASTIELLO - LA COLLADA - SIERO.

Coordenadas- HUSO UTM, 30 - x- 288.219.02 m. y- 4.811.162,17 m.



Castro en corona sobre un promontorio calizo a 488 m. de altitud, de pequeñas dimensiones, con unos 50 m. de largo por 20 m. de ancho. Sus defensas se basan principalmente en la verticalidad de tres de sus cuatro vertientes rocosas, a lo que se suma, en la de acceso, una corta muralla o bastión de piedra caliza de unos 15 m. de

longitud, al que le siguen 2 pequeños fosos, con contrafoso intermedio. Los materiales hallados en el lugar, en el siglo XIX son de los siglos VIII-VII a.C., pero otros de carácter más moderno nos podrían marcar una ocupación entre los siglos V-IV a.C. Igualmente parece que en época medieval existió una fortaleza, a la que corresponden la mayor parte de los restos cerámicos observados en la superficie del recinto (Maya 1988). La ubicación del antiguo poblado, orientado en dirección E-W., controlando el paso natural entre las llanuras de Siero y los valles interiores de Gijón, hace que disponga de una enorme visibilidad de toda la comarca, así como de un entorno inmediato de mayoritario uso ganadero (Careses).

## 16. Catálogo de los castros asturianos.

### 16.51 EL CUETU - SAN JOSÉ - SIERO.

Coordenadas- HUSO UTM, 30 - x- 272.792.53 m. y- 4.808.671,95 m.



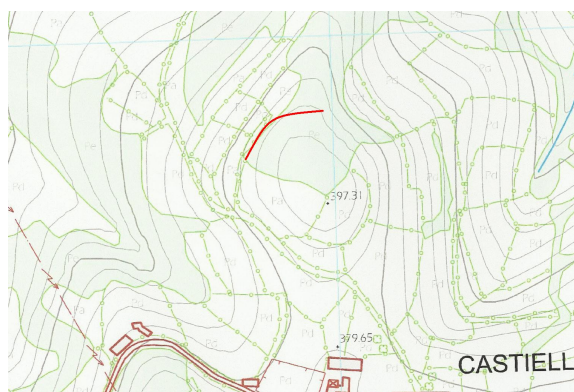
pertenece exclusivamente a áreas de tradicional explotación agrícola, junto a la vía romana de la Carisa. La importancia de este castro se basa en ser uno de los escasísimos ejemplos de castros en llanura de la región, y porque, pese a la destrucción actual que sufre el recinto por construcciones modernas, todavía conserva parte de la superficie sin dañar. Nos basamos para calificarlo de castro en la catalogación de J.M. González (1976), más las referencias orales recogidas en las cercanías, según las cuales recuerdan que en el Cuetu “*vi-vió gente antiguamente*”, son indicios basados seguramente en el descubrimiento de algún hallazgo material.

Pequeño recinto fortificado por leves aterrazamientos, a 210 m. de altitud, en plena llanura en el límite de Siero y Oviedo, junto a la villa romana de Paredes. El antiguo poblado, de pequeñas dimensiones, *ca.* 50 x 60 m., está orientado en dirección E-W., y fue catalogado en 1958 por el profesor González (1976, 117). El entorno inmediato



### 16.52 EL CUITU - EL CASTIELLO - SIERO.

Coordenadas- HUSO UTM, 30 - x- 286.478.10 m. y- 4.805.375,68 m.



Castro de medianas dimensiones, *ca.* 60 x 60 m., reconocido y catalogado en 1958 por J.M. González (1976, 117) y situado sobre el pueblo de Castiello, en la parroquia de Valdesoto. La altura de la colina llega a los 397 m., con una orientación N-S. El yacimiento tiene en su altura y el desnivel de la mayor parte de sus caras el elemento defensi-

vo más destacado, si bien, a esta disposición natural del emplazamiento, se le suma un parapeto en el sector Sureste, y 2 fosos en la cara Noroeste. Se desconoce si los pequeños barrancos de las otras vertientes de la colina son de origen artificial, o bien forman parte de la base natural de la misma. La entrada al castro debía circunvalar parte de la colina a través del primer foso, de poca profundidad y anchura, para posteriormente acceder a la cima después de salvar un talud, que a modo de espolón adelantado controla ambos fosos. El segundo de éstos, el más grande, tiene entre 3 y 4 m. de anchura y casi 5 m. de profundidad, respecto a la parte superior del yacimiento. Del entorno natural destaca la existencia de diversas vegas de altura, propicias para la agricultura, junto al mismo pueblo de Castiello, aparte de varias sierras de pequeño tamaño y cercanía a “veneros” de mineral de hierro (Fanjul y Menéndez 2004, 95).

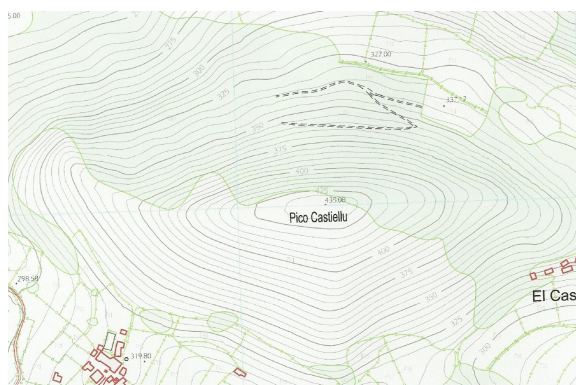


## 16. Catálogo de los castros asturianos.

---

### 16.53 EL CASTIELLO - MARCENADO - SIERO.

Coordenadas- HUSO UTM, 30 - x- 288.118.25 m. y- 4.808.507,04 m.



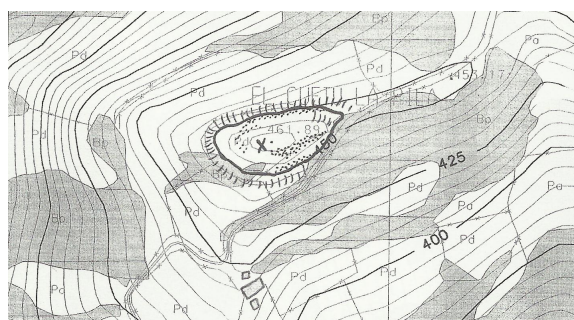
Poblado fortificado sobre un enorme promontorio calizo, a 435 m. de altitud, en el centro del surco geológico Oviedo-Infiesto. Fue catalogado en 1958 por J.M. González (1976, 117). El castro, *ca.* 80 m. de largo por 50 m. de ancho, está orientado en dirección E-W., y controla a la perfección el valle antes citado, así como una amplia exten-

sión de las llanuras del concejo de Siero. Su visibilidad a larga distancia queda limitada, tanto al Norte como al Sur, por las alturas del surco geológico, y son sólo destacadas las que dispone desde la vertiente oriental y occidental del promontorio. Las defensas constatadas han sido en el momento de nuestra visita sólo las naturales, con una gran verticalidad de las paredes de la colina, aunque hemos de destacar la existencia de varios aterrazamientos en las laderas de posible origen natural, e igualmente, posibles derrumbes de estructuras defensivas en alguno de los sectores de la cima. El entorno inmediato es mayoritariamente de usos agrícolas, con tierras de buena calidad en Guaricio o Corujedo.



#### 16.54 CUTU LA PILA - ALPERI - OVIEDO.

Coordenadas- HUSO UTM, 30 - x- 276.778.59 m. y- 4.802.625,86 m.



Situado sobre Alpéri, parroquia de San Julián de Box, al sur del concejo de Oviedo. Se accede al mismo a través de la pista que recorre la sierra de la Paranza, situándose el yacimiento junto al cruce que baja de la pista hacia Alpéri. Fue reconocido en 1957 por J.M. González (1976, 114), y descrito y topografiado posteriormente por varios investigadores de la historia local (Martín García *et alii* 1998). Con 137 m. de largo, 35 m. de an-

cho, y una altitud de 466 m., esta orientado en dirección E-W., y desde su cima se divisa un importante tramo del río Nalón a su paso entre los concejos de Langreo y Oviedo. La estructura general del emplazamiento, de medianas dimensiones, con 60 x 35 m., es ovalada, con un solo foso de escasa potencia defensiva, pero que para su construcción requirió trabajos en la roca de la base natural del castro. Son numerosos los derrumbes, los cuales también indican la existencia de una muralla, y en algunas partes de la “acrópolis” se observan afloramientos naturales de roca (Fanjul y Menéndez 2004, 96).

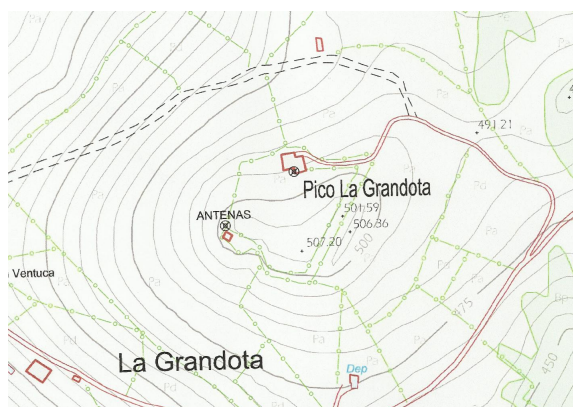


## 16. Catálogo de los castros asturianos.

---

### 16.55 GRANDOTA - LA GRANDOTA - OVIEDO.

Coordenadas- HUSO UTM, 30 - x- 274.240.14 m. y- 4.802.791,70 m.



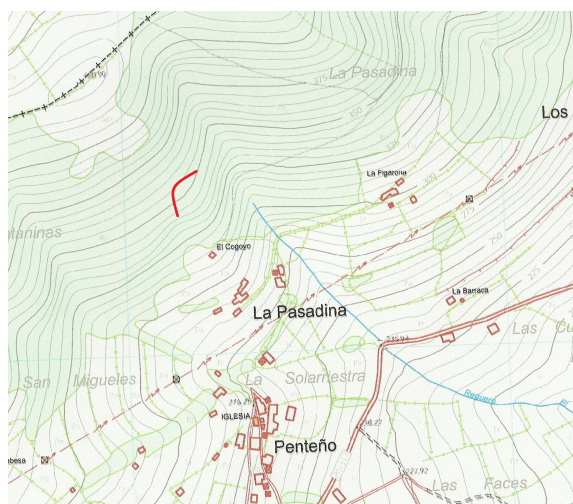
Castro de pequeñas dimensiones, con unos 40 x 50 m., situado en la cumbre de la Grandota, a 509 m. de altitud, sobre la localidad del mismo nombre. Se accede al lugar con facilidad, siguiendo una pista que llega hasta la cima del monte, la cual se halla ocupada por una antena de radio y una vivienda particular, lo que impide la visita. Desde

la misma, orientada en dirección N-S., se llega a divisar tanto la costa de Gijón al Norte, como la casi totalidad de las cuencas mineras al Sur. Los únicos restos visibles son una línea de parapeto en el lado Sureste y una débil línea de foso en la cara Nordeste, siendo la destrucción del emplazamiento en épocas recientes, mediante una cantera y la construcción de la antena, lo que ha deformado y destruido la mayor parte del yacimiento. En uno de estos cortes, el actual alfarero de Faro descubrió la base de un molino de mano de superficie superior pulimentada y cronología imprecisa. El entorno inmediato posibilita un uso actual mixto de ganadería y de agricultura de montaña (Fanjul y Menéndez 2004, 124).



### 16.56 EL PICU EL COGOLLU - LAS CUESTAS - OVIEDO.

Coordenadas- HUSO UTM, 30 - x- 257.295, 38 m. y- 4.803.321,54 m.



El Picu el Cogollu es un castro de pequeñas dimensiones, *ca.* 50 m. de largo por 30 m. de ancho, ubicado en una ladera de la sierra de Lloe, a unos 380 m. de altura, sobre la localidad de Las

Cuestas, en el municipio de Oviedo. Fue catalogado en 1960 por J. M. González (1976, 114). Se accede al yacimiento desde un pequeño sendero que parte del final de esta localidad y que termina en la base del castro, lo que implica subir monte a través hasta la corona del mismo. El estado de conservación podría calificarse de destruido parcialmente por parte de una vieja mina, cuyo hundimiento ha arrastrado parte de la superficie oriental del castro, y a esto se suman pozos de saqueadores y un desmantelamiento generalizado de los antiguos derrumbes para reutilizarlos como materiales de construcción. El recinto tiene forma ovalada, orientado hacia el valle del Trubia, esto es, en dirección W-E., con un foso de grandes dimensiones en V, de unos 3 m. de profundidad y excavado en roca al menos parcialmente, que corta el acceso al castro desde la sierra sobre la que se ubica, la cual se eleva unos 15 m. sobre la colina del castro. El entorno del yacimiento es de media montaña, con un gran control del sector inicial del

## 16. Catálogo de los castros asturianos.

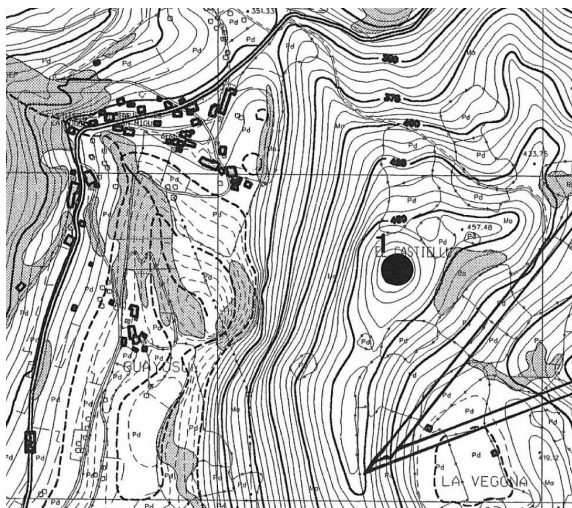
---

valle del Trubia, y con una buena visibilidad sobre el vecino castro de Perlín (Picu Castiellu o Picu el Curitu), a 2 km. de distancia, en la parte opuesta del valle. Su entorno inmediato es de usos mixtos, debido a su situación intermedia entre las laderas agrícolas de las Cuestas y las partes más altas de la sierra (Fanjul 2003a).



### 16.57 EL PICU CASTIELLO - PERLÍN - OVIEDO.

Coordenadas- HUSO UTM, 30 - x- 259.095.54 m. y- 4.802.620,24 m.



También conocido como Picu el Coritu, se trata de un poblado de grandes dimensiones, con 120 m. de largo por casi 50 m. de ancho, a 450 m. de

altura, sobre el valle interior de la localidad de Perlín. El acceso en la actualidad es difícil, por la presencia de matorral bajo en la parte final del sendero que lleva al poblado. Fue catalogado en febrero de 1961 por J.M. González (1976, 115). El castro es alargado, a modo de corona fortificada sobre el tramo inicial del valle del Trubia, y con un eje principal de dirección N-S. Por el Oeste dispone de una caída natural de fuerte pendiente, lo que imposibilita la subida por ese sector, mientras que al Este se aprecia, por una parte, una vaguada natural de unos 40 m. de largo por 30 m. de ancho, y en la cima se observan numerosas líneas de derrumbes, en parte reutilizadas por los cercos de ganado, y que debieron corresponder a la antigua muralla del poblado. En la parte norte de la cima, la de mejor acceso, está el bastión defensivo principal, gran conjunto de derrumbes calizos de hasta 7 m. de anchura, y que protege una amplia zona de hábitat interior, que se subdivide en varias terrazas con escasa diferencia de



## 16. Catálogo de los castros asturianos.

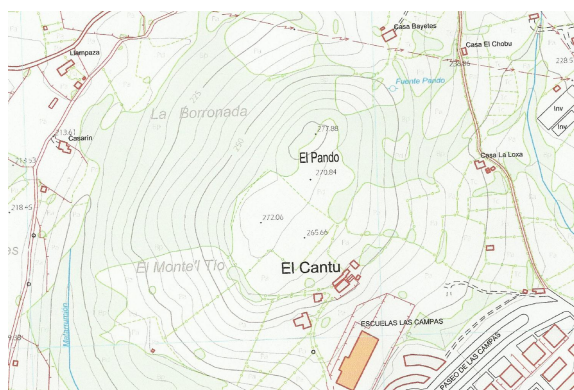
---

altura entre ellas. Lo que más resalta del territorio que rodea al castro es la ubicación sobre el valle interior de Perlín, un alargado valle perfectamente delimitado que, con tierras de excelente calidad para cultivos, parte de los pies del castro hasta casi un kilómetro en dirección Norte (Fanjul 2003a).

---

### 16.58 MONTE ALTO - EL MONTE - OVIEDO.

Coordenadas- HUSO UTM, 30 - x- 265.897,83 m. y- 4.805.722,86 m.



de pequeñas dimensiones en su vertiente Norte, mientras que la sur era protegida por la verticalidad de la ladera, así como por un posible bastión o torre. Fue catalogado en 1964 por J.M. González (1976, 115). El castro se encuentra muy próximo a los monumentos prerrománicos del Naranco. La visibilidad del valle principal de Oviedo es total y el poblado se encuentra sobre un alargado sector de la falda del monte, de gran calidad agrícola.

Ubicado sobre una ladera con orientación N-S., de la falda Sur del monte Naranco, a 279 m. de altitud, el castro fue completamente destruido por construcciones modernas a finales de los años 60 y principios de los 70 del siglo XX. Parece que disponía de unas medianas dimensiones, *ca.* 72 x 85 m. (González 1978, 198), y un solo foso



## 16. Catálogo de los castros asturianos.

---

### 16.59 EL PICU - CUYENCES - OVIEDO.

Coordenadas- HUSO UTM, 30 - x- 270.544,93 m. y- 4.808.116,06 m.



mentos de molinos, escorias metálicas y cerámicas de época medieval. Se suponen destrozos de la guerra civil, al igual que algún desmonte en años más recientes. Como en el caso anterior, estamos ante una ubicación a media ladera del Naranco, lo que permite una disponibilidad inmediata de explotar recursos tanto agrícolas, en las partes más bajas, como ganaderos, en los sectores altos del monte.

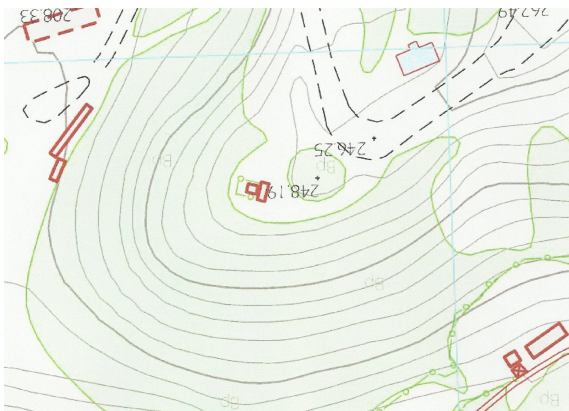
Catalogado en 1959 por J.M. González (1976, 114), este castro de medianas dimensiones, *ca.* 70 x 40 m., y orientación E-W., se ubica a 296 m. de altura en la falda oriental del monte Naranco, disponiendo de un único foso en V en el sector oeste, hoy aprovechado por un camino, y defensas naturales en el resto de sus vertientes (González 1978, 198). De este yacimiento provienen varios frag-



---

### 16.60 EL CASTIELLO - VILLAPÉREZ - OVIEDO.

Coordenadas- HUSO UTM, 30 - x- 269.665.07 m. y- 4.809.610,96 m.



Nora y que era un poblado de medianas dimensiones. En la actualidad no queda rastro alguno del emplazamiento. Su entorno inmediato corresponde mayoritariamente a usos agrícolas.

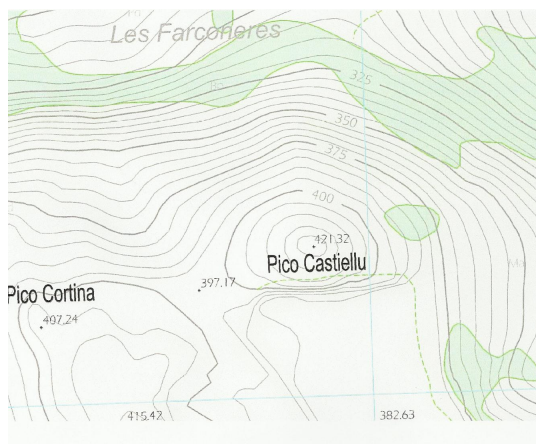
Castro completamente destruido por las explotaciones de cantería del Naranco, a 248 m. de altitud y orientado en dirección N-S. Fue catalogado en 1958 por J.M. González (1976, 114). Tan solo sabemos que se ubicaba sobre un saliente rocoso, sobre las llanuras de las proximidades del

## 16. Catálogo de los castros asturianos.

---

### 16.61 EL PICU CASTIELLO - QUINTANA - OVIEDO.

Coordenadas- HUSO UTM, 30 - x- 267.924,82 m. y- 4.809.138,39 m.



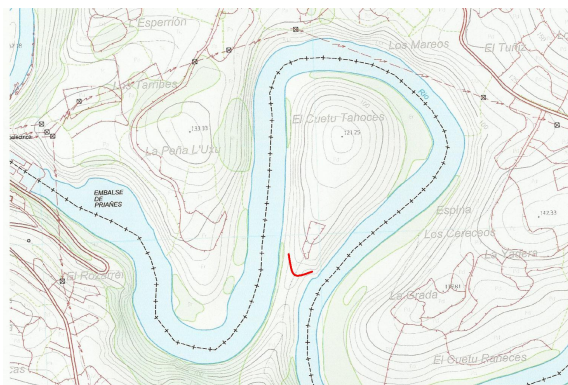
lidad de los pequeños valles y llanuras que hay al Noroeste del Naranco, y disponía de una gran cercanía a zonas de calidad agrícola (la Quintana), así como a zonas de explotación ganadera en el mismo monte (el Violeo, Barrosos o Ladines).

Ubicado a 423 m. de altura, en la falda Norte del Naranco, fue cortado a la mitad por las explotaciones de piedra que hay en la zona. De la parte conservada, se puede suponer un gran poblado en corona, con unas defensas simples y con una amplia superficie superior de hábitat, de orientación N-S. El castro controlaba a la perfección la tota-



Coordenadas- HUSO UTM, 30 - x- 259.534,26 m. y- 4.807.653,12 m.

Coordenadas- HUSO UTM, 30 - x- 259.534,26 m. y- 4.807.653,12 m.



promontorio y junto al espacio de la muralla. Fue catalogado en 1969 por J.M. González (1976, 114). Las defensas están constituidas por una muralla que debió ser enorme, si tenemos en cuenta la gran cantidad de bloques de derrumbes que todavía hoy pueden observarse, y que, cortando en una línea de casi 50 m. el acceso al poblado, complementa con un foso interior, parcialmente excavado en la roca, y que divide en dos el recinto interno del antiguo castro. La altura desde la muralla es de casi 8 m., mientras que el resto de las vertientes del poblado están protegidas de forma natural por grandes acantilados que caen al río Nora. Debido a esta ubicación, la visibilidad no es muy destacada. Del entorno destaca la existencia de vegas fluviales de

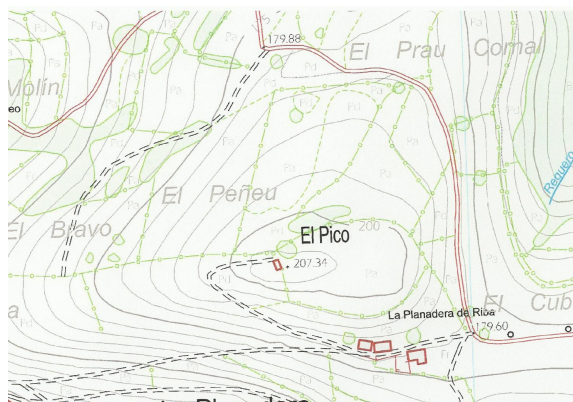


## 16. Catálogo de los castros asturianos.

---

### 16.63 LA PLANADERA - SAN CLAUDIO - OVIEDO.

Coordenadas- HUSO UTM, 30 - x- 261.209,36 m. y- 4.806.102,08 m.



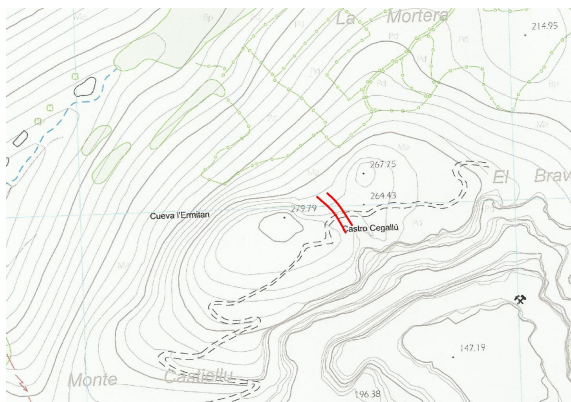
Castro alargado, con orientación E-W., y de grandes dimensiones, *ca.* 120 x 70 m., situado a una altura de 202 m. sobre un promontorio calizo. El antiguo poblado dispone de un bastión en la cabecera Oeste, formado por numerosos derrumbes, mientras que en el resto de los sectores, la pendiente natural de las laderas hace de principal defensa.

Fue catalogado en 1965 por J.M. González (1976, 115). Ha sido muy alterado durante la guerra civil, de la que todavía quedan huellas de fortificaciones, que aprovecharon su enorme control visual de este sector del municipio de Oviedo. Se conocen varios materiales, entre ellos la existencia de una moneda de cronología desconocida, hoy desaparecida (González 1976; Maya 1988; García Chaín y López Blanco 2002). La superficie superior del castro, donde existen afloramientos naturales de roca madre caliza, parece estéril arqueológicamente, con lo que nos inclinamos a pensar en la existencia del espacio de hábitat en el sector sur de la zona más alta, que además parece ser el área más protegida del viento.. Su entorno inmediato corresponde a grandes áreas de usos agrícolas.



#### 16.64 EL CASTIELLO - LLAGÚ - OVIEDO.

Coordenadas- HUSO UTM, 30 - x- 264.720.26 m. y- 4.801.446,81 m.



Castro en corona sobre una sierra no muy pronunciada, a 282 m. de altitud, en pleno valle de Latores, a las afueras de Oviedo. Fue catalogado en 1958 por J.M. González (1976, 114). El poblado es de grandes dimensiones, con unos 170 m. de largo por 75 m. de ancho, y tiene forma alargada con orientación E-W. Desgraciadamente es cono-

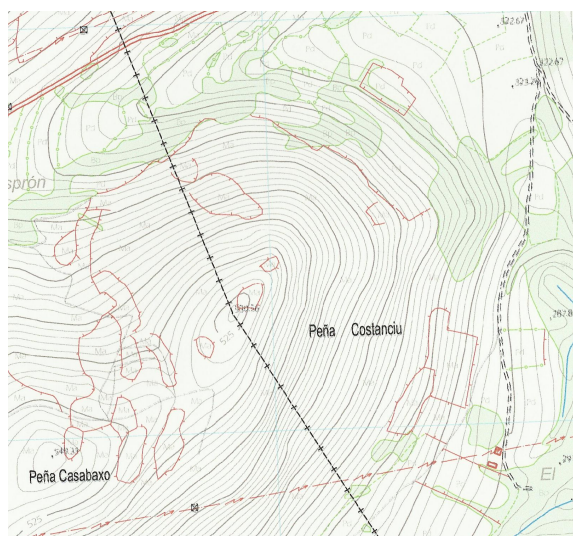
cido por su destrucción continuada en los últimos años. Los datos conocidos de su excavación revelan una clara ocupación desde época prerromana, con una mayor intensidad, en tiempos romanos, mediante cabañas de madera con base de piedra y murallas de módulos prerromanos (Berrocal *et alii* 2002). Las defensas están compuestas de un antecastro, varios fosos-contrafosos y posteriormente la muralla de módulos con bastiones y torre. Éstas se concentran en las zonas de más fácil acceso al castro, en la vertiente Este, mientras que el resto de las laderas disponen de una verticalidad que hace de defensa natural. Desde el castro se tiene una gran accesibilidad a tierras de aprovechamiento agrícola en el propio valle de Llagú, así como a las diferentes vías naturales que, partiendo de la montaña central de Asturias, divergen en el medio Nalón.



## 16. Catálogo de los castros asturianos.

### 16.65 PEÑA CONSTANCIO - LAS CARANGAS - SANTO ADRIANO

Coordenadas- HUSO UTM, 30 - x- 259.758,75 m. y- 4.799.740,66 m.



El yacimiento de Peña Constancio es el poblado por excelencia del municipio de Santo Adriano. Localizado sobre una colina caliza a 529 m. Se

accede a la misma desde Carangas siguiendo un di-minuto sendero que se pierde monte a través. Fue catalogado el 19 de febrero de 1961 por J.M. González (1976, 117). El castro es de forma alargada y su ubicación sobre una base geológica caliza, implica la existencia de bloques verticales, que a modo de piedras hincadas naturales, dificultan el paso por la ladera de principal acceso al poblado. Pasados estos bloques, nos encontramos con los restos de una muralla, que actualmente dispone de casi 3 m. de altura, 4 m. de ancho, y casi 35 m. de largo dispuestos en abanico, siendo posiblemente una de las que mejor se conservan en el centro de Asturias. En el interior del poblado podemos distinguir tres áreas de hábitat bien diferenciadas entre las que se intercalan espacios ocupados por resaltes de roca caliza. El primer área, corre en paralelo a la línea de muralla, al igual que en tantos castros en corona y de la misma base geológica, llegando a un espacio de unos 7 m. de largo en la zona Oeste. El segundo área, de



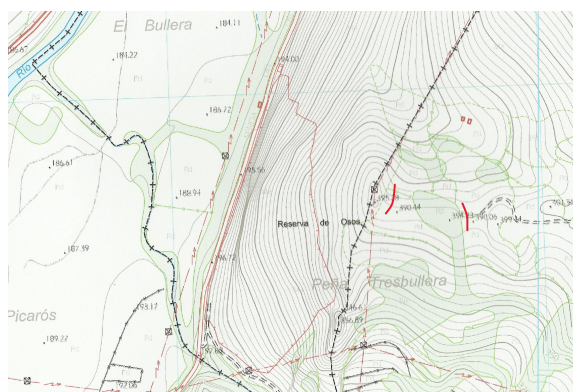
---

reducidas dimensiones, se encuentra en la cima de la colina, mientras que el tercero, ocupa buena parte de la vertiente Este y Norte de la ladera interior del castro. Junto a esta última zona de hábitat se localizan más restos de derrumbes en la ladera, que nos indican claramente la existencia del perímetro amurallado, con menos potencia, que en la cabecera de acceso al castro, la vertiente Sur. La visibilidad que se tiene desde la cima del castro es muy extensa, aunque se vigila principalmente el valle interior de Peña Constancio. Destaca la existencia de hallazgos de escorias de hierro entre los derrumbes de su muralla, lo que demostraría su vinculación a la explotación minera de Lavares o Tuñón. Su entorno inmediato es de usos mixtos con buenas áreas anexas para labores de ganadería, y vegas agrícolas un poco más alejadas (Fanjul 2003, 74).

## 16. Catálogo de los castros asturianos.

### 16.66 EL CANTU EL ARBEYAL - SERANDI - PROAZA.

Coordenadas- HUSO UTM, 29 - x- 743.297,95 m. y- 4.793.818,78 m.



El castro de Serandi es un poblado de difícil interpretación, debido a la peculiar orientación de sus estructuras, con una dirección E-W., vigilando la parte central del valle y su principal población, el pueblo de Proaza, a 392 m. de altitud. Se accede al castro desde la localidad de Serandi de donde parte una pista forestal que nos lleva a

las laderas donde comienza el poblado. Fue catalogado en septiembre de 1961 por J.M. González (1976) el cual cita la existencia de leyendas que hacen referencia a “combates de los moros” y a que Serandi antiguamente se encontraba junto al castro. Las calizas grises de montaña se intercalan con areniscas a lo largo de la extensión del poblado en cuya entrada, nos encontramos con una vaguada natural de acceso de unos 15 m. de longitud excavada parcialmente en la roca en su extremo Este. Posteriormente, nos encontramos con una colina artificial a modo de bastión defensivo donde se concentran numerosos derrumbes de arenisca. Pasada esta colina, el castro dispone de un segundo complejo fortificado con 2 fosos y un contrafoso central, del que actualmente se conservan 2 m. de altura respecto a la parte más profunda de ambos fosos. El sector final del castro, la cabecera Oeste, dispone de un segundo conjunto de derrumbes apoyados en la roca natural caliza que asoma de la superficie, al que les sigue un enorme

---

precipicio que conecta el poblado con las partes más bajas del valle que protege visualmente y hace de defensa natural. El estado de conservación del yacimiento es bueno, aunque está alterado en el extremo Oeste, por la instalación de una torre de luz, que ha perjudicado al posible bastión o torre defensiva allí ubicada.



## 16. Catálogo de los castros asturianos.

---

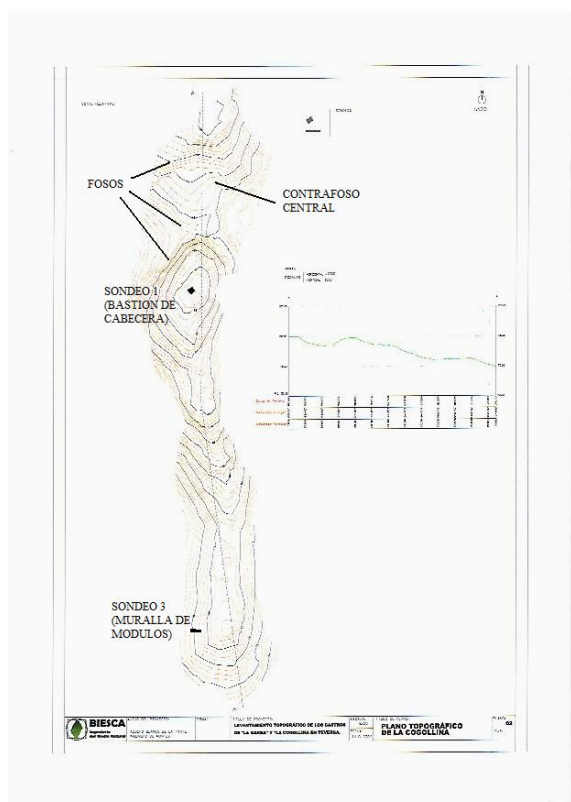
### 16.67 LA COGOLLA Y COGOLLINA - CASTRO - TEVERGA.

Coordenadas- HUSO UTM, 29 - x- 733.360,79 m. y- 4.784.998,52 m.



Se trata de un complejo castreño, compuesto por un poblado fortificado y una posible torre, sobre la localidad de castro, en el extremo noroeste del concejo de Teverga. Uno de los yacimientos, la Cogollina, es un poblado sobre un promontorio alargado en espolón defendido por una muralla de módulos que parte de un bastión de cabecera en su sector norte. El otro yacimiento, la Cogolla, se ubica sobre una colina de altura superior a la Cogollina, pero apenas a 300 m. de ésta y parece corresponder a una torre de vigilancia de pequeñas dimensiones. Fue catalogado en 1962 por J.M. González (1976, 118). La Cogollina, a 700 m. de altura, dispone en su entrada de una enorme vaguada natural en la que se ubican 2 fosos y un contrafoso central de grandes dimensiones, quizás, el de mayores dimensiones del sector central de Asturias. Superado este conjunto defensivo, una pequeña senda rodea el bastión principal de la cabecera Norte del mismo y que parece parcialmente excavada en la base de la colina. El mencionado bastión principal se eleva varios metros sobre el

segundo de los fosos, construido sobre un resalte rocoso natural que le proporciona mayor altura. En la superficie del castro nos encontramos con una inmensa cantidad de derrumbes artificiales que demuestran la existencia de una imponente estructura defensiva. A partir de este espacio y durante un centenar de metros en dirección Sur se sitúa el área de hábitat del yacimiento, en el que también se localizan restos de derrumbes, propios de las casas del castro, o de desplazamientos artificiales del bastión. La zona de hábitat se divide en dos sectores de alturas diferentes, uno reducido, junto a la muralla de la cabecera principal, y otro más extenso pero a menor altura, en el extremo Norte del poblado. La totalidad del conjunto defensivo y habitacional queda resguardado en sus vertientes Este, Oeste y Norte por las alturas de sus laderas. Desde el castro se domina la casi totalidad de la zona norte del concejo de Teverga, siendo uno de los dos poblados del valle, junto a la Garba de Berrueño. Las excavaciones que realizamos en el lugar en el año 2004, confirman que



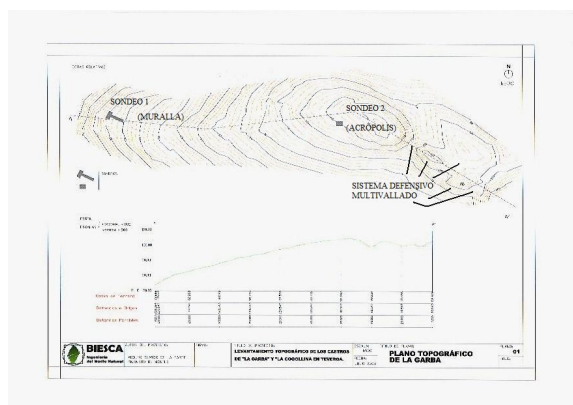
se trata de un poblado abandonado en el siglo IV a.C. (Fanjul 2007). El entorno inmediato del castro es de praderías de aprovechamiento ganadero, mientras que dispone de terrenos arcillosos en el fondo de los valles interiores que rodean la colina de la Cogolla. Las sierras que se sitúan sobre la localidad de Castro son, todavía hoy, de un óptimo uso ganadero (Fanjul 2003, 77).



## 16. Catálogo de los castros asturianos.

### 16.68 LA GARBA - BERRUEÑO - TEVERGA.

Coordenadas- HUSO UTM, 29 - x- 738.119.00 m. y- 4.781.950,96 m.



Se trata de un poblado de grandes dimensiones, a 869 m. de altura y ubicado sobre una colina en la vertiente este del valle de San Pedro, en el concejo de Teverga. La principal característica de este yacimiento es la complejidad de su sistema defensivo, al igual que su particular ubicación en una zona montañosa, al pie de la sierra de la

Sobia, la cual separa los valles de Quirós y Teverga. Se accede al yacimiento desde el santuario del Cébrano, al que se llega con facilidad desde Berrueño y a partir de aquí, ascendemos por una pista cementada hasta unas naves ganaderas, donde existe un sendero que se bifurca hacia la izquierda y nos lleva por un camino en mal estado hasta la entrada del poblado. Una vaguada natural hace resaltar la altura del castro sobre el resto de la colina, encontrándonos primero un paramento semicircular de 2 m. de altura, que delimita el recinto arqueológico del exterior. Pasado este paramento nos hallamos ante un foso continuo, en el que se levantan 3 grandes contra-fosos intermedios parcialmente excavados en la roca, dos al comienzo de la entrada que obligan a circular por un sendero central y uno central, que obliga a bifurcarse siguiendo dos fosos secundarios que transcurren por ambas vertientes de la colina y desde los que se puede acceder a la cima. En lo alto, el espacio defensivo se muestra a través de un enorme conjunto de derrumbes, que indican la existencia



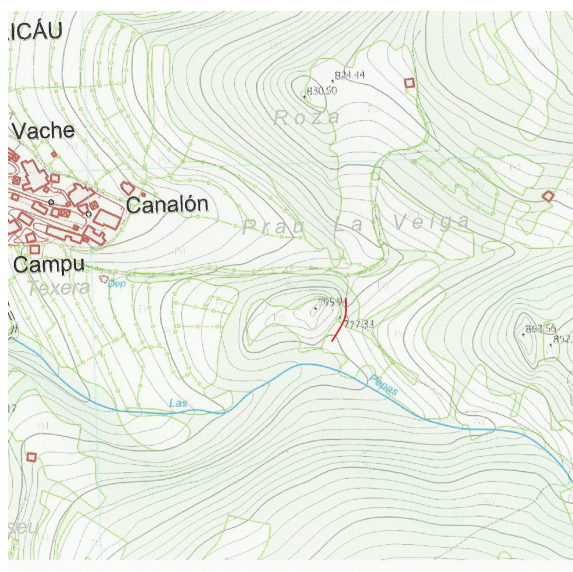
---

de un bastión principal en la cabecera del poblado. Lo difícil en la “acrópolis” del yacimiento es definir la exacta ubicación de las zonas de hábitat, las cuales al menos durante unos 60 m. de distancia, se situarían en pendiente hacia el Norte. La vegetación impide ver cualquier elemento que delimite el yacimiento en este sector, siendo difícil afirmar después de esos 60 m. donde termina exactamente el castro. Protegido de los vientos por la sierra de la Sobia en sus espaldas, el castro de la Garba dispone de un conjunto de tierras calizas y terrazas de montaña junto a sus diferentes vertientes, que hacen de excelente lugar para cultivos de cereal de montaña, así como para la explotación ganadera del entorno. Fue catalogado en 1971 por J.M. González (1976, 141) y nuestros sondeos en el año 2004 confirmaron que estamos ante un poblado prerromano, ocupado desde el siglo IV a.C. y posiblemente abandonado en época altoimperial. El castro tendría una reocupación en época tardorromana (Fanjul 2011b).

## 16. Catálogo de los castros asturianos.

### 16.69 LA PICONA - RICABO - QUIRÓS.

Coordenadas- HUSO UTM, 30 - x- 258.182.39 m. y- 4.777.355,36 m.



El castro de La Picona, ubicado a 798 m. de altitud sobre la localidad de Ricabo, al Sur del concejo de Quirós, es quizás el yacimiento mas conocido de todo el valle del Trubia. Tanto J.M. González (1976, 116) primero que lo catalogó en 1965, como J.L. Maya y Blas Cortina (1974), han tratado este castro por la particular aparición de un molino decorado. Desde las últimas casas del pueblo se llega al castro a través de un sendero en malas condiciones. Maya recoge posiblemente de las fuentes de J.M. González los siguientes datos: *“Al trabajar su superficie, aparecieron cimientos de edificaciones en piedra a hueso, sin argamasa alguna, y algunos objetos como piedras de molino y una especie de punzón de cantero o cuña de hierro, de sección rectangular ensanchada en el centro. Popularmente se habla de otros hallazgos, como un cinturón con dibujos, un aro de hierro y unas tijeras sin anillas para encajar los dedos”* (Maya 1988, 61). El yacimiento se encuentra en buenas condiciones pese a la reutilización

---

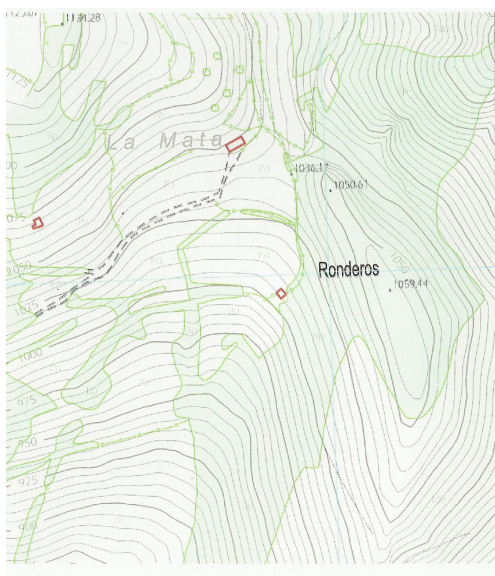
ganadera y la existencia de algunos pozos de saqueadores. La Piconá es un poblado de medianas dimensiones (Fanjul 2003, 77), con unos 60 m. de largo por 25 m. de ancho y una orientación principal E-W., que parece haber tenido una ocupación tanto en tiempos prerromanos como en época medieval, si tenemos en cuenta la torre cuadrangular que se alzaba en su cabecera Este. Erigido sobre una colina caliza que se alza en la parte más profunda del valle de Ricabo, su forma es alargada y su estructura defensiva destaca tanto por su buena conservación, como por su complejidad. El acceso original del castro es perfectamente visible en un buen tramo, lo que confiere más importancia aún al yacimiento, y de E-W., tendríamos las siguientes estructuras: Primero un foso en V excavado en la roca al menos en parte, desde el que se pasa a un aterrazamiento que controla el foso y que a su vez, es cubierto visualmente por la torre de la cabecera situada en la parte más alta del castro. El acceso se realizaba pasando bajo ese terraplén para bordear la colina a través de la ladera Sur toda ella amurallada y llegar a la vertiente Oeste, desde donde se entraría a la explanada superior del poblado, *ca.* 70 x 40 m. Su entorno es de mayoritarios usos agrícolas, si bien dispone de accesibilidad inmediata a las sierras ganaderas de los diferentes puertos de Quirós.



## 16. Catálogo de los castros asturianos.

### 16.70 COCHAO CASTRO - VILLAMARCEL - QUIRÓS.

Coordenadas- HUSO UTM, 30 - x- 257.575,48 m. y- 4.779.459,99 m.



Es uno de los castros de mayores dimensiones de todo el valle del Trubia, con 150 m. de largo

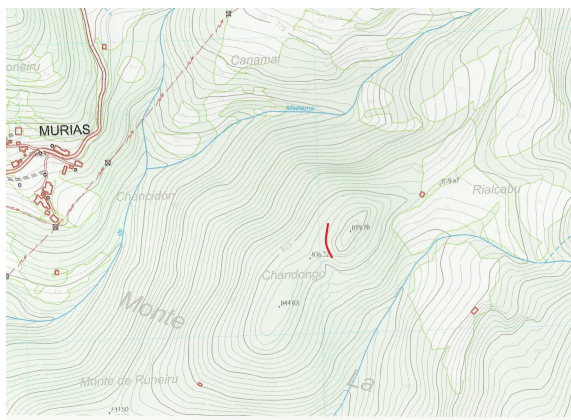
por unos 40 m. de ancho. El acceso al mismo es casi imposible debido a la cantidad de maleza que hoy en día ocupa su superficie. De forma alargada y con un eje principal de dirección E-W., es un poblado en corona a 1059 m. de altitud que domina la casi totalidad del medio y alto Quirós. Fue catalogado el 12 de Junio de 1960 por J.M. González (1976, 115). De su estructura defensiva podemos constatar la existencia de un foso en la vertiente Oeste, defensas naturales en la verticalidad de sus paredes al Este y un recinto fortificado, en parte reutilizado en tiempos medievales, que rodearía el castro. Del entorno destacan las campos de ganado que hay en la sierra donde se emplaza el yacimiento así como la existencia de numerosos restos medievales rodeando el área donde se encuentra el Cochao. A Pesar de su altitud, el entorno inmediato es de una gran calidad para la agricultura de montaña, pese a su uso actual como áreas de pastos (Fanjul 2003, 74).



---

### 16.71 SAN JUAN - LLANUCES - QUIRÓS.

Coordenadas- HUSO UTM, 30 - x- 262.074.91 m. y- 4.781.690,04 m.



octubre de 1965 por J.M. González (1976, 116). Durante la realización de la carta arqueológica del concejo se descubrió una meta de molino circular en la vertiente Suroeste del castro. Buena parte de la colina de San Juan esta deteriorada por la acción de una mina de carbón, la cual deja ver con claridad en uno de sus cortes, las lajas de una de las tumbas medievales que rodean la capilla que se alza en su vertiente Este. La estructura defensiva por excelencia es la torre o bastión de la vertiente Oeste mientras que la pendiente de las otras laderas hace de perfecta defensa natural. De dicha torre tan solo se pueden ver numerosos derrumbes (Fanjul 2003, 76). La totalidad de su entorno inmediato corresponde a espacios de uso agrícola.

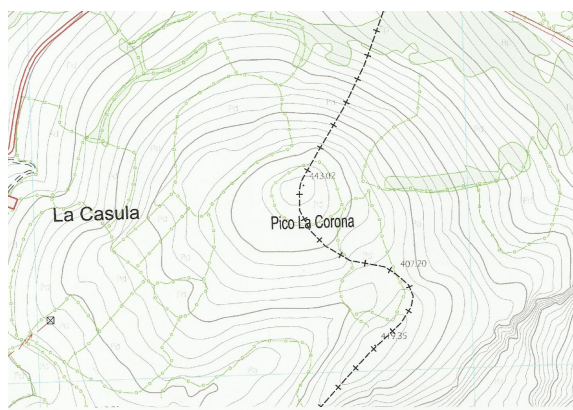
El poblado de San Juan, a 854 m. de altitud, es de imprecisas dimensiones, en parte, por la reutilización medieval del castro, al cual podría pertenecer la torre que domina el yacimiento y también, debido a las destrucciones contemporáneas que ha sufrido. Fue catalogado el 17 de



## 16. Catálogo de los castros asturianos.

### 16.72 EL PICU LA CORONA - PICU LLANZA - RIBERA DE ARRIBA.

Coordenadas- HUSO UTM, 30 - x- 269.799.00 m. y- 4.799.210,75 m.



Castro de medianas dimensiones, *ca.* 60 x 60 m., situado sobre la cima más alta de los montes de Picu Llanza, junto a la localidad de Manzaneda, al sur del municipio de Oviedo. Se accede al mismo desde Picu Llanza, subiendo al yacimiento monte a través. Fue reconocido en 1951 por J.M.

González (1976, 116) y algunos de los materiales allí descubiertos fueron estudiados por J.L. Maya y M.A. de Blas (1974). Actualmente se pueden encontrar pozos de saqueo. Se ubica sobre una colina caliza, a 445 m. de altura. Orientado al Norte, vigila parte del valle del Nalón entre Tudela Veguín y Olloniego, las cumbres de la Manzaneda, e igualmente divisa el puerto del Padrún y la sierra Grandota-Paranza. Tiene una estructura casi circular, donde no se aprecian restos de foso, pero sí una muralla de piedra caliza carente de argamasa, que rodea la totalidad del castro. En la vertiente sur-suroeste existen gran cantidad de bloques calizos verticales, de origen natural, que hacen de defensa junto a las pronunciadas pendientes de los otros lados de la colina. En el interior de la muralla se observan algunos posibles taludes y las bases de unas posibles estructuras de habitación en la zona suroeste. Es en la explanada interior de esta vertiente donde debió existir el lugar de hábitat del yacimiento, ya que la “acrópolis” de-



---

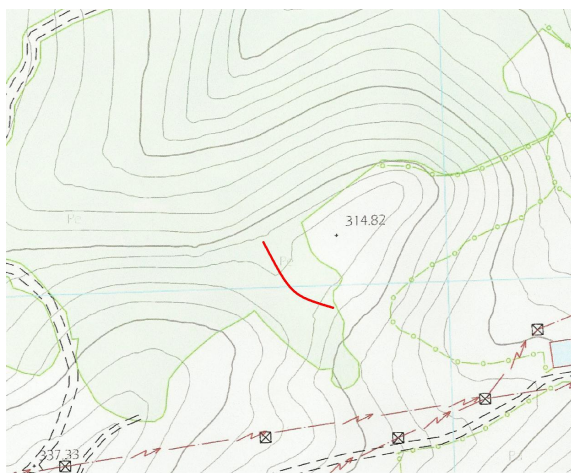
ja ver la base natural caliza del suelo, y por lo tanto parece arqueológicamente estéril. En la cara Noreste es donde mejor se observan los restos de muralla, que debió de medir como mínimo 2 m. de altura, y rondaría los 2 m. de ancho según que parte del recinto. Las piezas más importantes son dos hachas pulimentadas que pertenecieron a la colección Soto Cortés, y actualmente están depositadas en el museo arqueológico provincial (Blas Cortina 1983). J.L. Maya (1987-88) cita noticias sobre el hallazgo de monedas, y restos de construcciones antiguas, quizás los restos de estructuras parcialmente visibles en la explanada suroeste del interior del castro. J.M. González (1976) recogió restos de un molino vaivén oblongo y un molde de fundición en arenisca (Fanjul y Menéndez 2004, 110). Su entorno inmediato es de mayoritario uso agrícola, con tierras de gran calidad en Picu Llanza o Manzaneda.

## 16. Catálogo de los castros asturianos.

---

### 16.73 EL CUETO - CARAVIES - LLANERA.

Coordenadas- HUSO UTM, 30 - x- 270.931,78 m. y- 4.815.039,92 m.



Catalogado en 1956 por el profesor J.M. González (1976, 113), y descrito posteriormente por Fernández Ochoa *et alii* (1991), el poblado fortificado del Cuetu, a 350 m. de altitud, con orientación N-S., es un castro en ladera o espolón,

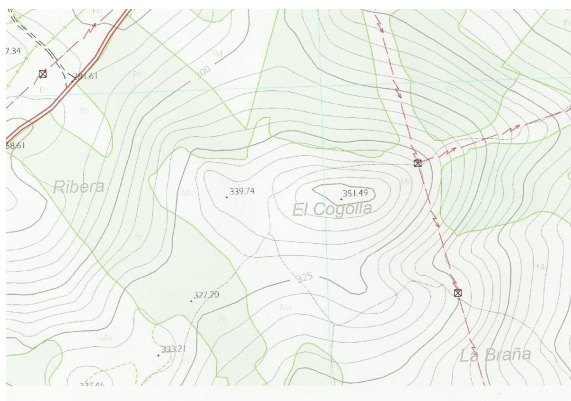
con un único foso de tipo monumental que corta el yacimiento, de la sierra donde se ubica. Al igual que durante las visitas del equipo de Fernández Ochoa, también a nosotros nos fue imposible acceder al interior del yacimiento, debido al tradicional uso de monte bajo que tienen los terrenos del castro. De forma casi rectangular, se encuentra protegido en sus diferentes vertientes, a excepción de la del foso, por la verticalidad de sus paredes. Al foso antes citado se le suma como estructura defensiva un posible bastión que ocupa la parte de acceso al poblado. De medianas dimensiones, ca. 70 x 40 m., la visibilidad desde el castro es enorme en lo que respecta a los pequeños valles del centro-este en las llanuras centrales de la región, siendo su entorno inmediato de mayoritario uso agrícola.



---

#### 16.74 LA COGOLLA - SEVERIES - LLANERA.

Coordenadas- HUSO UTM, 30 - x- 268.038,62 m. y- 4.814.349,50 m.



de cualquier otro elemento artificial. Es de suponer que la plataforma llana de la superficie del castro alberga tanto el espacio de hábitat como una línea defensiva a modo de muralla o empalizada. El foso es de tamaño pequeño, con apenas 3 m. de longitud por 4 m. de ancho, aunque bastante extenso, cubriendo parte de las vertientes Oeste y Sur de acceso al castro. Fue catalogado en 1960 por J.M. González (1976, 113) y descrito posteriormente por Fernández Ochoa *et alii* (1991). La visibilidad, debido a su ubicación en corona, abarca todo el territorio de llanera y buena parte de las llanuras del centro-norte de la región. Su entorno inmediato es de uso económico mixto.

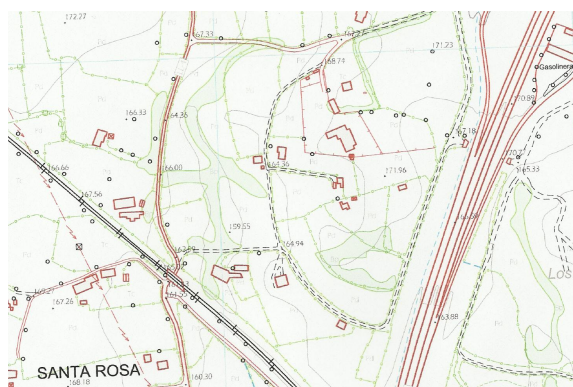
Castro en corona, a 351 m. de altitud, de grandes dimensiones, unos 100 x 60 m., sobre un monte del mismo nombre. Con orientación E-W., su forma ovalada apenas deja ver en la actualidad una defensa a modo de foso en el sector Oeste, mientras que el resto de la colina, con una mayor verticalidad en las vertientes Este, Norte y Sur, carece



## 16. Catálogo de los castros asturianos.

### 16.75 EL CANTO SAN PEDRO - LUGO - LLANERA.

Coordenadas- HUSO UTM, 30 - x- 272.253,06 m. y- 4.813.364,53 m.



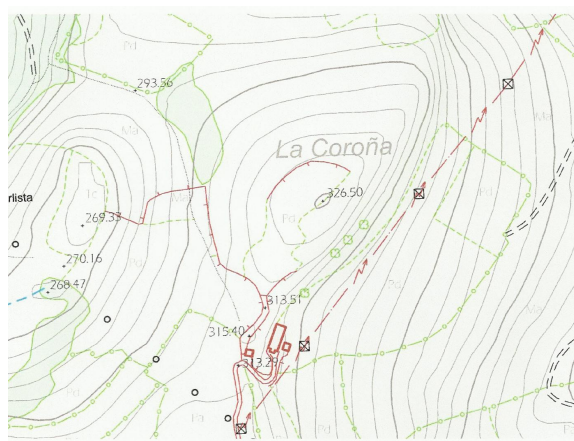
se han construido diversas edificaciones modernas, las únicas referencias cronológicas de las que disponemos nos inducen a pensar, como mínimo, en una cronología de época romana y medieval. Fue catalogado en 1958 por J.M. González (1976, 113) y descrito posteriormente por Cid *et alii* (1991). Carece de huellas de antiguas estructuras defensivas, y tan solo podemos adivinar una mayor verticalidad de las vertientes Norte y Sur, aparte de observar como la plataforma llana de la superficie del castro debió ser el espacio de hábitat sin ninguna duda. La totalidad de su entorno inmediato es de tradicional uso agrícola, con tierras de buena calidad.

Colina aterrazada de pequeñas dimensiones, ca. 60 x 40 m., de forma ovalada, orientada en dirección E-W., que domina, debido a su céntrica ubicación en el centro de Llanera, a 170 m. de altitud, la totalidad del territorio de la antigua Lucus Asturum. Muy alterado por estar atravesado por el ferrocarril y porque sobre su superficie



### 16.76 LA COROÑA - LES AREÑES - LLANERA.

Coordenadas- HUSO UTM, 30 - x- 266.767,94 m. y- 4.817.276,65 m.



Castro en ladera de medianas dimensiones, *ca.* 70 x 50 m., que, sobre un promontorio calizo, vigila las llanuras de Corvera y Castrillón, divisando desde su ubicación en las sierra de Llanera, a 326 m., la costa cantábrica. Su estructura, de forma

oval y orientada en dirección N-S., se compone de una vaguada natural de acceso al poblado, en la vertiente Sur, plagada de bloques calizos verticales, que harían de defensa natural, mientras que el resto de las vertientes estarían protegidas por la altura natural de la colina y por una muralla de unos 40 m. de largo por 6 m. de ancho. La zona de hábitat parece concentrarse en la zona Oeste de la superficie del poblado, mientras que en algunos sectores del castro afloran calizas naturales, sobre todo en el sector Este. Fue catalogado en 1954 por J.M. González (1976, 113). Esta situado en una vía natural de comunicación, con un control muy amplio del territorio anexo a la costa y unas excelentes áreas de aprovechamiento agrícola y ganadero en las cercanías del poblado. Se halla un poco alejado de la zona de mayor romanización en el concejo de Llanera, como serían las llanuras del centro-sur del concejo.



## 16. Catálogo de los castros asturianos.

### 16.77 CAMPA TORRES - JOVE - GIJÓN.

Coordenadas- HUSO UTM, 30 - x- 281.648,20 m. y- 4.827.590,56 m.



Castro de grandes dimensiones, ca. 600 x 300 m., ubicado sobre un cabo marítimo a 124 m. de altitud y con orientación principal SW-NE. De forma alargada, el antiguo poblado tenía distintos sectores de hábitat, el primero de ellos situa-

do junto a la muralla, en la cabecera de acceso al poblado, con una cronología de ocupación que comienza entre los siglos VI–IV a.C. (Maya y Cuesta 2001), mientras que la segunda zona, situada en la explanada del borde Norte del cabo, aunque también fue utilizada en momentos prerromanos, se caracteriza por una ocupación predominante de época romana. Es en esta fase cuando se construyen las famosas *Aras sextianas*, o lugar de culto al emperador, de las que hoy sólo disponemos de un hallazgo epigráfico. Estamos ante el yacimiento castreño más tratado en la historiografía arqueológica regional, en primer lugar por la posible vinculación de la Campa a las *Aras Sextianas*, y en los últimos años por las discusiones cronológicas sobre la cronología de su muralla de módulos, la más antigua localizada hasta el momento en Asturias. Al origen prerromano de esa muralla de módulos, en el siglo VI a.C. (Maya y Cuesta 2001), hay que vincular también el resto del sistema defensivo, compuesto por un foso ex-



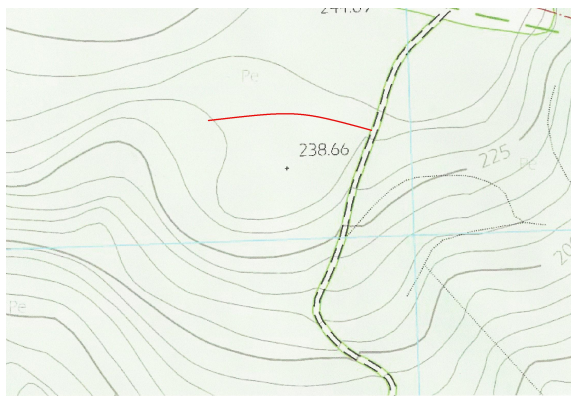
---

cavado parcialmente en la roca y un talud junto al foso. El sector más elevado del poblado parece ser estéril arqueológicamente. Sin duda alguna, este castro parece ser el epicentro socio-político del territorio de Gijón, hasta la creación de la *Gigia* romana, con un control visual de la totalidad del concejo, y una gran proximidad tanto a tierras de usos agrícolas, como de aprovechamiento ganadero. Igualmente, el yacimiento se encuentra en las proximidades de extensos filones de mineral de hierro en la vecina ría de Aboño.

## 16. Catálogo de los castros asturianos.

### 16.78 EL CASTIELLU - SERÍN - GIJÓN.

Coordenadas- HUSO UTM, 30 - x- 274.498,59 m. y- 4.821.836,27 m.



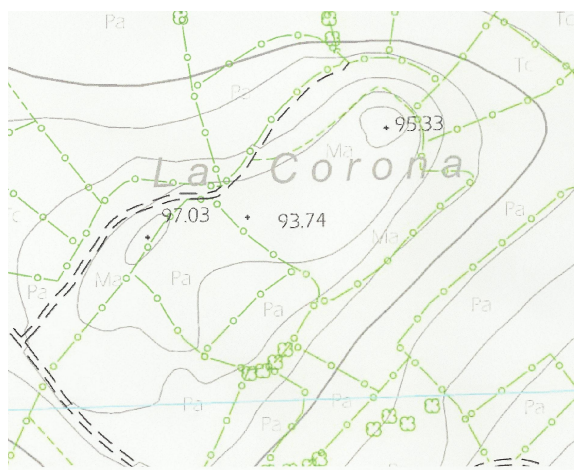
Castro de pequeñas dimensiones con un recinto de hábitat de unos 30 x 60 m., orientado en dirección E-W., y ubicado en las laderas del monte Areo, a 238 m. de altitud. En la actualidad es casi imposible el acceso al yacimiento por la gran cantidad de vegetación que existe en la zona, aunque sí es posible advertir las huellas de algún foso

debido a los cortes existentes en el terreno de acceso al Castiellu. Fue catalogado en 1960 por J.M. González (1976, 110). Siguiendo una descripción realizada en momentos en que era posible esa visita, como la de la carta arqueológica local, sabemos que este pequeño poblado disponía de entre 2 y 3 fosos, uno de ellos cortando la totalidad de la vertiente de acceso al poblado, y con un talud intermedio entre ellos de unos 20 m. de longitud por otros 20 m. de ancho. A estas defensas le seguirían una muralla o bastión de unos 30 m. de largo por 12 m. de ancho. Si el control visual de las llanuras centrales de Gijón es bastante bueno, resalta más su cercanía a un sector del concejo, de valor estratégico por la existencia de una vía de comunicación a los pies del monte Areo, que dispone de numerosos restos de ocupación romana (Fernández Ochoa 1982, 310-329), aprovechando una zona agrícola de excelente calidad.



### 16.79 EL CUETU - SAN ANDRÉS - GIJÓN.

Coordenadas- HUSO UTM-30. X-227.237.05 Y-4.821.446,55



Pequeño poblado en llanura, a 96 m. de altitud, sobre un promontorio alargado de unos 80 m. de largo por 30 m. de ancho, con orientación E-W. Al igual que otros castros de este tipo, como el Cuetu y la Torre en Llanera y Siero, las únicas

defensas visibles son obras de aterrazamiento que producen una altura artificial de la superficie de hábitat, sobre la base de la colina, y que seguramente se complementaron con empalizadas sobre esas terrazas. El castro se ubica como poblado en llanura sobre unas tierras de excepcional calidad agrícola, y en el caso del Cuetu, con una cercanía tanto al camino real de Tremañes, como a 2 km. de las villas romanas de Veranes y Beloño. A 1 km. está el castro del Castiello, en plenas faldas del monte Areo. En nuestra opinión, consideramos que el Cuetu es en realidad un poblado en altura tardorromano, carente de cualquier fortificación, más allá de algunas terrazas agrícolas que han sido tomadas como defensas por Sánchez Hidalgo y Menéndez Granda (2009, 540), que certifican en su excavación escasos restos cerámicos tardorromanos.

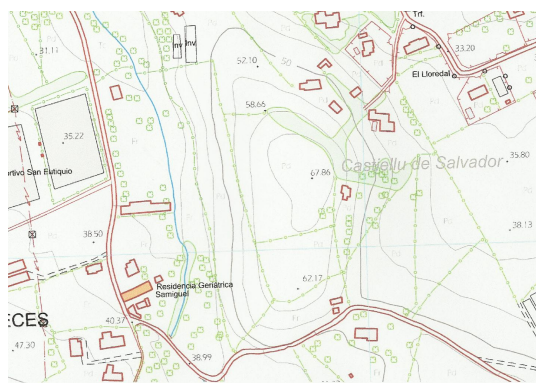


## 16. Catálogo de los castros asturianos.

---

### 16.80 EL CASTIELLO - CASTIELLO - GIJÓN.

Coordenadas- HUSO UTM, 30 - x- 287.423,76 m. y- 4.821.101,01 m.

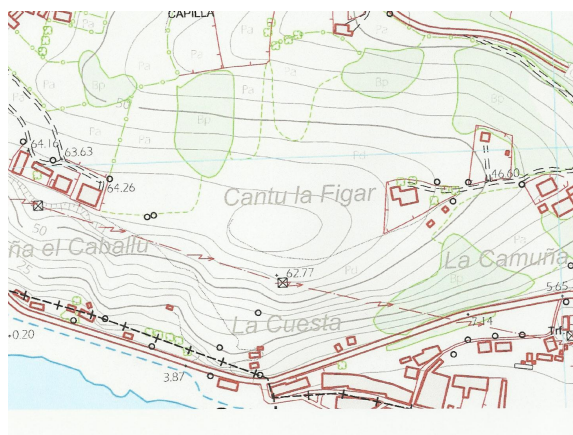


oriental, desde donde se accede a la colina. En todas las laderas aparecen derrumbes que parecen apuntar la existencia de una antigua muralla que rodeaba el perímetro del yacimiento.

Catalogado en 1959 por J.M. González (1976), el Castiello se ubica a 68 m. de altura, sobre un promontorio que domina el valle de Castiello y parte de las zonas llanas de la parroquia de Bernueces. El antiguo poblado es de grandes dimensiones, con unos 160 m. de largo por 70 m. de ancho, y esta defendido por la verticalidad de las vertientes, así como por una vaguada en la zona

### 16.81 EL CANTU LA FIGAL - NIEVA - GOZÓN.

Coordenadas- HUSO UTM, 30 - x- 263.785,71 m. y- 4.831.016,68 m.



Castro en corona de mediano tamaño, ca. 70 x 50 m., orientado en dirección N-S., frente a la playa de San Juan de Nieva, a 73 m. de altitud, y la ría de Avilés. Su único resto defensivo lo constituye un terraplén que delimita la zona interior de hábitat. Dicho terraplén, que llega a alcanzar los 4

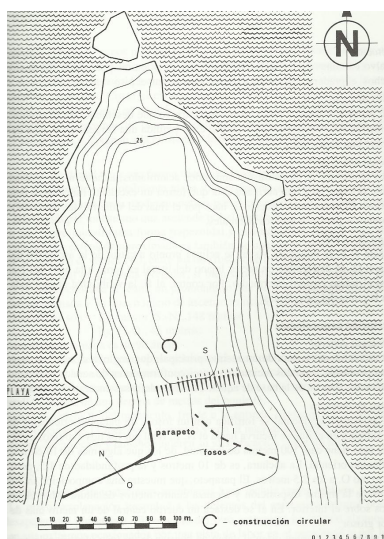
m. de altura en algunos sectores, cubre tres de las cuatro vertientes del yacimiento, ya que la zona Oeste de la colina queda protegida por la altura natural del acantilado que da al mar. Fue catalogado en 1965 por J.M. González (1975, 110) y descrito por Camino (1995, 115). En sus alrededores se menciona el hallazgo de un fragmento de téglula con marca de alfarero Licinius (Uría 1979), que quedó guardada en el *Tabularium Artis Asturiensis*, y que podría orientarnos a una cronología de ocupación al menos de época romana. En la actualidad una pista ha destruido parte del yacimiento en su sector Oeste, y en su interior se observan algunos pozos de saqueo de pequeño tamaño. Su entorno inmediato es de uso agrícola, anexo a amplias tierras de calidad en la rasa litoral.



## 16. Catálogo de los castros asturianos.

### 16.82 EL CASTIELLU - MOLÍN DEL PUERTU - GOZÓN.

Coordenadas- HUSO UTM, 30 - x- 266.021, 00 m. y- 4.834.486,05 m.



Poblado de grandes dimensiones, ca. 150 x 50 m., ubicado sobre un cabo marítimo a 39 m. de altitud, orientado en dirección N-S. Descrito por Camino (1995, 118) y Álvarez Peña (2002), el cas-

tro dispone de un sistema defensivo complejo o multivallado, cuya principal característica lo forman dos antecastros protegidos por sendos fosos, que marcan la estrechez del camino de acceso al poblado. Previa entrada a éste, nos encontramos con un bastión defensivo o muralla de la que hoy quedan sólo derrumbes, en una altura o terraza superior al conjunto defensivo de la entrada. La cercanía del yacimiento a vetas de mineral de hierro, así como diversas escorias recogidas por Álvarez Peña (2002), muestran una segura relación con la transformación de este mineral por parte de los antiguos pobladores del Castiellu, a lo que habría que sumarle su cercanía a amplias llanuras de gran calidad agrícola en todo su entorno. La superficie de hábitat se encontraría tanto detrás del bastión que protege el acceso al poblado, en la cabecera Sur, como en la superficie llana del interior del castro. Las vertientes Este, Oeste y Norte están protegidas de forma natural por la caída vertical de los acantilados sobre los que se ubica el castro.



---

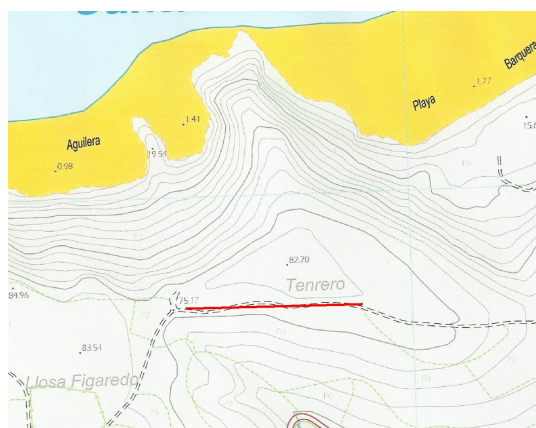
Los hallazgos cerámicos producidos por la erosión natural de algunos sectores del yacimiento, así como la existencia de escorias de cobre, nos podrían indicar una ocupación prerromana del lugar, que habría perdurado hasta al menos los primeros siglos de la ocupación romana, tal como demuestra algún fragmento de *sigillata* y de fibula *auccisa*.

## 16. Catálogo de los castros asturianos.

---

### 16.83 LOS GARABETALES - GRANDA - GOZÓN.

Coordenadas- HUSO UTM, 30 - x- 267.402,29 m. y- 4.833.914,01 m.



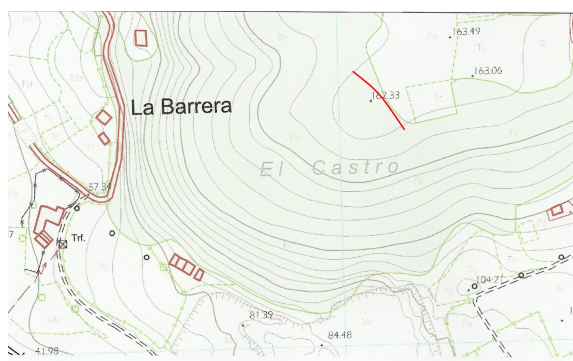
uno de ellos rodeado por un pequeño foso, mientras que los otros dos están limitados por el talud defensivo. Existe la posibilidad que un camino actual, que recorre las vertientes Este y Sur, fuera un foso hoy en día colmatado. Cercano a lugares con presencia de mineral de hierro, y con amplias zonas de calidad agrícola en sus cercanías, sólo excavaciones nos puede ayudar a comprender la funcionalidad de este emplazamiento con tan peculiar sistema defensivo.

Castro de medianas dimensiones, *ca.* 90 x 80 m., ubicado sobre la cima de una colina, a modo de corona fortificada, con 85 m. de altitud y una orientación N-S. Fue descrito por Camino (1995, 122). En su interior, delimitado por un talud de entre 3 y 4 m. de altura, dependiendo del lugar, aparecen diferenciados 3 recintos a distinta altura,



#### 16.84 LA BARRERA - LOGREZANA - CARREÑO.

Coordenadas- HUSO UTM, 30 - x- 271.994,99 m. y- 4.824.772,49 m.



Al igual que el vecino castro del Castiello de Pasquín, en Serín (Gijón), nos encontramos con un yacimiento cubierto completamente de vegetación, lo que hoy en día impide un reconocimiento más profundo, y debemos guiarnos por la descripción de la carta arqueológica local. Fue catalogado en 1960 por J.M. González (1976, 109) y descrito posteriormente por Camino (1995, 122). El cas-

tro parece tener medianas dimensiones, 70 x 40 m., y se encuentra ubicado en espolón, a 162 m. de altitud, concentrándose las defensas artificiales en la vertiente de acceso, en este caso la Norte, mientras que restos de otros posibles fosos en las laderas laterales se podrían haber colmatado en los últimos años. El resto de las vertientes están protegidas por la altura natural de la misma colina donde se ubica el antiguo poblado. Del castro proceden un recipiente de caliza monolítico rectangular, así como un hacha de bronce con talón grueso en “H”, lados cóncavos y nervaciones laterales, que como la pieza anterior, se encuentra desaparecida (Blas Cortina 1983). Desde el yacimiento, orientado en dirección N-S., se dispone de un gran control de la vía natural de comunicación que une la comarca de Avilés con la de Gijón, al igual que se encuentra muy cercano a tierras de gran calidad agrícola.

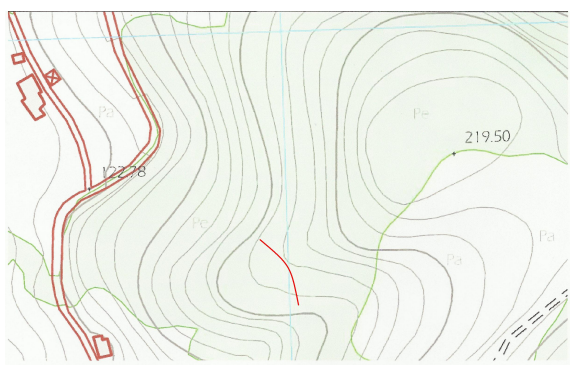


## 16. Catálogo de los castros asturianos.

---

### 16.85 EL CASTRO - HUERNO - CARREÑO.

Coordenadas- HUSO UTM, 30 - x- 272.578,76 m. y- 4.822.469,76 m.



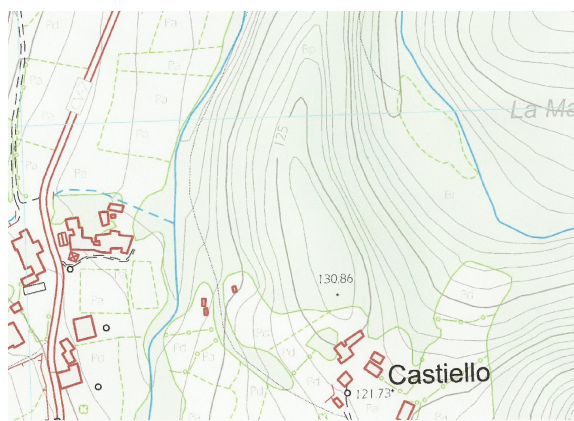
ma, orientada en dirección N-S., se concentraban las áreas de hábitat, y donde se observan pozos de saqueo y derrumbes. Desde el antiguo poblado se divisan las llanuras que unen Carreño con Castañón, y se tiene un buen control y cercanía con las tradicionales áreas de pasto del monte Areo. A 300 m. del yacimiento nos encontramos con la torre medieval de Ambás (casa escopeta).

Castro en espolón de mediano tamaño, *ca.* 100 x 50 m., situado en la vertiente occidental del monte Areo, a 218 m. de altitud, con un sistema defensivo basado en una simple vaguada de aspecto natural desde la que se accede al poblado, protegido por una muralla de la que se observan restos de derrumbes en diversas zonas del borde de la colina. En la aplanada superficie de la ci-



### 16.86 EL PICO CASTIELLO - MOLLEDA - CORVERA.

Coordenadas- HUSO UTM, 30 - x- 264.474,47 m. y- 4.822.188,77 m.



Recinto en espolón, a 131 m. de altitud y de gran tamaño, *ca.* 110 x 60 m. Protegido en la mayoría de sus vertientes por la altura natural de sus laderas, en la Sureste se localizan los restos de un antiguo bastión o muralla, único resto defensivo artificial del poblado, de unos 30 m. metros de

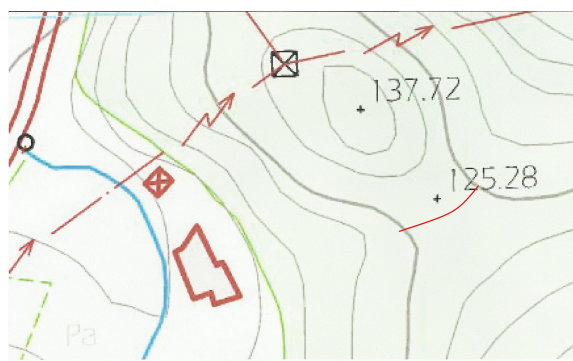
extensión, que hoy en día resulta casi imposible de advertir, debido al extenso bosque de eucalip-tos y maleza que crece no sólo en la “acrópolis” plana de la cima del Pico, sino también en sus laderas y base. Fue catalogado en 1959 por J.M. González (1976, 110) y está orientado en dirección N-S. Aparte del control inmediato de un extenso valle de grandes cualidades agrícolas, en las inmediaciones del poblado se localizan varios topóni-mos directamente relacionados con la minería del hierro. En el Pico Castiello se localizó una estela funeraria de época romana, único resto conocido procedente del lugar (Maya 1988, 51). Pese a es-tar dentro del territorio de Corvera, tanto la ubi-cación de este poblado, así como sus dimensiones, hacen su estudio indispensable para entender el poblamiento en el vecino sector de Castrillón y la actual ciudad de Avilés.



## 16. Catálogo de los castros asturianos.

### 16.87 LA PEÑONA - SAN AMARO - CASTRILLÓN.

Coordenadas- HUSO UTM, 30 - x- 258.590,34 m. y- 4.823.009,73 m.



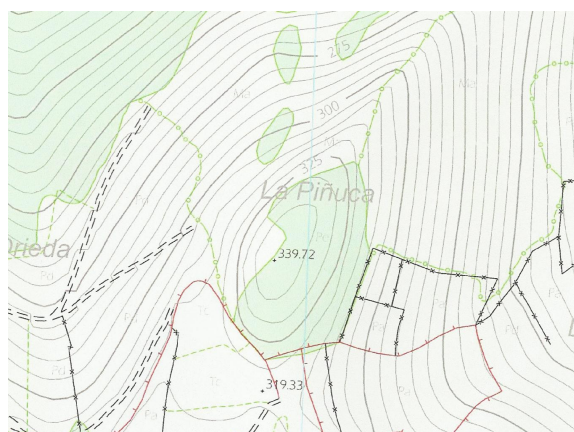
so, no muy visible, que antecede a esta estructura. El resto de las vertientes están defendidas por la altura natural de sus paredes. El castro se encuentra en la antigua ruta del valle de Grado a Avilés, controlando a la perfección este paso, así como el extenso y rico valle de Pillarno, a escasos kilómetros de la costa. En la actualidad el poblado no es muy visible debido a la vegetación, lo que impide confirmar la existencia de un foso, que hoy podría estar colmatado, aunque se observan con claridad los derrumbes de la muralla.

Castro con orientación E-W., ubicado en un espolón de mediano tamaño, *ca.* 100 x 50 m., sobre la cueva del hueso de Pillarno, donde se encontró un laciforme de bronce que demuestra algún tipo de uso en la Edad del Hierro. De forma ovalada y con una altitud de 138 m., las defensas artificiales están constituidas por una línea de derrumbes en el sector Noroeste y por un posible fo-



### 16.88 EL CASTIELLO - LA MORTERA - CANDAMO.

Coordenadas- HUSO UTM, 29 - x- 735.495,72 m. y- 4.814.238,37 m.



Castro de medianas dimensiones, *ca.* 70 x 40 m., ubicado sobre un promontorio calizo a 340 m. de altitud y orientación E-W., en la ladera de la sierra de la Mortera, zona limítrofe entre los valles del Nalón y el Narcea. Del castro actual no quedan restos visibles, aunque la toponimia, la rica

tradición oral de la zona, así como la ubicación del lugar, parecen que nos están confirmando la existencia del castro catalogado en 1966 por J.M. González (1976, 107). La visita al emplazamiento se hace difícil ante la enorme cantidad de maleza existente en el lugar, problema que se suma a la destrucción durante la guerra civil, con la presencia de varias fortificaciones. El antiguo poblado estaba defendido en su vertiente Sur por una enorme vaguada de más de 20 m. de largo, que haría de foso natural, mientras que el resto de las laderas están protegidas por la verticalidad natural de sus paredes. Desde este emplazamiento, situado a una altura considerable sobre el cercano río Nalón, se divisa buena parte de su tramo medio, al igual que su punto de unión con el Narcea. Su entorno inmediato es de usos mixtos, tanto agrícolas como ganaderos.

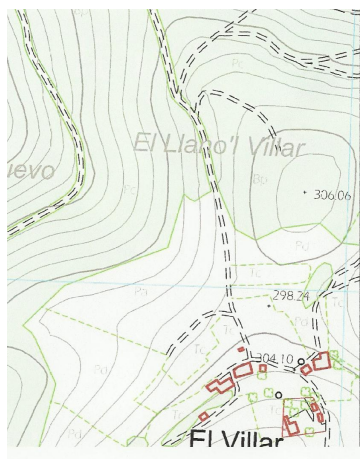


## 16. Catálogo de los castros asturianos.

---

### 16.89 LA PICA EL CASTRO - VILLAR - CANDAMO.

Coordenadas- HUSO UTM, 29 - x- 739.864,26 m. y- 4.813.378,04 m.



Castro de medianas dimensiones, *ca.* 80 x 40 m., orientado en dirección N-S. y ubicado sobre un promontorio calizo en ladera, a 306 m. de altitud, que domina la casi totalidad del tramo medio-final del río Nalón. Fue catalogado en 1958 por J.M. González (1976, 107). Al igual que en caso ante-

rior del Castiello de la Mortera, estamos ante un yacimiento gravemente afectado durante la Guerra Civil, con restos de trincheras y fortificaciones. La estructura alargada del poblado está defendida en su vertiente Sur por una vaguada natural y un bastión defensivo de grandes proporciones en la cabecera de acceso. El resto de las vertientes disponen de una gran verticalidad, lo que proporciona una inmejorable defensa natural. Una línea de mampostería en la vertiente Este, parece haber sido realizada en tiempos recientes con los derrumbes del bastión, mientras que la zona Oeste de la acrópolis, aquella que pareció concentrar restos de hábitat, está desecha por las fortificaciones contemporáneas. Otra de las zonas de hábitat es la pegada al bastión defensivo, repitiendo el mismo esquema que la mayoría de los castros. Su entorno inmediato es de mayoritario uso agrícola.



### 16.90 EL CAMPÓN - LA CARCABINA - MUROS DEL NALÓN.

Coordenadas- HUSO UTM, 29 - x- 731.652,87 m. y- 4.826.779,23 m.



Castro de grandes dimensiones, con unos 115 m. de longitud por 65 m. de anchura en su tramo medio. Ubicado sobre un promontorio costero a 104 m. de altitud, dispone de un sistema defensivo multivallado en el sector de acceso al castro,

la vertiente Sur, mientras que el resto de las laderas, están protegidas por la altura natural de sus pendientes, con una orientación en dirección E-W. Fue descrito por Camino (1995, 112). De los 2 fosos situados en la zona Sur apenas quedan trazas identificables, y podemos confirmar que tan sólo un tercio del trazado original, quizás menos, es visible hoy en día. Sobre ese conjunto de fosos se levanta un bastión defensivo repleto de derrumbes, con unas medidas aproximadas de 5 m. de altura y unos 20 m. de longitud. La zona de hábitat debió ocupar la amplia llanura interior del recinto fortificado y el control visual es bastante amplio, desde la desembocadura del Nalón a las sierras litorales que enmarcan este sector del litoral, mientras que su entorno inmediato es de mayoritario uso agrícola.



## 16. Catálogo de los castros asturianos.

---

### 16.91 EL CASTILLO DE SAN MARTÍN - SOTO - SOTO DEL BARCO.

Coordenadas- HUSO UTM, 29 - x- 736.276,83 m. y- 4.825.170,81 m.



por E. Carrocera (1995) y Carrocera y Camino (1996), nada conocemos. Ocupado desde el siglo III a.C. hasta época medieval, se muestra este castro como uno de los emplazamientos fortificados de más extensa ocupación e importancia del centro de Asturias hasta el momento. Desde su privilegiada situación se controla, pese a su escasa altura, la totalidad de la desembocadura del Nalón, cuya ría protege de forma natural al poblado, en tres de sus cuatro vertientes, defensa que se complementa con una muralla de módulos. Su entorno inmediato es de gran calidad agrícola.

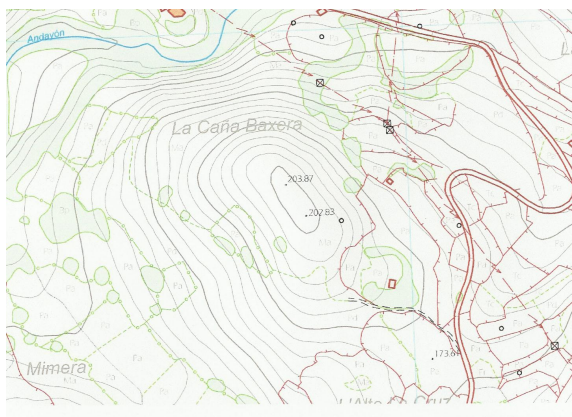
Castro de grandes dimensiones, *ca.* 120 x 100 m., orientado en dirección E-W., sobre un promontorio que domina la ría del Nalón, a 46 m. de altitud, en su desembocadura en Soto del Barco. En la actualidad, sobre el antiguo castro, se levanta un castillo medieval muy reformado en los últimos siglos, y de cuya estructura, salvo por algunas escasas notas y fotografías dadas a conocer



---

### 16.92 EL PICO RUEDES - VALSERA - LAS REGUERAS.

Coordenadas- HUSO UTM, 30 - x- 260.333.94 m. y- 4.810.325,30 m.



Castro de medianas dimensiones, ca. 90 x 50 m., ubicado sobre una colina caliza a 208 m. de altitud, que a modo de promontorio en ladera, orientado en dirección N-S., vigila las vegas fluviales de Andallón, en pleno valle medio del Nalón. Fue catalogado en 1957 por J.M. González (1976, 116).

El castro tiene forma circular y la totalidad de sus vertientes disponen de una altura natural que proporciona defensa al poblado. En la cabecera Sur, desde la que se accede a la cima de la colina, se observan, entre una gran zona de matorral y arbolado inaccesible, grandes zonas de derrumbes, que debieron corresponder a un bastión o muralla que protegía ese sector. La superficie de la colina dispone de numerosos afloramientos naturales calizos, y tan solo en algunas zonas próximas al borde, existen áreas llanas para la ubicación de las zonas de hábitat. Este emplazamiento, aparte de su cercanía a las ricas tierras agrícolas de la villa romana de Valduno, dispone de una gran visibilidad del tramo medio-final del valle del Nalón. Parece, según cuentan en la localidad vecina al castro, que desde hace años se limpia de derrumbes el Picu Ruedes, y que existe una cueva a sus pies, hoy cegada para seguridad del ganado.



## 16. Catálogo de los castros asturianos.

---

### 16.93 EL CASTIELLO LOS VALLAOS - PALADÍN - LAS REGUERAS.

Coordenadas- HUSO UTM-29. X-742.082,59 Y-4.809.441,78



hizo suponer que aquellas zanjas eran más bien trabajos mineros (González 1978, 196). En la actualidad es de muy difícil acceso y ha sido afectado por la construcción de una pista forestal y una torre eléctrica. Catalogado en 1948 por J.M. González (1976, 116), el mismo investigador publicó posteriormente un croquis sobre el castro, de gran ayuda debido a las actuales transformaciones del paisaje (González 1978, 196). El poblado, orientado en dirección E-W., podría formar parte de la defensa de una zona de hábitat de época romana, localizada a 200 m. del yacimiento, en la zona de Paladín, y su entorno inmediato es de gran calidad agrícola.

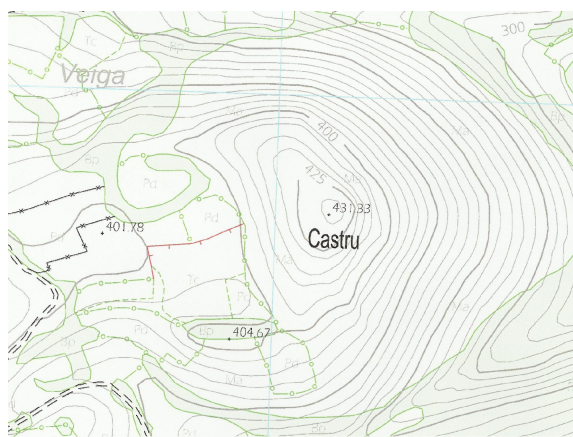
Pequeño recinto fortificado en ladera, de unos 50 x 40 m., con una estructura defensiva compleja, a 134 m. de altitud, formada por 3 fosos, 2 contrafosos intermedios y un bastión defensivo en la cabecera de acceso al poblado. Las dimensiones del aparato defensivo sorprenden por disponer de una extensión similar a la zona de hábitat, lo que



---

#### 16.94 EL CASTIELLO - AMBÁS - GRADO.

Coordenadas- HUSO UTM, 29 - x- 733.035.50 m. y- 4.799.926,66 m.



Castro de pequeñas dimensiones, *ca.* 60 x 40 metros, ubicado en ladera sobre el valle del río Cubia, a 431 m. de altitud, ocupando un espolón rocoso de arenisca sobre el que se talló un foso en la roca, en el acceso principal al poblado, desde la cabecera Este. Fue catalogado en 1965 por

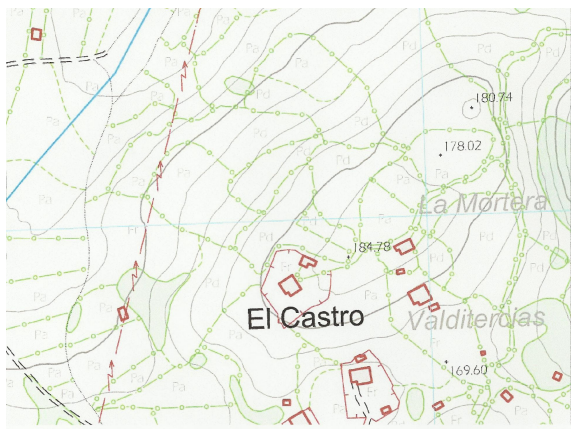
J.M. González (1976, 111). Orientado en dirección E-W., carece de restos estructurales a modo de bastión, y en las inmediaciones del yacimiento se observa el camino primitivo que recorría la vertiente oriental del Cubia. La principal defensa de este pequeño castro lo constituye la caída vertical de las tres de sus cuatro vertientes, mientras que la cuarta, o la Este, se encuentra protegida por el mencionado foso, de forma cuadrada, y con una profundidad de unos 5 m. por otros 5 m. de ancho. La construcción de esta estructura defensiva parece haberse visto ayudada por la existencia de un corte natural en esa zona de la colina, cuyo rebaje permitió la obtención del actual foso. Su entorno inmediato es de usos económicos mixtos, tanto agrícolas de montaña como ganaderos.



## 16. Catálogo de los castros asturianos.

### 16.95 EL CASCAYAL - BERCIO - GRADO.

Coordenadas- HUSO UTM, 30 - x- 258.751.00 m. y- 4.805.616,99 m.



Promontorio calizo de mediano tamaño, *ca.* 80 x 40 m., muy transformado por obras en los últimos años y sobre cuya cima, a 184 m. de altitud y orientación N-S., se ubicaba un poblado que posiblemente contó con un sistema defensivo multivallado, hoy imperceptible. Fue catalogado

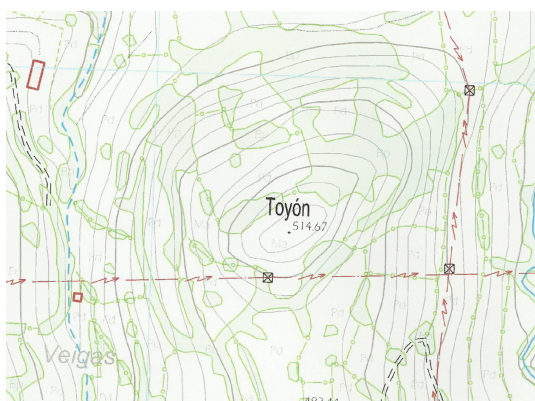
en 1962 por J.M. González (1976, 111). La mayor parte de las vertientes están defendidas por la altura natural de sus paredes, a las que se suma una muralla que recorrería el borde superior de la colina. Parece que en la cabecera meridional se acumula una mayor cantidad de derrumbes, posiblemente de algún tipo de torre o bastión. De la gran cantidad de derrumbes calizos que habría antiguamente en la zona superior del castro proviene el nombre del Cascayal. El yacimiento se encuentra cerrado por pertenecer a una propiedad particular, y los posibles fosos parecen haber sido colmatados o deformados por el camino que rodea parte del antiguo castro. Ubicado sobre un fondo de valle, el poblado dispone de un gran control directo sobre las vegas de este sector del medio Nalón, caracterizadas por la gran calidad agrícola.



---

### 16.96 CASTROFABEIRO - VIGAÑA - GRADO.

Coordenadas- HUSO UTM, 29 - x- 729.113.34 m. y- 4.797.912,04 m.



el interior del castro deja ver claramente dos sectores, uno de uso desconocido, no sabemos si estéril arqueológicamente debido a la base caliza de la colina, y otro a más baja altura, a modo de plataforma, donde debieron de ubicarse las viviendas. El yacimiento se encuentra a escasos 400 m. de la torre medieval de Vigaña, hoy destruida, y dispone en general de una gran visibilidad y control directo sobre las ricas vegas agrícolas de fondo de valle, donde se ubica el poblado.

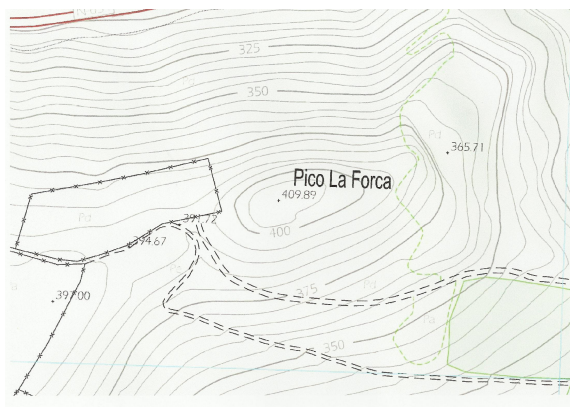
Castro en corona de medianas dimensiones, ca. 90 x 60 m., sobre el valle interior de Vigaña, a 512 m. de altitud. El antiguo poblado tiene forma ovalada, con una orientación en sentido E-W., y aprovecha la verticalidad de la mayoría de las vertientes como defensa natural. En la cabecera principal se encuentran numerosos derrumbes, de algún tipo de muralla corta o torre, mientras que



## 16. Catálogo de los castros asturianos.

### 16.97 EL PICU LA FORCA - SAN JUAN DE VILLAPAÑADA - GRADO.

Coordenadas- HUSO UTM, 29- x- 734.281,11 m. y-4.808.657,60 m.



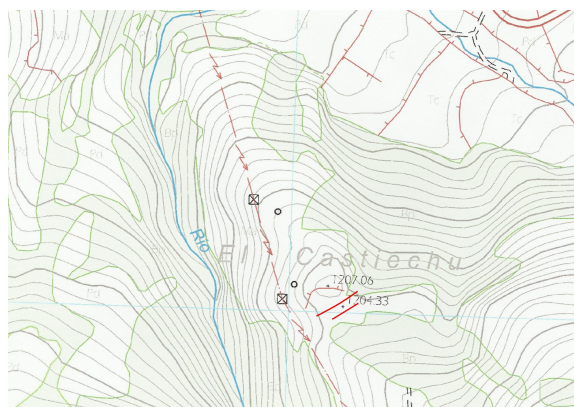
El castro de la Pica se ubica en un promontorio en ladera a 409 m. de altitud, sobre el valle que asciende desde Grado al puerto de montaña de la Cabruñana. Mide 90 m. de largo por 30 m. de ancho. Aunque fue catalogado en 1969 por J.M. González (1973, 147), no fue incluido en la posterior carta arqueológica local (Estrada 1999). Si seguimos las descripciones del estudio realizado en el año 2008 (Camino, Estrada y Viniegra 2008, 22), estaríamos ante un poblado fortificado

sin uso, que ellos califican de inacabado. Las defensas parten de la vaguada natural que separa la Pica de la sierra del Pedroriu, sin que se observen alteraciones artificiales, para complementar su función defensiva. Una vez pasada esta vaguada se accede a la colina del castro, defendida únicamente por un gran anillo amurallado de piedra que cubre sus vertientes oriental, Sur y Oeste. En la vertiente Norte no se han hallado restos de muralla, quizás condicionados por la verticalidad de la misma, que la hacía poco necesaria en ese sector. La muralla descubierta es de 4 m. de ancho, y los materiales arqueológicos asociados a la misma son casi inexistentes, lo que lleva a los investigadores a plantear que estamos ante un castro de uso puntual, o que simplemente nunca llegó a ser utilizado como poblado fortificado. Durante la Guerra Civil el lugar fue fortificado de nuevo, destruyendo parte de las defensas prehistóricas, mientras que en la actualidad buena parte de la ladera ha desaparecido por la acción de una cantera.



### 16.98 EL CASTIECHU - LLAMARDAL - SOMIEDO.

Coordenadas- HUSO UTM, 29 - x- 724.505.93 m. y- 4.770.043,78 m.



Castro de medianas dimensiones, ca. 80 x 50 m., ubicado sobre un espolón rocoso a 1207 m. de altitud, en el valle de Somiedo. Se accede al castro desde la casería de Trescastro, de donde parte un sendero que lleva al antiguo poblado. Fue catalogado en 1971 por J.M. González (1976, 140). Parece que fue el único castro del valle de Somiedo, y las referencias vecinales a un hallazgo de

una pulsera de bronce, cuando construyeron hace 40 años unos postes de electricidad, nos podrían estar haciendo referencia a una ocupación protohistórica del yacimiento. El Castiechu es un castro alargado, con orientación N-S., separado de la sierra donde se ubica mediante un sistema defensivo complejo, formado por 2 fosos excavados en la roca y un contrafoso central. Sobre estas primeras defensas se ubica un bastión, formado seguramente por varios módulos, lo deja ver un corte en el bastión, que cubren la entrada al yacimiento. El acceso parece que se realizaba desde la vertiente Oeste, a través de un pequeño camino que posiblemente fue trabajado en parte en la roca. En la inclinada ladera de la colina, y bajo la protección de ese bastión, se ubicaba una extensa zona de hábitat, protegida a su vez por la verticalidad de las vertientes del resto de la colina. Al igual que tantos otros castros de montaña, se sitúa junto al sector del valle que ofrece más posibilidades de cultivos, en las Vegas de Trescastro.



## 16. Catálogo de los castros asturianos.

### 16.99 LA CAVONA - LAMUÑO - CUDILLERO.

Coordenadas- HUSO UTM, 29 - x- 726.451,81 m. y- 4.828.441,85 m.



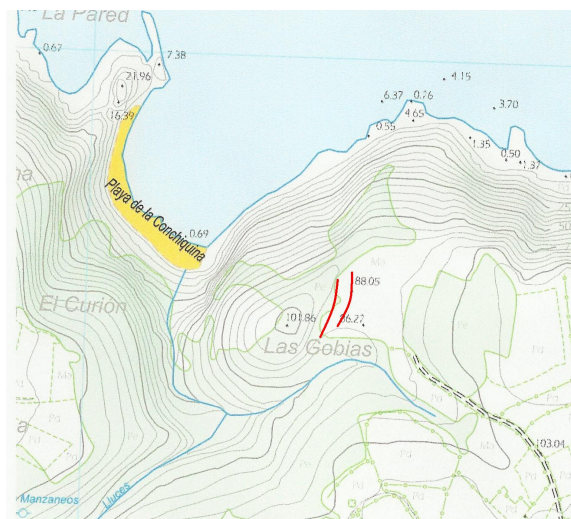
Castro costero situado en plena rasa litoral occidental, a 95 m. de altitud y con orientación N-S., formado por la consecución de un antecastro de

forma triangular de unos 80 x 30 m., al que sigue una secuencia de dos fosos y un contrafoso central. El primero de los fosos, mide unos 43 m. de longitud, con 3 m. de ancho y 2 m. de profundidad, mientras que el segundo, de mayor anchura con 6 m., dispone de una profundidad muy similar, entre los 2 y 3 m. Fue catalogado en 1968 por J.M. González (1976, 110). Su entorno inmediato es de mayoritario uso agrícola. A este sistema multivallado le sigue un recinto de hábitat de estructura irregular, debido a la morfología del cabo sobre el que se sitúa, con una forma más o menos ovalada, y con unas dimensiones medianas entre 68 m. de longitud por casi 50 m. de ancho. Fue descrito por Camino (1995, 108). Cuando nos acercamos al sector occidental de la región, nos encontramos cada vez más con poblados que disponen mayoritariamente no sólo de sistemas defensivos complejos, sino que además el espacio ocupado por esas defensas es en ocasiones de mayor envergadura que el dedicado a la superficie de hábitat.



### 16.100 EL CURIÓN - LA FENOSA - CUDILLERO

Coordenadas- HUSO UTM, 29 - x- 727.635,14 m. y- 4.823.624,59 m.



Castro costero de pequeñas dimensiones, *ca.* 65 x 30 m., ubicado sobre un promontorio marítimo a 352 m. de altitud y orientación N-S., al que se accede campo a través desde el barrio de la Trapa, en uno de los extremos del pueblo de Aronces.

Muestra planta oval y con orientación SE-NW. Dispone de una estructura defensiva multivallada, de la que hoy en día apenas quedan huellas, y así nos encontramos con 2 fosos, el externo de 3 m. de ancho por 1 m. de profundidad, y el segundo de casi 4 m. de ancho y 3 m. de profundidad, separados ambos por un contrafoso de casi 3,5 m. de altitud y unos 30 m. de largo. El espacio ocupado por el recinto es reducido, y permanece defendido en la mayor parte de sus vertientes por la pendiente natural de sus paredes, que van a caer a escasa altura al mar. El entorno inmediato es de mayoritario uso agrícola. Este yacimiento se encuentra situado a menos de 500 m. al Este del Castro de Cudillero, hoy destruido y a casi 1 km de la Atalaya de Piñera en dirección Noroeste, lo que unido a la existencia en la zona de algunos datos de hallazgos sueltos de época romana, nos podría estar indicando la existencia de una zona de concentración de población fortificada, situación análoga a la de hoy en día.



## 16. Catálogo de los castros asturianos.

### 16.101 EL CASTRO - CUDILLERO - CUDILLERO

Coordenadas- HUSO UTM, 29 - x- 730.332,62 m. y- 4.826.262,44 m.



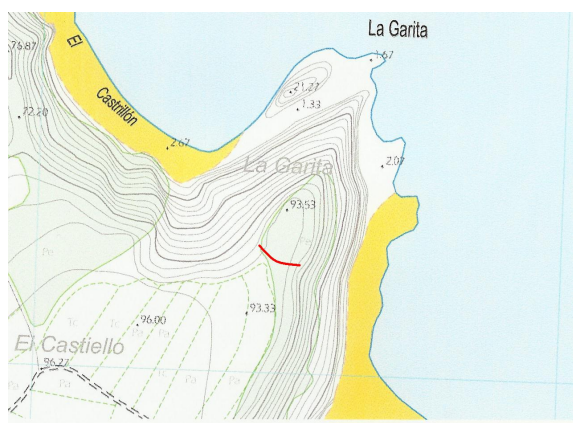
del promontorio, y tan sólo podemos confirmar la buena condición estratégica del lugar, defendido en sus vertientes Este y Oeste por sendos arroyos, y la importancia que tuvo este yacimiento para entender la evolución poblacional del núcleo actual de Cudillero. El entorno inmediato es de usos agrícolas casi en su totalidad.

De este antiguo poblado fortificado hoy en día no queda ni rastro, debido a las profundas alteraciones que ha sufrido la colina sobre la que se ubicaba, a 84 m. de altitud y con orientación N-S., por la construcción de numerosas viviendas hasta el punto que, casi no distinguimos un posible foso colmatado en la vertiente Sur de los restos



### 16.102 EL CASTIELLO DE LA GARITA - OVIÑANA - CUDILLERO.

Coordenadas- HUSO UTM, 29 - x- 722.003,97 m. y- 4.828.450,43 m.



Pequeño poblado fortificado, ca. 50 x 20 m., ubicado sobre un promontorio marítimo a 94 m. de altitud y orientado en dirección NW-SE. Fue catalogado en 1961 por J.M. González (1976, 110). El sistema defensivo es realmente simple, basado en la existencia de un único foso de los que hoy en día sólo son reconocibles entre 12 y 14 m. de longitud, teniendo además una anchura de 6 m.

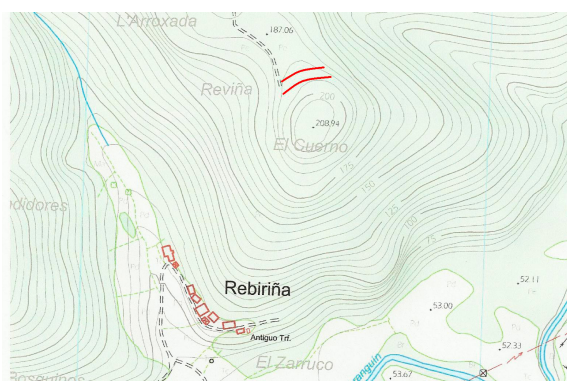
y 2 m. de profundidad. El muro que actualmente cubre parte del recinto interior es actual, mientras que la altura de la cabecera de acceso al recinto de hábitat, de unos 5 m. de altura, hace de defensa, a la que se suma algún tipo de bastión o muralla de escasas dimensiones, debido a la concentración de derrumbes que observamos en este sector. A 400 m., al Sureste, se encuentran los restos de la necrópolis y hábitat altomedieval de la playa de San Pedro de Luiña. Debido a la cercanía entre el castro y estos yacimientos y a las escasas dimensiones del Castiello de la Garita, no creemos aventurado suponer una posible vinculación de este pequeño promontorio fortificado con algún tipo de atalaya defensiva costera perteneciente a épocas tardías de la cultura castreña. Camino (1995, 101) señala la existencia de “cabañas”, aunque, en nuestra opinión, podríamos estar ante viejos pozos de saqueo que, al igual que en tantos otros yacimientos, provocan confusas huellas estructurales en el yacimiento. Su entorno inmediato es de mayoritario uso agrícola.



## 16. Catálogo de los castros asturianos.

### 16.103 EL COGOLLO - EL CALIERO - PRAVIA.

Coordenadas- HUSO UTM, 29 - x- 730.287 ,96 m. y- 4.817.837,84 m.



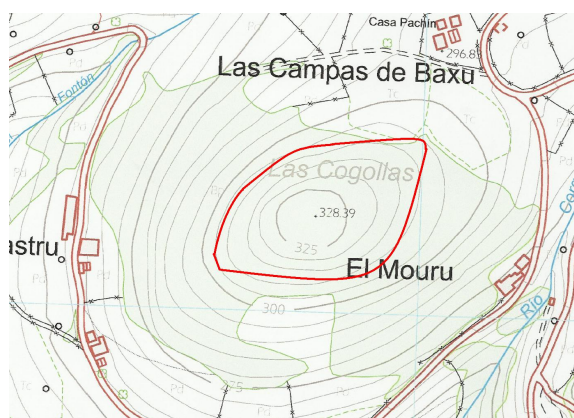
Castro de medianas dimensiones, *ca.* 70 x 60 m., ubicado sobre un promontorio en ladera a 208 m. de altitud y con orientación N-S., sobre el valle del Aranguín, en el sector más interior del territorio de Pravia. Aunque el acceso se realizaría siguiendo una senda que parte a las afueras de Selgas, en dirección al Caliero, hemos de puntualizar que hoy en día, el monte del Cogollo es un inmenso bosque, cuya vegetación de monte bajo impide no sólo el acceso al castro, sino que ni siquiera nos

permite un reconocimiento de la mayoría de las estructuras defensivas. Fue catalogado en 1962 por J.M. González (1976, 115). Aún bajo esta condición, desde las alturas vecinas del Caliero, es posible advertir que estamos ante un poblado con un sistema defensivo multivallado, compuesto por al menos 2 fosos acompañados por sus respectivos contrafosos, los cuales, además, están reforzados por muretes de piedra. El espacio de hábitat se encuentra dividido a modo de terrazas, de tal forma que el espacio que corona la colina es de tan sólo unos 15 m. de longitud por otros 15 m. de ancho, y está repleto de derrumbes procedentes de los restos de alguna torre. El hecho de que en 1613 el Padre Carballo cite este lugar como fortificación del siglo XII, y los restos de derrumbes localizados en su corona, nos hacen plantearnos que estamos seguramente ante un poblado fortificado que fue reutilizado como fortaleza en tiempos medievales. El control visual del valle del Aranguín es muy amplio.



#### 16.104 LAS COGOLLAS - LINARES - SALAS.

Coordenadas- HUSO UTM, 29- x- 724.926,11 m. y-4.814.906,06 m.



Castro en corona de grandes dimensiones, ca. 170 x 70 m., ubicado en los altos de las Campas, a 331 m. de altitud y orientado en dirección E-W. Fue catalogado en 1959 por J.M. González (1976, 116). Pese a disponer de un solo foso, éste es de dimensiones monumentales, con una media de 10

metros de anchura, y otros 10 m. de profundidad respecto al recinto interior del castro. El único foso recorre la totalidad de la colina, rodeando la superficie de hábitat, defendida por la diferencia de altura. Antes de introducirnos en el foso, observamos un bastión defensivo exterior, en la cabecera Este, sin duda defendiendo el sector más llano del amplio promontorio donde se ubica el poblado, ya que en el otro extremo las paredes de la colina son de mayor verticalidad. Otras dos estructuras, a modo de bastión, destacan en el recinto, la primera en el sector interior de la vertiente Este, y la segunda en el sector más superior. Desconocemos si un conjunto de derrumbes del sector occidental del recinto de hábitat podría corresponder a otra de estas torres o bastiones. Podrían existir restos de algún canal minero apenas a 200 m. del yacimiento, el frente de los moros, pero no hemos conseguido localizarlo en el enorme bosque que ocupa esa zona. De ser realmente un canal minero, debemos de cuestionarnos la posibilidad de que se

## 16. Catálogo de los castros asturianos.

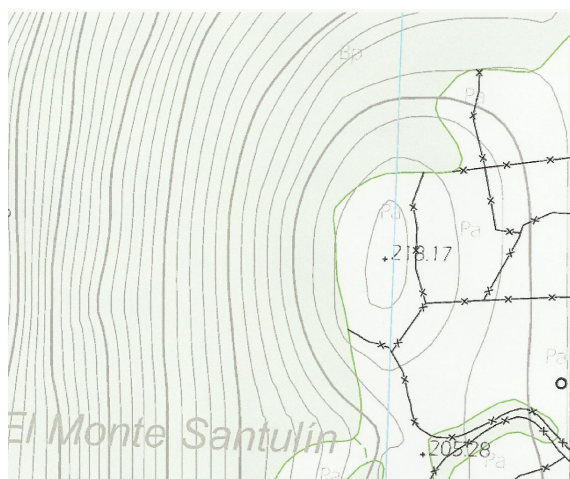
---

haya podido utilizar en parte para la construcción del enorme foso de este yacimiento. Recordemos que parte del foso está cortado en la roca, con el ingente trabajo que esto supone. Tanto por sus dimensiones, como por la monumentalidad de este sistema defensivo, pensamos que estamos ante uno de los principales poblados de este sector de la región. Su entorno inmediato es de mayoritario uso agrícola.



### 16.105 EL CASTIELLO - DORIGA - SALAS.

Coordenadas- HUSO UTM, 29- x- 731.174,95 m. y-4.810.720,82 m.



Castro de medianas dimensiones, ca. 70 x 30 m. en corona, ubicado sobre el valle del Narcea, a 218 m. de altitud, y con una orientación E-W. Fue catalogado en 1951 por J.M. González (1976,

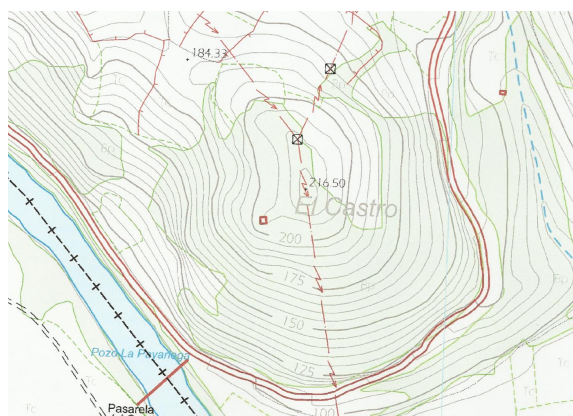
116). El poblado es de forma alargada y con orientación N-S. En su vertiente Norte, un gran acantilado protege esa vertiente de forma natural, mientras que el resto de los sectores están protegidos por una línea de muralla bien visible en la actualidad. Parece que en la parte más alta de la colina existió algún tipo de torre, ante los indicios que nos proporcionan los grandes conjuntos de piedras sueltas, y en lo que respecta al espacio de hábitat, éste se circunscribe a la terraza de pequeña anchura que deja la parte interior de la muralla, al igual que en castros como el Picu el Castru de Caravia o el Picu Castiello de Taranés. Su entorno inmediato es de usos mixtos, anexo a las amplias zonas ganaderas de la Cabruñana, mientras que el único material procedente del lugar, la famosa estela funeraria de Doriga, nos traslada a un poblamiento de cronología romana (Maya 1988, 33).



## 16. Catálogo de los castros asturianos.

### 16.106 EL CASTRO - ALAVA - SALAS.

Coordenadas- HUSO UTM, 29- x- 726.875,24 m. y-4.804.304,97 m.



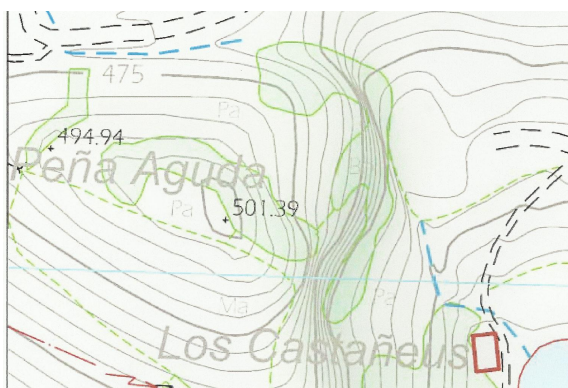
Castro de medianas dimensiones, con unos 70 x 50 m., ubicado al Sur del pueblo de Alava, desde donde se accede al yacimiento, a 216 m. de altitud. El poblado se ubica sobre un promontorio en ladera o espolón cortado de forma natural en sus vertientes Sur, Este y Oeste por un gran acantila-

do rocoso, mientras que el sector Norte se protege mediante un conjunto de defensas artificiales formadas por varios aterrazamientos de gran altura y un foso inicial. En la parte superior del poblado se dejan ver algunas estructuras en forma de derrumbe, que quizás pertenecieron a los restos de una muralla o bastión, mientras que algunos cortes, también en este sector de hábitat, creemos que deben ser atribuidos, no a fosos internos, sino a restos de trincheras de la Guerra Civil, ante las referencias orales de las que disponemos en el vecino pueblo de Alava. La existencia de un lote de hachas de talón y anillas de bronce indica una cronología de ocupación del yacimiento desde tiempos protohistóricos (Maya 1988, 35). Su entorno inmediato es de mayoritario uso agrícola.



### 16.107 PENAGUDA - BOINÁS - BELMONTE.

Coordenadas- HUSO UTM, 29- x- 718.142,67 m. y-4.795.036,96 m.



los datos de Fernández Mier (1999, 78). Se trata de un castro en corona de forma ovalada, modificado parcialmente por la explotación aurífera, que podría haber formado el foso principal del castro y al que se suman 2 fosos más en la vertiente occidental. No se citan estructuras defensivas o de habitación visibles. Su entorno inmediato es de usos mixtos, anexo a amplias zonas de tradicional uso ganadero.

Castro sobre espolón calizo, de medianas dimensiones, *ca.* 50 x 60 m., ubicado a 503 m. de altitud y orientado en dirección N-S. No hemos podido acceder al castro al estar cortado el camino, por la existencia de los terrenos de una explotación minera aurífera a cielo abierto, por lo que para conocer su estructura es necesario seguir

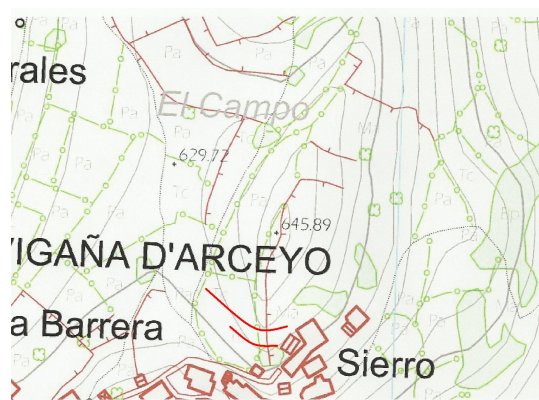


## 16. Catálogo de los castros asturianos.

---

### 16.108 EL CASTRU - VIGAÑA - BELMONTE.

Coordenadas- HUSO UTM, 29- x- 723.881,77 m. y-4.792.479,22 m.



poca longitud, cubriendo solamente el sector occidental. El siguiente foso abarca los sectores Occidental y Sur, quedando las laderas Este y Norte protegidas por la caída natural de sus paredes (Fernández Mier 1999, 138). Su entorno inmediato es de mayoritario uso agrícola, con amplias zonas de calidad para el cultivo de cereal de montaña.

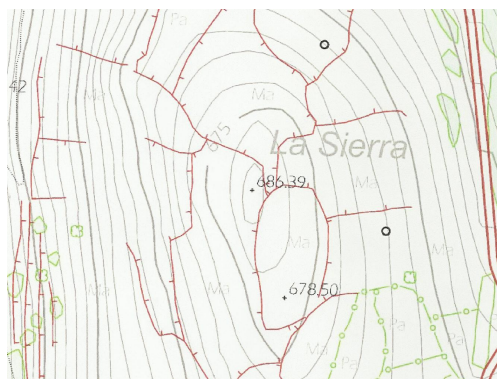
Castro de medianas dimensiones, 70 x 40 m., ubicado a 645 m. de altitud y orientado en dirección E-W. El lugar se sitúa a modo de promontorio en ladera, de base geológica caliza, teniendo como defensas artificiales 2 fosos excavados en la roca en la vertiente Oeste de la colina, a lo que se suman los restos de una torre en la parte superior del promontorio. El primer foso exterior es de



---

### 16.109 EL CASTRU - ONDES - BELMONTE.

Coordenadas- HUSO UTM, 29- x- 725.653,20 m. y-4.792.489,27 m.



yacimiento se aprecian numerosos derrumbes esparcidos por diferentes sectores de la “acrópolis” (Fernández Mier 1999, 146). Su entorno inmediato es de usos económicos mixtos.

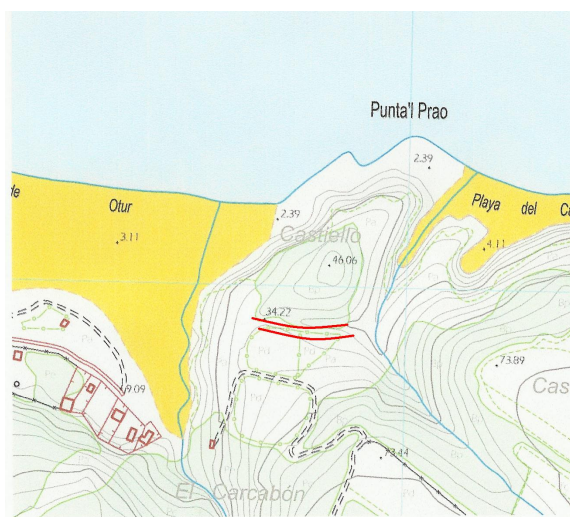
Poblado de pequeñas dimensiones, *ca.* 40 x 50 m., a 680 m. de altitud y orientado en dirección N-S. De forma ovalada y situado sobre un promontorio en ladera, el antiguo poblado estaba protegido en la mayor parte de sus vertientes por la caída natural de sus paredes, creándose un sistema defensivo multivallado en el sector occidental, formado por 2 cortos fosos excavados en la roca y un contrafoso intermedio. Sobre la superficie del



## 16. Catálogo de los castros asturianos.

### 16.110 EL CASTIECHU - CALELLA - VALDÉS.

Coordenadas- HUSO UTM, 29- x- 699.680,15 m. y-4.824.730,77 m.



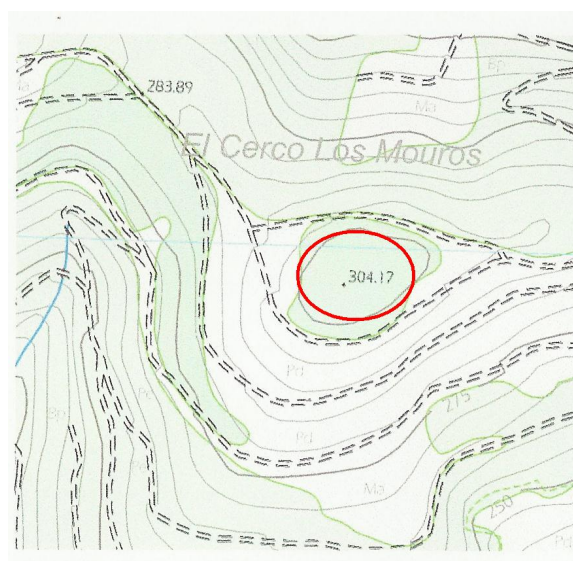
Castro sobre promontorio en ladera a 43 m. de altitud, de medianas dimensiones, ca. 80 x 40 m., y orientado en dirección SW-NE. Tanto el sector

Norte como el Oeste están protegidos de forma natural por la verticalidad de las paredes de la colina, mientras que en el sector Sur se concentran las defensas artificiales, formadas por 2 fosos, el más interior de casi 5 m. de profundidad, y un segundo foso de 3 m. El tercer foso, mucho más alargado, pero de una profundidad menor, se extiende hasta la cabecera Sur, desde el Este, durante casi 100 m. (Camino 1995, 98). El hecho de que parta de las cercanías de un arroyo local, nos hace plantearnos la posibilidad de que haya sido construido, al menos en parte, mediante técnicas mineras. Pasado este sistema defensivo, nos encontramos con un conjunto de derrumbes de un bastión defensivo o restos de muralla, protegiendo la cabecera Sur del recinto interior de hábitat, el cual es en líneas generales bastante llano, pese a la existencia de una corona en la parte superior de la colina. Su entorno inmediato es de tradicional uso agrícola, rodeado de tierras llanas de calidad.



### 16.111 EL CERCO DE LOS MOROS - LA LAMIELLA - VALDÉS.

Coordenadas- HUSO UTM, 29- x- 703.758,77 m. y-4.815.978,29 m.



tud de 305 m. Se accede al poblado desde el alto de la Lamiella, de donde surge una pista a la izquierda, que lleva a la corona del cerco, apenas a 500 m. de la carretera. El castro tiene forma circular y dispone de un foso en la base de la colina que rodea toda la cima, con una profundidad respecto a la corona de unos 10 m. A esta primera defensa en la base, le sigue una segunda plataforma a modo de foso en altura con un pequeño bastión en la cabecera oriental, con una diferencia de altura de 4 m. respecto a la cima. Finalmente, accedemos a la parte superior de la colina, cuyas pequeñas dimensiones apenas dejan espacio a estructuras de hábitat y en nuestra visita no mostraban resto constructivo alguno. El entorno del yacimiento está compuesto principalmente por dos minas abandonadas, la de Freizaredo y la de Malecón, ambas a menos de 1 km. del castro.

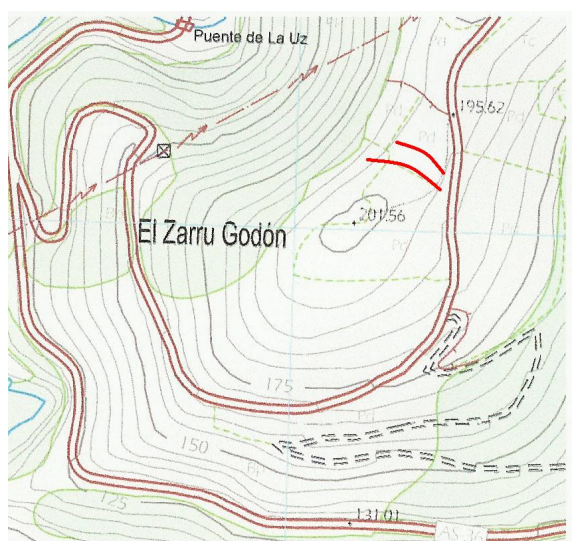
Castro en corona de pequeñas dimensiones, 40 x 30 m., orientado en dirección E-W., a una alti-



## 16. Catálogo de los castros asturianos.

### 16.112 EL CASTIECHU - CEREZAL - VALDÉS.

Coordenadas- HUSO UTM, 29- x- 718.440,94 m. y-4.819.817,56 m.



Castro en espolón sobre el arroyo que parte del río Negro, a 261 m. de altitud y orientado en

dirección N-S. El poblado es de medianas dimensiones, *ca.* 70 x 60 m., siendo en la actualidad sólo posible acceder hasta las defensas del recinto, ya que el interior se halla tomado por la maleza. Este acceso se realiza, campo a través, desde la aldea de Cerezal. El castro dispone de un sistema defensivo formado por 2 fosos monumentales, con contrafoso intermedio, midiendo estas estructuras 4 m. de profundidad el foso exterior e interior y 5 m. de altura el contrafoso intermedio. El recinto interior parece reducido en su parte más alta, en cambio dispone de una leve caída prolongada hacia la cabecera, que podría corresponder a un aterrazamiento y haría de privilegiado espacio de ocupación, pese a su leve inclinación. Las defensas controlan el paso al poblado desde la única vertiente posible, la Sur, ya que el resto de los sectores están protegidos por la altura natural de las paredes de la colina. Su entorno inmediato es de mayoritario uso agrícola en Lajos-Paradina.



### 16.113 PEÑA CASTIEL - CHANO DE LUARCA - VALDÉS.

Coordenadas- HUSO UTM, 29- x- 698.760,04 m. y-4.824.399,19 m.



y 5 m. de profundidad. El último de los fosos tiene apenas 1,5 m. de profundidad quizás debido a un proceso de colmatación. La superficie interior del recinto es llana, con una elevación del sector inicial levemente superior al de los sectores finales del castro. Hemos observado la existencia de una escalinata excavada junto a uno de los fosos, el primero exterior, que podría ser un resto de los accesos originales al poblado, aunque el camino se pierde a los pocos metros (Camino 1995, 87). En la superficie del castro se localizan diversos muros que son de factura actual, así como algún resto de construcción también contemporáneo. Su entorno inmediato es de mayoritario uso agrícola.

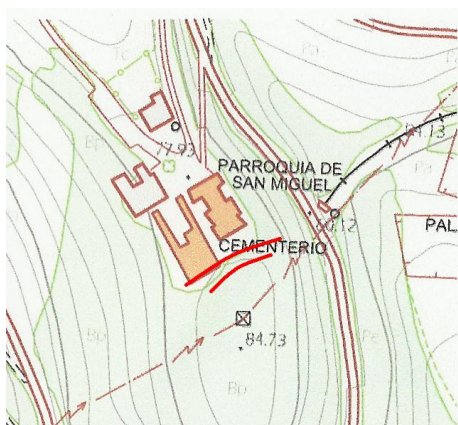
Castro costero en espolón sobre el Cantábrico, a 35 m. de altitud, de medianas dimensiones, *ca.* 80 x 30 m. y con orientación en dirección SW-NE. El conjunto defensivo artificial se concentra en el sector Suroeste del yacimiento, con 4 fosos excavados en roca que presentan una media de entre 3



## 16. Catálogo de los castros asturianos.

### 16.114 LA COGOCHA - CANERO - VALDÉS.

Coordenadas- HUSO UTM, 29- x- 705.839,71 m. y-4.824.157,76 m.



cubre el castro. Parece disponer de 2 fosos en la vertiente Norte, con un contrafoso intermedio de 2 m. de altura, dividiendo el primer foso de 3 m. de profundidad, respecto a la superficie original de la collada de acceso a la colina. La superficie interior del recinto de hábitat es llana, y su acceso parece sólo posible por el sector de los fosos, ya que el resto de las vertientes son de una verticalidad bastante pronunciada. No se aprecian restos constructivos o derrumbes que indiquen la existencia de murallas o bastiones defensivos. Su entorno inmediato es de mayoritario uso agrícola en El Chano.

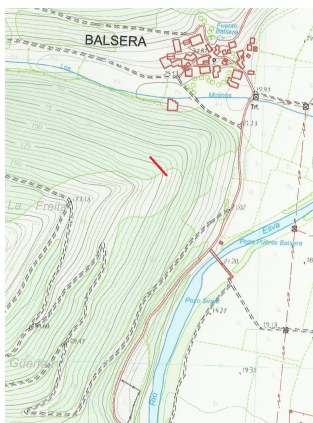
Castro de medianas dimensiones, *ca.* 80 x 50 m., ubicado sobre un promontorio en ladera, con una altitud de 87 m. y una orientación N-S. El acceso al yacimiento se realiza desde la iglesia parroquial de Canero y su cementerio, aunque tan solo es posible acceder a las defensas del poblado, debido a la enorme cantidad de maleza que



---

### 16.115 LA PORIDA - TREVÍAS - VALDÉS.

Coordenadas- HUSO UTM, 29- x- 706.960,62 m. y-4.822.357,34 m.



además por un buen uso de las defensas naturales en la mayor parte de sus vertientes, sobre todo en la Norte. Parece que en su sector oriental se localizaron, debido a la búsqueda de tesoros, diversos edificios circulares, hoy poco visibles, entre cuyas ruinas se encontró una reja de arado (Maya 1988, 63). La casi totalidad de su entorno es de mayoritario uso agrícola, con amplias tierras de calidad, junto a las vegas del Esva.

Castro de medianas dimensiones, *ca.* 60 x 60 m., ubicado a 119 m. de altitud y orientado en dirección E-W. Catalogado en 1964 por J.M. González (1976, 113), dispone de un sistema defensivo simple, estando protegida su superficie interior de hábitat, con cierta inclinación y aterrazamiento, por una sola línea de muralla de pizarra, y

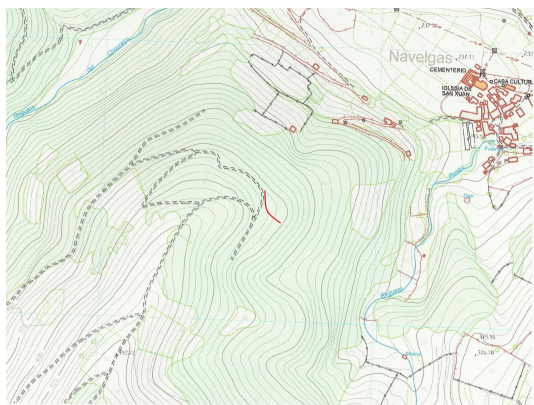


## 16. Catálogo de los castros asturianos.

---

### 16.116 EL CASTRO - ZARDAÍN - TINEO.

Coordenadas- HUSO UTM, 29- x- 697.963,26 m. y-4.807.695,72 m.



del Castro de Zandaín es hoy en día poco visible por su deterioro y por el bosque que ocupa su corona, aunque es posible advertir sus principales elementos defensivos, que constan de un único foso principal, reutilizado como camino, de 2 m. de profundidad y 6 m. de anchura en la vertiente Norte y Oeste, y una muralla o grupo de bastiones que rodeaban el recinto interior de hábitat. Su entorno es de usos económicos mixtos, anexo a la sierra ganadera de la Cerra.

Castro en espolón de pequeñas dimensiones, ca. 70 x 30 m., orientado en dirección E-W. y ubicado a 345 m. de altitud. Se accede al mismo siguiendo una carretera que parte de la localidad de Fresnedo. Fue catalogado en 1964 por J.M. González (1976, 118). Situado sobre un promontorio rocoso de escasa altura respecto a su entorno, en la ladera inferior del alto Fontano, el poblado



### 16.117 EL CASTRO - VILLATRESMIL - TINEO.

Coordenadas- HUSO UTM, 29- x- 706.800,74 m. y-4.806.629,43 m.



Castro en espolón de medianas dimensiones, ca. 70 x 40 m, ubicado a 454 m. de altitud y orientado en dirección E-W. El acceso al yacimiento se

realiza desde la Riegla, en las cercanías de Villatresmil, lugar inmediato al castro. Fue catalogado en 1973 por J.M. González (1976, 141). El poblado, de forma ovalada, está aislado en sus vertientes Norte y Sur por la verticalidad natural de las paredes de la colina, mientras que las defensas artificiales se concentran en la vaguada de acceso, la oriental, donde encontramos un único foso de 4 m. de anchura y entre 5 y 6 m. de profundidad. En lo que respecta al recinto interior del poblado, junto al foso de entrada se localizan los restos de un torreón, a los que sigue un recinto aterrazado en dos espacios a diferentes alturas, donde se pueden observar restos de muros que podrían indicarnos la presencia de murallas que compartimentarían esos espacios. Cabe advertir la conservación de un lienzo de muro de revestimiento en la pared interior del foso, de unos 20 m. de largo, el cual está excavado en la roca. Esta formula constructiva de revestimientos posiblemente fue de un uso generalizado, pero ha sido el lugar ideal para reutilizar la

## 16. Catálogo de los castros asturianos.

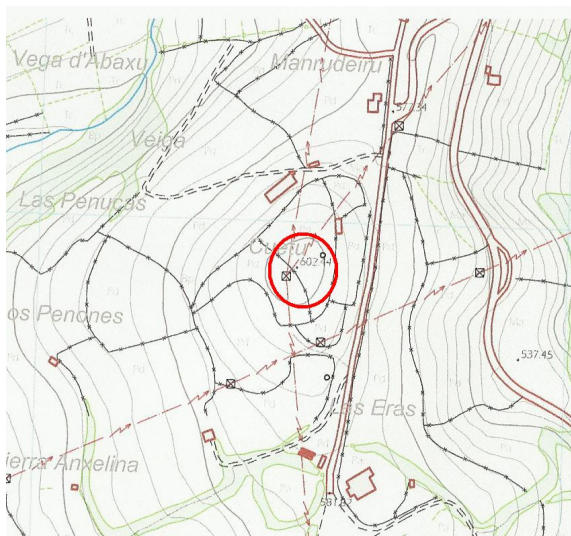
---

piedra. Observamos la base de otro revestimiento en el castro de Fozana en Siero (Fanjul 1998-99). Situado en el extremo occidental de la sierra de Bustellán, su entorno inmediato es de mayoritario uso agrícola.



### 16.118 EL CASTRO (EL PICO DEL CASTRO) - TINEO - TINEO.

Coordenadas- HUSO UTM, 29- x- 709.236,09 m. y-4.800.457,00 m.



y orientado en dirección E-W. Se accede al yacimiento desde la propia villa de Tineo, ya que el castro se encuentra entre el cementerio nuevo y la villa. El poblado es de forma circular y fue catalogado en 1963 por J.M. González (1976, 118). Apenas perceptible en la actualidad, de este lugar disponemos de referencias mitológicas y toponímicas, que apuntan a restos arqueológicos en la colina del Castro. Tan solo advertimos en nuestra visita unos suaves aterrazamientos, los cuales llegan a formar un talud, de no más de 2 m. de altura en la vertiente oriental de la colina. En el Noroeste comprobamos la existencia de otros dos leves aterrazamientos y la reutilización de un posible antiguo foso como camino actual. Su entorno inmediato es de mayoritario uso agrícola.

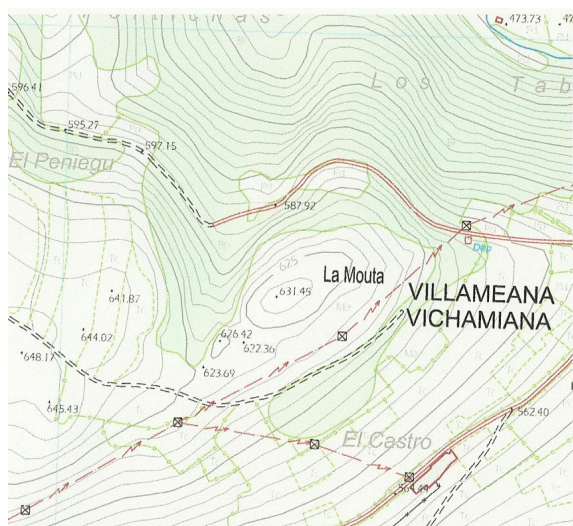
Castro sobre una loma de medianas dimensiones, ca. 80 x 50 m., ubicado a 602 m. de altitud



## 16. Catálogo de los castros asturianos.

### 16.119 LA MOUTA - VILLAMEANA- TINEO.

Coordenadas- HUSO UTM, 29- x- 699.252,10 m. y-4.796.885,94 m.



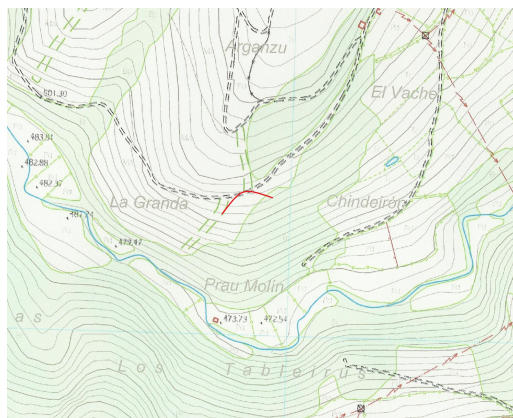
Castro de grandes dimensiones, *ca.* 130 x 90 m., ubicado a 633 m. de altitud y orientado en dirección SW-NE. Fue catalogado en 1962 por J.M. González (1976, 118). El poblado estaba situado sobre un promontorio en ladera y con forma oval.

Su sistema defensivo estaba formado por un conjunto de hasta 6 fosos, con hasta 5 contrafosos intermedios, midiendo los fosos una media de entre 8 m. de anchura y 3 m. de profundidad, parte de ellos excavados en la roca. El primero de los contrafosos, en el sector más exterior de las defensas, se encuentra tan poco deformado artificialmente que podemos hablar por sus dimensiones de un ante-castro, más que de un contrafoso común. Estas defensas protegían las vertientes Oeste y Suroeste, mientras que el resto de las vertientes estaban protegidas de forma natural, y el acceso a la “acrópolis” debía de pasar junto a un bastión o torre situada en la cabecera Suroeste, tras la cual se disponía, con una leve inclinación, el espacio de hábitat, donde no hemos observado resto constructivo alguno. De este yacimiento conocemos la existencia del hallazgo de una meta de molino, y su entorno inmediato dispone de tierras de gran calidad agrícola, en las vegas de la Fontalba.



---

**16.120 EL CUERNO EL CHOBO (LA PENA EL MOLÍN) - VILLAMEANA - TINEO.**  
Coordenadas- HUSO UTM, 29- x- 700.412,81 m. y-4.798.871,08 m.



ya única defensa artificial lo componía un foso que cortaba el acceso a la colina en la vertiente Norte, ya que el resto de las vertientes se encuentran protegidas por la verticalidad natural de sus paredes. En la parte superior de la colina la visibilidad es difícil, debido al extenso bosque de matorral que cubre ese sector, por lo que no hemos advertido restos de derrumbes procedentes de alguna torre o bastión defensivo principal. Su entorno inmediato es de mayoritario uso agrícola en las Vegas del Porciles.

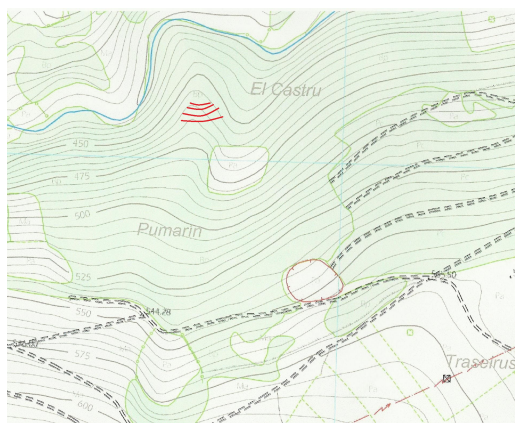
Castro de pequeñas dimensiones, *ca.* 40 x 30 m., ubicado a 570 m. de altitud y orientado en dirección N-S. Se accede al yacimiento por un camino de medio kilómetro, que parte desde Villameana. Fue catalogado en 1962 por J.M. González (1976, 118). Estamos ante un poblado de pequeñas dimensiones, de forma casi triangular, cu-



## 16. Catálogo de los castros asturianos.

### 16.121 EL PICO LOS MOROS - VALENTÍN - TINEO.

Coordenadas- HUSO UTM, 29- x- 701.196,86 m. y-4.797.453,78 m.



matorral que cubre el promontorio donde se ubica el Pico. Se pueden observar los restos de hasta 4 fosos abiertos en la roca, el segundo de ellos destruido por una pista forestal, a los que sigue el pequeño conjunto de derrumbes que anuncian la existencia de una torre defensiva. Estos elementos defensivos artificiales se ubican en la vertiente Noroeste, ya que el resto dispone de una fuerte caída natural de las laderas. Su entorno inmediato es de usos mixtos, anexo a diversas sierras de tradicional explotación ganadera.

Castro-torre, ubicado a 520 m. de altitud y orientado en dirección SE-NW. Se accede al lugar con mucha dificultad desde Berdulés, a partir de donde hay que seguir, campo a través, en dirección Norte. Fue catalogado en 1962 por J.M. González (1976, 118). Hoy en día la visibilidad es realmente difícil, debido a la enorme cantidad de



---

### 16.122 EL CASTILLO DE MANXELÓN - NARAVAL - TINEO.

Coordenadas- HUSO UTM, 29- x- 699.574,20 m. y-4.811.915,30 m.



Castro de medianas dimensiones, ca. 70 x 40 m., ubicado a 380 m. de altitud y orientado en

dirección NE-SW. Se accede al yacimiento con dificultad, a través de una pista que surge en el kilómetro 19 de la carretera, entre Naraval dirección Aristebano. Fue catalogado en 1964 por J.M. González (1976, 118). El antiguo poblado se sitúa sobre un promontorio en ladera, con una pendiente de grandes dimensiones en todas sus vertientes, con excepción de la de acceso, la Sureste, donde se concentran las defensas artificiales, formadas por 2 fosos que rodean casi toda la corona de la colina, midiendo el primero de los fosos 4 m. de ancho por otros 4 m. de profundidad, el segundo foso 2 m. de anchura y 5 m. de profundidad, y disponiendo de un contrafoso intermedio de unos 1,5 m. de altura según el sector. Parece que existió una muralla que rodeaba el recinto, y disponemos de noticias que indican la existencia de restos de viviendas visibles hace unas décadas (Fernández Ochoa 1982). Parte del recinto interior fue aplanado con palas excavadoras por repoblación forestal, y existen otras referencias que, desde el siglo XIX, apuntan

## 16. Catálogo de los castros asturianos.

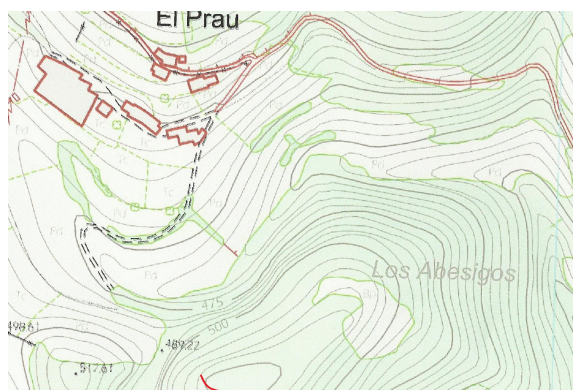
---

el hallazgo en el lugar de un tesorillo de monedas (Madóz 1985, 250): *c* “*Habrá unos 10 años se hallaron dos ollas con monedas de cobre y algunas de mala plata, con los bustos de los gobernadores romanos, y en el reverso jeroglíficos y figuras de senador, de las diosas Astrea, Ceres, Minerva, etc.*”. Dispone de un gran control visual del valle de Naraval, así como de un entorno inmediato con usos económicos mixtos.



### 16.123 LAS TORRES (LOS CASTROS) - RIOCASTIELLO - TINEO.

Coordenadas- HUSO UTM, 29- x- 697.784,11 m. y-4.803.120,43 m.



Castro de grandes dimensiones, ca. 170 x 50 m., ubicado a 529 m. de altitud y orientado en dirección NE-SW. Se accede al yacimiento desde el mismo Riocastiello. Fue catalogado en 1964 por J.M. González (1976, 118). El poblado se sitúa sobre un promontorio en espolón, protegido en tres de sus vertientes por fuertes caídas natura-

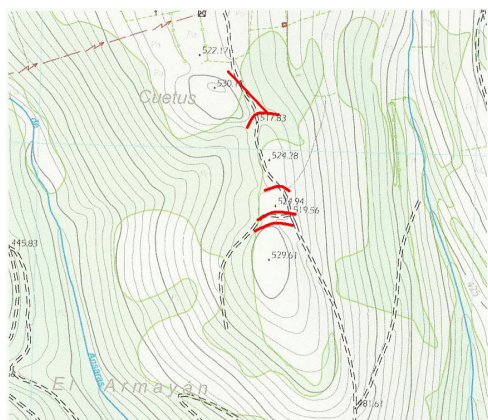
les a los arroyos de Rebollera y Bárcena, mientras que en la vertiente de acceso, la Noreste, primero hallábamos un foso de dimensiones sin precisar en la actualidad ya que fue usado como cantera hasta años recientes, al que seguían hasta 2 líneas de murallas en dirección al espacio de hábitat. No hemos observado en el espacio de hábitat restos de viviendas, aunque sí se advierten numerosos bloques de derrumbes dispersos por todo el recinto. Disponemos de noticias de hallazgos que citan la aparición en el castro de *“empuñaduras de sable, dos becerros de bronce, una cadena de oro y dos hachas de bronce”* (Madoz 1861, 138), así como noticias sobre aparición de monedas y cerámicas romanas (Fernández Ochoa 1982, 43). Su entorno inmediato es de mayoritario uso agrícola, anexo a las vegas del Rebollosa.



## 16. Catálogo de los castros asturianos.

### 16.124 EL CASTRÓN - BARREDO - TINEO.

Coordenadas- HUSO UTM, 29- x- 706.759,53 m. y-4.798.871,08 m.



chillos y molinos. Le sigue una superficie de 120 m. de longitud de uso desconocido, y termina en un conjunto de 3 fosos y 2 contrafosos intermedios, que dan paso al sector más protegido del poblado, sobre una colina de 10 m. de altura respecto a su base, de unos 100 m. de largo por 40 m. de ancho. Excepto la vertiente de acceso, las restantes quedan cubiertas por grandes escarpes naturales de una gran inclinación. Su entorno inmediato es de mayoritarios usos agrícolas, con posibilidad de usos mixtos anexo a las sierras ganaderas de San Antonio.

Castro de grandes dimensiones, *ca.* 180 x 80 m., orientado en dirección NW-SE y ubicado a 530 m. de altitud. Se accede al lugar siguiendo una pista forestal desde Barredo. Fue catalogado en 1962 por J.M. González (1976, 118). En el antecastro se observan restos de un torreón, donde los vecinos dicen haber encontrado restos de cu-



---

### 16.125 EL CASTILLO - VENEIRO - TINEO.

Coordenadas- HUSO UTM, 29- x- 704.108,44 m. y-4.809.937,51 m.



les protegen la totalidad de la parte superior de la colina, con más intensidad en las vertientes Norte y Este, así como un amplio foso en el sector Sureste de 12 m. de anchura y 7 m. de profundidad. Este yacimiento es conocido por la existencia de hasta cinco módulos de muralla visibles, entre los cuales se localiza un canalillo de desagüe. Su entorno inmediato es de gran calidad agrícola, sobre las vegas del Navelgas.

Castro de pequeñas dimensiones, *ca.* 50 x 45 m., ubicado a 300 m. de altitud y orientado en dirección NW-SE. Desde las mismas caserías de Veneiro se accede con facilidad al yacimiento, a 200 m. de distancia. Fue catalogado en 1973 por J.M. González (1976, 142). Situado a modo de corona sobre un promontorio, las defensas artifica-

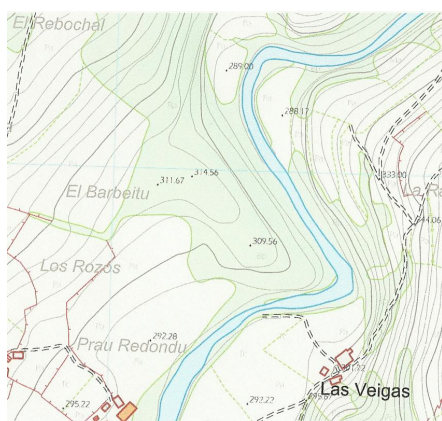


## 16. Catálogo de los castros asturianos.

---

### 16.126 EL CASTILLO DE LOS MOROS - AGÜERA DE CARRILES - TINEO.

Coordenadas- HUSO UTM, 29- x- 703.645,33 m. y-4.793.422,22 m.



la toponimia obliga a una primera catalogación, a la espera de futuras excavaciones. El único foso, de 1,5 m. de profundidad y unos 4 m. de anchura, está poco acentuado, tras el cual, comienza un extenso bosque de coníferas, cuya reforestación seguramente ha afectado al yacimiento, y donde el matorral bajo no deja ver posibles derrumbes en la cima de la colina. El entorno inmediato es de mayoritario uso ganadero.

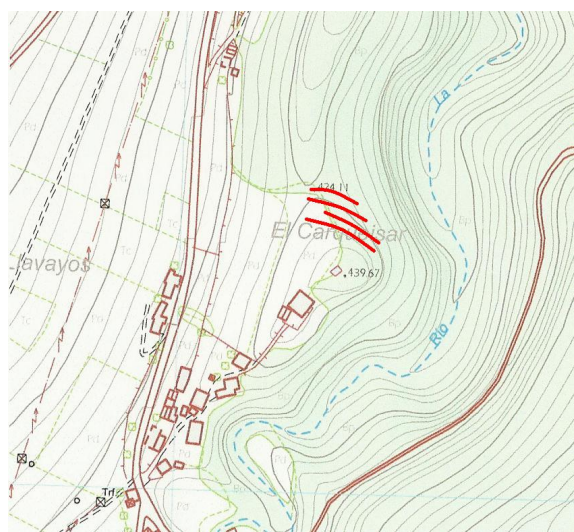
Castro de pequeñas dimensiones a 309 m. de altura, *ca.* 50 x 30 m. y orientado en dirección NE-SW. Se accede al lugar, monte a través, partiendo del palacio de Rozadiella. Fue catalogado en 1966 por J.M. González (1976, 118). Situado en un promontorio en corona, y de pequeña elevación, tanto la existencia de un foso, así como



---

### 16.127 EL CASTIECHU (EL CASTRO) - LUCIERNAS - TINEO.

Coordenadas- HUSO UTM, 29- x- 702.138,31 m. y-4.804.768,36 m.



Castro de grandes dimensiones, *ca.* 120 x 80 m., ubicado a 447 m. de altitud y orientado en dirección N-S. Se accede al lugar con facilidad desde

el mismo pueblo de Luciernas. Fue catalogado en 1964 por J.M. González (1976, 118). El castro dispone, como defensas artificiales, de un conjunto de 4 fosos excavados en la roca, con sus correspondientes contrafosos en la vertiente Norte, algunos de las cuales alcanzan unas proporciones enormes, propias de un antecastro. Se observa variedad en las formas de los fosos, cuyas dimensiones rondan los 5 o 6 m. de profundidad, a excepción del más exterior, que no pasa de los 3 m. El recinto interior, de forma ovalada, dispone de varios conjuntos de derrumbes, que en algunos casos anuncian la existencia de un bastión y muralla defensivos, y en el resto nos indican la presencia de estructuras de habitación, en la vertiente Este, una de las cuales ha quedado visible en buena parte de su base. Tanto las vertientes Sur, Este y Oeste están protegidas por una caída natural de las paredes de la colina que hacen de protección complementaria a las defensas artificiales. Hemos observado igualmente la existencia de un posible pasillo ex-

## 16. Catálogo de los castros asturianos.

---

cavado en la roca, en el recinto de hábitat de la vertiente Oeste, y que podría corresponder al tipo de entrada utilizada. De gran control visual sobre el valle del Bárcena, su entorno inmediato es de mayoritario uso agrícola.



---

### 16.128 EL CASTRO (PICO RENDIÓN) - TRUÉBANO - TINEO.

Coordenadas- HUSO UTM, 29- x- 711.387,87 m. y-4.800.254,92 m.



contramos un único foso después de atravesar una vaguada de acceso que hace de foso natural. Formando ambas estructuras un contrafoso intermedio que hay que atravesar, llegamos a la pequeña corona del recinto fortificado, la cual dispone de un par de aterrazamientos de su vertiente Noroeste, estando el resto de laderas protegidas de forma natural. En la actualidad una explotación minera de carbón ha afectado al yacimiento en algunos de sus puntos exteriores. Su entorno inmediato es de mayoritario uso agrícola en Truébano.

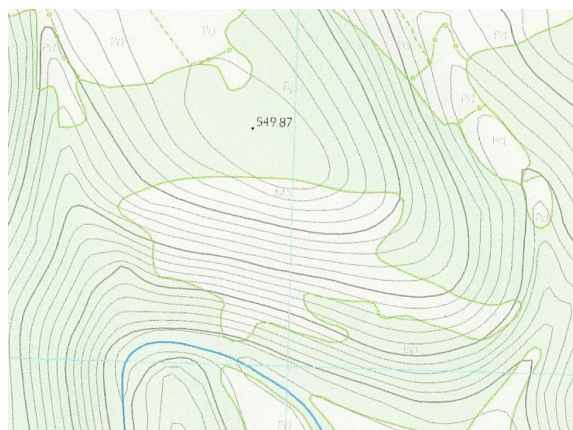
Castro de pequeñas dimensiones, *ca.* 45 x 30 m., ubicado a 539 m. de altitud y con orientación SE-NW. Se accede al lugar siguiendo el camino de la explotación de Truébano, que conduce directamente al castro. El antiguo poblado se situaba sobre un promontorio en espolón, protegido de forma artificial por el sector Sureste, donde en-



## 16. Catálogo de los castros asturianos.

### 16.129 EL CASTRO - FRESNO - TINEO.

Coordenadas- HUSO UTM, 29- x- 699.965,54 m. y-4.800.686,74 m.



Castro de medianas dimensiones, *ca.* 70 x 40 m., ubicado a 552 m. de altitud y con orientación en dirección NW-SE. Se accede al lugar con facilidad, desde la misma localidad de Fresno a 400 m. El poblado se situaba en forma de espolón, con las defensas artificiales en la vertiente Noroeste, y el

resto de las laderas defendidas de forma natural. Estas defensas artificiales constan de hasta 4 fosos de diferentes dimensiones:

- Primer foso (exterior): 5 m. de anchura y 1'5 m. de profundidad.
- Segundo foso: 4 m. de anchura y 4 m. de profundidad.
- Tercer foso: 2 m. de anchura y 2 m. de profundidad.
- Cuarto foso: 3 m. de anchura y 5 m. de profundidad.

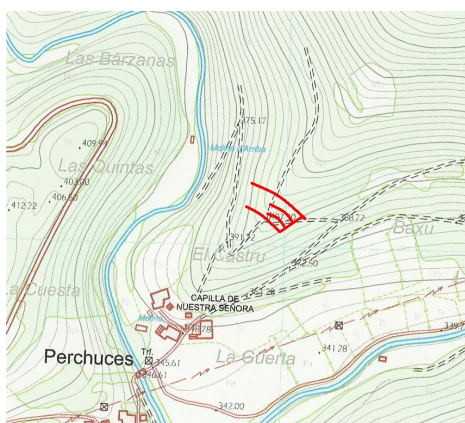
Los tres contrafosos intermedios tienen una media de 3 m. de altura. Dispone de un entorno inmediato de mayoritarios usos agrícolas.



---

### 16.130 EL PICO SAN ROQUE - PERLUCES - TINEO.

Coordenadas- HUSO UTM, 29- x- 703.736,32 m. y-4.797.120,04 m.



protegido en la mayor parte de sus vertientes por el curso del río y la caída de las paredes del promontorio. En el sector Oeste localizamos un conjunto de defensas artificiales, con 4 fosos y sus respectivos contrafosos intermedios de apenas 1 m. de altura, que al estar unidos en uno de sus extremos entre sí, forman un pasillo atrincherado de entrada hacia el poblado. Hoy en día parte del sistema defensivo es poco visible y está bastante desfigurado (González 1978, 214), mientras que su entorno inmediato corresponde a mayoritario uso agrícola.

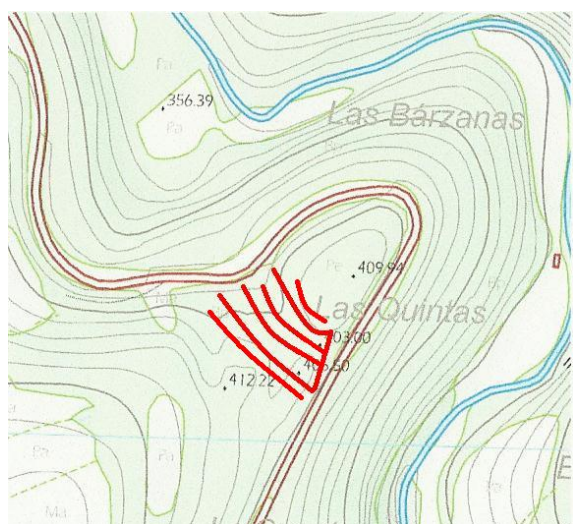
Castro de medianas dimensiones, *ca.* 140 x 50 m., ubicado a 399 m. de altitud y orientado en dirección E-W. Se accede al yacimiento desde la carretera Tineo-Pola de Allande, la cual, entre los kilómetros 17 y 18, corta parte del castro. Fue catalogado en 1964 por J. M. González (1976, 118). El poblado estaba situado en forma de espolón,



## 16. Catálogo de los castros asturianos.

### 16.131 EL CASTRO - PERLUCES - TINEO.

Coordenadas- HUSO UTM, 29- x- 703.992,95 m. y-4.797.044,44 m.



Castro de medianas dimensiones, ca. 90 x 30 m., ubicado a 409 m. de altitud y orientado en dirección NE-SW. Se accede al mismo desde el Pe-

ligro, de donde parte una pista de unos 2 km. que conduce hacia al castro. Fue catalogado en 1962 por J.M. González (1976, 118). El poblado estaba situado sobre un crestón rocoso, hoy cubierto de bosque, donde podemos observar, como algunas de las vertientes, Oeste y Sur, se cubren de forma natural por la altura de las paredes de la colina y como las defensas artificiales se concentran en el lado Noroeste, desde donde descienden hacia el Este. Esas defensas artificiales están constituidas por un conjunto de hasta 6 fosos, con 3 m. de anchura y 2 m. de profundidad los dos más exteriores, 2 m. de anchura y 3 m. de profundidad, los intermedios, y 3 m. de anchura y hasta 7 m. de profundidad, los más cercanos al recinto interior del poblado. Los contrafosos intermedios varían en dimensiones y algunos de ellos superan los 5 m. de anchura y 4 m. de altura. A continuación, nos encontramos con los restos de una muralla o bastión defensivo, a la que podría seguir una segunda línea amurallada en un sector más interior



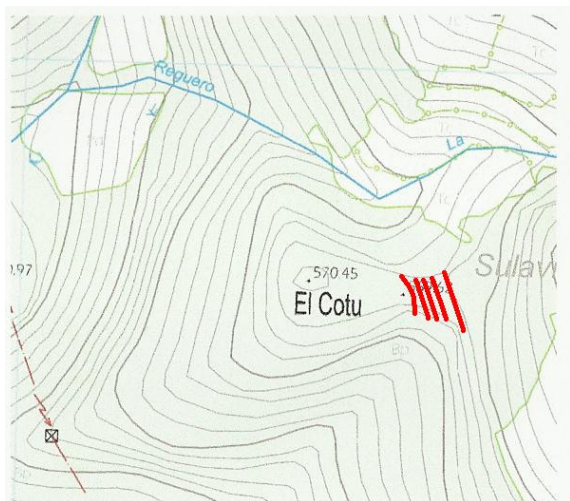
---

del poblado. Conocemos la existencia de una pesa de telar realizada en arenisca, de forma trapezoidal y con incisiones lineales (Camino y Viniegra 1990). Su entorno inmediato es de mayoritario uso agrícola, en pleno interfluvio del valle de Vegarredonda.

## 16. Catálogo de los castros asturianos.

### 16.132 EL CASTRO (EL PALACIO) - FIGUERAS - ALLANDE.

Coordenadas- HUSO UTM, 29- x- 696.220,04 m. y-4.791.859,75 m.



Promontorio en espolón a 575 m. de altitud de medianas dimensiones, *ca.* 70 x 60 m., al que se accede siguiendo un camino de 300 m. de largo que parte desde la misma población de Figueras.

Fue catalogado en 1962 por J. M. González (1976, 106). Tres de las vertientes de este yacimiento, con forma alargada, están protegidas de forma natural, como la Sur y Norte, que disponen de sendos regueros en su base, y la Oeste, con una caída natural de más de 100 m. al río Nirón. Es por tanto en la vertiente Este donde se concentran las defensas artificiales, formadas por hasta 5 fosos con sus respectivos contrafosos. Las dimensiones de estos fosos varían entre los 6 m. de anchura y 5 m. de profundidad en el primero o exterior, hasta los 3 m. de anchura y 2 m. de profundidad de los tres fosos intermedios. El foso más interior, sin disponer de una gran anchura, 4 m., tiene una profundidad de hasta 8 m. Existen restos de una construcción en uno de los aterrazamientos que el sector interior del poblado tiene en la vertiente Oeste, y respecto a algunos hallazgos de tipo material, existen varias referencias al hallazgo de una lápida localizada en sus cercanías, dedicada a los lares viales (Somoza 1908, 208). Se cita igualmente varios ha-

---

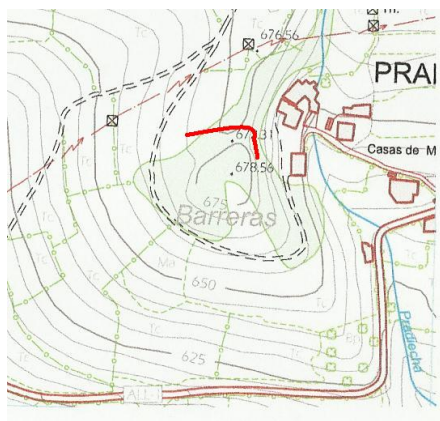
llazgos de molinos y fragmentos de sigillata romana (Maya 1988, 51-52). En el entorno del castro localizamos los restos de una explotación minera aurífera, conocida como de Figueras, y que pese a la mala visibilidad actual, parece que fue utilizada en parte para la construcción, mediante técnicas mineras, de alguno de los fosos del yacimiento. Su entorno inmediato es de mayoritario uso agrícola en la Vega del Pola.



## 16. Catálogo de los castros asturianos.

### 16.133 EL CASTIECHU - PRADIELLA - ALLANDE.

Coordenadas- HUSO UTM, 29- x- 693.306,81 m. y-4.790.215,18 m.



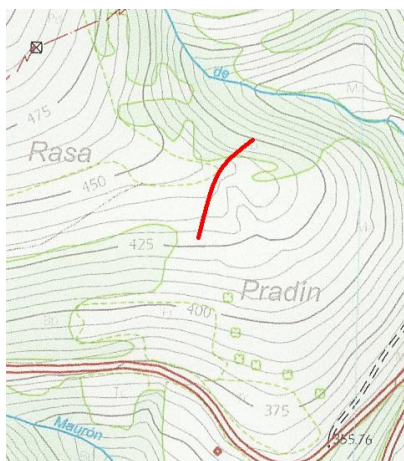
ta una gran cantidad de transformaciones por el uso agrícola del espacio, sobre todo en lo que respecta a la colmatación de sus fosos. Las defensas artificiales se encuentran en el sector Sureste, formadas por un foso de 3 m. de ancho por 7 m. de profundidad, y con un contrafoso inicial a modo de talud. En el sector Noroeste del castro localizamos un gran conjunto de derrumbes, que podrían corresponder a los restos de una estructura de habitación. Su entorno inmediato es de mayoritario uso agrícola en las terrazas del Prada.

Castro de medianas dimensiones, *ca.* 70 x 50 m., al que se accede desde la carretera que lleva a Pradiella, la cual pasa junto al mismo yacimiento, a 677 m. Fue catalogado en 1962 por J.M. González (1976, 106). El poblado, orientado en dirección NW-SE., está ubicado sobre un espolón alargado y en la actualidad su superficie presen-



### 16.134 CASTRO PIQUEIROS - TREMADO - ALLANDE.

Coordenadas- HUSO UTM, 29- x- 679.693,16 m. y- 4.782.228,03 m.



Castro en ladera de medianas dimensiones, *ca.* 100 x 40 m., ubicado a 440 m. de altitud y a 300 m. de la localidad de Tremado, desde donde se accede al yacimiento por un camino al Norte del pueblo. Fue catalogado en 1973 por J.M. González (1976, 137). Ocupado hoy en día por una gran exten-

sión de matorral, el poblado de Castro Piqueiros es de forma ovalada, con un comienzo de su recinto interior en punta, debido a su construcción mediante técnicas mineras de excavación en roca (Sánchez-Palencia y Suárez 1985, 239). Las grandes dimensiones del único foso que hemos podido observar, 20 m. de anchura en la boca por 7 m. de profundidad, al que se sumaría un posible segundo foso, hoy de muy difícil observación, de apenas 2 m. de anchura por 1,5 m. de profundidad, situado en el sector más exterior de las defensas, hacen pensar en la utilización del foso como canal minero, ya que éste es rectilíneo y se extiende durante una extensa distancia, después de cubrir la cabecera de acceso al poblado. El recinto interior es predominantemente llano, y se llega al mismo siguiendo un sector del foso de escasa profundidad. Su entorno inmediato es de mayoritario uso agrícola en el valle del río del oro.



## 16. Catálogo de los castros asturianos.

### 16.135 EL CASTRO - SAN MARTÍN DE VALLEDOR - ALLANDE.

Coordenadas- HUSO UTM, 29- x- 680.849,76 m. y-4.783.187,03 m.



Castro alargado de medianas dimensiones, ca. 70 x 35 m., ubicado a 484 m. de altitud y con una orientación principal SW-NE. Se accede al lugar

desde la localidad del Desvío y hoy en día el yacimiento se encuentra con matorral, varias excavaciones clandestinas y con alguno de sus fosos colmatado casi en su totalidad. Fue catalogado en 1962 por J.M. González (1976, 106). Al igual que en el caso anterior, la peculiaridad principal de este yacimiento es su estructura defensiva, ya que está formada por un conjunto de canales mineros, los cuales se aprovechan, en una parte mínima, como defensa (González 1978, 168). El recinto de hábitat dispone de restos de muralla o bastiones en sus dos cabeceras, vigilando un acceso desde el Suroeste, que debía salvar 3 líneas de fosos con 2 contrafosos centrales. El primer foso, o exterior, mide unos 3 m. de ancho por 4 m. de profundidad, mientras que desciende en potencia en los dos fosos centrales, hasta llegar al último foso que, como suele ser habitual, es el de mayor calidad, con unas medidas de 4 m. de anchura por otros 4 m. de profundidad. El castro se sitúa a modo de promontorio en ladera, y podemos observar como parte de



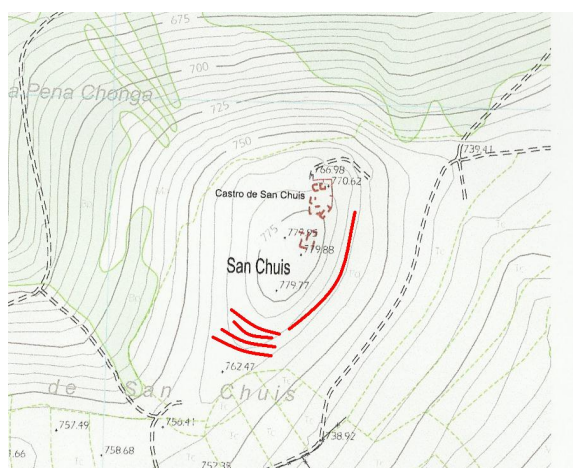
---

uno de los canales mineros que hacen de foso surge de un reguero cercano, el lugar de donde habrían aprovechado el agua como energía en su construcción. Su entorno inmediato es de mayoritario uso agrícola en el valle del río del oro.

## 16. Catálogo de los castros asturianos.

### 16.136 EL PICO SAN CHUIS - SAN MARTÍN - ALLANDE.

Coordenadas- HUSO UTM, 29- x- 695.549,53 m. y-4.789.598,30 m.



Castro de grandes dimensiones, *ca.* 120 x 120 m., a 781 m. de altitud con orientación en dirección N-S. Estudiado por F. Jordá (1962) en las décadas de los 60 y 80, durante su excavación se exhumaron un conjunto de estructuras de vivienda y restos de la muralla de módulos. El poblado dispone, junto a la citada muralla, de un conjunto

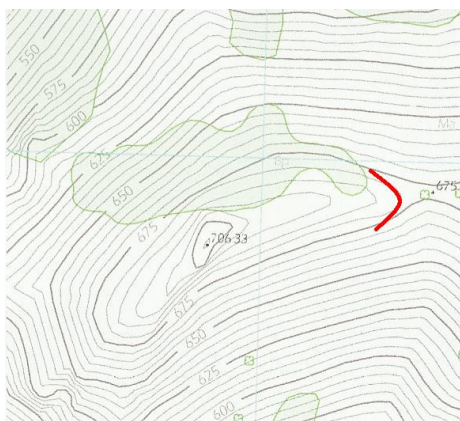
defensivo multivallado de 4 fosos en sus vertientes Sur y Suroeste, con algún elemento disperso en el Noreste, mientras que el resto de sus vertientes están protegidas por una pendiente natural, más pronunciada en su sector Noroeste. Actualmente puede observarse como las líneas de defensas dejan una especie de pasillo intermedio que recorre el sistema de fosos y contrafosos en sus líneas 2, 3 y 4, mientras que la primera línea, la ubicada en la parte más exterior de las defensas, está completamente cerrada, lo que pensamos cubría una entrada interior que obligaba a recorrer la casi totalidad de su cara interna. Las dimensiones de estos elementos en la actualidad apenas superan los 2 m. de profundidad y 2 m. de altura, dependiendo del tipo de estructura al que nos referimos, y esto es debido seguramente a un continuo proceso de erosión. Su entorno inmediato es de uso mixto, anexo a las terrazas en ladera de gran calidad agrícola de Celón.



---

### 16.137 EL PICO EL CASTRO - ARBEYALES - ALLANDE.

Coordenadas- HUSO UTM, 29- x- 684.489,15 m. y-4.794.468,15 m.



de defensa, a excepción de la oriental, donde encontramos las defensas artificiales, compuestas de un simple foso de unos 4 m. de profundidad y 5 m. de anchura, así como de un antecastro al comienzo de la vaguada de acceso al promontorio. No hemos conseguido identificar estructuras, aunque sí hemos comprobado la existencia de un extenso conjunto de derrumbes, característicos de una muralla. Su entorno inmediato es de usos mixtos, anexo al profundo valle del Arbeyales.

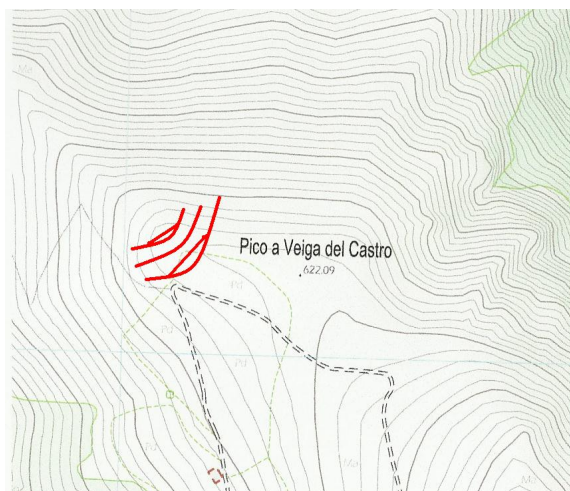
Castro de medianas dimensiones, *ca.* 70 x 40 m., en forma de promontorio en ladera, al que se llega desde el pueblo abandonado de Arbeyales, siguiendo una pista que parte al Sur de la localidad. Con una orientación en dirección NW-SE. y ubicado a 705 m. de altura, la totalidad de la colina está rodeada de pendientes naturales que hacen



## 16. Catálogo de los castros asturianos.

### 16.138 EL CASTIECHO - CARCEDO - ALLANDE.

Coordenadas- HUSO UTM, 29- x- 684.266,53 m. y-4.793.555,75 m.



Castro en espolón de pequeñas dimensiones, ca. 35 x 28 m., con las características propias de un castro-torre con sistema defensivo multivallado. El yacimiento se encuentra ubicado a 622 m.

de altitud, orientado en dirección N-S. El pequeño recinto ovalado de hábitat, donde localizamos conjuntos de derrumbes propios de una estructura en forma de torre o bastión, se encuentra protegido de forma natural en sus sectores Este, Oeste y Norte, por la verticalidad natural de las pendientes de la colina, mientras que en el sector Sur observamos un sistema defensivo artificial compuesto por un conjunto de 5 fosos, con sus correspondientes contrafosos. El primero de los fosos, al igual que en tantos otros casos, no destaca por su profundidad, 1 m., sino por su anchura, 4 m., mientras que en los casos intermedios nos encontramos con unas cifras similares de 3 m. de anchura por 2 m. de profundidad. Finalmente, el foso de acceso al recinto de hábitat es el más grande, con 5 m. de ancho por 3 m. de profundidad. La original disposición de los fosos, en forma de triángulos cerrados en “A”, es idéntica, aunque en este caso de mayor potencia y número de estructuras, a la de los castros del Campón del Oli-



---

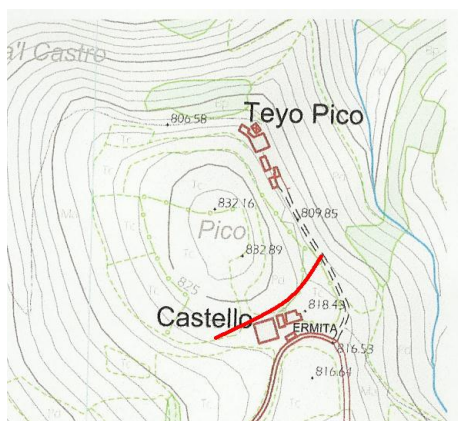
var en Villaviciosa y el Cutu la Pila en Oviedo. Recordemos que el yacimiento del Campón dispone exclusivamente de niveles de ocupación de la Edad del Hierro (Camino 1997). La colmatación de los fosos centrales, excavados en la roca, un caso repetitivo en los castros del occidente asturiano, podría responder a que debido a su construcción con técnicas mineras y la dirección de la fuerza del agua, estos canales, contruidos en un 90 % en pizarras, sufren con el tiempo una erosión continuada de ese mismo agua que, en un nivel muy inferior al original, sigue circulando por los canales, y por lo tanto quiebra más asiduamente el material geológico sobre el que transcurre. En la pendiente Noroeste, los vecinos apreciaban la existencia de construcciones circulares, cuando el terreno estaba deforestado por los incendios, pero, hoy en día, ese sector se hace impracticable pese al atractivo de la referencia oral. Su entorno inmediato es de mayoritarios usos agrícolas (valle del Arganza).

## 16. Catálogo de los castros asturianos.

---

### 16.139 EL PICO CASTIELLO - BERDUCEDO - ALLANDE.

Coordenadas- HUSO UTM, 29- x-680.496,55 m. y-4.789.254,34 m.



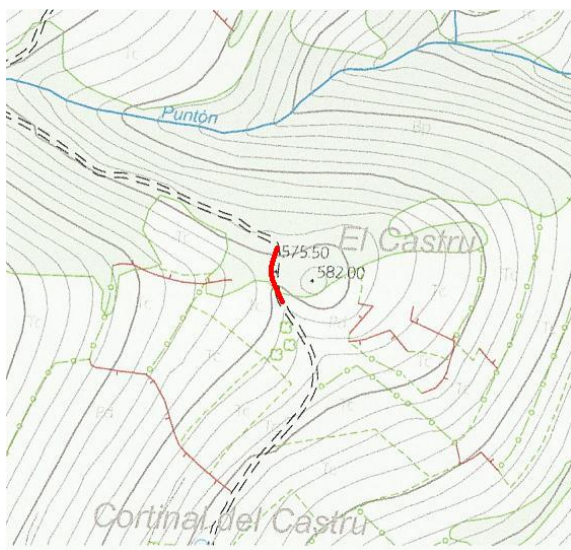
artificial mediante dos aterrazamientos amurallados, que forman sendos espacios llanos de hábitat (González 1978, 217). El hallazgo por excelencia de este castro es la arracada áurea que estudiaron González y Joaquín Manzanares (1959). Su entorno inmediato es de usos mixtos, tanto agrícolas como ganaderos, en la sierra de Berducedo.

Castro en corona de medianas dimensiones y forma circular, situado a 836 m. de altitud, y orientado en dirección SE-NW. Fue catalogado en 1962 por J.M. González (1976, 106). Dos de sus vertientes quedan protegidas por la caída natural de sus paredes, la Sureste y la Norte, mientras que el resto del recinto se protege de forma



#### 16.140 EL CASTRO - ADRALES - CANGAS DEL NARCEA.

Coordenadas- HUSO UTM, 29- x- 697.786,74 m. y-4.781.818,38 m.



ción E-W., al Noroeste del pueblo de Llano, a 582 m. de altitud. Fue catalogado en 1963 por J. M. González (1976, 108). De forma ovalada, y medianas dimensiones, *ca.* 70 x 40 m., dispone de un solo foso de unos 4 m. de profundidad y 3 m. de ancho, en la vertiente de acceso al poblado, la Oeste, mientras que el resto de las laderas están perfectamente protegidas por la verticalidad natural de las mismas. En la zona situada sobre el foso de acceso nos encontramos con gran cantidad de derrumbes de pizarra, de un torreón o bastión defensivo, aunque la gran cantidad de vegetación, principalmente matorral bajo, nos impide un reconocimiento más amplio de la superficie de hábitat. J.L. Maya (1988, 35) cita la aparición de un molino circular, mientras que su entorno geográfico inmediato es de mayoritario uso agrícola en las Vegas de Cuera.

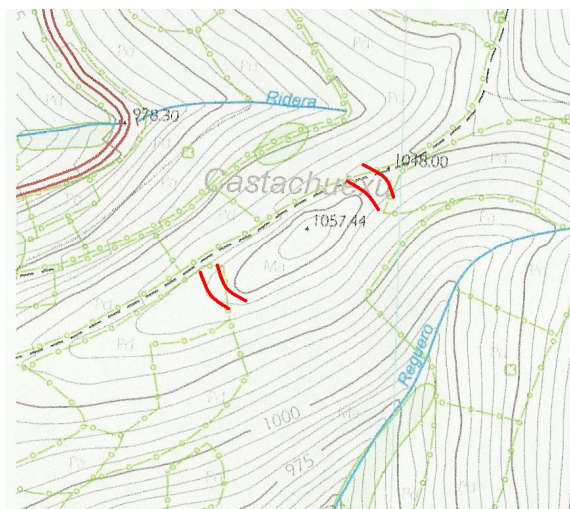
Castro ubicado sobre un pequeño promontorio que domina el río Narcea, orientado en direc-



## 16. Catálogo de los castros asturianos.

### 16.141 LOS CASTROS - RIDERA - CANGAS DEL NARCEA.

Coordenadas- HUSO UTM, 29- x- 711.678,80 m. y- 4.782.709,60 m.



El importante yacimiento de Los Castros, a 1055 m. de altitud, se encuentra sobre la localidad de Ridera, desde la que se accede fácilmente

te al castro. De grandes dimensiones, *ca.* 180 x 50 m., y orientación SW-NE., el poblado tiene forma alargada y está ubicado a modo de corona, disponiendo de un enorme control visual sobre la totalidad del valle de los Cadavales, afluente del Narcea. Citado por Camino (1995), aparte de sus considerables dimensiones, hemos de tener en cuenta la importancia de su sistema defensivo, situado a ambos lados del castro, y formado por 2 fosos en cada vertiente, acompañados por el mismo número de contrafosos. Las dimensiones de alguno de estos contrafosos son realmente considerables, con más de 15 m. de anchura y 7 m. de alto, mientras que los fosos disponen de una media de 5 m. de profundidad, los más cercanos al yacimiento, y entre 3 y 4 m., los más alejados. Sobre la alargada zona de hábitat, se aprovecha un espolón rocoso como magnífica atalaya natural que vigila el acceso al poblado desde los fosos, complementando la defensa con algún tipo de bastión o torre, tal como muestra la gran cantidad de



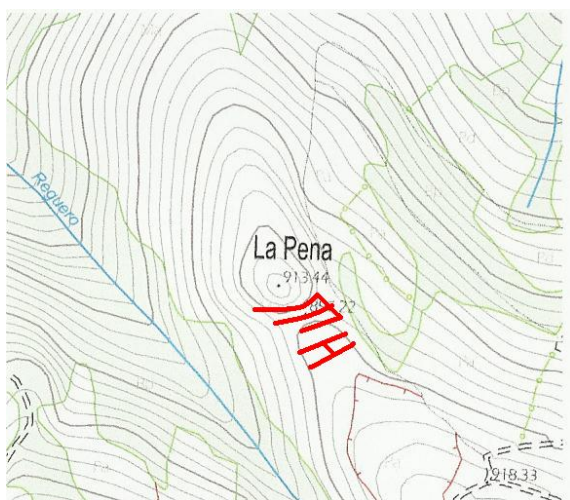
---

derrumbes que se observan coronando la cabecera. A 400 m. al Norte del castro se localiza una explotación minera denominada el Carcavón. Su entorno inmediato es de usos mixtos.

## 16. Catálogo de los castros asturianos.

### 16.142 LA PENA EL CASTIECHU - OTARDEXU - CANGAS DEL NARCEA.

Coordenadas- HUSO UTM, 29- x- 704.546,03 m. y- 4.768.720,34 m.



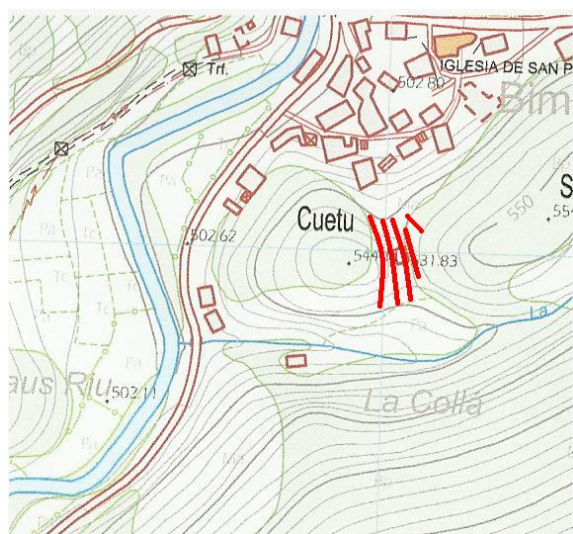
Espolón rocoso de grandes dimensiones, ca. 120 x 40 m., que vigila desde sus 913 m. de altitud y orientación SE-NW., la totalidad del tramo medio del valle del río Naviego. Pese a la amplia

vegetación que nos impide un reconocimiento a fondo del número de fosos y sus dimensiones, hemos observado un gran sistema defensivo multivallado, formado por hasta 5 fosos y 5 contrafosos. El acceso a este sistema, que va a dar a la zona de hábitat, parte de uno de los fosos, el cual atraviesa por la mitad un contrafoso inicial, que queda así partido en dos, y que nos hará pasar desde ese momento, a una sucesiva secuencia de foso y contrafoso en paralelo, hasta llegar a la colina que alberga el antiguo área de hábitat. No son las dimensiones de los fosos y contrafosos de especial mención, pues disponen de una media entre 2 y 4 m. de profundidad y forma en V, pero sí el hecho de haber sido, al menos los fosos, trabajados en la roca natural. El resto de las vertientes están defendidas por escarpes naturales. Su entorno inmediato es de mayoritario uso ganadero.



### 16.143 EL TESU LA COCHADA - BIMEDA - CANGAS DEL NARCEA.

Coordenadas- HUSO UTM, 29- x- 701.093,02 m. y- 4.774.024,55 m.



Castro ubicado sobre el mismo pueblo de Bimeda, en espolón sobre el río Naviego, a 544 m. de altitud y con una orientación E-W. El antiguo

poblado tiene forma alargada y es de pequeñas dimensiones, *ca.* 50 x 50 m., ocupando la superficie destinada a defensas un espacio tres veces mayor que el destinado al hábitat, lo que nos induce a pensar que estamos ante una posible castro-torre. Es en el sector oriental de la colina donde se concentran las defensas, ya que el resto de las vertientes son defendidas por la verticalidad de sus paredes. El sistema defensivo se basa en una secuencia paralela de fosos y contrafosos, de modestas dimensiones en la zona más alejada del poblado, y que van acrecentándose en importancia a medida que nos acercamos a la zona de hábitat. La erosión nos confunde en lo que respecta al primero de los cuatro fosos, y desconocemos si el camino que pasa por allí es un foso reutilizado, o estamos ante una infraestructura moderna realizada fuera de las defensas originales del yacimiento. Del Tesu proviene un tesoro de monedas romanas del siglo IV d. C. (Fernández Ochoa 1982, 44) Justo antes de llegar a ese sector, uno de los contrafosos

## 16. Catálogo de los castros asturianos.

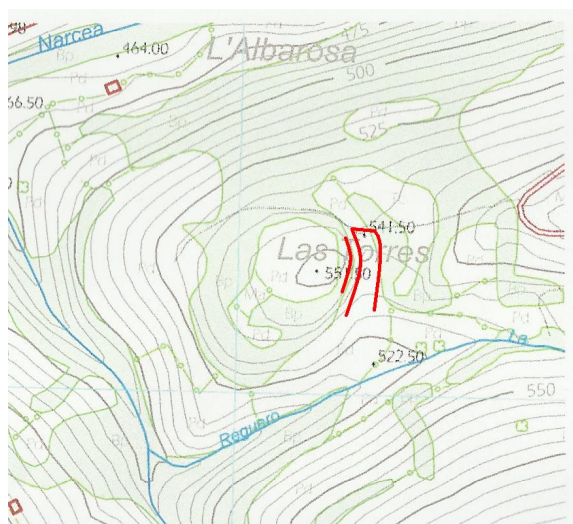
---

forma, debido a la magnitud de sus dimensiones, un antecastro de unos 30 m. de largo y casi 10 m. de altura, seguido de un foso monumental de 30 m. de anchura y 10 m. de profundidad, al que sigue de forma inmediata el recinto fortificado. El castro dispone de un canal de abastecimiento de agua, del que hoy se conservan en perfecto estado casi una decena de metros, junto al desmonte de la carretera. Su entorno inmediato es de mayoritario uso agrícola en las Vegas de Bimeda.



#### 16.144 LAS TORRES - VEGA DE CASTRO - CANGAS DEL NARCEA.

Coordenadas- HUSO UTM, 29- x- 696.038,07 m. y- 4.774.584,92 m.



Estamos ante un poblado fortificado de pequeñas dimensiones, *ca.* 50 x 50 m., ubicado entre el río Narcea y el arroyo del Valliñón, a 551 m. de altitud y con orientación principal E-W. Se acce-

de al yacimiento desde la ermita de San Antonio, que hay situada junto a Vega de Castro. El camino de acceso en la actualidad corta parte del sistema defensivo del yacimiento. Fue catalogado en 1966 por J.M. González (1976, 108). Dispone de un sistema defensivo complejo, concentrado en la vertiente oriental, formado por 3 fosos de considerables dimensiones, el primero mide unos 7 m. de anchura por casi 10 m. de profundidad, y 2 contrafosos intercalados de unos 4 m. de altitud, mientras que el resto de las vertientes dispone de una espléndida protección natural, proporcionada por la altura natural de sus paredes. Existen dos sectores levemente aterrazados en la parte más occidental de la colina, dentro del recinto de hábitat, que podrían corresponder a posibles zonas de ocupación, y no hemos observado restos de derrumbes o huella alguna de restos de estructuras. Maya (1988, 62) cita la aparición de cerámica y su entorno inmediato es de mayoritario uso agrícola en las Vegas de Agüera.



## 16. Catálogo de los castros asturianos.

---

### 16.145 LOS CASTILLOS - VALLADO - CANGAS DEL NARCEA.

Coordenadas- HUSO UTM, 29- x- 706.164,35 m. y- 4.770.666,60 m.



ma ovalada del promontorio sobre el que se ubica está protegido por un conjunto de 2 fosos que se unen en su extremo, junto a otros 2 contrafosos, en la vertiente Noroeste, y dos sectores de un mismo foso abierto en el sector Sureste, que parece haber sido la entrada natural al poblado. Las dimensiones de los fosos citados tienen una media de 5 m. de profundidad. Fue reocupado en la época medieval con finalidad defensiva según Avello (1991, 43). Su entorno inmediato es de uso ganadero (sierra del Outeiro). En un estudio reciente, planteamos la posibilidad de que este castro pueda haber sido un recinto militar, tanto por la forma cuadrangular de sus defensas, así como por su ubicación anexa a la vía de Leitariegos (Fanjul 2008).

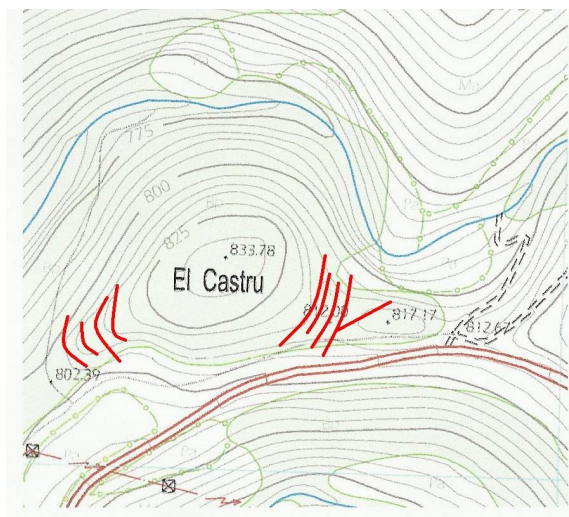
Castro en corona situado sobre la sierra que divide los valles del río Cibéa y el Naviego, orientado en dirección NW-SE., con 1328 m. de altitud y de medianas dimensiones, *ca.* 70 x 40 m. La for-



---

### 16.146 LOS CASTROS - VILLAR DE LOS INDIANOS - CANGAS DEL NARCEA.

Coordenadas- HUSO UTM, 29- x- 708.763,57 m. y- 4.772.146,59 m.



Promontorio de pequeñas dimensiones, ca. 50 x 30 m., en ladera, ubicado sobre el río Cíbea, pero vigilado a mayor altura por las vertientes colin-

dantes de la sierra. El poblado, de forma alargada, y al que se accede con facilidad, debido a su cercanía con la carretera local, tiene 833 m. de altitud y está orientado en dirección E-W. Si el recinto de hábitat es muy reducido, el aparato defensivo es realmente extenso y cubre las dos vertientes de acceso al castro por igual, con 4 fosos y 3 contrafosos en cada lado. Aparte de esta enorme red defensiva que protege la colina central, nos encontramos con los restos de un torreón sobre ésta, y aunque con ciertas precauciones debido a las dificultades de exploración del terreno, fosos y contrafosos del sector occidental son de mayores dimensiones que los del oriental, y en general nos encontramos con una media de 7 m. de ancho por 5 m. de profundidad en los fosos aledaños al recinto de hábitat. El foso cubre igualmente las vertientes Norte y Sur, que están protegidas también por la verticalidad natural de sus paredes. Su entorno inmediato es de usos mixtos, anexo a las vegas agrícolas del Sorrodiles.

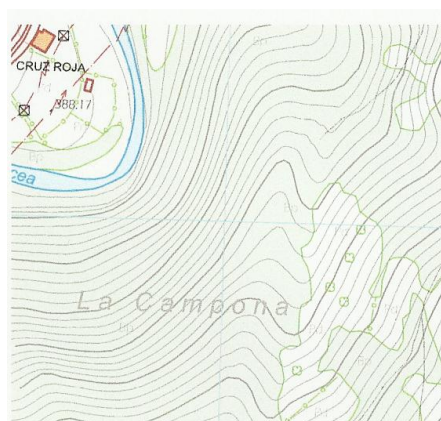


## 16. Catálogo de los castros asturianos.

---

### 16.147 LA PLAZA LOS MOROS - LLANOS - CANGAS DEL NARCEA.

Coordenadas- HUSO UTM, 29- x- 698.120,18 m. y- 4.780.987,32 m.



hoy en día se observan los restos de dos construcciones circulares, al igual que un canal excavado en la roca, bien con uso constructivo para la excavación de los fosos, o bien de abastecimiento de agua. En nuestra opinión, los aterrazamientos del extremo de la zona de hábitat podrían esconder más restos de viviendas, pese a su inclinación. Su entorno inmediato es de mayoritario uso agrícola en las terrazas de Valderán.

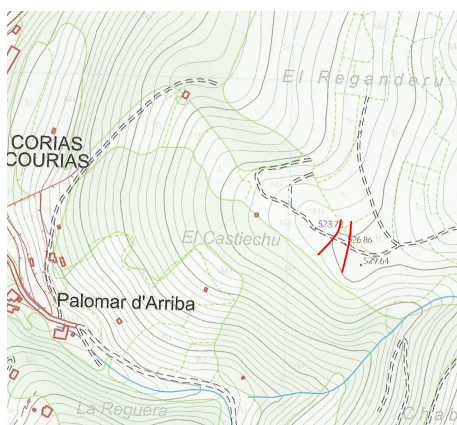
Castro de pequeñas dimensiones, *ca.* 35 x 40 m., y orientación N-S., ubicado en espolón sobre el Narcea, a 520 m. de altitud, y al que se accede desde la localidad de Cuerras. Dispone su estructura defensiva de 3 fosos excavados en la roca y 2 grandes contrafosos, que dan paso a la colina en la que se encontraría el espacio de hábitat, donde



---

### 16.148 EL CASTIELLO - CORIAS - CANGAS DEL NARCEA.

Coordenadas- HUSO UTM, 29- x- 699.775,92 m. y- 4.784.897,27 m.



entre 10 m. de ancho y 5 m. de profundidad, con un contrafoso central de 7 m. de ancho, al que sigue el recinto castreño propiamente dicho, como espacio de hábitat. Tenemos la duda de que existiera un número mayor de fosos en la vaguada de acceso al poblado, y que hoy estarían colmatados por labores agrícolas en ese sector. Su entorno inmediato es de mayoritario uso agrícola, anexo a las vegas del Narcea.

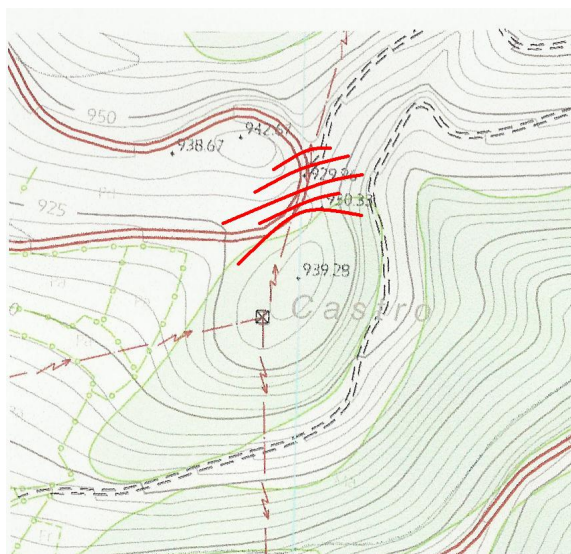
Castro de medianas dimensiones, *ca.* 85 x 60 m., ubicado en espolón a 528 m. de altitud, sobre la confluencia de los ríos Narcea y Vallina. Fue catalogado en 1961 por J.M. González (1976, 108). De forma alargada, y orientado en dirección E-W., su sistema defensivo multivallado se concentra en la vertiente oriental, y está compuesto de 2 fosos,



## 16. Catálogo de los castros asturianos.

### 16.149 EL CASTRO - LARÓN - CANGAS DEL NARCEA.

Coordenadas- HUSO UTM, 29- x- 693.469,19 m. y- 4.762.336,07 m.



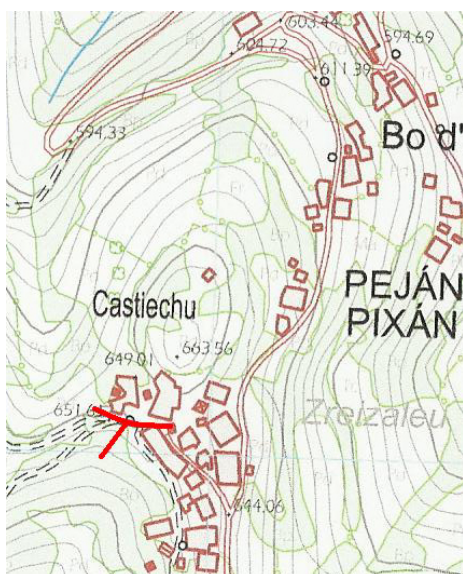
y orientación en dirección E-W., estando su vertiente oriental protegida por la altura natural de sus paredes, y concentrándose las defensas artificiales en la occidental. Dispone de hasta 5 fosos y contrafosos, a los que sigue una muralla, la cual continúa su trayecto hacia el Norte (Maya 1988, 40). Fue catalogado en 1962 por J. M. González (1976, 108). El foso más cercano a la muralla es el de mayor envergadura y está excavado en la roca. Los sectores excavados a comienzos de los años 80 por Maya y de Blas (1983) descubrieron varias viviendas y estructuras diversas, al igual que un conjunto material que se encuadraba en los primeros siglos de ocupación romana. Su entorno inmediato es de mayoritario uso agrícola, anexo a las terrazas en ladera de Larón o la Viliella.

Ubicado sobre un promontorio en ladera, a 939 m. de altitud, tiene forma ovalada-triangular,



### 16.150 EL CASTIECHU - PEXÁN - CANGAS DEL NARCEA.

Coordenadas- HUSO UTM, 29- x- 700.468,79 m. y- 4.779.088,81 m.



m. de altitud, en forma de espolón, dominando el río Naviego que discurre a sus pies. Fue catalogado en 1966 por J.M. González (1976, 108). Con una orientación en dirección N-S., y forma alargada, su actual estructura defensiva ha sido parcialmente transformada por las actividades agrícolas. Lo forman 2 fosos, el primero de 3 m. de ancho, y el segundo, convertido en una vaguada, supera los 15 m. de ancho y 5 m. de profundidad. Entre ambas estructuras se localiza un contrafoso, a modo de antecastro, y un contrafoso que cubre la entrada del primer foso hacia el poblado, con lo que se forma un auténtico pasillo fortificado en esta vertiente Sur. El recinto interior no presenta huellas de fortificación, más allá de su altura natural y de algún leve aterrazamiento. Sí es visible la capilla local. Su entorno inmediato es de mayoritario uso mixto, anexo a la sierra ganadera de Villategil.

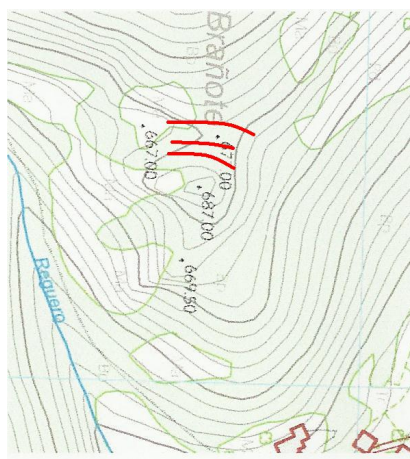
Castro de medianas dimensiones, ca. 70 x 40 m., ubicado sobre el mismo pueblo de Pexán, a 663



## 16. Catálogo de los castros asturianos.

### 16.151 EL CASTIECHU - NAVIEGO - CANGAS DEL NARCEA.

Coordenadas- HUSO UTM, 29- x- 699.873,01 m. y- 4.770.895,16 m.



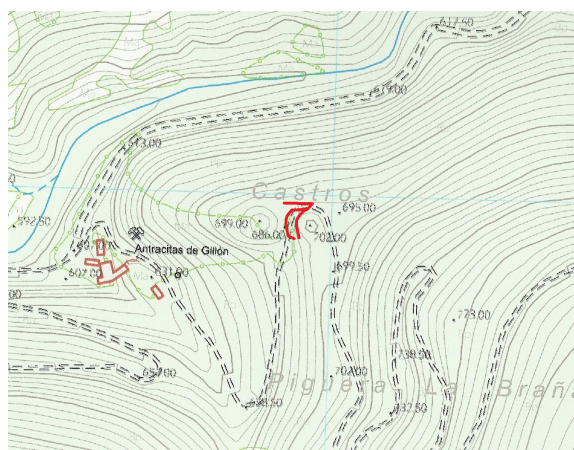
Castro en espolón de pequeñas dimensiones, ca. 50 x 50 m., ubicado sobre el río Naviego y su afluente el Frier. Catalogado en 1963 por J.M. González (1976, 108), tiene una orientación E-W., y está situado a 687 m. de altitud. Un sistema defensivo multivallado, formado por 3 fosos en ar-

co y 3 contrafosos, da paso al recinto de hábitat protegido por la verticalidad de sus paredes en todas las vertientes a excepción de la occidental, que es la de acceso al poblado, y donde se concentran las defensas artificiales. Ese mismo recinto de hábitat parece estar escalonado mediante al menos dos aterrazamientos, y en lo que respecta a las dimensiones de las defensas, advertimos una mayor potencia de las situadas junto al castro, con un último foso de dimensiones monumentales, 12 m. de ancho por casi 15 m. de profundidad. Hemos de destacar, igualmente, el descubrimiento de una galería minera en la pared oriental del último foso, huella fósil de los trabajos mineros realizados en esta vaguada para construir estas defensas, sistema del que conocíamos algunos casos, pero del que hasta ahora no habíamos observado restos tan claros de su utilización. Parece que fue reutilizado en época medieval (Avello 1991, 43), mientras que su entorno inmediato es de mayoritario uso agrícola, anexo a las vegas del Naviego.



---

**16.152 EL TESU LOS CASTROS - VILLAR DE RENGOS - CANGAS DEL NARCEA.**  
Coordenadas- HUSO UTM, 29- x- 695.907,57 m. y- 4.768.464,16 m.



Catalogado en 1963 por J.M. González (1976), se accede al castro con dificultad, desviándonos por una pista al Oeste en un cruce de la carretera que va de Rengos a Noceda. El castro es de pequeñas dimensiones, casi a modo de castro-torre,

orientado en dirección E-W., y situado a 699 m. de altitud. El sistema defensivo, al igual que otros casos citados en este sector de Asturias, es de mayores dimensiones que el destinado al hábitat, y en el caso del Tesu los Castros, nos encontramos con tres contrafosos, insertos en un gran espacio a modo de foso “continuo”, que cubre la totalidad de la vertiente Sur de acceso al yacimiento. La peculiaridad defensiva se centra en la dirección que disponen los fosos y contrafosos, y así, en primer lugar, nos encontramos con tres espacios de foso y dos contrafosos, en posición paralela al castro, mientras que después, junto al poblado, hallamos un contrafoso y dos espacios cubiertos por el foso continuo, cubriendo de manera longitudinal el acceso al yacimiento. Una pista minera parte, un sector de las defensas. Su entorno inmediato es de mayoritario uso agrícola, sobre las vegas del Gillón.



## 16. Catálogo de los castros asturianos.

---

### 16.153 EL CASTRO - POSADA DE RENGOS - CANGAS DEL NARCEA.

Coordenadas- HUSO UTM, 29- x- 694.834,56 m. y- 4.771.615,46 m.



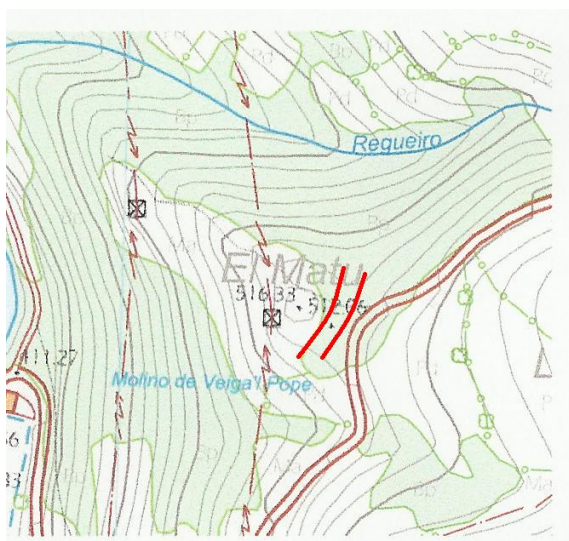
primeros fosos, una vaguada llana, en la zona más exterior del sistema defensivo. Ninguno de los fosos supera los 3 o 4 m. de profundidad, mientras que en la parte superior del recinto fortificado se observan numerosos derrumbes, propios de bastiones o muralla. El acceso es difícil, al no disponer en sus cercanías de hábitat actual, con lo que es recomendable consultar sobre su acceso en la localidad de Posada. Su entorno inmediato es de tradicional uso ganadero.

El poblado está a modo de espolón, sobre la intersección de los ríos Narcea y Muniellos, con escasa visibilidad, y vigilado en altura por las laderas colindantes, a 568 m. de altitud. De pequeñas dimensiones, forma ovalada, y orientado en dirección E-W., el poblado dispone de hasta cuatro fosos y dos contrafosos, existiendo entre los dos



#### 16.154 EL CASTRO - ACIO - CANGAS DEL NARCEA.

Coordenadas- HUSO UTM, 29- x- 697.046,61 m. y- 4.778.804,46 m.



tación E-W., a 516 m. de altitud. Se llega al mismo a partir de una pista rural que, partiendo de Acio, pasa por uno de los fosos del castro. De forma ovalada, su estructura defensiva se localiza en la vertiente occidental, y está en la actualidad muy dañada por labores agrícolas en las vaguadas de acceso al castro, por lo que hoy en día sólo es posible observar la mitad del sistema defensivo original del yacimiento, compuesto de 2 fosos y un contrafoso en herradura, que protegen la cabecera oriental de acceso al poblado. En la parte superior de este sector del castro localizamos una gran cantidad de derrumbes. El foso principal, el único conservado en la actualidad, dispone de unas medidas de 5 m. de ancho por 3 o 4 m. de profundidad. Su entorno inmediato es de mayoritario uso agrícola sobre las vegas del Narcea.

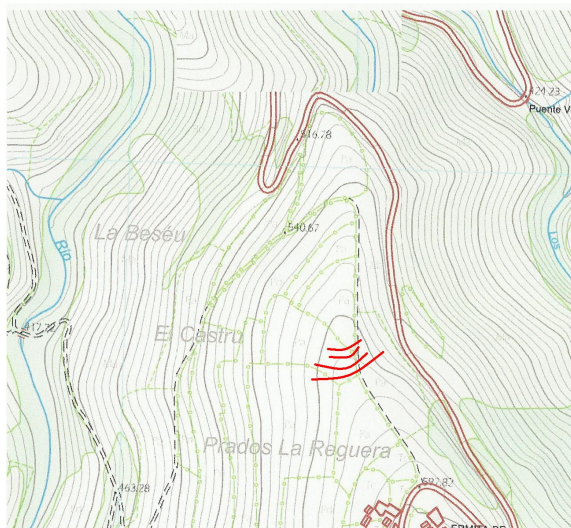
Castro de medianas dimensiones, ca. 70 x 40 m., ubicado en espolón sobre el Narcea, con orien-



## 16. Catálogo de los castros asturianos.

### 16.155 EL CHANU LAS CORONAS - CASTIELLO - CANGAS DEL NARCEA.

Coordenadas- HUSO UTM, 29- x-707.135,79 m. y- 4.786.726,86 m.



Castro en espolón de medianas dimensiones, ca. 65 x 40 m., sobre los ríos Onón y Carabales, a 504 m. de altitud. De forma ovalada y orientado al Norte, dispone de un sistema defensivo multivallado en la vertiente Sur, la de acceso al poblado, mientras que el resto de las laderas están prote-

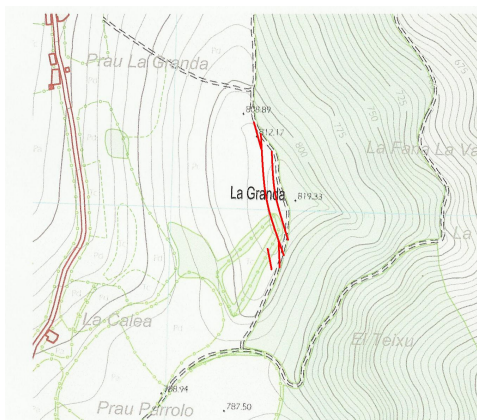
gidas por la verticalidad natural de sus paredes. Las defensas la forman 4 fosos y 3 contrafosos perfectamente visibles a distancia, pero difíciles de medir en cifras aproximadas cuando se está junto al yacimiento, debido a la existencia de una gran cantidad de matorral bajo que cubre la ladera. Los tres primeros fosos tienen una media de 5 m. de ancho por 3 o 4 m. de profundidad, mientras que el último, es el más monumental, con unos 7 m. de anchura por 5 m. de profundidad. Parece que el recinto de hábitat está rodeado por una estructura a modo de muralla, hoy en día casi imperceptible por la vegetación, pero de la que hemos obtenido alguna referencia en el vecino pueblo de Castiello. Catalogado en 1966 por J.M. González (1976, 108), de sus diarios recogemos la existencia de una cueva con referencias mitológicas que no hemos podido localizar. Su entorno inmediato es de usos mixtos, anexo a las vegas cultivables del Onón.



---

### 16.156 EL CASTIECHU - VALCABO - CANGAS DEL NARCEA.

Coordenadas- HUSO UTM, 29- x- 709.122,84 m. y- 4.790.535,33 m.



un amplio sistema defensivo que, mediante 2 fosos y un contrafoso central, cubre la mayor parte de las vertientes, a excepción de la oriental, que queda protegida por la altura natural de sus paredes. No hemos localizado estructuras o huellas de derrumbes en los alrededores del castro, aunque no dudamos de que puedan existir en la “acrópolis” del yacimiento, que nos fue imposible visitar por la presencia de una densa vegetación de monte bajo. Su entorno es de usos mixtos, anexo a la sierra ganadera de Valcabo.

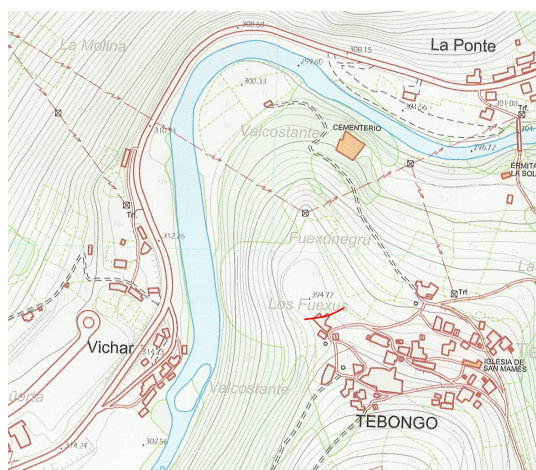
Corona o promontorio sobre ladera de la sierra de Cadrijuela, orientado en dirección N-S. y situado a 822 m. de altitud. Se accede al mismo por una pista que parte a la izquierda a la salida de Valcabo. Fue catalogado en 1966 por J.M. González (1976, 108). De forma ovalada, dispone de unas dimensiones medianas, ca. 90 x 35 m., y



## 16. Catálogo de los castros asturianos.

### 16.157 EL CASTIELLO - TEBONGO - CANGAS DEL NARCEA.

Coordenadas- HUSO UTM, 29- x- 702.552,97 m. y- 4.790.499,40 m.



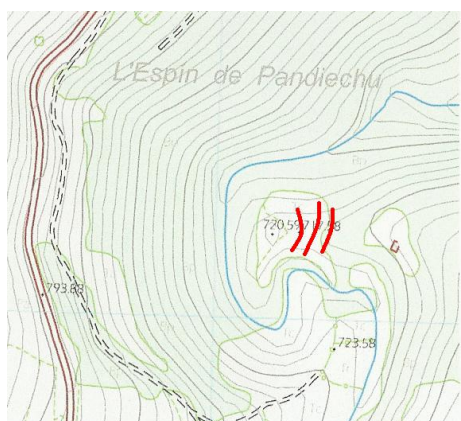
Dispone de un sistema defensivo simple, basado en un único foso de apenas 2 o 3 m. de profundidad en el sector Sur, que hoy en día está ocupado por viviendas, mientras que el resto de las vertientes están protegidas por la altura natural. El prado actual que cubre el yacimiento no deja ver resto alguno de derrumbes en superficie, y apenas se observa alguna posible obra de tipo artificial, como podría ser un leve aterrazamiento del sector Sur-oeste. Una torre eléctrica, en la cabecera Sur del castro, ha destruido seguramente parte del antiguo poblado en este sector. Su entorno inmediato es, pese a su altitud, de gran calidad para la agricultura de montaña.

Castro en espolón de medianas dimensiones, ca. 70 x 60 m., ubicado al Norte del mismo pueblo de Tebongo, desde donde se accede al castro con facilidad. El poblado tiene forma ovalada, orientación N-S., y se encuentra a 480 m. de altitud. Fue catalogado en 1966 por J.M. González (1976, 108).



### 16.158 EL CASTRO - TRONES - CANGAS DEL NARCEA.

Coordenadas- HUSO UTM, 29- x- 695.736,25 m. y- 4.783.552,87 m.



de forma casi circular, está orientado en dirección N-S., y es de pequeñas dimensiones, *ca.* 55 x 50 m., siendo su aparato defensivo multivallado, de casi tanta longitud como el espacio de hábitat. Consta de 3 fosos y 3 contrafosos de grandes dimensiones, siendo los más cercanos al recinto fortificado de 5 m. de profundidad. El resto de las vertientes están protegidas por la caída natural de las paredes de la colina. Su entorno inmediato es de tradicional uso ganadero, anexo a la sierra de Santa Isabel.

Castro en espolón situado a 730 m. de altitud, sobre la confluencia del río Rechilón y un arroyo de éste. Se accede al poblado por la carretera que desde Cangas lleva a Trones, y antes de llegar al pueblo debemos desviarnos por una pista a la derecha que conduce al yacimiento. Fue catalogado en 1966 por J.M. González (1976, 108). El castro,



## 16. Catálogo de los castros asturianos.

---

### 16.159 CASTRO DE SIERRA - RENGOS - CANGAS DEL NARCEA.

Coordenadas- HUSO UTM, 29- x- 693.286,32 m. y- 4.764.161,52 m.



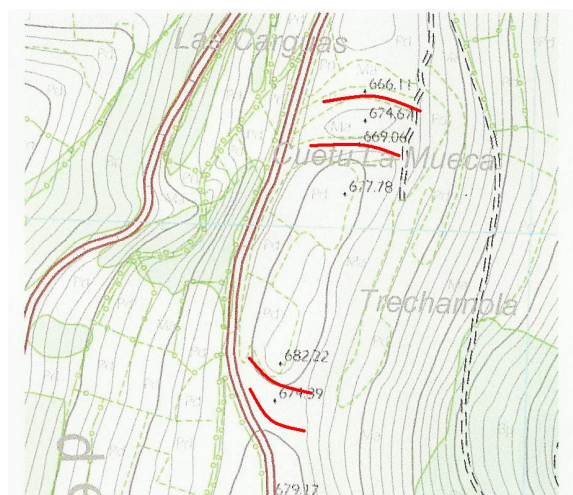
es el de mayores dimensiones, logrando una altura entre el fondo de foso y la cabecera fortificada de más de 15 m., a lo que se suma en ese sector una estructura amurallada, a modo de bastión, o conjunto de bastiones. En el interior del recinto destaca la existencia de diversas agrupaciones de derrumbes que podrían estar señalándonos restos de viviendas. Su entorno inmediato es de mayoritarios usos ganaderos en todo el partido de Sierra.

Castro en espolón de medianas dimensiones, ca. 70 x 40 m., ubicado a 600 m. de altitud. De forma ovalada, y orientado en dirección N-S., dispone de dos fosos y sus respectivos contrafosos junto a la cabecera Oeste, los cuales destacan por sus dimensiones monumentales y su buena conservación. El foso más cercano al recinto de hábitat



### 16.160 EL CASTRO DE TRICHAMUELA - PORLEY - CANGAS DEL NARCEA.

Coordenadas- HUSO UTM, 29- x- 706.363,26 m. y- 4.784.011,40 m.



Castro de medianas dimensiones, ca. 70 x 60 m., orientado en dirección Noroeste, y ubicado a 682 m. de altitud. Catalogado en 1963 por J.M. González (1976, 108), el poblado se situaba a mo-

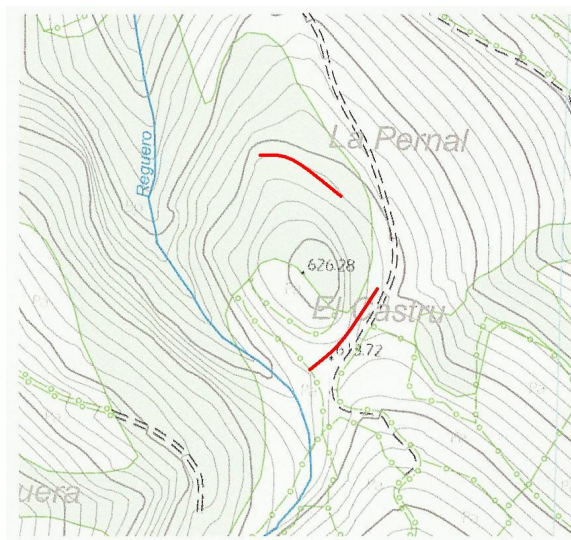
do de corona fortificada, con forma ovalada, y circunvalado por un conjunto defensivo complejo en la totalidad de sus vertientes (González 1978, 214). Los 3 fosos de la cabecera Noroeste y Sureste formaban 2 contrafosos arqueados en el interior, uniéndose las distintas líneas de fosos en una sola, que bordea los laterales del yacimiento, con considerable potencia, si bien en la vertiente oriental la caída de las paredes hace de cierta defensa natural. La tipología de los contrafosos diverge, y así, si los de la cabecera noroccidental son paralelos, arqueados y similares en cuanto a los fosos, los de la cabecera Sureste disponen de diferente estructura, teniendo un primer contrafoso, el más exterior, muy alargado, mientras que su segunda línea de contrafosos está formada por dos estructuras, divididas por una extensión de foso que une el primero con el segundo. La mayor parte de su entorno dispone de tierras de calidad para la agricultura de montaña, así como de amplios espacios para la explotación ganadera.



## 16. Catálogo de los castros asturianos.

### 16.161 LAS TORRES - TREMADO DE CARBALLO - CANGAS DEL NARCEA.

Coordenadas- HUSO UTM, 29- x- 702.820,75 m. y- 4.777.180,99 m.



Se trata de un castro situado en promontorio en ladera, a 626 m. sobre el mismo Tremado de

Carballo, en el valle de Cibeá. Se accede al castro a través de una pista forestal que parte del mismo pueblo de Tremado. Un gran corte en la ladera a modo de foso, acentuado en los últimos años debido a su reutilización como pista forestal, y varios aterrazamientos revestidos con línea de muralla, forman las defensas de este castro de medianas dimensiones, cuyo espacio habitable parece restringirse a la amplia “acrópolis” llana de la cima del yacimiento. Existe la posibilidad de que una de las dos terrazas acopladas a esa acrópolis hubiera sido utilizada igualmente, como espacio destinado a viviendas, a tenor de los diferentes fragmentos cerámicos y de material constructivo que se encuentra en ella (Martínez Alonso 1989; Fanjul, Flórez y García-Alvarez 2005, 2007a y 2007b) Entre los materiales que hemos estudiado en los últimos años se cuentan numerosas escorias y tortas de fundición de hierro, varios objetos en bronce (punzón, extremos de pulsera o torques, aguja y botón) y numerosos fragmentos de cerámica y



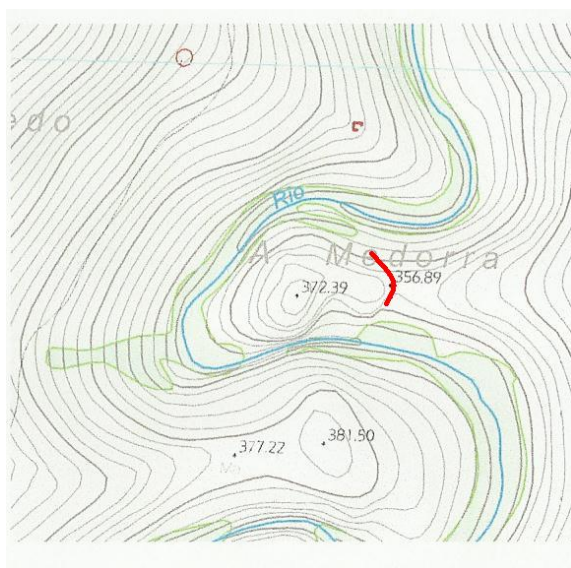
---

de molinos (Fanjul, Flórez y García-Álvarez 2005, 2007a y 2007b), donde podemos advertir con claridad la posible existencia de un contexto prerromano de ocupación del yacimiento, al que se sumaría una fuerte ocupación en los primeros siglos de la época romana.

## 16. Catálogo de los castros asturianos.

### 16.162 O CASTELO - SENA - IBIAS.

Coordenadas- HUSO UTM, 29- x- 667.702,69 m. y- 4.768.464,83 m.



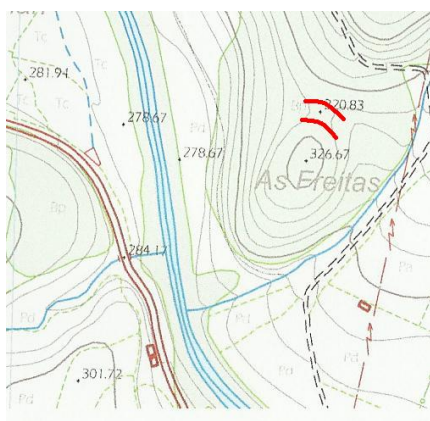
372 m. de altitud, y orientado en dirección E-W. El acceso es realmente complicado por la falta total de caminos o senderos que conduzcan hasta la superficie superior del yacimiento, unido al extremo aprovechamiento de la defensa natural, nos tuvimos que contentar con observarlo desde los altos de Sena, sierra desde la que parece se podía acceder originalmente al castro. De forma ovalada, se observa a la perfección un inmenso anillo amurallado que rodea la cima de la colina rocosa, sin foso alguno, debido a lo innecesario de su construcción por la defensa natural. Parte de la acrópolis, en su extremo occidental, está ocupado por áreas de simple roca, sin que parezca posible un uso, como espacio de hábitat. Su entorno inmediato es de mayoritario uso ganadero en el monte los Villares.

Castro de medianas dimensiones, *ca.* 90 x 50 m., ubicado sobre un promontorio en espolón a



### 16.163 EL CASTELO - CECOS - IBIAS.

Coordenadas- HUSO UTM, 29- x- 675.167,61 m. y- 4.765.549,76 m.



hoy en día resultaría imposible una localización del emplazamiento, debido a que la única estructura defensiva artificial del lugar es un conjunto de derrumbes, restos de la torre originaria, muy poco visibles en la actualidad. A esta torre se le suma únicamente dos vaguadas en roca que parecen de origen natural, aunque no desechamos la idea de una excavación parcial de las mismas. Fernández Ochoa (1982, 96) cita la existencia de una mina antigua en las cercanías, que no hemos podido localizar. Su entorno inmediato es de mayoritario uso agrícola, en las vegas de Cecos.

Castro-torre de pequeñas dimensiones, ubicado a 372 m. de altitud y orientado en dirección N-S. El acceso al yacimiento se realiza sin dificultad siguiendo una pista que parte del mismo Cecos, a 300 m. del yacimiento. Si no fuera por las referencias mitológicas *“Había sobre el Castelo un pozo donde los moros lavaban el oro”* y la toponimia,

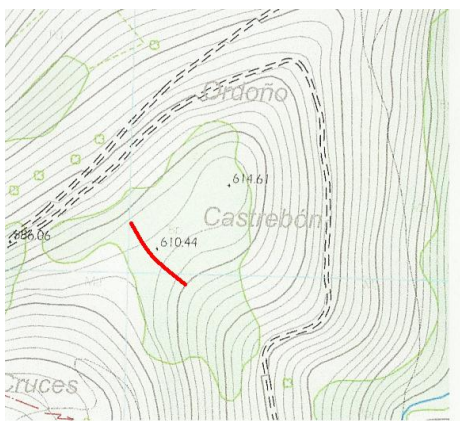


## 16. Catálogo de los castros asturianos.

---

### 16.164 EL CASTELO - SAN CLEMENTE - IBIAS.

Coordenadas- HUSO UTM, 29- x- 679.031,41 m. y- 4.761.508,11 m.



lla o foso alguno, debido seguramente a la falta de más obras defensivas, ante un aprovechamiento espléndido de la defensa natural. El acceso se realiza siguiendo un conjunto de senderos que parten de San Clemente, a cierta distancia del yacimiento, aunque también se puede acortar campo a través desde la carretera. Su entorno inmediato es de usos mixtos, sobre las vegas del Valcarce.

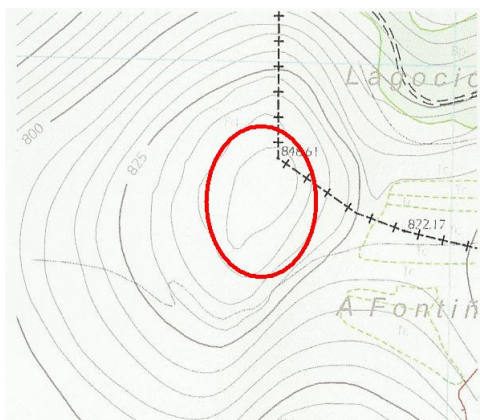
Castro de medianas dimensiones, *ca.* 50 x 50 m., ubicado a 616 m. de altitud y orientado en dirección NE-SW. El antiguo poblado se situaba sobre un gran promontorio en espolón, y hoy en día tan sólo son perceptibles grandes cantidades de derrumbes desperdigados por la colina, sin que observemos con claridad restos de mura-



---

### 16.165 O COREDO - A LAGÚA - IBIAS.

Coordenadas- HUSO UTM, 29- x- 663.335,69 m. y- 4.764.904,84 m.



yacimiento. Su morfología esta basada en varias plataformas a diferente altura y podría tratarse de antiguas huellas de fosos, con un buen control visual de la comarca circundante desde sus 851 m. de altitud. Actualmente parece reforestado y su entorno inmediato es de tradicional uso mixto con tierras de buena calidad agrícola en A Horta y Chao de Liñares.

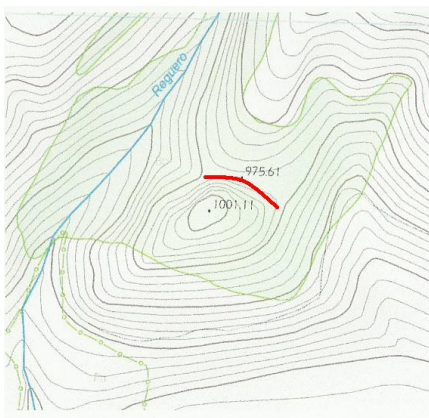
Es un castro de grandes dimensiones, ubicado en corona y en pleno límite entre Asturias y Galicia. Pese a las contradictorias referencias sobre su ubicación en la vecina provincia de Lugo. Incluido en el mapa de yacimientos arqueológicos de Ibias, por Ron (2004), A. Paredes nos hizo referencia del lugar y nos mostró diversas imágenes de este



## 16. Catálogo de los castros asturianos.

### 16.166 LOS CASTROS - DEGAÑA - DEGAÑA.

Coordenadas- HUSO UTM, 29- x- 699.257,01 m. y- 4.757.324,80 m.



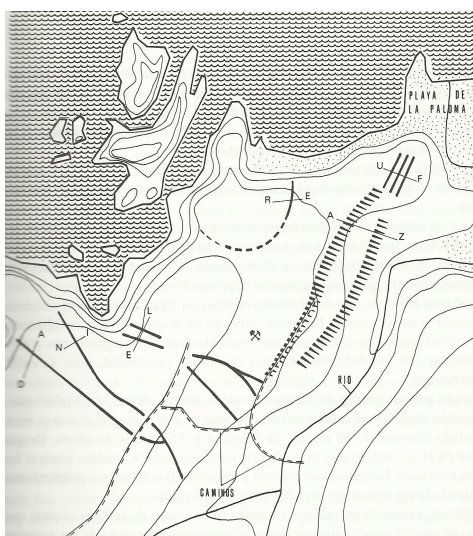
que proporciona el abundante matorral bajo. Pese a ello, se puede observar al menos un gran foso a modo de vaguada en la roca, al que le sigue un conjunto de derrumbes, resto de alguna torre o bastión que protegía la vertiente Sur de ese sector de acceso al poblado. El resto de las vertientes se protegen de forma natural por la verticalidad de sus paredes, mientras que el espacio de hábitat, escaso y rocoso, se concentra en la vertiente Norte, con cierta inclinación. Su entorno inmediato es de usos mixtos, anexo a las sierras ganaderas de Degaña y el Chano.

Castro de pequeñas dimensiones, *ca.* 50 x 40 m., ubicado sobre un gran promontorio rocoso en ladera, a 1001 m. de altitud, y orientado en dirección N-S. Fue catalogado en 1971 por J.M. González (1976, 138). A las dificultades del acceso, el cual se realiza por una pista forestal desde la misma Degaña, se le suma la escasa visibilidad



### 16.167 EL CASTELO (ESTEIRO) - CAMPOS - TAPIA DE CASARIEGO.

Coordenadas- HUSO UTM, 29 - x -664.812,39 m. y -4.825.264,71 m.



Castro costero de grandes dimensiones formado por hasta tres recintos internos que en conjunto llegan a los 250 m. de longitud y 160 m. de anchura (Camino 1995, 49). Ubicado a 22 m., de altitud

y orientado en dirección NE-SW., fue catalogado en 1968 por J.M. González (1976, 141). El castro ocupa una gran llanura donde sólo la vertiente Norte y la occidental quedan protegidas por la caída natural hacia el mar, mientras que el resto de sectores son cortados de forma consecutiva por diferentes conjuntos de fosos, formando hasta tres recintos interiores bien diferenciados, gracias a la distancia que existe entre los conjuntos de fosos. El primer foso es de 155 m. de longitud y 1 m. de profundidad, al que sigue un parapeto formado por la tierra que se extrajo de su interior y que alcanza los 2 m. de altura. Pasados unos 65 m., encontramos un segundo conjunto formado por 2 fosos cortados en el centro por la pista actual y que tienen unos 125 m. de longitud y una media de 3 m. de profundidad. Finalmente, y a después de recorrer 120 m. hacia el interior del recinto, hallamos un foso curvo cerrando el final del promontorio costero, con unos 100 m. de longitud y apenas 1,5 m. de profundidad. Entre 1969 y 1970

## 16. Catálogo de los castros asturianos.

---

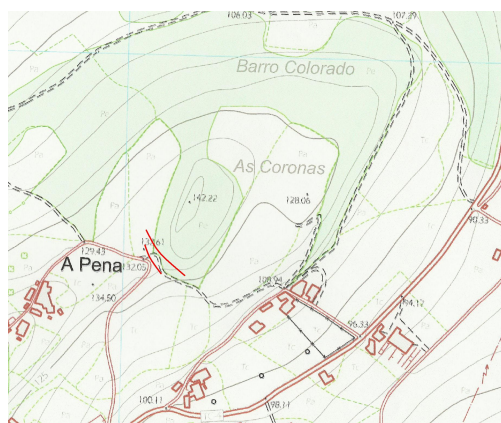
el castro fue objeto de varias campañas de excavación (Labandera 1969), que dieron como resultado el hallazgo de una vivienda circular con molinos en su interior, cerámica prerromana y una pieza de *terra sigillata*. Una moneda de Claudio I aporta una cronología de mediados del siglo I d.C.



---

### 16.168 CASTRO CORONAS - EL PICO - TAPIA DE CASARIEGO.

Coordenadas- HUSO UTM, 29- x -670.596,44 m. y -4.822.844,37 m.



Los fosos que rodeaban todo su recinto con dimensiones bastante similares. El primero de ellos tiene 8 m. de anchura y 6 m. de profundidad, mientras que el segundo mide 7,5 m. de anchura y 6 m. de profundidad. Ambos fosos forman entre ellos un contrafoso intermedio de 3 m. de anchura y 1 m. de altura. Estas defensas eran visibles en todo el entorno del yacimiento salvo en el sector Sureste, donde parecían colmatarse, formando una pequeña llanura de acceso al yacimiento, quizás la antigua entrada al castro. En su interior no se han hallado restos de estructuras, ni de materiales y lo único perceptible es la presencia de varios resaltes rocosos, que reducían el espacio edificable.

Castro de medianas dimensiones, *ca.* 90 x 40 m., ubicado sobre un promontorio rocoso en espolón a 149 m. de altitud, desde el que se domina buena parte de la rasa costera de Tapia y el Bajo Porcía. Fue catalogado en 1969 por J.M. González (1976, 141). El castro, hoy cubierto por un espeso bosque de eucaliptos, disponía de 2 grandes fo-



## 16. Catálogo de los castros asturianos.

### 16.169 CASTILLOS DE PEREIRA - ACEVEDO - TAPIA DE CASARIEGO.

Coordenadas- HUSO UTM, 29 - x -669.863,40 m. y -4.820.342,55 m.



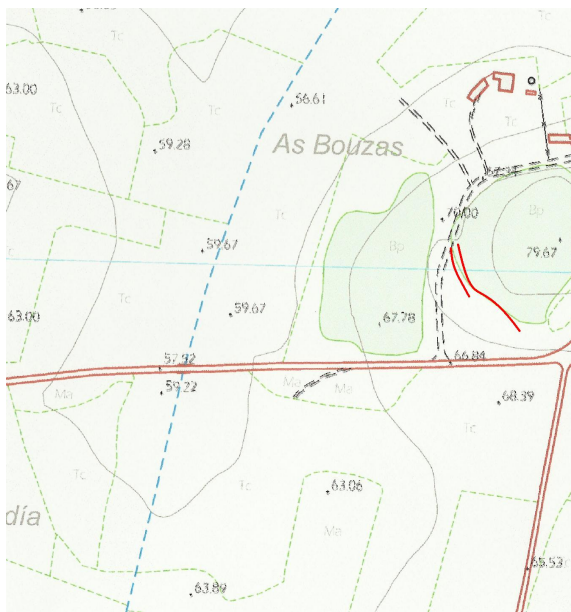
Castro de medianas dimensiones, *ca.* 60 x 70 m., en espolón sobre el arroyo de los Moxicos, orientado en dirección SE-NW., a 180 m. de altitud. Fue catalogado en 1969 por J.M. González (1976, 141). Tanto al Norte como al Noroeste del castro, la fuerte caída natural de las pendientes

sobre el arroyo de los Moxicos hace de defensa natural, con lo que las defensas artificiales se concentran en el sector Sur y Sureste, mediante un sistema de 3 fosos y 2 contrafosos intermedios que parten de un talud inicial. El talud está formado por un pequeño muro y tierra procedente del vaciado del primer foso, que seguido al talud aparece con unas dimensiones de 2 m. de anchura y 2 m. de profundidad. El segundo foso mide 1,5 m. de anchura y 3 m. de profundidad y el tercero entre 6 y 8 m. de anchura y casi 10 m. de profundidad. Los contrafosos intermedios son de unos 3 m. de anchura y 2 m. de altura entre el primer y segundo foso, y apenas 1 m. de altura el situado entre el segundo y tercer foso. Una pista forestal corta parte de los fosos en diferentes sectores de la colina y ha colmatado otros en el sector más exterior del yacimiento. En la zona Noroeste del recinto interior se observan restos de viviendas circulares.



### 16.170 EL PICÓN - CAMPOS - TAPIA DE CASARIEGO.

Coordenadas- HUSO UTM, 29 - x -670.551,15 m. y -4.825.173,07 m.



Castro ubicado sobre una loma suave en corona de grandes dimensiones, *ca.* 100 x 80 m., a 80 m. de altitud, y orientado en dirección N-S. Catalogado en 1968 por J. M. González (1976, 140), su actual orografía se encuentra muy modificada por caminos, allanamientos agrícolas y edificios colindantes a la casería del Picón. En torno a una superficie interior llana con forma oval se suceden 3 fosos con 2 contrafosos intermedios, que en la actualidad son sólo perceptibles con claridad en el sector Sur y Oeste, mientras que en el resto de vertientes han sido casi completamente destruidos. Desde interior del poblado, y pasado un talud defensivo de 6 m. de altura, descendemos al primer foso, con unas medidas de 10 m. de anchura y 4 m. de profundidad. El segundo foso llega a los 9 m. de anchura en la vertiente Oeste y 2 m. de profundidad, dejando un contrafoso intermedio con el primer foso de 3 m. de altura. El tercer y último foso tiene 6 m. de anchura y 2,5 m. de profundidad. Estas medidas, correspondientes al

## 16. Catálogo de los castros asturianos.

---

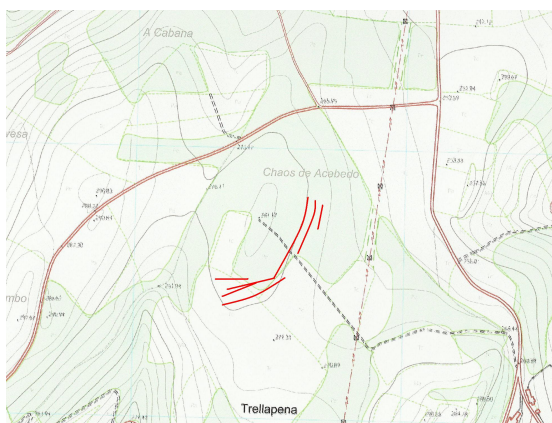
sector occidental del castro, se suavizan en la zona Sur, y desaparecen en los otros sectores debido a las destrucciones recientes. Una excavación de urgencia del yacimiento ha descubierto una ocupación de la Edad del Bronce Final (Villa 2003, 78).



---

### 16.171 EL CORCOVÓN - ACEVEDO - TAPIA DE CASARIEGO.

Coordenadas- HUSO UTM, 29 - x -669.039,05 m. y -4.819.101,22 m.



suma un posible talud de 2 m. de altura. En el sector Norte encontramos 3 fosos con 2 contrafosos intermedios, que se convierten en 4 fosos en la vertiente occidental, aprovechando un posible camino excavado de acceso al castro. En la vertiente Norte los tres fosos tienen las siguientes dimensiones: El primero mide 6,6 m. de anchura y 3 m. de profundidad. El segundo tiene 5 m. de anchura y 1,30 m. de profundidad, mientras que el tercero cuenta con apenas 1 m. de profundidad y 4 m. de anchura. La separación de los fosos, mediante contrafosos no muy pronunciados, es de 3 m. entre el primero y el segundo foso, y 6 m. entre el segundo y el tercero.

Castro de grandes dimensiones, *ca.* 140 x 80 m., situado sobre un promontorio en llanura, orientado en dirección NE.-SW. y ubicado a 290 m. de altitud. El sector oriental del yacimiento queda protegido en su mayor parte por la caída natural de su pendiente rocosa, con casi 20 m. de altura respecto a la base del castro, al que se

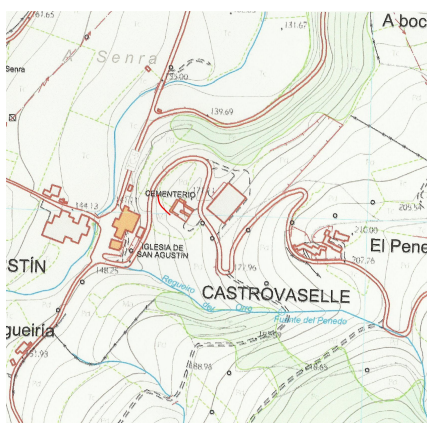


## 16. Catálogo de los castros asturianos.

---

### 16.172 LAS CERCAS - CASTROVASELLE - TAPIA DE CASARIEGO.

Coordenadas- HUSO UTM, 29 - x -667.751,07 m. y -4.817.538,12 m.



un pequeño promontorio desde el que se controla todo el valle, protegido en su sector Suroeste por un foso excavado en la roca de 3,5 m. de anchura y unos 3 m. de profundidad. El foso se complementa con un talud parcialmente construido con un muro que, en nuestra opinión, puede tratarse de la muralla del antiguo poblado. Pasadas las defensas exteriores, el recinto interior dispone de dos aterrazamientos a diferente altura donde se ubicarían las defensas. En la actualidad, y debido a las diferentes destrucciones, sólo el 25 % del yacimiento se encuentra en condiciones de ofrecer algún resultado en caso de ser estudiado.

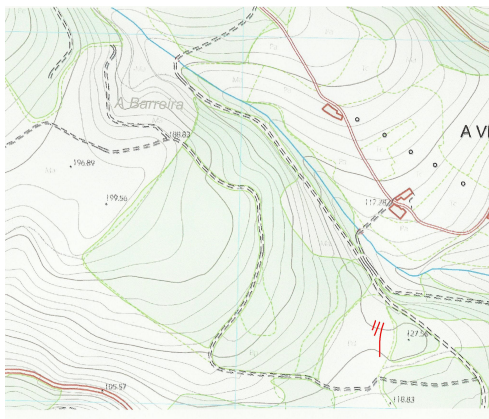
Castro de medianas dimensiones, *ca.* 63 x 50 m, destruido parcialmente hace apenas cuatro años por la construcción de una nave ganadera y afectado en su sector Sur por el cementerio del pueblo. Ubicado a 165 m. de altitud, y orientado en dirección NW-SE., fue catalogado en 1968 por J.M. González (1979, 141). El castro se sitúa sobre



---

### 16.173 PEÑA CALDEIRA - LA VEGUINA - TAPIA DE CASARIEGO.

Coordenadas- HUSO UTM, 29 - x -671.225,36 m. y -4.818.720,65 m.



deado por el arroyo Carcedo su acceso se realiza desde la vertiente occidental, donde se concentran las posibles defensas artificiales formadas por un supuesto foso de 2,8 m. de anchura y 1,35 m. de profundidad, al que le seguiría un talud de 2 m. de anchura y 1 m. de altura respecto a la base del foso. Se supone la existencia de algún foso más, poco visible debido a la vegetación.

Castro de medianas dimensiones, *ca.* 65 x 50 m., situado en espolón sobre el arroyo de Carcedo, a 129 m. de altitud y con orientación N-S. Estamos ante un lugar que ofrece ciertas dudas respecto a su posible adscripción castreña tanto por sus escasas dimensiones, como por la ínfima potencia defensiva del supuesto foso visible. Ro-



## 16. Catálogo de los castros asturianos.

### 16.174 CAMPO DE SAN LORENZO -SANTA ÁGUEDA - TAPIA DE CASARIEGO.

Coordenadas- HUSO UTM, 29 - x -662.416,67 m. y -4.824.518,56 m.



Castro costero de medianas dimensiones, ca. 100 x 50 m., ubicado a 15 m. de altitud, y orientado en dirección N-S. Fue catalogado en 1968

por J.M. González (1976, 141) y descrito posteriormente por Camino (1995, 42). Se trata de un castro singular, donde si no fuese por su catalogación previa por J.M. González, seguramente no lo incluyésemos en este inventario debido a que no se observa resto alguno de la vieja fortificación. Su ubicación también es extraña, justo en frente del *oppidum* costero de la Punta del Torno. Sus medidas pequeñas, si tenemos en cuenta que de los 100 m. de longitud, parte de ellos son en una pendiente extrema, y la falta de referencias orales sobre hallazgos hace arriesgado catalogarlo. Las defensas han desaparecido por las construcciones actuales, y el foso y parapeto podrían considerarse un aterrazamiento antiguo, más que una estructura defensiva. Igualmente, hemos de apuntar que su ubicación, a más baja altura que el entorno inmediato, le resta calidad defensiva. En nuestra opinión, teniendo en cuenta estos factores y sobre todo, su cercanía inmediata a la Punta del Torno, nos lleva a pensar que estamos bien ante un castro



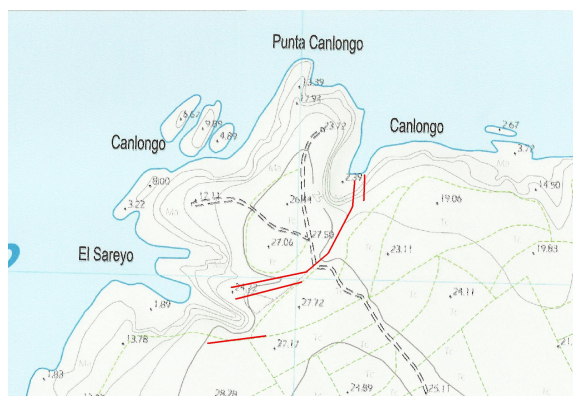
---

pequeño muy antiguo, anterior a la construcción de la Punta del Torno, o bien ante una defensa costera de épocas históricas. El posible castro tenía forma triangular, con un foso seguido de parapeto defensivo de unos 130 m. de longitud, que cortaba en arco la zona de acceso al interior del recinto. Al estar ubicado en el extremo de un pequeño cabo costero, las defensas de todas las vertientes, salvo la Sur, quedaban protegidas por la caída natural de sus laderas sobre el mar.

## 16. Catálogo de los castros asturianos.

### 16.175 EL CASTELÓN - SERANTES - TAPIA DE CASARIEGO.

Coordenadas- HUSO UTM, 29 - x -663.970,56 m. y -4.825.085,12 m.



Castro costero de grandes dimensiones, ca. 170 x 100 m., ubicado a 29 m. de altitud y orientado en dirección SE-NW. Fue catalogado en 1968 por J.M. González (1976, 141) y descrito posteriormente por Camino (1995, 42). El castro se ubica en una península donde todas sus vertientes están protegidas por la caída natural al mar, salvo

la Sur, donde se concentran las defensas artificiales en forma de 2 fosos y 2 parapetos. El primer foso conserva 45 m. de longitud, 2 m. de anchura y 1,5 m. de profundidad, sobre el que se alza un primer parapeto de 2 m. de altura. El segundo foso, bastante alterado por allanamientos, al igual que algunos sectores del primero, conserva 60 m. de longitud en un tramo y otros 20 m. en otro, seguido de un parapeto de 1,5 m. de altura. El interior del recinto aparece bastante deteriorado en su extremo Norte, y planteamos que el yacimiento en sí se concentra en paralelo al parapeto de entrada, donde deberían existir los restos de una muralla. Desconocemos si la rampa que atraviesa las defensas en el sector central del castro forma parte de la entrada original.



### 16.176 EL TOXAL - TAPIA - TAPIA DE CASARIEGO.

Coordenadas- HUSO UTM, 29 - x -666.369,09 m. y -4.826.263,79 m.



Posible castro-torre a 25 m. de altura, si tenemos en cuenta la enorme inclinación de la mayor parte de la ladera donde se asienta el yacimiento, salvo en dos puntos, uno en el sector más elevado

donde sólo habría espacio para una torre, y otro en el espacio anexo a la muralla, de apenas 30 o 40 m. de largo para ubicar varias viviendas. Existe la posibilidad de que estemos ante una fortificación de estricto sentido militar, en base al pequeño foso que se halla junto a la zona superior de la colina y que podríamos denominar foso interno, anexo a la posible torre. Esta torre cubre la población de Tapia, alertando ante un posible ataque marítimo por la espalda, ya que la población se encuentra orientada en su totalidad al puerto interior. Existe también la opción de que estemos ante un pequeño castro reocupado posteriormente con finalidad militar, creando el foso interno y la torre superior. El castro se cita en la documentación medieval de Corias (Floriano 1950), lo que apoyaría la versión de ser un emplazamiento militar medieval, aunque Camino (1995, 61) no apoya esta opinión y según su opinión el término *Castrum Represas*, hace referencia a una propiedad o espacio de explotación que se ubica sobre un promontorio muy pronun-

## 16. Catálogo de los castros asturianos.

---

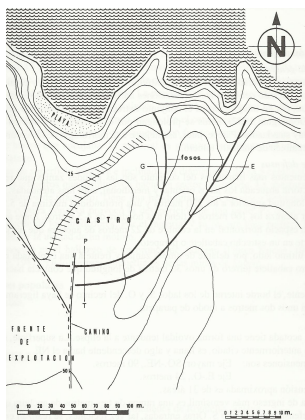
ciado, junto a la playa de Represas, a las afueras de la población de Tapia de Casariego. El sistema defensivo, muy alterado hoy en día por diversas construcciones actuales, lo constituía un talud al que acompañaba un posible foso a la entrada del castro, y un foso interno junto a la cumbre, que consideramos propio de una antigua torre. De no ser por los hallazgos materiales de varios molinos que han aparecido en su entorno inmediato, no calificaríamos este lugar como castro por las dudas cronológicas y el escaso espacio habitable interior.



---

### 16.177 CASTREDA - BALMORTO - TAPIA DE CASARIEGO.

Coordenadas- HUSO UTM, 29- x -670.007,61 m. y -4.826.092,37 m.



al interior de tierra ya que carece de una amplia visibilidad costera. Se encuentra aislado en el sector Oeste por diversos restos o frentes de minería aurífera, mientras que por el Este dispone de 2 fosos arqueados que cubren la entrada al castro. La zanja exterior tiene 230 m. de largo y entre 5 y 6 m. de profundidad, mientras que la interior alcanza los 160 m. de longitud y tiene una media de 4 m. de profundidad. Entre los hallazgos materiales están varias piezas de molinos circulares y una moneda de bronce de Adriano (Camino 1995, 62; Diego Santos 1978).

Castro costero de medianas dimensiones, *ca.* 90 x 24 m, ubicado a 35 m. de altitud y orientado en dirección N-S. De forma casi ovalada, sus defensas artificiales son de gran amplitud, cubriendo la totalidad de la vertiente oriental de la colina, aparte de la Sur. El lugar elegido para la ubicación del castro esta orientado a la defensa respecto



## 16. Catálogo de los castros asturianos.

### 16.178 EL CASTELLO - RONDELLO - TAPIA DE CASARIEGO.

Coordenadas- HUSO UTM, 29 - x -669.066,69 m. y -4.825.999,48 m.



Castro costero de grandes dimensiones, ca. 150 x 70 m., orientado en dirección NE-SW., y ubicado a 20 m. de altitud. Destaca la longitud del único foso que cubre la amplia vaguada de acceso al recinto interior del poblado. En el extremo Sureste, ese foso se bifurca en dos, formando un contrafoso central, mientras que en el interior, destacamos la existencia de un talud que crea dos espacios bien definidos dentro del castro (Camino 1995, 65). El primer foso tiene una longitud de 229 m., hasta 8 m. de anchura al Oeste y 5 m. de profundidad máxima en algunos sectores. Junto al foso surge un parapeto de piedra que discurre unos 78 m. con hasta 2 m. de altura sobre el comienzo del foso. El segundo foso se sitúa en paralelo al parapeto y recorre 78 m. de longitud, al que sigue otro parapeto formado por derrumbes de un par de metros de altura. De su interior conocemos el hallazgo de una piedra con cazoletas, así como de restos de material de molienda y fragmentos de *terra sigillata* hispánica (Labandera 1969).



### 16.179 LA PUNTA - FIGUEIRA - COAÑA.

Coordenadas- HUSO UTM, 29 - x -680.824,52 m. y -4.825.775,52 m.



tientes quedan protegidas por la caída natural de sus paredes. El primer foso tiene 95 m. de longitud y 3,5 m. de profundidad, al que sigue un parapeto de 2,5 m. de altura. El segundo foso mide 81 m. de largo por 1,5 m. de profundidad. Según Camino (1995, 83), la entrada al castro se realizaría desde el ángulo SE., flanqueada por un parapeto interno. Desde el interior se tiene una amplia vista de la costa y un acceso inmediato a la cala rocosa del Medal.

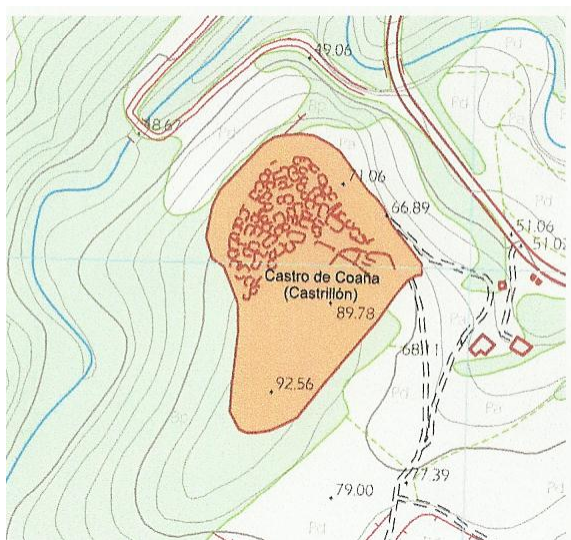
Castro ubicado a 65 m. de altitud sobre un promontorio costero de unos 142 m de longitud por 45 m. de anchura orientado en dirección N-S. Fue catalogado en 1966 por J.M. González (1976, 109). Las defensas, compuestas por 2 líneas de fosos y 2 parapetos en la vertiente Sur, cortan el acceso al cabo, mientras que el resto de las ver-



## 16. Catálogo de los castros asturianos.

### 16.180 EL CASTELÓN - COAÑA - COAÑA.

Coordenadas- HUSO UTM, 29 - x -681.898,07 m. y -4.819.975,56 m.



Las primeras excavaciones se realizan en 1877 bajo la dirección de José María Flórez quien ex-

huma más de una veintena de construcciones, la mayoría viviendas. Entre 1940 y 1944, A. García y Bellido (1942) y J. Uría estudian la casi totalidad del barrio exterior de la acrópolis. De 1959 a 1961, F. Jordá (1984) excava el torreón y unos años más tarde junto a J.L. Maya, reestudia algunos sectores excavados previamente por A. García y Bellido (Maya 1987/88).

Un camino empedrado conduce al interior del castro, a 92 m. de altitud, al que hay que acceder bajo la protección de un torreón cuadrangular, para pasar posteriormente a un barrio compuesto mayoritariamente por viviendas circulares. Una acrópolis sin usos urbanos domina el barrio de viviendas, donde entre las construcciones circulares destaca una sauna. El sistema defensivo está basado en dos líneas de muralla que protegen cada recinto, así como por la altura natural de la vertiente oriental. Su entorno inmediato es mayoritariamente de uso agrícola. Las primeras



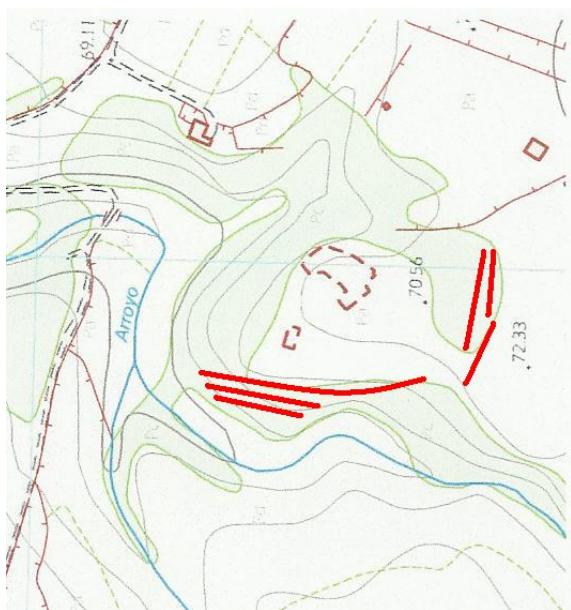
---

excavaciones se realizan en 1877 bajo la dirección de José María Flórez, quien exhuma más de una veintena de construcciones, la mayoría viviendas. Entre 1940 y 1944, A. García y Bellido (1942) y J. Uría estudian la casi totalidad del barrio exterior de la acrópolis. De 1959 a 1961, F. Jordá (1984) excava el torreón y unos años más tarde junto a J.L. Maya, reestudia algunos sectores excavados previamente por García y Bellido (Maya 1987-88). A finales de los años 80, Carrocera (1995c) estudia un sector meridional del yacimiento y el camino de acceso al mismo. Pese a casi dos siglos de excavaciones, la falta de memorias, o diarios de excavación, apenas permite aventurar un contexto cronológico aproximado que va desde la segunda Edad del Hierro hasta el siglo V d.C.

## 16. Catálogo de los castros asturianos.

### 16.181 EL MONTE DEL CASTRO - MOHÍAS - COAÑA.

Coordenadas- HUSO UTM, 29 - x -681.970,59 m. y -4.824.314,07 m.



Descubierto en 1939 por A. García y Bellido y J. Uría, fue excavado por J. Martínez y J. Junceda (1968) entre 1968 y 1970, descubriendo un amplio conjunto de viviendas en el límite oriental del castro. Situado a la izquierda de la Ría del Navia y a un kilómetro de la costa, la colina donde se ubica el yacimiento, a 70 m. de altura, está defendida por 3 fosos consecutivos al Sur, siendo el más interior de sección en V. Otros 2 fosos en el sector Este protegen ese flanco. El castro tiene forma ovalada y la parte excavada muestra hasta 17 viviendas planificadas con cierto orden, una característica ajena al típico urbanismo castreño Astur. Las viviendas son rectangulares con esquinas redondeadas con sus paredes en paralelo a la muralla y al foso. Sus fachadas dan a una vía perimetral que parte desde alguna otra vía principal del poblado. Los muros de las viviendas miden unos 0,50 cm. de grosor y están construidas en pizarra, con alturas de muros de hasta 1,30 m. Destacan las plantas de gran tamaño, con



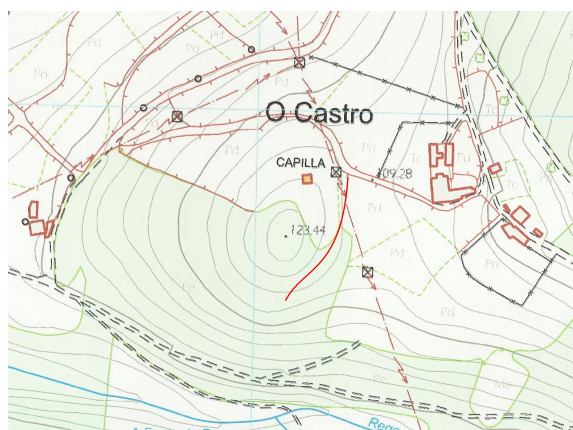
---

hasta 12,5 m. de longitud, mientras que las viviendas circulares pequeñas son minoritarias. Los hogares interiores están realzados mediante losas de pizarra cuadrangulares y en su interior, encontramos abundantes cantos que hacían de base del lar. Aparte de las viviendas se han encontrado los restos de un horno metalúrgico. La datación del castro se mueve entre el siglo I a.C., como momento fundacional, y los siglos I-II d. C. como época de esplendor a la que corresponderían las viviendas. Parece existir una reocupación en época tardo-antigua, en torno al siglo VI d.C. (Maya 1987-88, 49). Su entorno inmediato es mayoritariamente de uso agrícola, anexo a las ricas tierras de Vega de Pindotas o Los Villares.

## 16. Catálogo de los castros asturianos.

### 16.182 AS CROAS - CASTRO - SAN TIRSO DE ABRES.

Coordenadas- HUSO UTM, 29 - x -649.579,90 m. y -4.809.184,56 m.



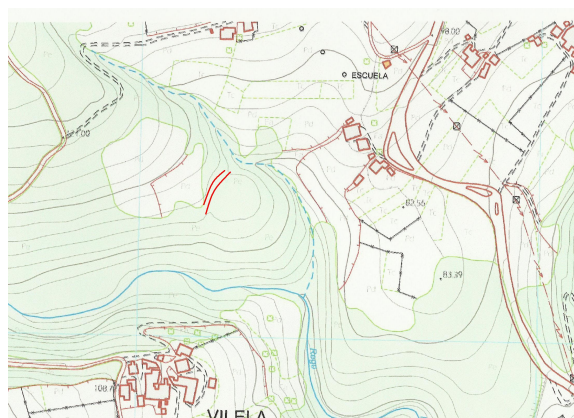
Castro en ladera de forma oval y grandes dimensiones, ca. 150 x 110 m., situado a 125 m. de altitud y orientado en dirección SW-NE. Ubicado a 175 m. del arroyo de Sabelo, sobre un promontorio en ladera, domina todo el valle de Llano, coincidiendo con las mejores tierras de cultivo de este

sector del Eo, y donde hoy se concentra la mayor parte de la población de la comarca. Fue reconocido como castro en 1969 por J.M. González (1978, 242). En la actualidad, parte del recinto fortificado esta repoblado con eucaliptos, mientras que la otra ha sufrido diversas construcciones modernas, entre las que destaca una capilla. La planta del posible poblado es oval, con varios aterrazamientos y un foso simple que parece rodear la mayor parte del poblado, hoy en día poco visible, pero de escasas dimensiones. Se recuerda en la zona el descubrimiento de restos de escorias y lo que los vecinos denominan “hornos” bajo tierra (Estrada 1994). Nos preguntamos hasta que punto lo que hay en As Croas son los restos de un despoblado medieval, por su ubicación privilegiada y la casi total ausencia de obras de fortificación propias de los castros.



### 16.183 OS CASTROS - SALCIDO - SAN TIRSO DE ABRES.

Coordenadas- HUSO UTM, 29 - x -650.523,25 m. y -4.807.407,74 m.



Castro de medianas dimensiones, *ca.* 87 x 115 m., situado en espolón a media altura sobre el arroyo de Ramadella, con orientación E-W. y ubicado a 87 m. de altitud. La colina tiene planta ovalada y esta cortada por 2 fosos al Noreste. En la actualidad, toda la zona donde se situaba el

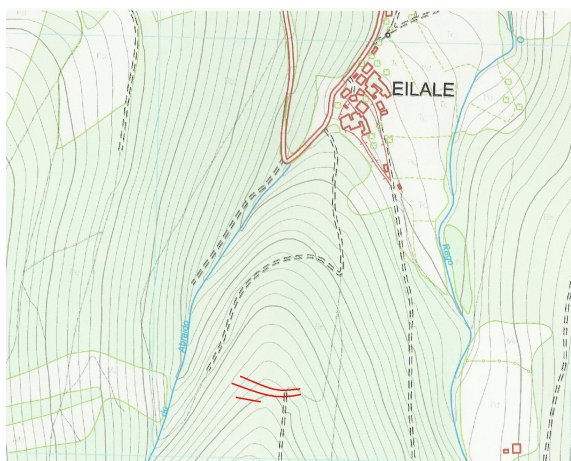
yacimiento está reforestada con eucaliptos y apenas deja ver restos de estructuras. Las defensas la forman un primer foso de 70 m. de largo y 13 m. de ancho, con un contrafoso central de 2 m. de altura. Un segundo foso, bastante colmatado y de menores dimensiones, vuelve a cerrar el sector Noreste, encajando en uno de sus extremos con el primer foso. Una vez salvados estos dos obstáculos en la aproximación al castro, nos encontraríamos con una muralla, la cual llega a tener casi 2 m. de altura en los tramos mejor conservados. Estrada (1994) habla en el inventario arqueológico de San Tirso de Abres, de un talud anexo a la muralla aunque, por lo que hemos podido ver, creemos que no es una obra defensiva, sino el amontonamiento de derrumbes de la muralla. Todo el entorno inmediato del castro es de excelentes condiciones agrícolas y ganaderas (Foto Estrada 1994).



## 16. Catálogo de los castros asturianos.

### 16.184 AS CROAS - EILALE - SAN TIRSO DE ABRES.

Coordenadas- HUSO UTM, 29 - x -649.579,90 m. y -4.809.184,56 m.



También conocido como Os Parapetos, por su sucesión de defensas excavadas en la roca y contra-fosos intermedios, As Croas es un castro de grandes dimensiones, ca. 120 m. por 80 m., ubicado en un espolón en ladera, sobre el valle de San Tirso y

en las cercanías inmediatas de la mina de la Rebolada. Fue catalogado en 1969 por J.M. González (1976, 140). Su disposición es extraña en cuanto a la fuerte pendiente del espacio urbano, así como por su ubicación periférica respecto al valle principal de mayor calidad agrícola. Su superficie es un bosque impenetrable, que apenas nos deja visitar el primer foso excavado en la roca. Las defensas se localizan en la zona más alta de la ladera, protegiendo el descenso a la zona habitada. Dichas defensas están compuestas de un primer foso cuadrangular de 55 m. de longitud y 7,5 m. de anchura, seguido de un segundo foso de 12 m. de longitud y 2,75 m. de anchura (Estrada 1994). Entre ambos queda un promontorio a modo de contrafoso de 12 m. de longitud y casi 2 m. de altura en algunos puntos. Un tercer foso es espectacular por su excavación cuadrangular en roca, lo que lleva a plantear la utilización de técnicas mineras. Abarca una anchura de 5 m. y casi otros 5 m. de altura dependiendo del sector, con unos



---

50 m. de desarrollo. Entre este último foso y el segundo, queda en medio un contrafoso de pequeño tamaño y que al igual que el primero consigue una altura respecto a la superficie de 2 m. Al sistema defensivo múltiple de fosos y contrafosos le sigue una línea de muralla marcada por derrumbes y taludes, que consideramos producto del derrumbe de la muralla. En el área central del recinto existe una estructura cuadrangular que podría ser moderna (Foto Estrada 1994).

## 16. Catálogo de los castros asturianos.

### 16.185 OS CASTROS DE MOLEXÓN - VEGADEO.

Coordenadas- HUSO UTM, 29 - x -658.205,21 m. y -4.814.896,80 m.



Brañais hacen de defensas naturales en tres de las cuatro vertientes del promontorio, mientras que un terraplén, condicionado y destruido en parte por viviendas actuales, protegía el acceso al castro. Del terraplén defensivo, pasamos a una planicie interior del castro donde en su día aparecieron restos constructivos y lo que los vecinos llaman “tumbas”. El yacimiento actual es poco visible, con el único foso en la vertiente oriental, casi totalmente colmatado. De este yacimiento conocemos la existencia de un hacha de talón de bronce (de Blas 1983).

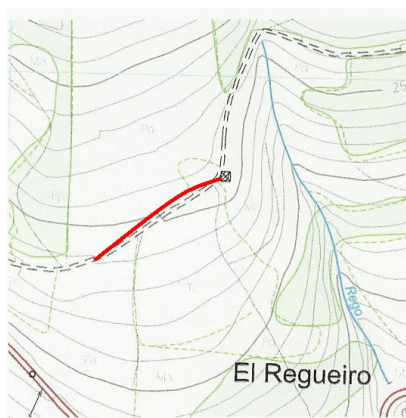
Promontorio de medianas dimensiones en forma de espolón, *ca.* 70 x 70 m., sobre el mismo pueblo y el río Suarón, con orientación Noroeste y 78 m. de altitud. La mejor referencia para acceder al yacimiento lo constituye el propio pueblo, en especial su iglesia, en plena acrópolis del yacimiento. El mencionado río Suarón y el arroyo de



---

### 16.186 OS CASTROS DE PRUÍDA - MEREDO - VEGADEO.

Coordenadas- HUSO UTM, 29 - x -661.377,86 m. y -4.811.060,05 m.



en este sector del castro mediante un foso, cuyo vaciado permitió la construcción de un talud anexo. Es posible la existencia de otro foso en la vaguada exterior del yacimiento, pero se encuentra tan deformada por construcciones actuales como el interior del yacimiento. El foso tiene 50 m. de longitud, con una profundidad entre 2 y 4 m. Otro elemento defensivo lo constituye un talud en el sector oriental, pero también se encuentra en muy mal estado y no podemos confirmar que pertenezca a una estructura defensiva antigua.

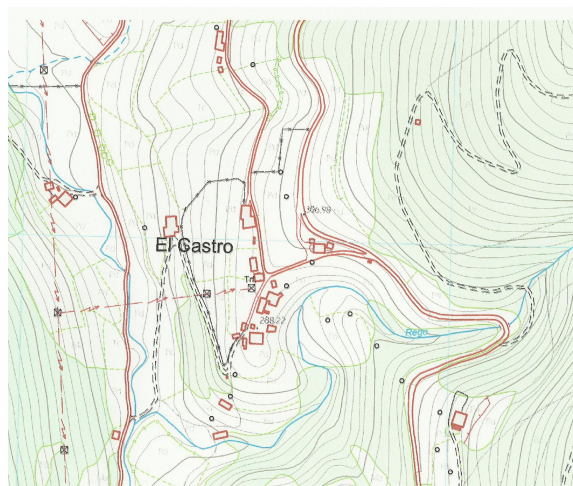
Castro situado a 170 m. de altitud y a 60 m. sobre el río Suarón, desde el que se domina el valle de Meredo. Su ubicación justo en la conjunción de los ríos Suarón y Lormes le permite utilizar el curso de ambos ríos para potenciar sus defensas naturales salvo en el lado Sur, desde donde se accede al castro. Las defensas artificiales se centran



## 16. Catálogo de los castros asturianos.

### 16.187 EL CASTRO DE CASTRO - OURIA - TARAMUNDI.

Coordenadas- HUSO UTM, 29 - x -653.411,67 m. y -4.802.389,74 m.

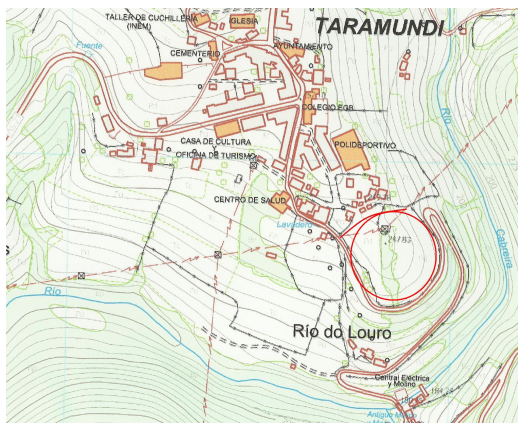


Poblado de medianas dimensiones, *ca.* 70 x 60 m., ubicado en espolón sobre el arroyo de Lamieron y orientado en dirección E-W., a 315 m. de altitud. Fue catalogado en 1969 por J.M. González (1976, 141). Todas las construcciones del entorno parecen haber utilizado piedra del castro, con restos de muros en diversos sectores del yacimiento.

Hoy en día sólo es visible un conjunto de aterrazamientos que formaron el conjunto defensivo original del castro, y algún resto de talud disperso (González 1978, 168). Los taludes, pese a su altura, podrían corresponder con aterrazamientos, muy remodelados en época posterior al castro para abrir espacios de huertas a diferente altura, aprovechando la proximidad al pueblo de Castro. De la misma forma, no tenemos claro la existencia de fosos en el sector Norte de la colina, desde donde se accedería al castro. Toda esa zona está urbanizada y habrían modificado la vaguada de acceso al recinto y sus posibles fosos. El yacimiento podría ser mucho mayor de lo que pensamos si las terrazas del Sur de la colina estuviesen también pobladas en época prerromana. En esa zona, un pequeño talud de 1,5 m. delimita el castro, con lo que podría tratarse de una cerca exterior, en cuyo caso el poblado sería de grandes dimensiones, alcanzando los 150 m. de longitud.



Coordenadas- HUSO UTM, 29 - x -657.268,27 m. y -4.807.413,85 m.



altura. Todas las laderas están defendidas por la verticalidad natural de sus pendientes, mientras el sector Norte, desde donde se accedía al castro, disponía de una muralla y posiblemente uno o varios fosos, hoy colmatados por el uso urbano del perímetro del castro. Actualmente en proceso de excavación, conocemos la existencia de restos domésticos y defensivos que van desde el Bronce Final hasta la época astur-romana, destacando una sauna castreña, así como abundantes restos materiales (Villa 2003).

Los Astures y el Poblamiento Castreño en Asturias

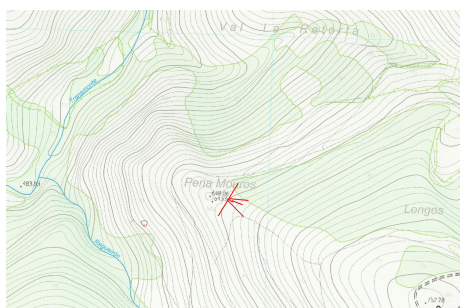


## 16. Catálogo de los castros asturianos.

---

### 16.189 EL PICO EL CASTRO - PELOU - GRANDAS DE SALIME.

Coordenadas- HUSO UTM, 29- x -669.869,63 m. y -4.780.727,71 m.



Se trata de un pequeño poblado fortificado ubicado a 700 m. de altitud y defendido por un gran foso, en el que convergen tres canales excavados con técnicas mineras. Fue catalogado en 1973 por J.M. González (1976, 139) Durante años

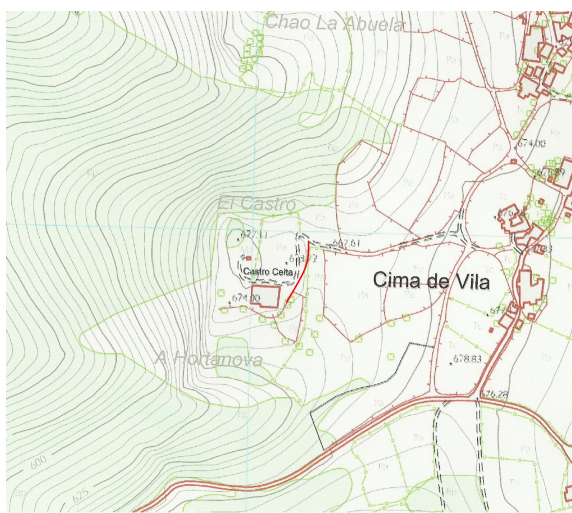
se planteó que estos yacimientos respondían a un fenómeno de castros mineros, o poblados que albergarían a los trabajadores de las minas de oro romanas, pero las excavaciones realizadas en los últimos años (Villa 2007b), demuestran que se trata de un pequeño poblado ocupado durante la Edad del Hierro, defendido ya en su momento por una muralla y los fosos, y posteriormente reocupado y modificado con fines militares en el siglo I d.C. y durante el siglo IV d.C. (Foto aérea en Villa 2007b).



---

### 16.190 EL CHAO SAN MARTÍN - GRANDAS DE SALIME.

Coordenadas- HUSO UTM, 29 - x -668.505,69 m. y -4.784.979,93 m.



Castro en corona de grandes dimensiones, ca. 90 x 150,. Orientado en dirección N-S., a una altitud de 657 m, cubre la totalidad de la ladera occidental mediante la defensa natural y una muralla en su cima, mientras que el resto de las vertientes

son defendidas con un sistema de 3 fosos excavados en roca y 2 contrafosos intermedios. Fue catalogado en 1967 por J.M. González (1976, 111). A partir de los años 80, y con motivo del plan arqueológico del Navia, comienzan las excavaciones en el castro. Si bien durante varios años se plantea un origen exclusivamente romano del lugar, a partir de 1995 se reconoce la existencia de niveles prerromanos (Villa 2002). Las fechas de carbono 14 indicarán posteriormente que el origen del castro está en el Bronce Final, donde un poblado con empalizada de madera y una gran cabaña central dejaría paso a una trama urbana de la Edad del Hierro. La romanización supone ciertos cambios estructurales y defensivos en la configuración de la trama urbana hasta el siglo II d.C., momento en el que un terremoto acaba con la ocupación humana en el lugar hasta la Edad Media, donde el castro se usa parcialmente como cementerio (Villa 2005).

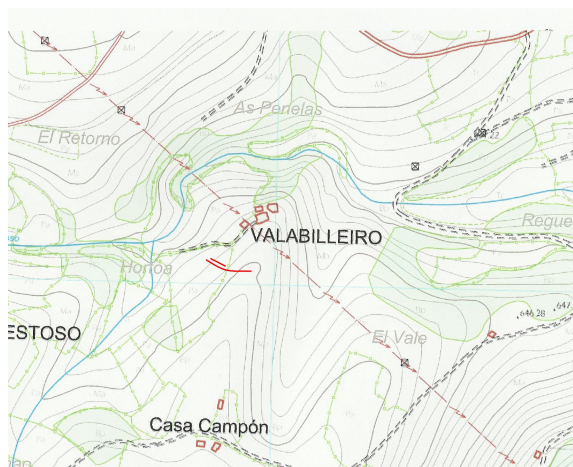


## 16. Catálogo de los castros asturianos.

---

### 16.191 EL CASTRO - VALABILLEIRO - GRANDAS DE SALIME.

Coordenadas- HUSO UTM, 29- x -668.505,69 m. y -4.784.979,93 m.



le siguen varios aterrazamientos internos, que conforman espacios llanos, donde se asienta una construcción contemporánea. En el interior del yacimiento existen restos de canalizaciones y galerías y del lugar procede un hacha de bronce, de talón y anillas, propiedad de D. J. Naveiras.

Se trata de un castro mediano, *ca.* 130 x 60 m., sobre un promontorio en ladera alargado en espolón, con 2 fosos al SW., excavados en la roca. Al entrar en el recinto fortificado se observa un promontorio elevado sobre los fosos, a los que



---

### 16.192 PENA DEL CASTRO - FOLGOSA - GRANDAS DE SALIME.

Coordenadas- HUSO UTM, 29 - x -665.665,65 m. y -4.782.691,80 m.



Los restos están formados por acumulaciones de bloques de cuarcita, con más de 4 m. metros de altura en algunas zonas. A estos elementos se les suma los restos de una muralla visible en el sector SW., aunque dañada por la carretera que desciende a Folgosa desde Grandas.

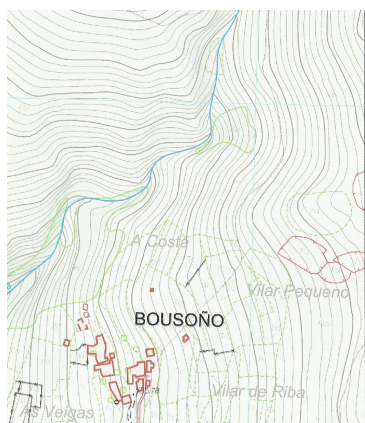
Situado a 715 m. de altura, y a solo 100 m. de un pequeño manantial, se encuentra este poblado fortificado sobre un crestón cuarcítico con orientación SW-NE. El promontorio está fortificado por fosos, contrafosos y muralla, y combina estas defensas artificiales con el uso natural de un acantilado en su sector occidental. Los 3 fosos cierran el recinto al NE., mientras que los 2 contrafo-



## 16. Catálogo de los castros asturianos.

### 16.193 PICO DA MINA - BOUSOÑO - SAN MARTÍN DE OSCOS.

Coordenadas- HUSO UTM, 29 - x -670.681,06 m. y -4.796.621,33 m.



Poblado fortificado de pequeñas dimensiones, ca. 60 x 40 m., ubicado en una zona limítrofe entre la comarca de los Oscos y Pesoz, a 950 m., con orientación en dirección N-S. Dispone de un sistema defensivo formado por 3 fosos de escasa profundidad excavados en la roca, a los que se suma, una muralla poco visible en la actualidad. En



Figura 16.2: Estructuras circulares en el sector sur del castro.

el recinto exterior, en su vertiente oriental, nos encontramos con un sistema defensivo de piedras hincadas (Carrocera 1983; Esparza 2003). El es-



---

pacio interior es muy escaso, mientras que los dos aterrazamientos que se observan pendiente abajo, parecen producto de los derrumbes de la zona superior, con lo que podríamos estar ante un bastión defensivo en la cabecera del yacimiento al que sigue un escaso espacio habitable. En el sector Sur del yacimiento se observan restos parciales de algunas edificaciones circulares, mientras que la cabecera Norte podría haber estado defendida por un pequeño bastión o torre de cabecera. Los hallazgos materiales constan de cerámicas de pastas groseras, sin apenas decoración más allá de algún bruñido y espatulado, así como dos fíbulas, trasmontana y longo travesao tipo C, para las que se asigna un momento escasamente anterior al cambio de era (Villa 2007c, 208). La inexistencia de materiales de época romana, y la cercanía inmediata con San Isidro, cuya relación arquitectónica es evidente, al disponer ambos emplazamientos de piedras hincadas, nos lleva a plantear la hipótesis de que estemos ante un pequeño recinto militar romano de la época de la conquista, al que sucede poco después en el tiempo el vecino San Isidro, manteniendo la misma funcionalidad que el Pico da Mina, en el control del paso que divide el valle del Navia con la comarca de Oscos y sus recursos mineros.

## 16. Catálogo de los castros asturianos.

### 16.194 SAN ISIDRO - BOUSOÑO - SAN MARTÍN DE OSCOS.

Coordenadas- HUSO UTM, 29 - x -670.681,06 m. y -4.796.621,33 m.

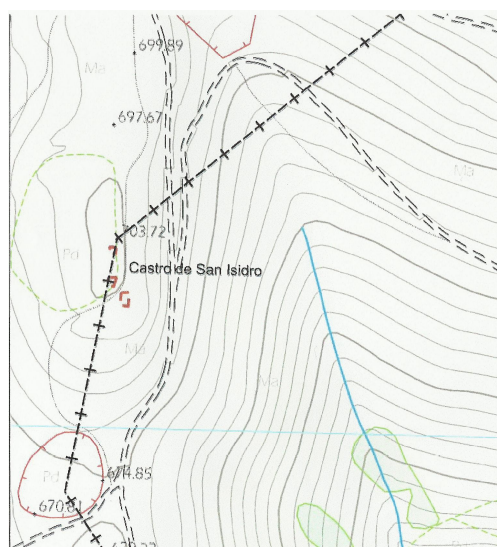


Figura 16.3: Detalle de las piedras hincadas del sector sur del castro.

Recinto fortificado de medianas dimensiones, ca. 100 x 80 m., ubicado a 704 m. de altitud, y orientado en dirección N-S. La fortificación se si-

tuaba en corona, disponiendo como defensas artificiales un sistema de fosos con varios contrafosos intermedios, a los que se une un extenso campo



---

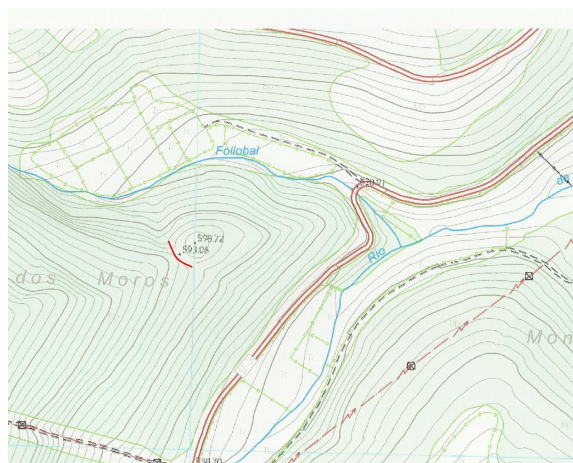
de piedras hincadas en el interior y bordes de los fosos, flanqueando el acceso principal al recinto, situada en al poniente, coincidiendo con las zonas más bajas del recinto. El sistema de fosos rellenos con piedras hincadas se centran en el sector Sur del yacimiento, aunque circunvalan todo el emplazamiento, uniéndose las 6 líneas de fosos de la cabecera Sur en una sola, que vuelve a dividirse en dos en la cabecera Norte. La presencia de dos líneas diferenciadas de lienzo de muralla en el sector septentrional ha sido interpretado como un paseo de guardia, mientras que el único edificio exhumado en el interior del recinto, corresponde a una estructura cuadrangular de considerables dimensiones en comparación con la arquitectura doméstica castreña (Villa 2007c, 208). En los años 80 se realizan una serie de sondeos dentro del plan arqueológico del Navia, que apenas ofrecen datos materiales. La presencia de una moneda que es interpretada como de Galieno, del siglo IV d.C., así como algunos materiales cerámicos que podrían corresponder al siglo I d.C., llevan a Carrocera (1989 y 1992, 129) a afirmar que estamos ante un lugar vinculado a la minería del oro, donde la importación de las defensas, mediante piedras hincadas, probaría el origen meseteño de sus habitantes. Una interpretación posterior por parte de Villa (2007c, 211), defiende el contexto de todos los materiales hallados, en torno al siglo I d.C., interpretando el yacimiento, dentro de un contexto militar romano, también vinculado al control visual y explotación del oro. La cronología del yacimiento, posterior al del vecino Pico da Mina, podría indicarnos un traslado y ampliación de la funcionalidad defensiva hacia San Isidro desde el castro anterior.

## 16. Catálogo de los castros asturianos.

---

### 16.195 EL CASTRO - LINERAS - SANTA EULALIA DE OSCOS.

Coordenadas- HUSO UTM, 29- x -660.071,56 m. y -4.791.192,89 m.



castro posiblemente como continuación y complemento a la muralla, lo que ha dejado abundantes derrumbes por toda la zona y donde se aprecian algunos pozos de saqueo. Fue catalogado por J.M. González (1976, 140). El castro podría estar en los alrededores de una corta minera si tenemos en cuenta la carta arqueológica local (Villa 1996), aunque no hemos podido apreciar resto alguno, debido a la densa vegetación que cubre la colina del castro. El mismo problema lo hemos tenido a la hora de visitar los restos de muros pertenecientes a construcciones y a un tramo de muralla que cita la carta arqueológica realizada por A. Villa (1996; Foto Villa 1990).

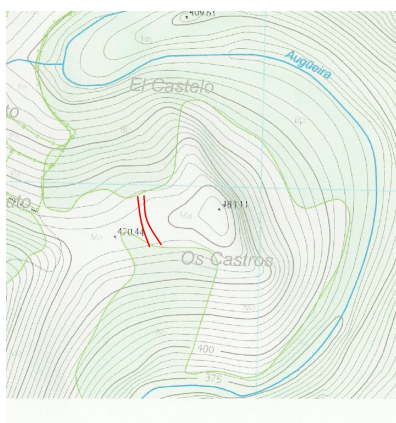
A 250 m. del arroyo de Lineras y a 396 m. de altitud, el castro se ubica sobre un espolón rocoso, defendido en todas sus vertientes por la verticalidad natural de sus laderas, salvo en el extremo SE. Existe un torreón anexo a la entrada del



---

### 16.196 LOS CASTROS - FERREIRA - SANTA EULALIA DE OSCOS.

Coordenadas- HUSO UTM, 29- x -662.820,35 m. y -4.788.775,03 m.



El castro de Ferreira a 490 m. de altura es un yacimiento que podemos denominar atípico, si es que pertenece a un castro. Por un lado, un torreón ocupa un espacio destacado en el promontorio fortificado, algo que normalmente sucede como prolongación y refuerzo de las líneas de muralla. Por otra parte, sólo se percibe claramente uno de los

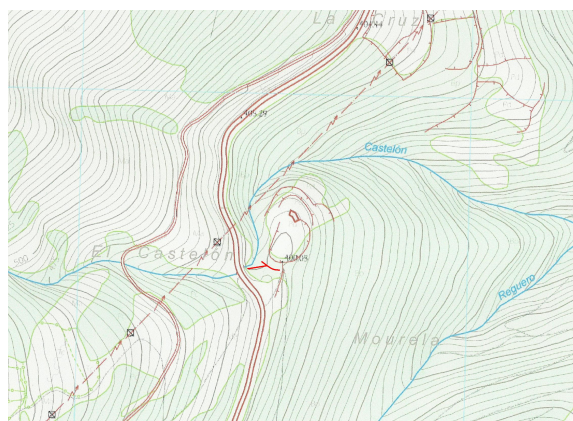
fosos, aunque esto pueda deberse a los amplios rellenos forestales que se van acumulando en la zona de acceso al castro. El promontorio de los castros se ubica en fondo de valle, a modo de espolón y a 35 m. sobre el río Agüeria, al sur del pueblo de Ferreira. La forma del promontorio, como puede observarse a distancia, es cuadrangular y esta defendido en el sector Oeste por un conjunto de fosos. El más exterior de esos fosos es muy nítido, excavado en la roca y de forma cuadrangular, mientras que el siguiente es casi inapreciable. A estas zanjás en la zona de acceso les sigue una muralla, cuyos derrumbes son perceptibles en buena parte de la colina, mientras que en el interior del recinto fortificado se observan restos de diversas construcciones (Foto Villa 1990).

## 16. Catálogo de los castros asturianos.

---

### 16.197 EL CASTELÓN - ILLANO - ILLANO.

Coordenadas- HUSO UTM, 29 - x -672.772,81 m. y -4.799.345,02 m.



gunos tramos protege buena parte del poblado, mientras que en el sector Sur, un canal excavado en la roca conduce el agua del arroyo cercano hasta la vaguada de acceso al castro, convirtiéndolo en un complemento defensivo. Este foso fue puesto por J.L. Maya (1988, 32-33) como ejemplo de construcción defensiva realizada mediante técnicas mineras.

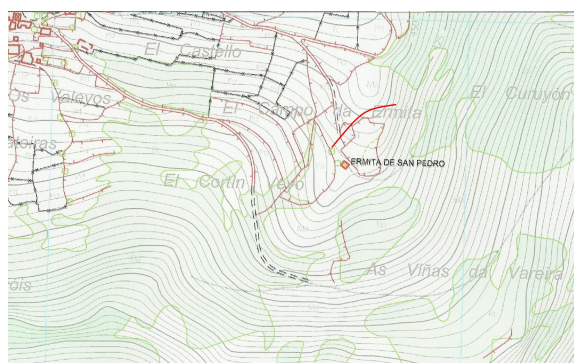
Castro en espolón sobre el fondo de valle de Illano, ubicado a 401 m. de altitud y orientado en dirección NE-SW. Dispone como restos defensivos de un foso y 2 líneas de muralla muy bien conservadas, a diferente altura, formando dos terrazas de hábitat, aunque ésta parece concentrarse en la superficie más alta del poblado. Fue catalogado en 1967 por J.M. González (1976, 111), aunque previamente Aurelio de Llano (1928) descubrió el yacimiento y dio a conocer la existencia en su interior de tres casas, así como molinos. Un enorme talud amurallado de hasta 5 m. de altura en al-



---

### 16.198 EL CASTELO - VILLAR DE SAN PEDRO - BOAL.

Coordenadas- HUSO UTM, 29- x -673.368,46 m. y -4.806.863,92 m.



y Oeste, la pendiente de las laderas hace de defensa natural, mientras que en el sector Sur parece existir otro foso bastante colmatado. En el interior no se aprecian restos de derrumbes o estructuras, salvo la línea de muralla, cuyos derrumbes se aprecian a lo largo de 9 m. de longitud. Esta muralla protegería un recinto interior elíptico de 80 m. de longitud y 60 m. de ancho, dividido en diversos aterrazamientos interiores (Foto Consejería de Cultura del principado de Asturias).

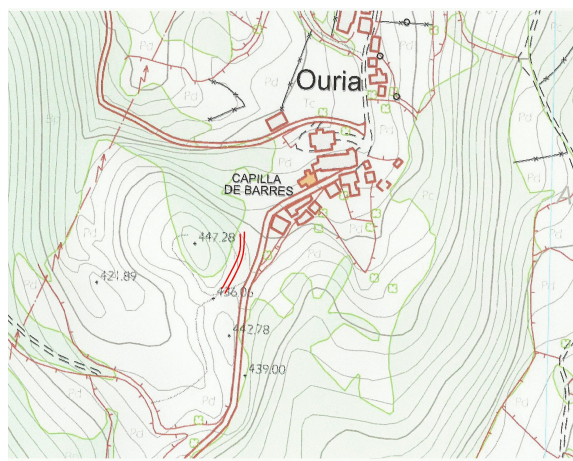
El Castelo se sitúa en un espolón sobre el río Urubio, a 470 m. de altitud y con una orientación N-S. Su acceso, desde el cordal del monte Carrugueiro, es cortado por un foso que sigue la dirección NE-SW., reaprovechado como camino que conduce a la ermita situada en el propio castro (García Martínez 1929). Fue catalogado en 1949 por J.M. González (1976, 137). En sus lados Norte



## 16. Catálogo de los castros asturianos.

### 16.199 EL CASTILLÓN - VEGA DE OURIA - BOAL.

Coordenadas- HUSO UTM, 29 - x -671.487,98 m. y -4.811.745,56 m.



Ubicado sobre un espolón en la estribación norte del monte Vao Bello, orientado en dirección N-S., a 447 m. de altitud y defendido de forma natural por la pendiente de sus laderas sobre el arroyo de Monteferroso. Fue catalogado en 1949

por J.M. González (1976, 137). El sistema defensivo artificial se compone de 3 fosos y una muralla en la zona de acceso. El primer foso mide 6,4 m. de ancho y 4 m. de profundidad en algunos sectores, el segundo foso, reutilizado como camino para acceder al pueblo de Ouria, mide 4 m. de ancho, mientras que el tercer foso es el mayor, con casi 20 m. de anchura. Sobre estos fosos, y sus sucesivos contrafosos, se levanta la línea de muralla cuyos derrumbes son visibles durante unos 60 m. de longitud. El recinto interior mide 125 m. de largo por 88 m. de ancho, con aterrazamientos en los sectores Norte y Oeste, donde se habrían asentado zonas de viviendas (Acevedo 1898). A su excelente ubicación en torno a zonas de calidad agrícola y ganadera en el fondo de valle, se une su proximidad inmediata a diferentes frentes de explotación aurífera (Foto Consejería de Cultura del Principado de Asturias).



---

### 16.200 EL CASTRO - PENDIA - BOAL.

Coordenadas- HUSO UTM, 29 - x -680.998,72 m. y -4.811.294,62 m.



Se encuentra ubicado a 163 m. de altura, con orientación S-N., en un espolón de pendientes muy pronunciadas sobre el arroyo de Pencia, que protegen todas las vertientes del castro, salvo la Sur, donde se concentran los elementos defensivos. Estos se componen de 2 fosos excavados en la roca y una muralla de 3 m. de ancho, a la que se le une un bastión. En una ladera inclinada hacia el arroyo se distribuye todo el conjunto urbano, con 11 viviendas, a la que habría que sumarle la presencia de saunas. Fue excavado en 1941 por García y Bellido (1942) y catalogado en 1967 por J. M. González (1976, 107). Los materiales muestran restos procedentes de una ocupación protohistórica, astur-romana e incluso elementos cerámicos medievales (Maya 1989).

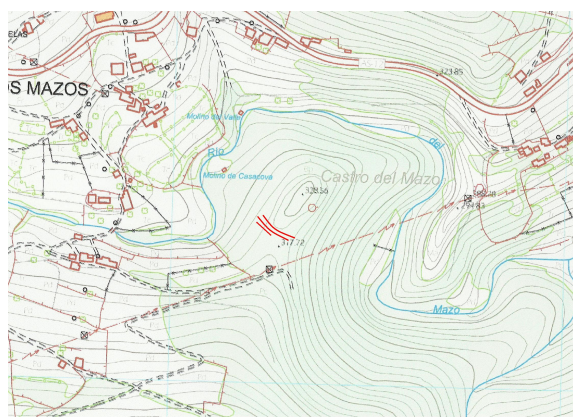


## 16. Catálogo de los castros asturianos.

---

### 16.201 EL CASTRO - LOS MAZOS - BOAL.

Coordenadas- HUSO UTM, 29 - x -678.660,62 m. y -4.811.249,57 m.



profundidad. La muralla que bordea este conjunto defensivo exterior del poblado parece medir unos 100 m. de longitud, pero sus derrumbes no son visibles con claridad en todos sus tramos. Fue catalogado en 1967 por J. M. González (1976, 107). En su interior, hoy tomado por el bosque, no se observan restos de construcciones definidas, pero sí abundantes derrumbes repartidos por sectores próximos a la muralla (Foto Consejería de Cultura del Principado de Asturias).

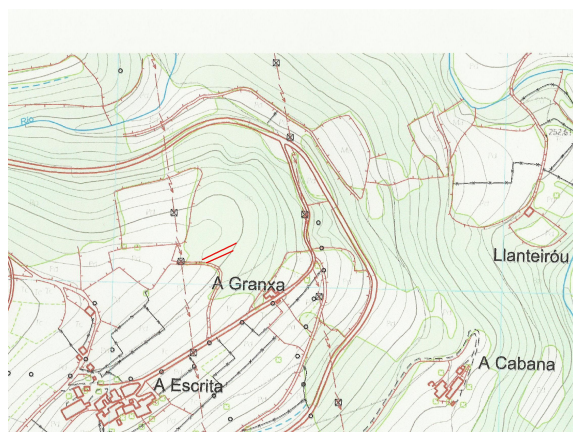
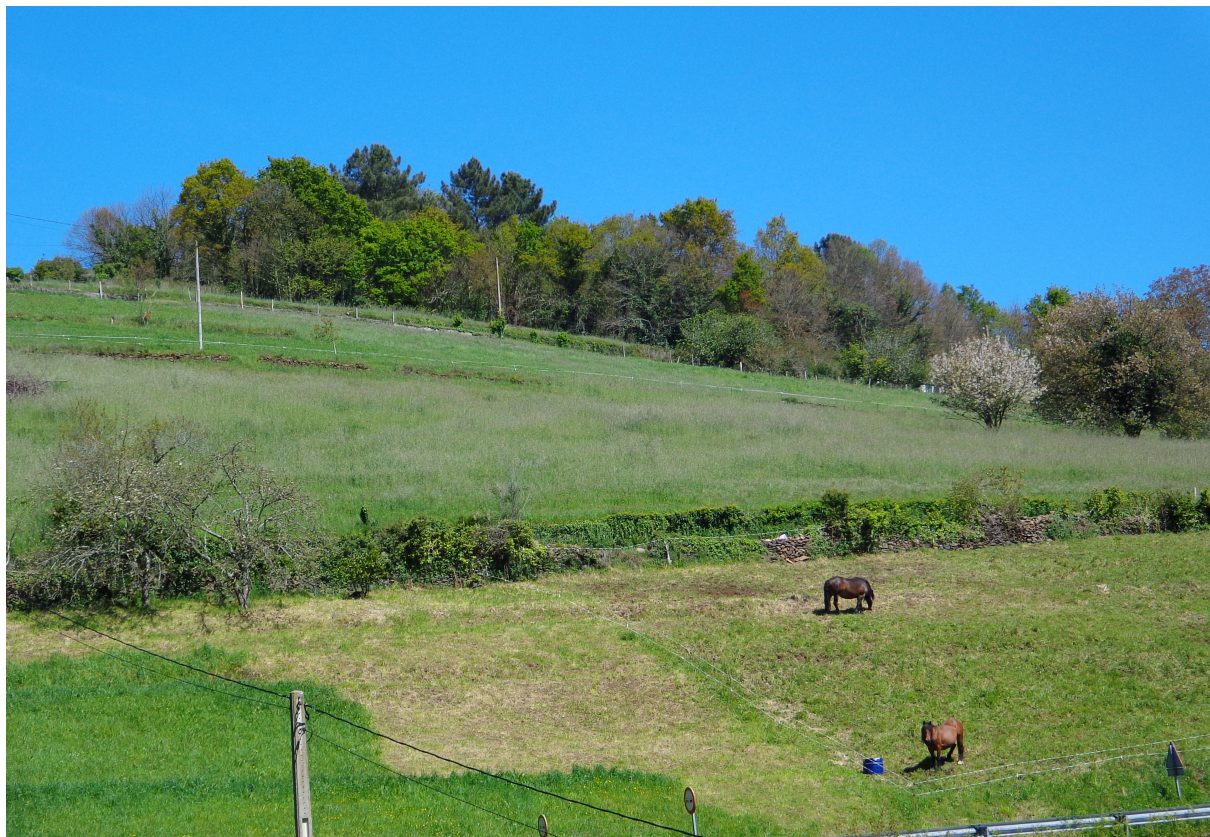
Castro en espolón sobre el arroyo de Pendia, orientado en dirección N-S., a 331 m. de altitud. El sistema defensivo se concentra en el sector SW., con 3 fosos y sus 2 contrafosos intermedios. Todos los fosos tienen una longitud entre 135 y 118 m., con una anchura media de 5 m. y hasta 4 m. de



---

## 16.202 EL CASTRO - LA ESCRITA - BOAL.

Coordenadas- HUSO UTM, 29 - x -676.633,54 m. y -4.808.088,67 m.



El poblado se ubica sobre un promontorio en ladera, a 300 m. sobre el río Navia, defendido en su sector Sur, por 3 fosos y 3 contrafosos. El interior del recinto, con unos 42 m. de ancho y 72 m. de largo, podría ser más amplio si tenemos en cuenta que en la zona Norte, donde pasa la actual carretera y que es el punto que se ha tenido como límite estructural del yacimiento, se observaban

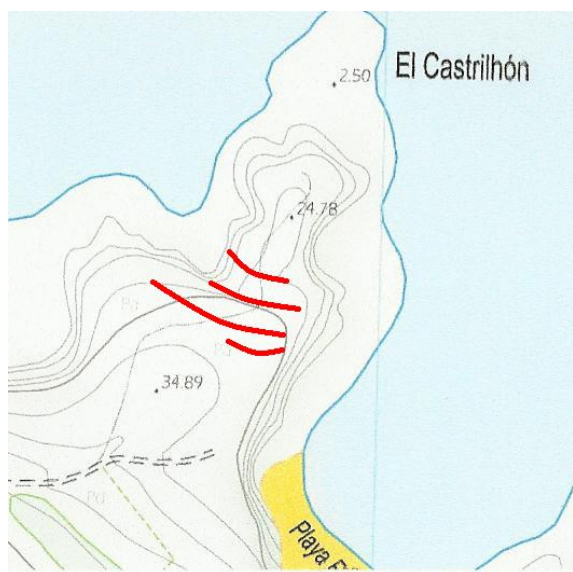
restos de viviendas. Es quizás uno de los poblados fortificados, junto a Coaña, con más referencias en la bibliografía arqueológica del río Navia durante el siglo XX (Maya 1988, 36). Pese a la realización de sondeos en la zona dentro del plan arqueológico del Navia, solo sabemos que estamos ante un castro habitado desde el Bronce Final a la época romana. Entre los hallazgos materiales que recogen las referencias bibliográficas tenemos armas de bronce, fíbulas, cerámica romana, así como restos de viviendas circulares, hoy desaparecidas por la acción de una antigua cantera. Salvo restos de derrumbe en el límite con la carretera, un pequeño tramo de muralla y los fosos, a día de hoy no se observan más restos de estructuras. Excavado por Elías Carrocera (1989) a finales de los años ochenta, los restos romanos hallados en su interior delatan un final del poblado en el siglo II d.C., con un origen claro en el Bronce Final, si tenemos en cuenta el estudio de J.L. Maya (1988, 36).



## 16. Catálogo de los castros asturianos.

### 16.203 EL CASTRILLÓN - ANDÉS - NAVIA.

Coordenadas- HUSO UTM, 29 - x -682.370,43 m. y -4.825.665,84 m.



Catalogado en 1970 por J.M. González (1976,

139) y descrito posteriormente por Camino (1995, 83), el Castrillón de Teifaros, en la parroquia naviega de Andés, ocupa un promontorio en península costera a unos 25 m. de altitud. Rodeado del mar en tres de sus cuatro vertientes, se protegía en la zona Sur, la única zona de acceso por tierra, mediante un sistema de 4 fosos, uno de los cuales se encuentra hoy en día totalmente colmatado. Los fosos tienen forma arqueada hacia el exterior del recinto fortificado y varían en distancia entre unos y otros, dando a entender que no estamos ante una obra de fortificación homogénea en el tiempo, sino ante varias fases de fortificación o de ampliación del castro. Las distancias entre los fosos no son comunes en los castros asturianos, ni siquiera en las obras de fortificación costeras que suelen tener un número de fosos superior a los castros de interior. El primer foso, el cual creemos colmatado parcialmente, mide apenas 20 m. de longitud por 2 m. de profundidad. El siguiente, excavado en la roca, llega a los 65 m. de largo



---

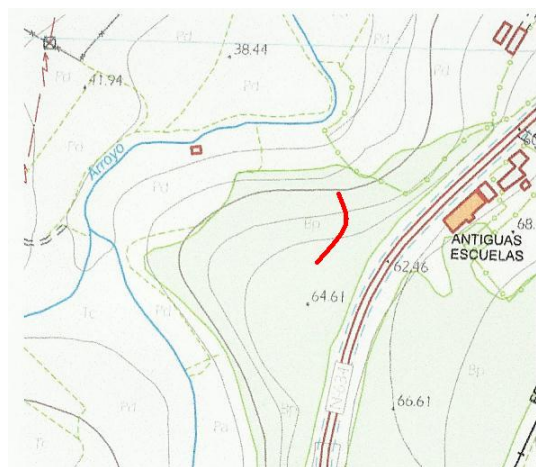
y repite los 2 m. de profundidad del primero. El tercer foso es más profundo, llegando a los 3 m., mientras que su recorrido es menor al estrecharse la península y no llega a los 45 m. El último foso es de 35 m. de largo y su profundidad varía dependiendo del sector entre 1 y 3 m. En el sector oriental del castro se encuentran algunos restos de construcciones sin definir, formadas por numerosos derrumbes de piedra.

## 16. Catálogo de los castros asturianos.

---

### 16.204 LOS CASTIELLOS - PIÑERA - NAVIA.

Coordenadas- HUSO UTM, 29 - x -687.753,39 m. y -4.823.844,48 m.



allanamientos agrícolas, construcciones y el paso de la carretera N-634. Debido a estas modificaciones, hoy en día solo se observa un único foso que rodea el promontorio en las vertientes Norte y Este. En el sector Sur, el más accesible al castro, existirían uno o más fosos que no se conservan. Tampoco hay huellas de construcciones o hallazgos materiales salvo en la tradición oral de la zona que recuerda la aparición de muros en la zona. El único foso visible en la actualidad conserva 10 m. de anchura y 3 m. de profundidad en el sector Noreste, que es donde mejor se observa.

Castro de grandes dimensiones, *ca.* 190 x 170 m., ubicado en corona, a 84 m. de altitud, y orientado en dirección NW-SE. Fue catalogado en 1966 por J.M. González (1976, 115). Se trata de un castro muy reformado en épocas posteriores, con destrucciones de parte de sus defensas tanto por



### 16.205 EL CASTRO - PUERTO DE VEGA - NAVIA.

Coordenadas- HUSO UTM, 29 - x -691.256,66 m. y -4.826.812,60 m.



torio donde se ubica el yacimiento se encuentran defendidas por la pendiente natural sobre el mar, salvo el sector SE., donde una línea posiblemente formada por hasta 3 fosos, pero de los que sólo se observa uno hoy en día, cortaba el acceso al poblado. Fue catalogado en 1966 por J.M. González (1975, 114). Un talud curvilíneo a la entrada del castro, que conecta con lo que parece el arranque de un foso, muestra la posible colmatación de parte de las defensas. En los perfiles del acantilado, se pueden ver los cortes de éstas, cuyo trazado posterior se pierde en la llanura. Tras el foso principal, de unos 50 m. de largo y 2 m. de profundidad, se alza un talud o parapeto interior, con lo que la profundidad del foso desde la cima del talud alcanza los 4 m. (Camino 1995, 93). El acceso al interior del recinto se haría por un corte central en las defensas, de hasta 5 m. de anchura, y que pensamos podría corresponder con un aplanamiento contemporáneo de ese sector de las defensas.

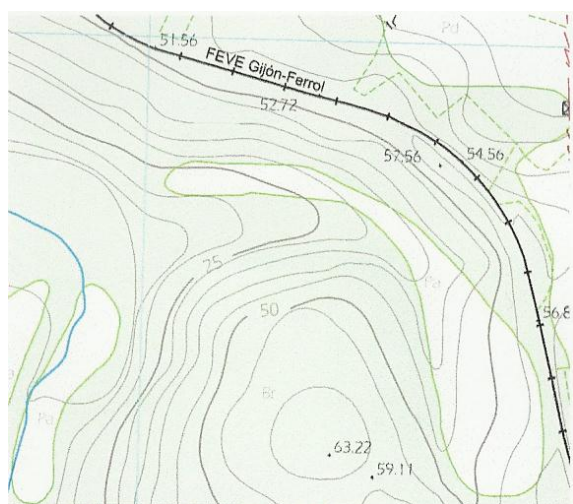
Castro costero de pequeñas dimensiones, ca. 60 x 40 m., a 26 m. de altitud y orientado en dirección NW-SE. Todas las vertientes del promon-



## 16. Catálogo de los castros asturianos.

### 16.206 EL CASTIEL - SOIRANA - NAVIA.

Coordenadas- HUSO UTM, 29 - x -688.405,17 m. y -4.826.089,05 m.



Castro costero de pequeñas dimensiones, *ca.* 60 x 60 m., ubicado sobre un promontorio en espolón a 63 m. de altitud. Dos grandes vaguadas, a ambos costados del castro, permiten una am-

plia defensa natural de la colina donde se ubica el yacimiento, mientras que las defensas artificiales, formadas por 4 fosos, cortan la zona de acceso en la vertiente Sureste. Un primer foso, de apenas 20 m. de longitud, arranca desde la vaguada Norte y podría conectar con un talud exterior, aunque hoy se encuentra colmatado en su mayor parte. Un segundo foso, de unos 48 m. de longitud y 2 m. de profundidad, da inicio a una serie de otros 2 de similares características en longitud y profundidad, con pequeños contrafosos intermedios, cortados de vez en cuando por colmataciones y destrucciones recientes. El espacio interior es de forma rectangular, con apenas 20 m. de longitud llanos, para pasar a otros 40 m. restantes en bastante pendiente, lo que nos lleva a plantearnos la posibilidad de estar ante un castro torre. Según Camino (1995, 90), la entrada al castro pudo estar en el vértice Sur, observación tomada del corte en perpendicular a las defensas.



### 16.207 LA SANTA OLALLA - VILLANUEVA - NAVIA.

Coordenadas- HUSO UTM, 29 - x -684.105,08 m. y -4.821.751,68 m.



Castro de medianas dimensiones, ca. 90 x 100 m., orientado en dirección NE. y ubicado a 335m. de altitud. El poblado estaba defendido por la

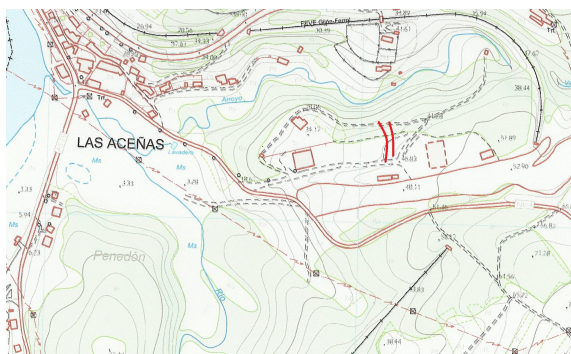
caída natural de sus paredes en el sector Oeste, mientras que el resto de las vertientes disponían de 4 fosos en los sectores Sur y Este, y un solo foso en el sector Norte. Éste único foso es de 3 m. de profundidad respecto a la base del parapeto que defiende el interior del castro y su anchura llega a los 5 m. en algunos puntos. Los tres fosos que rodean los sectores oriental y Sur disponen de las siguientes medidas: El primer foso 6 m. de anchura y 1 m. de profundidad. El segundo foso es enorme, llegando a los 18 m. de anchura en algunos puntos y casi 10 m. de profundidad. El tercer foso es de 7 m. de ancho y 2,5 m. de profundidad, mientras que el último, es de 9 m. de anchura y 3 m. de profundidad. Los intervalos entre los fosos forman tres parapetos intermedios en los sectores Este y Sur, y un sólo parapeto en el sector Norte. El primero de ellos tiene 1 m. de altura, el segundo 2 m. de altura y el tercero 7 m. El recinto interior es de forma cuadrangular y no se han hallado restos de muralla, construcciones o materiales.



## 16. Catálogo de los castros asturianos.

### 16.208 EL CASTRO - VILLANUEVA - NAVIA.

Coordenadas- HUSO UTM, 29 - x -684.607,75 m. y -4.821.267,43 m.



Castro con forma rectangular y medianas dimensiones, ca. 75 x 50 m., orientado al NE., y ubicado a 25 m. de altitud. El poblado se ubicaba sobre un promontorio que sobresalía en el paisaje llano de la ribera oriental del Navia, a pocos metros de la propia ría. Hoy en día se encuentra bastante transformado, tanto por su cercanía a un grupo de viviendas como por la plantación de eu-

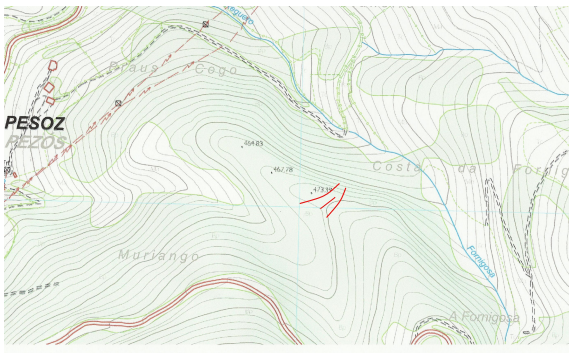
calipto en su recinto interior. Si en el sector Oeste no se observan defensas, quizás por las modificaciones antes comentadas, en el sector Este, Sur y Norte se aprecian los restos de 2 fosos y una línea de muralla formada por líneas de cantos de río y pizarras en perfecto orden, lo que nos lleva a plantearnos si realmente son los restos de la muralla, o un cierre perimetral de una casería próxima, al no existir paralelos conocidos en los castros asturianos. El foso exterior tiene 16 m. de anchura y 8 m. de profundidad, formando una vaguada que a veces parece más un nexo natural con el promontorio que un foso artificial. El segundo foso tiene una anchura de 5 m. y 2,5 m. de profundidad. Entre ambos fosos surge un contrafoso que alcanza en algunos puntos una 10 m. de ancho y 5 m. de altura.



---

### 16.209 EL CASTRO - PESOZ (SANTA CRUZ) - PESOZ.

Coordenadas- HUSO UTM, 29 - x -672.797,24 m. y -4.791.625,37 m.



anchura por 4 m. de profundidad, seguido de un contrafoso amurallado. El segundo foso es de 6 m. de anchura por 3,75 m. de profundidad, mientras que el tercero forma una gran vaguada de unos 20 m. de anchura. Díaz y Sierra (1996), autores de la carta arqueológica local, dicen haber visto restos de minería en el entorno inmediato del castro, algo que no hemos podido certificar en nuestra visita debido a la vegetación de la zona.

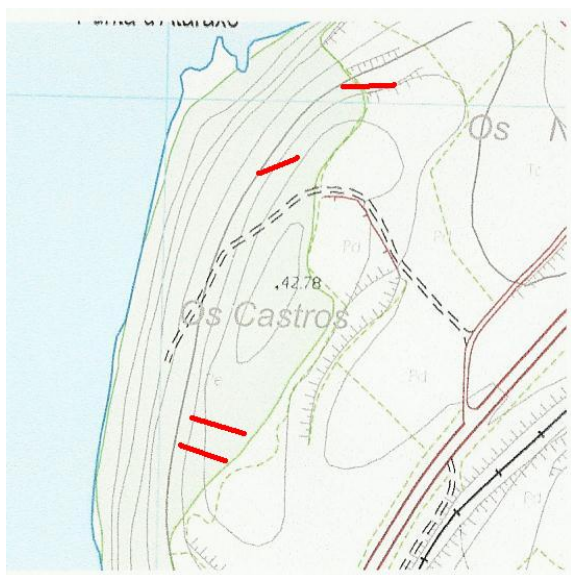
El castro de Santa Cruz se ubica sobre un promontorio en ladera a 473 m. de altura junto a un afluente del río Agüeria, controlando desde aquí el mismo pueblo de Pesoz y su valle. Fue reconocido por J.M. González (1976, 115). El sistema defensivo se compone de 3 fosos y 2 contrafosos intermedios, a los que sigue un torreón de cabecera unido a la línea de muralla. El primer foso es de 5,5 m. de



## 16. Catálogo de los castros asturianos.

### 16.210 LOS CASTROS - VILAVEDELLE - CASTROPOL.

Coordenadas- HUSO UTM, 29 - x -658.091,09 m. y -4.816.945,69 m.



Ubicado sobre un promontorio a pocos metros de la Ría del Eo, hoy en día parcialmente ocupado por un bosque de eucaliptos, junto a algunas

tierras de cultivo en el sector Norte y Este. El yacimiento, a 43 m. de altura, está orientado en dirección NE-SW., y dispone de defensas artificiales consistentes en 2 fosos, taludes y una muralla salvo en la vertiente occidental, protegida por la pendiente natural de sus paredes. En la vertiente Sur nos encontramos con 2 fosos de corto recorrido con menos de 30 m. de largo cada uno que forman dos parapetos consecutivos, uno entre ambos fosos, y el otro al pasar el foso más cercano al poblado. Mide unos 100 m. de largo por 52 m. de ancho y su entorno inmediato es de excelente calidad agrícola. Fue catalogado en 1968 por J.M. González (1976, 137). Según Camino (1995, 30), se observan otros dos fosos en el extremo Norte, algo que no hemos podido comprobar debido a la densa vegetación en el límite con el bosque de eucalipto. Una pista que conduce al yacimiento desde la carretera general cortó en su día un tramo de muralla, mientras que el sector más próximo a la ría podría disponer de varias estructuras circulares (Camino 1995, 31) que tampoco hemos podido localizar.



### 16.211 LOS CASTROS - CASTRO - CASTROPOL.

Coordenadas- HUSO UTM, 29 - x -660.905,56 m. y -4.821.069,69 m.



Ubicado sobre un promontorio en espolón sobre la Ría del Eo, con 39 m. de altura esta orientado en dirección N-S., y mide unos 96 m. de largo

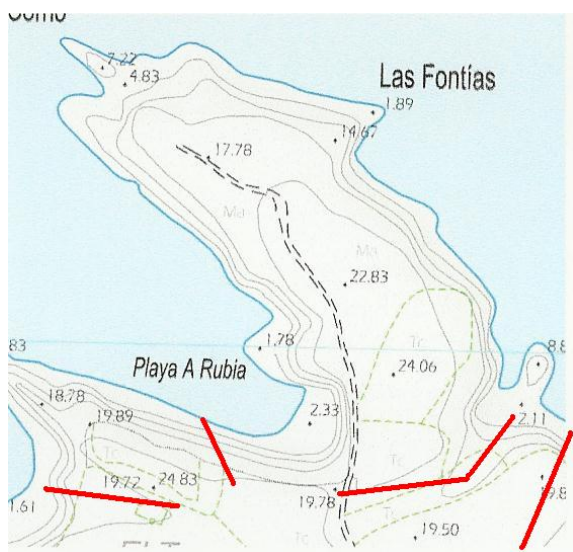
por 91 m. de ancho. Fue catalogado en 1968 por J.M. González (1976, 137). El lugar se encuentra totalmente orientado hacia la Ría del Eo de la que tiene una amplia visibilidad y donde el entorno es de gran calidad agrícola. El lado Sur se protegía con 2 fosos que hoy en día se encuentran colmatados. El primero de ellos, en forma de V tiene 5 m. de anchura y 4,5 m. de profundidad. Después de un contrafoso intermedio entre ambos accedemos al segundo foso, de apenas 2 m. de profundidad y 20 m. de anchura, que forma una vaguada amplia antes del recinto interior del castro. Estudiado por Camino (1995, 35), cita la existencia de un gran muro en perpendicular al perímetro de los fosos, que hoy no es posible observar y que podría tratarse de una construcción posterior. Entre los materiales recogidos por Camino existen fragmentos cerámicos prerromanos. La falta de materiales romanos, junto a la presencia de molinos circulares, apunta a una cronología de la Segunda Edad del Hierro.



## 16. Catálogo de los castros asturianos.

### 16.212 EL CORNO - VILLADÚN - CASTROPOL.

Coordenadas- HUSO UTM, 29 - x -661.301,50 m. y -4.824.522,35 m.





---

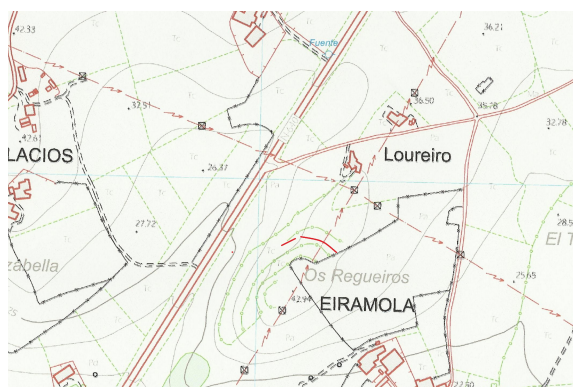
facilitar la roturación de tierras. Del yacimiento existen amplias referencias materiales desde el siglo XIX que muestran hallazgos de cerámica negra, escorias, concheros y construcciones circulares (Camino 1995, 41-42). La falta de referencias a cerámica romana o monedas nos lleva a plantear una ocupación exclusiva de este *oppidum* costero en la Edad del Hierro.

## 16. Catálogo de los castros asturianos.

---

### 16.213 LA CORONA - IRAMOLA - CASTROPOL.

Coordenadas- HUSO UTM, 29 - x -659.539,87 m. y -4.818.372,35 m.



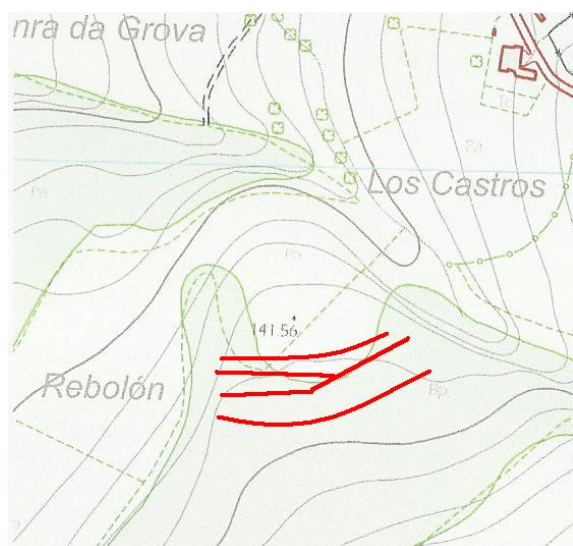
trafoso interno, a los que sigue un talud con numerosos derrumbes como espacio defensivo previo al recinto de hábitat.

Castro de pequeñas dimensiones, *ca.* 50 x 50 m., ubicado a 44 m. de altitud y orientado en dirección SW-NE. Fue catalogado en 1968 por J.M. González (1976, 137). Situado en corona sobre una pequeña loma, las defensas artificiales se concentran en la vertiente Norte, con un único foso, subdividido en su interior en dos partes, con un con-



### 16.214 OS CASTROS - BOUZA - CASTROPOL.

Coordenadas- HUSO UTM, 29 - x -663.727,70 m. y -4.819.892,88 m.



Castro de medianas dimensiones, *ca.* 103 x 89 m., ubicado a 141 m. de altitud y orientado en dirección SE-NW. Situado sobre un promontorio en espolón de la ladera del Pico del Arco, el an-

tiguo poblado disponía de dos recintos diferenciados por terrazas en altura situadas a 2 m. una de otra. El acceso al castro se realizaba desde el sector SE., donde se concentra la mayor parte del sistema defensivo. En las vertientes oriental y occidental, de la colina hace de defensa natural. Las defensas artificiales constaban de 4 fosos. Llegando al castro encontramos un primer foso de 6 m. de profundidad y 7 m. de anchura. Pasando esta primera defensa aparecen otros dos fosos que se convierten en tres, mediante la subdivisión en dos del segundo foso. El primero de ellos mide 8 m. de anchura y 2,20 m. de profundidad, el segundo 12 m. de anchura y 2,70 m. de profundidad y el ramal que parte de éste, y forma el tercer foso, mide 5 m. de profundidad y 4 m. de anchura. Después de los fosos nos encontramos con un talud de 2 m. de altura respecto a la base de las defensas exteriores, dando paso a dos llanuras aterrazadas que forman el recinto interior. En varias viviendas vecinas existen restos de molinos circulares que proceden del castro.

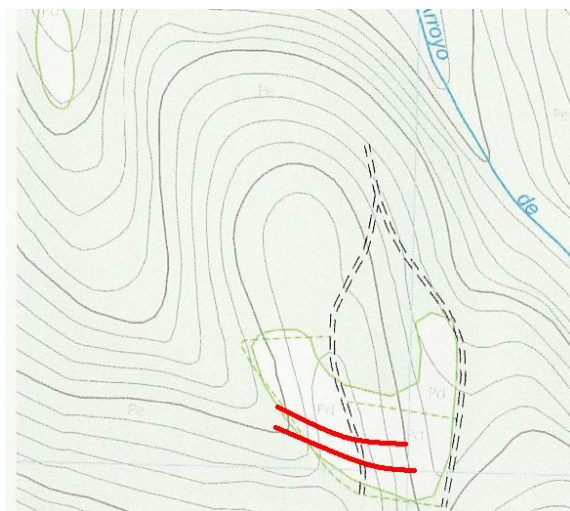


## 16. Catálogo de los castros asturianos.

---

### 16.215 O COROLO - LANTORIA - CASTROPOL.

Coordenadas- HUSO UTM, 29 - x -660.402,96 m. y -4.817.699,27 m.



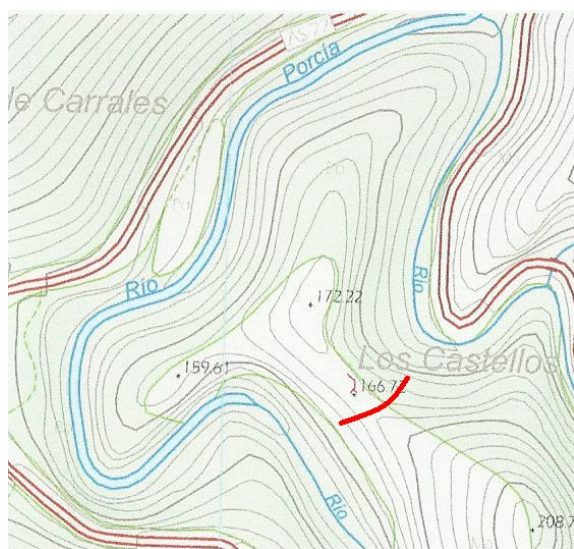
Castro de medianas dimensiones, ca. 80 x 73 m., ubicado a 129 m. de altitud y orientado en dirección SE-NW. Las defensas artificiales de este

poblado en ladera, se concentran en la ladera Sureste y constan únicamente de 2 fosos con un contrafoso central, a los que se suman varios taludes en la contigua vertiente sur. El primer foso mide 13 m. de anchura y 3 m. de profundidad. El segundo, 19,5 m. de anchura y 4 m. de profundidad, formando un talud intermedio con el primer foso, de 1,5 m. de anchura y 2 m. de altura respecto a la superficie de ambos fosos. Pasado este conjunto defensivo, y a tenor de los restos que muestra una pista reciente en la vertiente oriental, tendríamos una muralla que rodea todo el recinto del poblado. La altura de esta línea de muralla, hoy visible como un talud formado por derrumbes, llega a los 5 m. de altura en algunos puntos respecto a las defensas exteriores. El interior del poblado es de forma ovalada y deja un sector central un poco más elevado sobre las áreas anexas a la muralla. En su interior se ha encontrado una escoria de bronce.



### 16.216 O CASTELO (OS CASTROS) - LAGAR - CASTROPOL.

Coordenadas- HUSO UTM, 29 - x -669.049,46 m. y -4.814.311,86 m.



Castro de medianas dimensiones, *ca.* 97 x 36 m., ubicado a 174 m. de altitud y orientado en dirección SW-NE. El poblado estaba situado sobre un promontorio rocoso donde las defensas se

concentran en el sector Sureste, y se dejan ver en menor medida en otras vertientes de la colina por posible colmatación. En la vertiente Oeste, la caída natural sobre el río Porcia, y en la vertiente Este, el arroyo Folgueira, hacían de defensa natural del espolón rocoso donde se situaba el castro. En el lado SE., un foso de escasa longitud con 10 m. de anchura y 3 m. de profundidad, cortaba el acceso al castro. Pasado este foso encontramos los restos de lo que ha sido interpretado tradicionalmente como un torreón, que protegía el paso del foso exterior y daba acceso a otro foso que con 12,5 m. de anchura y 6 m. de profundidad conectaba directamente con la muralla que protegía el poblado. En nuestra opinión, dicho torreón podría tratarse de un contrafoso fortificado, si tenemos en cuenta su ubicación entre dos fosos. En el interior del recinto fortificado se observan construcciones, algunas de las cuales, de forma oval, deja ver muros de 1,5 m. de altura. La entrada se ubicaría bordeando el contrafoso fortificado de la cabecera del castro, en la vertiente SE.



## 16. Catálogo de los castros asturianos.

---

### 16.217 LOS CASTROS - BRUL - CASTROPOL.

Coordenadas- HUSO UTM, 29 - x -666.168,79 m. y -4.822.656,89 m.



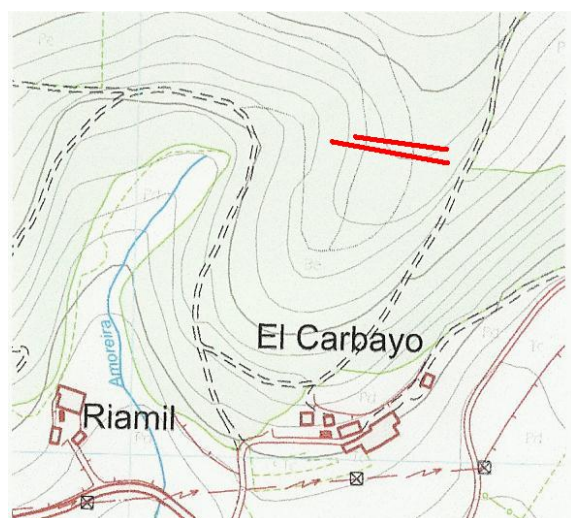
dirección N-S. Fue catalogado en 1969 por J.M. González (1976, 138). Situado en forma de corona fortificada, dispone como defensas artificiales de al menos 2 fosos en la cabecera Sur, y hasta 4 en la Norte. La totalidad del recinto ha sido destruido desde que en los años 90 se realizaron trabajos de concentración parcelaria, a lo que se suman roturaciones y allanamientos de su superficie, lo que impide ver hoy con claridad las antiguas estructuras del poblado. Maya (1988, 41-42) cita la existencia de hornos y molinos.

Castro de grandes dimensiones, ca. 140 x 80 m, ubicado a 68 m. de altitud y orientado en



### 16.218 OS CASTROS - SEARES - CASTROPOL.

Coordenadas- HUSO UTM, 29 - x -659.618,92 m. y -4.816.649,60 m.



Castro ubicado en un promontorio en espolón de las estribaciones de la sierra del Posadoiro, en dirección hacia la Ría del Eo, que fue catalogado en 1968 por J.M. González (1976, 137). En el extremo NE. se observa lo que parecen los restos de un bastión de cabecera, formado por abundantes

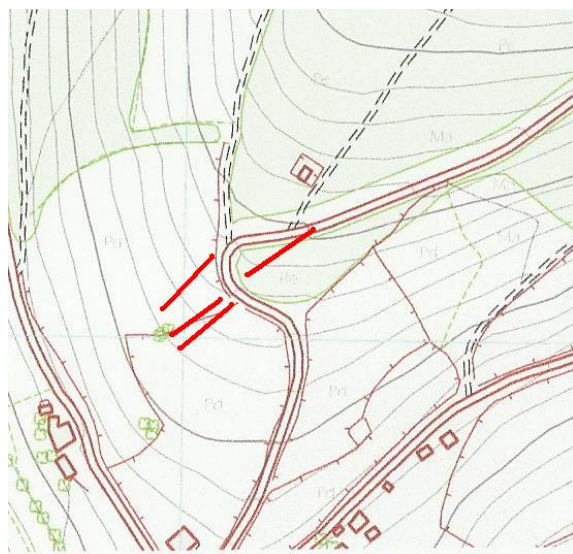
derrumbes agrupados en la línea defensiva del yacimiento, mientras que en el extremo SW. encontramos un talud defensivo de unos 3 m. de altura. Las escasas dimensiones del recinto interior, *ca.* 51 x 25 m., así como la concentración de derrumbes a modo de bastión en la zona más alta del castro, nos hacen plantearnos que estemos ante un castro-torre. En su vertiente Norte, coincidiendo con el istmo que une el castro y la sierra, es donde se concentran las defensas artificiales formadas por 2 fosos, el primero de ellos, de 11 m. de ancho y 2,5 m. de profundidad, y el segundo, de 18 m. de anchura y 6 m. de profundidad. Entre ambos, sobresale un contrafoso que alcanza 1 m. de altura sobre la base de los fosos. Estos recorren todo el sector oriental, aunque sólo el más exterior avanza hasta el Sur de la colina donde se halla el castro. Con menos profundidad, el mismo foso exterior se deja ver en el sector Norte, modificado en parte por un camino local.



## 16. Catálogo de los castros asturianos.

### 16.219 OS CASTROS - SANTALLA - CASTROPOL.

Coordenadas- HUSO UTM, 29 - x -662.091,99 m. y -4.814.455,79 m.



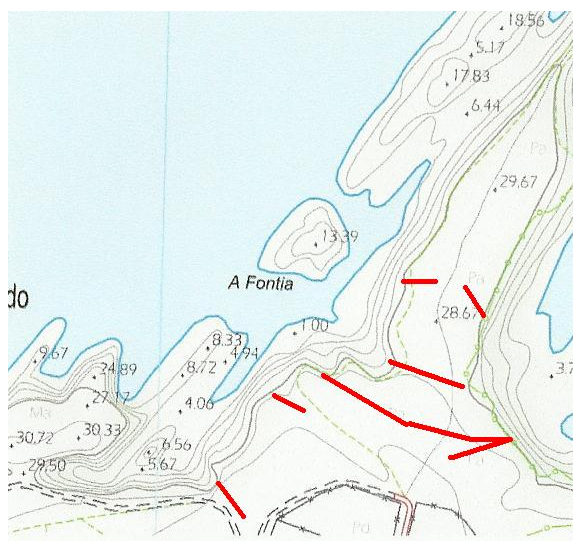
dirección SW-NE. El poblado se situaba sobre un promontorio en ladera protegido en su vertiente Norte por 4 fosos paralelos, con sus respectivos contrafosos, mientras que en el resto de sus vertientes sólo estaría protegido por un talud. El primer foso mide 11,50 m. de anchura por 3 m. de profundidad, el segundo 6,30 m. de anchura por 6,10 m. de profundidad, el tercero, 13 m. de anchura por 2 m. de profundidad, y finalmente el cuarto foso mide 17 m. de anchura por 3 m. de profundidad. Pasados estos fosos, un talud resalta como defensa del recinto interior, sobresaliendo en altura 1,50 m. y que podría esconder la línea de muralla del castro. Ese mismo talud se observa en el resto de las vertientes, lo que añadiría valor a nuestra hipótesis de que estamos ante la línea de muralla.

Castro de medianas dimensiones, *ca.* 62 x 60 m., ubicado a 180 m. de altitud y orientado en



### 16.220 CABO BLANCO - VALDEPARES - EL FRANCO.

Coordenadas- HUSO UTM, 29 - x -673.198,99 m. y -4.826.260,38 m.



Quizás uno de los castros costeros de mayores dimensiones de Asturias, conocido desde el siglo

XIX (Fernández y Fernández 18989), fue catalogado en 1968 por J.M. González (1976, 131) y descrito posteriormente por Camino (1995, 69). Recientemente ha sido excavado por J.A. Fanjul Mosteirín, A. Villa y A. Menéndez (2009, 255). El poblado se ubica en una península costera bastante llana donde tres de las cuatro vertientes de la misma se hallan protegidas por la caída al mar, mientras que en la ladera Sur, la de acceso al castro, se concentran sucesivas líneas de fortificaciones en forma de 5 fosos, taludes y muralla. El primer foso apenas es perceptible en sus arranques a cada extremo de la península. La unión de ambos extremos en una línea imaginaria, permite observar un gran foso arqueado que podría ampliar la superficie del castro en un tercio. El segundo foso, también es apenas perceptible en sus extremos occidental y oriental, quedando colmatado el resto de sus tramos y posibles derivaciones desde su lado más oriental. El tercer foso es el más espectacular, con un gran surco excavado en la roca de

## 16. Catálogo de los castros asturianos.

---

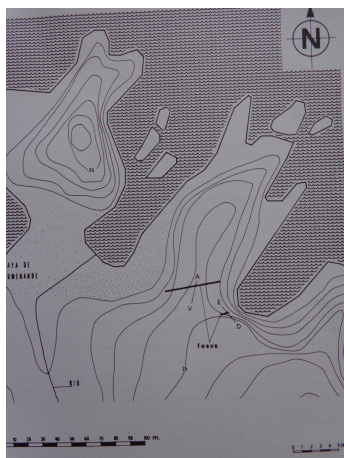
una longitud de 178 m. y una profundidad de 4 m. Sobre el foso se alza un parapeto de 4 m. de altura y hasta 10 m. de anchura en su base. Un pequeño foso de 29 m. de longitud, el cuarto, corta la península en su tramo más estrecho y pasado éste, hallamos el quinto o último foso, con una longitud de 35 m. y 3 m. de profundidad. Las primeras excavaciones de Fanjul, Villa y Menéndez (2009) han aportado según una cronología de ocupación que iría desde el siglo IV a.C. al II d.C. Previamente a estos estudios, de este lugar proceden varias referencias de hallazgos materiales sin confirmar, como una moneda de plata celtibérica, una inscripción bilingüe “ibérico-griega”, y varios hornos de fundición (Fernández y Fernández 1898).



---

### 16.221 EL CASTELLÓN - MIUDES - EL FRANCO.

Coordenadas- HUSO UTM, 29 - x -677.131,27 m. y -4.824.897,61 m.



Castro costero de medianas dimensiones, *ca.* 100 x 33 m. (Camino 1995, 77), orientado en dirección NE-SW. y ubicado a 55 m. de altitud. Fue catalogado en 1968 por J.M. González (1976, 138). Las vertientes Oeste y Norte están protegidas de forma natural por la caída sobre el mar, mien-

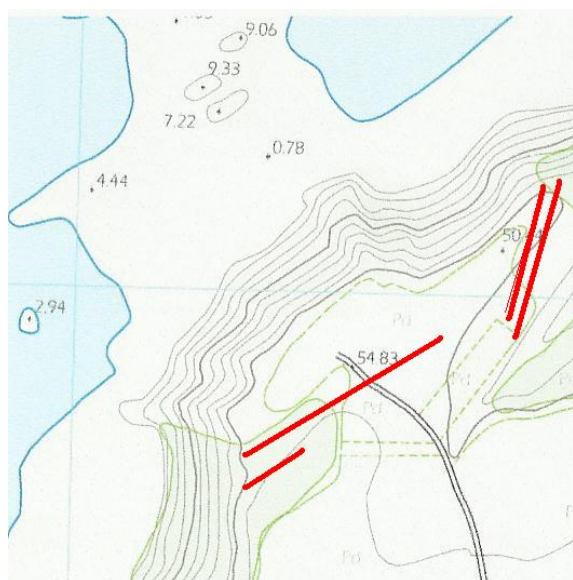
tras que en el sector oriental una vaguada natural permite complementar las defensas artificiales que se concentran junto a ese sector y en la vertiente Sur. Éstas se componen de 2 fosos, uno externo, colmatado en su mayor parte y del que se conservan 25 m. de longitud y 3,5 m. de profundidad, y otro interno, conservado en su totalidad con 140 m. de longitud y 1 m. de profundidad. Ambos fosos sólo corren paralelos a escasa distancia, unos 5 m. entre ambos, en el sector oriental, mientras que en la zona Sur se abren dejando una distancia de 25 m. entre ellos. El recinto interior es muy llano, con una entrada en rampa desde el sector SE., y entre los hallazgos materiales conocemos el descubrimiento en el siglo XIX de ladrillos, así como de “asas de caldero” metálico (Fernández y Fernández 1898).



## 16. Catálogo de los castros asturianos.

### 16.222 EL CASTELLÓN - LA CARIDAD - EL FRANCO.

Coordenadas- HUSO UTM, 29 - x -677.131,27 m. y -4.824.897,61 m.



riormente por Camino (1995, 74). Tres de las cuatro vertientes del castro están protegidas de forma natural por la caída de sus pendientes al mar, salvo en el SW., desde donde se accede al poblado y se concentran las defensas artificiales. Éstas se componen de un foso, y lo que parece el arranque de otro, del que apenas se observan 5 m. de longitud y 3 m. de anchura, y que podría estar colmatado en el resto de su desarrollo. El siguiente foso, a 22 m. respecto al arranque del primero, fue cortado en la roca y su longitud alcanza los 38 m., con una anchura de 4 m. y una profundidad de 3 m. Pasando estas defensas llegamos por el borde del acantilado hasta el recinto interior, el cual como decíamos anteriormente es de reducidas dimensiones y parte del mismo en pendiente. Es sin duda un yacimiento extraño, por la falta de elementos estructurales más allá de los fosos descritos y sus escasas dimensiones.

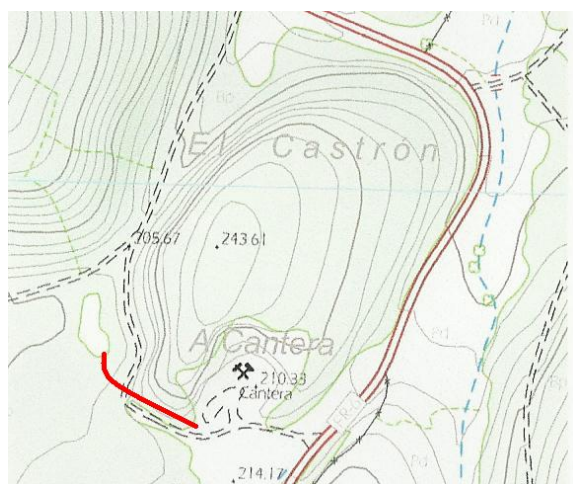
Castro costero de pequeñas dimensiones, *ca.* 50 x 40 m., orientado en dirección NE-SW. y ubicado a 55 m. de altitud. Fue catalogado en 1968 por J.M. González (1976, 138) y descrito poste-



---

### 16.223 EL CASTRÓN - ANDINA - EL FRANCO.

Coordenadas- HUSO UTM, 29 - x -675.310,06 m. y -4.816.517,95 m.



Castro en espolón de pequeñas dimensiones, ca. 34 x 40 m., orientado en dirección NE-SW., y ubicado a 242 m. de altitud. Fue catalogado en 1973 por J.M. González (1976, 138). Estamos ante

un castro-torre o un pequeño poblado defendido en sus vertientes oriental y Norte por una potente caída natural, así como un único foso, que corta la zona de acceso al yacimiento con muy poca profundidad, con lo que se confunde a veces con uno de los canales mineros que existen en el entorno del yacimiento. El castrón se encuentra enclavado en el punto de unión de numerosas galerías y frentes mineros en la sierra de Andina con lo que, pese a no existir evidencias en el paisaje que demuestren la construcción del foso mediante técnicas mineras, no hay que rechazar esta posibilidad si tenemos en cuenta la larga trayectoria y la escasa profundidad del foso. Apenas a 70 m. del castro, siguiendo el camino de acceso al mismo y una vez pasado el foso, encontramos la entrada de varias galerías excavadas en roca con 50 m. de longitud practicables.



## 16. Catálogo de los castros asturianos.

### 16.224 LA CORONA - ARANCEDO - EL FRANCO.

Coordenadas- HUSO UTM, 29 - x -674.903,33 m. y -4.818.002,25 m.



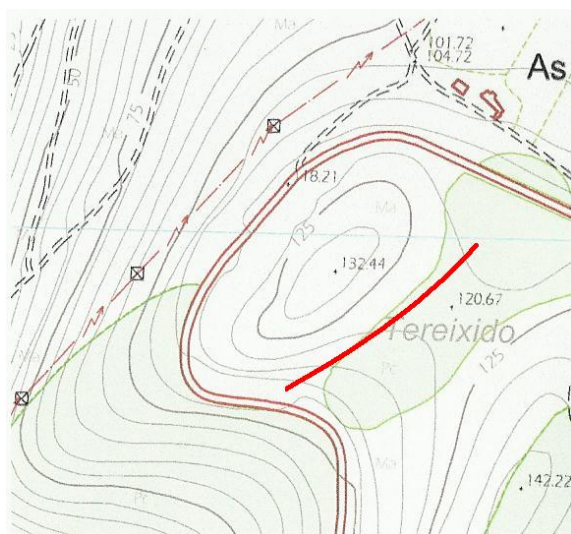
Castro en corona de medianas dimensiones, ca. 80 x 40 m., orientado en dirección N-S., y

ubicado a 200 m. de altitud. Fue catalogado en 1968 por J.M. González (1976, 138). El poblado es conocido por las excavaciones de Jordá en 1965 quien descubre diversas construcciones, hoy en día arrasadas, así como un tesoro monetario entre los siglos 2-19 d. C. (Maya 1987-88). Todas las vertientes de la colina disponen de una potente defensa natural gracias a la verticalidad de sus paredes, salvo en el sector Sur, donde coincidiendo con la vertiente de acceso al castro se concentran las defensas artificiales. El único foso hoy visible corta la vaguada Sur con una anchura entre los 8 y los 12 m. y una profundidad entre los 3 y los 6 m., seguido de otro posible foso que habría sido colmatado en épocas recientes. Una muralla, cuyos derrumbes son perceptibles en buena parte de la colina, rodearía todo el recinto interior del castro, siendo visible algún tramo en el sector oriental. El interior del yacimiento está arrasado por la nivelación total de la mitad Sur y la roturación del resto.



### 16.225 LA CORONA - SAN JUAN DE PRENDONES - EL FRANCO.

Coordenadas- HUSO UTM, 29 - x -670.586,60 m. y -4.822.821,65 m.



González (1976, 138). Con un solo foso en el sector SE., del castro no queda nada en la actualidad, ya que fue muy afectado por allanamientos, edificaciones y roturaciones hasta su total destrucción. Siguiendo comentarios de los vecinos, el yacimiento tenía un gran foso que, a modo de anillo circular, rodeaba todo el promontorio de la colina.

Castro de medianas dimensiones, *ca.* 60 x 50 m., ubicado a 132 m. de altitud y orientado en dirección NE-SW. Fue catalogado en 1968 por J.M.

### 16.226 LUGARES CATALOGADOS OFICIALMENTE COMO CASTROS Y QUE NO ACEPTAMOS COMO TALES EN NUESTRA REVISIÓN ARQUEOLÓGICA:

**Concejo de Colunga:** En los casos de la Biesca en Cotaxu, Palaprau en Libardón, la Zorga de Abajo en Libardón, Torre de Barradiello en Libardón, el Miravete del Bustú y la Tura de Permús, pese a la buena ubicación geográfica de la mayoría de estos lugares, sobre todo de aquellos que se sitúan en el valle de Libardón, tan solo disponen de algunas referencias mitológicas Palaprau y Barradiello, sin que hallamos podido observar restos defensivos fiables, ni dato arqueológico alguno que nos indiquen la existencia de un castro. La toponimia de Barradiello sí parece señalar indicios de alguna atalaya de vigilancia o torreón, muy posiblemente de época medieval.

Obaya de Gobiendes no parece ser un castro, sino más bien, un pequeño lugar de hábitat menor, dudosamente fortificado, y que tendría relación con la explotación de filones de hierro de la Peña de Obaya, o con una funcionalidad de tipo simbólica-religiosa, si tenemos en cuenta la fuerte carga mitológica que tiene “la Fuente Santa”, que nace a sus pies, así como el yacimiento similar de “La Peral”, en el valle de Aller. En ese lugar el espacio es muy reducido, de apenas 10 m. de largo por 7 m. de ancho, con un pequeño muro de roca que delimita el “poblado”. Un surco, que parece natural, podría haber hecho de pequeño foso.

**Concejo de Sariego:** Consideramos que el Castiello del Peñón, por sus reducidas dimensiones, de 30 x 30 m., no puede ser considerado un castro.

**Concejo de Villaviciosa:** Lugás de Santa María podríamos calificarlo como de asentamiento fortificado, vinculado a un antiguo despoblado medieval, dada la falta de estructuras propiamente castreñas. La colina dispone únicamente de varios terraplenes, y la presencia constatada de diversos elementos propios de las zonas de hábitat medieval, como restos de cerámica y la iglesia parroquial todavía presente en el lugar, con su respectiva necrópolis. En la actualidad está muy destruido por corte de carretera, repoblación de eucaliptos y edificaciones modernas. La Coruxa de La Forca, situado sobre un cerro rocoso controlando en altura la cercana Villa de Villaviciosa, por la falta de elementos visibles propios de las fortificaciones castreñas, muestra que podríamos estar ante algún tipo de yacimiento en forma de torre de vigilancia medieval y no de un castro. Las dudas, en este caso, sólo pueden ser resueltas desde la excavación arqueológica.

**Concejo de Piloña:** El Cierrón del Castiello, donde ni el autor de la carta arqueológica local, ni nosotros, hemos advertido resto alguno de fosos o derrumbes de murallas, aunque podríamos estar ante un castro completamente destruido si tenemos en cuenta que en la colina del Cierrón se levanta un bosque de eucaliptos que podría haber arrasado las pocas huellas visibles del antiguo emplazamiento. La Forca de Ludeña parece corresponder a un asentamiento fortificado de época medieval, como tantos despoblados sobre altozanos o colinas levemente fortificadas, que no disponen de estructuras típicamente castreñas, y que parecen asociados, dependiendo de los casos, a referencias documentales medievales o a restos defensivos o de población anexos, como es la Forca (La Torre medieval de Ludeña). Tiene tradición oral sobre tesoros, así como historias que hablan de ahorcamientos. Como emplazamiento, la Forca es una plataforma caliza que se eleva sobre los campos de Ludeña, siendo su altura natural la única defensa constatada, sin restos de derrumbes o fosos que nos indiquen la existencia de un castro.

**Concejo de Peñamellera Baja:** En Abandanes de San Salvador observamos la inexistencia de cualquier elemento defensivo en el sector principal de acceso a la parte alta de la colina de Abandanes, y no creemos que los bloques de piedra suelta que se encuentran junto a los caminos tengan nada que ver con restos de una muralla castreña, aunque por la ubicación del lugar, así como por los aterrazamientos del sector Este, se podría sospechar la presencia de un antiguo despoblado medieval en la zona, posible origen del actual San Salvador.

**Concejo de Cangas de Onís:** En el Cuetu de Villa, las pequeñas medidas de la colina plana donde se localiza el Cuetu, a las que se suma la dificultad de observar los 2 fosos descritos en la carta arqueológica regional, nos inducen a pensar, dentro de las dudas, que el Cuetu podría corresponder a un asentamiento fortificado de época medieval.

**Concejo de Cabranes:** En el Tarano de Asiego, las obras de fortificación de estructura rectangular que hemos observado, así como las escasas dimensiones del yacimiento, nos están indicando la existencia de una torre medieval y no de un castro, como tradicionalmente se ha catalogado al lugar. La Cobertoria de Castiello, por las escasas dimensiones del yacimiento, 10 x 10 m., ubicado sobre una colina circular sin



---

más defensas que su altura, podemos asegurar que muy posiblemente estemos ante una torre medieval. La zona del Castiello dispone, aparte de este lugar, de varias colinas apuntadas, con óptimas posibilidades para su uso en forma de castro, pero la gran cantidad de vegetación que cubre dichas colinas impide observar, en la mayoría de los casos, estructura alguna. La torre de Castiello controla a la perfección casi todo el valle del concejo de Cabranes, y posiblemente se situaba en las cercanías de alguno de los caminos que antiguamente atravesaban el concejo en sus zonas altas, si tenemos en cuenta su posición intermedia entre Santa Eulalia, la capital del concejo, y Torazo, una de las localidades de mayor importancia y población de la comarca. Destaca la existencia, en las inmediaciones de la torre, de una capilla dedicada al Ángel de la guarda.

**Concejo de Nava:** La Cogolla de Cesa es un pequeño promontorio que controla el fondo de valle de Cesa y Pruneda. Sus pequeñas dimensiones, 10 x 15 m., así como la falta de defensas complementarias a modo de fosos, nos hace pensar en la existencia de una torre medieval, más que un poblado castreño. El acceso, desde Cesa, se hace con gran dificultad, y la gran cantidad de vegetación en la parte más alta de la Cogolla nos impide ver si existen derrumbes, como en la mayoría de las torres medievales. En la comarca se recuerda una abundante tradición oral sobre el emplazamiento, vinculada a hallazgos de tesoros y de un alfiler de oro de grandes dimensiones en las inmediaciones del pueblo. Existen varias cuevas en la zona, también con una fuerte carga mitológica, y en las proximidades existen diversos topónimos y referencias documentales medievales relacionadas con la minería del hierro. El Picu el Castu de San Esteban, pese a la toponimia, no dispone de rastro alguno de elementos defensivos, mitológicos o materiales que pudieran dar alguna pista sobre el pasado castreño de la pequeña colina que se alza sobre el caserío de San Esteban.

**Concejo de Onís:** Corao Castillu sobre Corao, pese a las noticias de hallazgos materiales en la zona, carece de elementos defensivos y dimensiones para ser tomado como un castro.

**Concejo de Bimenes:** La Millar (El Cabaño), donde la brecha calificada como posible foso por los autores de la carta arqueológica local parece corresponder a antiguas labores de cantería, tal como relatan los vecinos del lugar, sin prueba alguna de haber antiguo poblamiento en la zona. En la Torre de Santa Catalina (El Castro), las huellas localizadas en superficie,

así como la tradición oral de antiguas estructuras, nos inducen a pensar en la existencia de una antigua torre de control vial más que de un posible castro, del que no observamos rastro alguno (Fanjul y Menéndez 2004).

**Concejo de Laviana:** El Corón, sobre el pueblo de la Aldea, es demasiado pequeño para ser considerado como castro.

**Concejo de Llanera:** El Fresno o Peña Menénde esta tan deformado que es imposible certificar la existencia de un antiguo castro.

**Concejo de Siero:** La Canterona (Fozana), es una colina deformada por antiguas labores de cantería a modo de aterrazamientos que ha confundido a los investigadores. No se observa corte defensivo alguno en la separación de la Canterona, con la colina donde se ubica, prueba indudable de la inexistencia de un poblado fortificado en ese lugar (Fanjul y Menéndez 2004).

**Concejo de Aller:** El Pico Rondero, La Fuelguera y el Prao Castro (Pelúgano), muestran más huellas propias de un hábitat fortificado medieval que castreño, un indicio confirmado por los restos cerámicos hallados en alguno de estos emplazamientos. Lo mismo sucede con el Pico Moros (Moreda), donde los restos de una antigua torre son todavía visibles. Caso diferente es el de La Peral en Piñeres, donde un hallazgo epigráfico votivo, así como una posible pequeña estructura de habitación, junto a un enorme peñón calizo natural que emerge de las praderías, parece corresponder con algún tipo de lugar de culto-religioso, caso análogo al del Peñón de Obaya (Fanjul y Menéndez 2004).

**Concejo de Mieres:** En los lugares de Collado de Brañanocedo (Santullano), El Sellón (Casillina), La Collá (Valdecuna) y el Pico Llagos (Baiña), no hemos observado huellas que confirmen la ubicación de un poblamiento fortificado en el lugar. En San Tirso, sí existen indicios de la existencia de un antiguo hábitat sobre la colina, tal como muestran algunos rasgos morfológicos de la misma y los restos cerámicos localizados por la autora de la carta arqueológica local, aunque parecen apuntar más bien a una ocupación plenamente medieval. Del Cuitu, sobre la localidad del Artosu, pese a su desaparición total, han quedado testimonios en la localidad, que nos indican una morfología más cercana a las torres de vigilancia medievales que a un antiguo castro (Fanjul y Menéndez 2004). Tanto el Picu Pumardongo como Peña Tayá, Pico Escucha de Armiello y el Cuitu Castiello de Villandio, corresponden a torres viales de época

indeterminada, mientras que las Segadas del Cantiquín, dispone de un posible foso no muy claro. Esta falta de estructuras claras defensivas y la total falta de hallazgos, estructuras o incluso referencias mitológicas, nos hace dudar de su carácter castreño.

**Concejo de San Martín del Rey Aurelio:** Pese a las dificultades de visita de los yacimientos en este concejo, no hemos observado huellas firmes de antiguo hábitat fortificado en los lugares catalogados como tales, caso de los emplazamientos son los siguientes: La Rebollada (La Cogolla-Linares), La Campeta (La Tejera) y El Español (Fanjul y Menéndez 2004). Las defensas de la Cogolla de la Corca son bastante débiles como para su clasificación como castro.

**Concejo de Lena:** No existe indicio alguno de castro en los lugares de El Castichu de Tablao, ni en la Pena Casticho de Riospaso, pese a las referencias toponímicas, y en el caso del Curucho de Villayana y El Castiello, de la misma localidad, parece que estamos ante una antigua atalaya de vigilancia medieval, hoy sin huellas sobre la superficie, en el primer caso, y de una torre vial en el segundo de los casos, igualmente de época medieval (Fanjul y Menéndez 2004). Otro de los yacimientos tradicionalmente calificados como castro es el del Castiechu de San Andrés, en Parana, que vistos los resultados de estudios recientes (Camino, Viniegra y Estrada 2002) se corresponde, con un recinto campamental romano. El Picu de los Campos corresponde por sus dimensiones a una torre vial con dos fosos.

**Concejo de Langreo:** No hemos encontrado ni rastro del Castiello de Riaño, cuyos restos se corresponden con una antigua casería y no con un yacimiento arqueológico (Fanjul y Menéndez 2004).

**Concejo de Ribera de Arriba:** El Cuetu, en Sardín, es una antigua torre medieval por los restos de estructuras localizados, y que podría cubrir la vertiente Oeste del antiguo portazgo de Olloniego, así como haber tenido cierta importancia en relación con el vecino Castillo de Tudela, también calificado como castro, pero en cuyo abundante registro arqueológico no se localiza material de clara factura anterior al mundo medieval (Fanjul y Menéndez 2004).

En el valle de Lavares había varios asentamientos calificados como castros, como el Picu del Castro sobre Lavares, El Castru de Labarejos y el Picu Castiello sobre la Mortera. Aunque no hemos constatado ningún resto de ocupación, no la descartamos del todo, debido a las referencias de tipo toponímico, mitológico y la excelente

disposición geográfica de las colinas mencionadas pero, sin datos estructurales ni materiales, no podemos calificar de castro tales lugares. El lugar conocido como el Picu Castiello, sobre Carrera de Abajo, ha resultado coincidir con la torre medieval de Peñerudes, ya en Morcín, pero vecino a esta zona, con lo que desechamos este emplazamiento como castreño (Fanjul 2003a). El Picu la Viña no tiene entidad suficiente, ni dimensiones, para ser catalogado como un castro.

**Concejo de Riosa:** El lugar conocido como la Pena el Cocheu nos confundió en un primer momento, por su cercanía a las minas de cobre del Aramo, aunque observando casos con estructuras similares en la montaña central asturiana, nos decantamos finalmente por la existencia de una torre de vigilancia medieval, más que por la existencia de un castro-torre (Fanjul y Menéndez 2004).

**Concejo de Oviedo:** El Picu la torre de Entrepeñas es una clara torre de vigilancia medieval, de la que todavía se observan algunos restos, pero debemos resaltar las grandes posibilidades de su origen romano por los hallazgos materiales sucedidos en la zona, según nos relatan los vecinos. En la colina paralela al Picu la Torre, conocida como el Castiello, localizamos huellas y testimonios de estructuras de época romana sin fortificar, protegidas por la torre. ¿Estamos ante un posible vicus o aldea romana? El Picu Castiello de Brañes ha resultado ser una torre de control vial de época medieval, muy deteriorada, y con un excelente control visual de las tierras de Llanera. En el caso de la Cogolla de la Carisa estaríamos ante un caso similar.

**Concejo de Somiedo:** En el caso del castro de Endriga, no hemos encontrado prueba alguna de pertenecer a un asentamiento fortificado, mientras que las estructuras observadas sobre la localidad de Pola de Somiedo, llamadas la Corona del Castru, parecen corresponder a un pequeño conjunto defensivo que, en principio, tendría más relación con alguna torre medieval sobre la villa de la Pola. Sus dimensiones no son las propias de un poblado, sino de una torre.

**Concejo de Santo Adriano:** El lugar catalogado como castro del Picu Collaín, por las dimensiones del yacimiento, así como por el tipo de estructuras visibles, parece indicarnos la existencia de una fortificación medieval, a cuyos pies pasaría la vía que conectaría el valle del Trubia con el medio Nalón (Fanjul 2003a).

**Concejo de Proaza:** Dos lugares calificados inicialmente como castros han resultado corresponder a restos de torres medievales de control



---

vial, el primero de ellos en la vertiente occidental del concejo, en Peña Armada, mientras que el segundo de los casos es el del Picu Castiello, en Santa María de Traspenna, lugar para el que no desechamos del todo la existencia de vestigios anteriores a los tiempos medievales, teniendo en cuenta las dimensiones internas de la colina que protege la torre hoy visible. En este último lugar, un fragmento de cerámica medieval hizo que reafirmáramos nuestras hipótesis sobre la inexistencia de un castro (Fanjul 2003a).

**Concejo de Teverga:** En el Picu Castiello de Cuña nos hemos encontrado con los restos de una torre medieval, controlando la antigua traza de un magnífico camino medieval, en parte excavado en la roca y que pasa a los pies del yacimiento. Otro de los lugares calificados como asentamiento fortificado o posible fortificación era el Castillu, del vecino pueblo de Barrio, pero en ese emplazamiento rocoso no localizamos resto alguno de estructuras defensivas, pese a existir referencias mitológicas y toponímicas, lo que, en nuestra opinión, se puede interpretar con la muy posible existencia de un punto de vigilancia no fortificado, a modo de atalaya de control visual, aprovechando su perfecta ubicación en el control de la entrada al valle desde la vía de la Mesa (Fanjul 2003a).

**Concejo de Quirós:** El Castiello de las Llanas, sobre Tene, ha sido el único lugar donde hemos advertido una confusión en la catalogación de los yacimientos, y en este caso certificamos la existencia de una torre de control vial, junto al camino que une los valles de Quirós y Proaza (Fanjul 2003a).

**Concejo de Candamo:** En los casos del Picu el Aguila sobre Tablado, y el Picu Cierru sobre Mafalla, no hemos observado estructuras que pudieran corresponder a las defensas de algún castro, aunque bien pudieran tener su origen en trincheras de la Guerra Civil, sobre las que hay abundantes referencias orales en los dos pueblos citados. En el Corrón de la Mortera y Los Castros de Aces hemos visto, en cambio, unas señales de derrumbes, y de alguna posible huella de defensas, pero sus pequeñas dimensiones, así como las características de ubicación de ambos yacimientos, nos hacen plantearnos la hipótesis de que correspondan a fortificaciones medievales en forma de pequeñas torres. Un caso similar es el Castiello de Prahúa donde, pese a la imposibilidad de visitar el yacimiento por la vegetación, dudamos de su adscripción castreña ante las escasas dimensiones del emplazamiento, su extraña ubicación, y la falta de cualquier

tradición oral que haga referencia a un posible castro, en las localidades vecinas de Prahúa, El Pontigo y La Cueva.

**Concejo de Las Regueras:** En los lugares del Cogollo de la Llinar, El Castiello de Ania y El Castrillón de Areces no hemos observado restos claros sobre la existencia de antiguos poblados fortificados, aunque sí es cierta la presencia de alguna leve huella de posibles ocupaciones anteriores, en el Cogollo de la Llinar, sobre Ventosa.

**Concejo de Grado:** Tanto las estructuras visibles del Pico Castiello de Rañeces, El Castiellu de la Mata, y las pequeñas dimensiones del Picu el Moru en La Pradera, nos muestran claramente la existencia de antiguos restos de pequeñas torres medievales de vigilancia, mientras que, de la misma época, parecen ser los escasos trabajos de aterrazamientos como fortificación y una posible torre, del castro de San Julián en Báscones. En otros emplazamientos como Peña Castiello de Momalo y el Picu el Castu de Rañeces, no se observa estructura alguna, y el posible sistema defensivo complejo del segundo de los yacimientos citados fue formado por la existencia de un antiguo camino, cuya construcción, uso y mantenimiento ha deformado levemente esa zona de la ladera, pero que está muy lejos de ser un sistema defensivo castreño de fosos y contrafosos, dadas sus ridículas dimensiones. El Castiello el Pedreu de la Cabruñana es, por sus dimensiones, un claro castro-torre, donde su ubicación, controlando el acceso al puerto de la Cabruñana, parece mostrar un contexto histórico de la fortificación.

**Concejo de Castrillón:** El Peñón de Raíces es una auténtica fortaleza de época medieval, mientras que el Escayo de Naveces parece corresponder a algún tipo de asentamiento en alto, de época romana y medieval, fuera del grupo de poblados fortificados y más próximo con una posible factoría marítima o salina. Muchas dudas materiales ofrecen también los yacimientos de la Armada, el Castro de Quiloño y el Barrial, a los que se suman unos emplazamientos tan modificados en tiempos recientes que es muy difícil advertir restos de fortificación.

**Concejo de Carreño:** La Corona de Cardoso es, sin duda, una torre de vigilancia medieval, dadas sus dimensiones y tipo de estructuras visibles en la actualidad.

**Concejo de Corvera:** El Lugar, en Juncedo, es demasiado pequeño para ser catalogado como castro.

**Concejo de Salas:** Pese al hallazgo de algún

elemento material de contexto poco definido en la carta arqueológica local, hemos comprobado que la fortificación de la Cerca de Llorico, en Láneo, pertenece a un complejo de trincheras de la Guerra Civil, y no encontramos elementos, aparte de la óptima disposición geográfica de la Cerca, que nos indiquen la existencia de un castro en el lugar. En la misma localidad estaba catalogado el lugar de Castro, donde no hemos reconocido estructuras propias de un yacimiento castreño en el escaso espacio superior de la colina, la cual además ha sido ampliamente transformada en los últimos años. Los derrumbes observados en la Peña de la Cabra, sobre Las Campas, son de origen completamente natural, al igual que las cárcavas del Espeñidal sobre Villalmar, y no hemos localizado referencia oral ni estructural sobre una posible antigua ocupación de estos dos posibles yacimientos. La Trapa, sobre Santiago de la Barca, se hace hoy en día inaccesible por la vegetación que crece sobre el promontorio rocoso, pero podemos confirmar que debido a las escasas dimensiones de espacio habitable, el cual se reduce a una pequeña corona, y la inexistencia de estructuras defensivas en el acceso a la colina, posiblemente estamos ante los restos de alguna torre de defensa vial, y no ante un poblado castreño.

**Concejo de Pravia:** Debido a las escasas evidencias estructurales advertidas en La Forcá de Agones, El Castiechu de Castiello, El Picu la Torre de Fontebona, Miraveche de Peñaullán, así como los datos arqueológicos conocidos de Doña Palla de Castro, creemos que es más fiable el apostar por la existencia de antiguas torres medievales y no por yacimientos castreños. La Peñuca, de muy difícil acceso por la vegetación actual, parece un asentamiento similar, demasiado pequeño para un contexto castreño. Esos mismos indicios no son advertidos en otros lugares, como El Azafil de Recueva o Las Cogollas de Loro. En este último lugar existe una buena ubicación de la colina, así como alguna referencia de que se sacó piedra de allí para construir la iglesia local, pero no hemos observado derrumbes artificiales, y esas referencias de posible reutilización de material constructivo creemos que se basan en la existencia de antiguos trabajos de cantería en la zona, y no de reaprovechamiento de derrumbes de antiguas estructuras. Se pueden observar en las murias cercanas a las Cogollas, bloques de cantera extraídos en las cercanías, pero no producto de ninguna reutilización, tal como me explican en el pueblo.

**Concejo de Valdés:** Tanto el Castiecho

de Telares, como el Castiecho de Castiello, disponen de las características propias de las torres de vigilancia medievales. Pese a incluirlo como castro, tenemos ciertas dudas sobre el carácter castreño de la Porida de Llendecastiello. El lugar cuenta con una amplísima tradición oral que hace referencia a varias estructuras circulares en la vertiente Norte de la colina, las cuales, según los vecinos, corresponderían a “casas como las de Coaña”. Hemos de apuntar, que la amplísima vegetación que hay hoy en día sobre la Porida, aunque nos permitió observar las escasas dimensiones del yacimiento, nos ha hecho imposible confirmar esas referencias y desconocemos si esas estructuras de las que nos hablan en la zona son más bien los derrumbes de una posible torre medieval que existió en la cima. En ocasiones, la existencia de enormes pozos de saqueo sobre los derrumbes de las antiguas obras defensivas, ya sean de época medieval o pertenecientes a castros, hace pensar al lugareño que está ante los restos de viviendas, algo que se repite en nuestras visitas a los yacimientos de la región y que podría coincidir con la situación del yacimiento de la Porida. El Castro en Ponteos, y el lugar con el mismo nombre en Ore, muestran numerosas dudas sobre su carácter arqueológico, sin que hallamos observado elementos defensivos claros. En el caso del Castro de Ore, el acceso actual es muy difícil por culpa de la vegetación. A la falta de datos estructurales o materiales, se suma la falta de tradición oral en la zona.

**Concejo de Tineo:** En el lugar de Peña Chana de Rañadoiro tan solo observamos un sustrato rocoso natural, que impide cualquier área de hábitat, mientras que en el Pico Castín de Folledo lo que nos encontramos es el típico resto de torre de vigilancia vial de época medieval, con un solo foso y restos de derrumbes en la cima de escasas dimensiones. De mayor dificultad interpretativa es la Peña el Pico del Castillo de la Barca, donde existe poca visibilidad debido a la extensa vegetación, y donde no observamos ni restos de fosos ni estructuras. De haber sido algún tipo de yacimiento defensivo, debido a sus dimensiones, creemos mejor clasificarlo como posible torre medieval. Las escasas dimensiones de Fumulín de Castañera, el Castiecho de Bustiello y el Castiechu de Veiga, nos obligan a apartar estos yacimientos tipo torre del listado de castros.

**Concejo de Allande:** En nuestra visita al Cuturuyón de San Pedro descubrimos los típicos restos de una torre medieval, sin filiación castreña alguna, algo parecido a lo que observamos en el lugar del Castello de Vallinas, donde todavía



---

son visibles los restos de muros de estructura cuadrangular, pertenecientes a una defensa vial medieval. El Castro o Cuturuyón de Collada es lo suficientemente pequeño para no ser considerado un castro, pese a su sistema defensivo compuesto por varios fosos. La Garganta de Castro, también con varios fosos, debe ser considerada otro castro-torre de época indeterminada.

**Concejo de Cangas del Narcea:** El Castiechu de San Romano de Arbás dispone tanto de las características estructurales, así como de documentación (Carballo 1695), que prueba su cronología medieval, al igual que en El Castiello de Portiello y El Castiechu de Tremado del Carballo, de donde además tenemos referencias sobre una necrópolis de esta misma época en los alrededores del yacimiento (Diarios de J.M. González citados en la carta arqueológica local). Pese a no disponer de documentación que pruebe su cronología, el tipo de estructura que hallamos en nuestra visita a la Torre de Sorrodiles muestra una clarísima factura de época medieval, al igual que en el Castillo de Santa Cruz de Ovilleu. No hemos observado indicios estructurales defensivos en los diferentes lugares calificados como Zonas de Riesgo Arqueológico, aunque está claro en muchos de los casos su muy posible adscripción a estaciones mineras o lugares de transformación de mineral de época romana, en base a las numerosas referencias a hornos que disponen en la tradición oral de las cercanías. Las escasas dimensiones del Pico Sieiro, así como su ubicación, dejan claro que estamos ante una atalaya medieval que controlaba el paso de Leitariegos y desde la que se podía alertar a todo el valle del Narcea en caso de conflicto. Las mismas dimensiones reducidas nos obligan a eliminar del listado de castros las Corradas de Otriello.

**Concejo de Ibias:** Demasiadas dudas ofrece el pequeño promontorio rocoso de Os Castros de Vilameirín donde, si acaso, tanto sus escasas dimensiones, como su ubicación en pleno fondo de valle, anexo a una posible vía de comunicación, nos indicaría la existencia de una posible torre de vigilancia vial de época medieval, realidad arqueológica a la que se adscribe sin duda, el Castelo de Fondodevilla, con una inmensa cantidad de derrumbes, coronados, como suele ser bastante habitual, por una torre eléctrica. En el caso de Castro Mouroso, frente a Dou, el pequeño peñasco, hoy ocupado por una “corrá” abandonada, está lejos de pertenecer a un asentamiento castreño, en parte por su escasísimo espacio de habitación y la inexistencia de restos estructurales. Los posibles fosos en

la roca parecen ser de origen natural, como se observa en el relieve similar en las colinas de los alrededores, como único modo de comprender este tipo de formaciones naturales, corrientes en el pequeño valle que asciende al Puerto de Mujeres Muertas.

**Concejo de Vegadeo:** Tanto en el Castro de Vegadeo, como en el caso de Castromourán, no hemos visto indicios de la adscripción castreña de ambos lugares, por lo que preferimos no incluirlos junto a otros casos perfectamente reconocibles.

**Concejo de San Martín de Oscos:** La Pena del castro de Villarín de Piorno es estrictamente una formación rocosa, sin estructuras castreñas, materiales arqueológicos, o indicio alguno de posible castro, más que el topónimo del lugar. Desconocemos las razones para su catalogación como castro, así como para definir la ínfima vaguada que no llega al metro de profundidad en algunos sectores, entre la Pena y la sierra donde se ubica el supuesto “poblado fortificado”, como de “posible foso castreño”. En el caso del Castro de San Pelayo, estamos ante unos escasos restos de muros, sin ningún otro tipo de defensa más que la natural de la colina, como corresponde a la gran mayoría de torres viales de época medieval. Casos más extraños los encontramos en el Castro de Deilán, sin fosos ni muralla, al igual que en el Cortín del Castro y el Castro de Castromayor, a los que se suma, en nuestra argumentación contra su catalogación como castros, su extraña ubicación y escasas dimensiones.

**Concejo de Santa Eulalia de Oscos:** El muro que rodea la cima de la colina de La Pena del Muro en Brañavella, nos ha parecido, a partir de referencias orales que hemos recogido en la zona, una posible estructura propia de actividades de ganadería tradicionales, aprovechando además, las posibilidades como cantera que ofreció en siglos pasados La Pena, todo ello lejos de un claro contexto arqueológico castreño. En casos como este sería necesaria, por la importancia de su ubicación comarcal, la realización de sondeos valorativos previos a su catalogación.

**Concejo de Villanueva de Oscos:** Las escasas dimensiones de la superficie superior del Castelo de Villanueva, así como la carencia absoluta de obras de fortificación, hace que no incluyamos este lugar como castro, ya que los indicios apuntan a algún tipo de atalaya de época medieval.

**Concejo de Illano:** Tanto el Pico de la Cruz sobre Tamagordas, como el Castelo de Entrerríos, son restos de torres medievales, que

en el segundo de los casos resalta por la espectacular conservación de la estructura principal, a diferencia de las condiciones que suelen tener la mayoría de estos lugares. Los Castellones de Sarzol, el Castelón de Cedemonio y el Castillo de Ponticiella son castros-torre defendidos por varios fosos excavados en la roca, a los que se añade una torre cuadrangular en la zona más alta. En el caso de la Lloba del Castro de Llombatín, la colina donde se asienta está afectada por varias pistas que cortan tramos de sus posibles defensas, las cuales podrían ser fosos en la vaguada occidental. El lugar no está bien definido como castro, posiblemente por las alteraciones actuales y la falta de otras referencias estructurales.

**Concejo de Boal:** Sobre el promontorio rocoso del Castelo de Lantero, al igual que en el caso del Castrillón de la misma localidad, localizamos restos de torres medievales, bien definidas por sus dimensiones y estructuras, fuera de cualquier contexto castreño.

**Concejo de Pesoz:** Tanto los yacimientos de Torrevella de Pesoz, así como El Castro de Argul, corresponden a restos de torres medievales. En el primero de los casos no se observan restos de derrumbes, pero tanto la toponimia, así como la ubicación, identifican este tipo de yacimiento, de gran interés científico, ya que esa falta de derrumbes podría estar indicando estructuras en materia orgánica, a lo que debemos sumar lo especial de su topónimo (Avello 1995). En el segundo de los casos, El Castro, pese a no disponer al igual que en el caso anterior de restos visibles, tanto sus escasas dimensiones, como su ubicación anexa a la necrópolis medieval de la ermita de San Miguel, nos inducen a pensar que se podría tratar de una torre defensiva medieval.

**Concejo de Grandas de Salime:** La Pena del Castro de Trabada es un emplazamiento dudoso de medianas dimensiones, *ca.* 70 x 60 metros, situado en espolón a 715 m. de altitud con un amplio dominio visual del estrecho valle de Cabalos y de sus ricas zonas de cultivo. Si bien parece disponer de un sistema de 3 fosos y sus contrafosos intermedios, en nuestra última revisión no hemos detectado con claridad dichas defensas. Podría corresponder a un castro-torre.

**Concejo de Villayón:** El supuesto castro de Illaso está destruido por la reforestación. Las referencias al yacimiento encontradas en la carta arqueológica local (Villa 2007), delatan la existencia de un castro-torre sobre una peña cuarcítica que domina restos de minería antigua. Nuestra visita sí detectó los restos del único foso del poblado, aunque nos pareció insuficiente

para una fortificación castreña y las dimensiones interiores de la fortificación muy escasas para ser un castro. Fue catalogado en 1966 por J.M. González (1976, 119).





# Bibliografía

- ABASOLO ÁLVAREZ, J.A. y PÉREZ RODRÍGUEZ-ARAGÓN, F. (1995): "Arqueología funeraria en Hispania durante el Bajo imperio y la época visigoda". *Arqueoloxía da morte na Península Ibérica desde as orixes ata o medievo*. Xinzo de Limia: 293-205.
- ABERCROMBIE, J.R. (1981): *Palestinian burial practices from 1200 to 600 B. C.* London.
- ACEVEDO y HUELVES, B. (1893): *Los vaqueiros de alzada en Asturias*. Oviedo.
- (1898): *Boal y su concejo*. Oviedo.
- ADÁN ÁLVAREZ, G. (1992): *Inventarios arqueológicos de los concejos de Colunga y Caravia. Consejería de Cultura del Principado de Asturias*. Inédito.
- (1993): *Inventarios arqueológicos de los concejos de Mieres, Riosa y San Martín del Rey Aurelio*. Consejería de Cultura del Principado de Asturias. Inédito.
- (1998): "Punta de lanza de hierro del castro de Caravia (Asturias)". *Nuestro Museo*, Museo arqueológico de Oviedo, 2: 273-285.
- (2001): "La dieta y lártesanía ósea nel pobláu de Cellagú (Llatores, Uviéu): Un castru de los siglos V a.C. al II d.C.". *Asturies*, 11: 22-37.
- ADÁN G. y CABO, C. (1992): "La necrópolis medieval de Santo Adriano de Tuñón. (Santo Adriano, Asturias). Análisis de una solución arquitectónica prerrománica". *III Congreso de Arqueología medieval Española*. T. II. Oviedo: 207-211.
- ADÁN ÁLVAREZ, G. y MARTÍNEZ FAEDO, L. (1995): *Inventario arqueológico del concejo de Pravia*. Consejería de Cultura del Principado de Asturias. Inédito.
- ADÁN ÁLVAREZ, G.E., MARTÍNEZ FAEDO, L. y DÍAZ GARCÍA, F. (1994): "Limpieza estratigráfica del castro de Caravia (Caravia, Asturias): Reconstrucción arqueológica/histórica". *Zephyrus*, XLVII: 343-352.
- ADÁN ÁLVAREZ, G.E., ARBIZU, M., ÁLVAREZ LAO, D., CARRETERO, J. M<sup>a</sup>. CID, R.M<sup>a</sup>. GARCÍA ÁLVAREZ, A., RODRÍGUEZ, L., GARCÍA, R., IBÁÑEZ, C., PALACIOS, X. y ÁLVAREZ, D. (2004): "La playa d'Éntrellusa (Perlora): del paleolítico a los enterramientos tardorromanos, la construcción na Islla y la caza de ballenes nel medievu". *Asturies*, 18: 16-23.
- ALBERTOS, M.L. (1975): *Organizaciones suprafamiliares en la Hispania antigua*. Valladolid.
- ALMAGRO-GORBEA, M. (1996): "Los castros de la Meseta", *Gallaecia*, 14-15: 261-308.
- (2002): "Urbanismo y sociedad en la Hispania húmeda". *Los poblados fortificados del noroeste de la península Ibérica: formación y desarrollo de la cultura castreña*. Navia: 47-79.
- ALMAGRO-GORBEA, M. y TORRES ORTIZ, M. (1999): *Las fíbulas de jinete y de caballito. Aproximación a las élites ecuestres y su expansión en la Hispania céltica*. Zaragoza.
- ALMAGRO-GORBEA, M. y MARTÍN BRAVO, A. (eds.) (1994): *Castros y oppida de Extremadura. Complutum*, extra 4. Madrid.
- ALONSO ÁVILA, A. (1985): "Indigenismo y visigotismo en la actual región Cantábrica". *Altamira*, 45: 67-92.
- ÁLVAREZ CASTRILLÓN J.A. (2001): *Los Oscos en los siglos X-XIII. Un modelo de organización social del espacio en la Asturias Medieval*. Ayuntamiento de Santa Eulalia de Oscos. Oviedo.
- ÁLVAREZ GONZÁLEZ, Y. (1993): "Arqueología del paisaje: modelos de ocupación y explotación de los castros del valle de Noceda (León)". *Complutum*, 4: 265-278.
- ÁLVAREZ PEÑA, A. (1996): *Lliendes tradicionales del conceyu Piloña*. Oviedo.
- (2000): *Lliendes de la Mariña*. Oviedo.
- (2001): *Ayalgues. Lliendes de tesoros n'Ásturies*. Oviedo.



- (2002): "El castro de 'La Punta'l Castiello', Podes (Gozón)", *Asturies*, 13: 20-25.
- (2007): "Mitos y folklore de las cuevas asturianas". *Estudios varios de arqueología castreña. A propósito de las excavaciones en los castros de Teverga*, Asturias. Salamanca.
- ÁLVAREZ PEÑA, B. y FANJUL PERAZA, A. (2012): "El torques de Argul (Pezós)". *Asturies*, 32: 12-15.
- ÁLVAREZ-SANCHIS, J. (1993): "Los castros de Ávila". M. Almagro-Gorbea y G. Ruiz-Zapatero (Eds.): *Los Celtas: Hispania y Europa*. Madrid: 255-284.
- ÁLVAREZ VIDAURRE, E. (2003): "Leyendas, mitos y creencias populares: Otras vías de aproximación al fenómeno megalítico". *Cuadernos de Arqueología*, 11: 91-108.
- ANDOUCE, F. y BUCHSENSCHUTZ, O. (1989): *Villes, villages et campagnes de l'Europe celtique*. Paris.
- APELLÁNIZ, J.M. (1972): *El grupo de los Husos durante la Prehistoria con cerámica en el País Vasco*. *Estudios de arqueología alavesa*, 7: 7-409.
- ARCE, J. (2006): "Cantabria y los Cantabri en la antigüedad tardía (siglos V-VIII)". *Apocalipsis. El ciclo histórico del Beato de Liébana*. Santander: 15-26.
- ARGANDOÑA, P. (1994): "Leyendas y cuentos de Lezaun (Navarra)". *Eusko Ikaskuntza. Cuadernos de sección. Antropología y etnografía*, 11: 71-118.
- ARGENTE OLIVER, J.L. (1994): *Las fíbulas de la Edad del Hierro en la Meseta Oriental. Valoración tipológica, cronológica y cultural*. Madrid.
- ARGÜELLES, P. (2011): *La vía de Lucus Asturum - Lucus Augusti. (Tramo Lucus Asturum-Passicin)*. Gijón.
- ARIAS CABAL, P. (1986): "La cerámica prehistórica del abrigo de Cueto de la Mina (Asturias)". *Boletín del Real Instituto de Estudios Asturianos*, 119: 805-831.
- (1991): *De cazadores a campesinos. La transición al neolítico en la región cantábrica*. Santander.
- ARIAS CABAL, P. y ARMENDÁRIZ GUTIÉRREZ, A. (1998): "Aproximación a la Edad de Bronce en la región cantábrica". *A idade do Bronce en Galicia: Novas perspectivas*. A Coruña: 200-214.
- ARIAS CABAL, P. y ONTAÑÓN PEREDO, R. (1999): "Excavaciones arqueológicas en la cueva de Arangas (1995-1998). Las ocupaciones de la Edad del Bronce". *Excavaciones arqueológicas en Asturias. 1995-1998*. Oviedo: 75-88.
- (2000): "Sondeos arqueológicos en yacimientos en cueva del municipio de Entrambasaguas". *Actuaciones arqueológicas en Cantabria 1984-1999*. Santander: 237-239.
- ARIAS CABAL, P., MARTÍNEZ VILLA, A. y PÉREZ SUÁREZ, C. (1986): "La cueva sepulcral de Trespando (Corao, Cangas de Onís, Asturias)". *Boletín del Real Instituto de Estudios Asturianos*, 120: 1259-1289.
- ARIAS CABAL, P. y PÉREZ SUÁREZ, C. y TREVIN LOMBAN, A. (1986): "Las cerámicas de la cueva de la Zurra (Purón, Llanes)". *Boletín del Instituto de Estudios Asturianos*, 40 (117): 235-241.
- ARIAS PARAMO, L. (2006): "Jarrito litúrgico de la mina Milagro". *Apocalipsis. El ciclo histórico del Beato de Liébana*. Santander: 168-169.
- ARIÑO GIL, E. (2006): "Modelos de poblamiento rural en la provincia de Salamanca (España) entre la antigüedad tardía y la alta Edad Media". *Zephyrus*, LIX: 317-337.
- ARIÑO GIL, E., RIERA I MORA, S. y RODRÍGUEZ HERNÁNDEZ, J. (2002): "De Roma al medievo. Estructuras de hábitat y evolución del paisaje vegetal en el territorio de Salamanca". *Zephyrus*, 55: 283-309.
- ARNAU BASTEIRO, E. (1986): *Inventario arqueológico del concejo de Piloña*. Consejería de Cultura del Principado de Asturias. Inédito.
- ARNAU BASTEIRO, E. y NOVAL FONSECA, M. (1991): *Inventario arqueológico del concejo de Amieva*. Consejería de Cultura del Principado de Asturias. Inédito.
- AVELLO ÁLVAREZ, J.L. (1983): "Evolución de los castros desde la antigüedad hasta la Edad Media". *Lancia*, 1: 273-282.
- (1985-86): "El jarrito hispano-visigodo de Alesga y algunas consideraciones generales sobre estos objetos litúrgicos". *Asturiensia Medievalia*, 5: 19-32.
- (1991): *Las torres señoriales de la baja Edad Media en Asturias*. León.
- AYAN VILA, X.M. (2003): "Arquitectura doméstica y construcción del espacio social en la

Edad del Hierro del NW". *Encuentro de jóvenes investigadores sobre Bronce Final y Hierro en la Península Ibérica*. Salamanca: 50-69.

AZCARATE GARAI-OLAUN, A. (1988): *Arqueología de la antigüedad tardía en Álava, Guipúzcoa y Vizcaya*. Vitoria.

AZCARATE GARAI-OLAUN, A. y SOLAUN BUSTINZA, J.L. (2008): "Excavaciones arqueológicas en el exterior de los conjuntos rupestres de las Gobas (Laño, Burgos)". *Archivo Español de Arqueología*, 81: 133-149.

BALADO, A. (1996): *Inventario arqueológico del municipio de Gradefes (León)*. Servicio Territorial de Cultura, Junta de Castilla y León. Inédito.

BALDELLOU, V. (1990): "La prehistoria de Huesca. Rasgos generales". *Bolskan*, 7: 31-44.

BALLESTEROS VILLAR, F. (2002): *Pastores y majadas del Cornión*. León.

BARANDIARÁN, J.M. de (1946): "Catalogue des stations préhistoriques des Pyrénées Basques". *Ikuska*, 1: 27.

(1968): "Excavaciones arqueológicas en grutas artificiales de Alava". *Estudios de arqueología alavesa*, 3: 99-116.

(1979): *Mitología Vasca*. San Sebastián.

BARBER, M., FIELD, D. y TOPPING, P. (1999): *The Neolithic flint mines of England*. London.

BARBERO, A. y VIGIL, M. (1978): *La formación del feudalismo en la Península Ibérica*. Barcelona.

BARKAY, G. (1991): "Excavations at Ketef Hinnom in Jerusalem". *Ancient Jerusalem Revealed*. London: 85-106.

BARRAU-DIHIGO, L. (1919-1920): *Manuel de l'hispanisant*. T. II. Paris.

BARROSO, R., BUENO, P., CAMINO, J. y BALBIN, R. (2007): "Fuentenegro (Asturias), un enterramiento del Bronce Final-Hierro en el marco de las comunidades atlánticas peninsulares". *Pyrenae*, 38, vol 2: 7-38.

BASTIDA, F. y ALLER, J. (1995): "Rasgos geográficos generales". *Geología de Asturias*. Gijón: 27-34.

BECARES RODRÍGUEZ, L. (2010): "La evolución historiográfica de la romanización en Asturias. De la disputa de las fuentes al predominio de la arqueología". *Boletín del Real Instituto de Estudios Asturianos*, 175-176: 23-36.

BELLMUNT, F. y CANELLA, O. (1897): "Lena". *Asturias*, Tomo III: 34-50.

BERNARDO PINTO, D. (2003): "Os artefactos metálicos do Crasto de Palheiros (Murça, Trás-os-montes) e suas relações com a Proto-história peninsular". *Encuentro de jóvenes investigadores sobre Bronce Final y Hierro en la Península Ibérica*. Salamanca: 107-126.

BERROCAL-RANGEL, L. (1989/1990): "Cambio cultural y romanización en el suroeste peninsular". *Anas*, 2-3: 103-122.

(1992): *Los pueblos célticos del Suroeste de la Península Ibérica*. Complutum Extra 2. Madrid.

BERROCAL-RANGEL, L., MARTÍNEZ SECO, P. y RUIZ TRIVIÑO, C. (2002): *El Castiello de Llagú (Latores, Oviedo)*. *Un castro astur en los orígenes de Oviedo*. Bibliotheca Archaeologica Hispana, 13. Real Academia de la Historia. Madrid.

BEYNEIX, A. y COUHADA, C. (1997): "Le Premier Age du Fer en Bazadais". *Munibe*, 49: 143-152.

BESGA MARROQUÍN, A. (2006): "Cantabria en el siglo VIII". *El ciclo histórico del Beato de Liébana*. Santander: 91-106.

BINTLIFF, J.L. (1977): *Natural environment and human settlement in prehistoric Greece*. *British archaeological reports*. Supplementary series, 28. Oxford.

BLAS CORTINA, M.A. de (1973): "Un hacha de combate de tipo nórdico de Teverga (Asturias)". *Ampurias*, 35: 217-220.

(1983): *La prehistoria reciente en Asturias*. Oviedo.

(1984-85): "El molde del castro leonés de Gusendos de los Oteros y los hachas de apéndices curvos laterales peninsulares". *Zephyrus*, XXXVII-XXXVIII: 277-296.

(1998): "Producción e intercambio de metal: la singularidad de las minas de cobre prehistóricas del Aramo y el Milagro (Asturias)". *Minerales y metales en la Prehistoria reciente. Algunos testimonios de su explotación y laboreo en la Península Ibérica*. *Studia archaeologica*, 88. Valladolid: 71-104.

(2002): "El primer esbozo de la arqueología castreña en Asturias. El prof. J.M. González y su contribución fundamental entre 1948 y 1973". *Los poblados fortificados del Noroeste de la Península Ibérica: formación y desarrollo de la cultura castreña*. Navia: 19-37.



- (2007): "El Bronce Pleno y Final". *La Prehistoria de Asturias*. Oviedo: 637-658.
- BLAS CORTINA, M.A. de y FERNÁNDEZ-TRESGUERRES, J. (1989): *Historia primitiva en Asturias. De los cazadores-recolectores a los primeros metalúrgicos*. Gijón.
- BLAS CORTINA, M.A. de y FERNÁNDEZ MANZANO, J. (1998): "Asturias y Cantabria en el primer milenio A.C.". *Paleoetnología de la Península Ibérica. Complutum*, 2-3: 399-416.
- BLAS, M.A. de y MAYA, J.L. (1974): "Hachas pulimentadas en castros asturianos". *Boletín del Instituto de Estudios Asturianos*, 81: 119-170.
- BLASCO, M.C. (1993): *El Bronce Final*. Madrid.
- BLASCO BOSQUED, M.C., CARRIÓN SANTA-FE, E. y PLANAS GARRIDO, M. (1998): "Datos para la definición de la Edad del Hierro en el ámbito carpetano: El yacimiento de Arroyo Culebro". *Cuadernos de Prehistoria de la Universidad Autónoma de Madrid*, 25: 245-281.
- BLOCK, G. de (1980): *Cavernes et souterrains. Histoires et légendes*. Bruxelles.
- BOCQUET, A. (1991): "L'Archéologie de l'Âge du Fer dans les Alpes occidentales françaises". *Les Alpes à l'Âge du Fer*. Revue archéologique de Narbonne. Supplément, 22: 91-155.
- BODELÓN GARCÍA, S. (1994-95): "La alimentación de los astures: rastreo arqueológico por algunos yacimientos". *Memorias de Historia Antigua*, 15-16: 229-248.
- BOHIGAS ROLDÁN, R. (1986-1987): "La Edad del Hierro en Cantabria. Estado de la cuestión", *Actas del Coloquio Internacional sobre la Edad del Hierro en la Meseta Norte*. *Zephyrus*, XXXIX-XL: 119-138.
- (1999): "La arqueología de la Alta Edad Media en Cantabria". *Regio Cantabrorum*. Santander: 361-371.
- BOHIGAS, R., IRALA, V. y MENÉNDEZ, J.C. (1982): "Cuevas artificiales de Valderredible (Santander)". *Sautuola*, III: 279-294.
- BOHIGAS ROLDAN, R. y RUIZ GUTIERREZ, A. (1989): "Las cerámicas visigodas de poblado en Cantabria y Palencia". *Boletín de arqueología medieval*, 3: 31-51.
- BONACCI, O. (1987): *Karst hydrology. with special referente to the dinaric karst*. Springer series in Physical environment, 2. Heidelberg.
- BRANIGAN, K. y DEARNE, M.J. (1999): *Romano-British cavemen. Cave use in Roman times*. London.
- BRUN, P. (1991): "Systèmes économiques et organisations sociales au premier Âge du Fer, dans la zone Nord-Alpine". *Les Alpes à l'Âge du Fer*. Revue Archéologique de Narbonnaise, supplément 22, Paris: 313-332.
- BRUNAU, J.L., FITCHL, S. y MARCHAND, CH. (1990): "Das 'Camp Cesar' bei la Chausée-Tirancourt (Somme)". *Saal.Jahrbuch*, 45: 5-45.
- BURILLO MOZOTA, F. (1998): *Los celtíberos. Etnias y estados*. Barcelona.
- CABAL, C. (1993): *Mitología Ibérica. Cuentos y consejas de la vieja España*. Oviedo.
- CALO LOURIDO, F. (1993): *A Cultura Castrexa*. Vigo.
- CALO LOURIDO, F. y SIERRA RODRÍGUEZ, X.C. (1983): "As orixenes do Castrexo no Bronce final". *Estudos de Cultura Castrexa e de Historia Antiga de Galicia*. Santiago: 54-75.
- CALVO, A. (1936): *El Monasterio de Gradefes: apuntes para su historia y la de algunos otros cenobios y pueblos del concejo de León*. León.
- CAMINO MAYOR, J. (1995a): *Los castros marítimos en Asturias*. Oviedo.
- (1995b): *El honor del paisaje. Arqueología y medio rural en Asturias*. Oviedo.
- (1997): "Excavaciones en castros de la Ría de Villaviciosa", *Estudios del Poblamiento Prerromano de la Ría de Villaviciosa*. Villaviciosa: 43-86.
- (1996): *El honor del paisaje. Arqueología y medio rural en Asturias*. Oviedo.
- (2000a): "Un yacimiento en la encrucijada. Revisión cronológica de la muralla del castro de Campa Torres (Gijón)". *Revista de Arqueología*, 228: 6-12.
- (2000b): "Las murallas compartimentadas en los castros de Asturias: Bases para un debate". *Archivo Español de Arqueología*, 73, 181-182: 27-42.
- (2002): "Algunos comentarios sobre las pautas territoriales y sociales de los castros del oriente de Asturias". *Los poblados fortificados del noroeste de la Península Ibérica: Formación y desarrollo de la cultura castreña*. Navia: 139-158.
- CAMINO MAYOR, J. y ESTRADA GARCÍA, R. (2012): "El Mayéu Busián (L.lena). Orixe dúna Braña na Edá del Bronce". *Asturies*, 32: 4-11.

- CAMINO MAYOR, J. y VINIEGRA PACHECO, Y. (1990): *Inventarios arqueológicos de los concejos de Allande, Tineo y Castropol*. Consejería de Cultura del Principado de Asturias. Inédito.
- (2002): “*Los castros de la fastera oriental d’Asturies*”. *Asturies*, 14: 20-34.
- CAMINO MAYOR, J. ESTRADA GARCÍA, R. y VINIEGRA PACHECO, Y. (2002): “El campamento romano del ‘Castiechu’ de la Carisa, una avanzada militar en Asturia Transmontana”, *Asturies*, 12. Oviedo: 36-42.
- (2008): “El castru inacabáu de la Forca (Grau). Un exemplu atípicu nos anicios del mundu castreñu”. *Asturies*, 26: 22-35.
- CAMINO MAYOR, J., VINIEGRA PACHECO, Y., ESTRADA GARCÍA, R., RAMOS OLIVER, F. y JIMÉNEZ MOYANO, F. (2007): “El campamento y la vía de la Carisa. Reflexiones arqueológicas y militares”. *Astures y romanos: Nuevas perspectivas*. Oviedo: 61-94.
- CAMPUZANO RUIZ, E. (1999): “El mundo visigodo. Las primeras manifestaciones cristianas en Cantabria”. *Regio Cantabrorum*. Santander: 351-360.
- CANELLADA, M.J. (1982): *Legendas, cuentos y tradiciones*. Oviedo.
- CARBALLO, L.M. (1965): *Antigüedades y cosas memorables del Principado de Asturias*. Madrid.
- CARBALLO ARCEO, L.X. (1990): “Los castros de la cuenca media del río Ulla y sus relaciones con el medio físico”. *Trabajos de Prehistoria*, 47: 161-199.
- (1993): “Espacio e povoamento castrexo de Galiza”. *Concepcións espaciais e estratexias territoriais na historia de Galicia*. Santiago: 55-82.
- (1996): “*Os castros galegos: espacio e arquitectura*”, *Gallaecia*, 14-15: 309-392.
- (2002): *A cultura castrexa na Comarca de Deza*. Vigo.
- (2005): *Guía de los castros de Galicia*. Vigo.
- CARBALLO ARCEO, L.X., CONCHEIRO COELLO, A. y J. REY CASTAÑEIRA. (2003): “A introducción dos muiños circulares nos castros Galegos”. *Brigantium* 24: 97-108.
- CARROCERA FERNÁNDEZ, E. (1989): “El castro de San Isidro. Informe de las excavaciones arqueológicas 1986”. *Excavaciones Arqueológicas en Asturias*, 1, 1983-1986, 1989: 157-161.
- (1995a): “El territorio de los astures: los castros”. *Astures. Pueblos y Culturas en la frontera del Imperio Romano*. Gijón: 52-65.
- (1995b): “Algunos aspectos de la economía castreña: retomando a los autores López Cuevillas y Vázquez Varela. El valle del Navia como argumento”. *Fervedes*, 2: 71-85.
- (1995c): “Estudio crítico de la Cultura Castreña asturiana”. *1º Congreso de Arqueología Peninsular*, V. IV. Vila Real: 213-227.
- CARROCERA FERNÁNDEZ, E. y CAMINO MAYOR, J. (1996): “La Edad del Hierro en el territorio histórico de los astures o la realidad de un espacio administrativo romano”. *Actas del coloquio Internacional sobre la Edad del Hierro en la Meseta Norte. Zephyrus*, XXXIX-XL: 215-230.
- CARROCERA FERNÁNDEZ, E. y JORDA PARDO, J.F. (1984): “Aproximación al conocimiento del hábitat y del territorio castreños”. *Arqueología Espacial*, 5: 7-20.
- CASO, C. Y MARTÍNEZ VILLA, A. (1989): *Inventario arqueológico del concejo de Vegadeo*. Consejería de Cultura del Principado de Asturias. Inédito.
- CASO, E. y MIYARES FERNÁNDEZ, A. (1980): “Castro de Argandenes, concejo de Piloña”. *Boletín del Instituto de Estudios Asturianos* 101: 663-668.
- CASTANEDO HERRERIA, T., CISNEROS CUNCHILLOS, M., DÍEZ CASTILLO, A., GONZÁLEZ MORALES, M.R. y LÓPEZ NORIEGA, P. (1999): “Los valles occidentales de Cantabria: el poblamiento de montaña durante la II Edad del Hierro y época romana”. *Regio Cantabrorum*. Santander. 34-39.
- CASTIELLA RODRÍGUEZ, A. (1977): *La Edad del Hierro en Navarra y Rioja*. Pamplona.
- (1993): “De la Protohistoria Navarra: La Edad del Hierro”. *Cuadernos de Arqueología de la Universidad de Navarra*, 1: 121-175.
- CASTIELLA, C. (2004): “Adaptaciones evolutivas de la fauna cavernícola”. *Caminos Subterráneos*, 4. *Revista del club de espeleología científica de Caminos*. Santander: 4-14.
- CELIS SÁNCHEZ, J. (1996): “Origen, desarrollo y cambio en la Edad del Hierro de las tierras leonesas”. *ArqueoLeón. Historia de León a través de la Arqueología*. León: 41-67.



- (2002): "El bronce final y la primera Edad del Hierro en el Noroeste de la meseta". *Los poblados fortificados del Noroeste de la Península Ibérica: formación y desarrollo de la cultura castreña*. Navia: 98-126.
- CEPEDA, J.J. (1997): "La circulación monetaria romana en el País Vasco". *Isturitz*, 8: 259-302.
- CHRISTIE, N. (2006): *rom Constantine to Charlemagne. An Archaeology of Italy, AD 300-800*. Aldershot, Hampshire.
- CID LÓPEZ, R.M., FERNÁNDEZ OCHOA, C., GARCÍA DÍAZ, P. y PEDREGAL RODRÍGUEZ, A. (1991): *Asentamiento romano y necrópolis medieval en Lugo de Llanera (Principado de Asturias)*. Llanera.
- COELLO, F. (1870): "Oviedo". *Diccionario geográfico-Estadístico e histórico de España y sus posesiones de Ultramar*. Madrid.
- COLIN, A. (1998): *Cronologie des oppida de la Gaule non méditerranéenne. Documents d'Archéologie Française*, 71. Paris.
- COLOMER, A. (1979): *Les grottes sépulcrales artificielles en Languedoc oriental*. Toulouse.
- COLLINGRIDGE, V. (2004): *Boudica*. London.
- COLLIS, J. (1989): *La Edad del Hierro en Europa*. Barcelona.
- CONCEPCIÓN SUÁREZ, J. (1995): *Por los pueblos de Lena*. Gijón.
- CORBEL, J. (1957): *Le Karst du nord-ouest de l'Europe et des quelques régions du comparasion*. Lyon.
- CORCHÓN RODRÍGUEZ, S. (1971): *Notas en torno al arte mueble asturiano*. Salamanca.
- (1990): "La cueva de las Caldas (Priorio, Oviedo). Investigaciones efectuadas entre 1980 y 1986". *Excavaciones Arqueológicas en Asturias 1983-1986*. Oviedo: 37-54.
- CORCHÓN RODRÍGUEZ, M.S. y HOYOS GÓMEZ, M. (1972-73): "La cueva de Sofoxó (Las Regueras, Asturias)". *Zephyrus*, XXIII-XXIV: 39-100.
- COSTAS GOBERNA, F.J., DE LA PEÑA SANTOS, A. y REY GARCÍA, J.M. (1995): "A propósito de la figura humana: una disculpa para reconsiderar el arte rupestre galaico", *Actas del XXII Congreso Nacional de Arqueología. Vigo 1993. Volumen II*. Vigo: 125-130.
- CRAWFORD, H. (1979): *Subterranean Britain. Aspects of underground archaeology*. London.
- CRESPO LASTRA, V. (Coord.): *Catálogo de cavidades del municipio de Piélagos. Actuaciones Espeleológicas (1986-2006)*. Ayuntamiento de Piélagos. Santander.
- CUESTA, F., JORDÁ PARDO, J.F., MAYA, J.L. y MESTRES, J.S. (1996): "Radiocarbono y cronología de los castros asturianos". *Zephyrus*, 49: 225-270.
- CUNLIFFE, L.A. (1974): "The Iron Age". C. Renfrew (Ed.), *British Prehistory. A new outline*. London: 233-262.
- (1991): *Iron Age communities in Britain. An account of England, Scotland and Wales from Seventh Century B. C. Until the roman conquest*. London.
- (1993a): *Fertility, propitiation and the gods in the British Iron Age. Vijftiende Kroon-voordracht*. Oxford.
- (1993b): *Danebury*. London.
- (1995): *Iron Age Britain*. London.
- DARK, P. (2000): *The environment of Britain in the first millenium A.D.* London.
- ARBOIS DE JUBAINVILLE, H. d'. (1996): *El ciclo mitológico irlandés y la mitología céltica*. Barcelona.
- DAVIDSON, H.R.E. (1967): *Pagan Scandinavia*. Nijmegen.
- DAVIES, J.L. y LYNCH, F. (2000): "The Late Bronze Age and Iron Age". *Prehistoric Wales*. Somerset.
- DELIBES DE CASTRO, G., ROJO GUERRA, M. y REPRESA BERMEJO, I. (1993): *Dólmenes de la Lora. Burgos*. Valladolid.
- DELIBES DE CASTRO, G. ROMERO CARNICERO, F. SANZ MÍNGUEZ, C., ESCUDERO NAVARRO, Z. y SAN MIGUEL MATE, L.C. (1995): "Panorama arqueológico de la Edad del Hierro en el Duero medio". *Arqueología y Medio Ambiente. El primer milenio a.C. en el Duero medio*. Valladolid: 49-146.
- DELIBES DE CASTRO, G. y SANTIAGO PARDO, J. (1997): "Las fortificaciones de la Edad del Cobre en la Península Ibérica". *La guerra en la Antigüedad. Una aproximación al origen de los ejércitos en Hispania*. Madrid: 85-107

- DELIBES DE CASTRO, G. y FERNÁNDEZ MANZANO, J. (1983): "Calcolítico y Bronce en tierras de León". *Lancia*, 1: 19-82
- DELIBES DE CASTRO, G., FERNÁNDEZ MANZANO, J. y CELIS SÁNCHEZ, J. (1992-1993): "Nuevos "ganchos de carne" protohistóricos de la Península Ibérica", *Tabona*, 8 (II): 417-434.
- DELIBES DE CASTRO, G., ROMERO CARNICERO, F., SANZ MINGUEZ, C., ESCUDERO NAVARRO, Z. y SAN MIGUEL MATE, L.C. (1995): "Panorama arqueológico de la Edad del Hierro en el Duero medio", *Arqueología y Medio Ambiente. El Primer Milenio a.C. en el Duero Medio*. Valladolid: 49-146.
- DELLA CASA, P. (1999): "Natural and cultural landscapes: models of utilization of the alpine area in the non valley". *Preistoria Alpina*, 35: 125-140.
- DÍAZ, B. (1992): *Inventarios arqueológicos de los concejos de Gozón y Carreño*. Consejería de Cultura del Principado de Asturias. Inédito.
- (1997): *Inventario arqueológico del concejo de Belmonte de Miranda*. Consejería de Cultura del Principado de Asturias. Inédito.
- DÍAZ, B. y SIERRA, G. (1993): *Inventario arqueológico del concejo de Soto del Barco*. Consejería de Cultura del Principado de Asturias. Inédito.
- (1994): *Inventario arqueológico del concejo de Boal*. Consejería de Cultura del Principado de Asturias. Inédito.
- (1995): *Inventarios arqueológicos de los concejos de Pesoz e Illano*. Consejería de Cultura del Principado de Asturias. Inédito.
- DÍAZ, J. (1991): "El agua como excusa poética y legendaria en la cuenca del Duero". *Revista de Folklore*, 11: 3-13.
- DÍAZ-ANDREU GARCÍA, M. y SANDOVAL LEÓN, M.D. (1991/1992): "El poblamiento en la cuenca del río Guadamejud (Cuenca) durante la II Edad del Hierro". *Zephyrus*, XLIV-XLV: 331-371.
- DÍAZ GARCÍA, F. (1994): *Inventarios arqueológicos de los concejos de Sariego y Cabranes*. Consejería de Cultura del Principado de Asturias. Inédito.
- DÍAZ MARTÍNEZ, P. (2006): "La cristianización de Cantabria antes del Beato". *El ciclo histórico del Beato de Liébana*. Santander: 45-70.
- DÍEZ MONSO, M. (1994): "Mitos y leyendas de la tierra leonesa". *Diario de León*. León.
- DIEGO SANTOS, F. (1978): *Historia de Asturias. Asturias romana y visigoda*. Salinas.
- (1979): "De la Asturias sueva y visigoda". *Asturiensia Medievalia*, 3: 17-73.
- (1985): *Epigrafía romana de Asturias*. Madrid.
- DOMÍNGUEZ MORENO, J. M. (1984): "La noche de San Juan en la alta Extremadura". *Revista de Folklore*, 4: 214-217.
- (1992b): "La divinización del lobo en Extremadura". *Revista de Folklore*, 12 (II): 3-9.
- DOMINGUEZ BOLAÑOS, A. y NUÑO GONZÁLEZ, J. (1997): "Reflexiones sobre los sistemas defensivos tardoantiguos en la meseta norte. A propósito de la muralla de El Cristo de San Esteban, Muelas del Pan (Zamora)", R. Teja y C. Pérez (Eds.): *Actas del Congreso Internacional la Hispania de Teodosio. Volumen 2*. Salamanca: 435-450.
- DUVAL, A. (1991): *Les Alpes à l'âge du fer. Revue archaéologique de Narbonnaise*. Supplément 22. Paris.
- ELIADE, M. (1979): *Imágenes y símbolos*. Madrid.
- ELLIOTT, W. (1998): "Conservation of the North American Cave and Karst Biota". *Elsevier Science's Subterranean Biota. Ecosystem of the World series. Texas Speleological Survey*: 28-47.
- EPSTEIN, C. (1998): *The Chalcolithic culture of the Golan*. Israel Antiquities authority reports, 4. Jerusalem.
- ESCOBAR GARCÍA, F. (1977): *El ilustrísimo Concejo de León engorda su historia*. León.
- ESCORTELL PONSODA, M. (1973): *Catálogo de las salas de cultura romana del museo arqueológico de Oviedo*. Oviedo.
- (1982): *Catálogo de las Edades de los Metales del Museo arqueológico de Oviedo*. Oviedo.
- ESCORTELL, M. y MAYA, J.L. (1972): "Materiales de "El Pico Castiello". Siero en el Museo Arqueológico Provincial", *Archivum*, XXII: 37-48.
- ESPARZA ARROYO, A. (1982): "Reflexiones sobre el castro de Monte Bernorio (Palencia)". *Boletín de la Institución Tello Téllez de Meneses*, 47: 395-408.
- (1983): "Problemas arqueológicos de la Edad del Hierro en el territorio Astur". *Lancia*, 1: 83-102.



- (1983/84): “Los castros de Zamora Occidental y Tras-os-montes oriental: Hábitat y cronología”. *Portugalia*, IV-V: 131-146.
- (1986): *Los castros de la Edad del Hierro del Noroeste de Zamora*. Zamora.
- (2003): “Castros con piedras hincadas del oeste de la meseta y sus aledaños”. *Chevaux-de-frise i fortificació en la primera edat del ferro europea*. Lleida: 155-178
- (2011): “Los castros del oeste de la Meseta”. *Complutum*, 22 (2): 11-47.
- ESTEPA DÍEZ, C. (1998): “Comunidades de aldea y formación del feudalismo. Revisión de la cuestión y perspectivas”. “*Romanización y Reconquista en la Península Ibérica. Nuevas perspectivas*. Salamanca: 271-282.
- ESTRADA GARCÍA, R. (1994): *Inventarios arqueológicos de los concejos de Taramundi y San Tirso de Abres*. Consejería de Cultura del Principado de Asturias. Inédito.
- (1996): *Inventarios arqueológicos de los concejos de Somiedo y Yermes y Tameza*. Consejería de Cultura del Principado de Asturias. Inédito.
- (1997): *Inventario arqueológico del concejo de Grado*. Consejería de Cultura del Principado de Asturias. Inédito.
- (1998): *Inventarios arqueológicos de los concejos de Santo Adriano, Morcín y Ribera de Arriba*. Consejería de Cultura del Principado de Asturias. Inédito.
- (2000): *Inventarios arqueológicos de los concejos de Teverga y Quirós*. Consejería de Cultura del Principado de Asturias. Inédito.
- ESTRADA GARCÍA, R., JORDA PARDO, J.F., CHAO ARANA, F.J. y RÍOS GONZÁLEZ, S. (1995): *Inventario arqueológico del concejo de Pares*. Consejería de Cultura del Principado de Asturias. Inédito.
- FÁBREGA ÁLVAREZ, P. (2003): “Poblamiento castreño en el norte de Galicia”. *Encuentro de jóvenes investigadores sobre Bronce Final y Edad del Hierro en la Península Ibérica*. Salamanca: 27-49.
- FÁBREGAS VALCARCE, R. (1995): “La realidad funeraria en el noroeste del Neolítico a la Edad del Bronce”. *Arqueoloxía da morte. Arqueoloxía da morte na Península Ibérica desde as orixes ata o medievo*. Xinzo de Limia: 97-119.
- FÁBREGAS VALCARCE, R., ALONSO FERNÁNDEZ, S., LAZUEN FERNÁNDEZ, T., DE LOMBERA HERMIDA, A., PÉREZ ALBERTI, A., RODRÍGUEZ ÁLVAREZ, X.P., RODRÍGUEZ RELLÁN, C., TERRADILLOS BERNAL, M., SERNA GONZÁLEZ, M. R. y VAQUERO RODRÍGUEZ, M. (2008): “Aportación ó estudo da prehistoria da cunca media do Miño. Os asentamentos en Cova e ó aire libre”. *Gallaecia*, 27: 63-88.
- FÁBREGAS VALCARCE, R. y RUIZ-GALVEZ, M. (1994): “Ámbitos funerario y doméstico en la prehistoria del Noroeste de la Península Ibérica”. *Zephyrus*, XLVI: 143-159.
- FANJUL MOSTEIRÍN, J.A., VILLA VALDÉS, A. y MENÉNDEZ GRANDA, A. (2009): “El castro de Cabo Blanco, Valdepare (El Franco): Informe sobre los trabajos de acondicionamiento y exploración arqueológica (2004-2007)”. *Excavaciones Arqueológicas en Asturias, (2003- 2006)*. Consejería de Cultura. Principado de Asturias. Oviedo: 255-263.
- FANJUL PERAZA, A. (1998a): “El yacimiento de El Castiello en Siero”. *Memorias de Historia Antigua*, XIX-XX: 269-279.
- (1998b): “Les cerámiques medievals d’El Vallín”. *Asturies*, 6, Oviedo: 52-54.
- (2001a): “Rituales d’curanderismo na cuenca l’eo”. *Asturies*, 11: 52-60.
- (2001b): “Msoura: Poblamiento prehistórico en Marruecos”. *Revista de Arqueología*, 246: 9-15.
- (2002/03): “El poblamiento castreño en la Cuenca minera central asturiana”. *Lancia*, 5. Universidad de León: 77-97.
- (2003): “Nuevos datos sobre el poblamiento castreño en los valles de alta montaña cantábrica”. *Encuentro de jóvenes investigadores sobre Bronce Final y Hierro en la Península Ibérica*. Salamanca: 70-85.
- (2005): *Los castros de Asturias. Una revisión territorial y funcional*. Oviedo.
- (2007a): “Excavaciones en el castro de la Cogollina (Teverga). Nuevas perspectivas sobre las defensas artificiales de los castros asturianos”. *Estudios varios de Arqueología castreña. A propósito de las excavaciones en los castros de Teverga, Asturias*. Salamanca: 10-20.
- (2007b): “El paisaje fortificado de la Asturias Medieval: Características geográficas y funcionales”. *Castillos de España*, 146: 11-16.

(2007c): “Dos castros inéditos de Asturias: El Cantu de Oviedo y la Cantera de Valdés”. *Lancia*, 6: 259-264.

(2007d): “El Castiechu de Vallau. Un posible campamentu militar n'Leitariegos”. *Asturies*, 23: 50-51.

(2008): “El Castiechu, hallazgo de un posible campamento militar en las estribaciones del puerto de montaña de Leitariegos. (Cangas del Narcea, Asturias)”. *Nivel Cero*, 11: 125-126.

(2010): “New dating for prehistoric high mountain agriculture in Teverga, Spain”. *Past, Newsletter of the Prehistoric Society*, 64: 11-12.

(2011a): “Las últimas cuevas. Observaciones en torno a la ocupación histórica de las cuevas astur-leonesas”. *Arqueología y territorio medieval*, 18: 91-116.

(2011b): “The valley conquest. New dates on the development of fortified settlements in the high mountain area of northern Spain”. *Origini. Preistoria e protoistoria delle civiltà antiche*, XXXIII. Nuova Serie, V: 303-318.

(2013): “Updating the *Ruina Montium* (wrecking of mountains). An Iron Age gold mining system”. *Past, Newsletter of the Prehistoric Society*, 74: 11-12.

FANJUL PERAZA, A., ÁLVAREZ PEÑA, A., HIERRO GARATE, J. M. y SERNA GANCEDO, A. (2010): “El santuario en cueva astur-romano del Ferrán (Piloña)”. *Asturies*, 29: 16-23.

FANJUL PERAZA, A. y FERNÁNDEZ RIES-TRA, J.F. (2008): “Evolución del poblamiento castreño en el valle de Teverga. Observaciones hacia una arqueología de alta montaña y de los espacios ganaderos en Asturias”. *Arqueología castreña en Asturias: Novedades y propuestas metodológicas*. Entemu, XVI. Universidad Nacional a Distancia. Gijón: 211-235.

FANJUL PERAZA, A., FERNÁNDEZ RODRÍGUEZ, C., LÓPEZ PÉREZ, M.C. y ÁLVAREZ PEÑA, A. (2007): “Excavaciones en el castro de la Garba (Teverga), Asturias. Primeros trazos arqueológicos del poblamiento castreño en la alta montaña”. *Estudios varios de Arqueología castreña. A propósito de las excavaciones en los castros de Teverga, Asturias*. Salamanca: 49-76.

FANJUL PERAZA, A., FERNÁNDEZ RÓDRIGUEZ, C., LÓPEZ PÉREZ, M. C. y ÁLVAREZ PEÑA, A. (2009): “Excavaciones en los castros

de la Cogollina y la Garba (Teverga). Pautas del poblamiento castreño en un valle de montaña”. *Excavaciones Arqueológicas en Asturias, (2003-2006)*. Consejería de Cultura. Principado de Asturias. Oviedo: 225-235.

FANJUL PERAZA, A., FLÓREZ DE LA SIERRA, D. y GARCÍA ÁLVAREZ-BUSTO, A. (2005): “El castro de Tremao Carbachu (Cangas del Narcea)”. *Asturies*, 19: 14-23.

(2007 a): “El proyecto del castro de Tremao (Cangas del Narcea, Asturias). Primeros trabajos y hallazgos arqueológicos”. *Estudios varios de Arqueología castreña. A propósito de las excavaciones en los castros de Teverga, Asturias*. Salamanca: 211-216.

(2007b): “Nuevos datos materiales y estructurales del castro de Tremao (Cangas del Narcea, Asturias)”. *Lancia*, 6: 87-101.

FANJUL PERAZA, A. y MARÍN SUÁREZ, C. (2006): “La minería de hierro en la Asturias castreña. Nuevos datos y estado de la cuestión”. *Trabajos de Prehistoria*, 63: 113-131.

FANJUL PERAZA, A. y MENÉNDEZ BUEYES, L.R. (2004): *El complejo castreño de los astures transmontanos*. Ediciones Universidad de Salamanca. Salamanca.

(2008): “Ántiguas'y canales. El complejo minero romano de les Mueches-Ablaneda (Salas, Asturias)”. *Nivel Cero*, 11: 79-94.

FANJUL PERAZA, A., MENÉNDEZ BUEYES, L. R. y ÁLVAREZ PEÑA, A. (2005): “La fortaleza de Alesga (Teverga, Asturias): Una posible Turris de control altoimperial”. *Gallaecia*, 24: 181-191.

(2007): “El Castiellu d'Álesga (Teverga): Una probable turris de control altoimperial”. *Asturies*, 23: 14-21.

FANO MARTÍNEZ, A. (1998): *El hábitat mesolítico en el Cantábrico occidental. Transformaciones ambientales y medio físico durante el Holoceno Antiguo*. BAR Internacional series, 732. Oxford.

FARIAS, P. y MARQUÍNEZ, J. (1995): “El relieve”. *Geología de Asturias*: 163-172.

FAUDUET, I. (1993): *Les temples de tradition celtique en Gaule romaine*. Paris.

FEITO, A. (2013): *Introducción a la geografía de Asturias*. Inédito.



- FERNÁNDEZ CONDE, J. (2008): *La religiosidad medieval en España, I. Alta Edad Media (s. VII-X)*. Oviedo.
- FERNÁNDEZ FERNÁNDEZ, J. (2009): "Una contribución a la lectura crítica de determinadas fuentes de información arqueológicas mediante la utilización de los SIG: Los castros del valle del Trubia". *Territorio, sociedad y poder*, 4: 5-46.
- FERNÁNDEZ Y FERNÁNDEZ, M. (1898): *El Franco y su concejo*. Oviedo.
- FERNÁNDEZ GARCÍA, A.M., PEREZ CUESTA, A. ROZA IGLESIAS, A., SUÁREZ SARO, A. y VALLINA, M.C. (1992): "El valle de Quirós: Un modelo de sistema defensivo vial". *III Congreso de Arqueología medieval Española*. T. II. Oviedo: 235-242.
- FERNÁNDEZ GUTIÉRREZ, G. (1988): "Castiellos del conceyu Mieres". *Noticias históricas de Mieres y su concejo*. Mieres: 418-436.
- (1996): "La virola de Fon Pedrín, Quirós". *Asturies*, 2: 103.
- FERNÁNDEZ MANZANO, J. (1986): *Bronce Final en la Meseta Norte española: El utillaje metálico*. Soria.
- FERNÁNDEZ MANZANO, J. y
- ARIAS CABAL, P. (1999): "El Bronce Final en el territorio de los antiguos cántabros". *Regio Cantabrorum*. Santander: 1-12.
- FERNÁNDEZ MENÉNDEZ, J. (1950): "Huellas prehistóricas en una cueva de Llanes". *Diario Región*, Oviedo, 11 de Mayo de 1950.
- FERNÁNDEZ MIER, M. (1999): Génesis del territorio en la Edad Media: arqueología del paisaje y evolución histórica en la montaña asturiana. *Asturiensia Medievalia*, 8. Oviedo.
- FERNÁNDEZ MIER, M. y FERNÁNDEZ HEVIA, J. M. (1998): "Un microespacio en la montaña asturiana: Presorias". *Arqueología y territorio medieval*, 5: 91-107.
- FERNÁNDEZ OCHOA, C. (1982): *Asturias en época romana*. Madrid.
- FERNÁNDEZ OCHOA, C. y MORILLO CERDÁN, A. (1994): *De Brigantium a Oiasso. Una aproximación al estudio de los enclaves marítimos cántabros en época romana*. Madrid.
- (1999): *La tierra de los astures. Nuevas perspectivas sobre la implantación romana en la antigua Asturia*. Gijón.
- FERNÁNDEZ PAJARES, J.M. (1984): *Del folclore de Pajares*. Oviedo.
- FERNÁNDEZ POSADA, V. (1996): *Cabrales. La trova, historia y heráldica*. Oviedo.
- FERNÁNDEZ POSSE, M<sup>a</sup>.D. (1981): "La cueva del Arevalillo de Cega (Segovia)". *Noticiario arqueológico Hispánico*, 12: 43-84.
- (1995): "Minería y metalurgia de la región astur en la antigüedad". *Astures*. Gijón: 141-158.
- (2000): "Las comunidades castreñas astures en época prerromana". *Las Médulas (León). Un paisaje cultural en la Asturia Augustana*. León: 21-37.
- (2002): "Tiempos y espacio en la cultura castreña". *Los poblados fortificados del noroeste de la Península Ibérica: formación y desarrollo de la cultura castreña*. Navia: 81-95.
- FERNÁNDEZ-POSSE, M.D. y SÁNCHEZ-PALENCIA, F.J. (1998): "Las comunidades campesinas en la cultura castreña". *Trabajos de Prehistoria*, 55: 127-150.
- FERNÁNDEZ-POSSE, M.D., MONTERO, I., SÁNCHEZ-PALENCIA, F.J. y ROVIRA, S. (1993): "Espacio y metalurgia en la cultura castreña: la zona arqueológica de las Médulas". *Trabajos de Prehistoria*, 50: 197-220.
- FERNÁNDEZ RODRÍGUEZ, C. (1996): "La ganadería y caza desde la Edad del Hierro hasta los inicios de la Edad Media en el Noroeste". *Ferve-des*, 3: 201-216.
- (2007): "Análisis de los restos óseos de macromamíferos del castro de la Cogollina (Asturias)". *Estudios varios de arqueología castreña. A propósito de las excavaciones en los castros de Teverga*. Teverga: 41-48.
- FERNÁNDEZ SUÁREZ, A. (1992): *Teverga, un concejo de la montaña asturiana en la Edad Media*. Oviedo.
- FERNÁNDEZ VEGA, P.A. (2006): "De los 'Cántabros' final de Cantabria: Arqueología en siglos oscuros". *Apocalipsis. El ciclo histórico del Beato de Liébana*. Santander: 71-90.
- FICHTL, S. (2000): *Le ville celtique. Les oppida de 150 av. J-C á 15 ap. J-C*. Paris.
- FIGUEROLA, M.G. de (1984-1985): "Una tumba tardo-romana con ajuar en Valverde del Fresno (Cáceres)". *Zephyrus*, XXXVII-XXXVIII: 370-375.

- FILLOY NIEVA, I. (1997): "Testimonios en torno al mundo de las creencias en época romana en el territorio alavés". *Isturitz*, 9: 765-795.
- FLÓREZ, J.M. (1878): *Memoria relativa a las excavaciones del Castellón en el concejo de Coaña (Asturias)*. Oviedo.
- FOLCH IGLESIAS, C. (2005): "La cerámica de la Alta Edad Media en Cataluña (S. VIII-IX d.C.): el estado de la cuestión". *Arqueología y territorio medieval*, 12 (2): 237-248.
- FUERTE ACEVEDO, M. (1884): *Mineralogía Asturiana. Catálogo descriptivo de las sustancias así metálicas como lápices de la provincia de Asturias*. Oviedo.
- GALÁN, C. (2002a): *Biodiversidad, cambio y evolución de la fauna cavernícola del País Vasco*. Gobierno Vasco, Dpto. Ordenación del Territorio y Medio Ambiente, Viceconsejería Ordenación del Territorio y Biodiversidad. Web aranzadisciences.org.
- (2002b). *Biodiversidad, cavernas amenazadas y especies troglobias en peligro*. Aranzadisciana, SCA, 123: 147-152.
- (2005): "Biología subterránea, dinamismo y conservación de la fauna amenazada de la cueva de Aizkoate (Ernio Sur, Gipuzkoa)". Web aranzadisciences.org, Archivo PDF, 47.
- (2006): "Los seles de los montes de Pas. Evidencias materiales de los comienzos de la ocupación en las montañas pasiegas". *Sautuola*, XII: 473-506.
- GARCÍA ÁLVAREZ-BUSTO, A. y FANJUL PERAZA, A. (2004): "La muria medieval d'Áviles. Una peña ente la mar". *Asturies*, 17: 32-45.
- GARCÍA ARIAS, J.L. (1975): "Aportaciones al folklore asturiano". *Boletín del Instituto de Estudios Asturianos*, 86: 651-701.
- GARCÍA Y BELLIDO, A. (1942): "El castro de Coaña (Asturias). Nuevas aportaciones". *Archivo Español de Arqueología*, XV, 48: 216-244.
- GARCÍA-BELLIDO, M.P. (2002): "El yacimiento de Coaña y Antonio García y Bellido". *Los poblados fortificados del Noroeste de la Península Ibérica*. Navia: 40-46.
- GARCÍA CHAIN, P. y LÓPEZ BLANCO, M.A. (2002): "Las prospecciones del entorno: Los castros en el cauce medio del Nalón". *El Castiello de Llagú. Un castro astur en los orígenes de Oviedo*. Madrid: 215-233.
- GARCÍA DÍAZ, P. (1995): "Poblamiento castreño en el territorio praviano: concejos de Pravia y Muros del Nalón (Asturias)". *1º Congreso de Arqueología Peninsular*, Vol. 5: 233-252.
- GARCÍA FERNÁNDEZ, E. (1962): "Ilustraciones de la cueva Armada". *Memoria del centro cultural deportivo mieresense*. Mieres.
- GARCÍA GARCÍA, M<sup>a</sup>.L. (1997): "El poblamiento en época romana en Navarra: sistemas de distribución y modelos de asentamientos". *Isturitz*, 8: 75-110.
- GARCÍA GELABERT, M.P. (1987): "Restos de poblamiento en Riocastello, Asturias". *Revista de Arqueología*, 70: 8-21.
- GARCÍA GUAL, C. (1989): *La mitología. Interpretaciones del pensamiento mítico*. Barcelona.
- GARCÍA LINARES, A. (1982): "Una lapida a los Lares Viales en Comba (Allande)". *Boletín del Instituto de Estudios Asturianos*, 107: 773-783.
- GARCÍA MARTÍNEZ, A. (1996): *Las brañas somedanas. Proyecto life de recuperación integrada y sostenible de brañas en el parque natural de Somiedo*. Oviedo.
- GARCÍA MARTÍNEZ, P.A. (1929): *Prehistoria del occidente de Asturias*. Manuscrito inédito de la Comisión Provincial de Monumentos. Museo arqueológico de Oviedo.
- GARCÍA QUIRÓS, M.P. (1992): *Inventarios arqueológicos de los concejos de Castrillón y Avilés*. Consejería de Cultura del Principado de Asturias. Inédito.
- (1993): *Inventario arqueológico del concejo de Muros del Nalón*. Consejería de Cultura del Principado de Asturias. Inédito.
- GARDES, P. (2002): "Territories et organisation politique de l'Aquitaine pre-Augustéene. Pour une confrontation des sources". *Territoires Celtiques. Espaces ethniques et territoires des agglomérations protohistoriques d'Europe occidentale*. Martigues: 48-65.
- GAZIN-SCHWARTZ, A. y HOLTORF, C. (eds) (1999): *Archaeology and Folklore*. London.
- GAUDEUL, F. (1997): "Enceintes Protohistoriques du Pays Basque Français". *Munibe*, 7: 59-81.
- GIL VÁZQUEZ, H. (2005a): *Inventario arqueológico del municipio de Pola de Gordón (León)*. Servicio Territorial de Cultura. Junta de Castilla y León. Inédito.



- (2005b): *Inventario arqueológico del municipio de Pola de Gordón (León)*. Servicio Territorial de Cultura. Junta de Castilla y León. Inédito.
- GIL ZUBILLAGA, E. (1997a): "El poblamiento en el territorio alavés en época romana". *Isturitz*, 8: 23-52.
- (1997b): "Hábitat tardorromano en cuevas de la Rioja Alavesa: los casos de Peña Parda y los Husos I (Laguardia, Álava)". *Isturitz*, 8: 137-149.
- GIL ZUBILLAGA, E. y FILLOY NIEVA, I. (1986): "El poblamiento durante la Edad del Hierro en Treviño Occidental. Ordenación y jerarquización del hábitat". *Estudios de Arqueología Alavesa*, 13: 149-215.
- (1988): "Estudio arqueológico de los precedentes del poblamiento en torno a Vitoria-Gasteiz (Bronce final-Edad del Hierro-Romanización)". *Estudios de Arqueología Alavesa*, 16: 445-530.
- GUITERAS HOLMES, C. 1996: *Los peligros del alma. Visión del mundo de un Tzotzil*. México.
- GÓMEZ MORENO, M. (1919): *Iglesias mozárabes. Arte español de los Siglos IX a XI*. Madrid.
- GÓMEZ TABANERA, J.M. (1975): "El estudio del folklore asturiano". *Boletín del Instituto de Estudios Asturianos*, 86: 703-730.
- GÓMEZ TABANERA, J.M. y PÉREZ PÉREZ, M. (1980): *Informe preceptivo de la campaña de excavación 1979 en cueva Oscura de Ania (concejo de las Regueras, Oviedo)*. Consejería de Cultura del Principado. Inédito.
- GONZÁLEZ RODRÍGUEZ, M<sup>a</sup>.C. (1997): *Los astures y los Cantabros Vadinienses*. Vitoria.
- GONZÁLEZ RUIBAL, A. (2006-2007): Galaicos: poder y comunidad en el noroeste de la Península Ibérica (1200 a.C. - 50 d.C.). *Brigantium* Vol. II: 277-692.
- GONZÁLEZ SANTANA, M. (2011): *Relaciones de poder en las comunidades protohistóricas del Noroeste Peninsular. Espacios sociales, prácticas cotidianas e identidades de género*. Universidad de Oviedo. Tesis doctoral Inédita.
- GONZÁLEZ-TABLAS SASTRE, F.J. (1989): "Los niveles superiores de Sanchorreja. La primera Edad del Hierro en el borde meridional de la Meseta". *Trabajos de Prehistoria*, 46: 117-128.
- GORDON CHILDE, V. (1958): *The prehistory of European society*. London.
- GRANDE DEL BRIO, R. (1982): "La cueva de la Quilana". *Revista de Folklore*, 2: 23-25.
- GRUEL, K. (1989): *La monnaie chez les Gaulois*. Paris.
- GUTIÉRREZ, J.A. (1973): "El jarrito visigodo de la colección de D. Julio Carro" *XII Congreso Nacional de Arqueología*. Zaragoza: 790.
- (1985): *Poblamiento antiguo y medieval en la montaña central leonesa*. Diputación provincial de León. León.
- GUTIÉRREZ GONZÁLEZ, J.A., ARGÜELLO MENÉNDEZ, J., DÍAZ GARCÍA, F. y MARTÍNEZ FAEDO, L. (1999): "Notas para la minería y metalurgia férrea en la Asturias medieval". *Memorana*, 3, Oviedo: 4-31.
- GUTIÉRREZ GONZÁLEZ, J. A. y RODRÍGUEZ VÁZQUEZ, A. (2003): "Cerámica". Peñaferuz (Gijón). *El castillo de Curiel y su territorio*. Gijón: 167-230.
- GUTIÉRREZ MORILLO, A. (2004): "Una fecha altomedieval de C14 en el monumento megalítico de 'Los Lagos I'. Campoo de Suso, Cantabria." *Sautuola*, X: 297-305.
- GUTIÉRREZ SOLER, L.M., RUEDA GALÁN, C., BEATRIZ LUNA, M. y DÍAZ GARCÍA, M.J. (2005): "Las cuevas de Giribalde: nuevas aportaciones para el estudio del poblamiento eremítico en Andalucía Oriental". *Arqueología y territorio medieval*, 12: 7-30.
- HERNÁNDEZ PACHECO, E. (1915): "Estado actual de las investigaciones en España respecto a Paleontología y Prehistoria". *Actas del congreso de la Asociación Española para el progreso de las ciencias*. Madrid: 145-149.
- (1923): *La vida de nuestros antecesores paleolíticos según los resultados de las excavaciones en la caverna de la Paloma (Asturias)*. C.I.P.P., n° 31. Madrid.
- HIDALGO CUÑARRO, J.M. (1987): "La Cultura Castreña en Vigo". *Castrelos*, 0: 91-113.
- HIDALGO CUÑARRO, J.M. y VIÑAS CUE, R. (1999): "Vigo del siglo I al IV d.C. Aspectos de la romanización: castros y villas romanas". *Castrelos*, 12: 81-85.
- HIERRO GARATE, J.A. (2002): "Arqueología de la tardoantigüedad en Cantabria: yacimientos y hallazgos en cueva". *Nivel Cero*, 10. Santander: 113-128.
- HOYOS GOMEZ, M., MARTIN NAVARRETE, M.I., CHAPA BRUNET, T., CASTAÑOS, P. y SÁNCHEZ, F.B. (1980): La cueva de la Paloma, Soto de las Regueras (Asturias). *Excavaciones Arqueológicas en España*, 116. Madrid.

- INSTITUTO DE ENSEÑANZA SECUNDARIA DE TRUBIA (1996): *Tradiciones y leyendas del valle del Trubia*. Oviedo.
- IRIARTE CHIAPUSSO, M.J. (1997): "El paisaje vegetal de la prehistoria tardía y primera historia en el País Vasco Peninsular". *Isturitz*, 9: 669-677.
- IRRALLEGUI GOMEZ, E. (2006 a): "Oinochoe altomedieval. Cueva Pequeña, en Carreña (Cabrales, Asturias)". *Apocalipsis. El ciclo histórico de Beato de Liébana*. Santander: 188.
- (2006 b): "Puñal. Cueva Pequeña, en Carreña (Cabrales, Asturias)". *Apocalipsis. El ciclo histórico de Beato de Liébana*. Santander: 189.
- IZQUIERDO BENITO, R. (1993): "La arqueología medieval en España: antecedentes y estado actual". *Arqueología y territorio medieval*, 1: 119-127.
- JOHNSON, R. (1998): "The paradox of landscape". *European journal of archaeology*, 1 (3): 315-325.
- JORDÁ CERDA, F. (1952): "La cueva de Tres Calabres y el solutrense en Asturias". *Boletín del Instituto de Estudios Asturianos*, 18: 46-58.
- (1962): "Actividades arqueológicas en el distrito universitario de Oviedo". *Noticiario Arqueológico Hispánico*, VI (1-3): 370-375.
- (1984): "Notas sobre la cultura castreña en el norte Peninsular". *Memorias de Historia Antigua*, VI: 7-14.
- (1985/86): "Sobre la celtización tardía de Asturias". *Veleia*, 2-3: 261-264.
- JORDA PARDO, J.F. y GARCÍA MARTINEZ, M. (1999): "Investigaciones arqueológicas en el castro de San Chuis (Allande, Asturias): Últimos trabajos y Memoria final. (Estratigrafía isotópica y trabajos desarrollados durante 1997)", *Excavaciones Arqueológicas en Asturias*, 4. 1995-98. Oviedo: 137-150.
- JOVELLANOS, M.G. De (1915): *Diarios 1790-1801*. Madrid.
- JULIVERT, M., FONTBOTE, J.M., RIBEIRO, A. y CONDE, L. (1972): *Mapa tectónico de la Península Ibérica y Baleares*. Instituto geológico minero de España.
- KAISER, T. y FORENBAHER, S. (2003): *Nakovana cave: An illyrian sanctuary on the Pelješac Peninsula*. Zagreb.
- KLONER, A. y DAVIS, D. (1991): "A burial cave of the first temple period on the slope of mount Zion". *Ancient Jerusalem revealed*. London: 107-110.
- KRISTIANSEN, K. (2001): *Europa antes de la historia. Los fundamentos prehistóricos de la Europa de la Edad del Bronce y la primera Edad del Hierro*. Barcelona.
- LALIENA, C. y ORTEGA, J. (2005): *Arqueología y poblamiento. La cuenca del río Martín en los siglos V-VIII*. Colección Mancuso, 2. Teruel.
- LEAL, A. (1991): *Los pasiegos. Colonización del entorno y conquista de una dignidad*. Santander.
- LECOUTEX, C. (1998): *Fantasmas y aparecidos en la Edad Media*. Paris.
- LECANDA, J.A. (2000): "Mijangos: La aportación de la epigrafía y el análisis arqueológico al conocimiento de la transición a la Alta Edad Media en Castilla", L. Caballero y P. Mateos (Eds.), *Vísigodos y Omeyas. Un debate entre la Antigüedad Tardía y la Alta Edad Media*. Madrid: 131-197.
- LINARES GARCÍA, F. (2004): *La arquitectura de las brañas somedanas*. Universidad de Valladolid. Valladolid.
- LIESAU, C. y GARCÍA GARCÍA, J. (2002): "Los restos óseos: estudios de paleodietas y de industria ósea". En Berrocal-Rangel, L., Martínez Seco, P. y Ruiz Triviño, C. (eds.): *El Castiellu de Llagú (Latores, Oviedo). Un castro astur en los orígenes de Oviedo*. Bibliotheca Archaeologica Hispana, 13. Real Academia de la Historia, Madrid: 259-282.
- LOFFREDA, S. (1968): "Iron Age rock-cut tombs in Palestine". *Liber Annus*, 1968: 244-287.
- LOMAS SALMONTE, F. (1989): *Asturias prerromana y altoimperial*. Gijón.
- LÓPEZ FERNÁNDEZ, V. (1900): "Proaza". *Asturias*, Tomo III: 150-165.
- LÓPEZ QUIROGA, J. (2005-06): "Después del "final" de las villae entre el Miño y el Duero (ss. VII-X): comunidades "fructosianas", hábitat rupestre y "aldeas". *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la Universidad Autónoma de Madrid*, 31-32: 220-238.
- LORRIO, A.J. (1997): *Los Celtíberos*. (Complutum Extra, 7). Madrid.
- LOTZE, F. (1945): "Zur gliderung der varisziden der Iberischen meseta" *Geotekt Forsch*, 6: 78-92.
- LLANO ROZA, A. de (1919): *El libro de Caravia*. Oviedo.



- (1928): *Bellezas de Asturias*. Oviedo.
- (1993) (reedición): *Cuentos asturianos recogidos de la tradición oral*. Oviedo.
- LLANOS ORTIZ, A. (1997): "La Edad del Hierro en Vasconia". *Isturitz*, 7: 37-45.
- (1990): "La Edad del Hierro y sus precedentes en Alava y Navarra". *Munibe*, 42: 167-179.
- LLINARES, M. M. (1990): Mouros, ánimas, demonios. *El imaginario popular gallego*. Madrid.
- LUZÓN, J.M., SÁNCHEZ-PALENCIA, F.J., ACUÑA, F., ALONSO, C., ARIAS, F., CAAMAÑO, J.M., RODRÍGUEZ, A., SIERRA, J.C. y VÁZQUEZ, J.M. (1980): El Caurel. *Excavaciones Arqueológicas en España*, 10. Madrid.
- MADOZ, P. (1845-1850): *Diccionario geográfico-estadístico-histórico de España y sus Posesiones de Ultramar*. Provincia de Oviedo. Oviedo.
- MALRAIN, F., MATTERNE, V. y MENIEL, P. (2000): *Les Paysans Gaulois (III Siècle-52 av. J.-C.)*. Paris.
- MALUQUER DE MOTES, J. (1975): "La Edad del Bronce en el Occidente Atlántico", *Actas de las I Jornadas de Metodología Aplicada de las Ciencias Históricas. I. Prehistoria e Historia Antigua*. Santiago de Compostela: 129-145.
- MALLO VIESCA, C. y PÉREZ PÉREZ, M. (1971): "Pinturas rupestres esquemáticas de Fresnedo (Teverga)". *Zephyrus*, XXI-XXII: 105-138.
- MANGAS, J. (1995): "Religión del área astur". *Astures*. Gijón: 159-170.
- MANZANARES RODRÍGUEZ, J. (1959): "Bronces prerrománicos de tipo visigodo en Asturias". *Trabajos de la Comisión Provincial de Monumentos de Oviedo*, 2: 35-51.
- MAÑANES, T. (1981): *El Bierzo prerromano y romano*. León.
- (1988): *Arqueología de la cuenca leonesa del río Sil (Laceana, Bierzo, Cabrera)*. Serie arte y arqueología, 6. Universidad de Valladolid. Valladolid.
- (1990): "Protohistoria y romanización en la provincia de León". *Portugalia*, 23: 153-175.
- MARADONA, J.A. (1992): *Inventario arqueológico del concejo de Ribadesella*. Consejería de Cultura del Principado de Asturias. Inédito.
- MARADONA, J.A. Y MARTÍNEZ FAEDO, L. (1991): *Inventario arqueológico del concejo de Tapia de Casariego*. Consejería de Cultura del Principado de Asturias. Inédito.
- MARCOS CONTRERAS, G.J. (1993): *Inventario arqueológico del municipio de Villaquilambre (León)*. Servicio Territorial de Cultura. Junta de Castilla y León. Inédito.
- MARKET, L. y ROECK, A. (1980): *Légendes de Belgique*. Antwerpen.
- MARIN SUÁREZ, C. (2008): "Arqueología castreña en las cuencas del Eo y del Navia". *Campo de Tablado*, 3: 89-113.
- (2009): "De nómadas a castreños. Los orígenes de la Edad del Hierro en Asturias". Arqueología castreña en Asturias: Novedades y propuestas metodológicas. Entemu, XVI. Universidad Nacional a Distancia. Gijón: 21-46.
- (2011): *De nómadas a castreños. El primer milenio antes de la Era en el sector centro-occidental de la cordillera cantábrica*. Tesis doctoral. Universidad Complutense. Madrid.
- (2012): "La cerámica de la Edad del Hierro en el sector centro-occidental cantábrico". *Munibe. Antropología-Arkeología*, 63: 165-198.
- MARIN SUÁREZ, C. y GONZÁLEZ ÁLVAREZ, D. (2011): "La romanización del occidente cantábrico: de la violencia física a la violencia simbólica". *Actas del II congreso de arqueología Internacional de Vilalba. Julio 2011. Fervedes*, 7: 197-206.
- MARÍN SUÁREZ, C. y JORDÁ PARDO, J.F. (2007): "Las cerámicas indígenas del castro de San L. Luis (Allande, Asturias)". *Estudios varios de arqueología castreña. A propósito de las excavaciones de los castros de Teverga (Asturias)*. Santander: 135-142.
- MARIO ARCE, L. (1994) *Asturias naturaleza viva*. Oviedo.
- MARTÍN BAÑÓN, A. y VIRSEDA SANZ, L. (2005): "Espacios domésticos y de almacenaje en la confluencia de los ríos Jarama y Manzanares". *Encuentro de jóvenes investigadores sobre el Bronce Final y Hierro en la Península Ibérica*. Salamanca: 177-196.
- MARTÍN BRAVO, A.M. (1993): "El poblamiento de la comarca de Alcantara (Cáceres) durante la edad del Hierro". *Complutum*, 4: 337-360.
- MARTÍN GARCÍA, J.A., PALICIO SUÁREZ, J.F. y PIQUERO MENÉNDEZ, J.R. (1998): *El libro de Box*. Oviedo.

- MARTÍN VALLS, R. (1986-1987): "La segunda Edad del Hierro: Consideraciones sobre su periodización". *Actas del coloquio Internacional sobre la Edad del Hierro en la Meseta Norte. em Zephyrus*, XXXIX-XL: 59-86.
- MARTIN VALLS, R. y ESPARZA ARROYO, A. (1992): "Génesis y evolución de la Cultura Celteibérica", M. Almagro-Gorbea y G. Ruiz Zapatero (Eds.), *Paleoetnología de la Península Ibérica. Complutum*, 2-3: 259-280.
- MARTÍN VISO, I. (2000): *Poblamiento y estructuras sociales en el norte de la Península Ibérica. Siglos VI-XIII*. Salamanca.
- MARTÍNEZ, E. (1998): *Mitología asturiana*. León.
- MARTÍNEZ ALONSO, L. (1989): "Un valle del concejo de Cangas en la época romana". *La Maniega*, 52: 21-25.
- MARTÍNEZ-CATALÁN, J. R. (1985): "Estratigrafía y estructura del Domo de Lugo (Sector Oeste de la zona Asturoccidental-leonesa)". *Corpus Geologicum Gallaeciae*: 291-310.
- MARTÍNEZ FAEDO, L. y DÍAZ GARCÍA, F. (1994): *Inventarios arqueológicos de los concejos de Nava y Bimenes*. Consejería de Cultura del Principado de Asturias. Inédito.
- (1995): *Inventarios arqueológicos de los concejos de Las Regueras, Candamo y Corvera*. Consejería de Cultura del Principado de Asturias. Inédito.
- MARTÍNEZ FERNÁNDEZ, J. y JUNCEDA AVELLO, M.J. (1968): "Descubrimiento del castro de Mohías. Primeras excavaciones". *Boletín del Instituto de Estudios Asturianos*, 63: 185-200.
- MARTÍNEZ MURUELO, M. (2002): *Inventario arqueológico del municipio de Barrios de Luna (León)*. Servicio Territorial de Cultura. Junta de Castilla y León. Inédito.
- MARTÍNEZ, A. y UNZUETA, M. (1988): *Estudio del material romano de la cueva de Peña Forua (Forua-Vizcaya)*. Bilbao.
- MARTÍNEZ VEGA, A. (2003): *La población primitiva del valle de Piloña*. Oviedo.
- MARTÍNEZ VILLA, A. (1990): *Inventario arqueológico del concejo de Onís*. Consejería de Cultura del Principado de Asturias. Inédito.
- MARTÍNEZ VILLA, A., REQUEJO, O. y CABO, C. (1990): *Inventario arqueológico del concejo de Gijón*. Consejería de Cultura del Principado de Asturias. Inédito.
- MARTÍNEZ VILLA, A., CABO, C., VILLA VALDÉS, A., JIMÉNEZ, M. y REQUEJO, O. (1990): *Inventario arqueológico del concejo de Villaviciosa*. Consejería de Cultura del Principado de Asturias. Inédito.
- MARTINS, M. (1998): "As economías da Idade do Bronze: a problemática do comercio e intercambio. Uma introdução ao tema em S.O". *Existe uma Idade do Bronze Atlántico. Trabalhos de Arqueología*, 10: 73-80.
- MAIA, M. (1978): "Fortalezas romanas do sul de Portugal". *Zephyrus*, XXVIII-XXIX: 279-285.
- MAUNE, S. (1998): *Recherches récentes sur les établissements ruraux protohistoriques en Gaule méridionale (IX-III s. Av. J-C)*. Protohistoire européenne, 2. Montagnac.
- MAYA GONZÁLEZ, J.L. (1983): "La cultura castreña asturiana. De los orígenes a la romanización". Indigenismo y romanización en el convento asturum. León: 11-44.
- (1984): "Hábitat y cronología de la cultura castreña en Asturias". *Coloquio Inter-Universitario de Arqueología do Noroeste*. IV-V. Universidad de Porto: 175-205.
- (1988/89): *La cultura material de los castros asturianos*. Monográficos de Estudios de la Antigüedad, 4/5. Bellaterra.
- (1989): *Los castros en Asturias*. Oviedo.
- (1990): "La Edad del Bronce y la primera Edad del Hierro en Huesca". *Bolskan*, 7: 159-196.
- (1994): "El factor indoeuropeo y su influencia en el NO. de la Península Ibérica: el caso asturiano", *L'Âge du Fer en Europe Sudoccidentale. Actes du XVe Colloque de l'Association Française pour l'étude de l'Âge du Fer. Aquitania*, XII: 287-321.
- (1996): "Cerámicas de época celteibérica en la Edad del Hierro asturiana". *Pyrenae*, 27: 287-294.
- MAYA GONZÁLEZ, J.L. y BLAS CORTINA, M.A. de (1974): "El molino del castro de la Picon y notas sobre la introducción de los tipos giratorios en Asturias". *Boletín del Instituto de Estudios Asturianos*, 80: 717-721.
- (1983): "El castro de Larón". *Noticiario Arqueológico Hispano*, 15: 152-192.
- MAYA GONZÁLEZ, J.L. y CUESTA TORIBIO, F. (2001): *El castro de la Campa Torres. Periodo Prerromano*. Gijón.



- MAYA GONZÁLEZ, J.L. y MESTRES, J.S. (1998): "Dataciones prerromanas del Castiellu de Llagú (Latores, Oviedo)". *Revista de Arqueología*, 211: 6-11.
- MAYA, J.L., ROVIRA, S. y CUESTA, F. (1993): "Metalurgia del Bronce en el poblado prerromano de la Campa Torres (Asturias)", *Pyrenae*, 24: 151-158.
- MEDEROS MARTÍN, A. y HARRISON, R.J. (1996): "Patronazgo y clientela. Honor, guerra y festines en las relaciones sociales de dependencia del Bronce Final Atlántico en la Península Ibérica". *Pyrenae*, 27: 31-52.
- MENCACCI, P. y CECCHINI, M. (1975): "La buca di Castelvenere (Galliciano, Lucca)". *Atti della società Toscana di scienze naturali*. Memorie, 82: 117-143.
- MENDEZ FERNÁNDEZ, F. (1998): "Definición y análisis de poblados de la Edad de Bronce en Galicia". *A idade do Bronce en Galicia: Novas perspectivas*. A Coruña: 76-82.
- MENÉNDEZ BLANCO, A., GONZÁLEZ ÁLVAREZ, D., ÁLVAREZ MARTÍNEZ, V. y JIMÉNEZ CHAPARRO, J.I. (2011): "Nuevas evidencias de la presencia militar romana en el extremo occidental de la cordillera cantábrica". *Gallaecia*, 30: 145-165.
- MENÉNDEZ BUEYES, L.R. (1997): *Un espacio cantábrico entre la Antigüedad y el Alto Medioevo: La Asturia Transmontana*. Tesis Doctoral. Universidad de Salamanca.
- (2001): *Reflexiones críticas sobre el origen del reino de Asturias*. Acta Salmanticensia, estudios históricos y geográficos, 114. Universidad de Salamanca. Salamanca.
- (2006): "La geografía del poder en la Cantabria tardoantigua: desde el final del imperio romano a la conquista visigoda (siglos V-VIII)". *El ciclo histórico del Beato de Liébana*. Santander: 27-44.
- MENÉNDEZ GRANDA, A. y SÁNCHEZ HIDALGO, E. (2000): *Inventario arqueológico del concejo de Laviana, Caso y Ponga*. Consejería de Cultura del Principado de Asturias. Inédito.
- MENÉNDEZ GRANDA, A. y BENÍTEZ GONZÁLEZ, C. (2002): "La ocupación romana en castros asturianos a través de su ajuar cerámico. Análisis historiográfico". *Los poblados fortificados del N.O. de la Península Ibérica: formación y desarrollo de la cultura castreña*. Navia: 279-299.
- MENÉNDEZ PELÁEZ, J. (2005). *Conocer España, Asturias*. Vol. III, The National Geographic Society. Barcelona.
- MORALES MATOS, G. (coordinador) (1996): *Asturias. Montes y Valles*. Oviedo.
- MORET, P. (1996): *Les fortifications ibériques de la fin de l'Âge du Bronze à la conquête romaine*. Collection de la Casa de Velázquez, 56. Madrid.
- MORETA LARA, M.A. y ÁLVAREZ CURIEL, F. (1992): *Supersticiones populares andaluzas*. Málaga.
- MORILLO CERDÁN, A. (1995): "Cántabros y Astures. Pueblos prerromanos del Norte de la Península". *Astures*. Gijón: 41-51.
- MOURE ROMANILLO, J.A. y GIL ÁLVAREZ, G. (1972): "Noticia preliminar sobre los nuevos yacimientos de arte rupestre descubiertos en Peñamellera Alta (Asturias)". *Trabajos de Prehistoria*, 29: 245-254.
- (1974): "La cueva de Coimbre, en Peñamellera Alta (Asturias)". *Boletín del Instituto de Estudios Asturianos*, 82: 505-528.
- OBERMAIER, H. (1925): *El hombre fósil*. Madrid.
- OCEJO HERRERO, A., BOLADO DEL CASTILLO, R., GUTIÉRREZ CUENCA, E., HIERRO GÁRATE, J.A. y CABRIA GUTIÉRREZ, J.C. (2012): *Cántabros. Origen de un pueblo*. Santander.
- OCEJO HERRERO, A. y PERALTA LABRADOR, E. (1995-1996): "El poblamiento en la Edad del Hierro en el sector central cantábrico". *La arqueología de los Cántabros. Actas de la primera reunión sobre la Edad del Hierro en Cantabria*. Santander: 21-63.
- OLAETXEA, C. (1997): "Memoria de las excavaciones arqueológicas en el poblado del monte Buntza 1992-1996 (Andoain, Guipúzkoa)". *Munibe*, 49: 111-133.
- OLLERO CUESTA, F.J. (2005): *Inventario arqueológico del municipio de Castrocontigo (León)*. Servicio Territorial de Cultura. Junta de Castilla y León. Inédito.
- OLMO ENCISO, L. (1998): "Consideraciones sobre la ciudad en época visigoda". *Arqueología y territorio medieval*, 5: 109-115.
- PALOL, P. DE (1954): "Arqueología paleocristiana y visigoda". *IV congreso internacional de ciencias prehistóricas y protohistóricas*. Zaragoza: 3-41.

- PARCERO OUBIÑA, C. (1995): "Elementos para el estudio de los paisajes castreños del Noroeste peninsular". *Trabajos de Prehistoria*, 52: 127-144.
- GÓMEZ TABANERA, J.M., PÉREZ PÉREZ, M. y CANO DÍAZ, J. (1975): "Première prospection de cueva Oscura de Ania dans le basin du Nalón (Las Regueras, Oviedo) et ses vestiges d'art rupestre". *Bulletin de la société Préhistorique de l'Ariège*, 30: 59-69.
- GONZÁLEZ ÁLVAREZ, D. (1999): "Aportaciones de la etnoarqueología al estudio de la Edad del Hierro en el occidente cantábrico". *Entemu*, XVI: 65-85.
- (2011): "Vías romanas de montaña entre Asturias y León. La integración de la Asturia transmontana en la red viaria de Hispania". *Zephyrus*, 67: 171-192.
- GONZÁLEZ BLANCO, A., ESPINOSA RUIZ, U. y SÁENZ GONZÁLEZ, J.M. (1979): "La población de la Rioja durante los siglos oscuros (IV-X)". *Berceo*, 96: 81-105.
- GONZÁLEZ ECHEGARAY, J. (1969): *Los Cántabros*. Santander.
- 1999): "Las guerras cántabras en las fuentes". *Las guerras cántabras*. Santander: 147-169.
- GONZÁLEZ y FERNÁNDEZ-VALLES, J.M. (1951): "La cueva de doña Urraca y de Don Xuan, sus nombres y sus mitos". *Boletín del Instituto de Estudios Asturianos*, XIII: 153-171.
- (1964): "Materiales de la cueva de los Palumbus". *Archivo personal*, Inédito.
- (1966): "Catalogación de los castros asturianos". *Archivum*, XVI: 255-291.
- (1976): *Miscelánea histórica asturiana*. Oviedo.
- (1978): *Asturias Protohistórica*. Historia de Asturias, 2. Oviedo.
- GONZÁLEZ y FERNÁNDEZ, J.M. y MANZANARES RODRÍGUEZ, J. (1959): "Arracada de oro procedente de un castro de Berducedo (Asturias)". *Archivo Español de Arqueología*, XXXII: 115-120.
- (2000): "Tres para dos. Las formas de poblamiento en la Edad del Hierro del Noroeste Ibérico". *Trabajos de Prehistoria*, 57: 75-95.
- (2002): *La construcción del paisaje social en la Edad del Hierro del Noroeste Ibérico*. Ortigueira.
- (2003): "Looking forward in anger: social and political transformations in the Iron Age of the North-western Iberian Peninsula". *European Journal of Archaeology*, 6.3: 267-299.
- (2005) "Variaciones en la función y el sentido de la fortificación a lo largo de la Edad del Hierro en el NO. de la Península Ibérica". *Encuentro de jóvenes investigadores sobre Bronce Final y Hierro en la Península Ibérica*. Salamanca: 1-26.
- PARCERO OUBIÑA, C., AYAN VILA, J.M., FÁBREGA ÁLVAREZ, P. y TEIRA BRION, A. (2007): "Arqueología, paisaje y sociedad". *Los pueblos de la Galicia Céltica*. Madrid: 131-258.
- PASTOR MUÑOZ, M. (1976): "El urbanismo y los núcleos de población en el *Conventus Asturum* durante el imperio romano". *Zephyrus*, XXVI-XXVII: 417-434.
- PATRICH, J. (1994): *Map of Deir Mar Saba (109/7)*. Jerusalem.
- PAULI, L. (1984): *The Alps. Archaeology and early history*. London.
- (1991): "Les Alpes centrales et orientales á l'Âge du Fer". *Les Alpes a l'Âge du Fer*. Revue Archéologique de Narbonnaise, Supplément 22, Paris: 291-311.
- PEÑA CERVANTES, Y. (2005-06): Producción de vino y aceite en los asentamientos rurales de Hispania durante la antigüedad tardía (S. IV-VII d.C.). *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la Universidad Autónoma de Madrid*, 31-32: 103-116.
- PEÑA SANTOS, A. de la. (1992): "El primer milenio a.C. en el área gallega: génesis y desarrollo del mundo castreño a la luz de la arqueología". M. Almagro-Gorbea y G. Ruíz-Zapatero (eds.) *Paleoetnología de la Península Ibérica*. Complutum, 2-3: 373-394.
- PEÑALVER IRIBARREN, X. (2001): "El Bronce Final y la Edad del Hierro en la Euskal Herria Atlántica: cromlechs y castros". *Complutum* 12: 51-71.
- (2005): *Orígenes*. Tafalla.
- PERALTA LABRADOR, E. (2000): *Los Cántabros antes de Roma*. Madrid.
- PEREA, A. (1995): "La orfebrería castreña asturiana". *Astures*. Gijón: 77-88.
- PEREA, A. y SÁNCHEZ-PALENCIA, F.J. (1995): *Arqueología del oro astur. Orfebrería y minería*. Oviedo.



- PEREIRA, G. (1982): "Los Castella y las comunidades de Gallaecia". *Zephyrus*, 34-35: 249-56.
- PÉREZ, C (1992): *Inventarios arqueológicos de los concejos de Ribadedeva y Llanes*. Consejería de Cultura. Inédito.
- PÉREZ-CAMPOAMOR MIRAVED, E. (1997): "La Comisión Provincial de Monumentos Históricos y Artísticos de Oviedo. Su papel en la consolidación de la arqueología asturiana". *La cristalización del pasado: génesis y desarrollo del marco institucional de la Arqueología en España*. Málaga: 249-257.
- PÉREZ-CAMPOAMOR MIRAVED, E. (2000): "El diccionario Geográfico-Histórico de Asturias (1800-1818). Los yacimientos arqueológicos y sus materiales en la etapa castreña y romana. Primeras conclusiones". *Archæia*, 1: 73-87.
- PÉREZ FUERTES, J.R. (1992): "La comarca del Trubia: Quirós, Teverga, Proaza y Santo Adriano". *Geografía de Asturias*. T. III: 69-88.
- PÉREZ LOPEZ, D. (2005): *Inventario arqueológico del municipio de Posada de Valdeón (León)*. Servicio Territorial de Cultura (Junta de Castilla y León). Inédito.
- PÉREZ RODRÍGUEZ-ARAGÓN, F. (1999): "La antigüedad tardía en la Cantabria meridional". *Regio Cantabrorum*. Santander: 341-350.
- PÉREZ SUÁREZ, C. (1982): *Carta arqueológica de los concejos de Llanes y Ribadedeva (Asturias)*. Memoria de licenciatura Inédita. Universidad de Oviedo. Oviedo.
- PEYROUX, C. (1990): "Hullasa se niega a restituir unos hallazgos prehistóricos al patrimonio del concejo". *Diario la Nueva España*, Oviedo. 7-9-1990.
- PISA MENÉNDEZ, P. (1997): "El antiguo camino real de Oviedo a Pravia". *Revista de Obras Públicas*, 3.364: 71-85.
- POULSON, T. (1996): "Research aimed at management problems should be hypothesis-driven: Case studies in the Mammoth Cave Region". *Proceedings 1995 Natural Cave Management Symposium*. Indiana: 318-330.
- PROPP, V. (1974): *Las raíces históricas del cuento*. Madrid.
- UINTANAL PALICIO, J.M. (1991): *Nuevos lugares prehistóricos de Asturias descubiertos por los grupos de espeleología "Polifemo" y "Oviedo"*. Oviedo.
- QUIJERA PÉREZ, J. (1987): "Apariciones de imágenes en la Rioja". *Revista de Folklore*, 7: 190-194.
- QUIRÓS CASTILLO, J.A. (2006): "La génesis del paisaje medieval en Alava. La formación de la red aldeana". *Arqueología y territorio medieval*, 13 (1): 49-94.
- QUIRÓS CASTILLO, J.A. y ALONSO MARTÍN, A. (2008): "Las ocupaciones rupestres en el fin de la antigüedad. Los materiales cerámicos de los Husos. (Elvillar, Alava)". *Veleia*, 24-25: 1123-1142.
- QUIRÓS CASTILLO, J.A. y BENGOTXEA REMENTERIA, B. (2006): *Arqueología postclásica*. Universidad Nacional de Educación a Distancia. Madrid.
- RABANAL ALONSO, M.A. (1994-1995): "La vía de la Plata en León y la vía de León a Asturias. De calzadas romanas a camino de peregrinación a Santiago". *Memorias de Historia Antigua*, 15-16.
- RALSTON, I. B. M. (1992): *Les enceintes fortifiées du Limousin. Les habitats protohistoriques de la France non méditerranéenne*. Documents d'Archæologie Française, 36. Paris.
- RASILLA, M. de la (2003): "Galicia, Asturias y Cantabria". *250 años de arqueología y patrimonio*. ALMAGRO-GORBEA, M. y MAIER ALLENDE, J. (Eds.) Real Academia de la Historia. Madrid: 53-62.
- RASILLA, M. de la, y GONZÁLEZ RUIBAL, A. (2000): *Comisión de antigüedades de la Real Academia de la Historia. Asturias y Galicia. Catálogo e índices*. Madrid.
- RAURET, A. (1976): *La metalurgia del Bronce en la Península Ibérica durante la Edad del Hierro*. Barcelona.
- REY CASTIÑEIRA, J. (1995): "Cuestiones de tipo territorial en la cultura castreña". *Actas del XXII Congreso Nacional de Arqueología*, (Vigo 1993), II. Vigo: 165-171.
- RIEDEL, A. y TECCHIATI, U. (1999): "Settlements and economy in the bronze and iron age in Trentino-South Tyrol. Notes for an archaeozoological model". *Preistoria Alpina*, 35: 105-113.
- RIOS GONZÁLEZ, S. RIOS, S. (1998): *Inventario arqueológico del concejo de Proaza*. Consejería de Cultura del Principado de Asturias. Inédito.
- (2000): "Consideraciones funcionales y tipológicas en torno a los baños castreños del NO de la Península Ibérica". *Gallaecia*, 19: 93-124.

- RIOS GONZÁLEZ, S. y GARCÍA DE CASTRO, C. (1998): *Asturias castreña*. Gijón.
- (2001): "Observaciones en torno al poblamiento castreño de la Edad del Hierro en Asturias". *Trabajos de Prehistoria*, 58: 89-107.
- RODRÍGUEZ FERNÁNDEZ, T. (1994): "El fin del mundo fortificado y la aparición de las "aldeas abiertas". La evidencia del Centro-Oriente de Lugo (Samos y Sarria)", *Espacio, Tiempo y Forma. Serie I. Prehistoria y Arqueología*. Tomo 7: 153-189.
- ROVIRA LLORENS, S. (1993): "La metalurgia de la Edad del Hierro en la Península Ibérica: Una síntesis introductoria", *Metalurgia en la Península Ibérica durante el Primer Milenio a.C. Estado actual de la investigación*. Murcia: 45-70.
- RODRÍGUEZ LÓPEZ, J. (1993): *Supersticiones de Galicia y preocupaciones vulgares*. Salamanca.
- RODRÍGUEZ OTERO, V. (1988): *Inventarios arqueológicos de los concejos de Langreo, Noreña y Siero*. Consejería de Cultura del Principado de Asturias. Inédito.
- (1990): *Inventarios arqueológicos de los concejos de Peñamellera Alta y Baja*. Consejería de Cultura del Principado de Asturias. Inédito.
- RODRÍGUEZ OTERO, V. Y CAMINO MAYOR, J. (1989): *Inventario arqueológico del concejo de Salas*. Consejería de Cultura del Principado de Asturias. Inédito.
- ODRÍGUEZ PASTOR, J. (1985): "Las supersticiones en Ceuta". *Revista de Folklore*, 5: 3-11.
- ROLAND GIOT, P., BRIARD, J. y PAPE, L. (1979): *Protohistorie de la Bretagne*. Rennes.
- ROMERO CARNICERO, F. (1991): *Los castros de la Edad del Hierro del norte de la provincia de Soria*. *Studia Archaeologica*, 80, Valladolid.
- ROMERO CARNICERO, F. y JIMENO MARTÍNEZ, A. (1993): "El Valle del Duero en la antesala de la Historia. Los grupos del Bronce Medio-Final y Primer Hierro", M. Almagro-Gorbea y G. Ruiz Zapatero (Eds.), *Los Celtas: Hispania y Europa*. Actas. Madrid: 175-219.
- ROMERO MASIA, A. (1976): *El hábitat castreño*. Santiago de Compostela.
- RON, I. (2004): *Inventarios arqueológicos de los concejos de Ibias y Degaña*. Consejería de Cultura del Principado de Asturias. Inédito.
- ROSS, A. (1967): *Pagan celtic Britain*. New York.
- RUA ALLER, F.J. y RUBIO GAGO, M.E. (1990): *La medicina popular en León*. León.
- RUIBAL MARTÍNEZ, J. y GONZÁLEZ ÁLVAREZ, M.L. (1994): *Inventario arqueológico del concejo de Illas*. Consejería de Cultura del Principado de Asturias. Inédito.
- RUIZ COBO, J. y SMITH, P. (2001): *The archaeology of the Matienzo depression, North Spain*. Oxford.
- RUIZ DE LA PEÑA, J.I. (1981): *Las "Polas" asturianas en la Edad Media*. Oviedo.
- RUIZ-GALVEZ PRIEGO, M. (1986): "Navegación y comercio entre el Atlántico y el Mediterráneo a fines de la Edad del Bronce", *Trabajos de Prehistoria*, 43: 9-42.
- (1998): *La Europa atlántica en la Edad del Bronce. Un viaje a las raíces de la Europa Occidental*. Barcelona.
- (1992): "La novia vendida: orfebrería, herencia y agricultura en la Protohistoria de la Península Ibérica", *Spal*, 1: 219-251.
- (1995): "El Noroeste de la Península Ibérica en el contexto de la Prehistoria Reciente de Europa Occidental", *Actas del XXII Congreso Nacional de Arqueología. Vigo 1993. Volumen I*. Vigo: 11-16.
- (1998b): *La Europa atlántica en la Edad del Bronce. Un viaje a las raíces de la Europa Occidental*. Barcelona.
- RUIZ ZAPATERO, G. (2003): "Las fortificaciones de la Primera Edad del Hierro en la Europa templada". *Chevaux-de-frise i fortificació en la primera edat del ferro europea*. Lleida: 13-34.
- SÁENZ DE URTURI, F. (1984): "Relaciones entre asentamientos de la Edad del Hierro y época romana en el valle de Valdegobia (Alava)". *Arqueología Espacial*, 2: 7-19.
- SALINAS DE FRIAS, M. (2006): *Los pueblos prerromanos de la Península Ibérica*. Madrid.
- SÁNCHEZ HIDALGO, E. y MENÉNDEZ GRANDA, A. (2000): *Inventarios arqueológicos de los concejos de Caso, Ponga y Laviana*. Consejería de Cultura del Principado de Asturias. Inédito.
- (2001): *Inventario arqueológico del concejo de Tineo*. Consejería de Cultura del Principado de Asturias. Inédito.



- (2009): "Actualización del inventario arqueológico de Gijón. Objetivos y resultados". *Excavaciones Arqueológicas en Asturias*, (2003- 2006). Consejería de Cultura. Principado de Asturias. Oviedo: 537-542.
- SÁNCHEZ-PALENCIA, F.J. (1983): *La explotación del oro de Asturias y Gallaecia en la antigüedad*. Tesis doctoral. Universidad Complutense. Madrid.
- (2000): *Las Médulas (León). Un paisaje cultural en la Asturia Augustana*. León.
- SÁNCHEZ-PALENCIA, F.J. SASTRE, I. y OREJAS, A. (2002): "Los castros y la ocupación romana en zonas mineras del Noroeste de la Península Ibérica". *Los poblados fortificados del Noroeste de la Península Ibérica: Formación y desarrollo de la cultura castreña*. Navia: 241-260.
- SÁNCHEZ-PALENCIA, F.J. y SUÁREZ SUÁREZ, V. (1985): "La minería antigua del oro en Asturias". *El libro de la mina*. Oviedo: 34-57.
- SÁNCHEZ PARDO, J.C. (2006): "Análisis espacial de un territorio altomedieval: Nendos (A Coruña)". *Arqueología y territorio medieval*, 13.1: 7-39.
- SANTOS DÍAZ, B. (1991): *Inventario arqueológico del concejo de Navia*. Consejería de Cultura del Principado de Asturias. Inédito.
- SANTOS YANGUAS, J. (1984): *Los pueblos de la España antigua*. Madrid.
- SANTOS YANGUAS, N.V. (1992): "La mano de obra en las minas romanas del occidente de Asturias". *Memorias de Historia Antigua*, 13: 171-204.
- (1984): "La arqueología castreña y el sector económico agropecuario". *Memorias de Historia Antigua*, 6: 43-66.
- (1987): "Poblamiento y minería romana del oro en Asturias". *Memorias de Historia Antigua*, 8: 17-52.
- (2004): "Lancia de los Astures: ubicación y significado histórico". *Memorias de Historia Antigua*, XXVIII: 71-86.
- (2006-2007): "Los recintos fortificados como marco de desarrollo de la cultura castreña en el Norte de la Península Ibérica". *Espacio, Tiempo y Forma*, serie II. *Historia Antigua*, tomo 19-20: 437-467.
- SAN MIGUEL MATE, L.C. (1993): "El poblamiento de la Edad del Hierro al occidente del valle medio del Duero". *Arqueología Vaccea. Estudios sobre el mundo prerromano en la cuenca media del Duero*. Valladolid: 21-65.
- SANZ, I. (1991): "Leyendas segovianas". *Revista de Folklore*, 11: 51-57.
- SANZ MARTÍNEZ, J. (1917): *El arte rupestre en la provincia de León*. Madrid.
- SANZ MINGUEZ, C. (1998): *Los Vacceos: Cultura y ritos funerarios de un pueblo prerromano del valle medio del Duero. Las necrópolis de Las Ruedas, Padilla de Duero (Valladolid)*. Valladolid.
- SANZ VILLA, J.R. (1996): *Los dioses astures*. León.
- SANZ, I. y DÍAZ, J. (1982): "Leyendas del alto Tajo". *Revista de Folklore*, 2: 46-52.
- (1987): "Etnografía leonesa en el P. Morán". *Revista de Folklore*, 7: 28-30.
- SASTRE PRATS, I. (1998): "Arqueología del paisaje y formas de explotación social: El caso del Noroeste Peninsular". *Arqueología Espacial*, 19-20: 323-333.
- (2001): *Las formaciones sociales rurales de la Asturia romana*. Madrid.
- SCHATTNER, T.G. (2012): "Sobre la interpretación de la decoración de las diademas de Moñes". *Acta Palaeohispánica*, XI. *Palaeohispánica*, 12: 717-752.
- SCHULTEN (1943): *Los cántabros y astures y su guerra con Roma*. Madrid.
- SECO VILLAR, M. y TRECENO LOSADA, F.J. (1993): "La temprana "iberización" de las tierras del sur del Duero a través de la secuencia de 'La Mota'. Medina del Campo (Valladolid)". *Arqueología Vaccea. Estudios sobre el mundo prerromano en la cuenca media del Duero*. Valladolid: 133-172.
- SERNA GANCEDO, M.L., MARTÍNEZ VELASCO, A. y FERNÁNDEZ ACEBO, V. (2010): *Castros y Castra en Cantabria. Fortificaciones desde los orígenes de la Edad del Hierro a las guerras con Roma*. Catálogo, revisión y puesta al día. Santander.
- SERNA, A., VALLE, M.A. y HIERRO GARATE, J.A. (2006): "Broches de cinturón hispanovisigodos y otros materiales tardoantiguos de la cueva de las Penas (Mortera, Piélagos)". *Sautuola*, XI: 247-276.

- SERNA, A., VALLE, M.A. y MORLOTE, J. (1992): "Las cuevas con restos ocupacionales de la Edad del Hierro". *La arqueología de los cántabros*. Santander: 97-111.
- SERRANO SANZ, M. (1918): "Cartulario de la iglesia de Santa María del Puerto (Santoña)". *Boletín de la Real Academia de la Historia*, 13: 45-53.
- SIERRA, G. (1997): *Inventario arqueológico del concejo de Aller*. Consejería de Cultura del Principado de Asturias. Inédito.
- (1998): *Inventario arqueológico del concejo de Cangas del Narcea*. Consejería de Cultura del Principado de Asturias. Inédito.
- SIERRA, G. y DÍAZ, B. (1993): *Inventario arqueológico del concejo de Cudillero*. Consejería de Cultura del Principado de Asturias. Inédito.
- (1995): *Inventario arqueológico del concejo de Sobrescobio*. Consejería de Cultura del Principado de Asturias. Inédito.
- SILVA, A. COELHO FERREIRA DA. (1983/84): "A cultura castreja no Noroeste de Portugal: hábitos e cronologías". *Portugalia*, IV-V: 121-129.
- SILVA, A.C.D. da (1995): "Portuguese castros: the evolution of the habitat and the proto-urbanisation process". Cunliffe (ed). *Urbanism in Iberia*. London: 263-289.
- (1996): "A Cultura Castreja no Norte de Portugal: Integração no mundo romano". Los Finisterres Atlánticos en la Antigüedad. Época prerromana y romana. Madrid: 49-55.
- SKOLOV, J. (1945): *Le folklore russe*. Paris.
- SOLAUN BUSTINZA, J.L. (2005): *La cerámica medieval en el País Vasco (siglos VIII-XIII)*. Vitoria.
- SOMOZA, J. (1908): "Gijón en la historia general de Asturias", 2. Oviedo: 208-209.
- SORDO SOTRES, R. (1991): *Mitología de Asturias y Cantabria entre los ríos Sella y Nansa*. Gijón.
- SUÁREZ LÓPEZ, J. (1998): "La pastora pide ayuda cola cuerna. Una llenda asturiana y paneuropea". *Asturies*, 8: 80-89.
- SUÁREZ OTERO, J., GIMENO, R.G. y FARIÑA BUSTO, F. (1989): "La cerámica medieval en Galicia". *La cerámica medieval en el norte y noroeste de la Península Ibérica. Aproximación a su estudio*. León: 285-295.
- SUÁREZ SARO, A. (1980): *Excavaciones en el testar del Cantu del Rey*. Faro. Inédito.
- TOBALINA PULIDO, L. (2013): *Introducción a la organización de los pueblos prerromanos del Norte Peninsular*. Inédito.
- TOLEDO CAÑAMERO, M<sup>a</sup> del C. (1999): "Panorama científico en las investigaciones sobre la producción cerámica de la Edad del Bronce en Cantabria". *Regio Cantabrorum*. Santander: 13-20.
- TORRES MARTÍNEZ, J.F. (2001-02): "Silvicultura, recursos forestales y paleoambiente en la economía de la Prehistoria final del norte Peninsular". *Kalathos*, 20-21: 138-158.
- (2003): *La economía de los celtas de la Hispania Atlántica*, Tomo I. A Coruña.
- (2010): "El medioambiente, la "construcción" del territorio y la obtención de recursos en la Edad del Hierro en Cantabria". *Castros y castra en Cantabria. Fortificaciones desde los orígenes de la Edad del Hierro a las guerras con Roma*. Catálogo, revisión y puesta al día. Santander: 74-109.
- (2011): *El cantábrico en la Edad del Hierro*. Bibliotheca Arqueológica Hispana, 35. Real Academia de la Historia. Madrid.
- TORRES MARTÍNEZ, J.F., MARTÍNEZ VELASCO, A. y LUIS MARINO, S. de (2012): "El Oppidum de Monte Bernorio en la Cantabria histórica. Nueve siglos de Historia". *Kobie (serie antropología)*, 21: 137-156.
- UNZUE GONZÁLEZ, A. (2009): *La ocupación de las cuevas leonesas*. Trabajo inédito.
- URÍA MÁRQUEZ, M.C. (1974): "Trabajos de campo realizados por el conde de la Vega del Sella". *Boletín del Real Instituto de Estudios Asturianos*, 83: 812-818.
- UTRILLA MIRANDA, P. (1982): "El yacimiento de la cueva de Abantz". *Trabajos de Arqueología Navarra*, 3: 218-234.
- VALLADARES ÁLVAREZ, J.A. (2005): *El brañeo en Asturias*. Oviedo.
- VAN ANDRINGA, W. (2002): *La religión en Gaule romaine*. Paris.
- VEGA DEL SELLA, Conde de la (1916): *El paleolítico de Cueto la Mina*. Madrid.
- (1930): *Cueva de la Riera y Balmori*. Madrid.



- VICENTE GONZÁLEZ, J.L. (2008-2009): "Bellum Asturicum. Una hipótesis ajustada a la historiografía romana y al marco arqueológico y geográfico de la comarca de los valles de Benavente y su entorno". *Brigecio*, 18-19: 1-73.
- VILLA VALDÉS, A. (1989): Inventario arqueológico del concejo de Grandas de Salime. *Consejería de Cultura del Principado de Asturias*. Inédito.
- VILLA VALDÉS, A. y CABO PÉREZ, L. (2003): "Depósito funerario y recinto fortificado de la Edad del Bronce en el castro del Chao Samartín: argumentos para su datación". *Trabajos de Prehistoria*, 60-2: 143-151.
- VILLA VALDÉS, A. y MENÉNDEZ GRANDA, A. (2009): "Estudio cronoestratigráfico de las murallas del castro de San Chuis, en San Martín de Beduledo (Allande, Asturias)". *Boletín del Real Instituto de Estudios Asturianos*, 173-174: 159-170.
- (1990): *Inventarios arqueológicos de los concejos de Santa Eulalia, San Martín y Villanueva de Oscos*. Consejería de Cultura del Principado de Asturias. Inédito.
- (1991): *Inventarios arqueológicos de los concejos del Franco y Valdés*. Consejería de Cultura del Principado de Asturias. Inédito.
- (1999): "Castro del Chao Samartín (Grandas de Salime): tres años de investigación arqueológica (1995-1998)". *Excavaciones Arqueológicas en Asturias*, 4. 1995-98. Oviedo: 111-123.
- (2000): "Saunas castreñas en Asturias". *II Coloquio Internacional sobre termas romanas en el Occidente del Imperio*. Gijón: 97-114.
- (2001): "Aportaciones al estudio de la evolución del espacio urbano castreño en el Occidente de Asturias (siglos IV a.C.-II d.C.)". *Proto-Historia da Península Ibérica. Actas del III Congreso de Arqueología Peninsular*. Vila Real: 507-521.
- (2002): "Periodización y registro arqueológico en los castros del occidente de Asturias". *Los poblados fortificados del Noroeste de la Península Ibérica: Formación y desarrollo de la cultura castreña*. Navia: 159-188.
- (2003): "Castros y recintos fortificados en el occidente de Asturias. Estado de la cuestión". *Boletín Auriense*, 33: 115-146.
- (2005): *El castro de Chao Samartín. Guía para su interpretación y visita*. Grandas de Salime.
- (2007a): "Inventario arqueológico del concejo de Villayón". *Excavaciones arqueológicas en Asturias 1999-2002*: 419-421.
- (2007b): "Mil años de poblados fortificados en Asturias". *Astures y Romanos. Nuevas perspectivas*. Oviedo: 27-60.
- (2007c): "El Chao Samartín (Grandas de Salime, Asturias) y el paisaje fortificado en la Asturias protohistórica". *Paisajes fortificados de la Edad del Hierro. Las murallas protohistóricas de la Meseta y la vertiente atlántica en su contexto europeo*. Bibliotheca Arqueológica Hispana, 28. Madrid: 191-212.
- VILLA VALDÉS, A. y CABO PÉREZ, L. (2003): "Depósito funerario y recinto fortificado de la Edad del Bronce en el castro del Chao Samartín: argumentos para su datación". *Trabajos de Prehistoria*, 60-2: 143-151.
- WHEELER, M., RICHARDSON, K.M. y COTTON, M.A. (1957): *Hill-forts in northern France*. London.
- XUSTO RODRÍGUEZ, M. (1988-89): "Área de visión, topografía e territorialidade: o mundo dos castros". *Boletín Auriense*, XVIII-XIX: 23-30.
- (1992): "La concepción territorial de la cultura castreña de Galicia". *Revista de Arqueología*, 137: 28-37.